
LA LOBA
DE LAS
HIGHLANDS
KATE BRISTOL

La loba de las Highlands

Kate Bristol

Primera edición en formato digital: Mayo, 2024
Título Original: La loba de las Highlands
© **Kate Bristol**, 2024

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

ÍNDICE

PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31

CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44
CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 46
CAPÍTULO 47
CAPÍTULO 48
CAPÍTULO 49
CAPÍTULO 50
CAPÍTULO 51
CAPÍTULO 52
CAPÍTULO 53
NOTA DE LA AUTORA

Dedico este libro a mis queridas Brillis y también a mis mejores amigas.
¿Qué sería de mí sin todas vosotras?

SUEÑOS ROTOS
PARTE I

PRÓLOGO

Los sollozos de la muchacha se escuchaban en el bosque. Sus faldas se sacudían a cada zancada. Con sus piernas fuertes, corría sin rumbo aparente, quizás huyendo de su dolor. Un lobo blanco como la luna y ojos de ámbar, corría a su lado, no persiguiéndola, sino acompañándola en aquella carrera de desesperación. Su larga trenza, dorada como la espiga al sol, se agitaba tras ella como un grueso látigo. Cuando salió del solitario sendero para virar hacia el mar, apenas se oían sus pasos apresurados sobre la hojarasca.

Cualquiera que la hubiera visto, habría contemplado a una mujer menuda, que pesaba más bien poco. Sus movimientos eran ágiles, desde muy pequeña había aprendido a moverse con sigilo, había aprendido a ocultarse en el bosque. Para ver, sin ser vista.

Pero ese día, a la muchacha no le importaba ser sigilosa, no buscaba que sus pisadas no quedaran impresas en el fango, solo le importaba huir, huir del dolor que sentía en el pecho y que no había logrado aplacar.

Las lágrimas que escapaban de entre sus párpados, resbalaban por sus mejillas y se despeñaban en el suave acantilado de su barbilla. Desgarradores sollozos escapaban de su garganta, acallando a todas las criaturas que allí moraban, menos al hermoso lobo que, solidario, como la agonía del bosque, dejaba escapar algún aullido entrecortado. Cualquier humano que los percibiera pensaría que se trataba un ser mágico, quizás una selkie desesperada por encontrar la piel que había escondido entre las rocas. El mar estaba cerca, y quizás su angustia se debiera a que jamás podría regresar al mar.

Puede que Ayla no fuera una selkie, pero sí que su dolor se debía a un hombre. Quizás Lachlam McDonald no le hubiera arrebatado su piel de foca, pero sin duda le había roto el corazón en mil pedazos.

La había traicionado. Su noble highlander a quien había amado desde siempre, era el causante de su desgarro. Por él jamás volvería a ser la misma muchacha, confiada e inocente. Jamás volvería a creer en el amor. Y desde luego, jamás lo perdonaría.

CAPÍTULO 1

Un día antes

El viento era frío y cortaba la piel del rostro de quién no hubiera tenido a bien protegerlo con grasa de foca.

El bravo océano acariciaba el casco del birlinn, un barco confeccionado con la preciada madera de esa misma isla. Una quilla de roble cortada de proa a popa, doce remos impulsados por tres hombres y una vela cuadrada, inflada por el viento y mostrando orgullosa el escudo de los McLeod, hacían que el ligero navío se deslizara suavemente, pero a una gran velocidad, sobre unas olas de mar vieja.

No había mucho espacio donde esconderse, pero Ayla sabía cómo pasar desapercibida. En el último de los remos, junto a dos hombres, y vestida como un muchacho, se movía al ritmo que marcaban las olas. No había dudado en esconder a su lobo bajo una manta, junto a las canastas de provisiones. Por fortuna era listo, muy listo, y sabía que tenía que permanecer quieto. Por supuesto los hombres de su hermano no les harían daño si los descubrieran, pero no quería escuchar la reprimenda de Angus, el viejo capitán.

Ayla miró hacia atrás por encima de su hombro las tierras de su hermano, en la isla de Harris donde su tatarabuelo, descendiente de Torquil, nieto de Olaf el negro, rey de Man, había fundado su propio clan.

Desde siempre esas islas habían permanecido en conflicto, no era una vida fácil, quizás por eso los hombres eran más duros y las mujeres no desconocían el uso de las armas. A pesar de su vasallaje, los señores de las islas habían tomado decisiones y vivido con independencia largo tiempo.

Ya hacía casi dos centurias que el rey noruego era su señor, pero con sus disputas internas, los noruegos habían apartado la vista, dejando que el rey David intentara su dominio, con relativo éxito. Había hecho casar a su hermano con Megan, y bendita fuera, se adaptaría bien a la vida dura de la isla.

Pero, aunque el rey escocés había sabido aprovechar su ventaja sobre el rey noruego, Ayla sabía la verdad. Las indomables islas eran vikingas, como lo era su madre, como lo era en parte ella misma. Era difícil olvidar sus raíces vikingas y en ese barco, con el viento a favor, era imposible no sentir como esa sangre rugía en sus venas.

Sí, el viento viraría y de nuevo rendirían pleitesía al señor de Noruega. No importaba realmente, siempre que les dejaran en paz.

Tras medio día de navegación con el viento a favor, desde el birlinn de los McLeod se divisó la isla de Harris, feudo de los McDonald. Su hermano Duncan y el hombre por quien hacía esa travesía, Lachlam, eran señores de ambas islas. Y en Skye dos de sus señores les rendían vasallaje como si fueran auténticos reyes. La parte norte de Skye pertenecía a los McLeod, la de más al sur, rendía vasallaje a Lachlam McDonald.

Con solo pensar en su nombre, los ojos de Ayla se llenaron de alegría y su corazón palpitó con fuerza en su pecho.

¡Al fin lo vería de nuevo!

Estaba enamorada, ¿y qué?, no se avergonzaba lo más mínimo de ello. Amaba a Lachlam McDonald, desde que tenía uso de razón. ¿Por qué no hacerlo? Era el mejor hombre que había conocido nunca. El mejor guerrero. Era astuto, fuerte, tan inteligente como para saber callar o

hablar cuando le convenía. Una sonrisa se dibujó en el rostro de Ayla mientras remaba al ritmo de sus compañeros. Sí, no solo había amor en su corazón. Había una profunda admiración, porque sabía que Lachlam jamás haría nada indebido, o poco honorable. Era en todos los aspectos, perfecto.

Sentía que quizás ella no fuera suficiente para él, pero de igual forma sabía que su condición no la detendría para convertirse en su esposa. Ayla McLeod era la hija ilegítima del antiguo laird y de Ingrid, una reconocida curandera. En verdad era una hechicera con sangre vikinga en sus venas, a quienes todos apreciaban y temían en igual medida.

Aunque ser bastarda no favorecía a sus objetivos, ahora su hermano era el señor de Lewis y su nombre pesaba mucho frente a cualquiera. Por si eso fuera poco, Ayla había heredado sus conocimientos, pero también su carácter independiente e impetuoso.

Ansiaba casarse con Lachlam, poder quedarse dormida en su lecho, abrazada a su fornido pecho, enredar sus dedos en esos suaves mechones pelirrojos. Se le curvó la comisura de la boca, sonriendo como una tonta solo de pensarlo.

Suspiró.

Cuando el barco atracó en el embarcadero, Ayla alzó la manta y unos ojos ambarinos la miraron con curiosidad.

—Ya hemos llegado, lobito.

Cuando el capitán empezó a gritar órdenes y se amarró el barco al muelle, Ayla no tardó en echarse una manta a la cabeza que ocultara sus cabellos dorados. Empezó a zigzaguear entre los remeros y saltó al entarimado, Lobo no tardó en seguirla.

—¡Eh! ¡Tú!

Ayla escuchó la voz masculina a su espalda. Si la habían reconocido, no esperaba quedarse para averiguarlo.

Se echó a reír a la misma velocidad que movió sus pies por las tablas de madera, alejándose del barco y perdiéndose por el bullicioso mercado del puerto. El animoso ambiente la ayudó a ocultarse entre la gente.

Ayla era escurridiza, delgada, de estatura baja y fácilmente confundible con un muchacho imberbe. Se quitó la manta de la cabeza, la que había ocultado sus largos cabellos rubios, casi blancos. Sus ojos azules, del color del hielo besado por el sol, destacaban en su rostro ensombrecido por la grasa de foca mezclada con algo de barro.

Alzó la cabeza hacia el acantilado, y ahí en la cima, no le fue difícil vislumbrar la fortaleza McDonald. Y sorprendentemente, tampoco le fue muy difícil entrar. Esa misma mañana habían llegado varios barcos al muelle, cargados de productos de la gran isla. Le fue bien colarse entre los toneles de un carro de cerveza y esperar a atravesar el puente levadizo para bajar.

Nada más entrar en el patio de armas, supo que ahí se iba a celebrar un evento importante. El ambiente era festivo. Tal vez demasiado, y fue entonces cuando Ayla recordó que el castillo se estaba aprovisionando por la inminente presencia del rey y la corte.

Cuando saltó del carro, sus piernas se movieron veloces a las caballerizas, ocupadas por impresionantes corceles, dignos de un séquito real. Los criados y demás habitantes de intramuros, afanados en trasportar viandas de un lado a otro, no se percataron de su presencia.

—Vamos, lobito —lo apremió.

Corrió a su lado y cuando se metió en la última caja vacía, deshizo el hatillo donde había guardado un vestido y un paño limpio para quitarse toda la mugre de la cara. A Lachlam no le importaría verla de cualquier manera, pero como había dicho su cuñada Megan una vez: *a los hombres les gusta más que las mujeres tengamos el rostro limpio y olamos bien*. Sumergió el

paño en un balde de agua y se restregó la cara hasta enrojecerla. Se olió haciendo una mueca y frotándose bajo los brazos antes de ponerse el hermoso vestido con bordados dorados en el cuello. Se pasó las manos por el cabello a falta de un peine y miró a Lobo, quien ladeó la cabeza.

—¿Qué? —preguntó, algo desanimada ante su mirada—. No puedes pensar que no estoy bonita.

Un quejido de Lobo y ella puso los ojos en blanco.

—Lo que tú digas —chasqueó la lengua y después de esconder sus pertenencias entre la paja, salió de allí.

Se conocía el castillo como la palma de su mano, no era la primera vez que escapaba de su hogar para visitar a Lachlam. Corrió hacia las cocinas donde el bullicio era aún mayor que en el muelle. Más de cincuenta personas, preparaban el gran banquete de la noche.

Ahogó un grito al ver a Maery, la abuela de Lachlam, dar órdenes a diestro y siniestro. Se pegó a la pared observándola por el rabillo del ojo, esperó vigilante a que pasaran dos pillastres con sus brazos cargados de leña y entonces, cuando la bondadosa anciana miró en su dirección, Ayla ya se había escondido en una fría despensa auxiliar.

—¡Maldición! —le dijo a Lobo, que a duras penas había pasado desapercibido—. Tendrás que quedarte aquí, no puedes ir persiguiéndome por el castillo. Duerme aquí, te prometo que vendré a buscarte esta noche.

Ayla miró en derredor y vio un suculento hueso de venado.

—Entretente con esto —masculló, antes de escabullirse por el corredor.

Había faltado poco para que la amable anciana la descubriera. Tenía que darse prisa y seguir el rumbo hacia un objetivo más que fijo: Lachlam McDonald.

***

Lachlan estaba tenso, desde la mesa principal. Sabía muy bien qué quería el rey David de él.

—Que Olav de Noruega no quiere cederme el título de rey de estas islas, es un hecho. Pero el tiempo nos da la razón. Los habitantes de Lewis y Harris sois cada vez menos bárbaros, más…

Lachlam cerró los ojos por un instante y dejó de escuchar. Si bien era cierto que estaban bajo la influencia del rey de noruega, era Alba la tierra más cercana, la que más presionaba, y la que Lachlam sospechaba acabaría comprando esas tierras a Olav.

—Para mí es fundamental que los matrimonios de los señores de estas islas, sean prósperos y felices. ¿Acaso no he hecho bien en casar a Duncan McLeod con la bella Megan?

Lachlam asintió, pues no podía hacer otra cosa ante semejante verdad.

—Sí, majestad —Lachlam se cuidó mucho de no llamarle mi señor.

—Bien, entonces… ¿ya habéis escogido vos?

No se sobresaltó por las directas palabras.

—Pensé que tendría más tiempo.

—Solo estaré aquí una semana y en ese tiempo es mi deseo que os caséis —le dijo llanamente para que no pudiera pensar que tenía otra alternativa.

Lachlam no respondió, pero apretó los dientes y asintió dando su aprobación.

—Bien, celebro que lo entendáis —sonrió el rey David—. Y ahora… escoged.

El señor de los McDonald o bservó a los Ross al otro lado del gran salón. Walter, el laird,

iba acompañado por sus dos hijas, Ishbel y Dairine. Eran como dos gotas de agua, exactas. No eran muy altas, pero sí hermosas, de largos y ondulados cabellos, rubios y abundantes, como la melena de un león. Lachlam se fijó en Ishbel, quien tímida, mantenía la cabeza gacha, pero en alguna ocasión alzaba la vista para mirarle, luego se sonrojaba y regresaba la mirada al suelo. No miró con detenimiento a su hermana, pues sentado junto a Walter Ross, se encontraba Braden McDonald de Skye. Jamás le había gustado ese hombre. En esos momentos, mantenía una conversación con Dairine, agradable y desenfadada, pensó Lachlam, por la expresión de la joven.

El rey David estaba sentado a su lado. El copero regresó con otra copa del mejor vino, y el rey miró a su anfitrión, satisfecho.

—Es una mujer muy bella, Lachlam McDonald —dijo el rey David, mirando a la muchacha que permanecía junto a su padre, Walter Ross.

—No me cabe la menor duda —respondió el anfitrión, con sumo respeto.

—Ishbel será una buena esposa que te dará muchos hijos. ¿O prefieres a su hermana?

Lachlam sonrió ante la broma del rey. En realidad, le era completamente indiferente.

—Necesito alianzas fuertes —continuó el rey David, tras tomar un sorbo de su vino—. Es imperativo que los señores de las islas se sientan escoceses. Ross era la mejor opción, con dos hijas casaderas y una buena dote que hará que los McDonald podáis construir una plaza fuerte contra las incursiones… —de pronto guardó silencio, dándose cuenta de que esos hombres eran más vikingos que otra cosa, y que aunque el rey David pretendía negociar para quedarse con las islas, estas nominalmente seguían siendo de Olav IV. Un hecho que solía obviar por completo. La mejor forma de hacer creer que la cesión del territorio estaba cerca, era actuar como si ya fuera suyo.

—Escoge a una de esas dos bellezas rubias, te harán rico y poderoso.

Lachlam miró el salón en ese preciso instante y… parpadeó confuso. V io una cabecita rubia moviéndose entre las mesas y supo que sí acababan de sufrir una invasión.

Su corazón saltó en su pecho, pero de inmediato frunció el ceño y apretó los puños. ¡Ayla!

La jovencita se asomó por el borde de la mesa, mientras seguía su avance hacia un lateral del salón. Su objetivo era acercarse a Lachlam sin llamar la atención y poder hablar con él.

Un invitado la empujó y casi perdió el equilibrio, pero por fortuna no acabó en el suelo. Miró hacia Lachlam y de inmediato se dio cuenta de que había sido descubierta.

—Oh, Jesús —una sonrisa se le dibujó en la cara. Era tan guapo. Estuvo a punto de reírse y levantar la mano como una tonta para saludar.

Lachlam se revolvió en la silla. S entado junto al rey David, la miraba con el ceño fruncido.

Ayla se sonrojó cuando sus ojos chocaron con los suyos entre el gentío. Siempre solía ser así, cuando la mirada azul de ese hombre se cruzaba con la suya, sus piernas parecían volverse de mantequilla. Tuvo que agarrarse al borde de una mesa para no caer al suelo.

Estaba tan guapo, vestido con sus mejores galas. Los colores de los McDonald le favorecían y más cuando el kilt brillaba al haber sido confeccionado con unas cuantas fibras de hilo de oro. Llevaba el cabello suelto, rojo como fuego, cayendo sobre sus hombros y más allá. Se había afeitado la barba, suavizando sus masculinos rasgos. Y Ayla aún había de decidir si le gustaba más así. Su rostro siempre le había parecido hermoso, a pesar de sus ángulos. Su nariz puede que fuera demasiado recta, su mandíbula cuadrada y el mentón adornado con un hoyuelo.

Ayla suspiró sin poder apartar su mirada de él. Sus hombros eran anchos y su estatura, considerable. Tanto era así que, de haber estado de pie, destacaría sobre la mayoría de los

hombres presentes.

Siempre había sido muy apuesto, pero Ayla no lo amaba por eso.

Lachlam era leal, justo, valiente y sí, era un hombre afable y divertido. Su risa estridente destacaba siempre sobre el resto, y lograba calentar el alma de las personas que le querían bien. Cuando sus esculpidos labios se curvaban hacia arriba, sus ojos de hielo mostraban su auténtica naturaleza, aparecía en sus iris un cálido brillo, como el del cielo cuando luce el sol en verano.

Pero aquella noche estaba pasando algo de importancia o de cierta gravedad.

Ayla se quedó muy quieta a un lado del salón, junto a un gran tapiz donde sin duda hubiera preferido esconderse antes de ver como los ojos de Lachlam la miraban con desaprobación. ¿Por qué? ¡Pero si había ido a confesarle su amor! ¡Qué desagradecido!

Permaneció callada y a distancia mientras el rey seguía hablándole.

Podía leer en su expresión lo tenso que estaba y su rostro lucía más serio de lo habitual. Lo conocía bien y estaba preocupado. Pero sin duda no era por su presencia inesperada ¿verdad? Debía haber algo más, porque no era la primera vez que ella se escapaba para ir a visitarle.

Sí, pasaba algo más, porque él siempre la había recibido con amabilidad y luciendo una sonrisa en los labios. Todo eso, antes de prometerle entre risas con devolverla a su hermano, que la obsequiaría con varios azotes en el trasero. Una amenaza que, por supuesto, jamás había cumplido.

Ayla suspiró, mientras la atención de Lachlam estaba puesta en el rey quien seguía sentado y bebiendo a placer. Ayla sintió lástima por el pobre copero, un muchacho de unos nueve años que con manos temblorosas no dejaba de servir al monarca. El laird de los McDonald mantenía una tensa conversación con un hombre que lucía los colores de los McDonald de Skye.

Se trataba de un tipo alto y fornido, con un hoyuelo en el mentón que le habría otorgado cierto atractivo, pero que una sonrisa torcida a causa de una herida recibida tiempo atrás lo afeaba. A cualquier mujer le habría parecido espeluznante, pues cuando sonreía, sólo lo hacía con media cara. A Ayla, por el contrario, le pareció fascinante poder lucir una herida de guerra así, con absoluta seguridad sería todo un orgullo para el guerrero.

Pero ese hombre no era de fiar, había algo en su mirada que no terminaba de gustarle. Un brillo extraño en sus ojos azules, que la inquietaba, y su postura, encogida, taimada, como si la presencia de Lachlam le molestara. Ayla tenía un don especial para leer a las personas. Puede que hubiese aprendido eso de Lobo, su inseparable amigo, pues esos animales tenían esa misma capacidad, o tal vez… lo habría heredado de su madre. De cualquier modo, ella era capaz de percibir cosas que los demás no, por ejemplo, sabía si alguien mentía por cómo desviaba la mirada hacia la izquierda, o si su sonrisa no llegaba a sus ojos entendía que estaba siendo cínico. Si le temblaba la voz al hablar o el labio inferior, detectaba que esa persona se sentía incómoda o temerosa. Debía tener cuidado con estos últimos, pues eran los más peligros, sus reacciones eran impredecibles, como las de los perros miedosos cuando se sienten acorralados.

Los ojos de ese hombre, demasiado juntos y con un brillo extraño, le decían que no era trigo limpio.

—Un momento… —frunció el ceño, para verlo mejor y lo reconoció.

¡Era Braden McDonald! Por supuesto, no lo había reconocido, pues la última vez que estuvo en el castillo de su hermano, su horrenda cicatriz no acompañaba a su cara.

Ayla recordaba haber visitado su fortaleza, en la isla de Skye, se enamoró de su pequeño castillo en lo alto de un acantilado, como un señor guerrero vigilando el océano. Sí, sin duda su castillo era mejor que ese malvado hombre. Que Lachlam y Maery la perdonaran, pero la familia no se elige, y estaba segura de que no habrían escogido ser parientes de ese hombre.

En aquella visita, junto a su madre, había escuchado decir que era un hombre cruel y despiadado. Tanto era así, que había una cierta enemistad entre Lachlam y Braden. ¿Qué estaría haciendo allí? Ayla se encogió de hombros. Pues seguramente haría lo mismo que los otros señores habitantes de las islas, acudir a la llamada del rey de Escocia.

Miró con más atención.

No muy lejos de Braden se encontraba Walter Ross, el laird de los Ross. No lo conocía en persona, pero había oído hablar de él y lo reconoció por su abundante melena leonada y una larga barba amarilla, como el plumón de un pato recién salido del cascarón. Era fornido, de anchos hombros y prominente altura, y sus ojos azules lucían un brillo peligroso.

Ayla sabía que Ross tenía dos hijas gemelas, tan similares como dos gotas de agua, de las cuales se decía que eran muy hermosas: Ishbel y Dairine.

Entrecerró los ojos y contuvo el aliento. Sí, definitivamente eran muy hermosas. Con sus propios ojos, pudo comprobar que su belleza no hacía justicia a lo que se decía de ellas. Estaban presentes, junto a su padre. De largas melenas, rubias como el sol, y ojos azules como el cielo del verano, eran realmente dignas de la balada de un trovador.

Pero la muchacha percibió algo distinto en la mirada y en la actitud de una de ellas. Más altiva que la otra. No profundizó más en eso y regresó la mirada a Lachlam, que era quien en verdad le interesaba.

Sonrió sin proponérselo.

Oh, era tan guapo... Aunque sonreía, seguía preocupado. ¿Por qué? A pesar de que en estos momentos conversaba con el rey, su ceño seguía ligeramente fruncido y sus músculos tensos.

Cuando Lachlam apartó la mirada del rey, porque este se levantaba de la mesa, Ayla, pensó que era su oportunidad.

Impaciente y con las manos apretadas con fuerza entre sí, lo miró hasta que Lachlam clavó sus pupilas en ella. Algo que la hizo estremecer.

Con un gestó rápido de la cabeza, le indicó la salida lateral, aquella que subía a la torre y tenía acceso a las almenas. Le esperaría en el parapeto, en su lugar favorito para contemplar el mar.

Ayla le sonrió con todo el amor que sentía, pero lejos de corresponderle el gesto, Lachlam frunció aún más el ceño y volvió a mover la cabeza, un gesto que quería decir que se apresurara a salir de allí.

CAPÍTULO 2

Ayla avanzaba por la playa con una sonrisa pintada en la cara. La noche era serena y el olor de las algas que se acumulaban en la orilla calaba en sus fosas nasales. No era un olor desagradable, no para alguien que se había criado en las islas, alguien que, como ella, amaba el mar.

Miró la gran flota de barcos en la gran cala, salpicando las aguas oscuras. Ayla podía sentir como si hablaran en susurros diciendo, “he aquí el poder de las islas”. No le extrañaba en absoluto que el rey David quisiera hacerse con semejante lugar. Y aunque los habitantes de las islas ya eran más escoceses que vikingos, el poder del rey noruego se dejaba sentir.

Arrastró sus pies descalzos por la arena, y llegó a la pequeña cala a los pies del castillo. Subió por la escalera de roca y al llegar a la puerta de hierro, dos soldados la saludaron sin ánimo con los ceños fruncidos. Era imposible que, con su cabellera rubia y su lobo blanco a su lado, no supieran quien era ella. Pero poco importaba ya pasar desapercibida, Lachlam ya sabía que estaba allí, y solo esperaba que fuera a buscarla. Era evidente que no quería hablar delante del rey. Quizás pedirle matrimonio frente a todos sería demasiado para su orgullo guerrero. Pero estaba convencida de que Lachlam sería su marido, ¿qué dos almas podrían ser más perfectas la una para la otra?

Mirando con extrañeza la sonrisa que seguía bailando en sus labios, los guardias la dejaron pasar. Subió hasta la torre principal, y paseó por las almenas del castillo. El viento no era muy intenso, podría decirse que era una fuerte brisa, pero lo poco que soplaba traía el salitre y la humedad del agua, haciendo que se pegase a su rostro e impregnara sus ropas.

Miró por encima de su hombro. El patio de armas estaba en silencio, y más allá, detrás de las robustas puertas del salón, la música y las voces de júbilo se escuchaban en la lejanía. La muchacha sonrió, el sonido de las gaitas y los tambores se entremezclaba con las estridentes risas de los hombres. Sin duda era signo de buenas noticias, algo que celebrar.

Ayla rebuscó en los bolsillos de su capa y se sacó una roja manzana que había tomado prestada de una de las mesas, le dio un mordisco. Se subió al parapeto de un salto. En ese lado del castillo, no había foso, ni los altos muros eran su defensa principal. No, bajo ella, a sus pies, se alzaba un enorme acantilado vertical. La caída hubiera anunciado muerte. Pero Ayla no tenía miedo, pocas cosas la asustaban. Tal vez… perder a Lachlam, o mejor dicho darse cuenta que quizás nunca había sido suyo. No había escuchado una declaración de amor de sus labios.

Cortó con sus dientes un trozo de manzana y se lo lanzó a Lobo, quien lo atrapó entre sus fauces y lo engulló. Lo vio soltar un bostezo, mientras ambos observaban el mar tranquilo en esa noche serena. Cuando acabó de comer, lanzó el corazón de la manzana con todas sus fuerzas. Habría sido una ingenua al creer que podría haber caído sobre el reflejo de la luna llena que, como una gran dama que se mira al espejo, se siente orgullosa de su plenitud. ¿Sería ella la señora de esa fortaleza algún día? Ayla no tenía dudas al respecto.

Así sería, pues ese era su destino.

Lo habían dicho las runas, que en innumerables ocasiones ella había lanzado sobre una piel de cabrito, a escondidas, pues su madre la habría reprendido. *Con las runas no se juega, Ayla*, le había dicho incontables veces. Pero así sería, se prometió a sí misma, se casaría con Lachlam y defendería esa plaza. A su lado, serían invencibles. Daría hasta la última gota de su sangre por Lachlman, por los McDonald… sí, porque un día dejaría de ser una McLeod para ser

la señora de esa isla. La señora de Lachlam McDonald.

Feliz con sus ensoñaciones, dio media vuelta sobre sus talones y se impulsó hacia adelante, cayendo sobre el corredor exterior.

Suspiró y se encogió de hombros al ver que su lobo la observaba. De pronto, los gritos de júbilo en el salón volvieron a captar su atención.

—No tardará en salir a buscarnos —le dijo a su inseparable amigo, quien volvió a bostezar y se sentó a sus pies mientras Ayla esperaba.

Cuando vio la puerta abrirse, las llamas de las enormes chimeneas iluminaron la salida del hombre. Iba envuelto con su kilt y el corazón de Ayla empezó a latir con fuerza. Su boca se abrió hasta soltar una pequeña risa.

—Ya viene —dijo emocionada mientras lobo ladeaba la cabeza como si su amiga se hubiera vuelto loca.

Lachlam la vio nada más salir al corredor desde donde podía observar casi la totalidad de la isla. Apretó los dientes, en parte furioso consigo mismo por lo que tendría que hacer.

Partirle el corazón a su mejor amiga… a la mujer que amaba.

—¡Lachlam! —Ayla corrió hacia él y se lanzó a sus brazos.

A l verle, sonrió tanto que le dolieron las mejillas.

Él la recibió y la sostuvo mientras soltaba un bajo gruñido.

Las piernas femeninas se enredaban en su cintura. La asió por el interior de las rodillas y ella entrelazó las muñecas en su nuca.

—Ayla, por favor —la reprendió sin mucha convicción.

—Has tardado mucho —le dijo sonriendo de oreja a oreja mientras Lobo se movía inquieto a sus pies.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —preguntó Lachlam.

—En barco —lo miró como si fuera tonto y él solo pudo poner los ojos en blanco.

— De polizón en uno de los barcos de Duncan —la reprendió—. ¿Lo sabe tu hermano?

—Es listo —respondió sin perder la sonrisa—, seguro que ya se ha dado cuenta. Aunque te apuesto lo que quieras que mi cuñada se dio cuenta antes.

Otro gruñido y Lachlam chasqueó la lengua. Era un gesto inequívoco de que no estaba contento, y Ayla lo sabía.

—No debes volver a hacer esto, nunca más.

El tono fue más severo de lo normal y eso hizo que los brazos de Ayla se aflojaran mientras rodeaba el cuello de Lachlam.

—¿Estás enfadado? —hizo un puchero encantador, una súplica para que dejara de estar molesto con ella—. Es que t e echaba de menos.

—¿Y no te han descubierto?

Ella se encogió de hombros.

—Estaban demasiado ocupados remando.

—Y tú has remado con ellos —dijo, mirándole el rostro, tenía los pómulos algo enrojecidos a causa del viento gélido, y la cara manchada de barro — ¿Lobo también ha remado?

Ella negó con la cabeza, burlona.

—No —se rio Ayla—. Lobito puede hacer muchas cosas, pero sostener un remo con sus patas, es una proeza que aún no me ha demostrado.

—Entiendo —la obligó a soltarle.

A regañadientes ella volvió a poner los pies en el suelo, pero se negó a soltar su cuello, aunque Lachlam agarró sus muñecas. Dio un tirón y al ver que ella no cedía, le acarició la suave

piel con el pulgar.

—Ayla… —parecía derrotado.

—¿Qué ocurre? —Ella no perdió la sonrisa. Había llegado el momento, ahora iba a declararse y ya no tendría que volver a casa, porque su casa sería esa, y su hogar… Su hogar siempre estaría donde estuviera el laird McDonald— ¿Sí? Dime.

—Ayla… —repitió.

La expresión amable de Lachlam se ensombreció ligeramente. Ella parpadeó algo confusa y recordó la algarabía en el salón.

—Te alegras de verme, ¿no?

—Yo… siempre me alegro de verte.

Eso la complació.

—Has hecho un anuncio en el salón, ¿verdad? —dijo ella volviendo a abrazarlo con fuerza. ¿Sería posible que ya le hubiera declarado al rey sus intenciones? Seguro que sí, de ahí los gritos de júbilo. Sabía que era querida entre los hombres de Lachlam, pero…

—Ayla, esta noche…

Ella asintió muy seria.

—Qué bien que esté el rey David —dijo realmente complacida—. Nos dará su bendición si lo anunciamos hoy mismo.

En ese momento, la expresión de Lachlam cambió de forma drástica.

—¿Anunciar?

—Sí, nuestra boda —asintió entusiasmada, tanto que Lobo se revolvió inquieto a sus pies como si esperara un hueso también para celebrarlo.

—Ayla… —La expresión de Lachlam se hizo sombría, pero lo que más la asustó fue que desvió la mirada.

La sonrisa que Ayla, había lucido hasta el momento, se fue borrando poco a poco, y ya había desaparecido completamente cuando él subió sus fuertes manos hasta su rostro y la acarició con… compasión.

—¡Lachlam! —La tristeza en los ojos del guerrero, ese dolor… — ¿Qué ocurre?

—Ayla yo… No he podido evitarlo.

Ella parpadeó y torpemente dio un paso hacia atrás, apartándose de él.

¿Por qué esa tristeza de súbito, en sus preciosos ojos azules? No era la primera vez que Ayla le decía que se casarían, y él siempre respondía sonriendo, o con una broma audaz que le daba esperanzas. Él siempre le había dado esperanzas. Se casarían, vivirían juntos y felices. Sus hijos correrían por esos prados y en sus bosques ella les enseñaría todo lo que necesitarían saber para continuar con su legado.

—¡Habla de una vez! ¿Qué sucede? —se atrevió a preguntar, muerta de miedo.

Necesitaba escuchar qué tenía que decirle. Se estaba desatando una tormenta en su interior, contagiándola a ella.

Como si el viento se hubiese percatado de su estado de ánimo, empezó a soplar con fuerza, haciendo que los mechones rubios, casi blancos, que se habían escapado de su trenza, revolotearan por su rostro, inquietos.

Algo no iba bien.

—No vas a rechazarme, ¿verdad? —A pesar de que Ayla apretaba los puños y había una férrea determinación en su mirada, esa última pregunta abría la puerta a todos sus miedos. Porque, sí, i ntuía que él estaba a punto de rechazarla.

Negó con la cabeza.

No podía ser cierto. ¿Por qué los hombres reirían y festejarían…?

—¡No! —Lo empujó con fuerza y se apartó otro paso.

—¡Ayla!

—No te atrevas —dijo con las lágrimas quemándole los ojos. No quería escucharle.

Un brillo glaciar de los ojos del highlander, la hizo estremecer y se llevó las manos a los brazos, sintiendo de repente un súbito frío, como una sensación de desamparo.

—Ayla, por favor…

No supo cómo, ni por qué, pero Ayla sintió la fuerte necesidad de hacerlo callar y la única forma que se le ocurrió fue besar sus labios. Más que deseo, fue absoluta desesperación. Si él no la rechazaba, todo seguiría como siempre. Ella con la esperanza de que sus destinos se unieran en un futuro lleno de dicha.

En un rápido movimiento que Lachlam no esperó, Ayla posó sus delicadas manos sobre sus hombros y se alzó de puntillas, estirando todo lo que pudo su cuello, hasta que sus bocas quedaron unidas. Deseaba borrar esa expresión desolada que le daba tanto miedo. Necesitaba calmar su agitado interior.

El beso fue tan rápido e inesperado que él no lo pudo evitar. Los labios de Ayla chocaron contra los suyos, un encuentro torpe e inseguro, pero no por ello carente de un amor profundo hacia su amor de juventud.

En esos momentos, algo se rompió en el interior de Lachlam. Tanta dulzura, torpeza y un desesperado amor… Pero al mismo tiempo, afloró en su pecho una fuerte sensación, que lo ahogó, necesitando más.

En un primer momento, Lachlam se quedó quieto, intentando controlar el ímpetu que amenazaba con desbordarse, como una ola del mar embravecido asalta un pequeño e irresponsable navío que ha cometido la osadía de tentar tan magna fuerza.

Pero semejante fuerza de la naturaleza, no se podía controlar y finalmente escapó.

—¡Oh! Ayla. — Rodeó la estrecha cintura de ella para acercarla a su cuerpo.

Lachlam quería ahogarse en ese abrazo, demostrarle cuán importante era para él.

La muchacha era menuda, y cuando estaba a su lado la diferencia de tamaño se hacía más evidente. Pero la conocía bien, y era fuerte. Si bien aparentaba delicadeza y fragilidad, no existía nada de eso en ella. Ayla era como una roca, la roca donde él siempre había esperado atarse en caso de tormenta. Era su lugar a salvo, su dulce vuelta a casa.

No, no era débil, Ayla era una valquiria. Sentía los dedos hundirse en su espalda, agarrarse a él con una desesperación que jamás había sentido en ella.

La apretó contra sí, con fuerza desmedida, y conquistó su boca, rindiéndose al deseo que solo ella despertaba en él.

La lengua se abrió paso entre sus labios sensuales y exquisitos, para después juguetear con su cálida y húmeda lengua. La saboreó, arrancando de su garganta gemidos de placer. Los sentía contra su boca y la sintió pegarse más contra su cuerpo masculino.

Ayla había llegado al paraíso. Lachlam, era tan grande, tan fuerte… Había soñado despierta con ese momento, tantas veces desde que tenía uso de razón, que no podía creer que se estuviese haciendo realidad.

Pero nada de lo que había imaginado tenía que ver con lo que sentía en esos momentos. Las manos fuertes del guerrero, aquellas que Ayla sabía de lo que eran capaces de hacer a un enemigo, acariciaban su cintura con una pasión infinita. Subieron por su espalda y agarraron su nuca para no dejarla marchar. El beso se hizo más profundo y Ayla sentía que daría cualquier cosa para ser uno con él.

Lo deseaba.

Lo amaba.

—Lachlam… —gimió abriendo sus labios una vez más para él.

Los dedos de Lachlam, la recorrieron hasta llegar a su barbilla, donde la asió con los pulgares para después acariciar sus pómulos. Su boca gemía contra la suya. Su aliento le acariciaba. Sus dientes mordisqueaban su labio inferior y la punta de su lengua reparaba el dulce dolor.

Ayla, tuvo que estirar el cuello y dejar caer la cabeza hacia atrás, para recuperar el aliento. Un gesto que el guerrero aprovechó para besar la tierna piel de su cuello.

Gimió y se retorció como una gata al sentir un ligero mordisco en el lóbulo de su oreja. Fue en ese momento cuando Lobo, algo contrariado dejó escapar un sonido lastimero, como si estuviera calibrando si su amigo el laird le hacía daño a Ayla, o no.

Lachlam, se detuvo.

La tomó por los brazos, como si quisiera apartarla, pero lejos de hacerlo, la abrazó con fuerza y hundió el rostro en el hueco que había entre el cuello y su hombro.

—Ayla…

Ella se dejó querer mientras intentaba recuperar el aliento. Acarició su espalda, sintiendo entre los dedos el ligero temblor de su piel. El pecho caliente de Lachlam golpeaba el suyo con cada honda y entrecortada respiración.

Se dejó abrazar con fuerza, mientras de nuevo, ese miedo a perderlo la atenazaba.

Era como si se estuviese despidiendo de ella.

Su cuerpo hablaba, su respiración y su calor le decían que aquello era una despedida. ¿Por qué? No lo entendía.

No, no se separaría de él. ¡No iba a permitirlo!

Se aferró a su fuerte cuerpo como un náufrago a un bote despedazado, ante el temor a ahogarse en un mar oscuro y sin vida. Pero no pudo evitar que Lachlam la alejara de él.

—¡No! —protestó ella. Pero Lachlame ra más fuerte.

Añoró de inmediato el calor de su cuerpo e intentó abrazarle de nuevo, pero él no se lo permitió.

Con los brazos apoyados en sus pequeños hombros, la miró a los ojos, con intensidad. Y cuando él abrió la boca para hablar, ella lo interrumpió.

—¡Te amo! —exclamó, con desesperación — Y tú a mí.

—¡Ayla!

—¡No! Todo lo que no sean esas palabras, son mentiras —dijo dejando que su ira creciera y calentara aún más su pecho—. ¡Me amas! ¡Tú me amas, Lachlam McDonald! Y no permitiré que lo niegues nunca.

—Y aún así, no nos casaremos.

Fue como perder la costa de vista, como si el océano se abriera a un profundo y negro abismo.

—Lachlam… —apenas le salió la voz —. Si es porque mi padre jamás se casó con mi madre…

—Oh, Ayla eso no importa —dijo cerrando los ojos, derrotado. Se sintió herido porque pensara que había alguna imperfección en ella.

—Por favor… —empezó a decir, mientras los sollozos se mezclaban con su voz aguda y las palabras escapaban de su garganta, atropelladas— ¡Ya soy una mujer! ¡Te daré muchos hijos, lo prometo! ¡Seré una buena esposa! ¡La mejor! Siempre velaré por ti, y por los McDonald.

¡Lucharé a tu lado! No encontrarás a nadie que te ame más que yo. Te seré fiel, viviré para ti. ¡Llevo toda la vida viviendo para ti! Para el día en que estemos juntos.

Lachlam sintió que el mundo se hundía bajo sus pies.

—Para, Ayla.

—Daría mi vida por ti, Lachlma McDonald, no me quites la mía rechazando lo que yo sé que ambos deseamos.

—Basta, Ayla —la interrumpió.

Él se apartó cuando Ayla intentó abrazarlo de nuevo. Y eso le dolió como si le hubiesen clavado un puñal en el corazón.

—Pero…

— Y… —alzó un dedo frente a su rostro, algo que solía hacer cuando había tomado una decisión importante e iba a dictar sentencia—. N o regresarás jamás, Ayla.

—¡No! —gritó, intentando que las lágrimas no escapasen de entre sus párpados—. No pienso hacerte caso.

Lachlam la miró con una dureza que pretendía ocultar su dolor. Temía no lograrlo, que ella insistiera y él terminara rendido a sus pies. ¿Acaso no sería capaz de cualquier cosa por ella? Aunque… por lo visto no era así. No podía enfrentarse al rey, contradecirle, poner a su clan en peligro.

—Entonces… —las lágrimas ya caían por su rostro—. Entonces, ¿no me amas? —Él no respondió —¡Contéstame! ¿Me amas o no?

¿La amaba? Por supuesto, de un modo peligroso. Con demasiada intensidad para su bien. Un hombre podía perder la cabeza por un amor así. Y luego estaba el deseo, ¿cuánto tiempo la había deseado? Quizás desde el momento en que empezó a pensar en ella como una mujer. Quizás desde siempre había anidado en su corazón la certeza de que por mucho que jugara a rechazarla, ambos se casarían. Pero aquella noche, las palabras del rey David, habían sellado su destino “Te casarás con una de las dos hermanas, y nuestros vínculos serán más fuertes. Cuando el rey noruego no tenga poder sobre estas tierras, tú serás de mis guerreros favoritos”, le había dicho el rey David, “Y yo siempre recompenso a mis favoritos”. Pero no era por las recompensas que había anunciado su boda. No. Era porque detrás de esas palabras había una amenaza implícita: “Ponte contra mí, y serás destruido”.

No podía… elegir entre su gente y Ayla, le partía el corazón en dos, pero no podía sacrificar al clan por un amor que se iría apagando en la distancia.

Sobreviviría sin ella, y ella… dejaría de estar en peligro lejos de él.

—No importa si te amo o no —dijo en un tono tan duro como la roca donde se asentaba el castillo de los McDonald—. No nos casaremos.

La empujó y Ayla solo pudo abrir los ojos, tanto que por ellos podía verse todo el dolor y la desesperación que sentía.

—¡Lachlam! No lo hagas. ¡Tú me amas!

Lachlam apretó los labios. Sería fácil mentir, decirle que no la quería. Pero no lo haría. La realidad era que sí, la amaba con todo su corazón. La había visto crecer, la conocía desde que era una niña, y cuando se convirtió en muchacha, su mente era incapaz de controlar las reacciones de su cuerpo y su corazón hizo el resto. Pero el deber era el deber. Ayla tenía que entender una cosa, el amor no tenía cabida en sus vidas, la lealtad era lo que primaba.

—Sé que me…

—Me casaré con otra.

Esas palabras fueron una puñalada en el corazón que vio venir.

—¿Por qué si es a mí a quien deseas?

—¡Mis deseos no tienen nada que ver en todo esto! —gritó, desesperado.

—¡Eres un mentiroso! —gritó también, Ayla— ¿Mienten tus labios, miente tu cuerpo y mienten tus ojos? ¡No lo hacen! ¿Por qué debería renunciar a ti, si eres lo que más quiero?

—¿Ves cómo sigues siendo una niña? —la miró, dolido— ¿Acaso no te has dado cuenta de lo que pasó en el salón, anoche? ¿Eres capaz de entender qué habría sucedido de haberme negado?

—¡Lo único que sé es que quien quiere algo, lo tiene!

—Las cosas no son tan sencillas —dijo, intentando mantener su tono calmo—. Es por eso que sigues siendo una niña, no sabes cómo funciona el mundo, ni la política. Lo único que has hecho hasta ahora ha sido corretear por el bosque y hacer lo que te ha venido en gana. ¡Si no eres capaz de cumplir con tus obligaciones, al menos deberías dejar en paz a quienes sí lo hacemos!

El rostro de Ayla se empapó. Lagrimas enormes rodaban por sus mejillas.

Lachlam sintió una fuerte punzada en el pecho y el deseo de consolarla se hacía más y más fuerte por momentos. Pero no podía ceder. Tenía que mantenerse firme. Ella debía entender cómo funcionaban las cosas. Y eso haría.

—Ahora, vete. Márchate, Ayla, y no regreses más a este lugar.

No… ¡No! Tenía que insistir más. No podía permitir que Lachlam echara por la borda todos sus sueños, todas sus ilusiones. ¡Tenía que ceder!

—¿Cómo puedes…?

—Ya está hecho. El rey ha anunciado mi compromiso en el salón. Tú y yo, jamás volveremos a vernos.

El cuerpo de ella empezó a temblar.

De ahí los vítores, los hombres y mujeres de la fortaleza estaban felices por su señor. Siempre pensó que todos la apreciaban, que la querían, que conocían sus intenciones de casarse con Lachlam McDonald. Pero al parecer era otro espejismo, algo que solo ella había visto con buenos ojos, creando esperanzas de la nada.

Abatido, Lachlam alzó la mirada hacia ella.

—Irás con Maery —zanjó—. Ella te dará de cenar y una cama donde descansar. Y mañana partirás en el primer barco que zarpe hacia la isla de los McLeod.

—Te arrepentirás de habernos hecho esto, Lachlam McDonald —dijo con los dientes tan apretados como sus puños.

Lo miró con dolor, con rabia. Se sentía traicionada por una de las personas que siempre esperó que la protegieran.

—Lo siento… —empezó a decir Lachlam, abatido.

Ella d io media vuelta y lo miró por encima del hombro.

—Guárdate tus excusas, Lachlam McDonald —lo miró con desprecio—. No será necesario esperar a mañana, la corriente me llevará a casa.

—No, Ayla.

Pero ella no lo escuchó y cuando alargó la mano para agarrarla del brazo, ella lo apartó con brusquedad. Lobo se puso alerta.

—A partir de este momento estás muerto para mí.

—Ayla…

E chó a correr, camuflándose en la noche. Bajó los peldaños hasta la tranquila cala, esquivando el bullicio festivo por la boda del laird. Una boda que no sería la suya.

Agarró el borde de la balsa con rabia y empujó hasta que las olas rompieron contra el

casco. Lobo, que la había perseguido entre aullidos desesperados, subió cuando ella se lo ordenó.

Ayla empujó, y siguió empujando, mojando sus ropas hasta que el agua helada llegó hasta su cintura. Cuando se dio impulso y cayó dentro, fue incapaz de moverse para remar.

Sus sollozos y gritos debieron de escucharse por toda la isla, sobre el rumor de las suaves olas. Para cuando las lágrimas le dejaron ver en el hermoso cielo nocturno, ya había recorrido la mitad del camino y el sol despuntaba.

—Solo tengo que sobrevivir a un nuevo día —le dijo a Lobo—, y luego otro, y otro…

Y mientras lo pensaba tomó los remos y se hizo dueña del mar, arrastrándose derrotada hasta casa. Con la isla de su amado a la espalda, donde ella había jurado que estaba su destino, llegó mucho después a tierras McLeod.

No miró hacia atrás cuando desembarcó, ni cuando ella y Lobo corrieron como almas desesperadas.

Jamás miraría atrás, ni volvería a tierras McDonald.

Sí, por primera y única vez, obedecería su orden: ¡No regresar jamás!

CAPÍTULO 3

Tras la muerte por fiebres de los antiguos señores McDonald, los padres del actual laird, Maery había tomado las riendas del castillo. La abuela de Lachlam era una mujer menuda, enérgica a pesar de su edad y de larga lengua afilada. Quizás demasiado para el bien de los moradores de la fortaleza. Y a pesar de todo, era una anciana amable y cariñosa, con un rostro siempre predispuesto a la sonrisa, al menos en todo lo que concernía a su nieto. En su juventud había sido la dama más hermosa que se había conocido en las islas y ahora, a sus casi sesenta años, seguía conservando ese brillo. Era alta, delgada y elegante, sus cabellos nevados seguían siendo espesos y los llevaba recogidos en una larga trenza. Muchos decían que su longevidad y vitalidad eran a causa de los secretos mágicos que había heredado de sus antepasados vikingos. Y… quizás tuvieran razón. Algunas personas se negaban a olvidar sus dioses y orígenes, aunque la mayoría rezaban al Dios de la Cruz.

Cuando esa misma noche, Lachlam entró en las cocinas para evitar a sus hombres y a la figura del rey que tanto perjuicio le había causado, Maery lo interceptó, dándose cuenta de que algo se había roto en él y nunca volvería a ser el mismo.

—¿Qué sucede?

La menuda figura se recortó contra el fuego de la chimenea. A esas horas la cocina estaba casi vacía, a excepción de tres pillastres que dormitaban en el suelo junto a las llamas. Cuando Maery hizo un gesto con la mano, las muchachas desaparecieron dejándolos solos.

—Abuela…

—No me digas que no quieres hablar de ello —apretó los labios y juntó las manos frente a su regazo—. He sido testigo del anuncio de tu boda. Algo se me permitirá decir, ¿no?

—Quizás una felicitación —dijo Lachlam con tono cansado.

—¿Eso esperas de mí?

—Espero comprensión. —Cerró los ojos e intentó ignorar el dolor en el pecho.

Ayla no le había demostrado comprensión alguna. No había notado el enorme sacrificio que él estaba haciendo por su gente, por ella. Respiró hondo y cuando volvió a abrir los ojos la expresión de su abuela había mudado a la de la comprensión.

—¿No había otro remedio? —Él negó con firmeza— ¿Y dónde está la niña salvaje? He visto a su lobo en la despensa.

Lachlam casi sonríe por el apodo cariñoso que su abuela le había puesto a Ayla, casi siendo un bebé.

—Se ha escabullido en la noche. Pero volverá y mañana…

Cuando vio a su abuela cerrar los ojos y cerrar las manos en un fuerte puño, supo que ella no pensaba lo mismo.

—Poco conoces a esa muchacha si piensas que va a quedarse bajo tu mismo techo y el de tu prometida. A estas horas debe estar en medio del mar. —Por la inquietud que vio en el rostro de su nieto, supo que él también lo pensaba—. Pero no temas, la noche es clara y el mar está en calma. Mañana enviaremos un mensajero a Duncan y nos aseguraremos de que llegó bien.

Derrotado, Lachlam no pudo hacer otra cosa que sentarse en el banco y mirar las llamas de la chimenea.

La cálida mano de su abuela se posó en su hombro.

—¿Ha sido difícil?

—¿Tomar la decisión?

—Decírselo a ella —Maery sabía que su nieto iba a hacer lo imposible para proteger a las personas que amaba, y no casándose con ella, la protegía de la ira del rey.

—Lo más difícil que he hecho en mi vida.

Ambos se quedaron en silencio y Maery recordó el momento exacto en que se había dado cuenta de que Ayla estaba profundamente enamorada de su nieto.

Años antes, cuando el rey había llamado a los señores para arreglar las diferencias en las tierras del norte de las Highlands, Lachlam no tuvo más remedio que prepararse para su partida, tal y como lo había hecho Duncan McLeod.

—Tu hermano también acude a la llamada —le había dicho Maery a Ayla.

La muchacha se había encogido de hombros. Era menuda, pero ya era toda una jovencita, pronto Duncan le buscaría marido, a no ser que Ayla se opusiera, en ese caso no habría barón quien se atreviera a dormir con una mujer que guardaba sus armas bajo la almohada.

Disgustada por la partida de su nieto, en ese momento lucía un rictus que Ayla no había visto antes en ella. Sus labios apretados y su ceño fruncido indicaban que estaba disgustada y al mismo tiempo muy preocupada. Ayla no era el motivo de su disgusto, jamás habría sido así, pero sí una más de sus preocupaciones.

—¿No hay forma de impedir que parta? —preguntó Ayla mientras Maery la arrastraba por el corredor, asida del brazo.

—No la hay. Como tampoco la había que tu hermano se marchara.

—Sí, pero…

La mujer miró a Ayla, severa, para que dejara de hablar. Y en cierto modo lo consiguió. La acompañó hasta la cocina.

—Deberías comer algo, niña —le dijo con cariño, aunque muy seria. Miró a una de las doncellas y la apremió—. Edith, por favor, apresúrate y trae a Ayla algo de comer.

—Pero… —se quejó la joven—. No quiero estar aquí. Quiero estar con Lachlam. Su barco partirá…

—¡Y tú no estarás en él!

La miró en silencio y retándola a desafiarla. Por supuesto que Maery ya había leído las intenciones de Ayla como si fuera un libro abierto. Era más que probable que intentara colarse en la embarcación y partir con él.

No iba a permitirlo.

—Yo solo quiero ayudarle.

—Te quedarás aquí y luego te enviaré con tu madre.

—Pero…

—¡No me discutas, niña! En estos momentos tengo demasiadas preocupaciones como para ocuparme de una pequeña salvaje como tú.

Ayla abrió la boca para replicar, pero la mirada severa de la anciana hizo que la cerrara.

Edith no tardó en regresar con una bandeja repleta de estofado y fruta, y la colocó frente a ella. Ayla le dedicó un puchero infantil a Maery, intentando enternecerla.

—Oh, abuela… no tengo apetito —gimió—. Y no sé si podré comer cuando todos están viendo partir a Lachlam.

La mujer suavizó la voz.

—Come a placer, que con la barriga llena las penas son más livianas. Además, tú y yo ya nos hemos despedido de él. ¿No es verdad? —Ayla apretó los labios y agarró con fuerza el zurrón que tenía entre las manos.

Maery no era tonta, sabía lo que ella escondía. Sus livianas pertenencias y una daga lo suficientemente grande para que con las habilidades de la pequeña salvaje, pudiera hundirse en el corazón de sus enemigos.

Nadie le había enseñado su lugar en el mundo a la pequeña Ayla, y ella siempre había pensado que este estaba junto a Lachlam. Por esa razón seguirle a la guerra era la opción más lógica para ella. Pero Maery no podía permitirlo. Su nieto no se lo perdonaría nunca si algo le pasara a esa muchacha. Porque tan cierto como que el sol sale cada mañana, Maery sabía que Lachlam McDonald daría su vida por Ayla, y quien sabía si quizás ya se había reconocido a sí mismo, sus auténticos sentimientos por ella.

Maery la entretuvo lo suficiente como para que el barco de su nieto zarpara. Supo exactamente cuando Ayla se hubo dado cuenta de su ardid. Lachlam no partiría a primera hora de la mañana, sino que aprovecharía la marea y saldría al atardecer.

Nunca olvidaría la cara de reproche de Ayla, al sentirse traicionada.

La joven salió del castillo por la primera puerta que encontró. Corrió y corrió, hasta atravesar la cocina y llegar al patio interior, donde estaban los establos. Sintió cierto alivio porque sabía que junto a los caballos se sentiría mejor. Ellos no fingían, no la mirarían como si algo en ella no funcionase bien. No mentían, ni tenían el corazón oscuro, ni traicionaban. Eran seres puros.

Entró en una de las caballerizas que en ese momento se encontraba vacía, cerró el portón tras de sí y se sentó sobre el heno fresco y limpio. Se acurrucó y pegando la espalda contra la pared de madera, se abrazó las rodillas. Sólo entonces, se dio permiso a sí misma para descargar un llanto amargo.

Lloró y lloró, gran parte de la noche, hasta que se le secaron los ojos y se le irritó el rostro. Y cuando ya no pudo más, se echó sobre el heno y perdió la vista en el cielo despejado, que podía verse a través de una pequeña ventana. La luz de la luna llena iba dibujando pequeñas sombras, que variaban mientras navegaba por el firmamento.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó Lachlam, haciendo que la mente de su abuela volviera a la realidad.

Ella se encogió de hombros. No podía decirle que esa muchacha se habría enfrentado a cualquier cosa por él. Que había intentado seguirle a la guerra, que se sabía enamorada desde mucho antes que él la viera como algo más que una niña.

—Ya no importa, hijo —le acarició los cabellos y su expresión era tan triste como la de él —. Será mejor que regreses al salón, el rey querrá verte antes de que termine la celebración.

Lachlam no dijo nada, solo asintió, esperando que la noche pasara, que los días pasaran… que su vida pasara.

Había sido horrible ver como el futuro que había augurado para él se escapaba de entre sus dedos, como la arena de la playa al abrir la mano. Revivió la escena, por suerte Ayla no había presenciado aquella sentencia. Por algún motivo lo había entendido cuando él, con ojos suplicantes, le rogó sin palabras que abandonara el salón.

Así, Ayla no había visto como de repente, el rey David se puso en pie.

En su cabeza, Lachlam visualizó el momento como si acabara de ocurrir:

El rey había alzado su copa y sonreído de oreja a oreja. Había mirado a su anfitrión, él simplemente se había quedado muy quieto.

—¡Pueblo de Escocia! —la voz del monarca tronó.

Los McLeod y algunos McDonalds que habían sido invitados, se miraron los unos a los otros. Algunos no reconocían la autoridad de ese rey, pero todos callaron, conscientes de su poder.

—Brindemos por nuestro anfitrión, Lachlam McDonald, laird de estas islas.

A Lachlam le molestó e inquietó en partes iguales, que el rey David tuviera poder suficiente sobre él como para hacer lo que hizo.

Apartó la mirada de Lachlam, depositó la copa de vino sobre la mesa y, de pronto su sonrisa se volvió ladina, despóticamente alzó el mentón y estiró el brazo hacia una de las hijas de Ross.

Lachlam apretó los puños de manera disimulada. Miró a ambas hermanas y detectó las diferencias en esos pares de ojos azules.

Si algo le hubiera podido dar un ápice de tranquilidad a Lachlam en ese momento, fue que quien acudió a la llamada de su rey, no fue otra que la joven de mirada dulce: Ishbel.

Apocada, y con una sonrisa nerviosa, se acercó a la mesa principal. Se recogió con delicadeza las faldas de su bello vestido verde oscuro cuando subió los peldaños que la separaban del rey y de su futuro esposo. La joven apretó la mano ofrecida por el rey, justo en el instante en que lo ensalzaba con una graciosa reverencia.

Hubo un ominoso silencio cuando el rey ofreció la mano de Ishbel Ross a Lachlam McDonald.

David miró primero a la belleza rubia y después a Lachlam, de quien no esperaba otra cosa que agradecimiento. No hubo palabras, susurros o gritos, todo estaba en completo silencio hasta que David asintió hacia las manos entrelazadas de ambos y se dirigió a los presentes.

—Yo, el rey, frente a todos los presentes, bendigo la unión en matrimonio de Lachlam McDonald, con la hija de Walter Ross, mi fiel súbdito y amigo. Uníos en mí a los vítores si estáis tan complacidos como yo.

El rey alzó la copa. No hubo más silencio. Ante las palabras del rey, todos se vieron obligados a alzar sus copas y brindar por la felicidad de los novios. Hasta sus más fieles hombres que sabían a quien pertenecía el corazón de su laird, no pudieron guardar silencio.

El señor de la isla se casaba, y para bien o para mal, debían brindar.

—Tu sacrificio nos ha salvado de días oscuros, hijo.

La voz de su abuela lo sacó de sus ensoñaciones, y de alguna manera se consoló con eso. Había salvado al clan de muchos problemas con su futuro matrimonio, y a Ayla de la ira del rey. Si ella se hubiera entrometido en los planes del monarca… cerró los ojos.

—Pero a qué precio —se sorprendió diciendo.

Ayla le odiaba.

Y quizás fuese mejor así.

Sabiéndola lejos y a salvo, despreciándolo por su traición… tanto que nunca más se atrevería a regresar.

CAPÍTULO 4

Una semana después

No podía dormir.

Las noches eran mucho más amargas ahora que había probado los labios de Lachlam McDonald.

Ayla no paró de darle vueltas y más vueltas en la cama. Visualizó el beso que había compartido con Lachlam y su pecho se hinchó, lleno de rabia e impotencia. La belleza de ese beso, la pasión y la ternura, palidecía ante la traición de su mejor amigo.

Se había casado.

Se había casado con otra.

Ayla cerró los ojos e intentó que sus sollozos no se escucharan en la cabaña. Había rechazado vivir con su hermano, aunque su madre se hubiera ido unas semanas al norte, en peregrinación hacia las piedras sagradas. Ayla había estado demasiado alicaída como para desear viajar, y su madre, que todo lo veía y sabía, había decidido que su corazón sanaría mejor si estaba a solas.

Golpeó la almohada después de imaginarse el tacto de esos labios.

—¿Cómo puedes seguir pensando en ese traidor? —sollozó.

Evidentemente no hubo más respuesta que el viento contra su ventana. Pero fue suficiente respuesta como para aceptar que ese beso, había sido sincero, lo suficiente como para seguir pensando en él a pesar de que su determinación quisiera apartar a Lachlam McDonald de su vida, para siempre.

Y es que, a pesar de la fuerza de su mente, su corazón era quien anhelaba, quien amaba. ¡Y él también la amaba! Lloró frustrada. Hubo tanta pasión en ese beso ¡La amaba! Estaba segura de ello.

Pero el rey le había ofrecido en matrimonio a la hija de Ross, y Lachlam… simplemente la eligió a ella. No hallaba explicación a la sumisión de Lachlam. Él era un hombre fuerte, que sabía lo que quería y no dudaba en pelear por ello. ¿Acaso Ayla no era lo suficientemente importante para él, como para luchar por ella?

Desde luego, ella habría luchado.

Visualizó a la que ese mismo día se había convertido en la esposa de Lachlam.

No podía arrancarse de la cabeza la imagen de aquella mujer, tan distinta a ella.

La noche fue larga, sólo los sonidos del viento y el de los animales del bosque acompañaban su soledad. El de Lobo, a los pies de la cama, era el único calor que tenía cerca. Podría haber sido tan feliz con Lachlam, pero ya nada podía hacerse y ella debía aceptarlo.

O tal vez…

Un relincho hizo que se incorporara de golpe. Afuera había alguien, un caballo golpeaba la tierra batida justo frente a la entrada de su casa.

Salió de la cama, tan rápido que Lobo saltó tras ella. No perdió tiempo y tomó la daga que escondía bajo la almohada. Cuando abrió la puerta de golpe, la figura de un highlander hizo que se quedara petrificada donde estaba.

—Lachlam… —sus ojos se llenaron de lágrimas— ¿Has venido por mí?

No habló, simplemente se perdió en sus ojos mientras alargaba la mano para acariciarle el rostro.

Lachlam negó con la cabeza, como si no entendiera qué estaba haciendo ahí.

—Lo siento —le susurró. Y por un instante Ayla olvidó todo su rencor hacia él.

Por la expresión de su rostro, supo que había ido hasta tierras McLeod por ella. Una pequeña luz de esperanza le iluminó el corazón al ver su expresión de anhelo.

¡Le importaba!

¡Ella le importaba!

Intentó acercarse, abrazarle, suplicar… pero él extendió las manos y se lo impidió.

—¡Lachlam!

¿Dónde estaba su orgullo? Parecía desaparecer ante él. Pues cuando volvió a rechazarla, ella intentó abrazarle por una tercera vez.

—Ayla —su tono y su expresión volvían a ser duros y distantes—. Te marchaste sola, en medio de la noche.

—Eso hice —declaró ella.

—Sola… cuando el castillo estaba lleno de hombres borrachos que podrían haberte hecho daño.

—Siempre preocupado por las mismas cosas, y yo recordándote que sé cuidarme sola.

—¡Ayla! —dio un paso hacia ella, y se vio obligada a retroceder, entrando al cobijo del interior de la cabaña.

Al parpadear, Lobo ya corría por el bosque bajo la luna menguante y Lachlam había cerrado la puerta.

—No había peligro, tus hombres estaban demasiado distraídos celebrando tu futuro y absurdo matrimonio, como para percatarse de la presencia de alguien tan insignificante como yo.

—No eres insignificante.

El rictus de Lachlam pasó de severo a dulce. Su mano se alzó para acariciar su mejilla.

—¡Sí lo soy! —gritó dolida—. ¡Lo soy para ti!

Lachlam negó con la cabeza. Después, tres grandes zancadas bastaron para llegar hasta ella y… abrazarla.

Sus labios descendieron sobre los de ella. Las llamas se avivaron entre ellos. Era innegable que sus cuerpos se buscaban, se reconocían. Respiraron el mismo aliento y a Ayla nada le sabría tan dulce como esa boca, jamás.

Las manos que recorrían su cuerpo la quemaban, pero no se apartó hasta que él la empujó para apartarla.

—¡Deja de comportarte como una niña malcriada! —le recriminó.

Ayla sintió algo de lástima por él. Se enfurecía porque no había podido evitar desearla. Lo comprendía, pero llamarla niña malcriada…

—No soy una niña.

—Lo pareces —dijo cerrando los ojos.

Ella se abrazó a sí misma.

—Es por eso, ¿verdad? ¿Me rechazas porque sigues pensando que soy una niña?

—Exactamente por eso.

—Pero soy una mujer —intentó explicarse.

—Una mujer que no me conviene. ¿Quién iba a querer casarse con alguien como tú? ¿Acaso sabes hacer algo que enorgullezca a tu sexo? ¿Cocinas, bordas, cantas…?

Las lágrimas se deslizaron por las mejillas de ella sin control alguno.

—Nunca te importó nada de eso.

—¿No me importó?, ¿o fingía que no me importaba?

Ayla se llevó las manos a la cabeza y lloró. Todo lo que había temido, estaba sucediendo. Lachlam no era diferente a los otros hombres, enfadados porque una mujer quisiera seguir luchando como una escudera, y no ser sumisa y silenciosa.

—¿Quieres que sea sumisa? ¿que suplique? —sus palabras se mezclaban con sus sollozos, pero eran altas y claras, llenas de la seguridad que te otorga la razón—. ¡Suplicaré! —gritó, con los puños cerrados—. ¡Te suplico que desoigas las órdenes del rey y te cases conmigo, Lachlam McDonald!

No había sonado como una súplica, aquello había sido una exigencia en toda regla. Lachlam sintió como su corazón se partía en mil pedazos, pero Lachlam no la escuchó y empezó a reírse.

—Pobre niña tonta.

Jamás había llorado tanto, se secó toda la vida que tenía en su interior.

Sintió el rostro húmedo mientras caía al suelo sabiendo que no le importaba a nadie.

—Por favor, por favor…

Su cuerpo se sacudió y al despertar se dio cuenta de que su rostro estaba húmedo por los lametazos de Lobo.

—Mi fiel amigo —le echó los brazos al cuello y hundió su cara en el pelaje blanco—. Tú sí me quieres ¿verdad?

Lobo aulló como si comprendiera su dolor. Y por supuesto que lo hacía.

Se quedó abrazada a su fiel amigo hasta darse cuenta que solo había sido un sueño, o una pesadilla, pero quizás contenía algo de verdad. Tal vez Lachlam siempre la había visto como una niña, tal vez ella no había comprendido lo que era ser un líder, sacrificarse por su gente. Complacido o no con el matrimonio con Ishbel Ross, lo había hecho por el bien común.

Y aun así…

No la había elegido a ella.

Bien, pues era una niña, inmadura y cabezota, porque no pensaba perdonarle jamás.

Se acabó soñar con él. A partir de ese momento, él pertenecía a otra y ella desterraría su nombre de sus labios y hasta de sus pensamientos. Costara lo que costara, ya no se estremecería de emoción con solo escuchar su nombre, con solo pensar en su voz, en… sus besos.

Apretó los dientes y se levantó después de dar varias patadas a las mantas y ahuyentar a Lobo.

—Nos vamos —dijo cuando se vistió y apenas amanecía—, necesito… golpear cosas.

CAPÍTULO 5

Ayla golpeaba con todas sus fuerzas ese maldito fardo de paja que colgaba de la rama de un roble. Esa misma mañana, había entrado en la sala de armas de la fortaleza y había robado una espada que a duras penas podía sostener. La agarró con las dos manos y con todas sus fuerzas la alzó por enésima vez para rasgar y golpear en uno de los lados el fardo a quien curiosamente había pintado una larga cabellera con arcilla roja. No todo el mundo pasaría por alto el parecido con el laird McDonald, pero no le importaba, en absoluto.

—¡Muere, traidor!

Gritó, frustrada, tras fallar en su intento, y probó de nuevo.

Lobo la miraba con fijeza, ladeando la cabeza como si no acabara de entender lo que estaba haciendo su amiga, o peor, como si lo que estuviera haciendo fuera del todo inútil, a la vez que irrelevante para él.

—No me mires así —le recriminó Ayla—, lo estoy intentando. Lo mío es el arco y las flechas. Y… los venenos.

Lobo alzó las orejas como si se sintiera dolido por la sutil amenaza.

Ayla puso los ojos en blanco antes de arremeter de nuevo contra el saco.

Aunque, puede que el animal tuviera razón, y todo aquello fuera una estupidez, pero Ayla necesitaba matar la rabia que sentía de alguna forma. Lobo gimió cuando la vio fallar por cuarta vez, y puso el hocico entre las dos patas delanteras, para mirarla fijamente con sus ojos ambarinos.

—¡Maldita sea! —Ayla gritó, enfadada, dio media vuelta y tiró la espada al suelo— ¿Qué diablos estás mirando? —le espetó al animal, que no movió ni un pelo de la oreja.

Estaba furiosa consigo misma. Esa misma noche había soñado con Lachlam y eso no podía volver a pasar.

Después de huir de él, y abandonar esa isla para siempre, se prometió que nunca, jamás, volvería a llorar por él. ¡Ni le hablaría! Y esa noche había incumplido esa promesa, aunque fuera en sueños.

Alzó de nuevo la espada y mientras le daba otra estocada al fardo, soltó un grito. Esta vez sí dio de lleno, justo en el centro, pero para su desgracia, el fardo se partió en dos y la paja quedó desparramada sobre la hierba. Había quedado inservible y ahora no tenía nada más con qué practicar.

Lanzó la espada al suelo y volvió a gritar.

—¡Maldito seas, Lachlam! ¡Y maldito sea el rey David!

En ese momento, el lobo se puso en pie y se quedó quieto, mirando en una sola dirección. Desde ese lugar se escuchó la potente voz de su hermano, Duncan.

—¡Ayla McLeod! —bramó, dirigiéndose hacia ella con grandes zancadas.

Lobo se adelantó con parsimonia, colocándose entre su amiga y su hermano. En su rostro no se advirtió amenaza alguna, pero Duncan se detuvo. Sabía perfectamente que ese animal se lanzaría contra cualquiera que amenazase a su hermana, aunque se tratara de su hermano.

—Lobo, todo está bien —dijo Ayla, con sequedad.

El animal se apartó, regresando de nuevo a su lugar, donde se echó para dormitar. Duncan se cruzó de brazos.

—No sé como diablos lo haces, pero ese animal siempre te obedece —algo de la rabia de

Duncan había menguado.

—No obedece a nadie porque es libre —dijo, retadora.

El laird McLeod no iba a volver a tener esa conversación con su hermana, sobre el lobo y la libertad, que siempre desembocaba en "*yo soy como él, y haré lo que me venga en gana*". No sabía cuan equivocada estaba…

—¿Sabes por qué estoy aquí?

Ella se quitó una mota invisible de su camisa, ignorándolo. Su hermano no esperó a que Ayla respondiera antes de gritar.

—¡Porque has vuelto a robar esa espada de la sala de armas!

Si esperaba que a la muchacha le preocupara su mal humor, o su preocupación mal disimulada, se equivocaba. Ayla se cruzó de brazos y lo miró, alzando la ceja izquierda.

—¿Y qué problema tienes con eso?

Duncan no podía creer tamaña desfachatez. Parpadeó incrédulo ante su descaro.

—¡No puedes hacer eso! ¡Como tampoco puedes empuñarla sin supervisión!

—¿Por qué soy una mujer? —Ayla sonrió con sarcasmo y dio una patada al suelo— ¿Y quién me lo va a impedir?

—Adivina.

Ayla retó a su hermano con la mirada y después dio media vuelta, pero él la agarró del brazo y la obligó a mirarle.

—No vas a hablarme así. ¡Soy tu hermano! ¡Y tu señor!

—¡Déjame! —gritó, zafándose de él—. ¡Estoy harta de todos!

—Ayla, deja de comportarte como una niña —la miró, severamente.

Algo pareció prender en ella. Ahí estaba de nuevo ese dedo acusador. Se sintió señalada. Una niña, había dicho Lachlam, y quizás tuviera razón, pero iba a dejar de serlo pronto.

—No soy una niña.

Se giró de nuevo y le dio la espalda para huir de él, pero su hermano no estaba dispuesto a ponérselo tan fácil.

—¡Ayla!

—¿Qué? —espetó, con la furia en sus ojos grises, casi blancos. Se le tornaban de ese color cuando estaba fuera de sí, y ese era uno de esos momentos—. ¡Estoy cansada de que todos me digáis qué puedo o no puedo hacer! Tú, Lachlam, el rey…

—Madura, Ayla. En la vida vas a encontrarte mucha gente a la que tendrás que obedecer.

—¡No quiero!

—Entonces, ¿qué? ¿tus seres queridos pagarán las consecuencias? —Ella se mantuvo en silencio y con los labios apretados— ¿Qué hubiera pasado si alguno de los soldados del rey te hubiera escuchado blasfemar contra su señor?

Apretó los labios cada vez con más fuerza.

—Yo… —desvió la mirada pensativa.

Estuvieron algunos segundos en silencio y al final pudo ver como los ojos de Duncan caían, desanimados.

—¿Qué voy a hacer contigo? —Bufó.

—¿Dejarme en paz?

—Ni lo sueñes, pequeña descarada.

Se retaron con la mirada y el laird no pensaba perder.

—¿Es que no lo entiendes, Duncan? —pudo ver sus ojos más brillantes que nunca— ¡Lo único que me arranca este dolor es la espada!

Ayla se golpeó el pecho con el puño varias veces, tan fuerte, que Duncan tuvo que cogerle la mano para que no siguiera haciéndolo, pues temió que se hiciera daño.

—¡Para! —gritó, cuando ella intentó zafare de nuevo.

—¡No!¡No pienso parar jamás! —su labio inferior tembló— ¿No lo entiendes? Ya que no puedo casarme con Lachlam… —negó con la cabeza como si se hubiera traicionado a sí misma pronunciando su nombre—. Ya no tengo sueños, ni metas. Quiero ser fuerte, independiente. No quiero depender de nadie más para mi felicidad.

—¿Y la espada te hará feliz?

Ella lo miró fijamente como si intentara averiguar si la entendería alguna vez o no.

—Me dará un objetivo —dijo finalmente. Al ver que su hermano no reaccionaba le gritó, dando un paso hacia delante— ¡Quiero luchar! Soy tan buena con el arco, ¿por qué no ser igual de buena con la espada y el hacha? Mamá me dijo que no hace tanto tiempo nuestras mujeres guardaban estas tierras con acero y escudos.

—Cuando sus maridos no estaban. Y tú, pequeña Ayla, no tienes marido, ni necesitas defender nada mientras yo esté aquí.

—¡No me entiendes! —gritó frustrada. Pateó el suelo, derrotada. Pero Duncan sí la entendía, y viendo como se consumía, quizás no fuera descabellado entrenarla.

Un largo y pesado entrenamiento para que agotara sus energías, para despejar su mente durante el día y así poder dormir sin sueños durante la noche.

—Me lo pensaré.

Ayla parpadeó algo confusa.

—¿El qué?

—Entrenarte.

Volvió a parpadear.

—¿Me entrenarías?, ¿tú? —no daba crédito.

—He dicho que me lo pensaré.

Ella tomó un paso de distancia y entrecerró los ojos.

—¿Lo dices solo para que me calme? No tienes intención de entrenarme.

—Ayla —resopló—, te juro que a veces me agotas la paciencia.

Lo empujó antes de que pudiera reaccionar. Le sacó la lengua al tiempo que intentaba darle una patada. Pero él la agarró por el hombro y la patada acabó surcando el aire. Otro empujón y Ayla rodó por el suelo.

—Te falta mucho entrenamiento —le dijo mirándola con fijeza desde arriba—. Y ahora largo, como te enseñe a luchar hoy, acabarás muy magullada, porque no pienso controlarme.

—Idiota —dijo entre dientes. Pero al ponerse en pie, Ayla solo le sacó la lengua. Apretó los puños, dio media vuelta sobre sus talones y echó a correr hacia el interior del bosque, dejando a su hermano en mitad de aquel claro, cabeceando y preguntándose qué iba a hacer con ella.

Por supuesto, su sombra la siguió, corriendo a su lado, aunque desde luego podía hacerlo más velozmente que ella. Lobo echó un último vistazo, más allá de Duncan, hacia donde había alguien conocido que Ayla no había visto llegar.

Megan, la esposa de Duncan y señora de los McLeod se acercó con paso tranquilo. Había observado la escena desde una distancia prudencial y con el corazón en un puño.

Duncan, continuaba de espaldas mirando hacia donde había huido Ayla.

—Santo cielo —dijo, Megan con dulzura—, ese lobo parece saber exactamente cualquier cosa que sucede alrededor de tu hermana.

Duncan gruñó, y Megan se acercó otro poco.

—No sé de quién habrá heredado ese carácter —dijo sin apartar la mirada del bosque.

Cuando Megan se colocó tras él, sonrió y abrazó a su esposo por la espalda todo cuanto su pronunciada barriga le permitió.

Con ademán cansado, apoyó la mejilla en su omoplato, al tiempo que rodeaba su cintura con los brazos.

—Yo creo que sí lo sabes.

Cuando soltó una risita, que reverberó contra él, haciéndole cosquillas, frunció el ceño, indignado.

—Yo jamás he sido tan cabezota —soltó exasperado, intentando mirarla por encima del hombro, sin éxito. Él era demasiado alto y ella, pequeña y… sabía exactamente donde pinchar para que sangrara.

—¿De veras? —Cuando Megan volvió a reír, él se dio la vuelta y la miró, incrédulo.

—Mi hermana es indomable.

—Eso mismo pensé yo cuando me sacaste de casa de mi familia. Indomable, cabezota… cruel.

—Oh, Megan —chasqueó la lengua atrayéndola hacia sus brazos y besando su coronilla con afecto.

Ella se relajó contra su cuerpo y suspiró.

—Tenemos un problema con Ayla, tiene el corazón roto y el orgullo hecho trizas —se lamentó Megan—, nunca la he visto tan mal.

—Ya no sé qué más hacer —dijo Duncan con desesperanza—. No escucha, y siempre hace lo que le da la gana. Cualquier día se dará de bruces con la realidad, y eso es lo que realmente me preocupa.

—Querido —dijo Megan apartándose solo un poco para mirarle a los ojos—. Ayla ya se ha dado de bruces con la realidad. Ahora debemos hacer que aprenda de sus errores y…

—¿Que no cometa más?

—¡Que sea feliz!

Él puso los ojos en blanco.

—Y cree que lo logrará con una espada.

—O un escudo y un hacha —le dijo Megan, que ya había visto de lo que eran capaces las mujeres de la isla. No veía nada descabellado que Ayla supiera luchar cuerpo a cuerpo—. Ojalá jamás tenga que poner en práctica lo que aprenda, pero…

—Pero mientras tanto… estará ocupada.

Megan le sonrió. Habían pensado exactamente lo mismo.

—Ayla es una McLeod de la cabeza a los pies y sólo ha tenido la mala suerte de nacer mujer —respondió su esposa, separándose de él para mirarlo con el orgullo impreso en sus ojos.

—Una McLeod que debería empezar a pensar en sus obligaciones —respondió Duncan, recogiendo la espada del suelo—. ¡Por las barbas de San José! ¿Qué será lo próximo?, ¿robar una cota de malla?

—Podría ser, lástima que nadie en las islas tenga una. —Miró con ternura a su marido y volvió a apoyarse en él—. Ayla necesita encontrar su lugar en el mundo, esposo. Pero aún no sabe cual es. Ella siempre pensó que siendo la mujer de Lachlam McDonald se cumpliría su destino. Sería feliz, tendría un objetivo. Yo no creo que toda esa rabia, sea porque él…

—¿Qué quieres decir? —interrumpió Duncan, con el ceño fruncido.

—No estoy diciendo que no lo ame, lo ama. Pero no solo Lachlam era su sueño, también quería pertenecer a algo más grande. No solo ser la hermana bastarda del laird McLeod —se

encogió de hombros, Megan.

—Nunca la hemos tratado así.

Megan asintió.

—Tienes razón, pero eso no quiere decir que no quisiera que los McDonald la vieran…

—Como alguien de valía. Como su señora —acertó a decir.

Megan asintió.

—Y si me lo preguntas, me atrevería a decir que Lachlam también la ama.

Cuando Duncan alzó la ceja izquierda, Megan asintió, convencida. Asió a su esposo del brazo, y juntos iniciaron el regreso al castillo, al tiempo que respondía:

—Tengo intuición, soy una mujer y hace algún tiempo que tu amigo ya no la mira como se mira a una niña, o a una hermana pequeña.

—Si es así, voy a matarlo en cuanto lo vea.

Megan soltó una carcajada musical.

—No harás tal cosa. No puede haber nadie en el mundo más leal a ti que el laird de los McDonald. Estoy convencida de que hubiera pedido tu permiso para desposarla y así forjar una fuerte alianza en estas islas.

—Si el rey no se hubiera interpuesto en sus destinos —declaró Duncan con la mirada puesta en el mar embravecido.

—Así es, por lo que no te enfades con Lachlam, siempre te ha respetado, aunque al mismo tiempo la ame.

—Si la hubiera tocado, me habría enterado.

—Desde luego —se rio Megan—. Ha sido un buen amigo. Ayla no habrá dejado de insistir.

—¡Megan! —No quería tener esa imagen en la cabeza.

—Es cierto, y una razón de más para que valores su lealtad.

Duncan gruñó, y siguió caminando del brazo de su esposa, hacia la fortaleza.

—Ayla no será la esposa de Lachlam, pero debe empezar a comportarse como una dama. Respeto mucho a Ingrid, su madre, pero no deseo que acabe como ella, cambiando remedios por hortalizas y huevos, en una cabaña en mitad del bosque, sola y desprotegida, arriesgándose a que la traten de bruja y hechicera.

Megan chasqueó la lengua. Muchas quisieran una vida como la de Ingrid. Era fuerte e independiente, de las pocas mujeres que seguían las costumbres ancestrales de su pueblo.

—Ingrid es muy respetada por todo el clan. Y no sólo aquí, sino en toda Escocia.

—Aunque así sea y goce de nuestra protección, una mujer así siempre está expuesta a los más terribles peligros.

Megan se detuvo unos instantes para descansar, y aprovechó para mirar a su esposo a los ojos.

—Duncan, si fuera lo que Ayla deseara, tendrías que aceptarlo porque, a pesar de ser su hermano y su laird, tiene demasiado carácter y fuerza interior como para rendirse y obedecer.

—Pues tendrá que doblegarse. La tormenta, si es desatada, siempre será más fuerte que su voluntad.

—Si azota la tormenta, ella se transformará en un junco, y sí, se doblegará, pero no se quebrará.

—¿Siempre tienes respuestas para todo?

La risa musical de su esposa le hizo sonreír. Cuando le atrapó las manos, él se las apretó con fuerza.

—Ayla es como tú, Duncan. No ha nacido para obedecer.

—Entonces, ¿qué se supone que debo hacer yo, permitirle todos sus caprichos?

—Claro que no —respondió, con dulzura—. Pero podríamos convencerla.

—¿Cómo, si tú misma has dicho que es inquebrantable?

—Un lobo también es indomable, lo sabes bien. No obstante, a Ayla la acompaña uno de los más feroces que se conocen por estas tierras y que daría su vida por ella. ¿Y sabes por qué?

—Hm… —gruñó Duncan—. ¿Por qué?

—Porque tiene la libertad de elegir.

Duncan tomó aire, y lo soltó con impaciencia. Su esposa era sabia y tenía un gran corazón. Puede que lo que dijera fuera hermoso, pero era también una utopía, estaba muy alejado de la realidad.

El mundo era cruel y despiadado para una mujer que no gozara de la protección de su clan. Ayla no tendría posibilidades de defenderse sola, por muy valiente e intrépida que fuera. Su obligación, como hermano y señor, era velar por ella, y para eso tenía que obligarla a hacer su voluntad, no le temblaría el pulso para llevarla por el camino correcto.

Pero no discutiría con su dulce esposa, ni se enfadaría con ella por no pensar del mismo modo. Por eso, aunque dejó bien clara su postura, su tono de voz no reveló su creciente enfado, que iba dirigido a Ayla.

—Nadie es libre, Megan, ni siquiera yo.

—Pero Ayla necesita serlo.

—Pero no lo es, Megan —Duncan se arrepintió de su tono de voz, demasiado duro para con su esposa. Pero ella no se lo tuvo en cuenta.

—Permite que se desahogue con la espada —sugirió—. Es mitad vikinga y luchar está en su naturaleza. No se puede derramar la mitad de su sangre sin matarla. Necesita sentirse completa.

Duncan miró a su esposa con detenimiento.

—Sí, es posible que…

Megan alzó una ceja muy complacida.

—Ya lo tenías pensado, ¿no?

—No sé de qué me hablas.

La sonrisa de la mujer se amplió.

—Estaba aquí cuando le dijiste que quizás tú mismo la entrenarías, ¿recuerdas?

Él sacudió sus hombros.

—Tal vez.

—Eso es un sí —se mostró complacida—. Se meterá en problemas igualmente y es mejor que sepa defenderse. Ojalá yo hubiera sabido usar la espada cuando nos atacaron los Boyd.

Duncan abrazó a su esposa. No quería recordar aquel terrible episodio donde su amada estuvo a punto de perder la vida.

—Y también podrías sacar ventaja de eso —continuó diciendo, Megan, cuando él la apartó para acariciar su rostro, plagado de graciosas pecas

—¿Cómo dejarla ser mi guardia personal con el tiempo?

—¡No! —se rio Megan con ganas—. Pídele a cambio, que me permita instruirla para convertirse en una auténtica dama.

Ahora el turno de reírse fue para Duncan.

—¿Ayla una dama?

—¡Duncan!

—Antes preferiría comerse un sapo crudo—. Duncan alzó una ceja, escéptico.

—La convenceré, puedes creerme. La convertiré en una loba educada, capaz de dar la vida por ti y también en una mujer sabia y equilibrada, que en el futuro podría llegar a ser la señora de uno de los clanes más poderosos de Escocia.

Duncan miró a su mujer, le apartó un mechón de fuego del rostro y luego la besó.

—¿Cuándo te has vuelto tan sabia, esposa?

—Son los aires de las Hébridas, hacen a las mujeres sabias y a los hombres valientes. —Se puso de puntillas y besó sus labios, dulcemente al principio, hasta que después se entregó a la pasión.

Cuando sus labios se separaron, se miraron a los ojos. Duncan acarició de nuevo su bello rostro.

Era el hombre más afortunado de Escocia, pensó. Megan era una mujer pausada, amable, pero escondía en su interior la llama de la sabiduría y el fuego de la pasión.

—Mi dulce y sabia esposa, decidme —El laird de los McLeod solo podía sentir orgullo por ella—¿Qué he hecho yo para mereceros?

Megan soltó una carcajada musical y besó de nuevo los labios de su amado.

—Simplemente ser tú, Duncan McLeod. Mi Duncan.

CAPÍTULO 6

Pasaron varias semanas y Ayla regresó al claro del bosque donde solía practicar. Trajo consigo su arco y su carcaj lleno de flechas, pero tras varios disparos fallidos se enfurruñó. Miró a Lobo que estaba sentado cerca de ella.

—Sí, no tenemos un buen día.

El lobo ladeó la cabeza y ella suspiró antes de dejarse caer sobre la hierba.

Estaba desanimada, enfadada y triste.

Ya habían pasado varios días y aunque intentaba seguir los consejos de su madre y meditar las cosas, sosegar su corazón, le resultaba terriblemente difícil. Nunca se había sentido así y no sabía cómo gestionarlo.

Ingrid, su madre, había regresado de su peregrinación. Por supuesto había notado su malestar, más que eso, de hecho. Su rabia y su fuego no se consumían, por eso la animaba a salir de la cabaña y recorrer el bosque.

Mientras Ayla miraba las escasas nubes bajas, en ese día tan inusualmente cálido, se dijo que le hubiera encantado entrenar con su hermano, pero no a cualquier precio.

—Te entrenaré, y a cambio te convertirás en una dama.

—¡Y un cuerno!

No había más que hablar. Lo de zurcir podía entenderlo, no estaba de más una habilidad así, pero lo de bailar como los sassenach… ¿se había vuelto loco? Que Megan la perdonara, pero ni en broma pasaría por algo así.

Lobo apoyó la cabeza en el estómago de Ayla y esta le acarició con un dedo entre los ojos.

—La vida es complicada, Lobo.

Él hizo un ruidito, como si estuviera conforme, o quizás para decir que los humanos se la complicaban. No lo sabía.

Era hora de regresar, esa noche había cena en el castillo y hasta Ingrid asistiría. Para Ayla era un fastidio, no tenía ganas de hablar de sus sentimientos y por eso procuraba pasar el menor tiempo posible cerca de su hermano y Megan. No quería pensar en Lachlam y por eso necesitaba hacer algo provechoso, tener un objetivo. Pero Duncan le había prohibido practicar con la espada y esa misma mañana, cuando se dispuso a hacerse de nuevo con una, dos de sus hombres, que guardaban con celo la sala de armas, se lo impidieron.

—¡Oh! Perros falderos del laird —exhaló pensando en como la habían detenido— Podríamos volver a intentarlo, de noche…

Lobo soltó un quejido como si fuera la peor idea del mundo.

Ayla suspiró y entrelazó sus dedos en la nuca. Permaneció en esa posición un buen rato, con la mirada perdida en el cielo azul, apretando los párpados para no llorar. Lo había prometido, ¡no volvería a llorar jamás! ¡Las lágrimas eran para los débiles! Y ella era fuerte. Una guerrera, por mucho que su hermano se esforzara en impedírselo.

Envalentonada, se incorporó.

Miró con rabia el fardo desgarrado que colgaba de la rama del viejo roble, justo frente a ella. Decidida, agarró de nuevo el arco y se puso en pie. Tensó la cuerda y disparó, cortando en dos la soga que lo sujetaba.

—¡Se acabó para ti, estúpido saco roto! —le gritó al fardo, mientras caía al suelo.

Lobo resopló, como si las estupideces que decía su amiga fueran eso, estupideces. Pero de pronto, alzó las orejas y miró fijamente hacia la izquierda.

Se escuchó un silbido en esa dirección. Entonces, Ayla dio media vuelta y se encontró con Duncan.

—¿Otra vez tú? ¡Menudo fastidio! —Lo miró como quien mira una araña que debe ser aplastada.

—Yo también me alegro de verte, hermana.

Ayla puso los ojos en blanco y fue a arrancar las flechas para ponerlas de nuevo en su carcaj.

—Esta noche tenemos cena, ¿no vas a vestirte para la ocasión?

Ayla se miró su blusa holgada, sus calzas ajustadas, sus botas llenas de barro.

—Ya estoy vestida.

Duncan intentó no reírse, ni soltar alguna pulla que de seguro la enfurecería aún más.

—Ya veo.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó ella mirándolo de reojo.

Pero acto seguido, la muchacha abrió mucho los ojos ante la sonrisa socarrona de su hermano, que llevaba una espada de madera en cada mano.

—¿Y eso? —señaló los objetos con su arco— ¿Para qué diantres es?

Duncan no respondió.

Le tiró una espada, que cayó al suelo, justo a sus pies.

Ayla alzó las cejas, interrogante y con gesto de sorpresa. No quería hacerse ilusiones, pero ¿sería posible…?

—¿No querías aprender a luchar?

Ella no se movió, siguió mirando la espada y después de nuevo a su hermano y otra vez a la espada.

Se cruzó de brazos, fingiéndose enfurruñada. No quería que viera la ilusión que le hacía el simple hecho de que él estuviera ahí.

—Sí, pero con una espada de verdad, no con un palo.

—Cuando tú seas una guerrera de verdad, usarás una espada de verdad. De momento, confórmate con el palo.

Ayla no encontró objeción a ese argumento. Se agachó para coger la espada de madera a regañadientes, pero cuando su mano asió la empuñadura, Duncan le atestó un golpe en la muñeca con el plano de la hoja, haciendo que la espada saliera volando por los aires a varios metros de distancia.

—¡Auuuuu! —aulló, frotándose la mano—. ¡Me has hecho daño!

—¡Deja de lloriquear y ponte en guardia!

—¡Eres un tramposo! ¡No estaba preparada! —lo miró, ofendida.

—Si yo fuera un enemigo, no sólo sería un tramposo, sino que esta espada sería de acero y tú ya no tendrías mano. Y por supuesto, un enemigo no esperaría a que tú te pusieras en guardia.

Ayla tampoco pudo replicar ante ese argumento y esta vez, sin apartar los ojos de Duncan, cogió la espada y se puso en guardia.

—¿Preparada? —preguntó él.

—Preparada —respondió Ayla, imitando la colocación de los pies de su hermano, con una pierna más adelantada y la que estaba retrasada con la rodilla flexionada ligeramente, para equilibrar el peso de su cuerpo.

Ambos hermanos se miraron, estudiándose. Duncan empezó a moverse hacia ella, que retrocedió. Lo evitó y esta vez caminó en círculos, alrededor de él, que guardaba su posición en el centro. Tras varios segundos así, Ayla perdió la paciencia y atacó.

Duncan la soslayó sin ninguna dificultad y, tras dar una vuelta, le atestó otro golpe, esta vez en el trasero, con el plano de la hoja.

Ayla, frustrada y enfadada por semejante humillación, soltó un grito, dio media vuelta y contratacó, absolutamente cegada por la rabia.

Duncan, con una sonrisa socarrona, dio un teatral giro y la golpeó de nuevo en la coronilla.

—¡Ay! —gritó la muchacha, llevándose la mano a la cabeza para frotarse el chichón. Miró a su contrincante, más furiosa que nunca—. Como te coja… ¡Te meteré mi espada por donde el sol no ha entrado jamás!

Duncan frunció el ceño y apretó los labios, intentando no reír.

—Cada día tus insultos son más ingeniosos.

—Ven, deja que te enseñe mi ingenio.

Ella atacó, pero volvió a fallar.

—No piensas, Ayla —se llevó el dedo a la sien, acompañando con ese gesto sus palabras —. Eres impulsiva y te dejas guiar por la rabia. Y así nunca podrás meterme esa espada por el culo.

—¡Aggggh! —gritó—. Espera y verás…

Ella sabía que su hermano, aunque altanero, tenía razón. Era el mejor guerrero que había conocido, incluso se decía que era mejor que Lachlam.

¡Lachlam! ¡Maldito!

Con un gritó atacó de nuevo, esta vez solo para librarse de la imagen del highlander innombrable que había asaltado su cabeza.

Su hermano la golpeó, no una sino dos veces, y luego otra más. No se quejó. Ayla no era tonta y sabía que eso le serviría para aprender. Esas pequeñas humillaciones eran lecciones.

—¡De acuerdo! —gritó ella.

—¿De acuerdo con qué?

Ayla estaba de acuerdo con todo lo que le había dicho. Sí, seguiría sus consejos, sería paciente, aprendería del mejor guerrero de las Highlands y en cuanto se despistara…

—¡Ah! —Sintió el dolor provocado por un nuevo golpe en la espalda.

—¡Regresa de las nubes! —gritó Duncan.

Ella tras dar un respingo, se colocó de nuevo en guardia.

Cuando el highlander atacó, Ayla logró esquivarlo a duras penas, agachándose en el último momento. Parte de su ventaja era que era muy menuda y, por lo tanto, mucho más rápida y escurridiza. ¡Estaba dando resultado! Animada por la pequeña idea que podría resultar en victoria, no se esperó lo que sucedió a continuación.

Así como Ayla se agachaba para esquivar el mandoble de Duncan, él estiró el pie derecho y la hizo tropezar.

Cayó de espaldas al suelo, en un gran estruendo, con la espada de Duncan apuntándole en el cuello.

Los dos hermanos se miraron con intensidad.

Él ya no reía. Estaba muy serio. Y Ayla también.

—¿Es esto todo lo que sabes hacer, lobata?

El rostro de Ayla se contrajo, frunció tanto el ceño que casi le dolió la frente.

De un manotazo apartó la espada de su cuello y en un rápido movimiento se puso en pie.

—Puede que hoy, mañana y el mes que viene, me venzas. Pero llegará el día en el que, quien morderá el polvo serás tú, hermanito.

Duncan soltó una sonora carcajada que se dejó oír por toda la arboleda. Regresó la vista a su hermana y la miró de la misma manera en que ella lo miraba a él.

—Palabras y más palabras. ¡Yo quiero hechos! ¡Así que en guardia!

Lucharon hasta que el sol empezó a ponerse. Era hora de regresar a casa. Megan e Ingrid debían estar esperándoles para la cena, y Dios sabía que antes deberían asearse para no avergonzar a los comensales.

Duncan miró como su hermana recogía. Lo hacía con una sonrisa en la boca, a pesar de los golpes y algún que otro moratón que adornaría su cuerpo por varios días, Duncan supo que había hecho lo correcto al ver la expresión de sus ojos.

Ayla se clavó en el sitio cuando vio que su hermano la miraba fijamente. Dejó de sonreír.

—¿Qué?

Él no dijo mucho, pero Ayla supo que no podía negarse a nada.

—Mañana empiezan tus clases con Megan.

—¡Duncan!

—Mis entrenamientos no son gratis.

Hubo un duelo de miradas, pero el laird se supo vencedor, cuando ella pateó el suelo y le dio la espalda para recorrer el sendero rumbo a casa.

—De acuerdo —se le escapó a regañadientes.

EL REGRESO
PARTE II

CAPÍTULO 7

Cinco años después
1145

La larga trenza de Ayla se agitaba tras su espalda como una espiga de trigo mecida al viento. Ella bailaba con su espada, mientras en la otra mano portaba un escudo de madera, con el cual interceptaba los golpes de espada. Duncan intentaba por todos los medios esquivar sus ataques, pero le estaba resultando algo complicado. Atrás habían quedado las espadas de madera, y ya hacía años que Ayla había superado en habilidad a la mayoría de sus guerreros. Quizás por eso, ahora entrenaban en medio del patio de armas para que todos la vieran, y no escondidos en el bosque.

—Te veo agitado, hermano —se burló ella, pero no sonrió.

Sus ojos, delineados de negro, como los de los lobos, no sólo resultaban inquietantes, sino que no perdían detalle de cada uno de sus movimientos.

¡Maldición! Duncan sudaba.

Su hermana era capaz de leerle el pensamiento, y de esa forma se anticipaba a todos sus ataques.

¡Oh! Si Ayla hubiera nacido varón, no habría señor, ni caballero en toda Escocia que la venciera en combate singular.

Pero había algo más que agilidad en esa joven que había dejado de ser una niña, con un cuerpo ya formado y entrenado para la lucha: Inteligencia, percepción y contención. Habría sido el guerrero perfecto. Apoyó su pie con firmeza en el suelo, mientras adelantaba su cuerpo y bailaba con él, lo hacía retroceder y avanzar a placer. Sus piernas se movían con agilidad, pero eran fuertes. Enfundadas en esas calzas, con las botas hasta la rodilla, nadie podría haberla confundido con un muchacho, ya no. Sus pechos eran generosos, aún apretados contra el cuero que los protegía, junto a su abdomen y hombros. Sus largas trenzas que nacían en las sienes y morían en otra aún más gruesa, le confería una belleza única y salvaje.

—Muy bien lobata.

Ella sonrió de medio lado, sin humor, concentrada.

—Muy bien hermano, has conseguido mantener tus extremidades unidas al cuerpo… —ensanchó su sonrisa—, de momento.

Duncan retrocedió un paso, la observó con detenimiento y una idea cruzó su mente. Bien, si su hermana predecía cada uno de sus movimientos simplemente con leer su cuerpo, él intentaría engañarla.

Pero no era fácil engañar a una loba.

Tras un entrechocar de espadas, Duncan miró a la derecha, pero en un rápido movimiento, cambió la guardia de sus pies y acató por el flanco izquierdo.

Eso en un primer momento pareció sorprender a Ayla, que quedó desprotegida por unos segundos. Pero haciendo gala de una gran agilidad, y un cuerpo rápido y flexible, se agachó, colocó el codo izquierdo sobre la tierra batida y con los pies se impulsó, haciendo un barrido circular hasta que logró desestabilizar a su hermano, dándole con el empeine en el interior de sus rodillas.

El cuerpo de Duncan McLeod cayó al suelo cuan grande era. Se escuchó el golpe seco y

fue música celestial para los oídos de Ayla. Entonces, el filo de su espada se quedó a escasos centímetros del cuello del laird McLeod. El brillo del acero reflectado por el sol lo cegó, impidiéndole ver la espléndida sonrisa de la muchacha cuando le dijo:

—Duncan McLeod, mi señor —dijo en tono burlón— ¿es eso todo lo que sabéis hacer?

El highlander gruñó, y su hermana se carcajeó.

—Lamento el día en que decidí enseñarte a luchar.

Con una sonrisa luminosa, le tendió la mano a Duncan para que se levantara. La aceptó sin pensarlo y se puso en pie.

—Has mejorado notablemente —le dijo, palmeándole la espalda y tomándose el descanso que necesitaba.

A veces Duncan bajaba la guardia, pensaba en dejarla ganar para que se sintiera mejor, luego cuando veía lo bien que se movía Ayla, se lo pensaba mejor e intentaba derrotarla. Era buena, la mayoría de las veces, su fuerza física hacía que su hermana mordiera el polvo, pero otras veces, la loba parecía tan inspirada… que era él quien acababa en el suelo para vergüenza y también, cierto orgullo de hermano.

Duncan miró alrededor, algunos hombres se habían quedado a ver el espectáculo y sonreían disimuladamente.

—¿Quieres la revancha, hermanito? —le dijo Ayla en voz queda.

—¿Para qué? —la empujó jugando—. Mis hombres saben quién es el mejor, ¿verdad?

Todos rugieron y Ayla puso los ojos en blanco.

—Menos hoy —le dijo, pasando por su lado y marchando a recoger las armas que habían estado utilizando.

Dibujaron burlonas sonrisas en su cara, hasta que Duncan recordó algo.

—Ayla…

Ella no lo escuchó, sumergida en sus pensamientos.

Tenía noticias importantes. Una carta había llegado esa mañana, y era necesario que Ayla supiera su contenido. Pero en lugar de decírselo nada más verla, sintió que era mejor ejercitarse primero, que perdiera energías.

Sus estallidos de rabia eran prácticamente inexistentes desde que se entrenaba a diario, pero no quería tener a una guerrera furiosa y tener que enfrentarse a ella en cuanto le diera la noticia.

—Hermano —se agachó para tomar un paño y limpiar la espada—, ¿te has pensado lo de que puedo acompañarte a Skye, la semana próxima. Ya es hora de que me aceptes en tu guardia como a un guerrero más —dijo burlona.

—Una cosa es que te permita entrenar y te instruya, otra bien distinta que hagas gala de tus conocimientos con la espada en tierras de los Skye.

Ella frunció el ceño.

—Se supone que somos aliados, ¿en serio crees que voy a empezar a cortar cabezas?

—No voy a arriesgarme —dijo Duncan—. Con esa rama norteña de la familia, nunca se sabe.

La risa de Ayla fue su única respuesta.

—Además —dijo el laird—, si vinieras, ni en broma te dejaría vestir como una vikinga.

—¿Por qué, mi señor de las islas? —preguntó burlona—. El rey de noruega es nuestro señor, no creo que vea tan mal que muestre mis raíces vikingas.

Duncan suspiró. Aunque el rey David tenía menos influencia en las islas que hacía varios años, sí que el influjo escocés era muy notorio, más que nunca.

No, no se vería bien que la hermana del laird, vistiera como una valkiria.

—Lo siento —dijo Duncan sin sentirlo en absoluto—, si me acompañas a Skye, viendo que mi amada esposa no puede, no te permitiré vestir así. Lo harás como Megan te enseñó y te comportarás como la dama que eres.

Duncan no la miraba, pero podía asegurar que Ayla había puesto los ojos en blanco.

—Me gustaría ver el castillo de Dultum otra vez —dijo, soñadora—. Sus habitantes son idiotas, menos el hermano menor.

Duncan alzó una ceja.

—¿Te gusta?

—¡No! —lo fulminó con la mirada, horrorizada.

—No he dicho nada —le ladró Duncan—, pero tampoco es que podamos ignorar la edad que tienes…

—Ignorarte es justo lo que haré ahora, mi señor —hizo una reverencia burlándose de él y recogió las últimas dagas que quedaban en el suelo.

—También me dijiste que querrías ir a visitar a nuestros parientes del sur —cualquier excusa era buena para coger un barco—. Quizás ver el castillo de Dunstanffnage te guste más. —Lo que Duncan quería realmente, es que conociera a alguien que le hiciera recuperar el brillo de su mirada.

—¿Me llevarías? —Ayla saltó de la emoción.

No es que no le gustara vivir escondida en el bosque, pero peregrinar con su madre e ir a Irlanda había sido toda una experiencia, conocer otros lugares, gentes con peculiares formas de ver la vida… y sobre todo, sentir el viento en la cara mientras el mar estaba bajo sus pies.

—Pórtate bien en Skye y veremos.

—Veremos —dijo ella soñadora. Asintió, y por primera vez en mucho tiempo, Duncan vio a la hermana alegre e impulsiva de su juventud— ¿Y la isla de Man? —peguntó vehemente.

—No te pases.

Ayla estaba de buen humor, y su hermano también, al menos hasta que vio a Megan descender los escalones del salón al patio. Su enorme barriga apenas la dejaba tener una digna agilidad para desplazarse, pero lo que más le inquietó fue esa mirada de determinación que hacía brillar sus ojos.

Duncan gruñó y su sonrisa desapareció.

Observadora, como siempre, Ayla intuyó que pasaba algo.

—¿Qué ocurre?

Duncan dudó, y al escucharle carraspear para aclararse la garganta, supuso que se avecinaba un discurso.

—¿Duncan? —cuando no respondió, miró a Megan que estaba prácticamente en el recinto vallado para los entrenamientos— ¿Qué ocurre Megan?

Los esposos se miraron.

—¿Es el bebé?

—No, no —Megan forzó una sonrisa—. Es sobre… un viaje.

Duncan gruñó de nuevo.

—Sí, recién hablamos de ello ahora.

—Está emocionada por volver a viajar —dijo Duncan mirando a Megan. Ella asintió—. ¿Ayla?

—¿Sí? —Su ceño estaba cada vez más fruncido—. ¿Hay otro viaje programado? Ya sabéis que podéis contar conmigo si debo partir para entregar algún mensaje.

Sí, Ayla adoraría viajar a cualquier isla, menos… a una en concreto. Duncan pensó que su hermana no había nombrado ni una sola vez la isla del sur, donde su amigo era el señor. Hacía años que Duncan no pronunciaba el nombre de Lachlam McDonald en presencia de su hermana. De hecho, cuando él lo había visitado en alguna ocasión, Ayla se había escabullido. Jamás había cruzado una sola mirada con él porque no había estado en su presencia.

—Suéltalo ya, o me va a estallar la cabeza.

La sonrisa de Megan, no tranquilizó a nadie.

—Verás…

Ayla observó que su cuñada llevaba un trozo de pergamino en su mano derecha. Parpadeó varias veces, intentando averiguar si el ambiente extraño se debía a eso.

—¿Megan? —Al ver que su hermano titubeaba, lo miró fijamente—. Duncan, ¿qué diantres pasa? Me estás asustando.

—Lachlam McDonald.

El nombre cayó sobre ellos como un jarro de agua fría. Para Ayla fue peor, lo sintió como una losa pesada que la hundía en las ciénagas que tan bien conocía. Frías, viscosas, muertas… No sabía si los demás eran conscientes de que se estaba tambaleando, o si ella misma se lo estaba imaginando y era el suelo que se movía.

—Ayla… —la voz de Megan sonó lejana—. Lachlam ha enviado una carta.

Parpadeó y sus ojos se fijaron en lo que su cuñada le ofrecía. La miró sin parpadear, sin hablar. ¿Por qué se la entregaba? ¿Había pasado algo? ¿Estaba…? No, no estaba muerto, o no la habría escrito él.

Ayla parpadeó, quedándose quieta en el sitio. Y al instante se obligó a reaccionar.

Recogió su escudo y se lo puso a la espalda, atado con un cinto cruzado. Los ignoró a ambos y al trozo de papel que parecía llamarla.

—¿Cuándo vas a darme mi propia espada? —preguntó, enfundando su espada vieja, al cinto—. Bilimadur, se llamará. Necesito un arriaz más corto, me duelen demasiado las muñecas después de cada práctica.

Megan miró a su esposo y este se encogió de hombros. ¿Si su hermana quería ignorar la llamada, ¿podía obligarla? Por supuesto, era su señor, además de su hermano, pero…

—Por favor —susurró Megan. Movió la cabeza hacia Ayla para que él intercediera, y lo hizo.

—Ayla, necesito que me atiendas —rogó Duncan.

Pero Ayla no estaba por la labor. Empezó a caminar más rápido. No quería oír nada que tuviese que ver con ese hombre.

Siguió alejándose.

—¡Ayla!

Se volvió y miró a su hermano con cierto dolor en la mirada que no supo disimular. Pero cerró los ojos, suspiró, y cuando los abrió, la serenidad regresó a su faz.

—¿Qué quiere de ti el laird de los McDonald? —preguntó.

—Más bien qué quiere de ti.

Puede que disimulara la tormenta que estaba en su interior, pero los ojos de Ayla siempre eran transparentes. Estaba furiosa, dolida, y sin embargo ni un solo músculo de su rostro lo demostraba, solo los que la amaban lo vieron y Megan sintió una profunda tristeza por ella.

—Algo muy grave debe ser, si osa mencionarme.

Megan asintió. Se acercó a ella con todo el amor de su corazón y le tendió el trozo de pergamino. Ayla no le dejó sostener la mano en alto mucho tiempo, no porque le interesara lo

que ahí estaba escrito, sino porque no era Megan quien se merecía su desprecio.

Tomó el papel entre los dedos y lo estrujó. Hacía cinco años no habría podido leer con demasiada soltura lo que las palabras escritas querían decirle, pero bajo la instrucción de la señora McLeod, ahora era una mujer más culta e ilustrada. Quizás debería hacer gala de todo lo que tuvo a bien enseñarle, para contener el mar embravecido que rugía en su interior.

Ayla tragó saliva.

—Si me disculpáis. Lobo y yo nos vamos a casa, mañana daré respuesta a esto, si es que merece alguna —dijo dándose la vuelta.

—¡Su esposa se muere!

La voz estrangulada de Megan la hizo parar en seco.

Ayla miró la entrada de la fortaleza, ahí estaba la salida. Corre, corre, le decía su mente, o quizás no lo fuera, y la conciencia fue lo que la dejó ahí respirando, pero no viviendo, sino sobreviviendo que es lo que había estado haciendo durante esos últimos cinco años.

—¿Y qué se supone que debo hacer yo? ¿Alegrarme? ¿Llorarla? —Ayla rio con sarcasmo.

Su hermano le tenía que estar gastando una broma pesada, no había otra explicación.

—Ayla. Desea que vayas para atenderla —Megan habló con la voz más dulce de la que fue capaz.

—No puede ser cierto…

—Tu madre partió de peregrinación a Irlanda hace más de seis lunas, y no sabemos cuándo regresará. Pero no será pronto. Tú sabes todo lo que ella te enseñó. Si alguien puede darle una oportunidad de vivir, esa eres tú.

Un gruñido.

Ayla soltó un gruñido molesto, miró por encima de su hombro y deseó maldecirlos a todos.

—Nadie, aparte de ti, conoce remedios que puedan ayudarla a.... —Ayla negaba con la cabeza, incrédula, mientras su hermano continuaba hablando. Cuando acabó, lo miró con crueldad.

—Si esa mujer está a las puertas del infierno, no seré yo quien vaya a atenderla como una criada.

—¡Ayla! —gimió Megan.

—Es más, por mí todos podéis iros al infierno.

—¡Ayla! —bramó Duncan—. ¿Cómo osas hablarme así?

—¿Cómo te atreves tú a pedirme semejante cosa, sabiendo exactamente como me he sentido todos estos años? ¿Sabes lo mucho que me he esforzado por sobrevivir, por no gritar cada noche sobre los acantilados?

Megan se tapó la boca al escucharla y se puso a llorar.

—Ayla, por favor.

Pero Duncan no mostró la comprensión de su esposa.

—Te tenía por alguien más compasivo, Ayla. Esa dama no tiene la culpa de…

—¡No! No la tiene, y sin embargo no puedo sentir lástima por ella. Si lo pienso bien, dudo de que la tenga por alguien. Sigo furiosa con mi destino. Quizás nunca amé a Lachlam de verdad, quizás solo era mi ambición por ser la señora de los McDonald, por hacer que los que me odiaban dejaran de llamarme maldita bastarda.

—Nadie, nunca… —Pero la mirada de Ayla hizo callar a su hermano. Quizás no lo hicieran frente a él, pero una niña que se escondía por cada rincón de la fortaleza McLeod y

McDonald, sí que habría escuchado muchas cosas.

—No iré —dijo Ayla, decidida—. Además, Megan está a punto de dar a luz y me necesita.

—Megan tiene a una comadrona de su entera confianza.

—¿Mejor que yo? —le preguntó a su hermano—. Nadie lo es, como tú acabas de recordarme. Si tu esposa muere y yo estoy salvando a la esposa de ese traidor, ¿podrás vivir con ello?

—¡Ayla! —Megan se llevó una mano al vientre con gesto protector y cuando se tambaleó presa de la fuerte impresión que le causaron las palabras de Ayla, Duncan se acercó a su esposa.

—¡Lárgate de aquí! —bramó a su hermana.

Ayla apretó los puños y sus ojos se inundaron de lágrimas. No debía haber sembrado esa semilla de angustia en Megan. Se había comportado de forma horrible, no se merecía que la quisieran.

Empezó a alejarse, hasta que la orden rotunda de su hermano la alcanzó.

—¡Partirás mañana!

Lo miró por encima del hombro.

—No pienso ir, Duncan.

—No es una petición, es una orden de tu laird —Megan se agarró con fuerza al brazo de Duncan, quizás para detener las palabras amargas que seguirían a las ya pronunciadas.

—Pues yo no cumplo ordenes que me parecen injustas o que no me convienen, aunque provengan de mi señor.

Dicho esto, dio media vuelta y se alejó de su hermano, que no pudo hacer otra cosa que escupir improperios.

CAPÍTULO 8

Mientras caminaba por el bosque, Ayla a cada punto se enfadaba más consigo misma. ¿Por qué diantres, después de cinco años, tenía que sentirse tan mal cuando escuchaba el nombre de Lachlam? Le acababa de dar un salto el corazón, su vientre se había encogido y sus párpados habían luchado contra las lágrimas, que aún pugnaban por salir a borbotones.

—¡Maldita sea! —exclamó, acelerando el paso, mientras el escudo rebotaba contra su espalda.

Echó a correr, esquivando los árboles con maestría. Lobo también hizo lo mismo, y empezó a trotar junto a ella. Habría jurado que incluso él la había mirado con cierto reproche, al negarse a socorrer a una mujer moribunda.

En algunos momentos, Lobo desaparecía de su vista y se adentraba en el bosque, pero ella sabía que estaba ahí, jamás la dejaba sola. Nunca la traicionaría como la había traicionado Lachlam.

Cuando su corazón empezó a latir con rapidez y los músculos de sus piernas empezaban a flaquear, se detuvo y apoyó las manos en los muslos para tomar aire. Seguía siendo incapaz de deshacerse de su desazón. Apretó los puños, estiró el cuerpo y miró hacia el cielo. Soltó un grito desgarrador.

Más calmada, siguió a paso ligero hacia la cabaña de su madre. Cuando distinguió su tejado enverdecido por el musgo y vio que de la chimenea no salía humo, sintió su corazón encogerse aún más. Su madre no estaba en el pequeño huerto, cuidando de sus hierbas medicinales y ¡cuánto la echaba de menos! Quizás sus palabras hubieran dado un poco de paz a su corazón.

Se paró bajo el último árbol que daba paso al claro del bosque para contemplar las vistas. Más allá de su pequeña casa, de la ladera que se precipitaba hasta el mar, el paisaje era estremecedor. El océano parecía llamarla. Pero no pensaba acudir a su llamada y mucho menos para ir a tierras McDonald. Cerró los ojos y se recostó contra el tronco del grueso árbol.

Aunque quisiera, no podía marcharse. Megan estaba a punto de dar a luz, no la dejaría sola. Sí, era por Megan. No dejaría a su cuñada a su suerte para salvar a esa mujer. Le debía demasiado. Ella era la culpable de que se le diera mal bordar tapices y lucir hermosos vestidos, así como hacer graciosas reverencias y bailar como una ninfa. Su cuñada era una buena maestra, una mujer amable, paciente y comprensiva. También había descubierto en ella a una buena amiga y ambas disfrutaban de su mutua compañía durante las tardes lluviosas. No, no podía abandonarla.

Entró en la choza y mientras avanzaba hasta el hogar, acarició las hierbas que colgaban del techo, a secar, sobre la gran mesa de madera de tejo. Cogió un ramillete de melisa, dejando atrás la corteza de sauce, la manzanilla y el romero, algunas de ellas traídas de tierras lejanas por uno de los monjes errantes que visitaban de vez en cuando el castillo. Se sentó en un pequeño taburete trenzado, junto a la chimenea, y empezó a golpear unas piedras para crear fuego.

Estando Megan a punto de dar a luz, pensó indignada, y no habiendo otra persona a parte de ella para atenderla en el parto, no podía comprender cómo su hermano le pedía algo así. Tenía que sucederle algo muy grave a la señora McDonald, para que Duncan le pidiera eso.

Es más, debía estar terriblemente enferma si Lachlam había roto su silencio para pedirle ayuda.

—No, no… —la compasión por esa mujer que ni siquiera conocía le arañaba el corazón y no quería… No podía permitirse el lujo de sentir. Porque una vez que sintiera algo más que no fuera rabia y rencor, estaría perdida.

Lobo le tocó la mano para traerla de nuevo a la realidad.

—Tú también piensas que es mucho descaro el haberme hecho llamar, ¿no? —Lobo ladeó la cabeza—. Sí, por supuesto. Maldito Lachlam.

Miró al fuego que iba creciendo.

—Oh, maldita sea —gimió, mirando a Lobo, que volvió a llamar su atención con un agudo gimoteo.

El animal se echó, apoyó la cabeza entre las patas delanteras y suspiró, como si estuviera teniendo toda la paciencia del mundo ante una niña malcriada.

Está claro cual es tu deber, niña, habría dicho el animal, de haber hablado el idioma humano.

—Megan me necesita —le respondió Ayla.

El lobo la miró fijamente.

Sabes que puede arreglárselas sola.

—Oh, ¡cállate! —apartó la vista de su amigo y golpeó con fuerza las piedras hasta que de ellas salió una chispa.

Ingrid te diría que acudas a la llamada de los McDonald.

—Mi madre se habría puesto de mi parte —respondió, enfurruñada.

No puedes negarte a socorrer un enfermo que ha pedido tu ayuda. Es nuestra obligación. Así lo quieren los dioses antiguos.

Ayla lo miró sobre su hombro y el animal cerró los ojos por un momento, como si supiera que tenía razón.

—Debe estar al borde de la muerte, ¿no? —Se encogió de hombros—. Y quizás ni yo sea capaz de ayudarla.

Pero sabía que solo eran excusas, pues solo sus propios conocimientos rivalizaban con los de su madre, y si Ingrid no hubiera sido pagana, seguramente la habrían llamado santa, por obrar tantos milagros.

Sus manos cubrieron su rostro mientras negaba con la cabeza.

—Maldita sea.

Su determinación flaqueó.

Se llevó una mano a la cintura y sacó el trozo de pergamino que había guardado en su ancho cinturón.

Desenrolló el pergamino con manos temblorosas para darse cuenta de que había otro más pequeño, aún con el sello. Tuvo que leer la misiva dirigida a su hermano, para entender que esas palabras eran exclusivamente de Lachalm para ella.

Tragó saliva con fuerza y rompió el sello de cera.

Mi querida amiga.

Ayla cerró los ojos cuando le embargó la emoción. Se sentó al ver que sus rodillas flaqueaban y se obligó a leer las palabras de Lachlam McDonald hasta el final.

Mi querida amiga, si es que aún puedo llamarte así.

Soy muy consciente del dolor que te causé antaño, vivo apenado por haber sido yo el que te lastimó, cuando juré protegerte siempre, como si fueras mi amiga más preciada, mi familia.

Por el afecto que nos tuvimos, y la desesperación que me asola al ver a la señora de los

McDonald enferma, la pena de molestarte se hace a un lado para suplicar tu ayuda.

Sé que no la merezco, como también sé que, si tu noble corazón me la presta, no será porque me hayas perdonado. Pero suplico tu ayuda, una ayuda que, en ausencia de tu madre, solo tú puedes darme.

Te ruego que vengas y ayudes a mi esposa. Es una criatura buena que no se merece el mal que la consume. Igual que mi hijo no se merece crecer sin una madre.

Por favor, Ayla. Ven a la que un día también consideraste tu casa y lo sigue siendo.

Con afecto, Lachlam.

Ayla se dio cuenta de que estaba llorando cuando la visión se le nubló por completo. No había dejado escapar ni un sollozo, pero no hacía falta para saber que su corazón volvía a estar roto en mil pedazos.

—Lachlam… —pronunció su nombre después de mucho tiempo y pensó en las revelaciones de esa carta.

Amaba a su mujer, no había duda, y tenían un hijo…

Lobo se acercó y apoyó la cabeza en su rodilla, ella lo miró con ojos acuosos.

—Debo ir… —no sabía si se lo decía a sí misma o a su amigo—. No puedo hacer oídos sordos a sus suplicas.

Y fue muy consciente una vez más que, a pesar de la traición, del rencor y la rabia… Ayla haría cualquier cosa por Lachlam McDonald.

***

Lachlam miró el mar en calma, hacía demasiado buen tiempo para esa época del año, y su corazón quería verlo como un buen presagio. Dejó de observar a través de la ventana y miró por encima del hombro la gran cama donde descansaba su esposa.

Con los ojos cerrados y la cabeza ladeada hacia él, dormía en un sueño inquieto. Sus cabellos rubios se desparramaban sobre la sencilla almohada, mientras las mantas con los colores McDonald la arropaban. Su tez estaba demasiado pálida, su respiración superficial y a pesar de todo ello, ese había sido un buen día. Ishbel había tenido fuerzas suficientes para recibir a su hijo, para hablarle y acariciar su pelo rojizo y rebelde. El pequeño era el vivo retrato de su padre, intrépido, aunque reflexivo. Pero sin duda lo que Lachlam más amaba de él, era el buen corazón que sin duda había heredado de su madre.

La vio agitarse y abrir los ojos.

A Lachlam le faltó tiempo para sentarse a su lado.

—Buenas tardes, esposa.

Ella le sonrió, una sonrisa amplia y fresca.

—¿Ya se pone el sol?

Él asintió.

Desde que estaba enferma Ishbel perdía la noción del tiempo. Dormía mucho, y solo algunos días tenía fuerza suficiente como para levantarse de la cama.

Lachlam tomó otra almohada y la ayudó a incorporarse.

—Acaba de llegar una carta de los McLeod.

Ella lo escuchó con atención, había picardía en su mirada y Lachlam tuvo que contener un resoplido.

—¿Ha aceptado venir?

No hizo falta saber de quien hablaban.

—Eso parece —dijo más feliz de lo que demostraba—. Si alguien puede ayudarte, esa es Ayla.

Lo miró sin borrar la sonrisa de sus labios.

—Has pronunciado su nombre.

—¿Acaso no puedo? —le dijo alzando una ceja.

Por supuesto que podía pronunciar el nombre de Ayla, no estaba prohibido, ni siquiera en esa alcoba. Su mujer había adivinado desde el instante en que se convirtió en la señora McDonald que el corazón de su esposo no le pertenecía. No le importó. El de ella, tampoco le pertenecía a él y, no obstante, los dos habían creado un vínculo fuerte basado en el cariño y el respeto.

¿Amaba a su esposo? A su manera. Lo amaba tanto como su corazón podía, pero lejos de verle como un marido, siempre lo había visto como un amigo, un fiel compañero con quien compartir sus miedos y pesares, aunque también alegrías, como lo había sido el nacimiento de su hijo.

—Eso es que te ha perdonado.

Él negó con la cabeza.

—Esa niña no me perdonará jamás.

—No tenías más opción que casarte conmigo —dijo Ishbel—, ni yo tampoco tenía voz para oponerme. Pero, he sido feliz.

—Yo también. —Los ojos de Lachlam brillaron por la pena—. Pero no quiero que hables así, como si se hubiera acabado.

Ishbel lo miró, contenta.

—Todos morimos.

—Pero no ahora —respondió Lachlam, tajante.

—Porque tu bruja vendrá a salvarme —dijo burlona.

—Es lo que hará.

—Bien, bien —pero no le creía.

Ishbel había sufrido demasiado dolor como para creerlo. Pero estaba feliz de que la loba de las Highlands, como la apodaban los hombres y mujeres de las islas, viniera en su ayuda. Puede que no fuera capaz de alejar el mal que la amarraba a esa cama, pero si su alma iba a dejar este mundo, se sentía feliz de saber que Lachlam no estaría solo. El rey David había perdido influencia, si enviudaba, no podría obligarle a casarse con otra en contra de su voluntad, sino que él podría elegir enmendar los errores del pasado y desposar a la mujer que siempre había tenido su corazón.

—¿En qué piensas?

—En que estoy deseando conocerla. Tu abuela la adora, tú no has dejado de amarla, y he escuchado su nombre en susurros durante cinco años, siempre acompañado de hazañas que ni siquiera lo héroes de los hermosos cantares conseguirían realizar.

Lachlam, agachó la cabeza. Quizás porque no quería confirmar con su mirada que Ayla McLeod, era capaz de todo lo que decían y más.

—Mañana la conocerás —Y mañana volverás a la vida, pensó seguro de que, si alguien podía obrar un milagro, esa era Ayla.

CAPÍTULO 9

El birlinn cortaba las olas con rapidez mientras navegaba hacia la isla de los McDonald. Ayla estaba de pie, con los pies separados manteniendo un perfecto equilibrio mientras tenía la mirada fija en la costa que tenía frente a ella. El mar estaba en calma, al igual que en apariencia lo estaba aquella figura, etérea e inalcanzable. A ojos de los remeros y del capitán, la joven curandera lucía imperturbable junto a su lobo blanco. Mientras, un hombre entonaba una antigua canción que pretendía honrar a algún antiguo dios del océano del quien nadie conocía ya el nombre. Pero el frío la hacía temblar, o tal vez fuera su corazón, inquieto, que no le había dado sosiego desde que inició su viaje.

Llevaba la cabeza cubierta con una capa oscura y la fíbula que la sostenía, con el símbolo de su clan, no era suficiente para que la gruesa tela no se agitara, por lo que la sostenía con ambas manos.

Regresaba a dónde prometió no volver jamás. De nuevo vería a Lachlam, pero esta vez Ayla no iba oculta entre los remeros, sino que permanecía en pie, justo a proa, observando a una familia de cinco delfines que saltaban y jugaban ante ella, ajenos a su agitada alma.

El viento frío del norte golpeaba su rostro níveo y sus rubios cabellos escapaban rebeldes de su larga y gruesa trenza. Nerviosa, tomó la trenza espigada y jugueteó con la cinta de cuero que la mantenía sujeta, sin apartar la mirada de la pequeña cala, la soltó sobre su hombro. El sol que les había augurado un buen viaje se ocultó de pronto y Ayla notó las primeras gotas de lluvia, apenas una molestia para ella y los hombres de su hermano. Los remos se alzaron por última vez y se recogieron, ahora solo la vela cuadrada empujaba el barco hasta el muelle de los McDonald. Habían pasado más de cinco años desde la última vez que lo vio, y parecía haber crecido en tamaño. Podía considerarse un puerto, más que un solitario muelle de ojadas tablas de madera.

La mano de Ayla se cerró en un fuerte puño al distinguir varias figuras hieráticas esperándoles.

Cerró los ojos al ver un destello de cabello rojizo.

—Maldición —susurró esperando que nadie más notara que su corazón latía desbocado.

¿Cuánto tiempo había pasado? Al parecer no el suficiente como para no distinguir al poderoso Lachlam McDonald a doscientos pies de distancia, bajo un cielo tormentoso.

Sintió el movimiento a sus faldas. Lobo se sentía tan inquieto como ella.

—Ni se te ocurra lamerle la cara, o te cortaré la lengua —le advirtió Ayla, que no soportaría una traición semejante de su fiel amigo.

La distancia se acortó, más y más, y en esos momentos Ayla intentó imaginarse en qué momento aquello le pareció lo correcto. Desde luego no era una buena idea. Volver a ver a Lachlam… sería el infierno, pero conocer a su esposa, saber que si la salvaba él seguiría siendo de ella…

Lachlam jamás fue tuyo, le recordó una voz en su interior. Y a pesar del dolor, tuvo que aceptar que eso era muy cierto.

—Ya llegamos, mi señora.

Ayla asintió cuando replegaron la vela y con suavidad, atracaron en el muelle.

Tres figuras destacaban sobre él, más adelantadas que el resto. Hombres y mujeres habían acudido allí para darle la bienvenida a la loba de las Higlands, a la hija de la bruja, la hechicera

de los McLeod… Ayla sabía que durante esos cinco años se había ganado muchos nombres, pero… ¿seguiría siendo solo Ayla para Lachlam McDonald?

Cerró los ojos unos momentos, tomó aire para inflar los pulmones, y lo expulsó con lentitud. Cuando los abrió de nuevo, supo que ya no era la misma chiquilla que había viajado con la ilusión infantil de casarse con el laird de los McDonald. Se había convertido en una mujer segura de sí misma, fuerte de espíritu y templada. Tan templada que, aunque su corazón gritara, su rostro se mostraría calmo y virtuoso. El fuego corría por las venas de Ayla McLeod, pero sus ojos reflectaban el brillo frío de un glacial, capaz de cortar de un solo tajo la quilla del más poderoso navío.

Lachlam apretó los dientes. El sol salió de entre las nubes y cuando Ayla descendió de un estudiado salto, se quedó de pie, frente a él, mirándolo a los ojos, sin expresión alguna, por lo que no supo a qué atenerse.

Está aquí, le dijo su conciencia, *ella ha venido, respondió a tu llamada*. Por lo tanto, el odio que él sabía que su mejor amiga había sentido por él, quizás hubiera menguado hasta desaparecer, ¿no?

Tragó saliva con fuerza cuando vio la gruesa trenza que descansaba sobre su hombro, oculta parcialmente por la capucha. Pareció iluminarse como si, por arte de magia, tuviera la capacidad de contener a luz del sol.

—Ayla.

Pronunció ese nombre que durante tanto tiempo se había vetado y algo en su vientre se removió, algo calentó su corazón y lo hizo galopar. Asintió con la cabeza, un gesto de bienvenida antes de dar un paso hacia ella, que lo observaba con fijeza, evaluando si era el hombre que una vez había conocido.

—Lachlam —logró decir su nombre sin que le temblara la voz.

Pronto los ojos de desplazaron a las otras dos figuras. Ninguna era Ishbel McDonald. Ayla tragó saliva y parpadeó vivamente para que las lágrimas que acudían a sus ojos a causa de la emoción de ver a Maery, no se derramaran.

—Bienvenida, hija mía —La mujer se adelantó. Sus cabellos grises ya eran casi blancos, pero permanecía con la belleza serena que siempre la había caracterizado.

Cuando estuvo frente a Ayla la abrazó, como quien abrazaría a un ser querido, largamente añorado.

—Maery, me alegro de verte. —Ayla estuvo muy orgullosa de que su voz no se quebrara.

Lachlam permaneció a un metro de ella y se giró para que la tercera figura emergiera de su espalda y la saludara.

—Bienvenida, señora —le dijo el niño y Ayla se volvió una figura de piedra.

Hubiera gritado hasta quedarse sin voz. Ahí estaba el hijo de Lachlam, nadie se atrevería a decir nunca lo contrario. Sus ojos, su color de pelo, quizás un poco más oscuro… e incluso su sonrisa era la que ella conocía de niña.

—Gracias —se forzó a decir.

Cuando el niño le ofreció un ramo de flores, la mano de Ayla se alzó para cogerlo. Esta tembló ligeramente, un gesto del que esperó que nadie más se percatara.

Ayla se forzó a mirar a Lachlam. A pesar del gentío en el mercado que estaba más allá de la playa, el muelle estaba en silencio, como si los hombres que esperaban junto a su señor, y los que habían desembarcado con ella, se temieran que fuera a ocurrir algo digno de mención. Pocos

eran los que se atrevían a parpadear.

Ayla avanzó un paso, esperando que Lachlam se apartara.

Pero no lo hizo.

En un gesto impulsivo, tomó su mano. Ayla miró los dedos masculinos sostener su pequeña mano, áspera en los nudillos y la palma, a causa de las inclemencias del tiempo y los duros entrenamientos.

Tragó saliva y no se atrevió a alzar la mirada por miedo a que su emoción se desbordara.

El mundo entero desapareció. No fue consciente de la mirada compasiva de Maery, ni de la curiosidad que había despertado en el niño, solo podía sentir la caricia de Lachlam que pronto tomó la otra mano. Sostuvo ambas frente a ella y después inclinó su cabeza para besarlas.

—Gracias por acudir.

Ella no respondió, solo cerró los ojos y para desesperación de su orgullo, disfrutó del calor de la caricia de su boca en sus manos y el tono agradecido que demostraba cuanto significaba su esposa para él.

—Haré que lleven tu equipaje…

—No llevo más equipaje que esto —miró sobre su hombro y uno de los soldados alzó el fardel de cuero que contenía sus medicinas, una muda de ropa. Tendió la mano para hacerse con ella y su hombre obedeció de inmediato.

—Mira papá —dijo Struan—, también lleva un arco y flechas.

La fascinación con que lo dijo hizo que Ayla se sintiera dispuesta a hacerle caso y asentir.

A su espalda, la loba de las Highlands, portaba su arco más preciado y el viejo carcaj, que impedían que su capa ondeara al viento. Bajo el manto de lana, Ayla portaba un vestido de un verde oscuro, grueso y cómodo, con un cinturón donde Lachlam estaba seguro que escondía un puñal.

—No necesitas venir armada a mis tierras, todos aquí te quieren y respetan.

Algo debió decir mal, pues los labios de Ayla se apretaron en una fina línea. Lo que a Lachlam se le escapaba, es que ella pensó que un tiempo había sido así. Que los McDonald la amaban y respetaban, pero se dio cuenta que quien tuvo que amarla de verdad, no lo hizo lo suficiente como para conservarla a su lado.

Como si quisiera quitarse de encima esos pensamientos, solo dijo:

—¿Dónde está tu mujer?

—Está en cama —dijo el niño con toda la inocencia del mundo—, se está muriendo.

CAPÍTULO 10

Muy a pesar del niño, Lachlam le había prohibido acompañarlos a la alcoba de su madre. Maery había insistido en llevárselo a las cocinas y Ayla comprendió que como solía hacer con ella de niña, era muy probable que lo atiborrara de dulces. Lobo fue con ellos, seguro que dormitaría junto a la chimenea mientras ella reconocía a la paciente.

Lachlam y Ayla subieron la escalera de la torre en silencio. La habitación de Ishbel era la del laird, por supuesto, aunque al parecer desde que había caído enferma, no la compartían.

—¿Me hablarás de sus síntomas? —dijo para romper el atronador silencio.

Lachlam, que iba a su espalda, parpadeó observando el vaivén de su larga trenza. Hasta en dos ocasiones había alzado la mano para acariciar sus hebras doradas, pero la había dejado caer, sintiéndose indigno de hacerlo.

—Cansancio, su estomago se descompone, apenas puede comer, y aunque intenta ser fuerte, sé que sufre fuertes dolores.

Ayla lo miró por encima del hombro y él pudo ver un destello de compasión.

—Lo lamento.

—Es fuerte, y tú… —calló y Ayla no supo muy bien por qué, quizás no quería que se sintiera presionada, o tal vez él mismo no quería albergar vanas esperanzas.

—Haré lo que pueda.

Él asintió.

—Y yo te estaré eternamente agradecido por ello.

Llegaron a la puerta de la alcoba y ambos se quedaron frente a ella. Los dos muy juntos en el escaso espacio. Lachlam entreabrió los labios como si fuera a decir algo, pero antes de poder hacerlo ella golpeó la puerta con los nudillos y la magia pareció menguar entre ambos.

Alguien habló al otro lado y unos instantes después, Ayla puso voz a la mujer que se había quedado con sus sueños.

Nada más entrar en el cuarto, Ayla notó enseguida una enorme pesadez en el ambiente. No era un olor particularmente desagradable, sino el simple olor de la enfermedad, aquella que lo impregna todo y no quiere alejarse.

Eso la inquietaba, pues había algo más ahí, algo que no era capaz de definir. Como si el frío manto de la muerte acechara en cada rincón.

Miró en derredor. A diferencia de lo que Ayla había pensado, la esposa de Lachlam parecía mucho más animada de lo que se había imaginado. Una mujer delgada y con los pómulos hundidos por la enfermedad y no obstante, nadie podía negar que era hermosa. La recordó de aquella noche en el salón, al igual que también recordó que había una copia exacta a ella. Una gemela.

Ishbel estiró el brazo para que Ayla se acercara.

—Ayla McDonald. Me alegro de conocerte por fin.

Instintivamente, Ayla clavó los ojos en Lachlam que no le correspondió la mirada. Alguien debía haberle hablado de ella, y esa persona no podía ser otra que el guerrero que tenía junto a ella, y aún así… le inquietaba qué pudiera haberle dicho a su esposa sobre ella.

Se acercó al lecho y le desagradó que todo estuviera a oscuras.

—Buenos días, Lady McDonald…

Solo la vela junto al lecho y los rescoldos de la chimenea, daban algo de luz a la fría

estancia. Junto a la cama, donde descansaba Ishbel había una robusta silla, lo suficientemente resistente como para que un hombre corpulento pudiera sentarse ahí largas horas para… velar a su esposa.

Miró a Lachlam quien a su vez se acercó a Ishbel.

—Buenos días, esposa. Ella es Ayla, ha venido a… aliviar tu dolor.

No dijo a curarte, y por las miradas que ambos se echaron, Ayla comprendió que era más una súplica de la señora McDonald el no darle esperanzas de una mejoría.

—Querida Ayla, no sabes cuanto agradezco la molestia que te has tomado de venir a verme.

En ese momento la joven McLeod supo que no podría odiar jamás a esa mujer. La bondad era evidente en sus ojos azules, su sonrisa era franca y su fragilidad la conmovió.

—No ha sido nada, señora.

—Oh, por favor. No me hablarás tan ajena, ¿verdad? —dijo la mujer sin perder la sonrisa. Sus cabellos rubios, de un tono un poco más oscuro que el de Ayla, se acomodaban a su alrededor, envolviéndola como si de un halo dorado se tratara.

—Yo…

Antes de poder decir nada más, alguien irrumpió en la estancia sin llamar siquiera a la puerta. Los presentes miraron a la recién llegada y Ayla pudo hacerse una idea de como sería la esposa de Lachlam si no fuera presa de la enfermedad.

—Oh, Dairine… —le sonrió Ishbel.

—Buenos días —miró a Ayla, y esta no supo muy bien como interpretar la luz que veía en sus ojos—. Me han dicho que la curandera ha llegado. Espero haya sido una agradable travesía.

—Lo ha sido —dijo Ayla con sequedad, porque no tenía nada más que decir. Solo deseaba aligerar el ambiente opresor de la estancia.

—Buenos días, Dairine —le dijo Lachlam—. Ella es Ayla McLeod. Ayla, Dairine es la hermana de mi esposa.

Ayla asintió y esperó que no se le notara el sentimiento de haber recibido una puñalada en el corazón al escuchar a Lachlam decir, mi esposa.

—Me alegra conocerte al fin, Ayla. Espero puedas ayudar a mi pobre hermana —dijo mirando a la mujer postrada en la cama con profundo pesar.

Ayla miró en derredor, mostrando su desacuerdo con lo que veía o, mejor dicho, no veía.

—¿Por qué tanta oscuridad?

El comentario de Ayla hizo que la espalda de Dairine se tensara.

—A mi hermana le molesta la luz…

—Oh, no… exagera —la voz de Ishbel, a pesar de sonar débil, captó toda la atención de los presentes—. Mi hermana tiene miedo a que una corriente de aire pueda matarme.

—No es divertido —le amonestó Dairine. Estás muy enferma y yo solo intento ayud…

—Abriré los portones.

La voz seca de Ayla, como si estuviera molesta por tanta palabrería hizo enmudecer a los demás. Lachlam, fue el único que sonrió y miró a su esposa, como diciéndole que ese era el carácter habitual de la muchacha y no se lo tomara a mal. A quien sí molestó su actitud, fue a Dairine, que confundió carácter con desprecio.

—Supongo que, a partir de ahora, tú te encargarás de todo —dijo ofendida.

—Así es —Ayla caminó hacia la ventana y dejó entrar la luz. Si antes el lugar le pareció lúgubre, en ese momento todo cambió. A pesar de su austeridad, la habitación cobró vida y hasta

hubiera jurado que el rostro de Ishbel recuperó algo de color.

—Bien, pues por lo visto estoy de más —dijo Dairine sin borrar su expresión sosegada, pero dejando bien clara su disconformidad—. Solo había venido a velar a mi hermana, pero veo que ya tiene compañía. Me iré.

—Gracias por todo, hermana —la voz de Ishbel fue dulce, y como todas las personas de gran corazón, Ayla entendió que no quería que su gemela se sintiera desplazada. Pero con sinceridad, a la loba no le importó lo más mínimo.

Cuando Dairine se hubo retirado, Ayla se acercó de nuevo a ella.

Ishbel intentó incorporarse en el lecho y Lachlam se apresuró a ayudarla, acomodando las almohadas para que pudiera estar más cómoda.

—Esposo.

Lachlam la miró con preocupación.

—¿Sí?

—Me gustaría quedarme a solas con Ayla, si no te molesta. Deseo que me reconozca y me dé su opinión.

—Por supuesto.

De alguna manera, quizás equivocada, Ayla interpretó la mirada de Lachlam como una advertencia. No tenía la más mínima duda de que él se preocupaba por su mujer, clara consecuencia del amor que sentía por ella.

—Disculpadme.

Cuando la puerta se cerró a su espalda. Ishbel palmeó la cama para que la recién llegada se sentara a su lado. No se hizo de rogar y vio en el rostro de su anfitriona que estaba intentando hilar pensamientos coherentes.

—¿Cómo os encontráis hoy?

—Como ayer, pero quizás un poco mejor que mañana, me temo —cerró los ojos por un instante, como si disfrutara de sol que entraba por la ventana—. Oh, Señor, te agradezco tanto que hayas dejado entrar el aire fresco. Mis ojos están ya demasiado acostumbrados a la oscuridad… y ya tendré el resto de la eternidad para dedicarme a ella.

—Por favor, no habléis así. La actitud es importante para una rápida sanación.

Sonrió con dulzura.

—Lo tendré en cuenta —pero la miró con tristeza—, aunque creo haber perdido toda esperanza. Solo Lachlam aún piensa que podré correr por los prados como antes.

—¿Corríais por los prados?

Ishbel sonrió.

—Me encantaba montar a caballo —dijo soñadora—, no entiendo por qué los hombres de las islas no desean hacerlo a diario.

—Porque hay demasiados lugares pantanosos y podrían romperse una pata —dijo Ayla como si eso fuera de sentido común—, es más fácil movernos en barcazas por los riachuelos y lagos.

—Oh, sí —se burló—. Los barcos de los señores de las islas. Creo que no hay nada que Lachlam ame más que el mar.

Hubo un tiempo que no lo había. El mar era su vida, como también lo era para Ayla. Ahora ya no estaba tan segura.

Cuando Ayla se puso aún más cerca, Ishbel le sonrió.

—¿Vais a examinarme?

—Con vuestro permiso.

Ishbel asintió de inmediato.

A pesar del buen ánimo de la señora McDonald, la joven curandera supo que algo iba mal, muy mal. Su respiración era pesada y los latidos de su corazón acelerados, a pesar de que se hallaba en reposo.

Eso podría ser debido a un resfriado, quizás una gripe… pero no era lo más preocupante. El tono de su piel era ceniciento, en algunos lugares, como las manos y los tobillos, amarillento. Sus uñas tenían un color oscuro y parecían muertas, sin vida.

—¿Se le ha caído el pelo últimamente?

Por instinto Ishbel se llevó una mano a la cabeza y asintió con pesar.

—Nunca tuve un cabello tan hermoso como el tuyo, pero sí. Me temo que ya no soy la que era.

Ayla intentó sonreírle para tranquilizarla. No supo si la mueca que consiguió esbozar la asustó aún más.

—No se preocupe.

Pero su mirada, sí era de preocupación. Y entonces, Ayla lo supo.

Lo supo, pero no quería reconocerlo.

Alguien la estaba envenenando. El maldito había sido sutil, muy sutil. El veneno letal servido en pequeñas dosis, día tras día, semana tras semana había estado debilitando su salud hasta llegar a ese estado.

Pero, ¿quién? ¿Y por qué? Tal vez no fuera intencionado. Tal vez fuera algo que ella utilizaba asiduamente, creyendo que era inofensivo… o quizás algún alimento que consumía sin que lo supiera.

—Os recomiendo que toméis aire fresco a diario, y no os encerréis. Deberíais ver el sol.

—Nada me gustaría más, pero me temo que mi hermana es bastante testaruda.

Ayla alzó una ceja. Seguro que no lo era más que ella, así que la oscuridad se había acabado.

—¿Permitís que os mantenga a oscuras? —preguntó Ayla, pues no lo comprendía.

Ishbel sonrió con cierta tristeza.

—Si por mi fuera, abriría la ventana incluso cuando azota el temporal. Echo tanto de menos el aire fresco. Pero mi hermana dice que no es bueno y tampoco me permite salir.

—¿Y qué opina vuestro esposo? —preguntó Ayla.

—Lachlam está de acuerdo con Dairine, ha pasado un tiempo en la corte, conoció al médico del rey y por eso sabe que es mejor permanecer encerrada para que los golpes de aire no debiliten el cuerpo del enfermo.

Ayla puso los ojos en blanco ante el tamaño de esa tontería. Entendía que una corriente de aire, en determinadas circunstancias podría perjudicar al enfermo, pero privarle del sol, era mucho más peligroso.

—Así pues, no he hecho valer mi voluntad. Dairine y Lachlam quieren lo mejor para mí y yo los amo tanto a ambos que no soy capaz de negarles nada. Prefiero no quejarme pues bastante están sufriendo.

Ayla asintió, se vio sonriéndole a Ishbel y su mano voló hacia su frente para comprobar su temperatura, estaba bien.

—No tenéis fiebre.

—Hoy me siento bien, es uno de esos días buenos.

Ayla asintió, como si supiera qué quería decir.

—El aire fresco siempre sienta bien, aunque quizás coincido en que estáis muy débil para

salir.

Ishbel hizo una mueca.

—¿Así que de momento nada de correr por los prados?

—De momento —sonrió Ayla—. Pero abriremos los portones y entrará el sol. La luz del día os animará, y eso es importante para una pronta recuperación. Así que, a partir de ahora, yo me encargo de lidiar con vuestra hermana y Lachlam.

—Te deseo suerte.

Ayla se levantó de la cama. Hizo hablar a Ishbel sobre lo que comía y lo que no, como se sentía, qué momento del día era el peor, y cuando se sentía mejor.

—La comida no me siente bien —dijo pensativa—, aunque Maery se esfuerza en que sea variada, por si mi estómago es capaz de digerir unos alimentos, mejor que otros.

Ayla asintió, la escuchaba, pero su mente trabajaba como su madre Ingrid le había enseñado. Si hay un mal, hay una causa. Si hay una mejora, hay un motivo.

Ayla se paseó por la habitación mientras el dulce tono de Ishbel la seguía.

Todo estaba limpio y aunque la alcoba era austera, el resultado era armonioso. Un baúl de madera de tejo a los pies del lecho, un banquillo para el rezo, y un sencillo crucifijo de plata sobre el cabezal. Encima de la mesilla auxiliar, al lado izquierdo de la cama, reposaba un cuenco de madera, se acercó para olerlo.

—¿Sopa?

Ishbel se encogió de hombros.

—Eso parece, pero ya no puedo distinguir el sabor de nada.

—Entiendo.

Ayla acercó la nariz y después hundió el deño meñique en el interior. Caldo, con especias… algún endulzante que no podía determinar.

—¿Lo ha hecho Maery?

Ishbel negó.

—Mi hermana lo ha preparado especialmente para mí.

Ayla no le devolvió la sonrisa, y se puso a andar por la habitación. Cuando se acercó al fuego echó ahí el resto del caldo.

—Hace demasiado calor —dijo cuando el fuego se apagó parcialmente.

Si Ishbel no lo sentí así, no lo dijo.

Sobre la repisa de la chimenea, un ramillete de flores silvestres, captó su atención. Preciosas e inofensivas. No había mal alguno en ellas.

—Son de Lachlam —sonrió al ver el azul lila de los cardos resplandecer con la luz del sol —, las trae cada mañana, sabe que me gustan mucho las flores y como no puedo salir, él… —se calló al ver que Ayla se daba la vuelta y la miraba con una expresión que no pudo descifrar.

—…las recoge para vos.

—Así es.

Ishbel se sintió incómoda, como si fuera una amante cuya esposa acaba de pillarla en una falta. Cerró los ojos y se sintió mareada. Se recostó de nuevo.

Ishbel se percató de como Ayla miraba las flores y sonrió con ternura.

—Lachlam es un esposo muy considerado —dijo—. Aunque siento lástima por las flores, serían más felices siendo visitadas por las abejas que no aquí, custodiando a una débil enferma en mitad de la penumbra.

A Ayla le conmovieron sus palabras. Y no supo el por qué, pero le vino a la cabeza la idea de que no se refería únicamente a las flores. Sintió verdadera lástima por esa mujer, pero se

prometió a sí misma que la sanaría.

—Creedme, las abejas las cederían gustosas para animarla, mi señora.

—Viniendo de ti, es un gran alivio saberlo —dijo Ishbel—. Pues tengo entendido que puedes hablar con todos los animales del bosque.

—Ah, sí —ambas se rieron—, mis poderes de bruja.

Tras decir eso, Ishbel se llevó las manos a los labios, avergonzada.

—Por favor, discúlpame, no quería decir que…

—No os inquietéis —se apresuró a responder—. Ya hace mucho tiempo que me he dado cuenta de que la gente tiene miedo de lo diferente, de lo que no puede controlar. Así que… de vez en cuando, que me teman y me llamen bruja, es más un cumplido que otra cosa.

—No quise ofenderos, y si sois una bruja, creo que me gustan las brujas.

Ayla le devolvió una mirada cargada de afecto.

—Gracias —se hizo un corto silencio que Ayla rompió—. Pero ojalá tuvierais razón y pudiera comunicarme con ellos tal y como la gente asegura —sonrió, cómplice—. Estoy casi segura de que muchos de ellos tendrían mejor conversación que algunos humanos.

La señora soltó una carcajada musical, haciendo que Ayla se sintiera contagiada de su alegría.

—Por favor, llámame Ishbel. Deseo que seamos buenas amigas.

Ayla tragó saliva, pero asintió.

—Sí, también lo deseo, Ishbel.

Ambas se sonrieron. Para sorpresa de Ayla, Ishbel le gustó, incluso pensó que, aunque le seguía resultando doloroso, era digna de Lachlam. Una mujer buena, de corazón puro y alma resplandeciente.

—Me alegro de que no me veas como tu enemiga.

Ayla parpadeó sintiéndose inquieta de repente.

—¿Habías pensado que lo seríamos?

—¿Tú no?

No contestó y de pronto no supo qué decir, pero Ishbel habló por ella.

—Lachlam es un gran hombre, ¿no crees?

Le sorprendió la pregunta, pero no pudo contestarla, se limitó a asentir.

—Siempre me ha tratado con cariño y respeto. —Ayla apartó la mirada y asintió—. Lo cierto es que no esperaba nada de él, a pesar de que jamás me ha amado.

Ahora sí que Ayla la miró con la boca abierta.

—¿Creéis que no os ama?

—¿Crees que sí?

—Bueno… —Ayla titubeó—. Se ha tragado su orgullo y me ha pedido que venga. Un hombre como él no haría nada parecido si no fuera porque la desesperación lo ha alcanzado.

Ishbel dejó de sonreír y la miró como quien mira a una amiga a la que va a reprender.

—Ayla McLeod, podemos dejar de fingir que no estoy al corriente de quien está enamorado mi esposo.

La mandíbula por poco se le cae al suelo.

—¿Cómo decís?

Ishbel rio con las pocas fuerzas que tenía. No fue una risa amarga, como si hubiera aceptado que el hombre del que estaba enamorada, amaba a otra. Más bien sonó como una mujer segura de sí misma, que sabe la verdad y no quiere cambiarla.

—No me ama, pero me adora. Y yo le adoro a él y no le amo.

Ayla guardó silencio asimilando esas palabras.

—Pero…

—Nos obligaron a casarnos, yo amaba a otro que el propio rey ajustició por no querer renunciar a mí. —La miró fijamente—. Ayla, Lachlam sabía lo que le pasó a mi amado por oponerse a los deseos del rey. Espero que dejes de guardarle rencor, porque si hubiera luchado por ti, el rey habría acabado con tu vida y él lo sabía.

Fue como si el alma de Ayla abandonara su cuerpo por un instante. No respiró, no vio nada, aunque sus ojos permanecían abiertos.

Tardó tiempo en asimilar lo que Ishbel le estaba diciendo.

—Tengo que sentarme —dijo en un hilo de voz, cuando sus rodillas empezaron a fallarle.

CAPÍTULO 11

Lachlam McDonald chocaba su espada contra la de Ethan Stewart, su hombre de confianza.

El corazón del laird latía desbocado desde el encuentro con Ayla en el muelle. Sólo Dios sabía lo mucho que le había costado llegar hasta la alcoba de su esposa para enfrentarse de nuevo a ella, a ambas. Pero cuando las dejó hablando de forma amigable, su corazón aumentó el ritmo.

No podía negar que Ayla lo había impresionado.

Había cambiado mucho. Ya no era la muchacha inquieta, risueña, rebelde… casi salvaje que había conocido. Ahora sus ojos, su expresión y su porte, parecían contener sabiduría y contención.

—Debes regresar a la tierra —le espetó Ethan, burlándose de él.

Otro entrechocar de espadas y Lachlam tuvo que dar unos pasos atrás cuando su oponente lo empujó con el acero.

Lachlam resopló, centrándose en lo que ambos tenían entre manos. Un combate cuerpo a cuerpo.

Con Ethan, se conocían desde niños, pues el padre Lias lo trajo a tierras McDonald después de que su familia que había apoyado a Máel Coluim, cayera en desgracia.

Con la ayuda de los ingleses, David consiguió su corona, después de disputársela con su sobrino Máel. Así pues, no había sitio para Ethan como el hijo mayor y heredero de su padre, así que una vez David cedió las tierras al tío de Ethan, afín a él, el niño solo tenía la opción de morir o huir. Huyó a tierras McDonald y Lachlam ganó a un amigo y con el tiempo a un formidable soldado, aunque… siempre había esa extraña sensación de no conocer del todo a su compañero de armas.

Se conocieron desde muy jóvenes, el padre Lias lo trajo, harapiento, y desnutrido. Pero pronto, Ethan mostró su auténtico carácter. Se decía de él que era cruel y despiadado con los enemigos, y Lachlam sabía que se había ganado esa fama con creces pues había luchado a su lado. No había en el mundo nada que le gustara más que el fragor de la lucha, algo que desentonaba con su aspecto: tenía el rostro de un príncipe, de cabellera leonada, rubia como los rayos del sol y ojos verdes como la hierba. También era un hombre justo.

Para Lachlam fue una suerte tenerlo a su lado, aunque hubiera pasado más tiempo del que hubiera querido. Había viajado mucho con el sacerdote, pero después de tantos viajes y después de la boda de Lachlam, decidió finalmente instalarse ahí. Randal, su antigua mano derecha, se había hecho mayor, y se merecía un descanso de sus obligaciones, al menos aquellas que requerían un esfuerzo físico considerable. Por eso Ethan se encargaba junto con él, del entrenamiento diario de sus hombres.

—Os veo distraído, mi señor.

Ethan se burlaba de él pues, aunque le hubiera jurado lealtad a Lachlam, jamás lo trataba con semejante deferencia, y mucho menos cuando entrenaban con espadas.

El laird era un gran guerrero, su fuerza destacaba sobre la de cualquier contrincante, o al menos cualquiera que no fuera Ethan. El lowlander pensó que si lograba mantener al gigante pelirrojo a menos de tres codos de distancia, la victoria sería suya.

De nuevo se escuchó el entrechocar de las armas y un gruñido salió de la garganta de Lachlam.

—¡Puedes hacerlo mejor! —le gritó furioso.

Ethan lo conocía bien, por lo que se limitó a reír. De carácter desenfadado, había pocas cosas que a Ethan le sacaran de quicio. Que su laird le gritara no era una de ellas.

Gran aficionado a las mujeres y al whisky, Ethan poseía un atractivo difícil de superar. Amaba la sinceridad, pero también podía ser un gran embustero si la ocasión lo requería. Además de ser un rufián con encanto, era un increíble guerrero, se movía con la rapidez de una comadreja, la agilidad de un gato y la maldita sonrisa de un zorro rojo. Esa sonrisa es la que lograba desesperar a la mayoría de sus contrincantes y hacerlos perder.

Pero ese no sería el caso.

Lachlam dejó caer su espada y su amigo se apartó girando sobre sí mismo.

—Si tuvieras la cabeza aquí y no en otra parte, harías menos el ridículo.

—¡Cállate! —Ladró Lachlam.

Un par de golpes, unos giros… ataque tras ataque, Ethan logró cansar a Lachlam para no vencerle.

Se apartaron sudorosos, con las espadas en la mano. Como de costumbre, se evaluaron con la mirada antes de decidir atacar.

—Deberías estar feliz de que la hechicera McLeod esté aquí.

Escuchar nombrar a Ayla, le removió algo por dentro. Lo miró a los ojos, era imposible que Ethan hubiera olvidado que hacía años, él deseó casarse con ella. O quizás se hubiera olvidado de Ayla McLeod, al coincidir en contadas ocasiones.

No, ¿qué hombre se olvidaría de Ayla?

—Dejemos el tema.

Su amigo parpadeó confuso.

—¿Por qué?

Ethan se quedó quieto.

—¿No crees que pueda salvarla?

Lachlam tardó mucho tiempo en responder.

—No lo sé —dijo abatido—. Es posible que así sea. Aunque si alguien puede obrar el milagro, esa es Ayla.

Ethan asintió e impostó una sonrisa descarada.

—Es muy bonita.

—¿En serio, idiota?

Ethan fingió ofenderse.

—Mi señor… ¿a quien no le gusta un bello rostro?

Lachlam fingió mirar por encima del hombro de su amigo y abrió los ojos como si hubiera visto una aparición.

—¡Por las barbas de Moisés! Qué mujer tan hermosa acaba de aparecer por las puertas del patio de armas —exclamó el laird.

Ethan, sin poder evitarlo, miró a su derecha. Fue ese preciso momento que Lachlam aprovechó para sestarle un mandoble que el sureño esquivó con gracia.

—¡No pretendáis engañar a un embustero, pues a bien he de deciros, mi señor, que siempre os saldrá mal la treta!

Ethan esquivó un ataque directo. Alzó su escudo y notó como la fuerza del golpe hacía que le hormigueara el antebrazo. Maldito fuera ese gigante, aparte de poseer una fuerza hercúlea, era hábil y rápido. Acortó distancias y su contrincante hizo chocar los escudos. A Lachlam eso le molestó, se separó rápidamente, golpeó a su rival con el tajo de la hoja y su escudo se partió en

dos.

Ethan abrió mucho los ojos, luego enfadado, tiró los restos de la madera que quedaban en su brazo al suelo, y miró a su señor con sus ojos verdes cargados de furia.

—¡Este escudo me lo pintó Iona! —bramó.

—¿La hija del herrero? —preguntó el gigante pelirrojo, tras acabar de reírse a carcajadas.

—¡La otra Iona!

Se lo pensó un instante y supo de quien se trataba.

—¡Ahora frecuentas a hija del molinero! —gritó uno de sus hombres, entre las risas del resto.

—Frecuento a todas las mujeres hermosas —se burló Ethan. Y fue en ese momento cuando perdió la mirada sobre el hombro de su laird—. Y hablando de mujeres hermosas.

Lachlam se burló.

—No intentes usar tus tretas. No funcionarán.

Pero Ethan se puso muy serio al reconocer de quien se trataba e inclinó la cabeza en señal de respeto.

—Hechicera.

Lachlam se quedó inmóvil, y solo tiempo después, cuando Ethan se había apartado un poco, dejándole ver que no atacaría, el laird miró para terminar observando a la recién llegada.

Ayla carraspeó, para después abrir la boca y disculparse.

—Siento haber interrumpido el entrenamiento —dijo comedida—, me preguntaba si podríamos intercambiar un par de palabras.

Había visto a Ethan, pero quizás no lo había reconocido, porque hablaba claramente con Lachlam.

—Ayla —El laird asintió—. Se ha terminado el entrenamiento por hoy.

Ethan alzó una ceja.

—Por supuesto, mi señor —la sonrisa ladeada que se atrevió a esbozar, pasó desapercibida a los ojos de Lachlam, pero no a los de Ayla, que se acercó un poco más.

Para variar, fue Ethan el primero en reaccionar.

Se acercó a la bella muchacha y, tras dedicarle una floreada reverencia, se presentó con excesiva coquetería, algo que la desconcertó y la hizo parpadear varias veces. Pero se recompuso de inmediato y alzó la barbilla, como una cierva sabiendo que las flechas del cazador no la alcanzarían.

—Oh, ¿Qué tenemos aquí? —preguntó el lowlander con inocencia fingida— ¿Acaso no está ante mis ojos al más bello de los ángeles?

—Ethan… —Lachlam lo reprendió.

—¿Habéis caído del cielo, mi señora? ¿O, sois una intrépida kelpie que ha venido a robar mi alma y mi corazón? Decidme dónde habéis dejado vuestra piel. La encontraré y la retendré de por vida. ¡Es una promesa!

—¡Ethan!

Pero él le ignoró y tomó la mano de Ayla para besarla con reverencia.

El primer instinto de Ayla fue sacar el puñal de su bota y clavárselo en el corazón, pero enseguida se dio cuenta de que ese hombre solo vivía para fastidiar a Lachlam, y eso le agradó. Tanto, que no pudo evitar curvar los labios hacia arriba.

Ese hombre era, ciertamente encantador, al menos para una mujer lo suficientemente estúpida como para creer que sería la única en su cama. No serían pocas, pues pudo ver que también era realmente atractivo. Sus ojos verdes, con un brillo burlón, eran grandes y expresivos.

Su rostro era hermoso y por algunas líneas de su rostro, siempre predispuesto a la sonrisa. Si no fuera tan grande y ciertamente muy diestro en el combate, bien podría haber sido un juglar.

Los cabellos rubios resplandecían como el sol. Era alto y bien musculado en los lugares convenientes para un hombre, proporcionado y de elegantes ademanes. Sí, Ayla le auguraba un gran éxito con las féminas.

De pronto, lo reconoció. Fue como un destello, la imagen de un muchacho siempre correteando tras las faldas del padre Lias. Nunca antes había hablado con él, pues la mayoría de veces que Ayla había pasado una temporada en aquellas tierras, Ethan estaba de viaje, y las pocas veces que habían coincidido, ella sólo había tenido ojos para Lachlam.

—Te recuerdo —le dijo Ayla.

—¿De veras? —Eso pareció sorprender al lowlander—. Debo decir que sé quien sois, pero no me acuerdo de vos.

—Por aquella época, seguro que no os fijabais en una muchacha tan joven.

Eso arrancó una carcajada a Ethan y un gruñido a Lachlam.

—En verdad, así es.

A Ethan le agradó haber captado su atención, no así a Lachlam que estaba a punto de interponerse entre ellos.

—Ethan deja de molestar a Ayla con tus impertinencias.

—¿Os molesto? —le preguntó a ella, ignorando a su amigo.

—En lo más mínimo.

—¿Así puedo seguir con mi cortejo?

—¡No! —exclamó Lachlam perdiendo la paciencia.

Pero como única respuesta, Ayla se echó a reír mientras dejaba que él volviera a besar su mano.

—¿Tendríais la bondad de aceptar mi mano en matrimonio? —Ella rio más fuerte por lo que evidentemente era una broma, y Lachlam simplemente empezó a masajearse las sientes y contar hasta diez, una técnica que Ayla se percató, seguía utilizando.

—No creo ser la apropiada.

—Oh, os equivocáis. Decid que sí, de lo contrario, moriría aquí mismo de la desolación. ¡Os juro por Dios que…!

Ayla no pudo evitar sonreír, pero se le cortó la expresión al oír el grito de Lachlam.

—¡Ethan! —bramó el laird, perdida ya toda su paciencia—. Y yo te juro que te ataré a un poste y te arrancaré la piel a tiras como no desaparezcas.

Los dos miraron a Lachlam como si acabara de aparecer ante sus ojos.

—Vaya, eso ha sido muy grosero —Ethan soltó la mano de Ayla y le hizo una reverencia. Luego asintió ligeramente con la cabeza, a modo de disculpa—. Me voy antes de que se produzca un desmembramiento involuntario.

Ella asintió sin perder la sonrisa.

Con sinceridad, Lachlam esperaba una última burla ingeniosa por parte de su amigo, pero se limitó a pronunciar unas cuantas palabras más de bienvenida para la recién llegada y se escabulló hacia el interior de los establos, dejándolos a solas.

—Lachlam.

Bajo la luz del mediodía, se la quedó mirando y jamás su corazón fue tan consciente de cuanto la había echado de menos.

Lachlam apenas podía respirar.

Era tan bella que, de haber sido posible, habría avergonzado al mismísimo sol.

A pesar de que sus rodillas sostenían el peso de su cuerpo, no eran más que hojas azotadas por un cruel temporal. Su corazón latía tan fuerte y desbocado como mil tambores ante un asedio. Ayla, a su vez, miraba a Lachlam con la altivez de una reina vikinga. Apenas reconoció la sensación que quemaba en su estómago, ¿ansiedad, o la excitación del reencuentro?

Pero lo cierto fue que, al verle con el torso al descubierto su interior hirvió como la pez antes de ser derramada sobre el enemigo. Todos sus músculos en tensión y el sudor regando su pecho, todo su ser se tensó como la cuerda de un arpa.

Ambos se quedaron mirándose en silencio. Durante unos instantes, no existió nadie más en el mundo. Eran los de siempre y al mismo tiempo habían cambiado.

Ahora, una vez solos, sin el gentío del muelle, ni con Ishbel observándolos se sentían inquietos, desnudos.

Lachlam carraspeó, pero no se atrevió a decir más.

—Ruego disculpes a Ethan —la miró con intensidad—. A veces puede llegar a ser un incordio.

Ayla alzó de nuevo la barbilla y su rostro volvió a tornarse serio. Por dentro, su sangre bullía como la lava de un volcán, no obstante, sus ojos se tornaron aún más grises.

—No hay nada que perdonar, ha logrado arrancarme una sonrisa.

Unos segundos de silencio solo valieron para que ambos fueran muy conscientes de la presencia del otro.

Ayla apartó la mirada de Lachlam y por donde se había marchado Ethan.

—Es un simpático rufián, me ha resultado difícil rehusar su propuesta.

Lachlam puso los ojos en blanco.

—No te burles. No se lo deseo de esposo ni a mi peor enemiga, de lo contrario ya lo habría casado con Dairine.

Ayla parpadeó.

—¿Tu cuñada?

—Es viuda —dijo él como si no necesitara más explicación.

—Entiendo.

Lachlam tomó valor y carraspeó antes de preguntar.

—¿De qué querías hablar?

—De tu esposa, por supuesto. —Y esa palabra le supo a hiel en la boca.

CAPÍTULO 12

Dairine entró en la alcoba con una bandeja de plata en las manos. Sobre ella, un platillo donde descansaba un cuenco humeante y sobre él, un ramillete de campanillas rosadas.

Tuvo a bien vigilar la escalera que daba al salón para asegurarse de que su hermana realmente estuviera a solas. No quería compartirla con nadie. Realmente la presencia de la curandera la molestaba.

Aquella mañana Ayla, había descorrido los bastos cortinajes de lana y abierto los portones. Así, los rayos del sol se colaban por la ventana, formando un perfecto haz de luz que se posaba sobre el rostro de Ishbel, iluminándolo como si de un ángel protector se tratase. Y a pesar de ello, su belleza no era ni siquiera la sombra de lo que un día fue.

—Pobre hermanita.

Sus pómulos estaban hundidos, había ojeras bajo sus ojos, y sus labios resecos eran indicio de que algo iba muy mal.

Dairine se la quedó mirando mucho tiempo después de haberse detenido al lado de la cama. Su mano voló hacia el bolsillo del delantal, donde guardaba la misiva que había recibido esa mañana. ¿Cuánto tiempo viviría su pobre hermana?

La luz del sol se intensificó. Pequeñas partículas navegaron por el sendero luminoso y pareciera que el alma de la joven esposa del laird McDonald deseara ascender a los cielos.

Dairine, su hermana gemela, depositó el bello recipiente de plata sobre la austera cómoda y sin hacer el menor ruido, se encaminó hacia la ventana. Cerró las cortinas con un movimiento brusco, borrando la luz del rostro de su hermana, despertándola de su sopor.

Ishbel gimió, y ladeó la cabeza en su dirección, encontrándose con aquel rostro, tan exacto al suyo que pensó que se estaba mirando en las aguas de un limpio arroyo.

Hasta ese momento había disfrutado de los cálidos rayos, pero su hermana no tenía intención de que eso siguiera siendo así.

—Oh —se quejó sin demasiado éxito—, me gustaría seguir…

—Sssh… no digas más, descansa. Cualquier golpe de aire en tu estado puede ser fatal. Descansa.

—Pero la curandera…

Dairine apretó los labios disgustada.

—¿Vas a fiarte de esa mujer, más que de tu propia hermana? —Se quejó—. ¿La mujer que fue la amante de tu marido? Quizás quiera verte muerta, no debes hacer caso a lo que diga.

—¡Dairine! —Ishbel se mostró horrorizada.

—No miento… Ishbel, yo solo quiero lo mejor para ti.

Ishbel gimió, sabía que su hermana la quería, habían tenido un fuerte vínculo hasta que ella se casó y ambas se separaron cuando Dairine tuvo que regresar a su hogar y casarse. Ahora viuda, podían estar juntas, y de todo corazón la señora de los McDonald esperaba que se quedara mucho tiempo.

—Lo sé.

—Te quiero hermanita.

Ishbel asintió, pero miró con anhelo los cortinajes cerrados. Dairine se acercó un poco más, sentándose al borde de la cama.

—No es conveniente, que te expongas, querida —le dijo —en breve refrescará, pues hay

nubes amenazantes que se asoman desde el norte.

Ishbel sonrió a su hermana y dejó que esta la cogiera de la mano.

Dairine había enviudado hacía menos de un año. Justo después de su enlace con Lachlam, el rey David la había prometido con un hombre de confianza de Braden McDonald de Skye. Las islas eran cercanas e Ishbel estuvo contenta de que pudieran visitarse al menos dos veces al año. Ella hubiera preferido que fueran más, pero de alguna forma el carácter de su hermana Dairine había cambiado, ahora era mucho más silenciosa y apagada. Ishbel imaginó que no había tenido un matrimonio feliz como el suyo. Pero nunca se quejó de su marido, ni hubo rumores que dijeran que la trataba mal. No obstante, el hecho de que su hermana hubiera ido a su casa de visita después de enviudar, le hacía pensar que había buscado refugio.

Ishbel, le apretó la mano, algo avergonzada por sus uñas negras. La miró a los ojos, con todo el amor que profesaba hacia ella y dibujó una sutil sonrisa.

—Gracias, hermana. No sé qué haría sin ti.

—Oh, no me las des —respondió ella, sonriente—. Solo bebe este tónico que he preparado especialmente para ti y recupérate lo antes posible. No me gusta que estés en cama mientras la recién llegada campa a sus anchas.

—Dairine…

Su hermana la miró con reproche.

—Es verdad, ¿por qué la mandó llamar Lachlam? —desvió la mirada hacia el fuego apagado—. Si la vieras pavonearse por el castillo…

—Pero si acaba de llegar.

—Y hablar con Lachlam a solas, contándose secretitos.

Si Ishbel no sonrió, fue porque sabía que eso solo provocaría la ira de su hermana. Suspiró, soltando todo el aire de sus pulmones. Si era cierto que habían hablado a solas, eso quería decir que el plan iba según lo previsto. Ishbel cerró los ojos y finalmente sonrió sin darse cuenta.

—¿Vas a volver a dormirte? —preguntó Dairine en un susurro.

—No, no… ya he descansado demasiado.

Su hermana la ayudó a incorporarse y después recolocó tras su espalda el gran almohadón de plumas de ganso.

—Oh, qué flores más bonitas —dijo Ishbel, acariciando el ramillete de campanillas que había llevado Dairine.

—Sabía que te gustarían —sonrió su hermana muy complacida—. Siempre te gustaron las cosas bonitas. ¿Te sientes cómoda, o prefieres que llame a tu doncella para que te asee? —preguntó, al tiempo que le ofrecía el recipiente.

—Oh, no es necesario, ya lo ha hecho esta mañana —hizo una mueca ante el olor del tónico—. ¿Realmente debo tomarlo? Sabe horrible, y siento que no me hace ningún bien.

—Sí, sí deseas mejorar —la animó Dairine—. Son unas hierbas especiales que prepara la curandera del bosque. Llevan raíces portadas de muy lejos. Te bajará la fiebre y a la larga hará que te recuperes.

—No tengo fiebre —protestó Ishbel dando un sorbo.

—¿Ves? Funciona —la animó su hermana.

Ishbel tomó varios sorbos más, con su ayuda, pero a regañadientes. Después, dejó que su hermana colocara de nuevo el recipiente sobre la mesilla y se recostó de nuevo, rehusando con una negación de cabeza el tomar más.

—No noto mejoría.

—Tranquila, debes tener fe.

—¿Sabes? —rio, irónica—. Empiezo a perderla.

—No digas eso…

—Lachlam se preocupa demasiado cuando me ve sin fuerzas, por ese motivo, ante él oculto todo lo posible mi malestar. Pero esta tarde, me siento terriblemente mal.

—Quizás la visita de la curandera no te ha hecho bien. ¿Te has tomado la sopa que te prepararé?

Ishbel, negó.

—No, carne de ave y…

Dairine la miró horrorizada.

—Solo deberías tomar agua y sopa. ¿En qué piensa esa mujer? Es lógico que te sientas mal. —Se levantó furiosa—. ¡Hablaré con Lachlam! Dudo mucho que esa curandera sepa lo que hace. Lachlam es un buen esposo. Te ama, no hay duda. No puede permitir que ella haga lo que le parezca cuando se trata de cuidarte.

—Así es. Pero…

—Debería haber traído a su madre, no venir ella.

—¿Conoces a Ingrid, la danesa? —se sorprendió Ishbel.

—¿Alguien no la conoce? —Por supuesto que había oído hablar de esa mujer. Tiempo atrás fue la amante del antiguo laird, y aún gozaba de la protección de su hijo, Duncan McLeod —. Esa bruja de cabellos plateados y ojos blancos —por cómo lo dijo, Ishbel supo que no era santo de su devoción—. Vino a visitar a mi marido pero, así como vino se fue. Ayudó a que no sufriera en sus últimos momentos. Desde luego me dio más confianza que su hija, Ayla.

—A mí sí que me parece digna de confianza.

La suspicacia se intensificó en los ojos de su hermana.

—Ayla es una salvaje bastarda. He escuchado decir que Duncan tiene serios problemas para domarla.

—No hables así de Ayla. Es la hermana de Duncan McLeod, y Lachlam la tiene en alta estima.

—Lachlam —Se mofó Dairine, más molesta de repente—. No sé en qué piensa mi cuñado, ¿en qué podría ayudarte ella? ¿Acaso yo no te cuido bien? Esa muchacha es demasiado joven, no puede tener conocimientos suficientes…

—Eso no es cierto, Dairine —rebatió Ishbel—. Ha aprendido los secretos de las hierbas y su madre le ha enseñado todo lo que sabe.

—Es una bruja danesa —espetó Dairine, con desconfianza.

—¿Una bruja? Nadie puede reprocharle semejante cosa —la defendió Ishbel—. Además, Ingrid no se halla en Escocia, y Duncan nos envía lo que puede ofrecernos. Tal vez… tal vez no sea mucho, pero puede que Ayla logre lo imposible. Lachlam habla muy bien de ella.

Dairine receló, pero después miró a su hermana con lástima.

—Oh, querida, nada más lejos de mi intención es desanimarte, pero, esa jovencita salvaje me provoca una tremenda inquietud. Dicen que habla con las bestias, y que un lobo blanco la sigue a todas partes. ¿No te resulta turbador a ti también?

—En absoluto —le sonrió—, y más cuando a la propia Maery le gusta esa bestia peluda. Dice que le dará los mejores trozos de carne de la despensa.

Dairine puso los ojos en blanco.

—Esta es una casa de locos.

—Si Ayla es todo lo que dicen —dijo con dulzura Ishbel—, pues mejor. Si habla con los

animales, es conocedora de la magia que guarda el bosque.

—¿Y eso no te hace desconfiar? Des sobras es conocido el mal que provocan esas peligrosas alimañas en el ganado. Se dice que el diablo mora en ellos y que sus ojos ambarinos contienen el mal. Si esa muchacha habla con un lobo, posiblemente sea una bruja oscura.

—Es una McLeod, la hermana del laird —dijo Ishbel más seria—, no puede ser tal cosa.

Dairine al ver que el enfado de su hermana crecía, optó por callar un rato, hasta que no pudo morderse la lengua por más tiempo.

—Igualmente, desconfío de cualquiera que lleve sangre nórdica. No puedo evitarlo. Sigo siendo una Ross.

Ishbel cerró los ojos unos instantes. Sí, era bien conocida la animadversión de su hermana por la sangre vikinga, algo que había heredado de su padre, Walter Ross. Pero bien que su padre había hecho la vista gorda al casarlas con señores de las islas que ahora dependían más del rey noruego que del propio rey David.

—¿Y el tónico que me das? —preguntó Ishbel con los ojos cerrados— ¿acaso no es de una curandera vikinga?

Dairine abrió los labios sorprendida.

—¡Bueno… es por necesidad! Todo el mundo sabe que funcionan para fiebres y calenturas. ¿No estarás insinuando que la vikinga quiere envenenarte?

Ishbel empezó a no poder controlar su risa, y finalmente sus carcajadas le dieron un ataque de tos.

—¡Ishbel!

—Perdona, solo estaba bromeando.

Pero a su hermana no le hizo ninguna gracia.

—Tú, y ese humor tan raro que siempre tienes.

—Gracias por preocuparte por mí, hermana —dijo Ishbel con cariño—. Y este tónico —dijo, llevándose las manos al vientre.

—¿Qué sucede? Te hace bien, ¿verdad?

—Me siento tan cansada…

—Es lógico, es para que duermas. Tras un sueño reparador te sentirás mucho mejor.

Ishblel apretó los párpados. Dairine no parecía preocupada, y eso la tranquilizaba. Aun así… Desde que lo tomaba sentía que todo iba de mal en peor.

—Por favor, hermana —pidió, con dificultad— ¿podrías de nuevo abrir la ventana? Adoro tanto el sol… Es tan poco frecuente tan al norte…

—De acuerdo —respondió, a regañadientes.

Se puso en pie para cumplir con la petición de Ishbel, pero finalmente, tras mirar afuera, dejó las cortinas cerradas.

—Querida, ya no luce el sol, en estos momentos las nubes cubren por completo el cielo.

Ishbel suspiró, conforme.

—Qué lástima —dijo apenas sin fuerzas, antes de quedarse dormida.

Dairine se acercó a ella, acarició su mano, y después, tras observar todo cuanto la rodeaba, abandonó la alcoba con una extraña expresión.

Había mentido. Afuera seguía luciendo el sol, pero no toleraría que Ayla McLeod hiciera en esa casa, su santa voluntad.

CAPÍTULO 13

—¿Qué te parece el estado de mi esposa?

Ayla caminaba junto a Lachlam, a paso lento. Habían bordeado la cerca y se pararon junto a la entrada de los establos. Hacía fresco ahora que el sol se ocultaba momentáneamente detrás de unas nubes bajas.

—No te mentiré. Me preocupa que no se recupere.

Lachlam asintió. Puede que otro hubiera pensado que no le preocupaba el porvenir de su esposa, pero Ayla conocía sus ojos y podía ver claramente el dolor que había en ellos.

—Creo que algunos alimentos no le sientan bien.

—¿Eso crees?

Ella asintió.

—Además, debe empezar a comer sólidos…

—Pero su estómago está delicado…

—Quizás porque no se llena como debería —dijo Ayla que no iba a permitir que se le negara ofrecer su ayuda, después de que la hicieran ir hasta ahí—. Debe recuperar fuerzas, comer cuanto necesite para hacerlo y, sobre todo, dejar que el sol acaricie su rostro.

Lachlam asintió sin rechistar.

—He pedido a Maery que le llevara un poco de carne de ave desmenuzada, y que abriera las cortinas.

—Bien, haremos lo que digas. Ya que todo lo que hemos probado hasta ahora ha fallado.

Ayla asintió, contenta de que se tuviera no solo en cuenta su opinión, sino que Lachlam creyera que era capaz de obrar milagros.

—¿Hay algún lugar donde pueda buscar más hierbas medicinales? Sé que antes junto a la cocina estaba el huerto…

—Ahora tendrás todas las hierbas que necesitas, hay una muchacha, muy huraña que viene una vez a la semana con todo eso que a ti te gusta tanto.

—¿Y es? —le preguntó Ayla alzando una ceja.

Lachlam le sonrió.

—Tus hierbajos y raíces —Lachlam no pudo evitar reírse, y muy a su pesar Ayla también lo hico, aligerando un poco la carga de su corazón—. Te encantará conocerla. Incluso puede que os hagáis amigas si no os matáis antes.

Frunció el ceño.

—¿A qué viene eso?

Lachlam siguió con su sonrisa ladeada.

—Solo he hablado con ella dos veces y al pensar que iba a prohibirle comerciar en el castillo, casi me arranca la cabeza.

—Ciertamente te mostraste como si fueras el dueño y señor de todo.

—Ayla —la amonestó dulcemente—. Soy el dueño y señor de todo.

—Sí, ya —se encogió de hombros—. No me impresiona.

Lachlam soltó una carcajada.

—Lo sé, a ella tampoco.

—Entonces estoy deseando conocerla. —Se sorprendió al darse cuenta de que hablaba en serio. Esa muchacha sería alguien interesante con quien poder compartir conocimientos.

De pronto su corazón pareció detenerse, miró hacia abajo, como si no tuviera claro que es lo que estaba pasando. Pero sus instintos no se equivocaban, Lachlam le había cogido de la mano.

Sintió como su corazón se saltaba un latido, para luego bombear con total intensidad.

—Ayla… —la voz de Lachlam era baja, apenas un susurro. ¿Le había hablado alguna vez con tanta dulzura?

Alzó la cabeza, sin ser consciente de que tenía la boca entreabierta y los ojos llorosos.

—¿Sí?

—Gracias.

El pulgar de él daba círculos sobre la palma de su mano. Un movimiento sedante, hipnótico. Apenas podía respirar. Se le nubló la visión al ver lo estúpida que era. Iba a llorar, solo ¿por qué? ¿Porque le había tomado la mano? ¿Porque iba a ayudar a su esposa, la mujer que realmente amaba?

Apartó la mano de un tirón y nerviosa se dio la vuelta.

No podía ser tan tonta.

Esto no podía volver a pasar. No iba a abrirle su corazón de nuevo, ni dejar que él viera su vulnerabilidad.

—Ayla… —pronunció su nombre preocupado— ¿Te encuentras bien?

Pero antes de que ella pudiera morderle o soltarle un comentario hiriente, una voz conocida gritó el nombre del laird.

—¡Lachlam!

La voz de Maery sonó fuerte cuando apareció justo al doblar la esquina del granero, y encontrarlos a ambos en el lugar donde él y Ethan solían entrenar a solas.

—¿Qué ocurre, abuela?

La mujer se había agarrado el delantal y sus faldas volaban sin tocar el suelo salpicado de barro.

—Un barco.

Ambos parpadearon por la novedad. Se acercaron a Maery que no parecía ni preocupada, ni demasiado contenta.

—¿Problemas? —preguntó Ayla.

—No creo que sea un ataque —dijo Lachlam—. El rostro de Maery es más bien el de…

—Visitas no deseadas.

—Exacto.

Ambos se miraron y al darse cuenta de que tenían la misma sonrisa, Ayla se apresuró a borrarla.

—¿Quién llega sin avisar a nuestras costas?

—Nuestros parientes. McDonald de Skye.

Lachlam hizo una mueca.

—¿Ves? Visitas no deseadas.

—¿No han anunciado su llegada? —se interesó Ayla.

—No.

—Entonces, puede que sean ellos los que tengan problemas.

—Los tendrán, si como sospecho, vienen a protestar por el pago de los impuestos.

—Ya veo.

Lachlam sospechaba que la visita tenía algo que ver con la recaudación. Desde la muerte del laird, su sucesor dejaba mucho que desear en cuanto al cumplimiento de la ley.

La isla de Skye estaba dividida en dos, los McDonlad por una parte y los McLeod por otra, a diferencia de los parientes de Lachlam, Duncan McLeod, no tenía ningún problema para ser respetado y hacer que su clan pagara los tributos que les correspondía. Para Lachlam todo era un poco más complicado.

—¿Y bien? —preguntó Maery, dejando claro que esperaba que su nieto diera una orden.

Lachlam miró a Ayla y se apresuró a contestar.

—Ofréceles comida y hospedaje, iré enseguida —le dijo a Maery—, aunque creo que no se quedarán demasiado.

—¿Los echaras? —dijo Maery frunciendo el ceño—. Eso podría traerte más problemas que beneficios.

—No los echaré, pero no creo que la vergüenza de decirme que no tienen con que pagar lo que deben, les deje humor para abusar de mi hospitalidad.

Maery se llevó una mano al corazón, como si al fin pudiera respirar en paz. Luego se colocó junto a Ayla y miró a su nieto comprensiva.

—Será como tú dices —dijo Maery—, mejor que los atiendas ahora. Es más, Ayla necesita descanso, el viaje ha sido largo y agotador.

Lachlam iba a protestar, pero Ayla se adelantó.

—No es necesario, Maery. No estoy cansada en absoluto.

—No está cansada, y quizás quiera saludar a nuestros parientes.

Ayla alzó una ceja.

—Tampoco he dicho nada semejante —como siempre prefería la soledad a tener que fingir que alguien era de su agrado, cuando era más bien lo contrario. Eso no lo había podido cambiar Megan—. Pero me aseare y bajaré a comer con vosotros.

—Por supuesto —dijo Lachlam mirando a Ayla y después a su abuela—. Tú deberías saludarlos, también son tus parientes.

—Muy lejanos —protestó la mujer dejando claro que no les caían bien en absoluto.

—No seas, así, puede que el primo que haya venido, sea el que te gusta.

—¡Ja! —Maery lazó una carcajada como si fuera una chiquilla—. Sí, quizás no es ese oso apestoso, y haya venido el garboso albatros.

Ayla no pudo seguir la conversación, pero Maery tuvo a bien explicárselo. A veces ser parientes no significaba, ni mucho menos, tener los mismos valores y ser igual de honestos.

—Ya te darás cuenta de que pie cojea cada uno —le dijo a Ayla en confianza—. Pero ahora, vamos.

La muchacha vio como la mujer que siempre había adorado como a su propia abuela tiraba de ella para ir en dirección a la cocina.

Ella se dejó llevar. Asintió sin apenas echar un segundo vistazo a Lachlam que ya había claudicado ante las órdenes de Maery.

—Cuando acabéis con vuestros asuntos políticos, nos reuniremos con vosotros —dijo su abuela por encima del hombro—, de momento, tu lobo está algo inquieto y el hijo de Lachlam se queja de que no va a buscar la pelota de trapo cuando se la tira.

Ayla puso los ojos en blanco.

—Lobo no es un perro, por eso se llama Lobo —le dijo como si no necesitara otra explicación.

Lachlam las vio alejarse y no hizo nada para detenerlas, pero mientras el cuerno sonaba otra vez anunciando la llegada de los visitantes, él solo tenía ojos para la pequeña figura que se alejaba. Su trenza voló hacia un lado cuando su cabeza se giró para mirarle por encima del

hombro. Ambos cruzaron sus miradas, y Lachlam no la apartó, pero fue lo suficientemente cobarde como para cerrar los ojos.

No podía ser.

Había cosas que no podían ser. No iba a traicionar a su esposa con Ayla, por mucho que la amara, por mucho que la deseara.

La lealtad iba primero, y él había jurado respetar a su esposa hasta el día de su muerte. Y pensaba hacer lo que estuviera en su mano para que Ishbel viviera muchos años para ver crecer a su hijo.

—¿Crees que podrías dejar de refunfuñar? —preguntó Ethan saliendo del establo.

—No refunfuño.

—Lo que digáis, mi señor.

—Me alegra que te hayas aseado —dijo Lachlam—, tenemos visita.

—Oh, adoro a tus parientes de Skye, ¿se quedarán mucho tiempo? ¿lo suficiente para ir a cazar jabalíes y que mi lanza se desvíe para ensartar…?

Un gruñido lo hizo callar.

—Eres un aguafiestas —se quejó Ethan.

—No hables así, alguien podría escucharte. Que te gusten o no mis parientes…

—Son parásitos, al menos uno de ello, que es quien los dirige.

Lachlam golpeó el hombro de su amigo como si estuviera completamente de acuerdo con él.

Ambos empezaron a andar hacia el salón.

Los hombres de guardia se ocuparían de su llegada y de llevarlos a su presencia cuando lo ordenara.

—¿Sabes a qué han venido?

Lachlam estaba contrariado. Mientras tanto, su hombre de confianza lo miraba con una sonrisa torcida.

—A negarse a pagar.

Ethan resopló.

—Sangre, Lachlam. Ese es el idioma universal del entendimiento. —Lo dijo con absoluta convicción. Para dar más énfasis a ello, quitó la vaina a la daga que siempre portaba en su cinto.

Lachlam miró a su arma de reojo, una preciosa daga morisca con la empuñadura de plata. ¿Cómo había llegado a sus manos? Nadie lo sabía, pero si de algo podía presumir Ethan Steward, era de una increíble colección de armas exóticas a las que trataba como a sus amantes. Demasiado viajes y mujeres para descubrir todas sus aventuras en una vida, y eso que su amigo le había contado mucho.

—Existe algo que se llama diplomacia, Ethan. Y alguien que está por encima de todos nosotros, el rey, no desea más sangre.

—Sigo pensando que a el rey de Noruega le da igual lo que hagamos, y al de Escocia… bueno, seguro que es de la opinión de que su nación sería mejor sin un McDonald de Skye —bufó, Ethan.

—Las cosas son complicadas.

—No para mí —escupió en el suelo, pero guardó de nuevo la daga cuando Lachlam se lo ordenó—. Si traicionas, mueres. No hay complicación en ello.

Lachlam sabía que había una profunda rabia en el interior de su amigo, a pesar de sus bromas y el sarcasmo con que acompañaba a sus palabras, sufría un profundo dolor por su pasado y eso a veces lo hacía parecer un loco. Pero, no. Ethan Steward no tenía nada de loco,

como tampoco nada que perder en la vida desde que su familia había muerto años atrás. Madre, padre, tres hermanas y una abuela fueron pasadas a cuchillo, sin piedad alguna.

Entraron en el salón, donde ya estaban reunidos algunos de sus hombres. No hizo falta hablar mucho para saber que había cierta preocupación por la visita.

—Nada malo tiene por qué pasar —dijo Lachlam en tono lúgubre mientras tomaba asiento en la cabecera de la mesa—. No quiero ningún comentario fuera de lugar, destinado a provocar altercados.

Miró a Ethan fijamente y este chasqueó la lengua.

—¿Entendido?

—De acuerdo —Ethan se cruzó de brazos y entrecerró los ojos como si sus palabras expresaran todo lo contrario a lo que quería decir—. Total, estamos acostumbrados. No es ninguna novedad que Duntulm Castle se niegue a pagar tributos.

—Comentarios como ese, son exactamente los que vas a evitar. —Lachlam lo fulminó con la mirada.

—Como desee mi señor —agachó la cabeza y se apoyó en la pared de piedra mientras esperaban a las visitas.

—¿Crees que seguirán en sus trece? —Uno de sus más fieles guerreros habló preocupado porque todos tenían algún pariente en Skye.

—Que no paguen podría traer consecuencias —dijo otro soldado.

—Podrías decirme algo que no sepa.

—¿Algo que no sepáis? —se mofó Ethan— ¿A que no sabes quién le regaló esa bonita cicatriz que embellece el rostro de Braden McDonald?

Lachlam miró a su hombre, con el ceño fruncido.

—¡Por todos los dioses, Ethan!

El hombre sonrió con crueldad.

—Fue en combate singular, de lo contrario ya habría pasado a mejor vida.

—Debe guardarte un gran afecto.

—Es mejor que yo no asista a esa reunión —Ethan siguió sin borrar su sonrisa.

—Creo que no hay nadie en toda Escocia que no te odie, a excepción de mí y de Duncan McLeod.

—Si supieras lo mucho que me adora la mitad de la población —y de nuevo, esa sonrisa encantadora, al pensar en mujeres.

Lachlam movió la cabeza de un lado a otro. Ethan era un cínico, y daba auténtico miedo cuando hacía gala de su sarcasmo, pero ante las damas no había conocido a nadie más encantador.

—No todo está perdido, quizás nos sorprendan con grandes cofres de oro —dijo un joven soldado.

Otro le golpeó el brazo y se mofó.

—Quizás hayan encontrado el tesoro de Santa Margarita —dijo otro.

Lachlam sonrió. El tesoro de Santa Margarita era una leyenda, un gran tesoro que los McDonald custodiaban en la isla y que hacía feliz al señor. Él, como laird, debía decir que sí, el tesoro de Santa Margarita le había dado algo de paz y en cierta medida, era feliz.

—Conformémonos con un baúl lleno de oro —se mofó Ethan, sabiendo que era más probable que el océano se congelara antes de que los McDonald de Skye les entregaran sin presiones los pagos atrasados.

Pocos minutos después las voces irrumpieron en el salón, y fue entonces… cuando el

océano se congeló, pues dos cofres llenos de oro fueron colocados por los McDonald de Skye, sobre la gran mesa del laird.

Lachlam ocultó bien su sorpresa cuando el guerrero recién llegado habló.

—De nuestro señor, con sus saludos. —Inclinó su cabeza y Lachlam asintió complacido —. Le hace llegar lo estipulado con los atrasos de los años anteriores.

Ethan silbó, para luego soltar una carcajada.

El McDonald de Skye lo ignoró.

—Ruega acepte sus disculpas por la demora y hace la petición de celebrar juntos el último lunes de septiembre, día de la cosecha.

Faltaba menos de un mes para ello, y Lachlam no veía modo de negarse después de lo generoso que había sido su pariente.

—Así sea.

En la boca le quedó el regusto amargo de saber que aquel era un regalo envenenado. ¿Acaso vendrían de Skye sin más motivo que celebrar el fin de la cosecha?

Lachlam miró a Ethan y este había dejado de sonreír.

Se avecinaban problemas.

CAPÍTULO 14

Lachlam celebró esa noche, el banquete con sus hombres y los pocos McDonald de Skye que habían llegado con el regalo de su señor. Maery y Ayla se habían unido a ellos, al caer el sol. Desgraciadamente la salud de la señora McDonald no había sido lo suficientemente buena como para que pudiera ausentarse de la cama.

Quien sí había permanecido cerca del laird, fue Dairine. Ayla pudo fijarse bien como no quitaba la vista de encima a Lachlam. ¿Sería consciente de que su cuñada estaba enamorada de él? No, quizás no. Pero por como la miraba Maery, la abuela sabía perfectamente a lo que estaba jugando esa mujer.

—No te hagas mala sangre, eso no sucederá —la sorprendió diciendo Maery.

Ayla por poco se atraganta.

—No estoy pensando en nada particular —alegó, tomando un trozo de pan y dándoselo a Lobo por debajo de la mesa.

El hijo del laird la vio y quedó fascinado de que “el perro enorme”, como lo había bautizado él, se quedara quieto y sin rechistar a los pies de su dueña. Cuando la cena hubo concluido y los instrumentos empezaron a pasar de mano en mano, Ayla se dijo que ya había pasado demasiado tiempo entre humanos.

—Buenas noches, Maery —dijo levantándose y posando una mano sobre su hombro.

—Pero niña… —se quejó la mujer, sintiendo pena porque se ausentara tan pronto. Pero Ayla negó con la cabeza.

—Pasaré a ver a Ishbel antes de retirarme.

Maery asintió, y no hizo ademán de detenerla.

Por supuesto que la belleza de Ayla, en ese vestido azul medianoche llamó la atención de varios hombres, pero como era su costumbre, los ignoró a todos. Fueron miradas que distaban mucho de ser groseras, aunque en alguna había más deseo que en otras. Si la hubieran ofendido alargando la mano, el gran lobo blanco que caminaba a su espalda, les habría dejado claro qué podía hacer un hombre, y qué no. Se despidió de él y lo llevó hacia la muralla donde los guardias lo dejaron salir. No le gustaba que estuviera encerrado y a él tampoco. Su lobo debía ser libre y solo volver si así lo deseaba. Después de verlo correr hacia la arboleda, Ayla subió los peldaños de piedra hasta llegar a la habitación de Ishbel.

La señora de los McDonald estaba de buen humor. Tenía cierto color en las mejillas, pero tan exhausta que Ayla pensó que su alimentación no le estaba ayudando demasiado a recuperar las fuerzas.

No era su intención quedarse tanto rato, pero Ishbel había resultado ser una gran oradora, le encantaban las historias y al no poder levantarse de la cama, deseaba con todo su corazón que le llegaran noticias del exterior. ¿Había problemas en la fortaleza? ¿Qué tal eran los McDonald que habían llegado de Skye? ¿Su hijo se había portado bien? Y ese enorme perro… ¿por qué parecía prendado de Ayla? Demasiadas preguntas que a la joven curandera no le dio ningún apuro contestar.

Para bien o para mal, Ishbel era una mujer extraordinaria, y en otras circunstancias, las dos sabían que habrían sido muy buenas amigas.

Se había hecho tarde.

Lahlam había sido muy consciente de cuando Ayla se había retirado del banquete, en silencio como una ladrona, pero, ¿podía culparla? No le había dado un sitio de honor, o mejor dicho, se había mantenido a las faldas de Maery, dispuesta a pasar desapercibida.

Debería haberle hecho un banquete para ella, presentarla a su clan como lo que era, una mujer extraordinaria que a pesar de odiarle en silencio había aceptado salvar a su esposa.

Subió los peldaños de piedra, habiendo dejando a sus hombres en el salón, festejando. Sin hacer ruido, empujó la robusta puerta de la alcoba de su esposa. Sigiloso, había intentado no despertarla, pero se sorprendió al ver que Ishbel seguía despierta.

Le sorprendió gratamente escucharla reír, y le alivió y alegró enormemente que Ayla también luciera una sonrisa en el rostro. Había echado tanto de menos esa sonrisa. Tragó saliva y Ishbel rio más fuerte al tiempo que añadía:

—Lachlam estaba furioso, tanto que decidió marcharse sin decir nada. Mi hijo seguía en la barca sin saber por qué su padre se había enfadado tanto. Él solo quería ir a Skye, pero no entendía que un niño de cinco años no podía navegar solo en una pequeña barca de río.

Lachlam recordó ese momento, no hacía tanto tiempo. Su hijo había heredado el espíritu aventurero de su padre. Amaba el mar, pero aún no entendía sus peligros. Ahora salían casi a diario para enseñarle todo lo que su padre le enseñó a él.

Ayla hablaba en voz baja, y pronunció su nombre.

Lachlam alzó la cabeza y la miró con fijeza. Fue entonces que le llegó la voz de su esposa.

—Sí, es igual a su padre.

Se escucharon más risas, y Ayla siguió con una sonrisa bailando en los labios hasta que esta desapareció nada más hacer él acto de presencia. Algo que a Lachlam le provocó una punzada en el corazón.

La joven curandera se puso en pie para recibir al laird de los McDonald.

—Buenas noches —se apresuró a decir.

Se puso nerviosa, él lo notó por la forma en que apretaba sus manos entre sí. Pero sus ojos azules se clavaron en los de Lachlam. Él le sostuvo la mirada, para después dirigirla a su esposa. Mientras él caminaba hacia el lecho, Ayla se hizo a un lado.

—Buenas noches —se animó a decir a ambas.

Enlazó las manos a su espalda y avanzó hacia la cama. Se inclinó para besar a su esposa en la frente y esta le sonrió.

—Ishbel, ¿cómo te encuentras hoy? —dijo, con una dulzura que sorprendió a Ayla, y al mismo tiempo le provocó una punzada de celos, que evitó de inmediato.

—Lachlam —Ishbel extendió la mano para dejar que él la tomara entre las suyas—. Me encuentro mucho mejor, gracias—. Miró a la joven curandera y su sonrisa se amplió—. Ayla ha venido a ver como estoy antes de acostarse, pero me temo que la he entretenido con mi charla.

Él la miró a por encima de su hombro y ella dibujó una sutil sonrisa dirigida a su esposa, sin permitir que sus ojos se encontraran con los suyos.

—Eso es bueno —dijo Lachlam, consciente de que quizás querer hablar y distraerse fuera una mejoría—. Veo que te hace bien su compañía —dijo, regresando la mirada a Ishbel—. Tus mejillas vuelven a lucir color. Estoy seguro de que todo va a salir bien —miró a Ayla de nuevo, esta vez moviendo todo su enorme cuerpo en su dirección—. ¿Cómo has encontrado a mi esposa?

—Su ánimo es bueno y eso es esperanzador.

—Esperanzador —repitió él—. Estoy absolutamente convencido de que mejorará con tus cuidados, Ayla.

—¿Ha ido bien la cena? —preguntó, Ishbel.

—Mejor de lo esperado, han pagado los atrasos y como la cosecha está siendo buena, puedo decir que tendremos un buen año.

Ayla fue consciente de que Ishbel se alegró de todo corazón. Tomó la mano de su esposo y se la apretó con afecto.

—Me alegro mucho, mi señor —Lachlam besó la mano que sostenía y a Ayla se le encogió el corazón. Apartó de súbito la mirada y Ishbel notó su incomodidad.

Soltó a Lachlam, aunque en realidad no había hecho nada malo, lo miró con pesar. Él se apresuró a negar con la cabeza y volvió a tomar su mano.

—Ayla te estamos muy agradecidos por haber venido —dijo Lachlam—, he sido un mal anfitrión. Deberíamos haber hecho el banquete en tu honor y agradecerte públicamente tu presencia en tierras McDonald.

—No, yo… —se había sorprendido mucho por aquellas palabras.

—Yo opino lo mismo, Lachlam —dijo Ishbel—, quizás podamos hacer una fiesta afuera. Quizás con Ayla aquí me encuentre mejor. ¿No sería bonito una celebración al aire libre con flores?

—Sería prefecto —convino Lachlam, y lo haremos cuando estés mejor.

Ayla los vio mirarse, ambos asintiendo y felices porque pensaban que la señora McDonald podría mejorar lo suficiente, pero… ¿realmente lo haría tanto como para recuperar el vigor y poder abandonar el lecho?

Asintió esperanzada.

—Sí, quizás una semana más de reposo y si las fiebres no vuelven… saldremos.

Las palabras de Ayla entusiasmaron a ambos.

—¡¿Podrás salir fuera?! —El grito del niño fue acompañado por el ruido de la puerta chocar contra la pared.

Lachlam vio como su hijo entraba como una exhalación en la alcoba y se detenía con cuidado para finalmente dejarse caer al lado de su madre para abrazarla.

—Papá, ¿mamá podrá salir fuera?

Ayla miró con los ojos muy abiertos al chiquillo que acababa de entrar. Llevaba los cabellos revueltos y eran tan rojos, como el fuego… como los de su padre. Eso la conmovió.

El rostro de Ishbel se iluminó y abrió los brazos para recibir a su pequeño.

—Oh, mi querido Struan, ven aquí.

Madre e hijo se abrazaron. Ayla pudo ver en esos momentos cómo el rostro de Ishbel se emocionaba, se le humedecieron los párpados y le tembló el labio inferior. Lo supo, supo que esa mujer sabía que iba a morir y su corazón se inundó de pena por ella. Ojalá se equivocara. No perdería la esperanza, se dijo a sí misma.

Cuando el pequeño se separó de su abrazo para mirar a su madre, el rostro de la señora cambió, dándole seguridad. No quería que el pequeño confirmara cuan grave estaba. Eso también conmovió a Ayla hasta el extremo que se prometió a sí misma que haría todo lo que estuviera en su mano, incluso más, para salvar a esa mujer.

—¿La bruja blanca te ha hecho sentir mejor? —preguntó el niño, sacando a Ayla de sus pensamientos, y arrancando una exclamación a su madre.

—¡Struan! —Lachlam puso los ojos en blanco. A saber de donde habría sacado ese apodo su hijo.

—Cariño —le regañó Ishbel— ¿Qué modales son estos?

Ayla soltó una carcajada. La primera que recordaba desde que embarcó hacia la isla McDonald. Luego miró seria al pequeño, intentando no reír más.

—Hago lo que puedo, Struan McDonald.

El niño asintió, ceremonioso, y orgulloso de escuchar su apellido.

—Si mamá y papá confían en ti, yo también.

Ayla asintió complacida.

—Muy bien, no sabes cuanto me alegro.

—Pero… —el niño miró a su padre y vaciló al preguntar— ¿de verdad eres una bruja?

—Oh, ¡Struan! —volvió a regañarle su madre—. Ayla, por favor, disculpa a mi hijo, tiene tanta imaginación…

—Pero está bien que preguntes, Struan. —Ayla miró fijamente al pequeño, sin pestañear —. Eso significa que te preocupas por los tuyos, y eso dice mucho a favor del futuro laird de los McDonald.

—Déjate de rodeos ¿Eres una bruja, o no?

Un gruñido salió de Lachlam, que con disimuló estrelló los nudillos en la cabeza del niño, haciendo que este se tocara la zona dolorida.

—Cuida tus modales.

Ayla ocultó una sonrisa.

—Bueno… —Ayla se encogió de hombros—. Si tener como mejor amigo a un lobo enorme de dientes puntiagudos, y guardar mis hierbas y remedios en una cabaña solitaria en mitad del bosque me convierte en una bruja…

El niño abrió mucho los ojos.

—Aaah, por eso llevas ese saquito de hierbas colgando en la cintura, ¿verdad?

—Veo que eres muy observador, Struan.

—¡Y también llevas un puñal! —señaló el cinto de Ayla y ella sonrió.

—Así es. Una mujer debe saber defenderse, ¿no lo crees así?

El niño asintió, convencido.

—¿Y dónde está el lobo blanco? —preguntó el niño, mirando alrededor, con la esperanza de verlo. Ayla volvió a reír.

—Por esta noche ya ha tenido que aguantar a suficientes humanos. Los guardias lo han dejado salir al bosque para que cace.

Los ojos de Struan se agrandaron y miraron a su padre para saber si esas palabras eran ciertas. Lo eran. A Lobo le gustaba cazar su propia comida, aunque no despreciaba nada que pudieran darle Ayla o Maery.

—Pero… ¿volverá?

—Por supuesto —le sonrió Ayla—. No le gustan las fortalezas ni los lugares concurridos —respondió—. Por eso se ha quedado en el bosque.

—¿Me llevarás a verlo?

Ayla miró a Ishbel, quien asintió. Luego miró a Lachlam, quien no dejó entrever emoción alguna.

—Ya veremos —respondió, y el niño frunció el ceño, disconforme.

—Podrías dejarme jugar con tu lobo, y… dejarme practicar contigo.

Ella lo miró algo desconcertada.

—¿Practicar?

—Mi padre —dijo mirando a Lachlam— dice que eres la mejor arquera de todas las islas.

Ayla alzó la ceja izquierda.

—¿Tu padre en verdad dice eso? —Ayla intentó no sonreír cuando miró al alto McDonald que hacía el mismo esfuerzo que ella para permanecer serio.

—Lo dije en alguna ocasión —cedió el propio Lachlam.

La joven miró a Ishbel, quien asintió con una sonrisa. No supo el por qué, ni tampoco lograba comprenderlo, pero le sorprendió gratamente que Lachlam le hubiese hablado a su familia de ella, y en tan buenos términos.

—¿Y qué más cosas te ha contado tu padre?

—Muchas, pero a mí me gustaría saber si sabes usar la espada.

—¿Tú qué crees?

El pequeño se encogió de hombros.

—Yo creo que sí.

—¿Y qué te hace pensar eso, Struan?

—Porque pareces valiente y, además, eres medio vikinga.

Ayla volvió a reír, mientras Ishbel movía la cabeza de un lado a otro, aunque también con una sonrisa en los labios. Nadie pareció notarlo, pero Ayla vio como se iba hundiendo en los almohadones, intentando encontrar una postura cómoda para conciliar el sueño. Estaba cansada.

—Deberíamos dejar descansar a tu madre —Ayla miró a Ishbel quien asintió agradecida.

—Sí, mañana podrás ir al bosque a ver al lobo y quizás cazar algún conejo —el niño se entusiasmó ante la expectativa. Miró a su padre que le revolvió el pelo.

—Ahora despídete de tu madre, es hora de ir a dormir.

Struan obedeció. Besó a su madre en la mejilla y después… sorprendió a todos abrazando a Ayla por la cintura. Su pequeña cabeza solo le llegaba a la altura del vientre.

—Gracias, mañana será un día fantástico.

Ayla parpadeó, muy consciente de los bracitos envolviendo su cintura, de la mirada amorosa en el rostro de Ishbel y del desconcierto de Lachlam.

—Bue… buenas noches Struan —dijo cuando el niño la soltó. Y salió corriendo hacia la puerta, después de despedirse de su padre.

Debía tener cuidado. Al parecer, Lachlam McDonald no era el único en ese lugar capaz de robarle el corazón.

CAPÍTULO 15

Tras abandonar la alcoba de Ishbel, Ayla estaba demasiado inquieta para dormir.

La preocupación de no poder ayudarla era grande. Debía vigilar qué comía y cuando, qué manos tocaban su plato… Cerró los ojos mientras la brisa de la noche acariciaba su rostro. ¿Debía decirle a Lachlam lo que sospechaba?, ¿que alguien estaba intentando envenenar a su esposa? Era pronto. Tal vez, el envenenamiento era un accidente. Había visto en uno de sus viajes, a familias enfermar por comer en platos de esmalte de plomo. No podía asegurar que aquella fuera la causa, pero desde luego eran unas vajillas que ella no utilizaría jamás. Pero Ishbel comía en cuencos finos, uno de plata, y de las propias manos de su hermana.

Sus pies, de forma inconsciente, la condujeron hacia las almenas. Allí, donde cinco años atrás…

Meneó la cabeza, intentando desechar ese recuerdo. No quería evocar ese momento, pero mientras caminaba por el lugar en el que su sueño de niña se cumplió, para después rompérsele el corazón en mil pedazos… No pudo evitar sentir una fuerte presión en el pecho.

Se detuvo unos instantes y se colocó la palma de la mano sobre el corazón. Latía desbocado, como si permaneciera encarcelado y deseara escapar de la carcasa de su pecho.

Oh, se enfadó consigo misma, ¿por qué tenía que sentirse así, después de tanto tiempo? ¡Ni ella era ya una niña inocente fácil de engañar, ni Lachlam, después de su rechazo, merecía tal atención!

Respiró hondo y en lo alto de la muralla, junto a una de las puertas que daban a la torre, se recostó contra la piedra gris.

Había pedido a Maery que solo la cocinera principal tocara el plato de su señora, y por si eso no bastara, había sobornado a los niños que trabajaban en mantener el fuego encendido en la cocina, para que le dijeran quien se acercaba a las ollas, y si alguien fuera de lugar entraba en las cocinas.

Averiguaría qué estaba ocurriendo, porque si no era veneno, no sabía como ayudar a Ishbel McDonald.

A la mañana siguiente había decidido ir a por más hierbas, las que trajo las estaba usando para elaborar algunos tónicos. Quería ver qué tipo de hierbas podía ofrecerle la isla. Pero, sobre todo, recoger algunas algas que, desde las almenas de la fortaleza, había visto sobre las piedras de la playa. Miró hacia allí, la caída era sobrecogedora. Se dejó mecer por el sonido de las suaves olas que besaban las rocas con aparente calma.

Las islas no eran un lugar con exuberante flora y fauna, era una tierra dura, pero los hombres que allí vivían se enorgullecían de sobrevivir a los crudos inviernos. Eran grandes marineros, Duncan y Lachlam tenían una flota que envidiaría cualquier rey. Comerciaban con reses y la lana de sus ovejas era la envidia de muchos.

Ayla escuchó el sonido que conocía bien, y se asomó para ver quien lo producía. Cerca de la playa, sobre las rocas, había una colonia de leones marinos. Ociosos parecían haber descansado todo el día y ahora se zambullían para buscar su sustento. Ayla respiró hondo, sobrecogida por la belleza de esos acantilados que custodiaban la fortaleza. Eran tan altos que parecían gigantes convertidos en piedra por obra de algún antiguo hechicero.

Al atardecer, de ese mismo día, Ayla había observado que en lo alto, anidaban los fulmares boreales. Las pequeñas aves blancas armaban un escándalo, peleando por los mejores

lugares de anidamiento. Ayla había sonreído ante sus estridentes graznidos y los envidió.

¡Cuan maravilloso sería volar como ellos!

Sí, aquello era magnífico, podría haber sido en ese escarpado vertical donde los antiguos dragones saltaron para alzar el vuelo por vez primera. Se rio de sí misma. Cuando era una niña, nadie le hubiera ganado en imaginación.

Parpadeó para después entrecerrar los ojos al escuchar el aullido de Lobo. No pudo ver la blanca silueta recortándose en lo alto del risco. Pero observó el bosque desde donde provenía el aullido. El animal aún tenía que adaptarse al lugar, pero sabía que lo haría pronto.

Otro aullido. Y como si su amigo la hubiese avisado, el viento empezó a soplar con fuerza y supo que en breve comenzaría la pleamar, así que decidió arrebujarse la capa y volver al interior. Pero no lo hizo, sin antes prometerse a sí misma, visitar en cuanto pudiera un pequeño bosque que se encontraba más al sur. Seguramente hallaría corteza y algunos frutos del tejo, pues como ya le había dicho Lachlam, no era la única mujer que sabía de hierbas y medicina en aquella isla. Quizás esa mujer podría ayudarla en su búsqueda de un remedio.

Avanzó por las almenas, pocos pasos quedaban para llegar a la puerta de la torre, pero se quedó quieta al ver que esta se abría.

Parpadeó confusa, hasta que se dio cuenta quien había bajo la capucha de lana.

—Lachlam —dijo con su respiración entrecortada.

Él parecía tan sorprendido como ella.

Ayla cerró los ojos unos segundos, se llevó las manos al pecho y soltó el aire contenido.

Cuando desplegó los párpados, miró al laird con el ceño fruncido.

Maldito fuera. Seguía siendo un hombre increíblemente apuesto. Sus cabellos se movían con la brisa marina y sus ojos, azules como un mar en calma, la miraban con la fijeza de un lobo custodiando a una presa herida. Pero ni Ayla era débil, ni Lachlam un depredador que pudiese con ella.

—Me habéis asustado, señor —recriminó.

Por el contrario, él le dedicó una de sus sonrisas.

—Dudo que algo te asuste.

Ayla alzó el mentón al escuchar su tono burlón. Chasqueó la lengua, pero estuvo dispuesta a pasar la pulla.

—Cierto —respondió quedándose después en un profundo silencio.

Miró a Lachlam de reojo y dudó si escabullirse, alejándose de su presencia. No era apropiado estar los dos a solas, aunque… había guardias en las almenas, podía ver a cuatro observando el mar, buscando embarcaciones cercanas.

Respiró hondo.

—Si me discul… —Intento rebasarle, pero al escuchar de nuevo su voz, se detuvo, como presa de un hechizo.

—Inquietante, ¿verdad?

Ella parpadeó sin comprender.

—El sonido de los leones marinos, el de tu lobo tan poco frecuente en esta isla.

No respondió. El sonido de Lobo no había sido siempre tan poco frecuente en la isla de los McDonald. Hubo un tiempo que de cachorro se paseó a sus anchas, aullando, cazando, corriendo entre las ciénagas como un morador más de esa tierra.

—Esos sonidos no nos fueron tan ajenos, una vez.

Lachlam borró su sonrisa.

Una vez, hacía años, cuando aún no la había traicionado. Ayla no lo dijo, pero el

significado de las palabras colgaba como una hoja bien afilada entre ambos.

—Sí, antes cuando eras una niña…

—Ya no soy una niña, como puedes ver.

—Lo veo perfectamente —respondió, herido.

Pero caminó hacia las almenas y se colocó a su lado. Ayla le dio la espalda, dudando en si marcharse por donde había venido o permanecer allí, en compañía. Una compañía que sin duda no había buscado, pero que, de alguna manera, su corazón traidor anhelaba.

Tragó saliva y cerró los ojos. Pensó en cuanto había sufrido, en cuanto había amado sin que se la recompensara, como si dar amor incondicional te diera potestad para exigirlo de vuelta.

Lachlam suspiró. Dio un giro de noventa grados para mirar directamente a Ayla, pero ella continuaba con la vista perdida en el horizonte, ignorándolo de forma deliberada.

—No hemos hablado de…

—¿De qué? —dijo ella, nerviosa de pronto porque sus ojos estuvieran fijos en ella.

—De qué remedios utilizarás con Ishbel.

Niña estúpida, se amonestó Ayla. Ella pensando en el dolor de su corazón y Lachalm… estaba claro que el señor de los McDonald tenía sentido común por los dos. La preocupación por su esposa era lo primero, y ella era una auténtica idiota por olvidar que había llegado hasta ahí, solo para salvarle la vida, no para recordar amores de juventud.

—¿Sabes qué mal la tiene presa? —continuó él—. Maery pensó, al principio, que tal vez fuera la comida.

—Yo también lo he pensado. Habrá que vigilar lo que come, ya he dado órdenes en la cocina. —Respiró hondo y habló durante largo rato sobre hierbas que conocía bien, remedios y algunas costumbres que ella encontraba beneficiosas, como calentar su piel a la luz del sol. Ahora que septiembre avanzaba rápido, no tendrían muchas más oportunidades.

—¿Funcionarán? —preguntó Lachalm con pesar.

—Aún es pronto para saberlo.

Continuaron en silencio un rato más.

Lachlam no se atrevió a volver a mirarla de forma directa.

Había pasado tanto tiempo intentando recordar su cara, sus ojos, la expresión de su boca cuando apretaba los labios con disgusto, cuando reía a carcajadas. Conocía su ceño fruncido, la elevación de sus cejas burlonas. Ayla siempre fue un libro abierto para él. Pero ahora… la Ayla que tenía frente a él, era muy diferente. Comedida, fría, reflexiva.

Podía ver su carácter indómito bajo toda esa capa de indiferencia. Su mejor amiga, seguía ahí, escondida bajo todo ese dolor que él mismo había provocado.

Chasqueó la lengua y apoyó los codos sobre la piedra gris cuando se inclinó hacia delante y observó el horizonte nocturno.

—¿Te sientes mal?

Él negó con la cabeza.

Ayla se sintió inquieta, no quería que él pensara…

—Haré todo lo que pueda para salvar a tu esposa.

Lachlam se volvió hacia ella, sorprendido por lo apasionada que había sonado su declaración.

—Lo sé.

—No quiero que pienses ni por un momento que le deseo algún mal.

—Ayla… —abrió la boca, tan conmovido como sorprendido porque ella pudiera pensar que la veía como un ser vil—. He puesto su vida en tus manos, porque sin ningún atisbo de duda,

también pondría mi vida en ellas. Te agradezco profundamente que hayas hecho el esfuerzo, Ayla —dijo, con la voz enronquecida—. Sé que, si Duncan no hubiera insistido, tú…

—No. No sigas. —Lo miró fijamente, con indignación, al tiempo que lo interrumpía. Él, a su vez, se estremeció ante sus ojos de hielo, similares a los de una loba herida en su orgullo, que no está dispuesta a ceder terreno conquistado

—Discúlpame, yo…

Ella lo interrumpió de nuevo.

—Vine porque me lo pediste, porque tu esposa me necesita, no porque mi hermano me obligara a nada. Además —entrecerró los ojos, mostrando una tranquilidad que estaba lejos de sentir—, debes entender que no hay nadie en el mundo que pueda imponerme su voluntad y obligarme a hacer algo que no deseo.

No como tú, le falto decir.

La acusación se sostuvo en el aire. Él sí había claudicado a las amenazas veladas del rey, y Ayla, acababa de dejarle claro que ella se hubiera mantenido firme.

—Ayla…

—Además, de haberme negado, mi conciencia jamás me habría permitido vivir en paz. No es para mí ningún esfuerzo cumplir con mi deber, al contrario, es todo un honor asistir a una mujer tan íntegra y honesta como lo es Ishbel.

Lachlam asintió y no apartó la mirada de la suya.

La respuesta, íntegra y cargada de dignidad, lo había dejado sin saber qué decir.

Por primera vez desde que se habían vuelto a ver, se dio cuenta de lo mucho que Ayla había cambiado. Siempre pensó que era una muchacha impulsiva, nada reflexiva, que actuaba sin pensar en las consecuencias y puede que antes hubiese sido así, pero ahora, si bien era más indomable que antes, se había convertido en una mujer de honor.

¿Seguía despechada o enfadada? No podía saberlo y, de haber sido así, no le habrían faltado razones para ello. Cinco años atrás, sabiendo cuan enamorada estaba de él, no había podido contener sus deseos y la había besado con pasión, para después rechazarla. Pero no había tenido otra opción y, aunque a ella parecía no importarle ya, él necesitaba decirle cuan importante era para él, cuanto significaba que estuviera ahí.

La vio asentir, pero le apenó que apartara la mirada y fuera incapaz de ser tan directa y franca como antes.

—Por favor, Ayla… mírame —tocó el borde de su manga y tiró de ella para captar su atención.

Sus miradas se encontraron y todo a su alrededor pareció desaparecer. Por un momento él no era el laird casado con una mujer que ella había jurado salvar, era solo Lachlam, su mejor amigo, el único hombre que había jurado amar para siempre.

Tragó saliva y se alejó un paso.

—Solo quería que lo supieras.

—Lo sé —se acercó de nuevo a ella, y cuando volvió a hablar su voz era un susurro—. Lo sé.

La mirada de Lachlam vagó por la belleza de su rostro. Una belleza exquisita, que no había hecho más que acentuarse con el paso de los años. Estaba impresionado al ver en lo que se había convertido su pequeña Ayla.

Cerró los ojos y respiró hondo, perturbado al verse tentado a besarla, como sucedió en ese mismo lugar, cinco años atrás. ¿Lo recordaría ella? Quizás, pero de seguro que no lo haría con la intensidad con que él atesoraba ese momento. Besarla esa noche fue lo más hermoso y

cruel que pudo hacerle a ella y a sí mismo. Hermoso porque sabía que sería la última vez, porque entregó su corazón en ese beso, y cruel porque ya había decidido casarse con Ishbel, bajo la amenaza de David.

Había sido un necio, si tan solo hubiera resistido… *Si hubieras resistido ella estaría muerta, y tú, seguramente, también.*

Negó con la cabeza y quitó ese pensamiento de su mente. ¿Qué importaban ahora sus sentimientos? Ella lo odiaba, él estaba casado y era un hombre fiel.

Pero no pudo dejar de pensar en ella.

—Has cambiado mucho.

Ayla buscó sus ojos, como si esperara una explicación tras esas palabras. Pero Lachlam solo se sumergió más en sus pensamientos.

Ya no era la muchacha alocada que había conocido desde su niñez, había cambiado, ahora era toda una mujer. Seguía siendo menuda en comparación con él, pero su actitud altiva y sus movimientos pausados y elegantes lograban que su sola presencia llenase el espacio que ocupaba, y parte de él. Se había convertido en toda una dama, contenida y educada. Le seguía fascinando como entonces, pero algo en su corazón añoraba a la jovencita salvaje que en otro tiempo fue. Sabía que le había roto el corazón y no podía sentirse más culpable, pero el tiempo curaba todas las heridas, y ella parecía estar en paz.

Sin embargo, él…

—Ayla…

—¿Sí? —Ella giró ligeramente la cabeza, pero sin mirarle.

—Gracias.

Esta vez sí exigió que continuara.

—¿Por qué? Solo cumplo con mi deber. Como te dije, no puedo dejar de socorrer a una persona que necesita de mis cuidados.

—¿Aunque sea mi esposa?

Ella apretó los labios, por primera vez desde que llegó lo habría bofeteado con ganas.

—Pareces dispuesto a que odie a Ishbel, pero ella no se merece despertar ningún rencor o malicia, ni de nadie, ni de mí.

—Me casé con ella…

Tensó su espalda y apretó los puños.

—Sí, tú te casaste con ella. La elegiste a ella, ¿podría Ishbel haberse negado? Difícilmente. Como bien sabéis los deseos de una mujer poco importan a los hombres. No te importó a ti mi amor, ni mi deseo de convertirme en tu esposa. Así que… ¿Por qué debería quererle algún mal? Tú elegiste, tú fuiste el único culpable de que nuestros caminos se separaran.

Lachlam la miró fijamente, con los labios entreabiertos, como si su lengua quemara al contener todo cuanto quería decirle, todo cuanto quería gritarle.

La había amado, hubiera dado todo por ella. Menos ponerla en peligro, menos hacer que sus hombres y mujeres de su clan pagaran las consecuencias de enfrentarse al rey.

—Me alegra que esos sean tus pensamientos para con mi esposa.

Ella asintió, como si todos aquellos asuntos del corazón ya no significaran nada para ella.

—Tienes una bonita familia y os merecéis toda la felicidad que Dios os ofrezca.

Lachlam asintió, más que agradecido. Y aunque sabía que Ayla era sincera, no podía dejar de pensar en que su tono de voz había sonado neutro y carente de toda emoción. Si estaba dolida por lo sucedido cinco años atrás, en verdad no lo parecía.

Nada más lejos de la realidad, pues Ayla sentía que su corazón se aceleraba por

momentos, a causa de su cercanía. Estar en aquel lugar, donde se besaron por vez primera, hacía que sus rodillas flojearan, como si estuvieran hechas de mantequilla y se estuvieran derritiendo al sol. Oh, maldita sensación…

Se quedaron en silencio un largo rato hasta que el viento sopló más fuerte y Lachlam no resistió el decir lo que se había callado tanto tiempo.

—Yo, no sólo quería darte las gracias por tu ayuda, Ayla —interrumpió sus pensamientos, haciendo que ella lo miraba de nuevo, para parpadear, confusa.

—No te comprendo.

Él tomó aire y lo guardó en su pecho varios segundos, hasta que lo expulsó con lentitud.

No era adecuado decirle lo siguiente, pero llevaba demasiado tiempo guardándoselo, y sentía que debía soltarlo de una vez por todas.

—Lo siento, Ayla.

El cuerpo de Lachlam empezó a temblar y Ayla parpadeó confusa al verlo en ese estado.

—¿Qué es lo que sientes?

—¡Todo! —gritó a la noche—. Debí buscar una solución, oponerme al rey, quizás suplicar…

—¡Basta! —Ayla retrocedió—. No quiero escuchar esto.

No, no quería, porque si sabía lo mucho que le había costado alejarla de él, ella… lo perdonaría. Y no podía hacerlo. ¡No podía! O todo volvería a empezar otra vez, y esta vez quizás el dolor no la dejara vivir.

—Ayla…

—Para, te lo ruego —escupió, indignada, pues en los ojos masculinos podía leer lo que estaba a punto de decir. Lo dejó hablar con la esperanza de que no fuera así y porque sabía que nada lo detendría.

—Lamento mucho no haber luchado por ti, por nosotros, hace cinco años. Realmente, mi alianza con los Ross era necesaria…

—Basta, Lachlam —lo interrumpió, con un brillo reluciente en sus ojos grises, pero con el rostro hierático.

En contra de lo que Lachlam pensó, esas palabras fueron para Ayla como una gran roca aplastando su pecho. Pero como siempre, a bien estuvo de no demostrar emoción alguna.

—Pero déjame dec…

—No —zanjó—. No deseo hablar más de este asunto.

No deseaba sufrir más.

Lachlam se acercó otro paso, la tomó por los brazos y la obligó a mirarle a la cara, quizás para que viera su sufrimiento, o para que viera que no había mentira en sus palabras.

—Te amaba… te amaba como no creo que nadie haya amado jamás.

—¡Lachlam!

—No te lo dije cuando debía, porque eras una chiquilla alocada que no necesitaba más alas para volar. —Eso era cierto, manifestar a los cuatro vientos que iba a casarse con él desde que cumplió doce años, era una muestra más que suficiente—. Lo siento. Perdóname, jamás quise herirte.

Si la visión de Ayla se enturbió fue por las lágrimas que caían por sus mejillas.

—Oh, Lachlam —se tragó un sollozo.

En ese momento, ambos sintieron lo mismo, pero ninguno supo de la necesidad del otro.

El acuciante deseo de lanzarse el uno sobre el otro y continuar con lo que habían dejado interrumpido cinco años atrás, se volvía casi insoportable.

Se quedaron quietos, sus pies parecieron echar raíces sobre las rocas del castillo y sólo el viento del norte los agitó, de la misma forma que sus corazones se sacudían en sus pechos, intentando escapar de aquellas cárceles de deseo de la cual ninguno de los dos podía escapar.

Fue Ayla quien creyó ser la primera en sentir un golpe de culpabilidad, por desear a un hombre que pertenecía a otra mujer.

—Debo retirarme —dijo apenas sin poder respirar.

Pensó en Ishbel, una dama dulce y honrada, que yacía en su lecho. Una enferma de la cual ella era responsable.

Oh, Santo Dios. ¿Cómo podía ser tan egoísta?

¡No, ni hablar! ¡No volvería a desear esos labios, ese cuerpo, ni el calor que sabía Ayla, era capaz de darle Lachlam!

—Ayla, di que me perdonas.

—Yo… —negó con la cabeza—, lo siento, no sé si puedo.

Ella se dio la vuelta, pero él la agarró por el codo, acercándola a su pecho. Los alientos de ambos se entremezclaron.

Ella lo miró, aterrada por dentro. Si él se acercara un poco más, si intentara besarla de nuevo… No tendría ninguna posibilidad. Sabía que no podría reunir la suficiente fuerza de voluntad como para evitarlo y… Entonces, se convertiría en una mala persona. Ya lo era, por desear y amar al esposo de una buena mujer que confiaba en ella.

Miró su mano, y luego lo miró a él. Y bastó esa sola mirada para que él la soltara.

—Gracias —volvió a decir Lachlam, de pronto arrepentido por el deseo que sentía por ella, tan inadecuado.

Ayla sintió como la piel ardía en el lugar donde Lachlam la había tocado. Se frotó imperceptiblemente, como si con ese gesto pudiera borrar el recuerdo de su cálido tacto, y luego asintió, digna.

—Hasta mañana

Dicho esto, dio media vuelta y se encaminó hacia su alcoba, con el corazón y el alma hechos añicos, pero la cabeza en alto, como un águila real que sabe que ni siquiera el cielo tiene fronteras para cortar su limpio, decidido y elegante vuelo.

***

En esa fresca noche, Ayla y Lachlam no eran los únicos que estaban despiertos. La figura encapuchada, los vio apartarse del parapeto, mientras permanecía escondida cerca de las rocas de la playa.

Se arrebujó aún más la capa para protegerse del frío viento y empezó a caminar cerca de la pared de roca, para que nadie pudiera verla desde la fortaleza.

La carta que había recibido ese día, le quemaba en su bolsillo y no tuvo que volver a leerla para recordar cada una de las escuetas palabras.

Llego pronto, espero hayas empezado con nuestro plan.

Asintió imperceptiblemente, como si contestara a aquel hombre que la acompañaba en sus planes. Unos planes que no contaban con la intromisión de esa hechicera.

Ayla McLeod era un peligro.

Si su don de sanar a la gente era tan efectivo como para curar a Ishbel McDonald, desbarataría sus planes. Pero ahora, si la actual señora moría… corría el peligro de ser substituida por la propia Ayla, y eso no podían permitirlo.

Ayla McLeod debía morir.

Puede que incluso antes que la propia Ishbel.

CAPÍTULO 16

Durante las semanas siguientes Ayla pensó que alguien le había echado mal de ojo. Primero fue el desagradable accidente al salir de la habitación de Ishbel, una semana atrás. Alguien había dejado una bandeja en el rellano y cayó varios escalones abajo, antes de poder parar y cerciorarse de que no se había roto nada. Después, el desagradable incidente con un jabalí en el único gran bosque de la isla, donde los McDonald sacaban la madera para sus embarcaciones. Ayla no había visto al animal, pero de la nada, como si ella le hubiera atacado primero, salió en su persecución. Por suerte Lobo no estuvo para interponerse o de lo contrario, hubiera salido muy mal parado. Desde entonces, Ayla estaba en constante vigilancia.

No quería creer que alguno de los McDonald quería su muerte, pero quizás alguno sí que deseaba que se marchara pronto y no volviera.

Por si todo eso no fuera suficiente para hacer que su ánimo fuera mucho más sombrío de lo habitual, Ishbel no mejoraba. No lo hacía en absoluto.

Ayla no sabía qué estaba haciendo mal, pues la esposa de Lachlam empeoraba a pasos agigantados. Empezó a sentarle mal la comida, lo que la dejó casi sin fuerzas para poder moverse de la cama. Adiós a las salidas que tímidamente habían estado haciendo para tomar algo de aire fresco. Para colmo de males, algunos dedos habían empezado a señalarla.

—¡Os supliqué que no la dejarais salir! —le había gritado Dainire a Lachlam, al ver que su hermana recaía.

El corazón de Ayla se había encogido, culpable, pero a la vez con la certeza de que el aire fresco y la luz del sol no habían tenido nada que ver en su estado.

Debía hacer algo, se le había ocurrido preparar una tisana con hierbas especiales. En la cocina había un gran surtido de hierbas, pero la muchacha del bosque que había mencionado Lachlam, no había aparecido en el mercado durante esas semanas. Al no poder comprárselas a ella, quizás podría ir directamente a buscarlas.

Fue a buscar a Lobo a la cocina para marcharse esa mañana temprano y se encontró a Maery preparándolo todo para que los soldados tuvieran su primera comida del día.

—Maery, me ausentaré medio día —dijo Ayla, caminando hacia ella—. Deseo ir a recoger algunas hierbas medicinales…

La mujer la observó, dejando de dirigir al servicio, tan solo un instante. Sus ojos adquirieron un tenue velo de tristeza.

—Ve donde tengas que ir.

Ayla asintió.

Era desalentador ver que no daban con el remedio adecuado. Si finalmente se desataba la tragedia, todos sufrirían.

—¿Puedo ir yo? —las dos mujeres se sorprendieron cuando el pequeño Struan salió de debajo de la mesa.

Ayla puso los ojos en blanco, ese ratón pelirrojo estaba en todas partes. Lobo lo golpeó con el hocico y el niño empezó a reírse.

—No puedes, está muy lejos.

—Podemos tomar una barca, recorreremos mayor distancia que con el caballo que te empeñas en montar.

—No me empeño, es que las aguas son poco profundas.

—Hoy no, esta semana ha llovido mucho.

Ayla puso los ojos en blanco de nuevo y Maery se echó a reír.

—Llévatela, Struan —Ayla miró a Maery sorprendida—, y enséñale como nos desplazamos por nuestra isla.

Miró a la mujer, ofendida.

—¿Qué insinúas?

—Que quizás se te haya olvidado como hacemos las cosas aquí.

—No, no se me ha olvidado.

—Bien —se mofó Maery—, demuéstraselo al niño.

Ayla miró al chiquillo con fijeza.

—Está bien, te lo demostraré.

La alegría fue tal que empezó a gritar y a dar saltos, eso hizo reír a Maery y por fin Ayla se dio cuenta que había escuchado pocas risas en el castillo últimamente, y que estas eran necesarias, sobre todo para el niño que veía como su madre se iba apagando.

—Bien, veamos si eres tan valiente como para acompañarme —le retó—, luego miró a la abuela de Lachlam, con semblante más serio—. Desearía visitar el bosque que se encuentra al sur de la isla. Hace unas semanas decidí hacerlo, pero aún no he tenido la oportunidad.

—¿Por qué querrías ir allí? —preguntó Maery, con algo de temor.

—Necesito comprobar qué hierbas crecen. Podrían serme útiles.

—Pero seguro que puedes encontrarlas en otro lugar.

Ayla negó con la cabeza.

Era por todos sabidos que en ese bosque pasaban cosas… Ayla por supuesto creía que solo eran supersticiones de viejas, pero en esos últimos cinco años, los habitantes de la isla habían aumentado su temor hacia aquel lugar.

—¿Vas a ir al bosque de las ánimas? —preguntó el pequeño Struan, sacándole a Ayla una sonrisa.

—¿Así es como lo llaman? ¿Porque hay fantasmas? —dijo divertida.

—Hay un gran tejo negro que tiene la altura de unos cuarenta codos —aclaró Maery—. Estremece.

—Entiendo…

El tejo era considerado un árbol sagrado. En algunos lugares lo llamaban el árbol de la muerte porque su follaje era venenoso. Aunque también tenía propiedades curativas si se tenía el conocimiento adecuado. Le sería útil. Su madera era también muy apreciada para la fabricación de arcos y flechas.

—¿Aún quieres ir conmigo? —le preguntó al pequeño Struan.

—Por supuesto —respiró hondo e hinchó el pecho—. No hay nadie más valiente que yo.

—Temerario —aclaró Maery entre dientes.

—¿Pero no te da miedo el gran tejo negro? —le preguntó.

—¡Yo no le temo a nada! Además, una dama como tú necesitará a un caballero que la proteja, y yo tengo una espada.

—¿De veras? —dijo Maery entre risas.

—Sí. Padre me ha regalado una. Es de madera. ¡Mira! —sacó su espada del cinto y se la mostró a su bisabuela, que lo miró orgullosa. Sin duda iba a convertirse en gran guerrero—. También podría recoger unas ramas para fabricarme un arco.

Ayla soltó una carcajada.

—Entonces, mejor no retrasarnos más, ¿no te parece? Pero primero deberás pedir

permiso a tu padre, y después al tejo.

—Dirá que sí, si es contigo me dejará ir.

Ayla parpadeó sorprendida por sus palabras, pero al ver que la abuela asentía, no añadió nada más.

—Entonces partamos antes de que se haga tarde.

No tardaron en abandonar la fortaleza, pero no sin que Maery les preparara algunos bollos para el camino.

Ayla fue consciente de que dos soldados los seguían con la mirada. No sabía si Maery había avisado a Lachlam de su partida, pero sin duda tendrían compañía durante el viaje. Caminaron entre los pastos y al descender hacia el rio, se encontraron con un pequeño muelle de madera. Entre el brezo que ya había empezado a perder sus flores, había dos barcas.

—Sube Lobo —le ordenó Struan.

Ayla contuvo la risa cuando Lobo la miró a ella y ladeó el cabeza confundido. Algo menos confundido que el niño.

—¿Qué le pasa?, ¿no le gusta el agua?

—Oh, todo lo contrario —dijo Ayla, no te extrañe que quiera darse un chapuzón.

Cuando el niño se montó en la pequeña barca, Ayla la empujó por la corriente. En toda la isla los riachuelos eran poco profundos, pero lo suficiente como para que fuera más cómodo trasladarse en barcazas que en caballos. Miró alrededor cuando los tres emprendieron el viaje.

Struan dejó de remar cuando los arrastró la corriente. Y se acurrucó junto a Lobo que, de alguna manera, había adquirido un rol protector con el joven McDonald.

—Nos siguen, ¿sabes? —dijo Struan como si nada, mientras disfrutaba del sol en la cara.

—Ya lo veo —sabía que los dos soldados estaban haciendo el recorrido a pie, tan solo tardarían hora y media en llegar al bosque, ellos poco menos de una hora. Pero el paisaje estaba tan despejado que era imposible que esos dos los perdieran de vista.

—Es por ti.

Las palabras sorprendieron a Ayla.

—¿Por mí? —casi se mofó, pero Struan se apresuró a explicarse.

—Tienes muchos accidentes.

—¡Oh! —Ayla parpadeó sin saber qué decir.

—Padre, no quiere que sufras otro.

—¿Qué? —se dio la vuelta y vio a las dos figuras lejanas. Una tuvo la osadía de levantar una mano—. ¿Me escoltan a mí? Imposible, tú eres su hijo. Eres un niño casi desvalido, te escoltan a ti.

—¡Mujer! ¿Eres dura de entendederas? —Ayla boqueó ofendida y estuvo a punto de darle un coscorrón—. Madre le obligó a ponerte escolta, cree que caerte del caballo y por las escaleras, es señal de que tienes algo que no está bien en ti.

—¿Tú madre cree que no estoy bien?

El niño hizo un ademán con el brazo, como si ella fuera tonta y no entendiera las cosas.

—Cree que te han echado mal de ojo y debemos cuidarte de posibles accidentes.

—Ya veo.

—Yo simplemente, creo que eres torpe.

Ayla chasqueó la lengua.

Vaya con el renacuajo, tenía una lengua más afilada que la suya a su edad. Miró a Lobo

boquiabierta y hubiera jurado que estaba sonriendo.

—No es gracioso —le dijo a Lobo. Y como para no ofenderla, el animal le puso una pata sobre el brazo y gimió para que la perdonara.

Struan resultó ser un niño mucho más despierto de lo que ella había esperado. Y además era divertido. Le contó mil historias sobre su madre, de como le encantaba cocinar panecillos con miel. Y también le habló de Lachlam, de como le había enseñado a nadar, de que juntos recorrieron toda la isla y durmieron bajo las estrellas.

—Me dijo que todo esto sería mío algún día. Y que debo tener sueños. Un hombre no debe vivir de sueños, pero debe tenerlos para no perder la esperanza.

—Palabras demasiado profundas para un niño de cinco años.

—Casi seis —se quejó él.

Pronto llegaron al bosque. Era hermoso ver como el paisaje cambiaba de manera tan abrupta.

—Dejemos la barca aquí —dijo Struan—, luego solo tenemos que arrasarla hasta allí —señaló a lo lejos—, y volveremos por otra pendiente.

Ayla asintió, sin decirle que había recorrido mil veces esas aguas con su padre.

Ataron la barca y pusieron los pies en la hierba. Tardaron menos de veinte minutos en llegar a pie, a pesar de que Ayla se detenía cada cierto tiempo para recolectar hierbas medicinales o porque simplemente le parecían interesantes. Luego las catalogaría y secaría.

Los árboles, principalmente abedules, serbales y álamos, eran tan altos que apenas dejaban pasar la luz. El sendero estaba en algunos tramos cubierto con helechos que dificultaban el avance, pero en la cara norte de los troncos de los abedules crecía el musgo. Ayla se detuvo para recoger un poco, mientras Struan intentaba no perder de vista a Lobo. El noble animal los seguía a cierta distancia cuando el niño desenvainó la espada de madera y se puso a dar golpes, como si las ramas fueran sus enemigos. Cuando Struan dejó de jugar, Lobo avanzó a su lado. El pequeño estaba fascinado con su precioso pelaje, que ya había tenido la oportunidad de acariciar. Era suave y blanco, como la luna, y sus ojos del color del ámbar escudriñaban todo cuanto había a su alrededor.

—¿Por qué te sigue a todas partes? —preguntó.

—Porque confía en mí, y me aprecia.

—¿Te considera su amiga?

—Sí.

—Yo pensaba que era porque sabes de magia, y por eso puedes hablar con todos los animales.

Ayla le revolvió el pelo al chiquillo cuando este se paró a su lado, después de poner el musgo en su zurrón.

—La única magia que utilizo es la de la de mis ojos, mis oídos y mi nariz —dijo, apretándosela hasta formar una mueca graciosa en su rostro, que le arrancó una risa a Struan—. Los animales no hablan la misma lengua que nosotros, pero eso no quiere decir que no podamos comunicarnos con ellos.

—¡Lo sabía! —gritó entusiasmado—. Sabía que lo hacías. ¿Yo también podría?

—Claro. Sólo tienes que observar atentamente y así sabrás qué es lo que quieren decirte.

—¿Y qué quiere Lobo de ti?

—¿Tú qué crees? —preguntó, mientras se agachaba para observar unas flores de dedalera. Eran realmente hermosas, de color fucsia y muy llamativas, crecían agrupadas en vástagos y sus bocas apuntaban siempre hacia el suelo, como si fueran hermosas campanillas.

Pero tanta belleza y elegancia escondía un gran peligro, eran alucinógenas y creaban urticaria, pero en pequeñas dosis, si se administraban diariamente en una tisana, por ejemplo, podrían llegar a matar. Acercó la nariz y notó su aroma dulzón, también engañoso, pues era hasta apetitoso.

—Yo creo que te quiere, porque eres su única familia —oyó decir al niño, interrumpiendo sus pensamientos.

—Así es —respondió Ayla, poniéndose en pie, sin llegar a tocar las flores—. Lo encontré de cachorro en un bosque de las Highlands, cuando viajaba con mi madre. Unos hombres mataron a toda su manada y él se quedó solo. Lo cuidé y desde entonces me sigue a todas partes.

—¿Y viene cuando lo llamas?

Ayla se encogió de hombros.

—A veces sí y a veces no.

—¿Y no te molesta eso?

—No, al contrario. Él es libre y me sigue porque quiere. No le obligo y jamás lo haré.

El pequeño se quedó pensativo, hasta que formuló la siguiente pregunta:

—¿Crees que todos deberíamos ser libres, como Lobo?

Parpadeó, observando a Struan, que era un niño muy despierto para su edad.

—Así es.

El pequeño la miró esta vez con el ceño fruncido.

—A mí, padre no me deja ir donde quiero.

—Porque eres pequeño.

—Pero debería dejarme ¿no?

—No.

—Entonces no quieres que sea libre, como Lobo.

Ayla se planteó retirar lo de ser un chico espabilado.

—Eres muy rara —insistió el niño— ¿Te lo han dicho alguna vez?

—Sí, muchas. Y pensar así me ha causado muchos problemas, pero como Lobo, pretendo seguir siendo libre y crear mi propio destino. No sabría vivir de otra manera.

—Estoy de acuerdo contigo —aseveró Struan—. Todos deberíamos poder elegir a quien seguir. Cuando sea laird, espero que todos me sigan porque así lo deseen, y no porque se sientan obligados. Quiero ser un laird tan honorable como mi padre.

La mención de Lachlam hizo que Ayla sintiera un aguijonazo en el pecho, pero se negó a tirar de ese sentimiento.

—Serás un gran laird, Struan McDonald.

Al escuchar esas palabras, el rostro del niño se iluminó, su pequeño pecho se infló de orgullo. Luego echó a correr feliz por el sendero y Lobo lo siguió.

Cuando finalmente llegaron al gran tejo negro, quedó tan impresionada que casi se olvidó de respirar.

—Es… maravilloso.

Y en verdad lo era.

Ayla jamás había visto un tejo como ese.

Era un anciano digno de reverencia. ¿Cuántas almas habrían resguardado sus ramas o cuantas tormentas habrían soportado sus hojas? ¿A cuántas personas habría sanado y a cuantas habría matado su salvia?

Su tronco, con nudos y estrías verticales, podría ser abrazado por más de siete hombres. La copa se extendía alrededor, como si quisiera abarcar el suelo, solitaria. Bajo él no crecía nada,

pero sus ramas estaban cargadas de frutos rojos y maduros.

Cerró los ojos unos instantes y recitó una oración en danés, tal y como le había enseñado Ingrid. Luego cogió un pequeño fruto y lo degustó, después escupió el pipo.

—¿Puedo tomar uno? —preguntó Struan.

Ayla le ofreció dos.

—Ten cuidado de no tragarte las semillas.

—¿Por qué?

—Porque son venenosas.

Struan abrió los ojos, sorprendido.

—¿Sabes mucho de estas cosas?

Ella soltó una carcajada.

—Algo.

El niño asintió y, cuidadoso, escupió los pipos tras descarnarlos con los dientes.

—¿Y si le llevamos a mamá algunos frutos?

—Le haré una infusión con ellos y también con un poco de corteza. De seguro, mejorará.

Mientras arañaba un poco el tronco con su puñal, no quiso explicarle a Struan que su corteza, hojas y semillas, si se tomaban en grandes dosis, podrían llegar a paralizar el corazón, sin embargo, con la medida adecuada era un buen remedio para los males de pecho.

De repente, Lobo se adelantó. Se colocó junto a Struan, como si quisiera protegerlo, y miró hacia la oscuridad del bosque tras quedarse quieto, sin mover un solo pelo.

—¿Qué le pasa? —preguntó el niño.

Ayla frunció el ceño y miró en la misma dirección que lo hacía su amigo.

Fue entonces cuando escuchó una risa masculina y Lobo empezó a gruñir.

—Struan ponte detrás de mí.

Como si los estuvieran esperando, salieron tres hombres vestidos con ropajes negros y parduzcos. No vestían kilt, pero su acento era claramente del norte. Llevaban espadas y sobrevestes demasiado pulcros como para ser bandidos.

—Bruja. Te estábamos esperando.

CAPÍTULO 17

—No temas —dijo el niño—, yo te defenderé.

—Struan —Ayla miró a los tres hombres con fijeza, y solo desvió un momento la mirada, esperando encontrar a los hombres de Lachlam cerca. Pero no fue así.

—¿Quiénes sois?

Dos de ellos solo sonrieron, pero el tercero le respondió con malicia.

—Tus verdugos —las risas crecieron mientras se escuchó el ruido metálico al desenvainar sus espadas.

Ayla se llevó una mano a la espalda, donde prendido al cinto tenía su daga favorita.

Struan sostuvo en alto su espada de madera y, a pesar de que la imagen podría resultar algo cómica, Ayla sintió orgullo por la valentía, o temeridad del niño.

—Struan, quédate junto a Lobo —Ayla miró a su amigo, que gruñó amenazante.

—Vamos a cargarnos primero al chucho o nos dará problemas —dijo uno de ellos.

Fue estúpido pensar que se lo pondría fácil. Antes de que pudiera tomar su arco y acabar con Lobo con una flecha certera, Ayla dio una zancada hacia el frente y gruñó, enseñando los dientes como haría su amigo.

—¡Será lo último que hagas! —siseó.

Quizás no se esperaban que una mujer pudiera ser tan rápida, valiente, o tan diestra en el combate, como para abalanzarse cobre un hombre armado y rajarle el cuello antes siquiera de que sus compañeros pudieran intervenir.

—¡Por todos los dioses!

El hombre cayó al suelo de rodillas, soltó el arco que no había llegado a tensar y se llevó la mano al cuello, solo para entender que la herida era mortal y que no había nada que pudiera hacer. Un segundo después, su cuerpo se desplomó por completo y Ayla se agachó a su lado, solo para dirigir su atención los hombres que quedaban.

Observó a su alrededor con rapidez. Ya sólo eran dos, el más corpulento estaba más adelantado que el otro. Llevaba una espada, pero aún el escudo atado a la espalda. El más joven parecía asustado por lo que acababa de ver.

—¡Bruja! —bramó el corpulento.

Fue estúpido por parte de ese miserable el abalanzarse sobre Ayla después de haber visto la habilidad con que había dado muerte a su compañero. Ella, aún de cuclillas, solo tuvo que impulsarse con las piernas y colocar el cuchillo ensangrentado de tal manera que se clavara en el costado del hombre, bajo las costillas y hacia arriba. El corazón dejaría de latir en segundos y Ayla disfrutó de la mirada de terror del rufián.

—¡Deberíais saber con quien os metéis cuando se os ordena matar a alguien!

No hubo respuesta por parte del bandido, que también cayó sin decir una palabra.

Quedaba un tercero… El último. De pronto, notó algo. Había alguien más. Allí, oculto, alguien los estaba observando. Y puede que llevara haciéndolo desde hacía un buen rato.

Ayla tenía la atención puesta en aquel último asesino que empezó a dar pequeños pasos, alejándose de ella. Había visto cómo sus compañeros habían caído sin a penas oponer resistencia, y parecía estar completamente seguro de que esa mujer era una bruja poderosa.

—Dime quien os envía y te dejaré vivir.

Lobo había dejado de gruñir y Struan estaba tan conmocionado que solo podía mirar

como Ayla y su oponente daban vueltas, retándose.

—¡No te diré nada! —graznó, el miserable.

—Entonces morirás —respondió ella, con una expresión de indiferencia.

El hombre retrocedió otro paso, ya no avanzó en círculos, sino que intentó alejarse un poco más de ella. Sabía lo que pasaría si esa bruja decidía lanzarse contra él. Era demasiado buena en el uso del puñal. Como si Lobo le hubiera leído las intenciones de su amiga, soltó una dentellada en su dirección, haciendo que diera un respingo y volviera a acercarse a Ayla.

—Dime quien te envía y te dejaré vivir.

El hombre no la escuchó, miró al lobo y al niño. Si lograba hacerse con el hijo de Lachlam McDonald podría negociar y huir con vida. Sacó el cuchillo de su cinto y soltó la espada al tiempo alargaba una mano para agarrar al niño.

—¡No! —rugió Ayla.

Lobo dio una dentellada certera, hundiendo los colmillos en su brazo. Pero eso solo aumentó la ira del hombre que lo golpeó en la cabeza con el mango de la daga. Ayla se abalanzó sobre él, al ver que, como el lobo no soltaba a su presa, este iba a clavarle la punta afilada de la daga en la cabeza.

Entró en pánico, pero solo hasta que escuchó el característico sonido sibilante.

La punta de la flecha cortó el aire antes de incrustarse en la sien del bandido. La imagen grotesca de él con la punta de acero saliendo de la cuenca del ojo, no conmocionó tanto a Ayla como el saber que su Lobo había estado a punto de morir porque ella no había sido lo suficientemente rápida.

—Lobo.

Este soltó el brazo y se retiró hasta colocarse de nuevo junto al niño y Ayla.

—Está muerto —dijo Struan, al ver lo evidente.

Ayla lo abrazó, aupándolo y cubriéndolo con su cuerpo, esperando que una segunda flecha no apareciera de la nada y los atravesara.

Eso no ocurrió, pero fue consciente de que había alguien más. Miró en la dirección por la que había llegado la flecha y la vio: Una figura, ataviada con una larga capa oscura y con capucha, salió de detrás del tejo. Desde allí había disparado y no parecía muy contenta de ver a nadie.

—¡Os sugiero que os marchéis!

Ayla miró la recién llegada. No podía ver bien su rostro, pero era una mujer, con un cabello tan dorado como el suyo. Sus hermosas hebras se escapaban de la capucha y colgaban hasta su cintura.

—Fuera de aquí —repitió, esta vez con un tono mucho más calmo, pero al mismo tiempo revelando la crueldad con la que era capaz de actuar si se la provocaba.

Ayla alzó el mentón, sin estar dispuesta a amedrentarse ante esa mujer y protegiendo con su cuerpo a Struan.

—Das muchas órdenes para no ser estas tus tierras.

—Tampoco son las tuyas, ni lo serán —respondió la encapuchada, aturdiendo a Ayla.

La velada insinuación quedó flotando en el aire. No, no serían sus tierras, ella jamás sería la señora de los McDonald.

—¿Quién eres? —preguntó, intrigada, ladeando la cabeza como un águila que acaba de ser sorprendida.

La mujer ocultaba su rostro bajo la negra capucha, no pudo ver sus ojos, como tampoco vio como se escabullía tras el anciano tejo, tan de improviso como había aparecido.

—¡Mi señora! —De repente se escucharon los gritos de los soldados de Lachlam. Pronto aparecieron por el sendero, captando su atención y la del niño.

Cuando Ayla se dio la vuelta de nuevo hacia el árbol, la mujer había desaparecido.

—Por todo lo que es sagrado —gimió uno de los soldados que detuvo la carrera justo frente a Ayla— ¿Qué ha ocurrido?

El niño les sonrió.

—Ayla es una experta con el cuchillo, y el fantasma del tejo ha matado con una flecha a ese asesino cuando a intentado secuestrarme.

Todos miraron a Struan. Los hombres al ver que Ayla había terminado con la vida de esos desgraciados, y esta al ver que el niño había confundido a su salvadora con un fantasma.

—Enterremos a estos desgraciados y vayámonos cuanto antes.

Nadie osó contradecir a Ayla.

***

Cuando llegaron a la fortaleza el sol ya se había puesto y Maery llevaba ya un buen rato esperándolos en el patio interior, caminando de un lado a otro . Nada más verlos atravesar el gran portón que descansaba sobre el puente levadizo, corrió a recibirlos con la preocupación impresa en su bondadoso rostro.

—¡Santo cielo, ya empezaba pensar en que Ethan fuera a buscaros! —exclamó, besando al pequeño Struan en la coronilla después de que él se bajara del caballo que habían traído los soldados de Lachlam.

Los habían acompañado de regreso, no se atrevieron a alejarse de ellos ni un instante. Sentían una acusada inquietud al saber que deberían contarle lo sucedido a su laird y no sería agradable.

—Estamos bien, Maery —pero por como lo dijo Ayla, la mujer se preocupó.

—¿De veras? —no pareció creerlo—. ¿Qué ha sucedido, querida? —los miró de arriba abajo por si estaban heridos.

—Sólo nos hemos demorado más de lo esperado recogiendo los frutos del tejo —se excusó Ayla, evitando decir mucho más—. Dejaré un cestillo en las cocinas, tenemos de sobra.

El niño miró a Maery y sonrió de oreja a oreja.

—Abuela, he acariciado al lobo de Ayla. —Aunque eso ciertamente no era lo más emocionante que les había pasado.

—¿Y no te ha mordido?

—No, es muy juguetón.

—¿Juguetón? —graznó, ante la sonrisa de Ayla— ¡A cenar! —ordenó, poniendo los brazos en jarra—. Estaréis hambrientos.

—Gracias Maery, pero yo no tengo apetito —respondió la joven—. Quiero preparar una infusión para Ishbel. Aunque seguro que Struan tendrá hambre, ¿no es así?

Pero el pequeño estaba demasiado entusiasmado como para pensar en comida.

Los dos soldados tomaron sus monturas y cabizbajos entraron en el establo. Maery no perdió detalle de sus semblantes al mirar a Ayla, quien parecía haberlos aleccionado en algo. ¿Qué estaba pasando?

Miró a su bisnieto y estuvo muy segura de que no tardaría en contarlo todo.

—¿Struan?

—¿Sí, abuela?

—¿Te lo has pasado bien?

—¡Sí! —gritó el niño, alzando los brazos con entusiasmo—. Casi nos ensartan con una flecha, y han intentado apuñalar a Ayla, pero es tan rápida…

—¡Por la Virgen y San José!

—¡Oh! Cuando sea mayor quiero poder hacer eso que has hecho…

—Struan —Ayla lo miró con fijeza, mientras caminaban hacia el interior del castillo—, ¿cómo habíamos quedado?

El niño agachó la mirada.

—Que tú se lo contarías a papá.

Maery miró a Ayla, preocupada.

—¿Qué ha pasado?

—Nos atacaron.

—¡Dios del Cielo? ¿Quién? —preguntó, desconcertada—. No hay bandidos en esta isla.

Y no los había, estaba convencida de que Lachlam gobernaba sus dominios, muy consciente de quien entraba y salía de ella. Pero no eran bandidos o renegados de su clan. Eran asesinos. Habían ido a por ella y lo que era peor, ahora sabía que los accidentes no eran tales. ¿Quién querría verla muerta? Sin duda alguien que tenía acceso al castillo. ¿La mujer vikinga, quizás? Aunque no se había presentado a los días de mercado ese último mes, Ayla intuía que esa mujer tenía el don de ir por donde quisiera sin ser vista. ¿Sería la misma mujer que había evitado el secuestro de Struan, atravesando al asesino con su flecha? Aunque lo hubiese salvado, no podía fiarse. Había evitado que le hicieran daño al niño, pero puede que su intención sí fuera matarla a ella y sus planes se hubieran visto truncados a la llegada de los hombres de Lachlam.

—No te preocupes, Maery —dijo, ya en el interior de la fortaleza—. Solo me querían a mí. Al parecer, alguien quiere verme muerta.

En ese instante se escuchó un rugido. Y fue consciente de que Lachlam McDonald había escuchado esas últimas palabras.

CAPÍTULO 18

Mientras Maery se ocupaba del pequeño Struan, para que no viera lo enfadado que estaba su padre, Ayla se encaminó hacia las cocinas, ignorando los gritos que la perseguían.

—¡No ha sido para tanto!

—¡Han intentado matarte!

A esas horas, la cocina no tenía la actividad de la mañana, pero las tres doncellas que estaban ahí, junto a los niños que alimentaron el fuego, tuvieron a bien desaparecer al ver la ira del laird.

—¿Qué ha ocurrido exactamente?

Ayla abrió la boca para contestar, pero enseguida Lachlam levantó la mano haciéndola callar.

—Quiero detalles, muchos detalles, así que un simple: nos han atacado, no me sirve de nada —esas ultimas palabras las dijo tan furioso que Ayla estaba convencida que desde el salón habían escuchado el rugido.

—Tres hombres nos atacaron —aclaró—. Claramente venían a por mí.

—¿Te lo dijeron?

—¿Que querían verme muerta? —se encogió de hombros—. Creo haber escuchado un, "he venido a matarte, bruja".

Lachlam cerró los ojos y se llevó una mano a la frente, como si un dolor sobrehumano estuviera naciendo en el punto exacto donde se tocaba la sien.

—Continúa.

—No eran de aquí. Su acento no era escocés, quizás del norte.

Lachlam gruñó. No le gustaba lo que le estaba diciendo, porque su enemigo era invisible si no podía identificarlo.

—¿Qué más puedes contarme?

Ayla se cruzó de brazos. No le gustaba ese tono autoritario, pero si lo pensaba era de esperar. No solo había estado en peligro ella, sino su propio hijo. Ese pensamiento deshinchó un poco su mal humor.

Respiró hondo y le contó con detalle todo lo que recordada. Se dio cuenta de que el hombre que tenía frente a ella, ya no era el mismo de hacía cinco años. Sus responsabilidades eran mucho mayores, se preocupada de todo lo referente al clan y de cada uno de sus miembros, por algo era el laird. Y que, en sus propias tierras, tres desconocidos hubieran querido atacar a la persona que intentaba salvar la vida de su esposa…

Ayla se acercó un paso hacia él y se apoyó en la gran mesa de trabajo de la cocina.

—¿Qué? —preguntó Lachlam conociendo muy bien las expresiones de Ayla, y esa era de preocupación. De haber descubierto algo que no esperaba.

—Yo, creo que sé el motivo por el que han intentado matarme.

—¿Lo sabes? —El laird se acercó a ella, hasta apoyarse también en la mesa. Descansaron uno al lado del otro, y no la atosigó mientras esperaba su respuesta.

—Sí.

Con el trasero apoyado contra la mesa, agarró la madera con fuerza. Parpadeó al ver lo cerca que estaba su mano de la de Ayla, pero no la tocó. Respiró hondo y finalmente la escuchó hablar.

—Alguien piensa que quiero matar a tu esposa.

—¿Qué?

Ella asintió.

—No se me ocurre otro motivo, y… —dudó al continuar, pero decidió no ocultarle nada —. El fantasma del bosque dijo que no sería la dueña de esas tierras, en alusión a que quería librarme de ella para ocupar… su lugar —tragó saliva y fue incapaz de mirar a la cara a Lachlam.

De pronto sintió el roce de su dedo en los nudillos y su mirada se clavó en ese lugar. El meñique de Lachlam la acarició, captando su atención y haciendo que finalmente lo mirara a los ojos.

—Sé que jamás harías nada que pusiera en peligro a Ishbel.

—No lo haría, pero tú no puedes saberlo —dijo con firmeza.

—Sí, puedo.

—¿Cómo?

—¿Cómo lo sé? —la sonrisa de Lachlam apareció tan de improviso que le dolió el corazón—. Porque te conozco.

Eso la conmovió y al mismo tiempo la enfureció por afectarle tanto esas palabras amables.

—Ya no soy la Ayla de antes.

—¿La valiente, salvaje y cabezota Ayla? —se mofó—. Yo creo que sí.

Ella chasqueó la lengua.

Ahora su mano se posó sobre su hombro. La palma calentó su piel a través de la tela y contuvo la respiración por un instante casi imperceptible.

—Voy a reunir a mis hombres, vamos a estar atentos a cualquier embarcación que llegue desde cualquier punto de la isla. Y dentro de la fortaleza… tendrás una sombra que te cuidará día y noche.

—Si es uno de tus soldados, déjame decirte que lo tiraré a un pozo.

—Lobo.

—Oh, ese sí puede seguirme donde quiera —se relajó ella.

Lachlam mantuvo la sonrisa, pero Ayla lo conocía tan bien como él a ella. Era falsa.

Estaba preocupado y más que lo estaría.

—Siento haber puesto a tu hijo en peligro.

—No es culpa tuya.

—Y los soldados…

—Tendrán su castigo.

Ella suspiró.

—Nos vigilaron desde lejos, tal y como tu ordenaste.

—¿Me lo reprochas?

—Por supuesto.

La risa de Lachlam sí fue genuina.

—Sabía que les golpearías la cabeza hasta dejarlos inconscientes si te decían directamente que iban a seguirte por órdenes mías.

—Lo hubiera hecho. Y luego te hubiera dicho que te metieras en tus asuntos. —Ella se olvidó por un instante de que estaba enfadada con él, por abandonarla, por robarle una vida juntos, hasta que Lachlam respondió:

—Tú siempre serás asunto mío.

No debió alzar la mano, ni acariciar su frente para apartar un mechón de oro.

Ambos se quedaron muy quietos, mirándose como hacía años que no se miraban. Sus corazones empezaron a danzar, tan aceleradamente que les fue imposible mantener la respiración pausada.

—Debo ir con tu esposa —Ayla se apartó de golpe de la mesa y caminó hacia el saquito de hierbas que había traído.

Lachlam abrió la boca para decir algo, pero la cerró enseguida, guardando silencio porque cualquier cosa que pudiera decir lo estropearía todo aún más.

—Sí, por supuesto.

Lachlam se despidió con un asentimiento de cabeza. Ayla no se engañaba respecto a donde iba. Era más que probable que interrogara a sus hombres, puede que incluso a su hijo. Pero antes de salir de la cocina se volvió hacia ella y la miró extrañado.

—¿Dijiste el fantasma del bosque?

—Sí, bueno… No es un fantasma —dijo Ayla, extendiendo sobre la mesa las hierbas que había traído y los frutos del tejo.

—No, no lo es —Lachlam negó con la cabeza como si se hubiera dado cuenta de algo—. Y ese no fantasma… ¿es una mujer?

Ella asintió.

—Una mujer rubia.

Cuando Lachlam puso los ojos en blanco suavizó la expresión. No parecía nada preocupado porque la mujer que había salvado a su hijo, la hubiera acusado de querer matar a Ishbel. Era evidente que no la consideraba un peligro real. Pero Ayla sí.

—Nos vemos en la cena.

Ayla se quedó pensativa después de todo lo que había pasado esa mañana. Se concentró en el trabajo para no seguir pensando en que podrían volver a atacarla y con ello a atacar a los que estuvieran a su alrededor, como al pobre Struan. Aunque por como había reaccionado, el niño parecía haberse tomado el incidente como una aventura.

Con la tisana que había preparado para Ishbel subió a su habitación, encontrándola tal y como la había dejado. Muy a su pesar, parecía apagarse como una vela.

Ayla se acercó a la cama donde Ishbel dormía inquieta. No había probado bocado en dos días, solo podía ingerir líquidos. Devolvía todo lo sólido que tragaba y llevaba días alimentándose únicamente de caldo. Ayla sabía que no podía seguir así, debilitándose día tras día. Había perdido mucho peso y para colmo de males, una gripe amenazaba con llevársela. La fiebre había vuelto y no sabía cuanto más podría resistir su cuerpo. Había empeorado hasta el punto de que ya no podía respirar sin sufrir terribles ataques de tos.

Ayla cerró los ojos. A esas alturas, moriría a causa de la debilidad y no por el veneno que ella insistía en que había sido la causa de todo. Había querido desechar la idea del envenenamiento, pero el color negro en sus uñas persistía y ese era un signo inequívoco de que alguien deseaba que la esposa del laird muriese. Pero, ¿por qué? Esa mujer era un ángel, todos en la fortaleza la amaban y la tristeza reinaba en el ambiente desde que había empeorado. ¿Quién y por qué le desearía la muerte a Ishbel? La respuesta estaba en quién era la persona que se beneficiaría de ello, pero… la muerte de la dama, entristecería a todos los McDonald, sin excepción.

—Siento causarte tantos problemas… —la voz débil de Ishbel hizo que abriera los ojos y se acercara un poco más para ofrecerle su consuelo.

Ayla la miró con una sonrisa que distaba mucho de reflejar su estado de ánimo. Si algo no quería, era causarle más preocupación. Que tuviera un buen ánimo era imprescindible para su mejora.

A pesar de ello, podía notar que la señora había aceptado su cruel destino y que no guardaba ninguna esperanza.

—Cielos, Ishbel, no vuelvas a decir eso —la regañó, cariñosa—. Sabes que para mí es un honor cuidarte.

—¿En serio? —alzó una ceja, la dama—. Creo que mientes descaradamente.

Ambas mujeres se sonrieron, y Ayla tomó su mano con afecto sincero, aquel que había cultivado hacia ella durante las largas semanas que habían pasado juntas.

—Yo no miento, jamás.

—En este caso sí. Sé que preferirías estar de vista en Skye, con los hombres de tu hermano, incluso practicando con tu arco en cualquier lugar que no sea este.

—Debo admitir que practicar con el arco me gusta mucho —le guiñó un ojo—, sobre todo cuando lo hago con un pequeño McDonald curioso y testarudo.

Ishbel no borró su sonrisa, sabía que se refería a su hijo. Ayla jamás sabría lo aliviada que la enferma se sentía al ver que se llevaba tan bien con Struan. Cuando ella no estuviera, sabía que alguien velaría por él, además de Lachlam.

—Me encantaría verlo practicar —dijo, tragando con dificultad.

—Lo veras.

—Sabes que eso no es cierto, estoy desahuciada.

Ayla se negó a aceptarlo.

—No estás desahuciada mientras no te rindas. Y yo tampoco pienso hacerlo.

—¿Qué he hecho para merecer tanta atención? —preguntó dulcemente, aunque con la tristeza y el cansancio impregnando su rostro.

—Eres la esposa de un buen hombre que te adora, y la madre de un niño que te quiere y te necesita más que a nadie en el mundo. Eres un ángel, Ishbel. No debes rendirte. Dios no lo quiere ni yo tampoco lo pienso permitir.

—Si en verdad soy un ángel, como dices, no tardaré en marcharme de este mundo.

—Ishbel…

Ella la ignoró.

—Según dicen, los ángeles vienen a la tierra para cumplir una misión y, cuando ya lo han hecho, Dios los reclama a su lado.

Ayla abrió la boca para replicar, pero justo en ese instante, sonó un cuerno. Señal de que barcos se aproximaban a la costa.

—¿Esperamos visita? —preguntó Ishbel.

—Los McDonald de Skye.

—El fin de la cosecha —suspiró Ishbel, agotada—. Siempre ha sido hermoso bailar a la luz de las hogueras. Lástima que ya no podré hacerlo. ¿Te importaría bailar en mi nombre durante la fiesta? Creo que sería muy bonito. Incluso podría mirarte desde la ventana…

—Ishbel…

Un ataque de tos la sorprendió y Ayla se cernió sobre ella, acunándola hasta que se desvaneció.

Cuando pudo volver a respirar, asintió para que viera que estaba bien, y el cuerno sonó de nuevo. Ayla se apartó de ella para mirar el alboroto en el patio de armas. Se asomó por el ventanal. No tardaron en aparecer un grupo de guerreros.

—¿Ya han llegado? —oyó preguntar a Ishbel.

—Eso parece —respondió, mirándola algo inquieta, hablaba con tanta dificultad que apenas podía oírla.

—Lachlam me informó que esperan celebrar la fiesta de la cosecha con nosotros. Siento tanto no poder cumplir con mi papel de esposa… Debería estar a su lado.

—No tardarás en reponerte, ahora sólo debes pensar en tu descanso.

—Dairine es una bendición, ayudará por supuesto, pero… espero que no sea la única en atenderles en mi nombre. —Miró con fijeza a Ayla para que se diera por aludida—. Deberías estar junto a Lachlam…

—Ishbel —protestó, volviendo a mirar por la ventana.

La vio tan turbada que no insistió.

—¿Los ves?

—Ya han llegado —dijo Ayla agitada porque Ishbel le pidiera ocupar su lugar de anfitriona.

Los reconoció por los colores de su kilt; eran los McDonald, de la isla de Sky. Había al menos treinta hombres, y cuando miró con más atención, vio la figura de Lachlam acercándose al recién llegado. Frunció el ceño al distinguir el rostro de Braden, con aquella cicatriz tan perturbadora. El caballero desmontó y fue custodiado por cinco de sus hombres hasta Lachlam.

Braden McDonald abrió sus grandes brazos para que su pariente lo recibiera.

—Parece que Lachlam se alegra de verle.

Ishbel casi se rio.

—A veces mi marido me sorprende. Su diplomacia es legendaria.

—Se están abrazando.

—Pero seguro que lo que le apetecería realmente es patearle el trasero.

—Estoy convencida —convino Ayla, mientras ambas mujeres se reían.

Cuando Ayla volvió a mirar, se dio cuenta de que Dairine estaba también allí, y Ethan. La mirada fiera con que el lowlander obsequió al recién llegado la hizo arquear las cejas. El hombre siempre risueño, no parecía nada feliz de ver a los hombres de Skye allí.

—Ethan no se alegra de verle. —El guerrero miró a Braden con un brillo letal en sus ojos verdes.

—Se odian —le confesó Ishbel.

Ayla la miró por encima del hombro.

—¿Por qué?

Suspiró como si fuera algo que pasó hace mucho tiempo.

—Al parecer, el jefe de los McDonald de Skye no es demasiado inteligente. Retó a Ethan en combate singular, y perdió.

Ayla parpadeó sin poder creerlo.

—¿La cicatriz en la cara…?

—Ethan.

—Vaya —sonrió—. Eso hace que mire a ese idiota con otros ojos.

Ishbel quiso reír, pero apenas pudo mantener los ojos abiertos.

Cuando Ayla volvió a mirar lo que ocurría en el patio, vio como Dairine se acercaba al líder de los recién llegados. Se saludaron con decoro, pero Ayla frunció el ceño. Una sensación extraña se asentó en su pecho. Había visto cómo Braden había mirado a la hermana de Ishbel tras saludar a Lachlam, y no sabía por qué, pero su expresión la había disgustado.

—¿Vuestra hermana conoce a los McDonald de Skye?

—Por supuesto, ella los conoce bien, y sabe cómo tratarlos —dijo Ishbel. Al ver que Ayla mostraba interés, explicó—: Mi hermana estuvo casada con uno de los hombres de confianza Braden. Fueron apenas cuatro años, pero al fallecer su esposo, creo que Dairine se sintió muy aliviada. Aunque por supuesto, no me lo ha dicho nunca.

—Por supuesto —convino Ayla.

—Ella es joven y él casi un anciano, jamás congeniaron. Pero el verdadero motivo, es que era un hombre… violento.

—Entiendo.

—Creo que de algún modo Braden McDonald la protegió. Mi hermana le debe mucho a ese hombre.

Si era así, quizás la forma en que Dairine y Braden se miraban, solo significaba complicidad, gratitud por parte de ella. Era plausible que, al saber Braden que la dama había sido agraviada por uno de sus hombres, decidiera ser protector con ella.

Ishbel, ajena a sus cavilaciones, sonrió.

—Lachlam ha sido una bendición para mí. Es un esposo cariñoso y considerado.

Ayla tragó saliva y su corazón se aceleró. Así mismo sonrió y se acercó de nuevo a su lecho.

—Sí, es un buen hombre, honorable y valiente.

—Cualquier mujer debería estar agradecida por ser su esposa.

Ayla se inquietó, por la forma en que Ishbel la miraba, la mujer intentaba decirle algo de una manera muy poco sutil.

—Me alegro de que seas feliz. Pero creo que es él quien ha tenido suerte al casarse contigo.

—Oh, no estoy tan segura de eso —respondió, tristemente—. Una mujer enferma que pronto abandonará este mundo.

—No digas…

—Es así. —Por primera vez pudo ver como su enfado mudó su rostro—. ¡Oh! Ayla, lo siento. Pero por favor, ambas sabemos que me queda poco tiempo. Y yo… quisiera pedirte…

—No —la cortó. Intuía lo que quería y eso no iba a ocurrir—. Habrá tiempo para hablar, ahora debo irme. Hay invitados y como dices, no puedo dejar a tu hermana sola con todo el trabajo. Maery debe estar despotricando en las cocinas…

—Ayla…

Pero la muchacha no escuchó.

—Descansa, volveré más tarde.

Y se marchó como una exhalación, huyendo sin saber exactamente de qué.

CAPÍTULO 19

Faltaba un día para la celebración del fin de la cosecha. Al igual que sucedía en la isla de su hermano, era una fecha importante, una excusa para hacer vida en comunidad y alegrarse de la buena cosecha o consolarse por la mala. Ese año había ido bien, pero en las islas la pesca y la carne eran el bien más preciado, aunque por supuesto uno no podía vivir sin grano, ni alimentar a sus animales sin él.

Desde que habían llegado los McDonald, Ayla había intentado pasar desapercibida. Sabía que Ishbel le había pedido ayudar a Lachlam, pero él se bastaba solo, y Dairine hacía de perfecta anfitriona, así que no debía preocuparse.

Ayla, estaba en las cocinas junto a Maery y las demás mujeres preparando la comida que se celebraría en el salón. Aunque Braden había pagado todos los impuestos, en la expresión de Lachlam, Ayla podía ver que no se fiaba de él. Ella tampoco. Lobo bostezó bajo la mesa de la cocina, esperando por si a alguien se le caía un trozo de carne. Estaba ajeno al bullicio que habían provocado los hombres de Skye.

—Solo espero que los de Skye se marchen pronto —Ayla alzó la cabeza del mortero que tenía entre manos para escuchar a una de las muchachas quejarse. Estaba preparando una tisana para Ishbel, con los frutos del tejo que había recogido y algo de su corteza.

Últimamente pasaba muchas horas allí. La cocinera le permitió a Ayla, ocupar un pequeño espacio junto a la alacena, para que pudiera preparar sus tisanas y remedios sin que nadie la molestara. Aunque a Ayla le gustaba estar sola y no era muy dada a la conversación cuando estaba concentrada, no tardó en hacer buenas migas con las mujeres que allí trabajaban. Amber, era una jovencita pelirroja muy risueña, siempre predispuesta a ayudarla y que, entre otras muchas cosas, no paraba de parlotear y revolotear a su alrededor como una mariposa.

—Branden McDonald me da mucho miedo.

Ayla empezó a prestarle atención y alzó una ceja, pero no dijo nada. Sabía que Amber seguiría hablando y acabaría por contárselo todo con pelos y señales.

—Esta mañana, nada más llegar, le ha gritado al mozo de cuadras, porque la horrible bestia que tiene por montura, un caballo negro como la noche que parece el hijo del mismísimo Lucifer, le ha dado un cabezazo cuando lo llevaba a los establos. ¡Pobre Angus, él sólo quería ayudar! —Ayla siguió machacando con el mortero las hierbas medicinales, mientras Amber hacía exagerados aspavientos—. Effie, una de las doncellas de la señora, asegura que es muy apuesto. Bajo mi punto de vista, no entiendo cómo puede decir algo semejante, con esa horrenda cicatriz que tiene en la cara. Tampoco sé cómo a la señora Dairine pueda gustarle ese hombre.

Ayla dejó de machacar la mezcla y la miró con atención.

—¿Cómo dices?

—¡Oh! —Amber se llevó las manos a la boca y se sonrojó—. Perdón Ayla, no he querido ser irrespetuosa con la cuñada del laird.

—¿A Dairine le gusta Braden…?

La mirada severa de Maery, hizo que Amber agachara la cabeza, pero Ayla miró a su vieja amiga y esta asintió.

—Sí, parece que nuestra invitada tiene intención de no ser viuda mucho tiempo.

Ayla abrió la boca.

—¿Eso crees?

—Estoy segura —dijo Maery, y meneando la cabeza quiso dar la conversación por terminada. No era muy dada a los chismes, y desde el primer día, Ayla supo que Dairine le caía mal.

—¿Qué te hace pensar que eso es así?

Antes de que Maery pudiera decir algo, Amber volvió a abrir la boca.

—Todo el mundo lo sabe.

Ayla sonrió, a esa muchacha no había quien la parara a la hora de contener su lengua.

—¿De veras? —insistió Ayla.

—Sí, esta tarde, cuando ha llegado…

—¡Ayla!

Ambas alzaron la vista y se encontraron con Lachlam. La joven curandera lo miró con interrogación, y Amber casi se desmaya al creer que la habían pillado con las manos en la masa.

Y eso parecía, pues el laird lucía una expresión seria. Pero era a Ayla a quien miraba con reproche y preocupación.

—Yo… esto… creo que tengo que ir a revisar… algo —dijo Amber. Al parecer las demás también, incluso Maery se ausentó, aunque esta lucía una sonrisa pícara en los labios.

Cuando todas pusieron pies en polvorosa, Lachlam se acercó a Ayla.

—¿Sabes? —le reprochó Ayla—, debes de dejar de atemorizar a todo el mundo.

Él frunció el ceño.

—Soy un hombre encantador, no atemorizo a nadie de mi clan.

Eso le valió una risotada de Ayla.

—Si tú lo dices.

La miró como si le hubieran salido dos cabezas.

—Hablo en serio, ¿por qué lo dices? ¿Qué le sucede a esa muchacha?

—Nada que deba preocuparte —dijo con calma y volviendo a machacar las hojas—. ¿Por qué querías verme?

Lachlam se relajó, acercándose hacia su mesa de trabajo se apoyó en esta con los brazos cruzados.

—¿Y por qué has entrado tan enfadado?

—No estaba enfadado —se encogió de hombros—. Estaba preocupado.

—Ah, preocupado —No entendía nada— ¿Por qué motivo?

—Porque te he buscado por todas partes y no te encontraba.

Ayla alzó la vista y lo miró con un deje de burla. ¿Desde cuándo debía rendirle cuentas a Lachlam? Aunque tal vez su preocupación estuviese justificada después de lo sucedido en el bosque.

—Pues es difícil perderme, o bien estoy en la alcoba de tu esposa, o en las cocinas. Y si salgo… ya se ocupan los soldados que me has puesto de escolta de decirte donde estoy en todo momento.

—Es por tu protección. —Alzó una ceja. Ya le diría un día donde podía meterse su protección—. Además, esta mañana has vuelto a ir al bosque —dijo él huraño.

—Sí.

No iba a decirle que quería volver a ver a esa mujer, le habían intrigado sus palabras, y aunque no parecía ser su amiga… no estaría de más agradecerle haber salvado la vida de Struan y Lobo.

—Y te has retrasado.

Las palabras de Lachlam la devolvieron a la realidad. Ella suspiró y volvió a machacar en

el mortero.

—Como le he dicho a Maery, me retrasé recogiendo raíces y más hierbas. Surtiré vuestra despensa para lo que podáis necesitar…

—No te irás —al ver que ella cesaba su trabajo y lo miraba muy seria él abrió la boca para añadir— ¿verdad?

Ayla tragó saliva. No le había gustado ver el pánico en su mirada.

—No, todavía —añadió. No quería decirle que esperaría hasta el final de Ishbel, pero había tan poco que pudiera hacer por ella. Cambió de tema y preguntó—: Y bien, ¿qué quieres de mí para venir a molestarme mientras trabajo?

Chasqueó la lengua y frunció el ceño, aunque le gustaba que Ayla volviera a hablarle sin rencor, aunque fuera para regañarle.

—¿Crees que puedes hablarme así, Ayla?

Ella lo miró con indiferencia y se encogió de hombros, era evidente que había molestado a Lachlam. Con todo, no entendía qué tan importante era lo que le tenía que decirle, para ir expresamente a las cocinas en su busca.

Lachlam pensó que su sorpresa era justificable, no así su respuesta altanera. La había buscado porque estaba preocupado. Siendo sincero, no sólo se había preocupado para darle noticas, sino también porque la echaba de menos. Mucho. Demasiado.

Pero de nuevo, ella lo miraba con esa expresión altiva e inalcanzable, y le hablaba en ese tono de voz neutro y lo miraba con esos ojos fríos de hielo, como si realmente pudiera ver a través de él, como si pudiera leerle el alma.

—Quería saber… —sólo ella era capaz de intimidar a Lachlam McDonald. ¡Maldición! —. Se trata de Struan.

—¿Qué sucede con él? —espetó, poco dispuesta a escuchar de nuevo la regañina por habérselo llevado con ella al bosque.

Nada más lejos de la realidad.

—Me preguntaba si le enseñarías a fabricar su arco con la madera del tejo y también si estarías dispuesta a enseñarle a disparar.

Esta vez lo miró con extrañeza.

—¿Lo dices de verdad?

Él asintió.

No es que le disgustara instruir a Struan, es más, disfrutaba mucho de su compañía, era un niño muy inteligente y con un gran corazón. Pero no comprendía por qué Lachlam se lo pedía a ella.

—¿Y bien? —insistió— ¿Qué te parece la idea?

—¿Acaso me tomas por una niñera?

—Ayla, no te ocupará mucho tiempo, puede que una hora al día, no más.

—¿Acaso crees que el tiro con arco requiere tan poco tiempo de aprendizaje?

Lachlam no sabía si estaba enfadada o si estaba burlándose de él, pero su expresión era tan ambigua, que era incapaz de diferenciarlo.

—Eres muy diestra, Ayla.

—¿Para ser una mujer? —esta vez sí hizo notar la ironía en su voz, hecho que hirió a Lachlam.

—¿Alguna vez el hecho de ser mujer te ha impedido hacer lo que te venga en gana? —estalló, aunque con voz contenida.

Una de las mujeres entró a recoger algo. Ambos callaron y esperaron que se marchara.

Ayla respondió en cuanto la muchacha hubo salido por la puerta.

—Pues, ahora que lo dices… No.

Ayla osó reflejar su sarcasmo en una sonrisa y Lachlam se indignó.

—Si no te lo hubiese pedido, seguro que lo hubieras hecho a mis espaldas, ¿verdad?

—Con absoluta seguridad, señor.

—¿Te das cuenta de lo in…?

—Pero lo que verdaderamente importa es —lo interrumpió, deliberadamente— ¿qué opina Struan al respecto, señor?

Lachlam tenía que reconocerle una cosa, Ayla había adquirido una especial maestría en dirigir las conversaciones hacia donde ella deseaba. ¿A dónde los llevaría esta? Sólo ella podía saberlo.

—Es él quien me lo ha pedido —aclaró—. Lo pasa muy bien contigo. Al parecer… eres divertida.

Eso le sacó una carcajada que se apresuró a esconder tras una fingida tos.

—Entonces me lo pensaré.

Al mirar a Lachlam vio que algo cambiaba en su semblante, se puso serio antes de hablarle en voz calma.

—Sería temporal. Los de Skye me van a ocupar la mayor parte del tiempo estos días y Struan… —calló, porque se dio cuenta de que ella, tras encogerse de hombros, había regresado la mirada a sus tareas, como si no le interesaran lo más mínimo sus explicaciones.

—¿Struan?

—Se está dando cuenta de lo grave que está Ishbel.

Eso le llegó al corazón. Lachlam no solo quería que su hijo aprendiera el arte del tiro con arco, sino quería distraerlo de su dolor. ¿Acaso ella podría negarse? Soltó el aire audiblemente, como si estuviera molesta consigo misma por ser tan egoísta y no pensar en el bien del niño.

Lachlam, la observó desprender la carne de los frutos del tejo de sus semillas, que iba colocando a un lado, para secarlas después y se fijó en sus dedos teñidos de rojo. Imaginó esas mismas manos…

No, no, no.

—Ayla —su tono fue seco y ella volvió a mirarlo, esta vez dejando su trabajo y llevándose el dedo índice a la boca, para saborear su jugo. El gesto fue inocente, pero Lachlam se encendió por dentro. Ella no le dio respuesta alguna, simplemente lo siguió mirando con fijeza, como si no hubiese escuchado nada de lo que le había dicho.

Lachlam se aclaró la voz.

—Ayla, te he hecho una pregunta. ¿Vas a responderme?

Ella volvió a encogerse de hombros y continuó trabajando. Pasados unos segundos, sí respondió.

—No sé qué decirte.

—¿No lo sabes? —apartó la mirada de ella y se enfurruñó—. Solo dime sí o no. Sino… no importa.

Se empujó con las manos para dejar de estar reclinado contra la mesa, y dio un paso enfadado.

—Está bien.

Las palabras de Ayla lo dejaron clavado en el sitio.

—¿Sí?

—Sí —dijo sin mirarle—. Le enseñaré a tirar con arco y Dios sabe que, si es tan malo

como tú, tendremos que dedicarle mucho más que una hora al día.

Lachlam apretó los labios, intentando no sonreír como un idiota.

—Me alegra verte ceder en algo por una vez.

Ella alzó una ceja.

Ayla pudo ver en los ojos de Lachlam un brillo de ternura. Eso hizo desaparecer toda la diversión cuando su pulso se aceleró.

—Bien —zanjó, tras carraspear—. Gracias, Ayla.

—A vos, señor.

Se dio la vuelta y se dispuso a caminar hasta la salida. Pero por alguna razón, cambió de opinión y se volvió de nuevo hacia ella.

—¿Y si te lo hubiese ordenado? —preguntó.

Ayla lo miró con cansancio.

—Me habría negado.

—Soy el laird…

—Ahórrate tu discurso de amo y señor, Lachlam. No te he jurado lealtad.

Él hizo una mueca, sintiéndose algo dolido.

—Eso es verdad. Pero… ¿de verdad te habrías negado?

Ella asintió.

—¿Por qué motivo?

Pareció pensarse la respuesta.

—¿Aún no lo sabes? —lo miró fijamente—. Ayla McLeod no recibe órdenes de nadie. Y me atrevería a decir que ni del mismísimo rey de Escocia.

—Ayla… —Ahí estaba el recordatorio de que ella jamás hubiera renunciado a él, ni por la orden de un rey.

—Hubiese sido traición.

—Si el hecho de no hincar la rodilla ante nadie me hubiera convertido en traidora, así sea.

—Dios… Eres…

—Soy libre —interrumpió, alzando el mentón—, desde que mi madre me dio a luz hasta el día en que mi cuerpo alimente el suelo.

Lachlam resopló, pero no dijo más.

Se dio la vuelta para marcharse, pero se paró de nuevo a medio camino.

—Ayla —guardó silencio un instante—. Gracias.

Ella lo miró de reojo.

—No hay de que, Lachlam.

Lachlam. Había pronunciado su nombre por primera vez desde que había llegado a la isla, y… algo pareció florecer en su pecho. Un profundo sentimiento de paz. Podría ser que estuviera en el buen camino para ser perdonado y volver… a ser amigos.

CAPÍTULO 20

Los días siguientes, Ayla enseñó a Struan a tirar con el arco. Su madre, débil por la enfermedad, había conseguido sentarse junto a la ventana para verlos practicar. Ayla se emocionaba cuando el pequeño se volvía hacia allí y la saludaba, o le gritaba lo bien que lo había hecho cuando conseguía dar en la diana, en esas ocasiones le dedicaba lo que él consideraba un triunfo a Ishbel, que sonreía amorosa.

Se estaba consumiendo.

Ayla sabía que no era una mujer fácil, que tenía un carácter… de mil demonios, como le había dicho Lachlam en diversas ocasiones, pero ver como esa dulce mujer se apagaba día a día, le partía el corazón. Al igual que ver al niño tan ajeno a lo que estaba sucediendo, como si no quisiera darse cuenta de que su madre partiría. Y luego estaba Lachlam…

No tenía dudas del amor que él sentía por Ishbel. A veces cuando le llevaba su comida, de la que Ayla se encargaba y no consentía que nadie más tocara, ni siquiera Dairine, lo encontraba conversando amorosamente. La complicidad era tal que Ayla sentía unos celos terribles que la convencían de que no era buena persona, a pesar de sentir un profundo aprecio por Ishbel.

Siempre había considerado a Lachlam como suyo, incluso después de su traición, y negar ese hecho, solo alimentaba la mentira de su corazón. Esa gran mentira que era el afirmar que no lo amaba, que no sentía nada por él.

Cuando Struan volvió a gritar porque había dado en el blanco, Ayla volvió a la realidad. Pero cuando el niño miró hacia la ventana para ver a su madre…

Esta ya no estaba.

***

Caía la noche, más fría de lo habitual. El otoño había llegado con fuerza, y el viento soplaba con una virulencia poco frecuente.

La fiesta de la cosecha se había convertido en un funeral. A pesar de sus esfuerzos, Ayla no había conseguido resultados en el tratamiento de Ishbel y mucho se temía que era cuestión de tiempo que traspasara el velo.

Las hogueras se habían encendido en el patio y el clan se reunía para un festejo lúgubre, solo los de Skye parecían ajenos a la tragedia, que muriera la esposa de Lachlam McDonald, era una desgracia, pero nada que quitara el sueño a un señor de otro lugar que ya había enterrado dos esposas.

Ayla había estado con Ishbel las últimas horas, ambas habían hablado de muchas cosas, y ella había recibido peticiones que no estaba del todo dispuesta a cumplir.

—Cuando yo no esté, debes prometerme que cuidarás de Struan, y de Lachlam.

¿Quién era ella para cuidar de su hijo, para cuidar de Lachlam?

No. Se marcharía, volvería con su familia y ya no miraría nunca atrás.

No obstante, Ishbel no pensaba aceptar un no por respuesta. Y aunque su voz era apenas audible, sus ojos suplicaban. ¿Cómo podía ella negarse a una petición tan carente de egoísmo?

—Ayla, por favor.

Asintió.

Había asentido.

Cuidaría a su manera de Struan, le enseñaría lo que pudiera y con el tiempo sería invitado a casa de Duncan y él también le enseñaría todo cuanto pudiera. Pero cuidar de Lachlam… él sabía cuidarse solo. Y quien sabe, quizás el rey le procurara pronto otra esposa.

Mientras caminaba hacia la capilla, con el frío nocturno golpeando su rostro, esquivó a los McDonald que comían juntos y en familia al lado de las hogueras. No pudo evitar darse cuenta de como la miraban. Muchos con lástima y algunos… con rencor.

Había fracasado.

Ayla avanzó hacia la capilla, pegándose todo lo posible la manta al cuerpo. Acababa de dejar a Ishbel. Habían rezado juntas, y en verdad Ayla lo había hecho, al Dios cristiano y a los antiguos dioses. Solo quería que la escucharan, que obraran un milagro. Pero tal parecía que este no iba a producirse.

Ishbel empeoró notablemente esos últimos días. Ayla se sentía absolutamente inútil porque todo cuanto hacía no daba ningún resultado. Supervisaba ella misma la preparación de su comida, pero ante su debilidad y el hecho de no poder tragar alimentos sólidos, su ingesta se había reducido a caldos, tisanas y jugos. Inspeccionaba los ingredientes a conciencia desde su origen, incluso transportaba ella misma la bandeja a la alcoba de la señora. Era imposible que alguien la estuviera envenenando y ella no se hubiera dado cuenta durante el mes que llevaba ahí. Así pues, centró todos sus esfuerzos en eso y en preparar remedios con la corteza del tejo y sus frutos.

Pero nada dio resultado. La dama estaba tan enferma que ni siquiera podía incorporarse. Su rostro lucía tan pálido como la muerte, la misma que pronto se la llevaría.

Con todo el dolor de su corazón sabía que quizás esa noche sería la última.

Los pasos de Ayla se pararon frente a la puerta de la capilla. Respiró hondo, quizás para darse valor y entrar. Sabía por Maery que él estaría allí. Sabía de la gravedad de Ishbel y se había retirado en oración.

Apoyó las palmas de las manos en la robusta puerta y entró. A su espalda quedaban las luces de las hogueras, dentro el tenue resplandor de las velas que iluminaban las desnudas paredes de piedra revestidas de cal. Era pequeña y bonita. Los frescos representaban al monje que rogó al antepasado de Lachlam construirla, un hombre santo. Había representaciones de frutos silvestres, bonitas cenefas en los laterales y en el altar una cruz de madera, frente a la cual, Lachlam rezaba de rodillas.

Las velas dibujaban extrañas formas con el movimiento de las llamas, que danzaban sobre la cera, esperando pacientes, aguardando el fatídico desenlace. Ayla tragó saliva, pues sabía que cuando eso sucedía, eran las ánimas presentes del lugar, ansiosas de llevarse consigo el alma del enfermo.

—Lachlam —susurró mientras avanzaba entre las dos hileras de bancos desnudos.

Él alzó la cabeza. Su corazón sintió tanto dolor, y tanta lástima por él, que no pudo evitar acercarse un poco más. Necesitaba consuelo y habría sido inhumano no dárselo. Todo rencor hacia él se fue diluyendo a medida que iba aproximándose.

Sus pasos fueron tan suaves que Lachlam no se inmutó hasta que Ayla posó la mano izquierda sobre su hombro.

—Lachlam —volvió a llamarle.

Notó cómo se tensaba, para él su presencia allí, solo podía significar una cosa.

—¿Ya? —preguntó, sintiendo que su garganta se cerraba.

—Aún no —no hizo falta que le explicara a qué se refería—, pero falta poco. Deberías subir y estar con ella.

El noble guerrero tragó saliva, pero no se movió.

Las rodillas de Ayla se flexionaron y cayó a su lado, rezando una oración silenciosa en su compañía.

Solo entonces, Lachlam la miró, y ella pudo darse cuenta de la desesperación en sus bellos ojos azules, pero también la aceptación de lo inevitable.

Se puso en pie y ella no apartó la mirada de la suya. Tragó saliva y sintió como su corazón se iba partiendo, pedazo a pedazo.

—Lo siento, Lachlam —dijo, sinceramente, con la voz ronca. Ya no podía seguir fingiendo indiferencia hacia él.

Una pequeña luz se pudo ver en sus ojos al oír su nombre de labios de Ayla. Había enterrado su rencor. Asintió, entre aliviado y reconfortado.

Tomó su mano y la apretó con fuerza. Quizás para darle valor, quizás una muestra de que ella también sentía esa perdida. Ishbel era una mujer extraordinaria, y no se merecía que la cuerda de su destino se cortara tan pronto.

—¿Seguro que no hay forma de…?

—No, Lachlam —lo interrumpió para que él no se rompiera—. Ojalá la hubiese, pero no existe forma de que mejore. O yo no soy capaz de hallarla. No sabes cuanto lo lamento.

—Pero, ¿cuál es la causa de su mal?

Ayla contuvo la respiración unos segundos. Había intentado desechar por todos los medios posibles que fuera un envenenamiento, pues no podía entender quién podría haberlo hecho, o quién deseaba la muerte de su esposa y por qué. Y a pesar de que se había centrado en averiguar qué alimento hubiera ingerido por accidente, sin saber de su toxicidad, todos los síntomas de Ishbel la conducían a eso. Tenía que decírselo a su esposo. Era su obligación.

—Sospeché que alguien la había estado envenenando. Pero, después de vigilar todo lo que come, y a la gente que ha estado a su alrededor, he sido incapaz de confirmarlo.

Lachlam la miró, incrédulo.

Esas palabras fueron como una enorme losa machacando el corazón de Lachlam. Ayla lo notó, por la forma en que le temblaron los músculos al oírla, por su acuosa mirada y su afán en no pestañear para que el agua de la tristeza no se derramara aún.

—Ayla —abrió la boca sin dar crédito—. No puede ser esa la causa. ¿Quién podría hacer algo así? ¿Y por qué?

—Lo desconozco.

—Y si sospechas que la han envenenado, ¿conoces el veneno? ¿Cuál es el antídoto?

—Lachlam… —Ayla no podía darle esperanzas, porque no las había.

—Ya no hay remedio.

—¿Estás segura, Ayla?

—Lo siento muchísimo, pero ya es demasiado tarde.

Lachlam se quedó con la mirada vacía, alzó el rostro hacia la cruz, como si más que una oración estuviera haciendo un juramento. No quisiera ser su enemiga, no cuando en su rostro se reflejaba la determinación de encontrar al culpable de todo aquello.

Hubo unos minutos de silencio, ella pensó que rezaba una última oración antes de darse valor para ir junto a su esposa.

Se dio la vuelta para recorrer el pasillo hasta el exterior de la capilla, pero a medio camino se detuvo.

—Gracias, Ayla. Por todo.

Ella tragó saliva. Se sentía tan inútil y tan triste por no haber podido cumplir con su deber, que no sabía cómo decirle lo que, sin duda, estaba a punto de suceder: la muerte de su esposa, Ishbel.

—Lamento mucho no haber podido ayudarla.

—Sé que lo has intentado con todas tus fuerzas y que tu corazón reza por ella.

Ayla asintió.

—En estos momentos… —A Ayla se le quebró la voz, y se tomó unos instantes para continuar hablando, durante los cuales tomó aire varias veces—. Solo puedo darle algo que calme su dolor, para que pueda marchar en paz. Pero no deseo hacerlo sin tu permiso. Creo que deberías despedirte de ella.

Lachlam miró hacia el techo. Tomó aire y lo expulsó lentamente antes de regresar su mirada a Ayla.

—No merece sufrir —dijo, rompiéndose por dentro.

—Lo sé.

Miró la cruz y se sintió verdaderamente impotente por no poder hacer nada.

Ayla bajó la vista y plegó los labios en el interior de la boca, no quería que él viese que empezaba a temblarle la barbilla a causa de la emoción. Las lágrimas amenazaban con escapar de sus párpados y no quería llorar. Sentía que no tenía derecho.

—Deberé decírselo a Struan —dijo como si el intentar consolar a los vivos, fuera tan doloroso como despedirse de los muertos.

En ese momento ella supo que Lachlam estaba a punto de derrumbarse. A Ayla también se le empañaron los ojos al pensar en el niño. Temía que se sintiese decepcionado con ella, por no haber podido cumplir su promesa. Perder a su madre, tan joven… era tan injusto.

—Hallarás la forma de hacerlo —la voz le tembló, pero se mantuvo íntegra.

Ayla sentía que su corazón se partía por momentos. Ver sufrir a Lachlam por su esposa era terrible y no haber podido evitar la desgracia, la hacía sentirse muy culpable.

Se miraron a los ojos un breve espacio de tiempo en el cual ambos desearon fundirse en un abrazo de consuelo. Pero no podían derrumbarse todavía. No aún, que Ishbel seguía respirando.

—Iré con ella.

Ayla asintió.

—No te apartes de su lado.

Lachlam se dio la vuelta y Ayla lo siguió con la mirada hasta que abandonó la capilla. Sólo entonces, permitió que una sola lágrima resbalara por su mejilla.

***

Cuando Lachlam entró en la habitación, el ambiente estaba cargado, se podía palpar la tristeza y el olor a muerte. Dairine alzó la cabeza de la silla que había colocado junto a la cama. La hermana gemela de su esposa tenía los ojos rojos.

—Nos deja —dijo, sin más.

Se levantó y antes de que pudiera darse cuenta, Lachlam la tenía entre sus brazos.

—Dairine…

—No puedo creer que nos deje tan pronto. No lo entiendo.

Su desconsuelo era tal que empapó la tela de su kilt.

—Sosiégate —le dijo, al tiempo que la tomaba por los hombros y la apartaba—. Ahora déjame a solas con mi esposa.

—Pero…

Ante la mirada de Lachlam que no daba pie a discusión, Dairine tuvo que asentir.

—Estaré en mi habitación, para lo que necesites.

Él apenas la miró al acercarse al lecho de su esposa.

—Os dejaré a solas.

Cuando la mujer cerró la puerta tras de sí, Ishbel entreabrió los ojos. Con su respiración trabajosa consiguió hablar, al menos balbucear unas palabras para que se acercara. Él lo hizo, pero no ocupó la silla que había dejado vacía Dairine, sino que se recostó a su lado, abrazándola en sus últimos momentos.

—Parece que ha llegado la hora. —Él no dijo nada ante las palabras de su esposa, pero ella sonrió igualmente—. No te preocupes por mí, he aceptado mi destino. Partiré sin hacer ruido.

—Oh, Ishbel… —quería regañarla, pero fue incapaz. Cerró los ojos y siguió abrazándola.

—Sé que alguien ha querido mi mal y que a pesar de los cuidados de Ayla, he sido incapaz de superar esto. Pero no voy a llorar por mi muerte, sino sonreír por la vida que me has dado.

—No debió ser una vida tan corta —respondió con pesar. Besó su frente y ella se acurrucó entre sus brazos.

—No, pero gracias. Cuando el rey David mató al hombre que amaba, tú fuiste gentil. Me tendiste la mano e hiciste de este matrimonio un refugio. Sanaste mis heridas.

—Tú sanaste las mías.

—Nunca dejamos de amar a aquellos con los que siempre soñamos una vida juntos. Y al fin los dos conseguiremos lo que queríamos —dijo ella sonriendo sin fuerzas.

—Ishbel…

Le acarició el rostro con ternura, y ella tomó sus últimas fuerzas para apretar su mano.

—Yo me voy con el hombre que amo, y tú, debes prometerme que retendrás a la mujer que amas y la harás tu esposa.

—Ishbel, no…

—Y lo harás rápido —interrumpió, severa—. No dejes que ningún rey se interponga. No dejes que su cabezonería te aparte de ella. Ayla tiene el corazón herido, pero te sigue amando. Ahora debes curarla, con tu paciencia y tu amor. Dile lo que siempre ha guardado tu corazón y sé feliz. —La sonrisa se ensanchó aún más—. Struan la querrá, siente fascinación por ella. Será una buena madre para él, y una buena esposa para ti. Os perdonaréis y amaréis. Y yo me iré feliz de este mundo cuando me des tu palabra de que será así.

Lachlam no recordaba la última vez que había llorado como un niño, pero esta vez lo hizo, en silencio y abrazado al cuerpo de su esposa.

—Prométemelo, Lachlam.

Él asintió con los ojos cerrados antes de besarla con todo el amor que sentía por su amiga y fiel compañera.

—Te lo prometo, Ishbel.

La cabeza de su esposa descansó sobre su pecho y así abrazados se quedó dormida.

No volvió a despertar.

CAPÍTULO 21

Dairine descendió por los peldaños de la torre circular. Al llegar abajo, abrió la puerta para salir al patio. El clan estaba reunido. ¡Qué diferentes había sido las celebraciones de antaño! Esa, desde luego, no era una celebración del fin de la cosecha, era un funeral anticipado. Miró a su alrededor y mientras se ajustaba la tela de tartán sobre los hombros, se acercó a una de las hogueras. Algunas de las mujeres la saludaron, preguntando por su hermana. Por supuesto, su semblante era sombrío ante la inminente marcha de esta.

Una gaita sonó al otro extremo del patio, un canto de despedida para la señora de los McDonald. Se palpó la emoción en el ambiente.

Dairine se había sentido desplazada cuando Lachlam la echó de la habitación, pero ¿qué otra cosa podía hacer?

De pronto su corazón se saltó un latido, una figura encapuchada se paseaba entre los miembros del clan que apenas se percataron de su presencia. Dairine abrió la boca, pero no supo muy bien por qué, no quería llamar la atención de la hechicera.

Los cabellos rubios bajo la capucha, su espigada silueta, esos andares parsimoniosos. ¿A qué había venido?

Si alguien la veía allí, puede que sus planes no fueran tan perfectos como ella hubiera creído.

Con ojos ávidos buscó a Braden McDonald entre el gentío. Fue fácil reconocerle entre todos los demás. No por su cicatriz, que no mermaba su atractivo, sino porque eran el único corrillo que charlaba y reía más animado mientras los demás lo hacían en un tono pausado.

Se acercó lo suficiente como para no llamar la atención, y cuando sus ojos quedaron cosidos en una mirada de reconocimiento, Braden se despidió de sus hombres.

—¿Qué ocurre? —le preguntó a Dairine.

—La bruja está aquí —sus ojos la buscaron entre la gente, pero el fantasma del bosque había desaparecido—. Encuéntrala.

—¿Y luego qué?

—Mátala. Ella ha envenenado a mi hermana.

***

La belleza rubia guio sus pasos hacia la torre, ascendió uno tras otro los peldaños que daban a la alcoba de la señora de los McDonald y al llegar, ni siquiera se molestó en llamar a la puerta. Pero se quedó en el umbral respetando el espacio con el laird que abrazaba a su esposa.

La escena era desgarradora. El laird lloraba en silencio la muerte de su esposa arrodillado a los pies del lecho, con el rostro apoyado en la mano de su esposa. Ella descansaba con una expresión apacible, incluso desde esa distancia, la mujer pudo ver que se había marchado en paz.

Lachlam percibió su presencia y se incorporó. La miró con lágrimas en los ojos.

—Ya se ha ido.

La muchacha se quitó la capucha y lo miró con tristeza.

—Ya te lo dije, no había salvación. —Se acercó, deteniéndose a dos pasos de distancia,

aguardando a que él se pusiera en pie. No lo hizo, pero sí respondió.

—Pero tenía que intentarlo.

—La curandera parece una buena mujer.

Lachlam no contestó de inmediato, dejó el cuerpo de Ishbel y le besó la frente. Cuando se puso en pie, no pudo dejar de mirarla durante unos momentos y Freya se acercó más a él, colocándose a su lado. Solo entonces, Lachlam vio que portaba una cesta con flores.

—Prepararé su cuerpo para el viaje tal y como me enseñó mi tía —dijo, sacando las flores para colocarlas a los pies de la señora—. Es lo mínimo que puedo hacer después de que me dierais cobijo en la isla.

Lachlam cerró los ojos y suspiró.

—No fue cobijo, fue un favor a tu padre. Él y tu madre siguen esperándote en Irlanda.

—No regresaré —respondió, con la mirada perdida—. No pienso casarme y no van a obligarme.

—Por supuesto que no van a obligarte.

—Y, no obstante —dijo la muchacha como si él fuera realmente estúpido—, cuando vea los ojos suplicantes de mi madre, cederé a su chantaje. —Negó con la cabeza, firmemente—. No. Me quedo aquí.

—¿Cómo el fantasma del tejo? —sonrió, sin ganas, al recordar cómo la había llamado Ayla y Struan.

Freya se encogió de hombros.

—Como la chica de las hierbas.

—La gente piensa que no quisiste ayudar a Ishbel.

—Tú sabes que eso no es cierto, y ella —dijo, mirando a Ishbel, que por fin descansaba en paz—, también lo sabía. Me duele su partida, pero el veneno ya estaba demasiado arraigado, prolongar su vida solo habría sido vivir en agonía hasta el desenlace inevitable.

—Así que tú también piensas que era veneno.

—¿Lo piensa tu curandera? —preguntó, mirándolo con curiosidad.

Él asintió.

—Y yo me doblego ante vuestros conocimientos —respondió en tono neutro, pero apretando los puños—. Si las dos decías que era veneno, sea. Pero eso solo me da un objetivo en la vida, y es llevar a la tumba quien ha hecho esto.

—Será difícil —aseguró Freya—. Todos amaban a Ishbel, quizás ella misma se envenenó sin saberlo… Será difícil…

—Pero no imposible —sentenció Lachlam.

Cuando Freya lo miró de nuevo, la compasión y bondad que anidaba en ese hombre, había desaparecido por completo. Su mujer había muerto. Buscaba un culpable. Y, sin duda lo encontraría.

***

Dairine tomó la mano de Braden cuando nadie miraba y lo arrastró hacia los establos. No lo soltó hasta asegurarse de que no había nadie que pudiera escucharlos. Se pegó a la pared del fondo, mientras los caballos, inquietos por su inesperada presencia soltaban algún que otro resoplido.

—Dairine —Braden susurró su nombre, convenido de que, si una mujer lo arrastraba

hacia un lugar oscuro, quería intimidad con él. Pero lejos de permitir tocarla, Dairine le golpeó las manos.

—¡Mátala!

—No puedo matarla, así como así. Lachlam vigila, y ella es muy astuta —se quejó Braden.

—Dijiste que la matarías, por mí.

Él resopló.

—Tú también lo intentaste y fracasaste.

—Al menos mis intentos no fueron tan estrepitosos como el tuyo —se enervó Dairine—. ¿De veras contrataste a buenos mercenarios? Ella los despachó en un instante según Struan, y la bruja hizo el resto ensartándole a uno de ellos una flecha en el cráneo.

El laird chasqueó la lengua, de verdad que no podía creer que esas mujeres fueran tan problemáticas. ¿Qué mujer sabía luchar hoy en día?

—Por esa metedura de pata, ahora Lachlam ya sabe que alguien intenta matarla.

—Sí, —convino Braden como si le estuviera dando la razón a él—. Ahora lo sabe, por eso será tan difícil.

Dairine chasqueó la lengua. No le gustaba nada que la contradijeran.

—Me da igual como lo hagas, pero lo harás. Me diste tu palabra —él dio un paso amenazante hacia delante, pero ella no se amedrentó. Alzó el dedo índice y se lo clavó en el pecho—. Tú me pediste oro. Y yo te lo di.

Braden gruñó.

—Oro que ha ido a manos de Lachlam McDonald y que pasará a ti en cuanto te cases con él.

—Veo que lo has entendido —sonrió, complacida—. Me casaré con él. Ese era el trato. Y por eso necesito que te libres de la bruja.

—¿De Freya?

—¡De Ayla!

Ambos se quedaron callados para calmarse, pues eran conscientes de que estaban vociferando demasiado y los caballos se pusieron aún más inquietos. Era mejor calmarse y no llamar la atención.

—Hasta ahora he bailado al son que tocas, Dairine —dijo, con mirada amenazante—. Pero estoy perdiendo la paciencia.

—Tú solo quieres una cosa y cuando sea la señora de esta casa, la encontraré y te la daré.

—Llevas aquí un año y no has encontrado el tesoro de Santa Margarita .

—No, pero solo porque mi hermana se ha negado a decirme donde está. Es un secreto del laird para con su señora. Cuando ella muera y yo sea su esposa, el mismo Lachlam me dirá donde esconde los tesoros de la santa y yo te los daré. —Ella podía ver la codicia en ese hombre, no iba a arriesgarlo todo ahora que estaban tan cerca—. Yo tendré lo que quiero, que es a Lachlam y tú, serás rico.

—¿Y tu maridito no te desollará por robarlo?

—¿Crees que se dará cuenta? —rio con cara de ángel—. Como tú dices llevo un año aquí, nunca ha hecho nada sospechoso, nunca salen con oro de la fortaleza y tampoco vuelven con más dinero del que se llevan. Si el tesoro está enterrado, nunca lo han sacado a la luz. Cuando sepa dónde está, tú te lo llevarás y con suerte podrás gastarlo durante años antes de que Lachlam se de cuenta de que falta.

Sí, conociendo a Lachlam tenía lógica lo que decía Dairine. Al fin y al cabo, los

McDonald eran un clan próspero, estaba convencido de que el laird no había pasado penalidades y que por ello no había echado mano al tesoro. Lo estaba reservando para cuando vinieran los tiempos difíciles, y al ver como prosperaban, difícilmente llegarían pronto.

—Bien, —se convenció Braden—. Te libraré de tu competencia. La curandera morirá.

—Y la bruja también.

—Para eso deberás convencerme —la miró con lascivia y Dairine miró sobre su hombro para cerciorarse de que no hubiera nadie más. No lo había.

—Mátalas a las dos —le dijo, acercándose hasta que sus suaves botas tocaron las puntas de las de él.

Tiró de él hasta resguardarse mejor de miradas indiscretas. Los dos amantes se ocultaron entre las sombras, para disfrutar de su peligroso juego.

Las manos de Braden volaron hacia sus pechos generosos y los acarició con tosquedad. Ella reprimió un gemido de placer, mientras echaba el cuello hacia atrás, permitiéndole que desatara el lazo de su escote y liberara sus pechos.

Dairine empezó a gemir, mientras las caricias y los besos de Braden le arrancaban los placeres de la carne. Sus manos, delicadas, acariciaron el fuerte pecho masculino para después marcarle la piel con sus uñas.

Alzó su rodilla, buscando apretarse contra el hombre, y él no tardó en seguirle el juego. Los dedos masculinos se adentraron bajo sus faldas hasta encontrar su cálida suavidad.

—Oh, señor… —gimió al sentir tal placer que la hizo morderse el labio inferior hasta casi hacerlo sangrar.

—Oh, ¿no es maravilloso saber lo que uno quiere del otro? —dijo mientras sus labios besaban el nacimiento de sus senos, redondos y turgentes.

Dairine cerró los ojos y asintió. Cada caricia de ese hombre la trasportaba más cerca del abismo.

—Aah…

—Te deseo tanto… —lamió un pezón y luego otro—. Reconsidera tu objetivo. Podría matar a Lachlam McDonald después de que te confiese donde está el tesoro. Entonces, podrías venir conmigo, divertirnos como hemos hecho siempre.

Ella lo miró con sus ojos azules cargados de excitación.

—No, Lachlam será mío —dijo aguantando un gemido de placer—. Me pertenece. Debió casarse conmigo, tal y como me había prometido mi padre, pero el muy imbécil eligió a Ishbel. —Negó, dejando reflejar la rabia que sentía en sus ojos—. Se casará conmigo. Es más fuerte y poderoso que tú. ¡Es mío!

Furioso por la negativa, le abrió más las piernas haciendo que se enroscaran por completo en su cintura.

—Deja que te muestre cuan poderoso puedo llegar a ser —gruñó, agarrándola por las nalgas. Se subió el kilt, mostrando su orgullosa virilidad.

Dairine lamió sus labios y sonrió, seductora.

—Hazlo —exigió, bajando la mano hasta su entrepierna y apretando el bulto sobre su kilt —. Oh, sí… déjame sentir tu poder. Grande, duro… ¡fuerte!

Dairine sabía que nada subía más el ego de un hombre que esas tres palabras, por eso los labios de Braden se curvaron en una sonrisa de satisfacción.

Con una rápida estocada se hundió en su calidez. Dairine abrió la boca y expulsó un silencioso grito.

Braden se sacudió, empezando un ritmo que los enardecía a ambos. Gruñía con cada dura

embestida. Sí, era grande y poderoso y Dairine lo disfrutaba desde mucho antes de que su estúpido esposo muriera. Era una bendición que Braden siempre hubiera demostrado debilidad por ella. Una ventaja que iba a aprovechar.

—Oh, Braden —gimió contra su oído, cuando pudo notar la piel de su dura carne embistiéndola una y otra vez—. Sigue —exigió, tirándole del pelo— ¡Más fuerte! ¡Más rápido!

Braden obedeció. Siguió atravesándola, una y otra vez, disfrutando de los jadeos femeninos contra su oído, gozando de sus uñas que se clavaban en su espalda. Era una mujer bella y olía a sexo. Sus senos se movían con cada acometida y sus labios jugosos expulsaban sensuales gemidos. Apretó más fuerte sus nalgas y aumentó el ritmo.

Hasta que, en una última y potente estocada, se derramó, vaciándose por completo en el interior de esa dama que lo tenía embrujado.

—Cielos, Dairine, solo tú eres capaz de darme tanto goce. —Sin salir de ella, la miró a los ojos—. Haré lo que me pidas, siempre que no se te ocurra negarme esto.

—Pero cuando me case con Lach…

—Cuando te cases con ese imbécil, vendrás a mi cama como la puta que eres.

Ella no se ofendió por sus palabras y menos cuando los labios de él se lanzaron contra sus pechos y se dieron un festín con ellos.

—No voy a renunciar a ti —le clavó la mirada enloquecida por lo que solo ella le hacía sentir. Le pellizcó con fuerza los pezones tal y como sabía que a ella le gustaba.

—De… de acuerdo —gimió excitada de nuevo—. Pero líbrame de ellas. Ayla y Freya deben morir.

Acarició su cicatriz y besó su boca. Jugueteó con su lengua y le mordió el labio inferior hasta casi hacerlo sangrar. Disfrutaba no sólo del acto carnal, sino de saber que era capaz de poseer a cualquier hombre que deseara, en cuerpo y alma. Con una sola mirada, todos caían rendidos a sus deseos más oscuros. Braden no era una excepción, la diferencia estaba en que Braden gozaba con los mismos juegos que ella. Deseaba lo que le hacía, el golpe de su cinturón, los dientes en su carne, las manos pellizcándola hasta hacerla gritar…

—Vuelvo a estar muy duro —gimió contra su cuello, pero ella lo empujó haciendo que se apartara un poco para mirarle a los ojos.

—Sé paciente y verás como la hierba se convierte en leche —ronroneó, seductora, para después lamerle la barbilla—. Mi hermana está a punto de morir, si no lo ha hecho ya, y puedo asegurarte que, cuando eso suceda, yo seré la nueva señora del clan McDonald. Entonces obtendrás tu tesoro y yo a Lachlam.

Braden sonrió, su crueldad… tenía que reconocer que lo excitaba.

—Es tu hermana —lamió su barbilla, y tomó su mano para guiarla y que comprobara lo duro que estaba—, ¿no sientes ni una pizca de compasión?

—El que tenga miedo a morir que no nazca.

Una risa cruel reverberó en su oído, y eso provocó que su verga se endureciese aún más. Sus crueles palabras lo estimulaban y la besó de nuevo con ímpetu.

La empujó contra la pared con violencia y volvió a penetrarla mientras en el exterior empezó a escucharse el lamento de una gaita.

CAPÍTULO 22

Ishbel McDonald había muerto. No empezaba la segunda semana de octubre cuando su alma abandonó el mundo de los vivos. Antes de ser enterrada en la pequeña capilla exterior, más allá de la primera colina, se celebró el ritual que los McDonald llevaban realizando desde que se tenía memoria.

El día amaneció gris, y una suave llovizna los cubrió, como si el mismo cielo hubiese roto en llanto. El cortejo fúnebre acompañó a la dulce dama hasta la orilla de la playa pedregosa, donde las suaves olas lamían las verdes algas. Allí la depositaron, sobre una barca a rebosar de flores, y así dio su último paseo por la pequeña bahía, acompañada por su esposo y su hijo. Mientras Lachlam remaba, el pequeño Struan mantenía la vista al frente, con una gravedad impropia de un niño de cinco años. Pero su expresión se suavizó, incluso llegó a sonreír al darse cuenta de que, junto a ellos, una orca y su cría, los acompañaban. Pensó que ese era el último regalo de su madre, que le sonreía desde el cielo. Jamás olvidaría ese momento.

Ayla miraba la escena con el corazón encogido, junto a Maery, que lloraba en silencio. Las gentes de la fortaleza se habían reunido sobre el acantilado e hicieron sonar con las gaitas una triste canción de despedida. El mar estaba en calma, plano como la plata pulida de un espejo, acogiendo a Ishbel McDonald.

Después, tras su regreso, el cortejo fúnebre se dirigió a la capilla donde se encontraba el cementerio del clan.

En el interior de la pequeña capilla, se llevó a cabo una misa con el cuerpo presente. Su rostro iba cubierto con un velo de lino blanco, y las delicadas manos entrelazadas en el pecho sostenían una cruz de plata. Sobre su cabeza descansaba una corona de flores silvestres, las que a ella más le gustaban.

En la capilla, Dairine lloraba desconsolada, ocupando el primer banco frente al altar. De vez en cuando acariciaba la cabeza de Struan, sentado a su lado, y apretaba la mano de Lachlam totalmente indiferente a sus muestras de afecto. Los McDonald, llenaban la iglesia, liderados por Ethan. Toda expresión alegre, la cual siempre lucía en el rostro, había desaparecido y su porte regio era digno de un gran señor. Braden, alejado, también rindió homenaje con su presencia y la de sus guerreros.

Maery se sentó junto a su nieto y se ofendió al ver que Ayla no estaba a su lado y había preferido ocupar el banco de la última fila. No era la única, pues Freya que, aunque no compartía la devoción por su Dios, también había decidido acompañar a la familia por respeto, permaneciendo en la capilla. Fue ella junto con Maery y Ayla se habían preocupado de preparar el cuerpo de Ishbel, untándolo con ungüentos florales y vistiéndola con un hermoso vestido blanco con bordados de oro.

El sacerdote usó hermosas palabras para su despedida.

—Su alma ascendió a los cielos, tal y como le pidió a su amado esposo, con la ventana abierta y reconfortada por un hermoso y cálido abrazo.

Habló de su compasión y bondad, y con cada palabra el corazón de Ayla se estrujaba, viendo con claridad cuanto había ganado Lachlam al cambiarla por Ishbel. Lloró en silencio mientras la ceremonia concluía.

Aunque padre e hijo estaban rotos por dentro, ninguno de los dos mostraba su dolor. Miraron al frente, estoicos, mientras las gaitas los acompañaban hacia el cementerio, después de

la misa del padre Lias.

El cuerpo de Ishbel fue enterrado bajo una gran losa de piedra donde habían tallado su silueta, y palabras en latín sobre lo hermosa y buena que había sido en vida. Reposaría eternamente junto a un gran roble de ramas cargadas de verdes hojas que abrazaba a los antepasados de los McDonald.

Llegó el momento del descanso eterno y Lachlam y Struan, ayudados por Ethan y tres más de sus hombres, deslizaron la piedra del sarcófago, mientras los llantos de las mujeres se intensificaban.

Ayla no se atrevió a mirarlo ni un solo momento.

Sentía el corazón acelerado y un fuerte nudo en el estómago, pues aún lo amaba. Lloraba la pérdida de Ishbel en silencio, pero también sentía el dolor de Lachlam como suyo.

No pudo sentirse más culpable cuando el dulce rostro de esa buena mujer desapareció para siempre bajo la roca.

Ya de noche, se escucharon los lamentos por toda la fortaleza McDonald.

La señora había muerto, y los corazones de su clan estaban rotos. Ayla sabía que debía enfrentarse a la realidad, salir de la capilla en la que se había refugiado después de preparar a Ishbel para su entierro.

No pudo soportar el llanto de Struan, enfadado con todo y con todos, incapaz de comprender que su madre se había ido y que nunca más regresaría. Tampoco pudo enfrentar la mirada vacía de Lachlam, ni las otras miradas acusadoras de los McDonald que la culpaban a ella por no haberla salvado.

Ayla se limpió las lágrimas con las mangas del vestido y miró hacia la enorme cruz. Rezó una última plegaria antes de que una mano amiga se pusiera sobre su hombro para ofrecerle consuelo.

—Lo has hecho bien, hija —dijo Maery.

Pero entonces, Ayla negó con la cabeza y fue como si todos sus temores estallaran dentro de ella. Lloró más fuerte.

—¡No! No lo he hecho bien, Maery —dijo, sin consuelo—. Ella está muerta, y yo… yo… no pude salvarla.

Maery la abrazó con más fuerza.

—Llora, llora si lo necesitas. Pero mañana… nos despediremos y deberemos recordar que la vida es para los vivos.

No supo que querían decir esas palabras, pero una figura que se ocultaba detrás de una de las robustas columnas de la galería, asintió.

Sí, se dijo Dairine, la vida es para vivirla los vivos, y ella iba a recordarle a Lachlam McDonald que su mujer estaba muerta, pero que ella estaba muy viva. Era joven, podía darle hijos, hacerle feliz.

Sí, en cuanto se casaran, olvidaría a su hermana y solo viviría para ella. En cuanto… se deshiciera también de la curandera.

***

Cuando Ayla salió de la capilla, ya era de noche y al entrar en el castillo ya se estaba

preparando la cena. A pesar de los ruegos de Maery, Ayla se disculpó para no asistir. No deseaba ver a nadie, y tenía que pensar que iba hacer ahora que la señora ya no estaba.

—Debes comer algo, hija —Maery le ofreció nueces y algunas bayas, y después un trozo de pastel de carne que la anciana le obligó a degustar.

Ayla tuvo que ceder a pesar de su poco apetito, pues la abuela, siempre amable, era testaruda como una mula y jamás aceptaba un no por respuesta.

Quien tampoco se quedó en el salón, fue Lachlam. Se ocupó de su hijo y después de acostarlo, se recluyó en su alcoba, con un barril de wiski como única compañía.

Estaba desolado. Furioso. Roto por dentro.

Aquella noche, el laird permanecía en pie, junto a la ventana de su alcoba, observando el mar embravecido que golpeaba las rocas del acantilado sin piedad. Parecía un gigante de agua y sal, furioso porque el cuerpo de la dulce Ishbel no descansara en su lecho. El viento le agitaba la melena y el frío se clavaba en su piel, hiriéndolo como cuchillos. Pero acogía el dolor con la intención de paliar el sufrimiento de su corazón, que no menguaba. El salitre se le pegaba al rostro, y la humedad se mezclaba con sus lágrimas. Unas lágrimas que jamás creyó que derramaría por su esposa, pero al conocerla… ¿cómo no entender que era un ángel con la misma desdichada suerte que él?

Había sido un matrimonio concertado, Lachlam no la había amado entonces, pero con el tiempo había nacido entre ambos el cariño, el respeto, la complicidad y también otra clase de amor: Un amor paciente y pausado, que le había dado la paz que tanto necesitó cuando el rey lo obligó a abandonar la idea de casarse con Ayla McLeod.

—Oh, Ayla…

Pensó en ella y en la promesa que le había hecho a Ishbel.

Recordó sus palabras. *Será una buena madre para él, y una buena esposa para ti. Os perdonareis y amareis. Y yo me iré feliz de este mundo cuando me des tu palabra de que será así.*

La culpabilidad le golpeó el pecho sin piedad. Porque, a pesar de que fuera el último deseo de Ishbel, él lo haría gustoso, porque la amaba. Amaba a Ayla McLeod como no podría amar jamás a ninguna otra mujer. Entonces ¿realmente se casaría por cumplir su palabra? ¿o era lo que deseaba, incluso antes de que su mujer falleciera?

—Estás borracho, Lachlam McDonald —dijo, mirando la copa de madera, que contenía el ambarino líquido—. Al tiempo que lloras a tu esposa, tu cuerpo se estremece al pensar en otra mujer.

A una mujer a la que no has dejado de amar durante todo este tiempo.

Las lágrimas recorrieron su rostro de nuevo, pero esta vez eso lo enfadó tanto que lanzó la copa al embravecido mar.

Después de la cena, por la ausencia de Lachlam y por respeto a Ishbel, en el castillo reinó un silencio sepulcral.

No se escuchaba ni un respiro, a parte del viento que azotaba los muros con fuerza y, a lo lejos, las olas rompientes en el acantilado. Todos se habían retirado a descansar. Todos, menos Ayla.

A ella le resultaba imposible dejar de pensar en Lachlam mientras paseaba en círculos por su habitación.

Estaba inquieta.

Ahora que su misión había desembocado en fracaso, ya no tenía nada más que hacer en tierras McDonald y debía iniciar su viaje de regreso. Con fortuna, llegaría a tiempo para el nacimiento de su sobrino, pues Megan salía de cuentas en sólo una semana. Sí, su deber era regresar a su isla, con los suyos, a quienes amaba y les debía lealtad, pero… Oh, cielos, ¿por qué dudaba? La respuesta estaba clara: no quería dejar a Lachlam. Aún no. Sentía que la necesitaba.

Oh, maldito fuera su corazón, que se sobresaltaba con sólo pensar su nombre.

De súbito, todo el rencor hacia él se había transformado en pena, compasión y... deseo.

—¡Oh! Ayla —se reprendió.

Pero era inevitable. El deseo siempre había estado ahí. Se trataba de amor en su estado más puro. Le quería, y le preocupaba su tristeza. Ardía en deseos de irrumpir en su alcoba para darle un abrazo de consuelo, decirle que todo estaría bien, aunque en el fondo de su corazón no tenía la certeza de que fuera a ser así.

Alguien llamó a la puerta y dio un respingo, sobresaltada.

Tras reponerse, entrelazó las manos y aguardó.

—Adelante.

Cuando Maery entró en su habitación, acompañada por el pequeño Struan, suspiró aliviada, pero cuando miró al niño, se agitó por la culpa. Era la primera vez que lo veía desde el entierro de su madre y no había podido hablar con él aún. Le dedicó una sonrisa y lo saludó, temerosa de su reacción.

—Hola, Struan —luego miró a la abuela, que tenía apoyadas las manos sobre los hombros del niño—. Maery, ¿qué se te ofrece?

—Hola, querida —saludó la anciana—. Lamento las molestias, sé qué es tarde, pero Struan ha tenido una pesadilla y ha pedido verte antes de volverse a dormir.

—Struan… —Ayla se agachó para ponerse a su altura, y él la miró fijamente, quedándose en el sitio.

—No has podido salvar a mi madre —le dijo, barbilla en alto y Ayla se estremeció de tristeza.

—Lo siento tanto —respondió, con voz entrecortada.

Pero la expresión del niño no era de reproche. Había algo más en el brillo de sus ojos que no tardó en revelar.

—Quería decirte que no te culpo, hiciste todo lo posible por ayudarla, lo sé. Pero a veces las cosas no salen como uno quiere.

Ayla tragó saliva e hizo auténticos esfuerzos para no llorar. Era tan inteligente y maduro… Cielos, su corazón se rompía por momentos al ver la entereza en ese rostro infantil.

—Gracias, Struan —susurró, aliviada y entristecida, a partes iguales.

—Pero hay algo más.

El niño la miraba con la barbilla en alto, como un pequeño señor de las Highlands.

—Dime en qué puedo ayudarte y haré todo lo que esté en mi mano.

—¡Deseo venganza! —exclamó, con los puños apretados.

—¡Struan! —exclamó la abuela, sorprendida.

Ayla lo miró, con extrañeza y preocupación.

—Pero Struan…

—Mi madre fue envenenada, lo sé. Todos en el castillo hablan de lo mismo, aunque creen que no los oigo. Te señalan a ti, pero yo sé que tú nunca harías daño a mamá.

Maery quedó tan desconcertada como Ayla. ¿El clan la culpaba? Era cierto que había visto miradas de rencor, pero pensó que se debía a que no pudo salvarla.

—Dios mío —Maery se llevó la mano a la boca.

El niño continuó hablando, ajeno a los pensamientos vertiginosos de las dos mujeres.

—¡No pienso descansar hasta que el culpable pague con su vida! ¿Me ayudarás, Ayla?

¿Cómo podía un niño tan pequeño mostrar tanta entereza y hablar con tal madurez? Oh, no, no podía. Pues tras decir eso, volvió a ser un niño de cinco años. Su rostro demudó, corrió hacia ella y rompió a llorar entre sus brazos.

Ayla lo consoló, ante la apenada mirada de Maery, que tampoco pudo contener sus lágrimas. Cuando Struan se calmó, Ayla se separó ligeramente para mirarle a los ojos. Le acarició el rostro y le apartó el pelo de la cara, que se había pegado a sus lágrimas.

—Entiendo que estés enfadado, eres inteligente y valiente y sé que llegarás a ser un buen laird —empezó a decir—, pero por el momento debes tener paciencia y actuar con cautela. No hables de esto con nadie, salvo con tu padre si sientes la necesidad. Pero, Struan… —el niño escuchó con atención—. La venganza es algo que le corresponde a tu padre. Él es el laird, y él debe impartir justicia.

El niño asintió y el rostro de su abuela se relajó.

—De acuerdo —cedió—. Te haré caso, Ayla.

—No esperaba menos de ti, Struan McDonald —respondió, revolviéndole el pelo—. Y ahora, a dormir. Mañana será un nuevo día.

Antes de disponerse a salir de la alcoba, Maery miró al pequeño.

—Struan, aguarda afuera, tengo que hablar con Ayla de algo importante.

—Vale, abuela —asintió—. Buenas noches, Ayla.

Cuando el pequeño salió de la habitación, Maery se acercó a Ayla y le susurró en voz baja:

—Gracias, querida, por haberle quitado esa idea horrible de la cabeza.

—Es muy inteligente para su edad y se da cuenta de todo. —Pero ambas mujeres se miraron con fijeza—. Pero es descorazonador saber que me culpan.

—Oh, niña… —gimió—. Habla con Lachlam, él sabrá qué hacer.

—Hablaré con él, cuanto antes me marche, mejor para todos.

Maery se sorprendió y no gratamente. No deseaba su marcha, ella había albergado la esperanza de que se quedara.

—Lachlam… me preocupa —dijo Maery—, ¿podrías ir a hablar con él y ver como se encuentra?

—¿Ahora? —preguntó algo inquieta.

—Sabes que te necesita. Jamás lo he visto así. —Sólo Ayla era capaz de hacerlo reaccionar—. Sería bueno para él que fueras a verle esta noche. Tal vez de ti acepte algo de comer y entre en razón.

Ayla tragó saliva. Pareció pensárselo hasta que finalmente asintió.

—De acuerdo.

Cuando Maery y el pequeño Struan se marcharon, Ayla soltó todo el aire contenido. Pero no quiso pensar más, pues si lo hacía, se arrepentiría de su decisión.

Salió de su habitación y se encaminó a las cocinas. Encontró en una olla algo de estofado que había sobrado de la cena. ¡Olía de maravilla! Tomó algo de pan y varias manzanas y salió de la cocina con una bandeja en las manos.

CAPÍTULO 23

Cuando llegó a la alcoba del laird, fue a llamar a la puerta, pero su puño se quedó a escasos centímetros de la madera. Cerró los ojos y tomó aire con lentitud.

¿Era una buena idea?

—Oh, ¡al cuerno!

Dio varios golpes y esperó. Como no obtuvo respuesta, se decidió a entrar. Empujó la puerta con el hombro y entró en la habitación, únicamente iluminada por el fuego de la chimenea. Las velas estaban apagadas, pues la ventana estaba abierta y por ella se colaba un fuerte viento. Miró los tapices, agitados por el aire. Cuando dejó la bandeja sobre la mesa y fue a cerrar la ventana se topó con la figura del laird entre las sombras.

—¿Lachlam? —frunció el ceño y dio un paso hacia él.

Pareció escucharla, porque movió ligeramente la cabeza hacia el lado derecho, mirándola por encima del hombro. Pero continuó de espaldas a ella, volviéndose de nuevo hacia el cielo nocturno. Ayla observó el movimiento de sus cabellos rojos y las escasas ropas que vestía, el tartán y una fina camisa blanca, que se sacudían por las rachas de viento.

—¡Lachlam! —Tuvo que gritar su nombre al llamarle por tercera vez.

Él se dio la vuelta, y la encaró. En sus ojos pudo ver reproche, era evidente que deseaba estar a solas, pero al reconocerla, su expresión varió a la sorpresa y después se contrajo de dolor.

—Ayla.

Ella asintió.

Su corazón se tiñó de pena, frente a ella tenía a un hombre roto, un hombre de duelo.

—Cielos, vas a helarte, cerraré la ventana —dijo mientras lo hacía para que él no pudiera protestar— ¡Ve a sentarte! Vamos, te he traído algo de comer.

Lachlam la miró con dureza, pero sin intención de reprenderla por su atrevimiento. Nadie en su sano juicio le habría hablado de semejante forma, ni aquellos momentos ni nunca, mucho menos en sus aposentos. Tal vez Maery se habría atrevido, pero Ayla tenía un fuerte carácter, era sabido por todos. Cedió, porque entendía que no podría ganar esa batalla, ni ninguna otra que involucrara a Ayla.

Una triste sonrisa se dibujó en el rostro del laird mientras obedecía. No importaba el humor de Ayla, siempre preferiría su compañía a estar solo, ya fuera tenerla cerca suyo estando enfadada, altanera, impertinente… de la forma que fuera.

Caminó unos pasos y se acercó a la chimenea, tiró un nuevo leño y las llamas rojizas besaron su piel.

Llevaba la camisa desatada, dejando ver su fuerte torso, el cabello revuelto y todos sus músculos estaban en tensión. Ayla tuvo que carraspear para relajarse, pues la imagen que proyectaba ese hombre era… embriagadora.

Carraspeó, sintiéndose azorada.

Era inútil ocultarse sus propios sentimientos: lo deseaba. Al fin y al cabo, era Lachlam. Deseó a ese hombre, como jamás había deseado a nadie. Pero movió la cabeza de un lado a otro para eliminar cualquier pensamiento impuro y después suspiró.

—¿Quieres enfermar? —le recriminó.

—Si eso hará que olvide mi dolor, sea.

—Por Dios, Lachlam... —Calló de repente, pues había estado a punto de llamarlo

estúpido, pero ni él lo merecía, ni tampoco era tal cosa. Sólo estaba sufriendo y ella se encontraba demasiado nerviosa como para guardar la compostura. Debía calmarse, como sabía que era capaz de hacer—. Siéntate y come.

—No tengo hambre.

—No pienso marcharme hasta que te lo acabes —dijo testaruda, aunque con un tono más dulce.

Lachlam pareció relajarse. Se acercó a la mesilla y miró con desgana el estofado. Agradeció el gesto, pero no lo probó.

La miró con un suspiro y se relajó en la enorme silla.

—Nos tienes a todos preocupados —se quejó Ayla.

—Estoy bien, sólo estoy demasiado enfadado como para dar más dolores de cabeza a quienes también sufren esta gran pérdida.

—No, no estás bien.

Él la miró con fijeza.

Ayla se sintió pequeña a su lado, por eso alzó la barbilla y le sostuvo la mirada.

—No creo que entiendas cómo me siento en estos momentos.

No fue un reproche, ni un ataque, pero pensaba en verdad que ella jamás podría entender sus sentimientos. Por un lado, estaba devastado por la muerte de su esposa y por el otro, se sentía culpable por ansiar la compañía de Ayla, por… sentirse tan predispuesto a cumplir la última voluntad de su esposa.

Hablaría más adelante con esa mujer de fuego que lo miraba severamente, pero preocupada. Por mucho que lo odiara por su antigua traición, era evidente que jamás había dejado de preocuparse por él. ¿Acaso ir hacía allí para cuidar de su mujer no era una aprueba de que seguía apreciándolo?

—Gracias —dijo sin más.

Ella parpadeó, pensando que se lo decía por la comida.

—Solo es una bandeja, no quiero que enfermes.

Sin pensar alargó la mano y ella se quedó quieta observando como sus dedos se movían, llamándola, para que los cogiera.

—No me refiero a la bandeja, me refiero a todo, a cuidar de Ishbel, a enseñar a mi hijo a tirar con arco, a… no odiarme.

Ella se envaró y apartó la mirada. Se sintió avergonzada porque parecía que él había descubierto finalmente la verdad, le era imposible odiarle.

—Yo…

Lachlam se inclinó hacia delante y fue él quien cogió su mano y tiró de ella. Antes de saber que estaba pasando la sentó sobre sus rodillas.

—Lachlam, no.

Se puso sería. Fuera o no un gesto sin intenciones pecaminosas, no era correcto. Se levantó, pero fue incapaz de soltarle la mano al ver su mirada llena de pena.

—Por favor —suplicó Lachlam—, solo quédate un instante, en silencio. Solo… quédate.

Ayla tragó saliva. No se sentó sobre sus rodillas, pero acercó un pequeño banquito y se quedó a su lado. Al cabo de unos minutos en silencio, se dio cuenta de que Lachlam aún tenía las manos entre las suyas.

Lachlam cerró los ojos, disfrutando del calor del fuego en su rostro y la tibieza de las manos de Ayla. No podía ocultar cómo reaccionaba su cuerpo con su sola presencia, su pulso se aceleraba, su anhelo y deseo de tomarla, se incrementaba hasta límites realmente dolorosos.

Aunque aquella noche, solo quería su compañía, su consuelo.

La miró con ternura y deseo. Llevaba un sencillo vestido de color verde oliva que se ajustaba perfectamente a su esbelta figura. Siempre lucía esos colores, verdes, marrones y ocres. Su ninfa del bosque, su guerrera, su alma libre… Jamás utilizaba tonos llamativos ni ropajes caros y no porque no tuviera posibilidades de hacerlo, pues su hermano era el señor de las islas. Ayla era libre y había escogido el camino de la humildad, no necesitaba abalorios para adornar su piel de luna, que tanto deseaba acariciar. Sus joyas más hermosas eran sus ojos, que parecían topacios, sus dientes de nácar y su cabello de oro casi blanco, que en esos momentos lucía suelto. Lachlam suspiró, varios mechones descansaban sobre sus delicados hombros, que sabía seguro que eran como el marfil.

Era tan bella, tan deseable. Como la mismísima diosa Danu. No se la había arrancado de la cabeza durante todos estos años y ahora, que la tenía ante sí, a solas, en su alcoba…

Ayla se dio cuenta de cómo la estaba mirando y se esforzó por no reprenderle.

—Lachlam…

Él sonrió. Una sonrisa, apenas un esbozo de lo que un día fueron la representación de su buen humor y gran talante.

—¿No vas a ofrecerme algo de whisky? —le dijo.

—¿No has bebido ya suficiente?

Lachlam hizo una mueca, y ella puso los ojos en blanco.

—Me serviré uno también para mí.

—Gracias —le dijo al ver que llenaba una copa para él y un vaso para ella—. Deseo entrar en calor.

Ella misma se sonrojó por cómo pareció interpretar él sus palabras, dichas con total inocencia.

Lachlam no respondió, pero su mirada se lo dijo todo.

Ayla bebió al tiempo que él también lo hizo, clavando sus ojos en ella, como si quisiera decirle un millar de palabras que se atascaban en su garganta.

—Recuerdo aquella vez que me descubriste en las bodegas de mi hermano —dijo Ayla, sintiendo como el líquido le quemaba la garganta.

Los labios de ambos se curvaron hacia arriba, mientras ella acunaba el vaso con ambas manos.

—Podría asegurar sin temor a equivocarme, que no conozco a nadie que haya cometido más travesuras que tú, Ayla. —Lachlam se sentó a su lado esbozando una gran sonrisa—. Por fortuna, llegué a tiempo para impedir aquella insensatez.

—Habría sido tan divertido si no me hubieses estropeado el plan…

Lo miró de reojo y Lachlam pudo ver que su expresión era la de la niña salvaje que siempre había conocido, su mejor amiga, la mujer que amaba.

—Comían como cerdos, pensé que un poco de laxante…

Lachlam puso los ojos en blanco.

—¿Que los invitados de tu hermano acapararan las letrinas el resto de su visita, era tu plan?

Ayla soltó una carcajada que lo dejó embobado unos segundos. Ella apartó la mirada y se sonrojó.

—Odiaba esas visitas.

—Odiabas todas las visitas.

Ella se encogió de hombros.

—Solo deseaba vivir en paz, solo… nosotros. —Cuando dijo la palabra nosotros, no solo se refería a Lachlam, sino a sus seres queridos. Las visitas de los demás señores, los antiguos amigos de su padre, y después el rey… le sobraban. Habría sido feliz viviendo con Lachlam en mitad del bosque. Y desde niña se juró que eso sería suficiente para su felicidad. Lachlam y el bosque.

Tragó saliva varias veces y parpadeó cuando los recuerdos la pusieron demasiado sentimental.

—Tus travesuras podrían provocar una guerra, ¿verdad?

—Como poco —se burló Ayla—. Gracias por impedírmelo, Lachlam.

—Un placer.

Ambos sonrieron. Pero Ayla volvió a desviar su mirada, esta vez hacia el whisky que aún tenía en la mano. Bebió, degustando su sabor fuerte y con un deje ahumado. Gimió, provocando que Lachlam se revolviera en su asiento.

—Lo que más lamento —empezó a decir mientras se calentaba su estómago—, y lo digo de corazón, es haber puesto un sapo sobre el lecho de Megan, nada más llegar a la fortaleza.

—¡Cielos! Ya lo había olvidado. ¿Cómo fuiste capaz de hacerle eso a tu futura cuñada? Pero si es un ángel.

Ayla asintió, tras soltar una risita musical.

—Yo permanecí escondida, por si le daba un zapatillazo al pobre animal.

—Siempre te preocupas por los animales.

Ayla suspiró.

—Sí, pero más importante que ellos llegó a ser mi cuñada. Es un ángel, en eso tienes razón. Ese día, con cuidado, echó un trapo sobre él y luego lo metió en un cofre. Después pidió dulcemente a su doncella que lo soltara en algún lugar seguro. Ese día se ganó mi lealtad. Me demostró que era considerada y piadosa. Duncan es muy afortunado, ¿no crees?

—Duncan es afortunado en muchos aspectos —la miró fijamente, pero no le dijo que también lo era por tenerla como hermana y haber disfrutado de su presencia, día tras día, durante los últimos cinco años—. Aunque seguro que le habrás dado más de un dolor de cabeza.

—¿Tú crees? —Ambos rieron de nuevo—. Yo también he sido afortunada por tenerlos.

Lachlam la miró con fijeza.

—Megan también es afortunada de tenerte como cuñada. ¿Qué no harías por ella? —le sonrió. En verdad, ¿qué no haría por las personas a las que amaba? —No olvido que intentaste matar a la hermana de Megan.

—Esa zorra sin corazón y el otro, idiota —chasqueó la lengua para después poner una mueca de disgusto en su rostro—. Debiste dejarme tirarlos al mar.

Lachlam soltó una carcajada y después tosió para ocultar su diversión.

—Eran malvados —la miró severa, Ayla.

—Lo eran. El rey ya les dio su merecido.

Ambos asintieron y miraron como las llamas consumían los leños en la chimenea. Habían sido momentos difíciles para los McLeod, pero todo se había resuelto bien, y lo que había sido un matrimonio forzado por el rey, se convirtió en una hermosa unión. Jamás vio una pareja más avenida que Duncan McLeod y su esposa.

Miró a Ayla, su perfil iluminado por el fuego… nunca antes la había visto tan hermosa. Sí, el dolor de la pérdida era más soportable en buena compañía.

Ayla.… Lachlam repitió su nombre en su cabeza, mientras revivía sus aventuras pueriles.

Siempre se habían llevado bien, siempre confiaron el uno en el otro y fueron cómplices

hasta que… Hasta que él acató sin discusión la orden del rey David y la alejó de su lado.

—Megan debe estar a punto de dar a luz —susurró Ayla, y eso le llevó al pensamiento de que no debería quedarse mucho más tiempo en la isla de los McDonald.

Lachlam se tensó.

—¿Eso quiere decir…?

Ayla giró la cabeza y lo miró a los ojos. Se contemplaron largo tiempo, hasta que finalmente ella asintió.

—Que debería irme.

Silencio.

Ayla esperaba que respondiera y Lachlam sentía que era demasiado pronto para abrirse el pecho y soltar todo lo que tenía dentro.

Largo rato después, cuando supo que él no le pediría que se quedara, ella intentó que su corazón tuviera algo de paz.

—Tenías razón, Lachlam.

—¿Cuál de las veces? —preguntó sin comprender.

Ella miró al fuego.

—Tú y yo, jamás hemos sido unos extraños. Y lamento…

Lamento haberte guardado rencor todos estos años. Y aún estoy dolida, pero…

—No lo somos. Y yo también lamento… —Lachlam calló a tiempo.

Se miraron a los ojos.

Ambos deseando fundirse en un abrazo con el otro.

Asintieron, comprensivos.

Ayla, en otra época se habría lanzado a sus brazos sin pensarlo, pero ya no era la misma niña, irreflexiva y enamorada. Ahora sabía contenerse. Lo que no había cambiado era su amor hacia él, lo amaba y deseaba con todo su ser.

Bajó la mirada y movió la punta del zapato, para distraerse de tan inadecuados pensamientos.

Lachlam llevaba dos días pensando en la promesa que le hizo a Ishbel en su lecho de muerte, pero no podía decirle a Ayla, de súbito, que estaba decidido a tomarla como esposa. No la habría asustado, pocas cosas espantaban a esa valquiria, pero sí que habría provocado que se marchara al día siguiente, ofendida. Debía ir despacio, no sólo por ella, también por él. Su corazón todavía necesitaba reposo y a ella tenía que convencerla para que se quedara.

Ayla era ajena a los pensamientos de Lachlam, sin saber que también pensaba en la petición que Ishbel le había hecho, pero sentía que no podía hablarle de ello a Lachlam. Si no decía nada, podría huir más fácilmente, alejarse de él y seguir su vida en paz. Toda la paz que Ayla era capaz de sentir sin Lachlam a su lado.

—He estado pensando en Struan —le dijo Lachlam.

—Es un niño valiente e inteligente —asintió, con una sonrisa sincera—. Será un gran laird.

—Me hace sentir orgulloso, pero —se interrumpió, sin saber cómo continuar.

Ella parpadeó, esperando que acabara la frase.

—¿Pero? —lo animó.

—Oh, Ayla… —se apartó el pelo del rostro y ella tragó saliva.

—¿Qué sucede?

De pronto se vio arrastrada contra su pecho. Se nuevo la había tomado de las manos y la miraba con aquellos ojos, que eran capaces de arrancarle cualquier promesa.

—Yo… —La miró fijamente, y Ayla vio la súplica y el miedo en sus ojos azules—. No te vayas.

La petición la pilló desprevenida. Miró sus manos entrelazadas, después sus ojos llenos de súplica. Tragó saliva e intentó retirarlas sin éxito.

—Lachlam…

—No te vayas de nuestro lado. Quiero que te quedes.

La confesión la dejó perpleja e inmediatamente después, se olvidó de respirar.

—Pe… pero…

—Struan te adora. Y te necesita.

Yo también te necesito. El pecho de Lachlam subía y bajaba, el corazón bombeaba como si se le fuera a salir del pecho.

Te necesito a mi lado, sin ti siento que me falta el aire. No sé cómo podré superar este dolor.

Si aún, a causa del duelo, no podía hacerla suya, al menos quería tenerla cerca. La quería a su lado. La necesitaba.

—Quédate.

Cuando ella empezó a negar con la cabeza, él se apresuró a continuar, al tiempo que le apretaba con más fuerza las manos.

—Yo…

—Podrías seguir instruyéndole con el arco, e incluso podrías llevártelo a cazar.

—Pero… Lachlam.

—Quédate, Ayla.

Su porte era regio y decidido, pero su mirada suplicante.

Oh, ¡qué difícil estaba siendo negarse!

—Aceptaría, Lachlam. Por la amistad que nos une. Pero…

Pero me duele, aún me duele verte día tras día.

Y no estaba segura de ser capaz de cumplir la petición que le hizo Ishbel. Esa noble mujer deseaba una madre para su hijo, y que su marido tuviera consuelo, pero ¿era ella la indicada?

—Megan está a punto de dar a luz…

—Esa es una excusa para abandonarme, bien lo sabes —Lachlam se puso en pie y se alejó de ella. Volvió a mirar hacia la ventana, como si la visión del mar calmara a todos los fantasmas de su corazón.

—Lachlam, yo… —Vio tanto dolor en él, que se sintió culpable de quitarle el único consuelo que le pedía.

Se acercó a él y lo escuchó rogar.

—Quédate —se dio la vuelta para mirarla. Esos ojos azules como el mar, eran tan difíciles de ignorar…

El corazón le latía tan rápido, le flojearan tanto las rodillas que Lachlam dio un paso hacia ella.

—Debo marcharme, estoy cansada. —Intentó alejarse, pero él la retuvo.

Tomó su mano, y como había hecho antes, tiró de ella, estrechándola contra su pecho.

Ayla cerró los ojos por instinto y apoyó la mejilla contra su pecho. Sintió el aliento de Lachlam sobre su cabeza. Sus manos eran tan cálidas al abrazarla y extenderse por su espalda…

—Lachlam… —susurró sin fuerzas.

—Quédate —repitió. Se lo repetiría tantas veces como fuera posible, hasta que cediera.

Notó el roce de sus dedos en el mentón e hizo que lo alzara hacía él. Sus miradas quedaron cosidas y él fue acercándose más, y más.

La atrajo hacia su boca y se quedó a escasos centímetros, sin atreverse a besarla.

—Ayla…

Estaba pidiendo su permiso, o tal vez rezando para que no se apartara, para que no esquivara aquel beso que deseaba desde hacía años, ofrecerle.

La cercanía de su cuerpo, apretándose contra el suyo, las poderosas manos de Lachlam, rodeando su espalda, el aliento de ambos entremezclándose… Todo era demasiado íntimo, demasiado esperado. Deseado.

Cerró los ojos para sentir su boca sobre la suya.

La mano derecha de Lachlam, abandonó la espalda de ella, para colocarse en su nuca. Le acarició el cabello con suavidad, mientras los labios de Lachlam bailaban sobre los suyos, esperando que ella accediera a lo que él parecía no atreverse a dar.

Ayla gimió y notó como él empezaba a respirar con agitación. Sus labios, sus ojos, su cuerpo la atraían como la abeja al néctar. En un último intento de voluntad se echó hacia atrás, pero eso sólo provocó que él mirara suplicante.

No podía negarle lo que ella misma estaba deseando.

—No hagas esto —le rogó al laird.

No dijo una palabra más cuando él la miró, con los ojos suplicantes. No habló cuando lo escuchó gemir de desesperación, al verse separado de ella. Pero, al instante, ella misma volvió a donde estaba, a sus brazos.

Lachlam extendió las manos y la abrazó, haciéndola chocar contra su pecho.

Ayla ardió cuando Lachlam la abrazó con fuerza, rodeándola con su calor. Sintió su pecho, subiendo y bajando, golpeando el suyo con cada entrecortada respiración. Si él no la estuviese sosteniendo, de seguro sus rodillas le habrían fallado.

—Lachlam.

Era su talón de Aquiles.

Su única debilidad.

No había nada en el mundo que Ayla temiera, sólo una cosa la aterraba: ceder ante el deseo que sentía por Lachlam. Era un pecado amar a un hombre que la había cambiado por otra. ¿Cómo podía borrarse de un plumazo todo el rencor del abandono?

—Oh, pequeña —dijo, separándose unos segundos, colocando su frente contra la suya—, cuanto te he añorado.

Esas palabras fueron más que suficientes para que Ayla se pusiera de puntillas y buscara su boca, una boca que ya se estaba precipitando contra la suya.

Sus fuertes manos rozaban sus pómulos, mientras ella gemía contra su boca, con sabor a whisky y rodeaba su cintura con los brazos, apretándola contra sí.

Sí, tenía que ser pecado que su lengua acariciara sus labios, de la forma en que lo estaba haciendo, para después descender por su clavícula. Ella expuso su cuello de forma inconsciente y él navegó por él hasta el lóbulo de su oreja. Lamió, mordió su fina piel, y regresó a su boca, ansioso.

Sí, era un pecado atroz desear que la desnudara allí mismo y le hiciera el amor, como siempre había soñado desde que era una jovencita.

Pero no podía ser. No podía permitirlo.

Sin embargo…

Lo abrazó con más fuerza hasta que un grito hizo que ambos se sobresaltaran.

Ayla abrió los ojos y colocó las palmas de sus manos en su pecho, apartándolo de sí con fuerzas renovadas.

—¡Oh Señor! ¡¿Qué pecado atroz estáis cometiendo?!

Ambos cuerpos se apartaron.

Dairine los miraba desde la entrada de la habitación, con la bandeja que había llevado a la habitación de Lachlam a sus pies.

—¿Cómo os atrevéis? —Los miraba incrédula y ninguno de los dos se atrevió a hablar—. El cuerpo de mi hermana aún está caliente y tu metes a esa ramera en tu cama.

—¡Dairine! —la voz de Lachlam se dejó escuchar, en parte molesto, en parte consternado por la escena.

Miró a Ayla, que solo pudo agachar la cabeza. Vio lo que nunca había visto en su rostro: Vergüenza.

No hables. ¡Cállate! Vete de aquí, Ayla.

No dijo nada de todo eso, de sus labios no salió palabra alguna. Sólo se dio la vuelta y, como pudo, dejó que sus piernas la sacaran de ese lugar.

Escuchó los gritos de Dairine persiguiéndola, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas. ¿Acaso no tenía razón?

Corrió hacia su alcoba y una vez que estuvo ahí, cerró la puerta tras de sí. Apoyó la espalda contra la madera. Sus rodillas flaquearon y se fue deslizando hasta quedar sentada en el suelo. Se quedó ahí sollozando. No supo cuanto tiempo estuvo así, contra la fría puerta, intentando recordar como se respiraba, intentando que su corazón recobrase el ritmo pausado.

Oyó pasos cerca de su puerta.

—Ayla —escuchó la voz de Lachlam y eso la hizo abrir los ojos llenos de lágrimas—. Hablemos, por favor.

Ella negó a pesar de que sabía que no podía verla.

—Vete, por favor —musitó.

No hubo más palabras. Sentía que Lachlam estaba tras la puerta, como también sintió como él colocaba las manos en la madera, acariciándola, como si así pudiera sentirla más cerca.

Escuchó como Lachlam también deslizaba su espalda, hasta sentarse en el suelo.

Ambos permanecieron así un tiempo que ninguno de los dos logró elucidar. Ambos corazones, uno junto al otro, pero separados por algo más que una puerta, por la vergüenza y la culpa, pero latiendo al unísono, la misma canción de deseo.

CAPÍTULO 24

Ayla no se marchó de la isla, y tampoco lo hicieron los McDonald. La excusa de los hombres de Skye, fue que trabajarían ampliando dos habitaciones del castillo, a cambio de que les fueran perdonados los impuestos del siguiente año. Respecto a Ayla, no tenía excusa para marcharse, pues después de la muerte de Ishbel llegó una carta que anunciaba que su sobrino había nacido: Un niño fuerte y saludable, según Duncan, y de un tamaño considerable. Tanto él como su madre, Megan, estaban perfectamente de salud. Todo gracias a la madre de Ayla, pues Ingrid había regresado antes de lo previsto de Irlanda. Así pues, su cuñada la animaba a quedarse cerca de los McDonald por si la pudieran necesitar.

Y sí que la necesitaron, no solo Struan, quien reclamaba su atención a diario para que la entrenara, sino que, a falta de las visitas periódicas de Freya, que era lo más parecido a una curandera, Ayla había decidido ocuparse de las necesidades del clan.

Habían pasado tres semanas, y los McDonald esperaban que la ampliación de la fortaleza estuviera acabada para cuando llegara el invierno.

Después de una noche de desvelo, Ayla agradeció ver las luces violetas del amanecer a través de la ventana. Se había pasado horas dando vueltas sobre el colchón de lana, algo que ya empezaba a ser habitual. Aunque había aceptado quedarse una temporada, a petición de Maery y Struan, debía reconocer que también cedió a los deseos de Lachlam de que permaneciera en la fortaleza. Había algo más que querer tenerla cerca y Ayla lo sabía. Sospechaba que los motivos de que ella estuviera aún con los McDonald nada, o más bien poco tenían que ver con el deseo que el laird sentía por ella.

Aunque había habido deseo, eso estaba claro.

No puede ser, Ayla, sólo estaba borracho.

Ebrio o no, movió la cabeza de un lado a otro para borrar ese beso de su mente o de lo contrario, su alma no hallaría paz.

Tras ser descubiertos por Dairine, la hermana de la antigua señora de la casa, no ocultaba su desprecio, al igual que muchas otras personas, sobre todo mujeres, que no veían con buenos ojos que ella siguiera allí, y mucho menos aceptaban que, tras la muerte de Ishbel, ella se hubiera metido en su alcoba. No importaba que no hubiera sucedido nada entre ella y Lachlam, los rumores estaban ahí. No obstante, no todos eran de ese parecer, había otros que pensaban que lo mejor era celebrar una rápida boda para acallar las habladurías. Por supuesto, Maery se lo había dicho sin tapujos, lo que solo había provocado un ataque de vergüenza que la tuvo alejada de las cocinas, varios días.

Ayla se levantó de la cama, ese día había prometido a Struan llevarlo de caza.

Se vistió como un muchacho, se calzó rápidamente las botas y se colocó una capa sobre los hombros. Presurosa, se encaminó hacia las cocinas, donde había quedado con el niño para el desayuno.

Al entrar todo estaba con el trajín de siempre. Durante la primera hora se preparaban los desayunos de los soldados y Maery ya tenía al pequeño Struan, sentado a la mesa, esperándola.

—¡Ayla! —exclamó el niño, corriendo hacia ella.

—Struan, ¿cómo estás?

—Bien. ¿Vamos a pescar? —disparó, sin que ella se lo esperase.

—¿No querías ir a cazar?

El niño asintió, pero enseguida dijo:

—Es que hace un día espléndido y el mar parece una balsa de aceite.

Abrió su escarcela y metió en él media hogaza de pan del día anterior y un trozo de queso.

—Entonces, vamos. —Asintió, cambiando sus planes. Pasar el día con Struan la distraería de Lachlam y la haría pasar un buen rato.

—¿Querrá acompañarnos Lobo? —preguntó el niño, con la ilusión en sus ojos, tan parecidos a los de Lachlam.

—Estoy segura de que aceptará gustoso, ya debe estar esperándonos en el bosque. Pero antes debes decirme dónde guardas las cañas de pescar.

Tras dedicarle una sonrisa a Maery, Ayla y el pequeño Struan salieron de la fortaleza y se encaminaron hacia la bahía.

En verdad el día había amanecido espléndido.

Antes de subirse a la pequeña barca de remos, caminaron por la playa en busca de cebos. En un pequeño cestillo destinado para tal menester, recogieron pequeños crustáceos, y almejas, enterradas en la parte arenosa de la playa, mientras Lobo, que salió a su encuentro, corría y jugaba con el niño, que de vez en cuando lo premiaba con algún trozo de pan.

Ayla los miraba mientras rascaba de las rocas marinas algo de musgo para sus preparados. No había ningún motivo especial, pero no paraba de sonreír cuando veía al pequeño Struan jugar con su Lobo. Formaban una pareja encantadora. Lobo era feliz con Struan, se comportaba y saltaba a su alrededor como un cachorro destetado. En contra de lo que la gente común pensara, se trataba de un comportamiento normal, los lobos eran muy sociables, cariñosos y protectores con los más pequeños, pues los consideraban como parte de su manada.

—¡Struan! —lo llamó, después de colocar los enseres en el bote de remos—, subamos, antes de que cambie la marea.

El niño corrió hacia el pequeño embarcadero de madera, pero Lobo se quedó en el sitio, hasta que desapareció tras unas rocas.

—¡Oh! —Struan miró a Ayla, decepcionado—. ¿No va a venir con nosotros en el bote?

—Me temo que a Lobo no le gusta sentirse encerrado. Aunque sea sociable con sus amigos, sigue siendo un animal salvaje.

El niño aceptó de momento la explicación.

El viento era inexistente, en parte porque venía de tierra y los acantilados que rodeaban la bahía le cortaban el paso, pero había nubes que se movían en el cielo, ocultando parcialmente el sol, y eso indicaba que de un momento a otro las cosas podían cambiar. Aun así, por el momento el día era magnífico y el mar estaba en calma. Ayla decidió no alejarse demasiado. No tardaron en aparecer un grupo de focas, esperando recibir algún pez de los que capturaban.

—Vaya, estás en racha, Struan —dijo, al verlo sacar un gran pagel.

—¿Sabes? —empezó a decir el pequeño, desatándolo con presteza del anzuelo—. A mí tampoco me gusta estar encerrado y sin hacer nada. El padre Lias me regaña cuando empiezo a bostezar durante sus clases.

—En esta barca tampoco tienes demasiado espacio para moverte.

—Pero pescar es divertido y estudiar no.

Ayla lo miró intentando reflejar algo de seriedad. Pero no podía, ese pequeño le recordaba a cuando ella era una rebelde sin causa.

—¿No te gusta aprender cosas nuevas? Me extraña, pues eres un niño muy curioso.

—¡El latín es muy aburrido!

—Entiendo —respondió Ayla, mientras colocaba un cebo en su anzuelo. —Pero a veces, todos tenemos que hacer cosas que no nos gustan por un bien mayor.

—¿Incluso tú? —preguntó el niño, sorprendido.

—Incluyo yo.

—No le veo ningún bien mayor a leer textos aburridos en latín. —Frunció el ceño, disconforme. Ayla era libre y siempre hacía lo que quería, y él quería ser como ella. No se la imaginaba haciendo cosas que no le gustaran.

—No lo digas delante del padre Lías, o al pobre fraile le daría un vahído.

Struan rompió a reír.

—¡Es un debilucho! ¿Verdad?

—Pero es sabio —afirmó Ayla—, y el futuro señor de esta isla debe incluso aprender latín para ser sabio también.

Struan torció el gesto.

—¿De verdad que el latín sirve para ser más sabio?

—Claro que sí. Has aprendido las letras, a escribir y a leer. Cuando seas laird tendrás quienes escriban por ti, pero si sabes leer y escribir…

—Siempre podré hacerlo solo.

—Exacto —respondió Ayla con una sonrisa—, y podrás escribirme.

—¿Por qué? —la miró extrañado—, estarás con nosotros.

Ayla lo miró confusa, abrió la boca para decirle que se iría pronto con su hermano, pero… no lo hizo y siguió observando el hilo que se hundía en el mar.

Pasaron tiempo meditabundos, pero si los pensamientos de Ayla se dirigían más hacia el laird de los McDonald y en como recuperar la confianza de su clan, los pensamientos de Struan siempre se dirigían hacia Lobo.

Fue evidente cuando le llamó la atención.

—Ayla, ¿Lobo vendrá esta noche al castillo?

Ayla se encogió de hombros. A veces lobo dormitaba en las cocinas, pero se había dado cuenta de que prefería correr libre por los prados y las arboledas de la isla.

—No lo sé. Quizás haya hecho amigos en el bosque y quiera estar fuera.

—Sí, quizás esté con Freya.

Ayla dejó de remar y miró al niño con atención.

—¿Freya?

Él asintió, decidido.

—Sí, los vi el otro día cuando fui a caminar con padre. Parece que a Lobo le cae bien la vikinga.

Ayla parpadeó.

—¿Seguro eran ellos?

—Sí, papá se paró a hablar con ella.

—¿Con Freya? —preguntó Ayla de nuevo, extrañada de que no se lo hubiera comentado, aunque últimamente hablaban poco—. Ella iba los miércoles al mercado.

—Sí, pero ya no va, dice que prefiere vigilar.

Una sensación extraña la invadió.

—¿Qué vigila Freya?

—El mar, supongo. Para que no lleguen más hombres a atacarte. Freya dijo a mi padre que debería mantenerte más cerca, que el peligro no ha pasado. Se lo dijeron las runas.

Ayla abrió la boca y volvió a cerrarla de golpe. Demasiada información y muchas

preguntas sin respuesta.

—Me cae bien Freya —dijo Struan, mirando al horizonte mientras la barca se mecía con tranquilidad.

—¿Sí?

—Es buena, intentó ayudar a mamá y, aunque me enfadé con ella porque dijo que debería despedirme pronto, ahora sé que tenía razón. —Struan miró a Ayla con los ojos brillantes—, ni siquiera tú pudiste hacer nada.

Ayla asintió con mucha pena.

—No, no pude. Lo siento.

Un rato después Struan volvió a hablar.

—Me cae mejor Freya que mi tía.

—¿Te refieres a Dairine?

El niño asintió.

—Es un poco mala. Además, creo que atrae a la mala suerte.

—¿Por qué dices eso? —preguntó extrañada, sin comprender de dónde venía la inquina.

—Porque mamá empezó a enfermar cuando ella vino aquí, y es mala, siempre habla mal de los demás.

El niño se puso muy triste y Ayla le tomó la mano.

—Es verdad —continuó diciendo Struan para que lo creyera—. Dijo que tú y papá iríais al infierno y que debías marcharte o ella misma te arrojaría al mar. Es mala.

Ayla parpadeó, confusa. En verdad no le sorprendía que esa mujer hablara así de ella, pero le extrañaba que lo hiciera ante un niño.

—¿Te lo dijo a ti?

—No, al laird de los McDonald de Skye, él tampoco me gusta.

—Bueno a mí tampoco.

—La golpea y le hace daño.

Ayla se echó hacia atrás como si a la que hubieran golpeado fuera a ella.

—¿Braden McDonald golpeó a tu tía?

—Sí, muy fuerte, y la hizo gritar. Estaban desnudos.

—¡Madre de Dios! —Ayla abrió la boca, anonadada— ¡Struan!

—No me lo invento, fue la otra noche, en el establo.

—¿Y qué hacías en el establo?

—Maggie la gata, tuvo gatitos y como no podía dormir, quería verlos.

Apartó la mirada como si supiera que había hecho algo mal.

—Lo siento.

—No… es solo que… —Ayla le apretó la mano con cariño—. No vuelvas a ir al granero de noche ¿de acuerdo? Si quieres ir, avísame y yo iré contigo.

Struan asintió, mucho más contento por esa solución que le permitiría ver a los gatitos cuando quisiera, siempre que Ayla lo acompañara.

—Te doy mi palabra.

Ayla asintió, complacida.

—Deberíamos volver.

El niño se sintió algo decepcionado.

—El padre Lias me hará estudiar después de la comida.

Ayla se rio.

—Es muy probable. —Ayla le sonrió con afecto—. El padre Lías es muy inteligente, y tú

debes hacerle caso en todo.

—¿Tú les hacías caso en todo a tus maestros? —Ayla se mordió la lengua para no mentir, entonces el niño se rio con ganas—. Papá dice que te escapabas de tus clases de oración y corrías descalza por el bosque.

—Bueno… —se encogió de hombros, Ayla. ¿Cómo decirle al niño que no recordaba absolutamente nada de sus clases de oración? En verdad siempre había sido muy salvaje y su madre se lo permitía. Pero con Ingrid aprendió mucho más que con cualquier maestro que su padre pudo haberle impuesto.

—Padre siempre dice que, de haber nacido hombre, habrías sido un gran señor de las Highlands —dijo Struan, con cariño y admiración.

—¿De verdad dijo eso? —Ayla se puso colorada, no se esperaba que Lachlam apareciese en la conversación.

—Sí. Y te quiere mucho —añadió, muy serio.

Ayla asintió, aún con las mejillas sonrosadas.

—Yo… le tengo un gran respeto a tu padre —respondió, sabiendo que era imposible que las palabras “yo también quiero a tu padre”, salieran de su boca.

Carraspeó, incómoda.

Aunque no había mentido, tampoco quería seguir hablando de Lachlam, así que cambió de tema.

—¿Regresamos a casa? Creo que Maery estará muy orgullosa de ti, después de pescar la cena.

El niño sonrió con orgullo y algo cálido se esparció por el pecho de Ayla.

—Volvamos, Ayla. Y cuéntame más historias de cuando eras niña.

Tras atracar el bote en el embarcadero, Ayla empezó a recoger los enseres de pesca mientras Struan la ayudaba desde la orilla. Habían capturado muchos peces y el buen ánimo se reflejaba en sus rostros. De seguro, Maery quedaría encantada y esa misma noche celebrarían un buen festín con todo el pescado que habían capturado.

Pero la radiante sonrisa se borró del rostro infantil al ver aparecer a su padre.

—Ayla… —dijo Struan.

—¿Sí? —respondió ella aún con la cabeza gacha recogiendo las cosas.

—¿Crees que papá se habrá enfadado por haber salido a pescar?

—No lo creo, ¿por qué? —preguntó, mirándole por encima del hombro.

—Porque a padre no le gusta que me acerque a la bahía desde que el hijo del herrador se ahogó en la pleamar el año pasado.

Ayla enderezó la espalda. Y alzó una ceja.

Pero… ¿¡cómo!? ¡Si su padre no quería que salieran, debería de haberla avisado!

—¿Por qué no me lo has dicho antes? Habríamos ido a otro sitio —le recriminó, devolviendo la mirada hacia él.

—Porque te habrías negado. —El pequeño lo dijo como si esa respuesta fuera la más lógica del mundo.

Ayla respiró hondo.

—Bueno, no se lo digas y…

—Es que ya sabe que hemos salido.

—¿Cómo lo sab…? —la pregunta murió en sus labios cuando el niño señaló la playa,

donde un furioso laird McDonald avanzaba hacia ellos con grandes zancadas por la playa pedregosa y con los puños apretados.

Lo que más rabia le daba, no era que el niño le hubiera ocultado las advertencias de su padre, sino que Lachlam tenía razón y a esas horas el mar empezaba a removerse con olas espumosas que apenas habían esquivado.

—Está hecho una furia —se limitó a decir Struan.

—Mierda.

—¡Has dicho una palabrota!

—Struan —lo miró, achicando los ojos—. Si quieres seguir sin que tu trasero esté en carne viva, te recomiendo cerrar el pico.

El niño se quedó tieso y miró a su padre con una falsa sonrisa, quitándole importancia a su salida. Fue un error. Al parecer Lachlam no lo dejaría pasar. De haber sido posible, Struan estaba seguro de que a su padre le habría salido humo por la nariz.

El niño respiró profundamente e hizo una mueca, mirando en su dirección, mientras Ayla, de espaldas a ellos, recogía los remos y los colocaba tal y como los había encontrado.

—¡Ya está aquí! —Ayla ignoró la voz de pánico de Struan—. Estamos en un buen lío —canturreó el niño, cambiando el peso de su cuerpo de un pie al otro.

La joven se dio la vuelta y lo enfrentó.

—¡Ayla! ¡Struan! —bramó Lachlam.

Cerraron los ojos al mismo tiempo. Y para cuando los abrieron, Lachlam ya estaba a escasos metros y la miraba a ella fijamente. ¡Cielos, estaba furioso!

—¿Era realmente necesario arriesgar la vida de mi hijo? —le recriminó, dando voces.

Ayla lo miró entre escandalizada y sorprendida.

—¿Cómo te atreves a decir algo semejante? —*Muy bien, Ayla. Como defensa un buen ataque.* Su pasmo pronto pasó a ser indignación—. ¡Jamás pondría en peligro a Struan!

—¡Hay mala mar!

Ayla parpadeo, anonadada. Miró tras de sí y luego regresó los ojos hacia Lachlam. Era cierto que empezaba a haber olas, y que había cambiado el viento, que ahora venía del océano y no de tierra, pero ni mucho menos se iba a desatar un temporal.

—¿No tienes ojos en la cara, Lachlam?

—¡No me hables así delante de Struan! —bramó él, obligándola a apretar los párpados—. ¡Soy tu laird!

Ella lo miró, burlona.

—No, no lo eres.

Él tosió, como si con ello pudiera quitarse las palabras de la boca.

—Pero soy el laird de esta isla y mientras estés aquí…

—¿Quieres que me vaya? —preguntó, retadora.

Su rostro se puso de color rojo. No sabía si quería que se fuera, pero desde luego tenía muy claro que deseaba ponerla sobre sus rodillas y darle una buena azotaina.

Ayla se limitó a tener la boca cerrada y a mirarlo con fijeza para saber qué sería lo próximo que se le ocurriría decir.

—¡Hay mala mar! —repitió furioso, señalando a las olas que empezaban a crecer.

—No hay mala mar.

—¡Pero la habrá! —se revolvió inquieto—. El temporal os podría haber atrapado.

Ayla resopló, al tiempo que ponía los brazos en jarra.

—Por eso hemos tenido la prudencia de regresar antes. ¡Santo cielo, Lachlam, no hay de

qué preocuparse!

—¿Acaso no hay riachuelos en esta isla para pescar, que tenéis que hacerlo en alta mar?

—¡Pero si no hemos salido de la bahía! —contestó.

—¡Sigue siendo peligroso!

—Pero es que en los riachuelos sólo hay truchas insípidas y a mí me gusta más el sabor del pescado de mar. —Fue Struan quien replicó esta vez. Lachlam lo miró con los ojos muy abiertos.

—¡Tú a callar!

—Estoy de acuerdo con Struan —dijo Ayla, pero luego miró al pequeño con el ceño fruncido y lo señaló con el dedo índice—. Aunque no deberías contestar así a tu padre.

—¡Pero si tú lo acabas de hacer!

—Yo puedo hacerlo —debatió ella.

—¿Por qué? —preguntó, inocentemente Struan.

—Sí —convino Lachlam—, ¿por qué?

—Eres su invitada, deberías mostrarle respeto.

—Condenado niño —dijo Ayla entre dientes. Iba a abrir la boca para decirle que no era correcto intervenir en las conversaciones de los adultos, cuando Lachlam se adelantó.

—¡Basta! ¡Los dos! —gritó. Y con dos grandes zancadas se acercó, los cogió a ambos y los arrastró lejos de la barca y las olas que empezaban a romper.

—¡Lachlam! —gritó Ayla ofendida cuando vio que los tenía a ambos sujetos por el brazo. En ese preciso instante, Lobo apareció y a todos les pareció que ponía cara de pocos amigos.

—Será mejor que nos sueltes si no quieres sufrir un incidente de verdad. —Por la forma en que lo dijo Ayla, seguido de la mirada que le dedicó, Lachlam entendió que el incidente no vendría por parte del lobo.

Los soltó, aunque mirándola con indignación.

—¡A la fortaleza! —ordenó— ¡Los dos!

Ayla se mordió la lengua. No iba a discutir más delante del niño, pues no era apropiado. Se sacudió la capa, lo miró con rabia, y empezó a caminar hacia el castillo. Lachlam la miró escandalizado, vio sus calzas, sus botas altas y se dio cuenta de lo inapropiado de su atuendo.

—¿Qué llevas puesto?

—Ropa —respondió ella alzando el mentón y sin detenerse.

—¡Muy poco apropiada! No es un vestido.

Oh, a Ayla se le estaba acabando la paciencia con ese hombre.

Cuando entraron al patio de armas, Struan corrió hacia las cocinas, en parte para evitar la reprimenda que seguiría. Por su parte, Ayla ignoró a Lachlam y se encaminó a las caballerizas.

Pasó frente a Ethan, que observó a la pareja con una sonrisa radiante en la boca.

—Se acerca el invierno, pero para estos dos pichones, bien parece plena primavera. —No había duda de que se lo dijo a Maery, quien le golpeó en el hombro, estando totalmente de acuerdo con él.

—Espero que le pida pronto matrimonio.

—Yo espero que ella no le haga sufrir demasiado haciéndose de rogar. Los hombres ya no pueden soportar estos entrenamientos tan duros —dijo Ethan, resoplando—. A Lachlam le sobran energías, entre su amor por Ayla y la pena por la partida de Ishbel… ese hombre necesita buenas noticias.

Maery asintió.

—Las habrá, Ethan, las habrá.

Pero si le hubieran preguntado a Ayla y Lachlam, el ambiente ciertamente no era el de buenas noticias.

CAPÍTULO 25

Ayla se paró frente al mozo de cuadras quien balbuceó algo mientras ella gesticulaba que fuera a por un caballo.

Necesitaba dar una galopada para calmar su ánimo, de lo contrario, puede que se arrepintiera de lo que saliera de su boca si seguía discutiendo con ese hombre tan insufrible.

Pero, al parecer, Lachlam sí tenía más cosas que decirle. De no haber sido así, no la habría seguido hasta ahí, ni se habría parado a su lado.

—¡Ayla!

Ella lo miró con cara de pocos amigos.

—Lo lamento —respondió la muchacha—, de verdad debo darte la impresión de que estoy sorda si crees que desde aquí —señaló donde estaba—, no te escucho bien.

Él resopló y Ayla se cruzó de brazos, ignorándolo deliberadamente. Esperó a que el muchacho sacara el caballo fuera y se dirigió hacia la salida, pero Duncan la agarró cuando pasaba por delante de la puerta del guadarnés.

—No vuelvas a hacer eso nunca más, ¿me has entendido?

Ella bufó e intentó esquivarlo cuan grande era, pero él se lo impidió extendiendo los brazos en cruz.

—Te estoy hablando, Ayla.

—Apártate de mi camino —clavó en Lachlam su gris mirada, que tenía el poder de atemorizar a cualquiera cuando estaba de ese humor—. Deseo estar sola.

—¿Sola?

—O con cualquier compañía que no seas tú, porque sigo viendo como tus guardias me vigilan día y noche.

—¡Es por tu seguridad! —bramó ofendido porque ella no entendiera que solo quería protegerla.

—Sola —repitió—, quiero estar sola, y tú no me lo vas a impedir.

Lachlam pareció deshincharse un poco.

—¿Por qué eres tan cabezota?

—¡Eres tú el cabezota!

Bien, si ella no era capaz de ceder, tendría que ser él quien pusiera algo de serenidad a la conversación. ¡Maldita sea, siempre lograba lo que quería!

—Ayla —intentó contener su tono de voz—, tú misma dijiste que alguien envenenó a Ishbel. —Ayla abrió la boca, dolida porque hubiera mencionado ese asunto que seguía atormentándola—. Y Han intentado matarte varias veces.

—No lo sabemos con seguridad.

—¡Es seguro! —respondió, casi acabando la paciencia. Pero apretó los puños y respiró hondo, haciendo que su voz sonara con una calma que estaba lejos de sentir—. ¿Y si esa persona quisiera atentar también contra la vida de mi hijo, o contra la tuya? ¡En la bahía estabais muy expuestos!

—No se puede vivir con miedo, Lachlam.

—Una cosa es vivir con miedo y otra bien distinta es ser sensato, y la prudencia no es precisamente tu mejor cualidad.

—¡Tampoco el ser razonable es tu mejor cualidad!

—¡De igual forma, no podéis salir de la fortaleza sin avisar y luego meteros en un bote a mar abierto!

—¡No hemos salido sin avisar! Maery sabía donde estábamos.

—En la bahía.

—¡Sí! —dijo ella—, y el mar estaba plano cuando salimos.

—No vas a entrar en razón, ¿verdad?

—¿No me pediste hace semanas que me quedara aquí para pasar tiempo con Struan, y protegerlo?

—¡Lo que has hecho no es lo que yo llamaría proteger a un niño de seis años!

—No había ningún peligro, así que deja de sacar las cosas de quicio.

—No saco las cosas de quicio —gruñó entre dientes.

—Oh, sí lo haces —dijo, esquivándolo esta vez con éxito, pero continuó hablando de espaldas a él—. Te aseguro que Struan no puede estar más a salvo que conmigo y con Lobo.

—¡Un lobo! Esa es otra.

Ella se dio la vuelta mirándolo boquiabierta.

—No me digas que vas a meterte con Lobo. —Al ver que no respondía, soltó el aliento, furiosa y empezó a caminar de nuevo.

Lachlam la siguió y la miró enfadado mientras la veía escoger una cabezada.

—Ese animal podría arrancarle el brazo de un mordisco.

—Yo sí que te arrancaré el brazo de un mordisco —refunfuñó.

—¿Qué has dicho?

—Lobo no es más peligroso para ti que una ardilla.

—¿Una ardilla? —preguntó como si se le hubiera ido la cabeza.

—Es inofensivo, mientras no quieras hacerme daño.

A Lachlam le mudó la expresión.

—Nunca te haría…

—Lachlam, Lobo te habría arrancado el brazo de no haberme soltado a tiempo en la playa.

—Pues no es tan inofensivo.

Ella le sonrió, malvada.

—No vuelvas a tocarme y tendrás tus extremidades intactas —lo miró significativamente de arriba abajo—, y otras cosas que podría arrancarte de un mordisco.

Él la miró boquiabierto.

—¿Qué no vuelva a…? —Ayla lo miró por encima de hombro con una sonrisa de mofa. Eso fue el colmo para Lachlam—. ¡No me hables en ese tono!

Ayla se dio a vuelta y ya con la cabezada en las manos, lo miró ceja en alto.

—¿En serio crees que voy a hablarte como mi amo y señor? Qué ingenuo.

—¡Ayla!

—Te respeto, Lachlam. Pero no vuelvas a gritarme frente a la gente.

—No vuelvas a exponer a mi hijo.

Lo miró, enfadándose más por momentos.

—Si tan mal crees que lo estoy cuidando, quizás no debería acercarme a él en absoluto y marcharme de la isla, pues no veo otro motivo para quedarme.

Él se quedó mudo, mirándola fijamente a los ojos.

Lachlam exhaló aire y se apartó el pelo de la cara. Sabía que Ayla era perfectamente capaz de cumplir sus palabras y él no quería que se fuera. Maldita sea, ¿qué iba a hacer con ella?

Era más salvaje que ese lobo que la acompañaba a todas partes.

—¿Amenazas con marcharte? —la miró, indignado y sintiéndose traicionado.

—¿Amenazarte? —Ayla parpadeó—. Creo que no me has entendido, Lachlam. Puedo hacer lo que quiera, y tú no me lo vas a impedir. No es ninguna amenaza, es un hecho.

—No vas a marcharte, eso te lo aseguro —se acercó, robándole el aire.

Ayla tragó saliva. No por miedo, sino porque era muy consciente del terreno que él estaba ganando, de la excitación que le recorría el cuerpo a cada pulgada que acortaban sus labios de camino a los suyos.

—Pues debería irme.

—Pues no lo harás.

—Eso no es un argumento.

—No necesito argumentos cuando te ordeno que te quedes.

Ella se humedeció los labios retrocediendo un paso más.

—Pero si no te gusta cómo hago las cosas, ¿por qué me retienes?

¡Porque soy yo quien te necesita, maldita sea! ¡Te necesito cerca, a mi lado, como el aire que respiro! Lachlam no dijo nada de todo eso. Lo que sí hizo fue acercarse un poco más.

Ambas miradas permanecieron cosidas un largo rato, hasta que Ayla sintió temor de que finalmente se rindiera y le dijera que se marchara. Pero por fortuna, Lachlam no lo hizo. Aunque le quedó claro a la muchacha que el deseo que ella misma sentía de partir era nulo, eso la molestó aún más.

La agarró del brazo y la atrajo hacia sí, haciendo que sus cuerpos chocasen, el uno contra el otro.

—No te irás —amenazó, con el rostro pegado al suyo.

—Haré lo que quiera, como siempre he hecho—. A pesar de la cercanía, de la calidez de su aliento, Ayla no se achantó. Alzó la barbilla y entrecerró los párpados.

—Te quedarás aquí, con nosotros.

¡Te quedarás conmigo, maldita sea!

—No lo repetiré más. Haré lo que quiera.

—¡Ya es suficiente! —exclamó Lachlam, frustrado.

—Sí, lo es —alzó el mentón, Ayla—. Y ahora vete para que pueda ir a cabalgar.

—No irás sola y vas a obedecerme.

Ella boqueó como un pez recién sacado del agua.

—¡No lo haré!

—¡Lo harás! O de lo contrario…

—O de lo contrario, ¿qué? —lo miró, altanera. Pero toda su seguridad empezó a esfumarse cuando él se inclinó hacia ella, recortando la distancia entre ambos.

—La… Lachlam —retrocedió un paso hasta encontrarse en el casetón del guadarnés—. ¿Qué haces?

—Tú y yo, vamos a hablar.

Por cómo la miró al decirlo y por la forma en que vibró su voz, Ayla se vio obligada a jadear.

—Yo…

Lachlam sabía exactamente qué cuerda hacer sonar para que todo su cuerpo vibrara, anulando por completo su voluntad. Su cercanía, sus labios y esos ojos azules que proyectaban toda su pasión, hicieron que la valiente muchacha se olvidara de respirar.

Los ojos masculinos no reflejaron la furia que ella esperaba ver, sino la desesperación, el

dolor y el anhelo. Y todo eso, por mucho que ella intentara frenarlo, empezó a desarmarla por momentos. Como si las piedras de la muralla que había alzado para protegerse, fueran desplomándose, una a una, tras ser atacadas por una cruel máquina de asedio.

—Lachlam, yo…

—¿Es que no lo entiendes? —jadeó él, con desesperación—. No quiero perderte a ti también.

Ayla gimió ante su propia impotencia. Su cuerpo empezó a temblar y sintió como le faltaba el aire.

Los fuertes brazos de Lachlam la rodearon.

—Quiero que te quedes a mi lado, como siempre debió haber sido. Tú y yo… Ishbel lo sabía, sabía… —iba a decirle cuanto la amaba, pero era demasiado pronto, la asustaría y eso le daría alas para marcharse.

Apretó los dientes y la agarró por la nuca, atrayéndola hacia su boca.

Fue entonces cuando toda la fuerza de voluntad de Ayla, se derrumbó. Sus músculos se volvieron inservibles, flaquearon sus rodillas y él la sostuvo entre sus brazos para que no cayera de rodillas al suelo.

Lachlam aprovechó ese momento para asaltar sus labios como un hambriento. La empujó hacia la pared de madera hasta que su espalda chochó contra ella. Gimió, cuando Ayla abrió los labios para recibirlo y alzó las manos, no para apartarlo de ella, sino para acogerlo, para acariciarlo, para atraerlo hacia sí e impedirle que se apartara.

El deseo, irreverente, nació en el vientre de la muchacha y su cuerpo empezó a reaccionar de forma inesperada. Hundió los dedos en su roja melena y gimió al sentir la suave lengua de Lachlam abriéndose camino. Atrevida, la de Ayla salió a su encuentro, acariciándolo, saboreándolo, disfrutándolo.

Un gemido se escapó de su boca mientras sus manos lo acariciaban, hundiéndose en sus hebras rojizas y luego descendiendo por su espalda, abrazándolo con toda la fuerza que era capaz.

Se sentía aprisionaba en una dulce cárcel de deseo y, aun así, lo necesitaba más cerca, quería seguir siendo cautiva de sus caricias. Alzó la rodilla, acunando su cadera, para que no quedara ni una sola parte de su cuerpo separada de él y sintió su dureza a través de las ropas.

—Oh, Lachlam.

Él se frotó contra ella y Ayla sintió su dureza contra su zona íntima. A pesar de la barrera de tela, la necesidad aumentó al sentir ese calor, buscándola, reclamándola.

Expulsó un hondo gemido cuando la mano de Lachlam se abrió paso por debajo de su sayuela y le acarició un seno.

—Oh, Dios… —gimió ella, echando la cabeza hacia atrás. Hecho que Lachlam aprovechó para estirar la prenda hacia arriba hasta que esta quedó a la altura de su clavícula.

Otro gemido, otra caricia de sus dedos y estaba perdida.

—Vas a matarme —jadeó él cuando cubrió uno de sus pechos con la palma de la mano. Era tan suave, tan cálida…—. Eres una selkie que me ha embrujado.

No, pensó ella, *eres tú el único capaz de anular mi voluntad. A tu lado dejo de ser Ayla McLeod y me convierto en una mujer que sólo puede suplicar tus atenciones. Deseo que me toques, que me beses, y me ames como si el sol fuera a ponerse para no salir jamás.*

—Eres mi debilidad, Lachlam McDonald. —*Y me odio tanto por ello.*…

Ayla era incapaz de renunciar a sus caricias. Sintió un ligero pellizco en el pezón. Luego,

Lachlam abandonó su boca para capturarlo con los labios.

—Oh, dioses…

Succionó, y lo lamió, mientras escuchaba los gemidos femeninos y la sensual respiración de la mujer que siempre había deseado tener entre sus brazos.

También Ayla había imaginado ese momento, una y mil veces. Incluso cuando se negaba a hacerlo, en las noches frías la asaltaban los sueños en los que él la acariciaba, la besaba y le confesaba el deseo que sentía por ella. Pero jamás pensó que sería tan placentero. No, él ya la había besado antes, sabía del sabor dulce de su boca, pero jamás había experimentado el delirio de sus caricias. La realidad no podía compararse con la imaginación.

Bajó la barbilla y él abandonó sus senos para conquistar de nuevo su boca. Esta vez descendió con las manos por su piel y se encontró con sus calzas.

—Con un vestido apropiado, esto hubiera sido mucho más fácil.

Ella ni siquiera sabía de qué estaba hablando. Apenas podía pensar.

Lachlam, gruñó y tomó los muslos de Ayla hasta hacerle enroscar las piernas alrededor de su cintura. La apartó de la pared y la tumbó sobre un montón de hierba fresca.

—Lachlam —se sorprendió cuando el olor a hierba cortada le inundó las fosas nasales, pero no protestó y mucho menos cuando las manos de él bucearon de nuevo bajo su camisola, acariciando ambos pechos, apretándolos hasta que ella arqueó la espalda, pidiendo más.

Las caderas de Lachlam pujaron contra su centro y la hizo gemir al tiempo de devoraba su boca. Se apartó ligeramente para que ambos pudieran respirar, pero la mano diestra de Lachalm acarició su vientre desnudo y se perdió por el interior de sus calzas. Se abrió paso través de ellas y descubrió el suave tacto del rizado vello que crecía en aquel maravilloso otero, que prometía, en sus húmedas cuevas, el placer más exquisito.

—Mi corazón… —jadeó Ayla, notando como su vientre ardía.

Lo miró abriendo la boca para tomar aliento y volvió a arquearse presa del placer.

—Lachlam… mi corazón, va a… me va a…

Los dedos de Lachlam separaron esos labios carnosos y rozaron su humedad. Fue en ese instante en que Ayla se olvidó de respirar. Boqueó, intentando tomar aire, al sentir un placer desconocido, que iba en aumento. Era como intentar ascender al cielo para tocar las nubes.

—Oh, sí, pequeña… —la acarició, notando como temblaba bajo su toque—. Eres asombrosa, oh Ayla…

El placer súbitamente se expandió hasta acabar estallando en su interior. Todo su cuerpo tembló, convulsionando de placer. Sus caderas buscaron a Lachlam, su toque, esa maravillosa caricia que le hacía sentir algo desconocido.

Intentó gritar, sorprendida y extasiada, pero fue un grito mudo que Lachlam acalló con su boca.

El beso fue más pausado, como si él quisiera absorber con lentitud el placer de ella a través de sus labios, calientes e hinchados. Pero su propio cuerpo, las suaves caricias que le dedicaba, no expresaban lo que realmente bullía en su interior. Se sentía morir de deseo, la necesidad de cubrirla como un animal y honrarla con su pasión, era cada vez más intensa, más fuerte. Más peligrosa.

Pero… Pero ese no era el lugar, ni el momento adecuados.

Con toda la fuerza de voluntad que logró reunir, y no fue poca, se separó de ella y la miró a los ojos.

—No entiendo… —dijo ella, aún sorprendida por todas sus emociones.

Él sonrió como única respuesta.

Le bajó la camisola y la miró, lamiéndose los labios, siendo muy consciente de su propio deseo insatisfecho.

Besó su rostro, Ayla lucía las mejillas sonrosadas, su larga trenza se había deshecho en algunos tramos y ahora parecía una espiga que se abre en verano para cautivar el calor del sol. Sus labios, hinchados y entreabiertos, daban fe de los besos compartidos. Y sus ojos grises, casi blancos, ya no parecían de hielo, sino más bien lo miraban con calidez y devoción.

Tomó aire con dificultad, apoyó la frente contra la suya y dejó de aplastarla con su peso. Se puso en pie y tiró de sus manos para ella hiciera lo mismo. Hicieron falta dos intentos para que Ayla se levantara y acabara de nuevo entre sus brazos. Seguía mirándolo, expectante, como si ese juego amoroso no hubiera terminado.

El dedo índice de Lachlam le acarició la frente, y volvió a besarla mientras ella mantenía los ojos muy abiertos, como si no tuviera muy claro qué acababa de pasar. Se humedeció los labios y Lachlam la envolvió en un cálido abrazo.

Notó que aún temblaba, su respiración era aún entrecortada y jadeaba contra su oído.

Ayla podía sentir su corazón, intentando escapar de su pecho.

—Ayla… —No sabía qué decirle. Sólo quería sentirla, oír su respiración, notar los latidos de su corazón desbocado.

Ella tampoco era capaz de ordenar sus ideas, mucho menos de hablar, el deseo se había adueñado de su mente y dominaba por completo su cuerpo.

Estuvieron abrazados durante un tiempo indefinido, hasta que alguien hizo notar su presencia con un carraspeo. Eso fue suficiente para que Ayla saliera de su entumecimiento para regresar a la cruda realidad.

Una realidad que la obligó a dar un respingo.

Lachlam, aún sin soltarla, frunció el ceño. Cuando movió la cabeza para mirar sobre su hombro, descubrió a Ethan, asomando la cabeza por la puerta. Los miró con sorpresa, mientras ambos permanecían sobre el heno.

Sintiendo una terrible vergüenza, Ayla empujó a Lachlam sin miramientos, separándolo de ella y se puso en pie.

—Esto… yo…

Los ojos de Ethan dejaron la sorpresa para volverse juguetones, mientras Lachlam, tras ponerse en pie también, ponía los ojos en blanco y pedía paciencia.

Ethan observaba la escena con una expresión fingida de traición y algo de burla en sus ojos verdes.

—¡Mi señora! —se llevó una mano al corazón, y de forma teatral fingió sentir un gran dolor—. Acabáis de romperme el corazón. ¿Cómo recompondré los pedazos?

Lachlam se dio la vuelta para mirar a su hombre de confianza con reproche.

—¿Qué diablos haces aquí? —espetó.

Ethan lo miró, fingiendo estar espantado, luego posó los ojos en Ayla y le guiñó un ojo.

—¡LARGO! —rugió Lachlam.

—No. —Fue ella quien habló a continuación—. Quien se va soy yo.

—¡Ayla!

Lachlam no tuvo tiempo de impedir que se escurriera de él. Ayla no tardó en abandonar el guadarnés, no sin antes ceder a la tentación de regalarle una mirada nerviosa al recién llegado, que la despidió con una sincera reverencia.

El laird estaba indignado, y así se lo hizo saber a su amigo.

—Pero, ¿qué demonios…?

—¿Qué? —preguntó Ethan con total descaro— ¿Llegó pronto, tarde… en el momento preciso? —Alzó una ceja burlón y Lachlam alzó el puño, seguramente para borrarle esa expresión burlona del rostro—. Vamos, te acabo de hacer un favor. Y bien que lo sabes.

Lachlam suspiró.

Era probable. Ethan tenía razón, había sido una completa insensatez dar rienda suelta a su deseo por Ayla, en un lugar tan inapropiado, y sin formular previamente una promesa de matrimonio.

Mientras los dos amigos salían de los establos, alguien presente ya había visto huir a Ayla, sonrojada hasta las orejas y con el pelo revuelto.

Dairine había entendido lo sucedido y también entendía que se le acababa el tiempo.

Ayla debía morir, costase lo que costase.

CAPÍTULO 26

Los días siguientes, Ayla se afanó en evitar a Lachlam todo lo posible. Él tampoco hizo nada por encontrarse con ella, es más, averiguó por Maery que dos días atrás embarcó hacia una de las islas vecinas para negociar en persona un cargamento de grasa de ballena procedente del norte. A punto de entrar el otoño era más que necesaria, teniendo en cuenta las escasas existencias de las que disponían. Eso la tranquilizó y al mismo tiempo hizo que su ansiedad fuera en aumento, toda una contradicción. Pero en algo parecían estar de acuerdo, ambos necesitaban de un tiempo para pensar en lo sucedido, o más bien para no pensar. Era importante también respetar el luto por la pérdida de Ishbel. Ayla en verdad sentía muchísimo su muerte y también su corazón lloraba por ella. Ese segundo acercamiento había sido otro error del que, en cierto modo, se arrepentía y al mismo tiempo deseaba que volviese a ocurrir.

Las jornadas transcurrían con una estricta rutina para Ayla. Por las mañanas, a primera hora, Struan acudía a sus prácticas de tiro con arco, y en alguna ocasión también practicaban con espadas de madera. Eran momentos divertidos para el niño y a Ayla le permitían distraerse y no pensar en los besos de Lachlam. Por las tardes se dedicaba a pasear en soledad. Lo hacía por el bosque, algunas veces caminaba sobre el acantilado y cuando el tiempo era benévolo, bajaba a la playa para recoger algas o simplemente para sentir en el rostro la fresca brisa del mar.

Duncan había escrito, diciéndole que se tomara el tiempo necesario para regresar. Su hermano parecía entender mejor que ella la necesidad de quedarse con los McDonald. Megan se había recuperado muy rápido y el bebé, un niño precioso, de mejillas sonrosadas y rubio como el sol, gozaba de buen apetito y dormía bien por las noches. Eso la serenaba, pero también echaba en falta a su familia, y en especial a su madre, Ingrid.

Oh, sí, a ella la añoraba especialmente. Qué bien le habrían servido sus buenos consejos, ahora que su corazón estaba dividido entre la pasión, la culpa y sí, también el rencor. Un rencor que había regresado con fuerza tras su último encuentro con Lachlam y hacía sangrar su corazón día tras día. *No hay mal que por bien no venga*, pensaba, pues así entendió que su herida seguía abierta y, a pesar de que no podía culpar a Lachlam por cumplir con su deber para con el rey, dolía y seguiría doliendo, no sabía por cuanto tiempo.

Aquella tarde, después de ver a Ethan practicar esgrima con Struan en los jardines aledaños, no regresó a la fortaleza, sino que se fue directa al bosque del tejo negro. Anduvo ensimismada, por el sendero que en breve la llevaría al venerable anciano.

Desde hacía unas semanas, el camino era más transitable, pues los zarzales ya no se le enredaban en la capa debido a la gran cantidad de hojas que ocultaban sus espinas. Portaba un cesto en el antebrazo e iba recogiendo plantas medicinales y también en busca de algo que le indicara qué podría haber sido la causa de la muerte de Ishbel.

Miró al cielo, no tardaría en ponerse el sol, pero no se apresuró, conocía a la perfección el camino de regreso y sabía que Lobo jamás la perdía de vista, aunque él no se dejara ver, como sucedía en esos momentos. A veces se alejaba un poco y exploraba por su cuenta. Pero su olfato y su oído eran excepcionales y a cualquier señal de peligro acudiría, sin lugar a dudas. No pudo evitar sonreír al recordar que por las tardes al cánido le gustaba pasear a su aire después de jugar con Struan. Suspiró, ¡Se llevaban tan bien! Si hubiese sido posesiva, incluso se habría puesto celosa, pues últimamente Lobo parecía alegrarse más de ver al niño que a ella.

Llegó al gran tejo negro y vio que sus frutos ya habían caído al suelo. Las hormigas

transportaban algunos de ellos hacia sus madrigueras, eso indicaba un cambio en el tiempo. Estaban recolectando víveres, afanosas, para pasar un buen invierno. Eso hizo pensar a Ayla que debería tomar pronto una decisión, pues con la llegada del frio lo harían los temporales y le resultaría más complicado regresar a casa.

No, no iba a tener de nuevo ese pensamiento. Sus paseos tenían la intención de relajarla y no de crearle más inquietud. Las respuestas llegarían cuando el destino lo decretara. El futuro era cambiante, imprevisible y se centraría en el presente.

Cerró los ojos, le dedicó una breve oración en danés al venerable anciano y fue cuando iba a darse la vuelta para regresar cuando algo brillante captó su atención.

Se agachó, y entre la tierra yerma que crecía bajo el tejo, encontró una fíbula de plata.

—¿Qué…?

La cogió, le limpió la tierra con los dedos y la sopesó. Era realmente hermosa, muy parecida a algunas de las que tenía Ingrid, por su forma redonda y sus extremos formando dos espirales hacia afuera.

—¡Oh! —comprendió que se trataba de una fíbula vikinga. Y no llevaba demasiado tiempo allí, puesto que no estaba desgastada por el tiempo. Además, la última vez que visitó el lugar, hacía sólo dos días, no la había visto.

Frunció el ceño, pensativa. ¿Qué hacer? ¿Debía llevársela al castillo y preguntar quién la echaba en falta o dejarla allí? De seguro, quien la había perdido era una mujer. No tenía por qué ser vikinga, pero quizás…

Ayla pensó en la mujer de largos cabellos rubios y mirada dura. Ella andaba por esos bosques, la había visto matar a ese hombre con una sola flecha certera. Sería sin duda de Freya, pues… ¿quién además de ella visitaba el gran tejo negro? Nadie. Era un lugar que, precisamente por su sacralidad, casi todos evitaban.

Decidió dejarla allí, pero no donde la había encontrado, sino apoyada y bien visible, sobre una de las raíces. Estaba convencida de que la mujer volvería en algún momento sobre sus pasos y encontraría lo que había perdido.

Se puso en pie e inició el camino de regreso.

Lobo no tardó en aparecer de entre los árboles. Ayla sonrió, y siguió caminando junto a él, pero cuando ya faltaba poco para llegar al sendero que la llevaría a la fortaleza, algo en el gesto del animal la pilló desprevenida.

—¿Qué ocurre, Lobo?

Su amigo se quedó quieto. Cuando se colocó delante de ella, supo que no estaban solos. Se le erizó el pelo, al tiempo que bajaba la cabeza y miraba de abajo a arriba, en un gesto que otra persona habría definido como de ataque, pero que Ayla sabía muy bien que era defensivo. El Lobo había detectado un peligro, pero, ¿de qué? O, mejor dicho, ¿de quién?

Supo la respuesta enseguida.

Saliendo de detrás de una gran piedra junto a la cual nacía un frondoso pino, surgió Dairine.

Por un momento, Ayla pensó que su corazón se acababa de saltar un latido, debido al gran parecido que guardaba con Ishbel. Pero cuando la bella mujer sonrió con, reconoció las diferencias.

—Hola, curandera —desde luego, Dairine no parecía ser su amiga y su mirada altiva se lo dejó claro.

A pesar de ser exactas como dos gotas de agua, eran en realidad como el día y la noche. Portaba un vestido de terciopelo granate, y una capa negra le cubría la cabeza, ocultando su

preciosa y abundante melena leonada.

—Buenos días, Dairine.

La mujer no se movió del sitio y miró a Lobo con cierto desprecio.

—Santo cielo, Ayla —exclamó la dama—. ¿Podrías decirle a… tu animal, que soy inofensiva?

Ayla no tenía muy claro si era o no inofensiva. Lo que sí sabía con certeza es que no era su amiga, ni nunca lo sería. A veces, por su condición de hija natural del señor de los McLeod, Ayla había recibido el desprecio de cierta gente. Dairine la miraba como ellos, como una cucaracha en su plato, como alguien que vivía donde no le correspondía.

Siempre había odiado esa sensación, y siempre odiaría a la gente que se la hacía sentir.

—Lobo, todo está bien —dijo sin apartar la mirada de Dairine.

Después, Ayla parpadeó y miró a su amigo cuando lo escuchó emitir un gruñido gutural, apenas perceptible para el oído humano.

—Anda, vete.

El animal gimoteó en señal de protesta, pero decidió cumplir la petición de su amiga y se marchó, no sin antes mirarla con sus ojos ambarinos, con una sutil advertencia.

Cuidado, pareció decirle.

Ayla lo vio partir, movió la cabeza de un lado a otro, como si intentase desechar la absurda idea de que Lobo era capaz de comunicarse con ella de forma mágica. Algo estaba claro, no se fiaba de Dairine, ni Ayla tampoco. Si su lobo la advertía como una amenaza, por algo sería.

—Gracias a Dios —oyó cómo suspiraba Dairine, después de que ese temible animal desapareciera entre los árboles.

La sonrisa de la mujer se ensanchó. Al parecer, la cuñada de Lachlam quería una tregua con Ayla, o es lo que ella percibió.

—No debes preocuparte. —Ayla, se abstuvo de añadir que era inofensivo, porque eso habría sido mentir.

Dairine, ajena a los pensamientos de Ayla, rio, encantadora.

—Santo cielo, no me gustaría tener que volver a verlo. —Se acercó a Ayla hasta llegar a su altura—. Gracias por ahuyentarlo.

—No lo he hecho, sigue aquí, aunque no podamos verlo.

Dairine, dejó de sonreír por un instante y tragó saliva, pero enseguida recuperó la compostura.

—Cielos, es inquietante la forma en que te comunicas con esa… cosa.

—¿Qué haces por aquí, Dairine? —le preguntó, seca. Desde luego, no le gustaba que se dirigieran a Lobo en esos términos—. Pronto caerá la noche, podrías haberte perdido. —Entonces le asaltó una idea con total claridad, ladeó la cabeza al mirar con más detenimiento a Dairine y su cesto—. Aunque… supongo que conoces el bosque.

La mujer no se mostró incómoda por el comentario, pero sí que la miró con más intensidad, como si sospechara que Ayla podría descubrir todos los secretos que escondía.

—Yo… he venido otras veces. —Carraspeó e hizo un gesto con la mano, quitándole importancia—. Estaba recogiendo unas nueces y se me ha hecho tarde. ¿Y tú?, ¿regresas del tejo negro, no es así?

Ayla asintió.

—Necesitaba averiguar algo —respondió, escueta.

Pero de pronto, su ceño se frunció y miró a Dairine, curiosa.

—He encontrado… —Vio que portaba una fíbula de oro, con sus característicos lazos

celtas y no dijo más. Se la había visto en más de una ocasión y siempre llevaba la misma, así que descartó que la que aún descansaba junto el tejo fuera de ella. Era más probable que fuera de Freya.

—¿Qué ibas a decir? —alzó una ceja, Dairine.

—Alguien perdió una fíbula y pensé que tal vez podría ser vuestra.

Dairine negó con la cabeza.

—No, pero de ser la de una mujer, solo se me ocurre alguien aparte de nosotras a quien haya visto en este bosque.

Ayla la miró deteniéndose sin darse cuenta.

—¿Quién?

—Freya, la hechicera —dijo Dairine sin titubear.

Ayla la miró con suspicacia.

—¿La conoces bien?

Dairine parecía reticente a dar explicaciones, pero finalmente aceptó darlas.

—Me hice su amiga cuando llegué, pero… no es de fiar.

Ayla no supo por qué lo decía, pero estaba claro que no iba a hacerlo.

—Dicen que sabe mucho de hierbas, ¿te enseñó algo?

Los ojos de Dairine cayeron sobre Ayla, la miró intentando averiguar si quería sonsacarle información. Al final miró al frente y se negó a confesarle que Freya le había enseñado muchas cosas sobre el bosque de las ánimas, y las plantas y hierbas que en él crecían.

Ambas caminaron, una junto a la otra, en silencio.

—¿Y son nueces lo que llevas en el cesto? —Ayla esperó su respuesta como si hubiera formulado una pregunta inocente, cuando en realidad no era así.

Dairine tragó saliva. En ese momento, Ayla percibió la desconfianza en su expresión corporal y supo que estaba ocultando algo, pero, ¿el qué? Finalmente asintió y quitó la tela que cubría el cesto, para después cubrirlo con rapidez.

—Así es.

Ayla apenas parpadeó, pero no había únicamente nueces en su cesto. También llevaba un ramillete de flores de dedalera.

—Son preciosas, ¿verdad? —dijo la dama, suspicaz, al darse cuenta de adónde se habían dirigido los ojos de la experta curandera—. Me parte el corazón que sean urticantes, pero su belleza es tan dulce y llamativa que con ellas gusto adornar mi alcoba. En el castillo es todo tan gris…

Ayla asintió sin quitarle los ojos de encima. Sí, eran hermosas y más letales de lo que Dairine parecía querer entender.

—Lástima que se marchiten tan pronto fuera del bosque —respondió Ayla—, en mi opinión, las flores son más felices en el bosque, a menos que sirvan para algún remedio…

Calló de pronto. ¿Para qué servían las flores de Dedalera? ¿y dónde las había visto, si ella jamás había entrado en la habitación de Dairine?

Se le secó la boca, como el preludio de un recuerdo amargo, que no acababa de llegar. Al fin lo recordó.

—Ya me acuerdo. También vi esas flores en la habitación e Ishbel.

Dairine asintió sin apartar la mirada del camino.

—Sí, mi hermana amaba su belleza, tanto como yo.

Miró a Dairine y ella le sonrió de forma tan encantadora y aparentando tanta inocencia, que tuvo que apartar la mirada, confundida.

Caminaron en silencio un largo rato.

Al ver que Ayla no mediaba palabra, Dairine volvió a hablar.

—Está haciendo buen tiempo últimamente, ¿no crees?

—Cierto, pero eso puede cambiar de un momento a otro. —Hubo otro breve silencio, hasta que Ayla la miró de reojo y añadió—: Pero no vamos a hablar del tiempo ¿verdad?

Los labios de Dairine se apretaron visiblemente, y el mentón se alzó como si se sintiera ofendida, o tal vez se le hubiera caído por fin la máscara que impostaba ante ella.

—Si gustas, podemos hablar de otras cosas —ladeó la cabeza y desafió con la mirada a Ayla— ¿Cuándo tienes previsto regresar con tu hermano?

Sin miramientos, Ayla le sonrió al sentir que empezaba a caérsele la máscara.

—Pues… no lo he decidido. —Ayla no dijo más, dando pie a que Dairine insistiera.

—¿No deseas abrazar a tu sobrino? —preguntó, aún manteniendo esa sonrisa falsa—. Me enteré de la buena nueva por Maery —continuó diciendo, la dama—. Deberías marcharte antes de la llegada del frío, si es que no quieres ver a tu sobrino ya crecido —continuó Dairine, como si nada—. Además, sólo Dios sabe qué bebés regresan a su seno celestial, pues son tan delicados, especialmente con la llegada del invierno...

Ocultó el veneno de esas palabras con una sonrisa tan hermosa, que incluso Ayla quedó desconcertada.

Abrió la boca para responder, pero Dairine, de súbito, se llevó las manos a los labios y su rostro se encendió.

—¡Santo cielo, te pido disculpas! —gimió, asiéndola del brazo, como si buscara consuelo, y el contacto la quemó—. Es que… —se sacó un pañuelo del bolsillo interior de su capa, y se lo llevó al párpado izquierdo—. En fin, lamento haber dicho algo tan desafortunado. Tengo… malos recuerdos al respecto. Y con la muerte de mi hermana, tan reciente, estoy especialmente sensible.

—Ya veo —dijo Ayla, que empezaba a sospechar que esa mujer estaba peor de lo que ella había imaginado.

—Solo quería decir que ahora que tus obligaciones han terminado…

De nuevo el silencio cayó como una losa.

Sabía a qué obligaciones se refería y sintió una puñalada en la boca del estómago.

—Mi hermana ha muerto, y ahora que no tienes que cuidar de ella… —Dairine dejó flotar las palabras en el aire—, tu tiempo aquí debería terminar.

—¿Eso crees? —Ayla se apartó de ella. No quería que la siguiera asiendo del brazo.

—Por supuesto —dijo sin tapujos—. Quedarte aquí solo confunde a la gente. Están empezando a murmurar ¿sabes? Algunos aseguran que eres la amante de Lachlam. —Ayla la miró como si quisiera arrancarle la cabeza, e incluso estaba dispuesta a gruñirle como Lobo—. Eso hace que muchos piensen mal de Lachlam, siempre fue un amante esposo, devoto, que se desvivía por Ishbel.

Ayla apretó los puños cuando su mirada de mal disimulado desprecio cayó sobre ella.

—Pero las habladurías sobre los pecados de la carne… —continuó, maliciosa—, ya sabes, hacen que algunos te perciban como una amenaza. Las prostitutas son toleradas, pero no viven entre nosotros —dijo Dairine, cruel.

Ayla se paró en el sitio y estuvo a punto de saltarle al cuello.

—¿Así que por fin vas a hablar claro?

—¿Yo? —Se mofó Dairine, acercándose un paso más y dejando que su rostro se acercara peligrosamente al de Ayla. Como un animal rabioso, le enseñó los dientes—. ¿Te ofende que te

llame ramera? ¿Acaso puedo llamarte otra cosa? Calentando la cama del laird, cuando Ishbel acaba de morir. No eres digna de él, jamás se casará contigo, eres una bastarda loca, que anda con un lobo y a la que nadie quiere cerca.

Las palabras envenenadas de Dairine hicieron que las rodillas de Ayla se aflojaran.

Cuanto odio, y… en el fondo… ¿Acaso no podía entender de donde salía esa hiel?

—No me he acostado con el laird.

—Todos saben que sí.

—Eso es mentira.

—¿Sí? —la miró ofendida, como si la creyera una mentirosa capaz de engañarla—. ¿No te abriste de piernas para él en los establos?

Ayla la miró con el mismo desafío con que lo hacía Dairine. ¿Cómo sabía ella...? ¿Acaso Ethan habría corrido la voz de lo sucedido en el guadarnés? Lo dudaba, ciertamente. Ese hombre, a pesar de ser un rufián, estaba de su parte. Y de parte de su señor, a quien no le convenía que, tras la reciente muerte de Ishbel, retozara en los establos con una curandera.

—No me hables de abrirse de piernas en el establo, maldita.

Ahora sí que Dairine retrocedió y tragó saliva.

—¿Qué insinúas?

—Sé que en el establo… pasan cosas. Así que no me tires de la lengua.

—Eres una…

Ayla gruñó, ahora sí, como haría Lobo.

—Vuelve a insultarme y olvidaré que eres la hermana de Ishbel y te haré comer tierra cuando te aplaste la boca contra el suelo.

Dairine tragó salvia y retrocedió hasta que su espalda chocó contra el tronco de un árbol cercano.

—Metete en tus asuntos, y no hables de lo que no sabes.

Los ojos llorosos de Dairine, no eran por miedo, sino por rabia y Ayla entendió que esa mujer era peligrosa.

—No vas a salirte con la tuya, bruja —dijo Dairine—. Yo me encargaré de que desaparezcas de la vida de Lachlam, de un modo u otro.

Antes de que Ayla pudiera avanzar hacia ella y cumplir su promesa de hacerle comer tierra, la mujer empezó a correr por el páramo, esquivando los charcos y avanzando de nuevo hacia la fortaleza.

Ayla la vio huir, pero no sintió satisfacción alguna, pues acababa de comprender que se había ganado una fiera enemiga.

CAPÍTULO 27

El otoño había dejado un paisaje de colores ocres y marrones, los riachuelos y cascadas de la isla deslumbraban por su gran caudal y belleza. La pena de la muerte de Ishbel había menguado, nadie la olvidaba, pero el peso en el corazón era más llevadero. Semanas después, la ampliación de la habitación que serviría para ampliar la cocina y guardar los víveres había sido terminada. Los McDonald regresarían a Skye, y para agradecer su esfuerzo en la construcción se celebraría una pequeña fiesta de despedida.

Por el afecto que Daeirine parecía tener a los McDonald de Skye, se hizo responsable de su agasajo. Por extraño que pudiera parecer y teniendo en cuenta la relación, un tanto fría, que existía entre Maery y Dairine, las sugerencias de esta última, fueron bien recibidas.

La pequeña celebración, también entusiasmó a la mayoría de las gentes de la fortaleza, especialmente a los más jóvenes. La cena se celebraría en el salón, y habría música.

—Algo sencillo, nada extravagante —había asegurado Dairine, mostrando su tristeza porque su hermana no pudiera disfrutar de aquella velada preparada con cariño para los McDonald.

Por supuesto, a Lachlam, no le agradaba en absoluto la idea. Si los McDonald de Skye habían trabajado en esa ampliación, lo hicieron solo porque Lachlam les había concedido la gracia de no pagar tributos en año próximo. Además, después de tanto tiempo con los hombres de Braden McDonald ahí, quería que todo volviera a ser como antes, aunque con la ausencia de Ishbel, sabía que sería imposible.

Los hombres estaban reunidos en el salón, mientras algunos ultimaban los detalles para su partida dentro de dos lunas.

—Hemos hecho un buen trabajo —se jactó Braden McDonald.

Ethan estuvo tentado de decirle que no había hecho absolutamente nada más que beberse las reservas de whisky del castillo, pero tubo a bien callar.

—Te lo agradecemos —dijo Lachlam entre dientes mientras miraba a Ethan, tan feliz como él.

—Os echaremos de menos —espetó Ethan, mientras se recortaba sus, ya de por sí, perfectas uñas, con su daga morisca.

Braden gruñó al hijo del antiguo laird de los Steward. Por fortuna para él, Ethan había perdido poder, por lo que no le importaba enemistarse con él. Ese perro no era nadie. Y jamás volvería a ser más de lo que era ahora, el perro faldero de Lachlam McDonald.

—Dairine ha solicitado llamar a los juglares que acampan en los llanos —dijo Braden, complacido.

Lachlam volvió a gruñir, pero esperó que por una noche sus nervios lo soportaran.

—Dale el gusto a tu cuñada, Dios sabe que hay que tenerla contenta. —Si a Ethan le caía bien o mal, era todo un misterio, pero era un hecho constatado que jamás se había acercado a ella, no así sucedía con el resto de las mujeres de la fortaleza—. Además —añadió— ¿Qué tiene de malo algo de música?

Lachlam se negó a responder.

—Anímate, Lachlam —le dijo Braden con el tono de un amigo—, ha sido una desgracia perder a tu esposa tan pronto, pero la vida continúa.

La espalda de Lachlam se puso recta, y Ethan le lanzó una mirada sin entender por qué

Braden tenía tan poco tacto.

—Se dice que a rey muerto, rey puesto —siguió Braden—. Hay mujeres hermosas que podrían dar el cariño de una madre a tu hijo, y además calentar tu cama.

¿Pero, qué demonios?

Lachlam golpeó la mesa con la copa de vino y lo miró con fiereza para darse cuenta de que estaba completamente fuera de lugar.

—¡No me matéis! —las palabras fueron dichas por Braden entre risas.

—¿Qué os parece tan divertido? —le espetó Ethan, poniéndose en pie.

El laird de los McDonald de Skye no se inmutó, desvió la mirada hacia Lachlam y le dijo:

—Hay rumores que el rey David está intentando comprar las islas a Olav de Noruega. Quizás nos haga una visita y te obligue a contraer matrimonio a fin de que le sirvas en sus intereses, como ya hizo una vez.

Lachlam, a pesar del frío, sintió como el sudor le mojaba la espalda.

—Yo que tú, si no quieres que vuelva a imponerte una mujer, elegiría a una de mi conveniencia antes de que pueda asomar las narices por aquí.

Ya estaba dicho. Así que se levantó de la mesa y se dirigió con alguno de sus hombres a inspeccionar los barcos que los llevarían pronto de regreso a casa.

Lachlam se quedó con Ethan, que había perdido la sonrisa.

—¿Acaba de insinuar…?

—Que me case —le respondió Lachlam a su amigo—. Y quizás no sea una idea tan descabellada.

Lachlam se puso en pie y caminó hacia la chimenea. Miró los leños arder, ensimismado.

Era día de invierno. Hacía frío, pero el oleaje, gracias a los dioses, no era tan fuerte como para retener mucho más tiempo a sus invitados. Lo sabía porque esa misma mañana había ido a pasear por la playa, con su hijo, y con… Ayla. Los tres, como solían hacer los días de buen tiempo.

A pesar de haber mantenido las distancias, al menos no había rehuido su presencia cuando Struan estaba con ellos.

Cerró los ojos y apretó la frente contra su mano, apoyada contra la repisa.

La añoraba. Más de lo que estaba dispuesto a reconocer ante nadie. Pero después de su último encuentro, ella lo evitaba cuando estaba a solas. Y él también la evitaba.

—¿Vas a hacerlo? —preguntó finalmente Ethan, rompiendo el silencio.

—Deseo también guardar el luto por mi esposa —dijo Lachlam, pensativo, dándose de nuevo la vuelta para sentarse frente al fuego.

Ethan lo miró, alzando la ceja izquierda, y Lachlam le devolvió una mirada de pocos amigos.

—No vayas por ese camino —lo señaló con el dedo.

—Sé perfectamente el camino por el que empiezas a transitar y no es precisamente el de guardar el luto por Ishbel.

—¡Ethan!

—¡No he dicho nada! ¿Pero qué mal habría en casarte?

—¡Mierda, Ethan! —exclamó—. Fue un momento de debilidad, un error de cálculo que no pienso cometer de nuevo.

—Créeme, —dijo Ethan acercándose a su señor y posando una mano amiga en su hombro—, no habrá santo varón en esta isla ni en toda Escocia que te lo reproche. ¿Cuánto luto guarda un señor después de la muerte de su esposa? Ya han pasado meses, Ayla está aquí, no se

marcha, quizás esperando…

—Ayla no espera nada —dijo con dolor.

—¿Tú crees? —Ethan se sentó en la otra silla vacía junto al fuego—. Yo creo que espera que se lo pidas.

—¡Sueñas!

—No —Ethan, negó con la cabeza—. Yo creo que el sueño de convertirla en tu esposa, lo teníais los dos. Ahora puede hacerse realidad.

En el salón no se escuchaba ni un alma. Las mujeres estaban en la cocina y los hombres afuera, preparando sus armas para que a la mañana siguiente la despedida de los McDonald de Skye acabara con una buena lucha amistosa.

—Es lo que Ishbel hubiera querido.

—¿Qué sabrás tú lo que quería mi esposa?

Ethan se enfureció.

—¡Lo sé como lo sabes tú! ¿Acaso no te pidió que la desposaras? Es más, te lo hizo jurar. ¿Vas a negarle la última promesa hecha a tu esposa?

Se levantó de la silla, y Lachlam apretó los dientes, maldiciendo que ese imbécil tuviera razón.

—Creo que se siente culpable por no haberla podido salvar. No creo que acepte.

Por supuesto, Lachlam hablaba de Ayla. Y Ethan podía entender que quizás tuviera razón.

—Si no se lo preguntas, no lo sabrás.

Lachlam frunció el ceño mientras daba otro sorbo de su líquido ambarino.

—¿Sabes que si no fueras mi amigo ya te habría rebanado el pescuezo y clavado tu cabeza en una pica?

Ethan sonrió de medio lado.

—Sé que no lo harás, me tienes demasiado cariño.

—Tú procura no darme motivos.

—Palabrerías —respondió su amigo—. Y como no te decidas pronto a pedir la mano de Ayla, no te bastarán picas para rodear con ellas tu preciosa isla. Te recuerdo que le hiciste una promesa a Ishbel, que en paz descanse, de casarte lo más pronto posible, antes de que el rey te imponga otro matrimonio forzoso.

—Lo sé, no dejas de repetírmelo.

—Por cierto, he oído que los McGregor tienen una hija especialmente hermosa—. Lachlam supo que estaba siendo insidioso, no sólo por su sonrisa, sino porque todo el mundo sabía que lady Bonnie era una de las doncellas más feas que se conocían.

—Soy perfectamente consciente de la promesa que le hice a mi esposa —respondió—. Y tomaré a Ayla como esposa, no te quepa la menor duda. Pero necesito más tiempo. Si se lo pidiera ahora, me rechazaría.

—¿Tú crees?

—Estoy seguro, ella no es una mujer fácil de convencer.

—A mí me pareció todo lo contrario. —Las comisuras de sus labios se estiraron, sonriendo al acordarse de como los había encontrado en las caballerizas.

Pero Lachlam no estaba de humor.

—Me odia.

Ethan chasqueó la lengua, volviendo a sentarse y a hablar en susurros.

—Tonterías.

Lachlam lo ignoró.

—Y no le faltan razones.

—Pero del amor al odio… —como Lachlam no decía nada, Ethan sugirió—: Si es así, maneja la situación para convencerla. Esta pequeña celebración es una buena oportunidad para seducirla.

—¡Maldición! —lo fulminó con la mirada—. No voy a seducir a nadie.

—Ya, bueno… siempre has sido un señor muy aburrido.

—¡Ethan!

El aludido se encogió de hombros.

—Espabila, mi señor. Róbatela.

—No haré tal cosa.

—Entonces —continuó Ethan—, tómala en tus brazos y llévatela como todo un caballero.

—No la conoces, me arrancaría la cabeza.

La carcajada de Ethan fue señal de que él opinaba lo mismo.

—Si eso no funciona, llévatela al bosque y convéncela de la forma en que mejor sabes. U otro lo hará en tu lugar.

—Nadie lo hará en mi lugar —miró la entrepierna de Ethan, dejándole muy claro que le cortaría sus atributos si intentaba acercarse a ella—. Un día te mataré, Ethan.

—Puede que lo consigas, pero no te lo pondré nada fácil.

***

Esta vez Ayla, por muchas excusas que puso, no fue capaz de escabullirse de la pequeña celebración que habían organizado Dairine y Maery. La anciana se ofreció a ayudarla con el vestido, junto con Amber, la doncella de las cocinas que sentía una gran admiración por Ayla. Mientras la jovencita pelirroja peinaba sus largos y dorados cabellos con un cepillo de cedras de jabalí engastado en nácar, la anciana se ocupaba de que a la hermana del laird McLeod no le faltara ningún detalle para lucir la más bella y exquisita de todas las asistentes y rebuscaba en un pequeño cofre en busca de polvos de maquillaje y demás abalorios.

—Querida, aquí sólo tienes hierbas y… piedras extrañas y huesos —se quejó la anciana.

—Son runas —aclaró—. Y jamás me he pintado el rostro a menos que fuera para irme de caza. En cualquier caso, deseo seguir así —zanjó Ayla. Llenarse la cara de polvos era una línea que no estaba dispuesta a cruzar.

—No los necesitáis. Oh, cielos, creo que jamás en toda mi vida he visto a una dama tan hermosa como vos —dijo Amber provocando la sonrisa de Ayla, que negó con la cabeza. Finalmente, miró a la muchacha con un ojo aquí y un diente allá, provocando que Maery le lanzara una mirada de reproche.

—¡Ayla! —la regañó, dejando el cofre sobre el lecho—. No pongas esa cara. Amber tiene razón, luces bellísima.

—Es cierto —intervino Amber, pues parecía que a Ayla no le importaba—. Y si realizáis extraños gestos, os saldrán arrugas en los lugares más insospechados, y cuando envejezcáis entonces sí pareceréis una bruja de verdad.

Ayla hizo otra mueca terriblemente extraña y Amber no pudo evitar reír a carcajadas.

—¡Cielo santo! ¿No hay forma de que os comportéis como es debido? —las regañó de nuevo la abuela.

Y quizás tuviera razón, hacía tiempo que Ayla no sentía que tenía una amiga, alguien con

quien hablar o simplemente pasar el rato en armonía.

—Ayla, no puedo creer que Megan no haya conseguido convertirte en toda una dama —se quejó Maery.

—Espera y verás… —dijo, provocando a la abuela de Lachlam—. Puedo comportarme como una dama, simplemente no he tenido ocasión. Megan fue muy concienzuda en sus estudios, sé bailar, cantar y hasta hacer reverencias según el grado de magnificencia de los invitados.

Maery puso los ojos en blanco, pensando que la estaba engañando.

—¿De verdad puedes hacerlo? —Amber la miraba boquiabierta.

—No —se rio Ayla—, recuerda que soy una bruja y hablo con los animales. ¿Creéis que debería traer conmigo a Lobo?

—Si eso va a espantar a Dairine… —sugirió Amber.

Maery puso los ojos en blanco y las jóvenes rompieron a reír.

—¡No se bromea con estas cosas! —las miró con temor.

—Le tiene inquina a Ayla, y ella es buena y generosa, no debería tratarla como lo hace. —Amber le puso una mano sobre el hombro y Ayla la miró, agradecida.

—No importa.

—Sí, importa. No me gusta hablar mal de nadie —empezó a decir Amber—, pero pocas mujeres en la fortaleza le guardan demasiado afecto a esa dama. Si la toleran es porque su hermana, que Dios la tenga en su gloria, fue una mujer buena y dulce a quién todos amaron y respetaron.

—Ciertamente, es una mujer muy extraña —dijo Maery—. Es bella, elegante y sofisticada, su educación es exquisita y jamás la escucharás decir una mala palabra. Y al mismo tiempo…

—Al mismo tiempo es oscura, como un cisne negro.

Ayla y Maery miraron a Amber, que se sonrojó tanto como su melena pelirroja.

—Perdón —se excusó—. Creo que me he pasado de la raya.

—No te preocupes, niña —la disculpó la abuela—, en realidad la has descrito a la perfección, es un cisne negro.

—Si he de ser sincera, no sé qué pensar de Dairine —dijo Ayla, pensativa—. Quiero decir que no sé si está loca, o es mala.

—Yo creo que ambas cosas —aseguró Amber.

Maery, a su vez, hizo una mueca de disgusto al pensar en ella.

—Si bien es oscura, a veces es clara como el agua —dijo la anciana, enigmática—. Y lo comprobarás cuando hagas tu aparición en el gran salón.

—¿Por qué? —preguntó Ayla, curiosa.

—Por su cara de vinagre —respondió Amber, con una risita.

—Exacto —corroboró Maery—. La envidia es la única emoción que no sabe disimular Dairine.

Ayla frunció el ceño, pensativa. ¿Era Dairine una envidiosa? Jamás le había parecido tal cosa. Se la veía tan segura de sí misma, tan altiva y hermosa… ¿Qué tendría que envidiarle a ella, una simple curandera y bastarda, además? No es que a Ayla le importara su condición, pero era muy fácil deducir que una mujer tan exquisita como Dairine, y de tan buena familia, la despreciara por eso. Y tal vez…

—Querida —Maery interrumpió sus pensamientos, pues Amber justo había terminado de trenzar sus cabellos—¿Por qué no te levantas de la silla para que podamos admirar tu belleza?

Ayla hizo una mueca, pero cumplió la petición de la abuela.

Se puso en pie y se colocó frente a un espejo oval, que se llenó con la imagen de su cuerpo entero. Megan tenía uno muy parecido que perteneció a la madre de Duncan. Era de plata pulida. Esta era una pieza magnífica que Lachlam había adquirido para Ishbel como regalo de bodas, de alguna tierra lejana.

Su imagen se veía ligeramente distorsionada, pero podía ver su figura a la perfección si no se movía demasiado.

—Cielos, quita esa cara de una vez por todas. —Maery volvió a regañarla.

—Es que no tengo por costumbre vestirme como un pavo real.

—No digas bobadas. Además, sé que Megan te ha instruido bien y lucirás como la más bella de las joyas.

Ayla dio una vuelta sobre sus talones, ante la mirada encandilada de Amber, que aplaudió y dio saltitos, emocionada.

Llevaba un vestido de terciopelo azul marino, una túnica de manga, engastada en el corpiño con perlas y nácar, de corte vertical y lazo y dobladillos con ricos bordados en hilo de oro. De corte recto y entallado en la cintura, se iba ensanchando muy poco a poco hasta rozar el suelo y, tras de sí, arrastraba una elegante cola de un codo de largo. El cuello era alto, realzando su delicado busto y se le apretaba en la garganta, donde sobresalía un encaje de un tono azul más claro. Un cinturón bordado en hilo de oro abrazaba sus caderas hasta caer en dos lazos que se abrían a cada paso. Las mangas, aunque ligeramente abullonadas en los hombros, se ajustaban en los brazos, pero empezaban a abrirse en el antebrazo hasta que los extremos rozaban el suelo. Ambas lucían también un dobladillo bordado en oro. Los cabellos los lucía sueltos, pero media melena, trenzada en la nuca, en un elegante rodete que era el orgullo de Amber.

—Dios bendito —dijo la muchacha—. No parecéis una mujer común, más bien un ser celestial.

—Amber tiene razón —dijo orgullosa, la abuela McDonald—. Jamás he visto una belleza semejante, ni siquiera comparable a la madre de Lachlam, quien en su juventud, fue considerada la mujer más hermosa y elegante de toda Escocia.

—¡Cielos, sois unas exageradas!

—El laird caerá rendido ante vuestra belleza, y pronto…

Amber calló y Maery la miró con reproche.

—Pronto, ¿qué? —dijo Ayla, extrañada.

—Nada, niña —Maery sacudió la mano en el aire para restarle importancia.

—Os casareis con él.

—¡Amber! —la amonestó Maery—. No le digas esas cosas o saldrá huyendo.

Amber se llevó la mano a la boca e hizo una reverencia, lo siento.

Maery chasqueó la lengua, y Ayla las miró como si se hubieran vuelto locas.

—Bueno, terminemos —exclamó Maery, emocionada—. Falta el broche final.

Sacó de su bolsillo interior una pequeña cajita de madera labrada, con la imagen de un kelpie; un caballito con cola de pez, el símbolo de su clan. Cuando la abrió, de su interior surgieron dos preciosos pendientes de gemas azules, del tono exacto a los iris de Ayla.

—Son… ¿topacios? —musitó, acariciando uno con los dedos, impresionada—. ¡Oh, no! —rehusó Ayla, moviendo la cabeza de un lado a otro—. No, ni hablar.

—¡Claro que sí!

—¡Pero si son de la madre de Lachlam! —dijo Ayla—, ¿crees que no las reconozco?

—Reconócelas y hónralas.

El collar tenía una hermosa esmeralda y la cadena de oro brillaba como el sol.

—Oh, ¿son parte del tesoro de Santa Margarita? —preguntó Amber, mirando la joya con admiración.

La abuela sonrió, pero no dijo nada al ponérselo a Ayla alrededor del cuello. Por todos era sabido que el tesoro de Santa Margarita pertenecía a los McDonald cuando la mujer pisó esas islas para regresar a Irlanda. Se dice que les legó un gran tesoro a los McDonald, conmovida por la bondad del señor y la señora de la isla.

—Si fueron de la madre de Lachlam, debieron pertenecer después a Ishbel. —Ayla miró a Maery, confusa—. Deberías dárselos a Dairine, ¿no crees? Ella es su hermana y los sabrá lucir mejor que yo.

Amber puso una mueca de disgusto.

—¿Qué estás diciendo? —exclamó, mirando a Ayla con espanto—. Fueron de mi hija, y a su muerte volvieron a mí porque son un legado familiar. Aunque tenía intención de regalárselas a Ishbel, ni en sus mejores sueños Dairine tocará estos ópalos.

Amber rio satisfecha ante la apasionada declaración.

—Tómalas.

—Es que… Siento que no lo merezco —dijo, con la voz quebrada—. A Isbhel le hubieran sentado muy bien. —Notó como la pena la embargaba—. No supe hacer nada por ella. Murió sin que yo pudiera salvarla.

—Ya era tarde, querida mía —dijo Maery, acariciando su hombro con cariño—. No puedes seguir culpándote por su muerte. El único responsable es quien ha atentado contra su vida. No debe haber culpa en tu corazón. Ishbel no lo querría.

—Aún así, ¿no crees que deberías guardarlos para entregárselos a la futura esposa de Lachlam?

Maery y Amber se miraron con complicidad. Luego miraron a Ayla, para después asentir las dos al mismo tiempo.

—Aceptadlos vos. —Quién insistió esta vez fue Amber—. Los topacios simbolizan la alegría y canalizan la sabiduría interior. También os ayudarán a pensar y a tomar buenas decisiones.

—Las mejores decisiones —aseveró Maery, mirándola fijamente.

—Un momento —empezó a decir Ayla—. ¿No estaréis pensando en…?

—¡Oh! —exclamó la abuela— ¡Pero qué tarde es!

—Sí, es muy tarde —asintió la muchacha pelirroja.

Maery empujó a Ayla hasta la puerta y Amber le pellizcó las mejillas antes de instarla a bajar por las escaleras.

—Oh, así lucís perfecta —le dijo con admiración, al ver sus mejillas sonrosadas.

Ayla abrió la boca para protestar, pero Maery la hizo callar con la mirada.

—No digas nada más y recuerda una cosa: guíate únicamente por lo que te dicte el corazón—. La besó en la mejilla, y añadió—: Y disfruta de la velada.

CAPÍTULO 28

¿Disfrutar de la velada? Más bien, de la tortura que sería para ella tener que relacionarse mientras se pavoneaba con ese vestido tan incómodo. Jamás le había gustado llamar la atención. Podía hacerlo, Megan había sido una buena maestra, le había enseñado modales y a mantener una agradable e insulsa conversación, propia de una dama, pero no tardaría en aburrirse y entonces llegaría la lucha más dura de todas: fingir que escuchaba las conversaciones sin bostezar.

En eso iba pensando Ayla mientras descendía los escalones hacia el gran salón. Iba con el ceño fruncido, mirando al suelo para no tropezar. Dios, sentía que no podía respirar con ese corpiño tan apretado. No se dio cuenta de que todos en el salón, sin excepción, enmudecieron al verla llegar. Cuando alzó la mirada, se sonrojó hasta las orejas.

Lachlam estaba sentado en la mesa principal, conversando con Ethan y dos de sus hombres cuando la vio bajar los escalones de la gran escalinata, ensimismada. En ese instante, todo a su alrededor desapareció, para únicamente existir Ayla.

Nunca jamás, había visto tanta belleza y elegancia en una mujer. Como tampoco la había visto lucir tan elegante y hermosa. Para él, ella siempre lucía bella, aunque se vistiese con ropas de muchacho, pero ese vestido y su peinado lo dejaron impactado. Se preguntó si en verdad sería ella, o por el contrario una ondina que acababa de salir de su lago encantado para embrujarlos a todos.

Pero no fue Lachlam quien se acercó a ella para tomar su mano antes de que descendiera el último escalón, sino Ethan.

—Señora mía —dijo, emocionado. Esta vez no bromeaba—. Yo… ¡Por los antiguos dioses! no tengo palabras para describir tanta hermosura. Parecéis la mismísima Dana renacida.

—Por amor de Dios, Ethan, ¿Cuándo dejarás de ser tan empalagoso? —replicó Ayla, aceptando sus alabanzas con una sonrisa.

—Sólo cuando aceptéis ser mi amante —dijo, con una sonrisa burlona. Ahora sí bromeaba.

—¿Queréis que os parta las piernas? Porque puedo hacerlo.

Ethan rio y le guiñó un ojo. Lachlam, aunque lejos, estudió la actitud de su amigo y por como lo fulminaba con la mirada, quizás sería él quien acabara ensartándolo en su espada.

—¿Eso es un no, mi bella dama?

Ayla lo miró, serena.

—Debéis saber, lord Steward, que eso no sucederá jamás.

Ethan se llevó la mano al pecho, con teatralidad.

—Oh, me habéis roto el corazón tantas veces que… —y de súbito, sonrió—. Que ya no siento ningún dolor. ¿Aceptaréis al menos danzar conmigo esta noche? Os lo suplico.

—Si en algo valoráis vuestros pies…

Ethan amplió su sonrisa. Luego tomó su mano y la besó con galantería.

—Daría mis dos piernas por una sola de vuestras miradas.

Ayla rompió a reír.

Aquellas bromas se habían convertido en un juego para ambos. Un juego que no parecía gustar en absoluto al laird McDonald. Vio por el rabillo del ojo como los observaba, con los puños apretados, y alzó la barbilla. No fue un gesto altanero, más bien dedicado a auto

protegerse de su mirada anhelante.

Cuando Ethan le ofreció el brazo para guiarla hasta la mesa principal, que ya estaba repleta de suculentas viandas, se dio cuenta de cómo él se tensaba por momentos.

Lachlam se puso en pie y se dispuso a ir al encuentro de Ayla para arrebatársela a Ethan, cuando apareció Dairine.

—Hermosa, como una cierva blanca, ¿verdad? —le dijo al oído, captando la atención de Ayla—. A punto de ser cazada.

Lachlam, ni tan siquiera se había dado cuenta de la cercanía de Dairine, hasta que ella posó su delicada mano sobre su hombro. Miró a su cuñada y los cuatro se quedaron en un incómodo silencio.

Ayla se limitó a mirarla como lo había hecho en el bosque. No olvidaba sus palabras crueles e hirientes. Y aunque durante esas semanas se habían limitado a ignorarse, la amenaza de esa mujer de mil caras seguía ahí, como una espada afilada sobre su cabeza.

Entonces, los ojos azules de Ayla se posaron en los de Lachlam y la tímida sonrisa que hasta el momento había lucido en el rostro, al verlo tan cerca de Dairine, desapareció. Lachlam la malinterpretó, pensó que seguía odiándolo por lo sucedido, y no pudo sentirse peor.

—Por favor, sentémonos y disfrutemos de la fiesta —intervino Ethan.

No esperaba que Ayla se volviera hacia él y asintiera, sentándose a su lado.

El puño de Lachlam se cerró y volvió a su asiento a la cabecera de la mesa, seguido por Dairine que se sentó entre el laird y Braden que, por alguna razón, parecía muy complacido.

***

La cena fue amena y transcurrió con relativa normalidad, si no hubiera sido por los comentarios mordaces de Dairine. Después, llegaron los músicos que hicieron aún más agradable la velada en el gran salón. La gente bailó, cantó y se oyeron carcajadas que hacía tiempo no se escuchaban entre sus tristes y oscuros muros.

Amber se acercó a Ayla y le rellenó la copa de vino.

—Ojalá Ethan me saque a bailar —confesó, inclinándose sobre su oído.

Ayla soltó una risita.

—Si no te importa que baile después con todas las demás…

Amber se escandalizó ante las crueles palabras de Ayla, y luego se echó a reír. Quizás ambas habían bebido demasiado.

—¿Quieres que le pregunte?

Amber se volvió del color de la grana.

—No os atreváis.

—¡Ethan! —Ayla captó la atención del guerrero—. Amber me ha peinado tan deliciosamente, ¿no creéis? —Ethan se apresuró a asentir.

—Sois un ángel.

—Deberíais compensarla.

—¿Yo?

Ayla asintió ante la amplia sonrisa de él.

—Por supuesto, yo no puedo verme, pero vos disfrutáis de mi belleza, que es en parte gracias a Amber. —Dios, puede que sí hubiera bebido demasiado.

La muchacha estaba tras ellos, con la jarra de vino en la mano y mirándolos con la boca abierta.

—Sacadla a bailar.

—¡Eso puedo hacerlo! —se golpeó las rodillas y se levantó—. Siempre es un placer bailar con una mujer hermosa.

Amber se dejó llevar con la cara de un cervatillo asustado, pero inmensamente feliz, y Ayla empezó a reírse por la alegría contagiosa de la pareja.

Su risa captó la atención de Lachlam, y por añadidura, de Braden y Dairine. Pero los dos últimos no le importaban, solo Lachlam era capaz de atrapar su mente. Y eso le borró la sonrisa del rostro.

No había dejado de mirarla. Sus ojos se le clavaban como espadas en el corazón. No había parado de beber en toda la noche, y si Ayla hubiese podido contar los pasos que había dado el copero de la mesa al barril, puede que hubiese dado la vuelta a la isla dos veces. O puede que Ayla exagerara, pero lo cierto era que bebió lo inimaginable y era incapaz de comprender cómo aún se mantenía en pie.

Cuando Dairine se dio cuenta de cómo Lachlam miraba a Ayla, sus labios se apretaron.

—Parece que la curandera ya no se está divirtiendo demasiado —dijo Braden.

Dairine alzó el mentón.

—Su fracaso debe amargarle la velada. Si hubiera hecho bien su trabajo, quizás mi querida hermana estuviera con vida. —Habló lo suficientemente alto como para que todos la escucharan.

Lachlam la fulminó con la mirada y la dama se mordió la lengua. Al parecer hablar mal de esa zorra, ponía de mal humor al laird, y no quería que eso ocurriera.

—Disculpadme —le dijo con dulzura, mientras ella misma llenaba de nuevo su copa. Pero Lachlam no necesitaba beber más.

La visión que Ayla tuvo de Dairine acariciando el brazo de Lachlam, era más de lo que pudo soportar.

Llegados a este punto, decidió marcharse.

—Si me disculpáis… —Se levantó de la mesa, y a continuación dijo a nadie en particular —: Deseo retirarme a descansar.

Se dio la vuelta y recorrió la distancia que separaba el salón de la escalera que daba al piso superior. Ayla no hubo llegado allí, cuando se percató de que Struan dormitaba bajo una mesa.

—Oh, chiquillo endemoniado.

En algún momento había salido de la cama y Ayla tuvo que agacharse y esquivar algún que otro pisotón, mientras lo tomaba en brazos y lo subía a su alcoba.

Ayla miró alrededor. *Algo sencillo*, había dicho Dairine, pero al parecer, se le había ido de las manos. O quizás fue el alcohol lo que había hecho subir el tono de la fiesta. El juglar cantaba bien, pero los soldados hacían tanto ruido que les fue imposible lucir bien sus talentos.

Suspiró y se marchó del salón sin mirar atrás. No quería volver a ver a Dairine coquetear con Lachlam. Pero cuando llegó al piso de arriba y acostó al niño, no hubo cerrado la puerta del dormitorio que compartía con Maery, cuando alguien la asaltó.

—¡Lachlam!

—¿Quién te ha dado permiso para irte de la fiesta?

Ella lo miró sorprendida, para después entrecerrar los ojos y fulminarlo con la mirada.

—No sabía que necesitara el permiso de nadie.

—Sois mi invitada y…

—Tu invitada, no tu prisionera —dijo alzando el mentón—, y me habéis hecho tan poco caso que me sorprende que hayáis notado mi ausencia.

—Vuelve a la fiesta.

Al parecer, el laird de los McDonald perdía entendimiento mientras pasaban los años. Pues ya debería saber que Ayla no respondía bien a las imposiciones.

—Haré lo que desee, como ya sabéis —espetó, al tiempo que ponía las manos en jarras.

Al ver que él solo se dedicaba a contemplarla, finalmente lo empujó y pasó por su lado para bajar las escaleras.

—¡Ayla! —gritó Lachlam, pero no le hizo caso.

Con el orgullo de una reina, se alejó de él.

Estaba tan enfadada como avergonzada, y entendía que no todo era culpa de Lachlam, la culpa era suya por estar celosa de esa arpía. A pesar de que fingía todo lo contrario, su corazón latía completamente desbocado.

Bajó la torre y abrió la puerta que daba al patio. El frío de la noche le golpeó en la cara. No podía ir a su alcoba, de ni ninguna manera habría podido pegar ojo en toda la noche, pero sí se merecía salir de la fortaleza. Una larga caminata por el bosque despejaría su mente.

Necesitaba arrancarse del pecho esa furia que se la comía por dentro.

Lachlam se había comportado con ella como un auténtico déspota. Dairine, con extrema sutileza, la había acusado de intentar seducirlo mientras el cuerpo de su hermana aún yacía caliente en su tumba, y lo peor de todo era que sentía que tenía razón. No en intentar seducirle, sino en desearlo, y amarlo. Oh, maldición, no tendría que haberse puesto ese estúpido vestido.

¡Ah! Pero con la certeza de que el sol salía cada mañana, Ayla también tenía claro que Dairine era quien quería compartir la cama del laird. Su ambición se mostraba clara ante Ayla, y se sentía aún más estúpida por no haberlo visto antes.

¿Qué pensaría Ishbel de todo aquello? ¿Habría preferido a su hermana como futura esposa del laird? ¿Por qué no? Aunque si algo hizo Ishbel, fue juzgar bien a las personas. Solo ella se había atrevido a dar la oportunidad a la antigua enamorada de su marido, y abrirle su corazón.

Aceleró el paso y se dirigió hacia el bosque del gran tejo negro. Con un poco de suerte y unas cuantas horas de camino, volvería al amanecer.

La luna llena lucía en lo más alto del firmamento, como un redondo y suculento queso, iluminando el sendero casi como si fuera de día. El camino era transitable, aunque su vestido, demasiado aparatoso, le impedía avanzar con comodidad. Además, no veía por donde pisaba, pues una espesa niebla le impedía ver dónde ponía los pies y se tropezaba a cada paso. Se enfurruñó más, arrepentida de no haberse cambiado de ropa.

—¡Oh, maldición! —exclamó, cuando la cola del vestido se le enganchó en una rama.

¡La barca!

Tomaría los remos y llegaría al bosque con más facilidad, sin tener que romperse los tobillos en aquellas ciénagas.

Se dio la vuelta y se recogió el vestido, la pasó por su cinturón de modo que no fuera arrastrándola tras de sí y se enrolló también las mangas en los antebrazos. Frunció el ceño, al darse cuenta de lo ridícula que parecería si alguien la viese de esa guisa, pero si la ayudaba a caminar con comodidad, nada más importaba.

Tomó la barca e inició el camino que semanas atrás había hecho con Struan. Llegó más rápido de lo esperado, quizás porque su mente volaba en otra dirección y ni siquiera veía el

camino a seguir. En su mente, las imágenes que se reproducían eran de Lachlam gritándole, de ese laird altanero que una vez había sido un hombre divertido, gritarle como si ella se lo mereciera.

Un tiempo después, dejó la barca y echó a andar. El sendero era menos resbaladizo, la niebla se había disipado en aquel lugar. Cuando estaba a punto de adentrarse en el bosque, Lobo apareció de entre los árboles.

—¿Dónde estabas? —Suspiró aliviada cuando su amigo se rozó contra sus rodillas. Hundió los dedos en su blanco y espeso pelaje y lo masajeó, cariñosa—. Te he echado de menos, Lobo.

Como era de esperar, el animal no respondió con palabras, pero sí lamió sus manos y Ayla se agachó para abrazarle el cuello. Cuando Lobo decidió que ya era suficiente, se alejó trotando varios codos hacia delante, abriéndole el camino para que siguiera sus pasos y no tropezara más.

—Oh, querido amigo, gracias por estar siempre a mi lado. —Volvió a sujetarse el vestido que seguía pesando demasiado.

Sonrió por vez primera desde que salió del castillo, pues Lobo siempre la cuidaba. La estampa era digna de admirar, una mujer elegantemente vestida, atravesando la niebla a su paso, junto a un lobo más blanco que la luna.

—No me mires con esa cara —le dijo, al darse cuenta de que al pensar nuevamente en Lachlam le había vuelto a cambiar la expresión—. No estoy enfadada. Es solo que… ¡No le soporto!

El animal la miró fijamente, como si no creyera ni una palabra, y luego continuó su camino.

No estaba sólo enfadada con ese bruto, estaba mucho más indignada consigo misma por no poder evitar que le afectase su sola presencia. Ver a Lachlam borracho le había dado lástima y también rabia. Y las taimadas palabras de Dairine le martilleaban en la sien, de forma constante. Por supuesto que no había intentado seducir a Lachlam, mucho menos tenía la intención de convertirse en la nueva señora de los McDonald. Por mucho que lo amara, por mucho que lo deseara, jamás se comportaría de forma tan ruin.

Además, no tenía intención de casarse con Lachlam. Aunque… la idea le pareciera tentadora.

Si había asistido a esa fiesta, y se había engalanado, había sido únicamente por la insistencia de Amber y Maery.

—¡Sí! —le dijo al lobo, quitándose toda responsabilidad

El animal la miró de nuevo unos segundos, para después seguir caminando frente a ella, como si la estuviera escuchando con total atención y al mismo tiempo no creyera ni una sola palabra. Por supuesto que Lobo debía pensar que sí se le había pasado por la cabeza agradar a Lachlam. Y todos en el castillo, también lo habrían pensado.

—Ellas son las culpables. Y yo intentando que Amber se lo pasara bien con Ethan, como si ese también fuera de fiar. ¡Todos los hombres sois iguales!

Lobo aulló, y Ayla no supo si estaba conforme o no con sus palabras, pero en realidad era lo que menos importaba.

Casi sin darse cuenta, sus pasos la llevaron hasta el gran tejo negro. No sabía cuanto tiempo había transcurrido, pero por la posición de la luna supo que varias horas.

Alzó la mirada hacia el cielo, y a través de sus ramas se asomaba su blanca faz, como si la vigilara en todo momento. El viento era inexistente, por eso el suelo seguía cubierto de una

niebla mucho más baja que horas atrás y sinuosa, que parecía abrazar el grueso tronco, como si fuera su amante y no estuviera dispuesta a dejarlo escapar.

Sus ramas, como siniestros brazos, casi rozaban el suelo, devolviéndole su amor la suave niebla. Ayla apoyó la mano en su grueso tronco, y miró hacia abajo, donde semanas atrás había dejado la fíbula.

Ya no estaba ahí. Seguramente su dueña la habría recuperado.

—Freya —pronunció su nombre, y no negaría que por su mente había pasado la idea de que la muchacha hubiera matado a Ishbel con sus venenos y brebajes. Pero luego recordaba cuan amorosa había preparado su mortaja y ese pensamiento desaparecía.

No podía culpar a una mujer, solo por lo que se decía de ella. Eso no la haría mejor de todos aquellos que en su día la criticaron por ser como era.

Con ese tormentoso pensamiento rondando sobre su cabeza como un ave carroñera, frunció el ceño hasta que, de repente, Lobo se mostró inquieto.

—¿Qué sucede? —le preguntó, curiosa.

Lo vio caminar hacia la derecha, hasta que fijó la mirada en el sendero, luego miró a Ayla y gimió.

—¿Quién va? —exclamó la joven, sabiendo que Lobo le estaba indicando la presencia de alguien.

De pronto se lamentó por haber salido a caminar desarmada.

¿Y sí volvían a atacarla? Puso los ojos en blanco. Maldita sea, estaba harta de todo aquello. Después de lo vivido esa noche, quizás si no la querían allí, lo mejor sería marcharse.

Pronto, el sonido de los cascos de un caballo empezó a escucharse por el sendero y por fortuna, no fue un enemigo quien se dejó ver.

—¡Lachlam! —El laird surgió de entre la niebla como un antiguo dios celta, sobre un caballo negro como la noche— ¿A caballo? ¿te has vuelto loco? —bufó furiosa—, podrías haberte partido la cabeza.

Él no le respondió de inmediato, simplemente le sonrió, acercándose cada vez más a ella, observándola desde lo alto.

—Ayla —pronunció su nombre como una caricia—. Tú y yo, tenemos que hablar.

CAPÍTULO 29

Ayla vio como Lachlam se acercaba y se le secó la boca. Su aspecto era imponente. Llevaba tan sólo el kilt abrazando su cuerpo y las botas altas y suaves de cuero. Se había deshecho de la camisa a pesar del frío y sobre sus músculos se reflectaba la luna llena, haciendo que las sombras danzaran, acariciando su piel bronceada.

Lobo, al verlo aparecer, se escabulló y Ayla tragó saliva.

—Cobarde —le susurró al bosque.

Lachlam desmontó de un salto, ató su montura a un árbol cercano y apresuró su caminar hacia ella.

—No hace falta que te acerques más —dijo Ayla, pero eso no lo detuvo.

—Yo creo que sí.

A pesar de su altiva mirada, dio un paso hacia atrás y su espalda se topó con el tronco del tejo. Tal parecía que el venerable anciano tampoco estaba dispuesto a permitir que escapara de ese hombre.

—¿Qué haces aquí? —espetó con voz temblorosa, cuando el highlander ya estaba tan cerca de ella como para poder tocarla.

No respondió.

Sus ojos azules se lo dijeron todo cuando la tuvo a un suspiro de distancia.

Las emociones, intensas y confusas se reflejaban en su rostro. Estaba furioso y hambriento… de ella.

Ayla intentó esquivarle y dio un paso hacia la derecha, pero se tropezó con el vestido y Lachlam detuvo su caída, rodeándole la cintura con el brazo.

Quedó suspendida sobre el suelo, entre los fuertes brazos de ese hombre, que seguía mirándola con deseo. O quizás más que eso.

La pasión que sentía por ella se reflejaba su rostro. Una pasión incontenible que ella no podría enfrentar.

En otras circunstancias, Ayla habría luchado hasta escapar, pero siempre que él la tocaba, todas sus fuerzas se diluían como el humo de una hoguera se mezcla con el viento.

Quedó paralizada, no quería mirarle a los ojos, así que clavó la mirada en su fuerte pecho, que se expandía poderoso, con cada bocanada de aire.

Pero fue peor, pues al tener su cuerpo tan cerca de nuevo, aquella sensación de anhelo se formó una vez más en su vientre, y la obligó jadear.

No supo cómo ni cuando, pero él la depositó sobre el suelo y sus pies parecieron echar raíces en la tierra yerma, junto al tejo. Sin embargo, él aún tenía las manos en su cintura, rodeándola con sus grandes manos, y se acercó a ella tanto, que de nuevo su espalda quedó pegada a la corteza del árbol.

—¿Me has seguido? —logró decir, entre jadeos—. ¿Por qué?

—Porque deseo estar contigo —respondió.

Ayla tragó saliva.

—Y yo quiero estar sola.

—No es cierto —contestó, contrariado. Aunque su rostro ahora lucía una dura expresión, su voz sonó suave y entrecortada—. Me deseas, puedo verlo en tus ojos.

—No.

—Me deseas como yo te deseo a ti.

—Eso es men…

—Cierto —sentenció Lachlam, interrumpiéndola—, puedo verlo también en tus labios y en el temblor de tu cuerpo cuando te acaricio.

—Pues no me acaricies —exigió, sin demasiada convicción.

La sonrisa ladeada que apareció en los labios de Lachlam le aceleraron el pulso.

Maldita sea, iba a perderse en esos ojos, en esa boca…

—Debes apartarte de mí —*porque yo no puedo.*

—No me apartaré de ti jamás —bajó la voz, par susurrarle esas palabras al oído y hacerla estremecer.

Ayla cerró los ojos. Iba a perderse, la derrota estaba tan cerca y… la deseaba. Deseaba sucumbir, dejar de pensar y de resistirse. Sería tan fácil que por una vez alguien tomara las decisiones por ella, que Lachlam por fin dijera lo que en verdad deseaba y luchara por ello.

Sus fuertes manos surcaron la curva de su cintura, acariciaron los montículos de sus pechos y poco después acunaron su rostro y acariciaron sus pómulos. Los labios de Lachlam quedaron a escasos centímetros de los suyos.

—Estás ebrio —le recriminó, sin apenas fuerzas.

—Ebrio de ti —asintió, con voz aterciopelada.

Tras decir eso, la besó con ímpetu y ella, abandonando toda determinación, reaccionó de igual forma.

—Lachlam…

Rodeó su cuello con los brazos y bebió de su boca como un sediento.

Ayla era incapaz de controlar su propio cuerpo, su mente le gritaba que aquello estaba mal, que no era lo correcto, que debería saber contenerse, pero se rindió a sus besos y a sus caricias, porque era lo único que podía hacer. No había nadie en el mundo que pudiera hacer con ella lo que quisiera, a excepción de él. Tenía que ser un brujo poderoso, la había hechizado, era la única explicación.

—Ayla —gruñó, al separarse para recuperar el aliento. Apoyó la frente contra la de ella y soltó lo que su corazón anhelaba confesar—, te amo. Te amo tanto, que soy incapaz de pensar y actuar con claridad cuando te tengo cerca.

Esa declaración casi provocó que su corazón se detuviera. Jadeó, y una extraña sensación, un dulce y al mismo tiempo amargo deseo, la recorrió de arriba abajo.

—No eres tú quien habla, sino el whisky —logró decir, con las lágrimas amenazando con escapar de sus párpados.

¡Maldición, no quería llorar!

—Estás borracho y mañana ya no me amarás.

—Ninguna bebida o brebaje hará que deje de amarte, Ayla McLeod.

Ella tragó saliva y en realidad quiso tragarse las lágrimas que ya empañaban sus ojos.

—Pero ahora solo me estás confesando esto porque estás borracho y…

Ella seguía negándose a mirarlo, por eso la cogió del rostro y la obligó a hacerlo. Lo que estaba a punto de decirle, también quería decírselo con los ojos.

—Confieso que siempre te he amado. Confieso que nunca he dejado de amarte y confieso que jamás dejaré de hacerlo.

—No —gimió ella, con un nudo en la garganta—. No es verdad.

—Juro por Dios que te amo, desde siempre. Debí luchar por ti, pero prefería saberte viva y odiándome, que ser el causante de que el rey te castigara por haberle desobedecido.

—Lachlam… —lloró en silencio.

—Te amo, Ayla —dijo cerrando los ojos bebiendo de su aliento—, con la misma intensidad con que te deseo.

Sus ojos no mentían. Eso fue lo que más dolió a Ayla, la cruel y al mismo tiempo dulce verdad que leyó en su mirada.

—Basta, Lachlam. —Las lágrimas acabaron por traicionarla y empezaron a caer, irreverentes de sus párpados para deslizarse por sus mejillas, una tras otra, sin ningún tipo de control.

Él las besó, capturándolas una a una con los labios. Después su boca navegó por su rostro hasta alcanzar la de Ayla. Pero el beso no fue como al principio, duro y exigente, sino suave, pausado, con la intención de acallar sus sollozos y compartir con ella su sufrimiento y su desconfianza.

—Sé que te hice daño, que te rompí el corazón. No tengo más excusas para darte, a parte de las que me he hecho a mí mismo todos estos años —besó otra lágrima, y otra—. Me casé por obligación Ayla, pero en verdad te amaba a ti, siempre has sido tú la dueña de mi corazón y quien ha mantenido cautivo mi deseo. Hasta ahora.

—¡No luchaste por mí! —sollozó, intentando un grito que acabó mudo. Le golpeó con fuerza el torso, pero Lachlam no se movió—. Yo lo habría hecho. Lo habría dado todo por permanecer a tu lado. Habría desafiado al mismísimo rey David. Pero tú… —lo miró con todo el dolor que sentía—. Dices ahora que me amabas, que me amas, y puede que así sea, pero no lo suficiente. ¡No lo suficiente, Lachlam!

—Tienes razón —la miró, suplicante—. Fui un cobarde. Pero no tuve elección.

—Claro que sí —apartó su mirada de él—. Pero ya es agua pasada y el pasado no se puede cambiar.

—Cierto, pero sí podemos vivir el presente.

—¿El presente? —lo miró, irónica— ¿De qué presente estás hablando, Lachlam? —él abrió la boca para responder, pero ella no se lo permitió— ¿Crees que mi corazón sanará sin más? ¿Que dejará de sangrar sólo porque tú ahora hayas decidido cubrirlo con una venda que se empapará de nuevo? Las cosas no funcionan así.

—Ayla, por favor…

—No te culpo —estaba siendo sincera—, hiciste lo que debías. Pero no creo que sepa perdonarte, ni tampoco sé si podré volver a confiar en ti.

—Ayla… —fueron los ojos de Lachlam los que se tornaron vidriosos ahora—. Yo… no lo merezco, pero te pido, te suplico, que me des una oportunidad.

Cásate conmigo, y sé mi esposa, quiso decirle, pero no se atrevió.

Aún no era el momento. Antes tenía que apaciguarla, de lo contrario, la espantaría y la perdería para siempre. Como cualquier alma salvaje, Ayla necesitaba ser cautivada, seducida, convencida.

—No… No lo sé… —Titubeó, porque su mirada era tan intensa, tan convincente.

Y él, al verla vacilar, aprovechó la oportunidad que se le brindaba para insistir. Sabía que debía ir despacio, con cuidado. Ella era una loba de las Highlands, no se la podía retener, ni obligar, ni domar, sólo persuadir. Y lo haría, por el Altísimo y todo su séquito celestial, que lograría hacerla suya para siempre.

—Estamos solos, tú y yo, aquí y ahora —besó sus labios con ternura, mientras acariciaba su rostro con los pulgares—. Entrégate a mí —suplicó contra su boca—, entreguémonos el uno al otro. Veremos qué sucede mañana.

Ayla sabía que debía negarse. Era lo correcto. Por eso no quería mirarle, si lo hacía, sucumbiría, y tenía escapar de él.

No abras los ojos… no los abras, Ayla. ¡No lo mires!

Pero los abrió, y se encontró con los de Lachlam.

No mentían.

Jamás lo hacían.

La adoraban, la veneraban, reflejaban, siempre que se posaban en ella, una pasión desmedida y un amor infinito. A veces rabia, sí. Y a veces celos. Otras, desacuerdo, pero el amor y la pasión siempre estaban allí, en el azul de sus iris.

Cedió, porque era demasiado poderoso y porque ella sentía exactamente lo mismo por él. Los últimos años, sin Lachlam, habían sido una tortura. Ayla había vivido en un letargo constante, durante el cual cada vez que escuchaba su nombre, su corazón volvía a romperse y a sangrar. Cada noche que le soñaba, despertaba con el pulso acelerado y el rostro bañado en lágrimas. Hay quien decía que el tiempo curaba las heridas, pero con Lachlam no había funcionado. No sanaban las heridas más profundas, las de la traición. Y la suya era de las más crueles, una traición que recordaba, día tras día.

Sí, Lachlam no era culpable, el destino los había obligado a separarse, estando predestinados. Pero no podía evitar dejar de sentirse traicionada, y al mismo tiempo su amor por él no menguaría jamás, no dejaría de pasar, se entregase a él, o no. Y eso era lo más doloroso.

—Ayla, di que sí —insistió, Lachlam—. No eres una cobarde. Confía en mí y arriésgate conmigo.

En eso tenía razón, no era una cobarde. Así que aceptó el reto.

Y fue ella quien lo besó esta vez.

Sus labios rozaron los de Lachlam, que se quedó quieto y cerró los ojos unos instantes, para después soltar el aire en un suspiro de agradecimiento.

Sólo podía temblar y dar las gracias, porque sabía una cosa: por primera vez desde hacía cinco años, ella lo aceptaba.

Ayla había vuelto a él.

La pasión se desató, Lachlam notó como su lengua, suave y húmeda, lo acariciaba. Con sus fuertes manos, delicadas al mismo tiempo, empezó a desatarle el vestido, por la espalda, con cuidado. Se estaba conteniendo, aunque sus bocas hambrientas eran incapaces de soltarse.

La pesada tela de su vestido se deslizó hasta caer al suelo, y Ayla quedó únicamente cubierta con una camisola larga de suave y fino hilo. Su cuerpo esbelto y de sinuosas curvas, era como el de una diosa que renace de las aguas. Su piel blanca y las exquisitas formas que se dejaban ver a través de la tela, era todo cuanto deseaba ver.

—Oh, Ayla, eres… —La acarició con la mirada, con la respiración de ambos entrecortada. A sus ojos le siguieron sus manos—. Eres un ser celestial.

La veneró y la honró con sus caricias, al tiempo que cubría de besos la piel de su rostro.

Ayla temblaba de placer, mientras con los dedos él desataba la blanca prenda atada por el pecho. Pronto cayó al suelo también, dejándola totalmente expuesta.

Sus ojos expresaron absoluta devoción al mirar su precioso cuerpo. Era la primera vez que la veía desnuda y, a pesar de haberla evocado en innumerables ocasiones, nada se asemejaba a la realidad. Su piel era blanca, como la luz de la luna. Su clavícula se marcaba ligeramente para dar paso a unos senos que Lachlam había soñado con agasajar. Los pezones lucían erectos, rosados, como las fresas a punto de madurar. Su estrecha cintura se iba ensanchando en unas sinuosas caderas y en el centro de ellas, el monte del deseo, coronado con suaves rizos del

mismo color que su melena.

Extendió las manos y la acarició. Su piel era suave y tibia. La miró a los ojos.

—Oh, Ayla… Me tienes cautivado.

La besó, apretándola contra su pecho. La lengua jugueteó con la suya, mientras la mano derecha navegaba por la piel de sus senos. Pronto los labios siguieron el camino que había marcado su tacto. Cuando besó un pecho, ella gimió, echando la cabeza hacia atrás.

—Sí, pequeña —gruñó, capturando otro pezón con los labios. Succionó, y sintió que sus jadeos se tornaban más intensos. La mano que había sostenido su pecho, bajó esta vez por su vientre, acarició su ombligo y se abrió paso hacia su suave y húmedo sexo.

Llegados a este punto, Ayla tuvo que colgarse de él, pues sus piernas perdieron toda fuerza.

Él la sostenía con un brazo, agarrando sus nalgas, mientras con la mano la acariciaba por dentro.

—La… Lachlam —gimió, cuando él le introdujo un dedo—. Lachlam no… no puedo más.

Eso fue su perdición pues, a pesar de que su cuerpo flaqueaba y caería al suelo como un fardo si no recobraba las fuerzas, no deseaba que él dejara de acariciarla. Pero eso fue lo que hizo, tuvo que ser así para cogerla en brazos.

Sin dejar de mirarla a los ojos con los que le prometía el mismísimo cielo, la reclinó contra el tronco del tejo. Ella abrió los labios para protestar al ver que se alejaba, pero su mirada cayó sobre sus rápidos movimientos.

Lachalm tomó entre sus manos el grueso cinturón de cuero y este cayó al suelo. A ella se le secó la boca al ver que bajo la prenda estaba desnudo. Sujetó la tela con una mano, para acto seguido extenderla en el suelo y quedarse totalmente desnudo a excepción de las botas. Antes de quitárselas tiró de ella hasta tumbarla sobre sus colores. El tartán contrastaba con la palidez de su piel.

Ayla lo vio sacarse las botas, hasta quedar esta vez expuesto por completo ante ella. Gimió al descubrir, en su plenitud, su impresionante cuerpo. Su poderoso pecho se inflaba con cada respiración. Su vientre estaba tenso, sus músculos vibraban y más abajo…

Ayla tragó saliva y se puso colorada.

—Tú… Yo… —balbuceó—. No sé si… —abrió mucho los ojos, y luego miró a Lachlam, asustada— ¿Qué va a pasar ahora?

Ciertamente, jamás había visto nada igual. Por supuesto había visto hombres desnudos, aunque siempre sin querer, cuando se bañaban en el mar, pero… nada tenían que ver con Lachlam McDonald. Tampoco es que no supiera qué pasaría a continuación

Había escuchado hablar a las mujeres que, entre risas y cuchicheos, comentaban acerca de el acto que estaba a punto de experimentar.

Pero siendo sincera, jamás les había prestado mucha atención. Nunca se había interesado por esas cosas, ella jamás había visto a Lachlam, ni se lo había imaginado como lo estaba viendo en esos momentos. Sí, había sentido deseo por él cuando se habían besado, y no fueron pocas las veces que había tenido pensamientos nocturnos, fantaseando con abrazarle y besarle el cuerpo. Anhelaba sus caricias pero…, la realidad era que no tenía la menor idea de qué esperar.

—No te asustes —dijo, al leer las dudas o más bien la sorpresa en su rostro—. Todo irá bien.

—No estoy asustada.

Asustada no, pero sí se sentía completamente expuesta a él y a sabiendas de que no tener

ninguna experiencia, era un inconveniente.

—Confía en mí.

Por supuesto, lo único que podía hacer era confiar.

Lachlam no dejó de mirarla al inclinarse sobre ella. Cubrió su cuerpo, cuan grande era. Sin mediar palabra aún, la envolvió por completo.

Lo miró a los ojos, deseaba seguir besándolo, acariciándolo, pero estaba demasiado insegura para moverse. Sólo podía concentrarse en respirar. En los latidos de su corazón.

Él se dio cuenta y la besó, controlando toda la pasión que amenazaba con explotar en su interior. Dios sabía que sus deseos eran tomarla allí mismo, con vigor, desatando toda la pasión que llevaba guardando desde hacía años. Pero antes tenía que calmarla. Y calmarse él también.

—No temas —le dijo besando sus párpados. Ayla buscó su boca y él lamió los labios que ella le ofrecía, acariciando su piel—. Todo irá bien. Confía en mí.

—No tengo miedo —respondió—. Es sólo que no sé qué hacer.

—Sólo tienes que hacer conmigo lo que quieras, Ayla.

—¿Lo que quiera? —preguntó en un susurro, mirándolo a los ojos.

—Déjate llevar.

Algo más tranquila, alzó las manos y acarició sus hombros. Luego, recorrió su torso. Sonrió, porque era maravilloso y placentero poder tocarle, sentir como su pecho se hinchaba contra el suyo, descubrir partes de su piel que no conocía, que jamás había tocado. Se atrevió a besarle el hombro, el cuello y el mentón. Todo mientras él contenía el aliento y la dejaba hacer.

—Sí, pequeña, así —dijo, con voz ronca, mientras ponía su mano sobre la de Ayla y la guiaba hacia el descubrimiento de la carne—. Tócame. Oh, sí… Descúbreme. Conquístame.

Cuando su mano llegó hasta su enhiesto miembro, Ayla abrió los ojos y ahogó un suspiro.

—Estás… Du… duro.

Él jadeó contra sus labios, regalándole una sonrisa.

—Es por ti —la besó suavemente, mientras su mano apretaba la de Ayla y hacía que el movimiento le provocara un placer indescriptible—. Acaríciame, Ayla. Hazme tuyo.

Ella tragó saliva cuando con su mano siguió con el movimiento que él le marcaba. Lo miró fascinada, y lo escuchó jadear. Con los ojos cerrados y sus perfectos labios entreabiertos, Lachlam era todo un espectáculo.

—Así —jadeó al tiempo que apoyaba su frente sobre la de ella.

Lachlam la guiaba, hacía mover su mano de arriba abajo.

—Te… ¿te gusta? —Ayla notaba que a cada punto estaba más duro, cómo palpitaba.

Un gruñido fue su única respuesta. La besó con ímpetu, y sus caderas empezaron a moverse al ritmo que marcaba Ayla.

—Oh, sí, pequeña… Me gusta, sigue…

Pronto, ella entendió que le estaba dando placer, y eso la animó. Ya no hizo falta que él la instara, su mano empezó a moverse sola, a jugar y a disfrutar con el goce que le estaba dando.

Mientras, Lachlam besó su cuello. Lamió su oído y ella se arqueó y gimió como una gata. Eso lo excitó tanto, que tuvo que detenerla.

Aprisionó su mano, y la miró a los ojos.

—Ya es suficiente.

Ayla protestó con la mirada.

—¿No te gusta? —preguntó, curiosa— ¿No lo estoy haciendo bien?

—Sí, lo haces muy bien. Demasiado bien, Ayla.

—Entonces, ¿por qué…?

—Ssh —chistó él, posando un dedo sobre sus labios—. Ahora me toca a mí.

Ella parpadeó, viendo como él se incorporaba levemente y repartía su peso entre sus antebrazos, que tenía apoyados cerca de los hombros de Ayla.

Ella intentó incorporarse, pero él se lo impidió.

—No te muevas —ordenó, con dulzura—. Quédate quieta.

—Pero…

—Confía en mí.

Ayla asintió, y por primera vez en mucho tiempo obedeció.

—Cierra los ojos.

Cerró los ojos. Por esta vez confiaría en él.

Y empezó a sentir.

Lachlam regó de besos toda su piel. Empezó lamiendo sus labios. Con la lengua siguió por la barbilla, y ella giró la cabeza para dejar que mordisqueara su cuello. Lachlam podía sentir su pulso acelerado contra sus labios. Cuando vio cómo se arqueaba, en el momento en que él lamía uno de sus pezones, sintió que su miembro no podía dolerle más. Necesitaba hundirse en ella, atravesar su carne y sentir su cálido y húmedo abrazo. Sentirla por completo, hacerla suya de una vez por todas. Pero no podía. Aún no.

No podía ser egoísta con ella. Su dulce y salvaje Ayla. Mordisqueó sus pechos al descubrir que era una zona sensible que parecía adorar el contacto de su boca. Chupó, lamió y pellizcó sus pezones, hasta que bajó por su vientre y cuando llegó a su hermoso bosque dorado, lo besó con devoción.

Ayla seguía con los ojos cerrados. Mantenía los muslos apretados. Con los dedos jugueteó con los suaves rizos y se fue abriendo paso, poco a poco, hacia sus húmedos y sabrosos labios. De forma inconsciente, Ayla se abrió para él como una flor despliega sus suaves y delicados pétalos al sentir la calidez de su amante, el sol. Fue un gesto tan genuino, tan hermoso en sí mismo, que Lachlam creyó con firmeza que moriría al no tenerla.

—No abras los ojos —pidió, con los labios muy cerca de su vulva—. No los abras, Ayla.

Ella asintió y acompañó el gesto con un gemido.

Lachlam la tocó con el dedo y ella gimió aún más fuerte.

—Por… por qué… ¿Qué vas a…?

—Sssh.

Introdujo un dedo y acercó su boca. Sopló con suavidad sobre su punto de placer y ella, sorprendida, se arqueó, tomando aire.

—¡Ah!

Lachlam, sacó la lengua y lamió su húmeda suavidad. Entonces, Ayla lo agarró por la melena y cerró los puños sobre ella, al tiempo que aullaba.

Siguió lamiendo, mientras introducía esta vez dos dedos. Ayla se retorcía, gemía y sollozaba de placer. Era tan hermosa, tan magnífica, tan expresiva, que a Lachlam le estaba resultando muy complicado contenerse. Pero debía hacerlo, lo último que quería era hacerle daño. Sería inevitable, pero antes le daría el máximo placer a su diosa del bosque.

—¿Te gusta? —preguntó.

Ella apretó aún más los puños y le estiró del pelo, haciéndole daño sin querer.

—¡No pares! —exigió, haciéndole sonreír.

Ahora quien obedeció fue él. Siguió lamiendo, y esta vez introdujo tres dedos, para abrir más su cavidad. Sabía que él era grande, y ancho, demasiado para su primera vez.

—¿Te duele? —preguntó, y ella negó con la cabeza.

—¡Oh, no te detengas!

Regresó a beber de su dulce néctar, y esta vez capturó su clítoris con los labios y succionó. Ella apretó los dientes, gruñó y soltó su melena, para apretar los puños sobre el kilt extendido.

Lachlam disfrutó de cada instante. Era tan espontánea, tan dulce, sus cabellos revueltos, enredándose con sus labios, y se movía de tal forma que parecía danzar con el placer.

Estaba a punto de llegar al cielo, podía notarlo en la lengua. Mientras succionaba su punto de placer, lamía al mismo tiempo y sentía su pulso, cada vez más acelerado.

Ayla no dejaba de jadear, ni de moverse, por lo que tuvo que inmovilizar sus caderas.

—Aaaah… Lachlam —gimió— ¡Lachlam! —gritó esta vez.

Ayla abrió los ojos justo en el momento en que todo su cuerpo se convulsionaba. Miró al cielo, estallando en llamas mientras contemplaba un millar de estrellas. Jamás había sentido nada igual. Era como fuego, quemándola, arrasando con todo, extendiéndose como un dulce infierno por toda su piel.

No podía parar de moverse, ni de gemir. No sabía qué estaba pasando, sólo sabía que quería más. ¡Y más!

—¿Qué… qué me… qué me has hecho?

Él la vio tan inquieta y desconcertada que se alzó sobre ella y la abrazó. Ayla temblaba como una hoja, no de frío, sino a causa del éxtasis.

Al sentir la calidez de su cuerpo contra el suyo, volvió a gemir y buscó sus labios, ansiosa. Lo besó con tal pasión, al tiempo que alzaba las rodillas y lo abrazaba con las piernas, que Lachlam se encendió como una pira.

—No… Yo quiero más —jadeaba, contra su boca—. ¡Quiero más de ti!

—Oh, Ayla —la besó con delicadeza, pero ella lo asió por la melena y lo acercó más, para beber de él.

Podía notar la humedad de su sexo frotándose contra su miembro. Lachlam cerró los ojos con fuerza. Era una tortura. Deseaba atravesarla ya, hasta la empuñadura, de forma salvaje, pero no lo haría, no esta vez.

—Ayla, pequeña, escúchame.

Ella movió la cabeza de un lado a otro.

—No pares, quiero… te quiero.

Acunó su rostro con ambas manos y lo obligó a mirarle.

—Voy a entrar en ti, Ayla.

—¡Sí! —exclamó ella, mirándolo con exacerbada pasión—. ¡Hazlo! ¡Entra en mi!

—Antes tienes que saber una cosa. Te dolerá.

Ella negó con la cabeza.

—No me dolerá. —Se apretaba tanto contra él que solo Dios sabía cuan grande era el esfuerzo que estaba haciendo Lachlam para no atravesarla de una sola estocada. Era tan inocente, tan auténtica, su pureza salvaje era algo que no había visto jamás en otra mujer.

—Sí, te dolerá —le aseguró, besando sus labios con cuidado—. No quiero dañarte, pero la primera vez siempre es así.

Ayla lo apretó por las nalgas y se pegó más contra él.

—Pues entra ya para que a la vez siguiente no duela.

Lachlam sonrió. Solo Ayla podría haber respondido algo así.

—Quédate quieta —le dijo, mirándola a los ojos.

Ella asintió.

—Me quedaré quieta.

Él la miró con una sonrisa bailando en su boca.

—No sabía que tuvieras la capacidad de obedecer.

Al ver que ella fruncía el ceño, la besó con pasión hasta hacerle olvidar el por qué se había ofendido. Cuando Lachlam se separó de su boca, los dos jadeaban.

Guio su miembro hacia la entrada de su cueva. Ella lo miraba, suplicante, pero al mismo tiempo con curiosidad y expectativa. No entendía por qué se detenía. Lo supo cuando empezó a trazar círculos alrededor de su punto de placer con el glande. Ayla volvió a gemir y a retorcerse. Él continuó un tiempo haciendo eso, hasta que, al notarla dispuesta, empezó a deslizarse en su interior.

—Ábrete para mí y no te muevas —jadeó contra su oído—. Quédate quieta, Ayla.

Ella al fin entendió qué había querido decir Lachlam con lo de que iba a doler. Su miembro era ancho y largo, y ella estrecha. Cerró los ojos, mientras el placer se mezclaba con un dolor agudo.

—Ábrete más, Ayla.

Ella obedeció, se abrió más para él, confiada y Lachlam pudo meter la mano entre ambos cuerpos hasta llegar al punto exacto para darle placer. De nuevo, al sentir sus dedos, pellizcándola en ese lugar, se humedeció aún más.

—Aaaah —gimió, y le mordió el hombro.

Lachlam empujó un poco más y ella mordió más fuerte. Fue doloroso, pero eso lo excitó tanto que no pudo evitar entrar con una rápida estocada.

En ese momento, Ayla gritó, sorprendida y algo enfadada. ¿Cómo podía doler tanto cuando acababa de sentir tanto placer?

Al ver su boca abierta y la mirada fija en él, interrogante, Lachlam le sonrió. Al menos hasta que ella le pellizcó el hombro con fuerza.

—Lo siento, pequeña. —Intentó quedarse quieto, pero Ayla se resistió.

—¿Y ahora?

—Te daré tiempo para… ¡Ah! —Volvió a pellizcarle con fuerza.

—No, no pares.

—Ayla…

—¡No pares! —exigió ella, moviéndose de nuevo—. ¡Quiero más!

No pudo contradecirla. Retrocedió y, envuelto en un placer que iba creciendo por momentos, volvió a conquistarla. Y con cada nueva conquista, Ayla gritaba, se retorcía y clavaba sus uñas en su espalda. Eso, y la estrechez de su húmeda cueva, que lo abrazaba y lo succionada, pronto hizo que Lachlam perdiera el control.

Empezó a bombear con fuerza, la sentía tan estrecha y a la vez tan entregada.

Ayla gemía y movía sus caderas en una mezcla agridulce de pasión, dolor y éxtasis. Él era incapaz de parar, a cada punto estaba más duro y a punto de derramarse. Notó como el pulso de su sexo se aceleraba.

—¡Oh, Cielos!

Ayla gritó de nuevo, al sentir que llegaba al clímax en el preciso instante que él se derramaba en su interior. Y fue algo tan sorprendente y glorioso, que los ojos de Ayla empezaron a manar las lágrimas sin ningún control.

En ese momento, Lachlam la miró, confuso.

—Oh, Ayla… —se sintió morir. No pudo decir nada, no supo cómo consolarla, sólo la

abrazó con fuerza, rodeándola con todo su cuerpo, mientras ella lloraba, descargando toda la tensión que había guardado en su interior durante todos estos años.

—He sido un bruto, ¿verdad?

Ella negó con vehemencia.

—No —dijo sonriendo—, ha sido perfecto.

Lloraba porque lo que acababa de suceder era lo más hermoso que había vivido jamás, y porque amaba a Lachlam con toda su alma. Y porque no había nada más sublime y hermoso que haberse unido a él así, en mitad del bosque, bajo la mágica luz de la Princesa de la Noche, que seguía velando por ellos.

Lloró, y lloró, en brazos de su amado, quién no dejó de beber sus lágrimas, de acariciarla, sintiéndose el más rufián de todos los hombres, pensado que la había dañado. Pero había sido al contrario, esa noche Lachlam le había devuelto la ilusión a Ayla, y ella lloraba de placer, de alivio, y de amor.

Cuando ya no pudo llorar más, siguió abrazada a él, deseando que ese momento fuera eterno.

—¿Te encuentras mejor? —le preguntó, tiempo después, intentando no mostrar con su voz lo preocupado que estaba.

Ella sólo asintió. Estaba avergonzada.

¿Qué pensaría de ella, después de haber llorado así? Santo cielo, era incapaz de mirarle a la cara. ¿Pensaría que era débil? ¿Que no le había gustado? Oh, cielos, ojalá fuera capaz de expresar cómo se sentía en esos momentos.

Pero él no volvió a preguntar ni dijo nada más. Sólo la estrechó de nuevo en sus brazos. Ayla agradeció la ausencia de preguntas que la habrían obligado a decirle que era la mujer más feliz del mundo. Y que lo amaba, más que nunca, pero le daba apuro reconocerlo. Se dejó abrazar y acariciar, y besar, mientras permanecía acurrucada contra su fuerte pecho, hasta que el sueño la venció.

Lachlam, mientras le daba su calor, no paraba de pensar en que se había comportado como un auténtico animal. Tendría que haberse sabido controlar. Todo había empezado tan bien, pero después… sus instintos más primarios ganaron la batalla y… No quería ni pensar en cómo estaría Ayla, en lo mucho que le habría dolido. Sólo podía abrazarla. Cuando notó que se había quedado dormida, sólo entonces, cerró los ojos él también. Y, junto al venerable anciano y con el amor de su vida entre sus brazos, también sucumbió al sueño.

CAPÍTULO 30

Era ya de día y lucía un sol radiante cuando Lachlam despertó.

En un primer momento se sintió en paz, pero cuando abrió los ojos e intentó incorporarse, todo empezó a dar vueltas a su alrededor.

—Pero, ¿qué diablos? —se llevó las manos a la cabeza y… sintió unas náuseas espantosas—. ¡Maldición! —exclamó, al darse cuenta de que se había quedado dormido bajo el tejo.

Se arrastró como pudo y ya lejos de sus ramas, se tendió en la hierba, bajo el sol. Había sido una irresponsabilidad quedarse dormido bajo el tejo. Al igual que sucedía con los nogales, los tejos eran considerados árboles mágicos y quedarse dormido bajo sus ramas podía provocar náuseas y dolores de cabeza.

Y eso era lo que le sucedía en esos momentos, las sienes le palpitaban y apenas podía ordenar sus pensamientos. No era capaz de recordar nada de lo que habría sucedido la noche anterior, ni de por qué estaba en aquel lugar. Estuvo un tiempo echado boca arriba, hasta que un suave relincho captó su atención.

Se incorporó, y descubrió a su caballo. Estaba atado al tronco de un árbol y lo miraba con las orejas en alto, expectante. Se puso en pie y caminó hacia él, y entonces, un poco más alejado, vio al lobo de Ayla. Iba a espantarlo, pero de pronto…

De pronto recordó lo sucedido. Lo vio con total nitidez en su cabeza. Los besos, las caricias, los gemidos, la piel desnuda, rozando la suya y...

Sus lágrimas.

—Oh, mierda.

Se dio la vuelta, frenético. Escrutó todo cuanto le rodeaba buscando a Ayla, pero no la encontró.

Lobo pareció mirarlo con reproche, luego alzó las orejas y posó sus ambarinos ojos tras él. Lachlam se giró, en la dirección que apuntaba su mirada, y pronto vio a alguien acercándose al galope.

Era Ethan, y por la cara que traía, supo que no venía a informarle de nada bueno.

—¡Tenemos problemas! —corroboró su mano derecha.

—Maldición.

—¿Qué ocurre?

—Ha llegado una carta del rey.

***

Ayla llegó a la fortaleza McDonald antes de que la aurora diera paso a la luz roja del amanecer. Con pasos apresurados bordeó los altos muros de piedra oscura, hasta llegar a una puerta lateral en el lado este, más discreta que el gran portón principal. Allí se detuvo y tras mirar en derredor, empujó la madera, haciendo chirriar las bisagras. El ruido despertó al joven guarda que dormitaba en su puesto de guardia. El hombre se tensó al verse sorprendido y ella le sonrió, apocada.

—Espero que hayas descansado bien tras la fiesta —le dijo, y el hombre la miró,

avergonzado.

—Señora, yo…

Ayla se llevó el dedo índice a los labios y le guiñó el ojo, dándole a entender que, si él no revelaba que acababa de verla llegar a esas horas de extramuros, ella tampoco lo haría.

Presurosa se dirigió a su alcoba. Necesitaba asearse y descansar.

Su corazón latía desbocado mientras subía los escalones, pero no podía borrarse la sonrisa del rostro. Sentía una alegría y una euforia que no recordaba desde que era una niña.

La pasada noche, en brazos de Lachlam, había vivido los momentos más hermosos y excitantes de toda su vida. Él fue tan cariñoso y al mismo tiempo, tan apasionado, que en esos momentos sólo tenía ganas de reunirse con él de nuevo. Pero antes necesitaba descansar. No solo a causa de lo que había pasado con Lachlam, sino que presentía que el viejo tejo debía tener algo que ver. No deberían haberse quedado dormidos bajo sus ramas. Ahora estaba agotada y notaba la cabeza embotada.

Había sido una insensatez dormirse bajo el tejo, quien lo hacía, solía despertar ebrio a causa de los aires extraños que desprendían sus esporas, por ese motivo, nada crecía debajo de él. Se preocupó al pensar en cómo despertaría Lachlam y de pronto se sintió culpable de haberlo dejado sólo. Pero estaba dolorida y le costaba un poco caminar sin sentir leves punzadas en el bajo vientre. Por eso se había marchado, avergonzada.

Cuando estaba a punto de entrar en el corredor, se topó con Maery, quien interrumpió sus pensamientos con una mirada de reproche.

—¡Cielos niña, parece que te acabara de escupir el mar! —susurró la anciana en voz baja, tras mirarla de arriba abajo— ¿De dónde vienes?

Ayla se puso colorada hasta las orejas.

—He pasado la noche en el bosque del tejo negro.

—¡Ayla! —Maery la miró con más atención y sus ojos por poco se escapan de las cuencas al mirarla de arriba abajo. Meneó la cabeza—. ¡Por los doce Apóstoles! ¡Tu precioso vestido!

—Maery, lo siento —hizo un puchero y la anciana la miró con cariño.

—Anda ve —la dejó pasar, pero la siguió hasta su alcoba—. Enviaré a Amber y a las demás doncellas para que te preparen un baño.

—No hace falta, me asearé y después de descansar bajaré a desayunar contigo.

Maery suspiró, sabiendo que, aunque insistiera no la convencería.

Ayla se aseó y después de vestirse con sus ropas más sencillas, hizo una bola con el vestido que había sido hermoso y la camisola manchada y lo escondió todo, a fin de que no lo descubrieran. Miró los ópalos y suspiró. Eran hermosos, demasiado especiales para que pudiera ponérselos, pero los atesoraría siempre. Al verlos pensaría en la bondad de Maery, y de todo lo que había sucedido esa mágica noche.

Pero Amber lo cogió todo para limpiarlo y cuando iba a entregárselo las muchachas, Ayla se lo impidió.

—No, aguarda —corrió hacia ella, y se lo arrebató de las manos.

Amber no tardó ni dos segundos en darse cuenta de lo que estaba pasando y tras despedir a las muchachas, la miró con una sonrisa pícara.

—¡Mi señora!

—No soy tu señora —dijo a la defensiva.

—¿Me lo vais a contar? —preguntó la pelirroja fascinada.

Ayla se puso más colorada que una manzana madura.

—¿Me contarás que tal tú con Ethan?

Amber alzó una ceja.

—Bailó con todas, yo me emborraché, me eché a llorar y Maery cuidó de mí hasta quedarme dormida. Os toca.

Ayla juntó los labios pensativa. La joven McLeod estaba tan avergonzada que no dijo nada hasta que la doncella insistió.

—Veo que tendré que sacaros las palabras con pinzas.

—No como a ti, que no paras de parlotear —contraatacó Ayla, mientras se cruzaba de brazos—. Y por favor, no me hables con tanta formalidad, no soy nadie importante aquí.

—Oh, sí lo sois, y siempre lo habéis sido. Y puede que pronto seáis algo más para nuestro laird.

—¡Amber! —exclamó.

—Está bien —cedió, mirándola con ojos suplicantes—, pero contadmelo todo. Prometo guardar el secreto como si estuviera encerrada en una tumba.

—Oh, Amber, no me hagas esto. No hay nada que contar.

—No me creo ni una palabra.

—Amber…

—¿Qué tal se portó nuestro señor?

Era inútil fingir que no había pasado… lo que había pasado. Y que por supuesto lo ocurrido tenía que ver exclusivamente con Lachlam McDonald.

—¿Lo sabe alguien? —preguntó Ayla preocupada.

—No te preocupes, sólo Maery habrá podido atar cabos al verte llegar esta mañana hecha un desastre y despeinada. Al laird se le vio salir a noche justo después de que te marcharas tú.

—¿De verdad? —gimió, Ayla, más sonrojada aún y Amber se apresuró a tranquilizarla.

—Todos pensaron que te retiraste a descansar. Pero Lachlam, enfadado, fue a las caballerizas a galopar por la isla. Iba tan borracho, que todos temieron que acabara despeñado por los acantilados.

—Gracias a Dios, está sano y salvo, durmiendo bajo el gran tejo negro.

—¡Lo sabía! —respondió Amber, triunfal. Pero al ver la mirada desolada de Ayla, preguntó—: Nadie más a parte de Maery, os ha visto entrar en el castillo, ¿verdad?

—Alguien más me ha visto, pero no hablará, créeme —respondió.

Amber plegaba el vestido después de sacudirlo.

—No deberíais preocuparos tanto —le quitó hierro al asunto, la doncella.

—Oh, claro que sí. Me siento… fatal.

—¿No fue hermoso? Dicen que la primera vez es algo… doloroso, pero…

—Oh, Amber, por favor no tengo ganas de hablar de ello.

Ayla no se arrepentía de haber yacido con Lachlam, había sido algo maravilloso. Pero le preocupaba lo que los demás pudieran pensar de ella. Amber pareció leerle el pensamiento y aclaró:

—Aunque la muerte de Ishbel es reciente, todos en la fortaleza saben que nuestro laird deberá encontrar pronto una nueva esposa.

—Oh, Amber… —gimió, Ayla.

—Y además —la interrumpió—, lo sucedido anoche entre vosotros, era de esperar.

—¿A qué te refieres? —Ayla la miró, horrorizada— ¿Cómo que era de esperar?

La doncella la miró con picardía.

—¿Crees que aquí nadie sabe que lleváis enamorados el uno del otro toda la vida?

Ayla tragó saliva.

—¡Cielos! Pensé que sólo Ishbel lo sabía.

—Nuestra señora que en paz descanse jamás mencionó una sola palabra al respecto, pero estoy convencida de que lo sabía y lo llegó a comprender. No había secretos en ese matrimonio.

—Debió de ser tan duro para ella tener que soportar mi presencia sabiendo que…

—No digáis eso —la cortó—. Más bien ella se sentiría culpable por haberos hecho venir, y no al revés. ¿Crees que no sabía que su esposo os amaba a vos?

Ayla se tapó la cara con las manos.

—¡Qué vergüenza! Con razón Dairine estaba tan molesta.

—Dairine nada tiene que ver con Ishbel, aparte de compartir nueve meses el vientre de su madre. Además, ella siempre está molesta por todo. Quería casarse con el laird, su padre se lo prometió, pero el rey eligió a Ishbel y nunca lo pudo superar.

Esas palabras dejaron a Ayla con la boca abierta.

¿Sería posible que ahora que Ishbel no estaba, Dairine deseara ocupar su lugar?

—Si nuestra señora era un ángel, esa mujer es una arpía.

—Sea como fuere, es su hermana.

—A pesar de que lucían el mismo aspecto, su corazón es completamente distinto, Ayla. Oh, cielos, cuando la miro y veo la cara de mi señora en ella… —se estremeció—. Me dan escalofríos.

—Yo en cambio no puedo confundir a Dairine con Ishbel, por más que se parezcan. Es como si viera su alma, y la luz nada tiene que ver con la oscuridad.

Amber asintió.

—Cierto, hay oscuridad en su interior —dijo refiriéndose a Dairine—, pero anoche, a pesar de estar furiosa con vos y con el señor, por no hacerle caso, acabó la fiesta de mejor humor.

—¿Qué quieres decir? —Ayla la miró con sorpresa.

—Braden McDonald la colmó de atenciones. Y ella se dejó agasajar.

Ayla se mordió la lengua. No podía repetir lo que el inocente Struan le dijo, porque desde luego un adulto no vería nada inocente en el comportamiento de Dairine y el laird de Skye.

—Amber, no deberíamos hablar de cosas que no sabemos. —Por poco que le gustara Dairine, no era justo.

Una sonrisa o una mirada no bastaban para acusar a nadie de nada y si algo no soportaba Ayla era a la gente que malinterpretaba a los demás, creyéndose que lo sabía todo, que guardaba la verdad absoluta de todas las cosas. Odiaba cualquier tipo de fanatismo. Su madre, Ingrid, incluso ella misma en alguna que otra ocasión, habían sufrido por habladurías injustas, las cuales les habían acarreado serios problemas, sobre todo con la Iglesia. Si no hubiera sido por la protección de Duncan… Puede que las hubieran quemado en la hoguera.

Amber, al verle la cara, se encogió, arrepentida.

—Está bien, perdonadme. Pero es innegable que ambos se miraron de forma… extraña.

—¿A qué te refieres con extraña?

—Así—: Amber fingió pasión y deseo, pero le salió una mueca graciosa y Ayla rompió a reír.

—¿Así, como si no pudieran hacer de vientre? —se burló, imitándola.

—¡Mi señora!

No pararon de reír el resto de la mañana. Amber era encantadora y Ayla estaba feliz de haber encontrado en ella una buena amiga.

***

Ayla descansó en sus habitaciones hasta bien entrada la mañana.

Al decidirse a bajar a comer algo, se puso antes un bonito vestido que le regaló Maery. Acarició la suave tela de terciopelo azul celeste, mientras se preguntaba si sería del agrado de Lachlam. Puede que sí, pues hacía juego con sus ojos.

Contenta, salió de su alcoba más rápido de lo que se le habría permitido a una dama, y fue en su busca. Había decidido que prefería ver si Lachlam se encontraba bien, antes que de llenar su estómago. No tuvo que ir muy lejos, pues al descender la escalera que daba al salón, lo vio entrar con caminar, enfadado.

Lachlam tenía el cuerpo tenso, la mandíbula apretada y las manos en puños.

¿Cómo era posible que esa mujer lo hubiera abandonado en el bosque? ¿Sin despedirse, o sin tan siquiera molestarse en despertarlo?

Cuando atravesó el salón y subió por las escaleras laterales, justo en la dirección contraria al lugar en que se encontraba ella, Ayla se asió las faldas y decidió seguirlo.

Lo hizo de forma que nadie se percató de su presencia, lo último que quería era echar más leña al fuego en esos momentos. Sólo quería besarle y abrazarle, aunque no sabía si se atrevería.

Por fortuna, él se encaminó a su alcoba, y ella pensó que podrían estar unos momentos a solas y hablar…

Logró interceptarlo en el corredor, frente a su puerta.

—Ayla —exclamó él, al verla aparecer como por arte de magia, entre las sombras del oscuro corredor.

Ayla le sonrió, y él cometió el error de olvidarse de todo lo malo y centrarse solo en lo hermosa que era.

Lucía preciosa, con los cabellos recogidos en dos preciosas y gruesas trenzas que descansaban sobre sus hombros. Tenía las mejillas sonrosadas y sus labios dibujaban una encantadora sonrisa. El deseo hizo mella en él, al recordar lo sucedido la pasada noche. Pero carraspeó, y se obligó a no mostrar sus emociones.

—¿Qué haces aquí?

El tono de voz y la tensa expresión de Lachlam, hicieron que se le congelara la expresión alegre del rostro, para dar paso a una profunda desilusión. Había estado tan contenta de volver a verlo, que esa pregunta, que pareció más bien un reproche, le hizo pensar que había hecho algo mal.

—Oh, yo… te he visto entrar…

—¿Quieres decir después de abandonarme en el bosque?

Ella hizo una mueca.

—Yo… no debería haberlo hecho, ¿verdad?

Lachlam resopló y se dio la vuelta, entrando en su alcoba. No cerró de un portazo, por lo que Ayla se lo tomó como una invitación para seguir discutiendo el asunto.

Estaba tan nerviosa que entrelazó las manos para evitar retorcer la falda de su vestido con los dedos.

Lachlam notó su inquietud y apretó aún más los puños. Lo que no podía imaginar era que, en realidad, Ayla deseaba lanzarse a sus brazos y besarle hasta que le dolieran los labios, pero lo había notado tan tenso que sintió miedo de que las cosas entre los dos hubieran cambiado para siempre.

¿Y si no había sido el momento adecuado para ir en su busca? ¿Y si estaba en realidad molesto por su presencia o arrepentido de haberle hecho el amor esa misma noche? Si lo pensaba bien, él había acudido a ella ebrio, de seguro que, si no hubiera estado así, no habría perdido el control del que siempre había hecho gala, y no le habría dicho que la amaba.

¡Porque le había dicho que la amaba!

¿Se acordaría de ello?

Tal vez no fuera cierto, tal vez hubiera sido todo producto del momento. La magia del tejo podría tener algo que ver. Ayla no era una persona insegura, pero Lachlam era su única debilidad y en esos momentos no sabía qué pensar ni qué hacer.

Apartó la mirada de él y clavó la vista en el suelo, después de tragar saliva y pisar los juncos frescos de la estancia.

Que rehuyera su mirada, a Lachlam le dolió a más de lo que ella podría llegar a imaginar. No se arrepentía de absolutamente nada, todo lo contrario, pero sí se sentía tremendamente culpable por dos cosas: La primera, haber perdido el control, Ayla se merecía más de él, y la segunda, no haberle arrancado la promesa de que se casaría con él.

Ambos se miraron en silencio, el uno al otro, inseguros, pero con los rostros serios y aparentando una dureza que distaba mucho de ser real.

—Lachlam, yo… —empezó a decir ella, pero él frunció el ceño y la interrumpió.

—Si vienes a decirme que lo de ayer fue un error, déjame decirte que yo lamento…

—¡Lachlam! —lo miró dolida, interrumpiendo lo que él iba a decirle, que no era otra cosa que lo siguiente:

…lamento profundamente no haber sido más cuidadoso.

Lachlam movió la cabeza de un lado a otro. Le costaba ordenar sus pensamientos cuando ella estaba frente a él. Sólo quería abrazarla, besarla, y hacerle el amor apasionadamente, pero… Por el momento no debía sucumbir nuevamente al deseo. Aún no.

—Ayla, créeme, no estoy de humor ahora mismo para discutir.

¿Discutir? Ella no había ido en su busca para discutir. Por eso también se sintió dolida. Después de sus besos, que parecieron sinceros, sus caricias y su pasión, ¿cómo podía horas después hablarle así, y mirarla con semejante frialdad y reproche?

—No venía a pelear —dijo con sinceridad y reuniendo toda la calma que le fue posible —. No entiendo qué te ha hecho pensar eso.

Lachlam alzó una ceja.

—Quizás porque es lo que más te gusta hacer conmigo.

La sonrisa de Ayla se ensanchó.

—No es lo que más me gusta hacer contigo. Ya no.

Lachlam la miró, con sorpresa y dudas.

—Ah, yo… —tragó saliva— ¿A qué has venido, entonces?

La mente de Ayla empezó a trabajar con rapidez, buscando cualquier excusa, lo que fuera, con tal de que no tuviera relación con lo sucedido la pasada noche. Pero sus ojos traidores miraron hacia la cama de laird. Miró sobre su hombro y vio la puerta cerrada. Estaban en su alcoba, cualquiera que la hubiera visto entrar…

—Quizás deberíamos hablar en otro lugar.

Lachlam se acercó a ella, hasta que pudo sentir el calor de su cuerpo.

—Quizás estamos bien donde estamos.

Se miraron con intensidad.

Su cercanía la puso tan nerviosa que dijo lo primero que le vino a la mente.

—El tejo puede provocar que uno se sienta borracho.

—Ayla, lo único que me provoca embriaguez, eres tú.

Tragó saliva de nuevo y retrocedió un paso, sin saber que lo estaba haciendo hacia la cama.

Cuando Lachlam la rodeó entre sus brazos ella puso las palmas de sus manos en el torso cálido y suspiró.

—Deberíamos hablar.

Él negó con la cabeza.

—No quiero hablar, solo besarte.

A ella se le escapó una risita aguda.

—Yo, también quiero eso, pero deberíamos hablar.

—No.

—¿No? —ella entrecerró los ojos—, ¿estás rehuyendo una conversación importante?

—No rehúyo nada.

—Di lo que quieras, —dijo Ayla, muy segura— pero sigo pensando que siempre evitas cualquier enfrentamiento.

—¿Nunca has oído decir que las batallas que decides no librar, son tan importantes como las que libras?

Ayla lo miró, indignada.

—¿Sabes qué he escuchado decir yo? Que, si enseñas a un cerdo a cazar, no significa que se sea un lobo.

—¿Soy un cerdo, Ayla?

Cuando Lachlam la estrechó con más fuerza soltó un ruidito que a él le resultó encantador.

—No solo digo que, si uno no lucha por lo que es suyo, tarde o temprano lo perderá todo, Lachlam.

Una sombra cruzó los ojos de Lachlam, ahí estaba otra vez el recordatorio de que no había luchado por ella, pero ¿por qué se lo recordaba ahora?

—Hablemos, si lo deseas. No quiero que pienses que no quiero hablar de lo que pasó, que no pienso luchar por ti.

Ella abrió la boca para decirle que la había malinterpretado.

—Lo siento, Lachlam, no quería…

Pero antes de poder disculparse…

—No has cambiado nada, Ayla. Para ti todo es blanco o negro, ¿verdad? —había dolor en su mirada, porque sabía perfectamente a dónde había desembocado la conversación—. Siempre has hecho lo que le ha dado la gana. Te lo dije una vez, hace cinco años, y te lo vuelvo a repetir ahora: No sabes lo que es la auténtica responsabilidad ni el peso que tenemos que soportar quienes nos debemos a ella. Cometí el error de no luchar por ti, o quizás… no fue un error. Porque podríamos haber muerto todos por los caprichos del rey.

—Lachlam…

—Y te diré algo más: no sabes nada de política, mucho menos de diplomacia, así que mejor dedícate a lo que realmente se te da bien, que es recoger plantas, hacer pócimas y corretear por el bosque con tu lobo.

Ayla sintió que todo su mundo se derrumbaba, otra vez.

¡Pues vaya! Y ella soñando con robarle un beso.

Lachlam se apartó de ella y Ayla no hizo ademán de acercarse.

—¿En verdad sigues pensando que la responsabilidad y el honor eran más importantes que el amor que sentimos el uno por el otro?

Lachlam se volvió de pronto.

—Ayla… no…

—O tal vez, es que nunca me has amado lo suficiente. —Lo vio abrir la boca, pero no iba a dejarle hablar esta vez para que siguiera ridiculizando sus sentimientos—. Debes saber, Lachlam McDonald —empezó a decir, con los iris brillantes por unas lágrimas que no pensaba derramar—, que tienes razón. No me interesa en absoluto la política, ni la responsabilidad que implica dirigir un clan. A mí solo me importan las personas, yo moriría por este clan —dijo apasionadamente—, y lucharé por lo que es mío. Pero no pienso luchar por ti, porque está claro que nunca me perteneciste, ni quisiste hacerlo.

—Ayla…

Arrepentido, la agarró del brazo justo cuando iba a marcharse, pero ella reaccionó con furia, encarándolo al tiempo que lo miraba con esos ojos grises y brillantes.

—¡Suéltame! —gritó, zafándose de su agarre—. ¡Por lo que a mi respecta, puedes hundirte en una montaña de estiércol!

Eso fue más de lo que él pudo soportar.

—¡Oh! ¡Por el amor de Dios! —la dejó ir— ¡Lárgate de mi vista! —bramó, para después de que ella saliera, agarrar la puerta y cerrársela en las narices. Pero no pudo hacerlo, pues allí de pie, estaba otra mujer.

—¡Dairine!

Ayla la miró y puso los ojos en blanco. Lo que menos le interesaba después de pelearse con Lachlam, era enfrentarse a esa pérfida mujer.

—Oh, disculpadme… —dijo Dairine, tapándose los labios con ambas manos para ocultar una sonrisa—. No pretendía interrumpir un momento tan íntimo.

—Estás equivocada, —dijo Lachlam muy seguro—. No has interrumpido nada.

Ayla hizo ademán de escupir en el suelo antes de mirar a Lachlam con desprecio y largarse de allí.

CAPÍTULO 31

Después de querer arrancarle los ojos a Lachlam, Ayla fue en busca de Struan, lo había visto nada más salir al patio, practicando esgrima con su espada de madera.

—¿Deseas dar un paseo por la isla?

Al niño se le iluminó la cara y, por un instante, las penas parecieron menguar.

Lobo no tardó en aparecer después de que dejaran atrás los muros de la fortaleza pero, en lugar de saludar a su mejor amiga, como era ya costumbre en el animal, correteó alegre hacia el niño para frotar su blanco y espeso pelaje en sus costillas. El pequeño lo recibió con una sonrisa, lo acarició con parsimonia, pero después siguió caminando, sin ningún interés por jugar con él, como siempre antes solían hacer.

Ayla frunció el ceño, pero no dijo nada. Fue tras ellos, pensativa, mientras recogía algunas hierbas medicinales. Se dirigieron a una pequeña arboleda, no tan lejana como la del tejo negro. Los árboles besaban la orilla del lago, y siguieron el serpenteante riachuelo que desembocaba en él, con un pequeño salto de agua.

Después de observar un buen rato a Struan quien le llevaba la delantera, Ayla se dijo que algo estaba pasando.

Estaba preocupada. Struan no era el mismo desde la muerte de Ishbel. Era lógico, como cualquier niño que ha perdido a su madre, sólo necesitaba tiempo para pasar el duelo y recobrar la alegría. Pero el pequeño era muy inteligente para su edad y ella temía que el peso que empezaba a llevar sobre los hombros le impidiera ser un niño normal.

—Bueno, ya hemos llegado —dijo, dejando su escarcela junto a un árbol—. Preparemos las espadas, ¿te parece?

El niño asintió, sin muchas ganas.

—¿O prefieres practicar con el arco? —optó.

—Me da igual —respondió Struan, encogiéndose de hombros.

Ayla suspiró, dejó lo que estaba haciendo y se acercó al pequeño.

—Si lo prefieres, podríamos jugar al escondite con Lobo—. Miró a su fiel amigo, que se había sentado junto al pequeño y movía la cola, a la expectativa.

—No tengo ganas —la miró preocupado, y después a su amigo peludo—. ¿Crees que Lobo se enfadará si no quiero jugar?

—Claro que no. ¿Por qué habría de hacerlo?

—Porque… no quiero que se sienta ofendido. —Pateó una piedra con la punta del pie—. En realidad, no es su culpa, es que no tengo ganas de hacer nada.

Ayla le acarició la carita, luego caminó hacia el centro del claro y se sentó.

—Lobo no se va a ofender, es muy comprensivo. Además, yo también estoy de acuerdo —dijo, echándose sobre la hierba y estirando los brazos, para moverlos de arriba abajo, como si fuera un pájaro.

—¿De acuerdo en qué?

—Con que hoy no haremos nada.

Struan la miró con una ceja alzada, confuso y algo avergonzado de que Ayla hiciera eso de repente.

—Pero, ¿no hemos venido a practicar con las espadas?

—No, si no te apetece —siguió moviendo los brazos y también las piernas—. Hoy

haremos lo que tú quieras. Yo ahora estoy haciendo de pájaro.

El niño se acercó a ella, se sentó y la miró, extrañado.

—A mi más bien me pareces una rana coja intentando nadar fuera del agua.

Ayla dejó de moverse, luego frunció el ceño, pensativa.

—Vaya, debo de estar ridícula.

Struan no contestó, sólo se encogió de hombros y se tumbó bocarriba. Al cabo de unos instantes Ayla sonrió.

—¡Fíjate! —señaló el cielo con el dedo índice—. Esa nube parece un conejo. ¿A que sí?

—A mí me parece que es una gaviota —respondió Struan, haciendo una mueca.

—¿En serio? —Ayla puso cara de pensativa—. Puede que tengas razón. Es bonita, de todas formas. —Como Struan no decía nada, Ayla insistió— ¿No crees que sea bonita?

Struan no contestó, pero su respiración se agitó, como si sintiera ganas de llorar.

—Es que… ya nada me parece bonito sin mamá.

Ayla tomó aire lentamente.

Era exactamente lo que había imaginado. Sintió su dolor como suyo.

Ningún niño debería sufrir la pérdida de sus padres, ni verse obligado a madurar tan rápido. Si echaba la vista atrás, ella había tenido suerte, había gozado de una infancia muy feliz. Aunque su padre, el laird de los McLeod, falleció cuando ella tenía más o menos la edad de Struan, jamás había tenido la relación que ese pequeño había tenido con su madre, ni tampoco con Lachlam.

En realidad, Ayla había vivido sin preocupaciones, correteando salvaje por el campo, y viviendo con su madre, en total libertad. En esos momentos se dio cuenta de que Lachlam tenía razón, nunca había tenido responsabilidades, siempre había sido libre de hacer lo que quisiera. Por el contrario, Struan, con tan sólo cinco años, estaba experimentando el dolor de la pérdida de su ser más querido, y pronto se vería obligado a convertirse en un guerrero. Su infancia estaba ya condenada.

Pero, ¿qué podía hacer ella, aparte de darle consuelo o intentar hacerle feliz? En esos momentos, no mucho, pero tenía que intentarlo.

—Struan —empezó a decir, buscando bien las palabras—, sé que es doloroso, pero hay quien dice que el tiempo lo cura todo. Ten esperanza en que llegará el día en que ya no dolerá tanto y tu madre será un bonito recuerdo que siempre guardarás en tu corazón.

—No puedo dejar de sentirme triste, ni sé si quiero. —El pequeño frunció el ceño, no muy convencido de lo que Ayla le acababa de decir—. Maery también me dijo que las heridas sanan con el tiempo, pero yo no creo que pueda pensar en mamá sin echarla de menos, ni que mi corazón se cure.

Ayla cerró los ojos. Tomó aire con lentitud y respondió:

—Tienes razón, el tiempo no cambia el pasado, pero sí forma un espacio para volver a encontrarle el encanto a la vida.

Struan no quería llorar y hacía un gran esfuerzo para contener las lágrimas. Eso le rompió el corazón a Ayla.

—Me da mucha pena que mi madre se haya marchado de mi lado. Me da miedo olvidar su cara y su voz. Creceré sin ella.

—Pero crecer es también aprender a vivir entre esas dos emociones, la pena y la alegría. Realmente no creo que exista la una sin la otra.

—¿Qué quieres decir? —la miró, curioso, secándose las lágrimas.

—Que si fuéramos eternos, lo dejaríamos todo para mañana y realmente no estaríamos

viviendo el presente. Saber que todo es finito genera una urgencia que nos obliga a vivir, a decidir y avanzar.

—¿Estás diciendo que la muerte le da sentido a la vida? —Struan la miró con la comprensión en sus ojos azules.

Ayla lo miró boquiabierta. Todo eso lo había dicho más para sí misma que con la intención de que él lo entendiera del todo, pero así había sido. Era increíble que un niño tan pequeño fuera tan inteligente y capaz de hacerle un razonamiento como ese. Volvió a pensar que sería un gran laird.

—Bueno —se encogió de hombros, Ayla—, no sé exactamente como responder a eso, pues es complicado. Lo que sí te puedo decir es que yo no le temo a la muerte.

Sin previo aviso Struan sorbió por la nariz y sonrió.

—Porque eres la persona más valiente que conozco.

La risa de Ayla hizo que Struan se acercara un poco más a ella y apoyara la cabeza contra su hombro.

—No te creas.

—Yo digo que sí.

—Temo al dolor o a la enfermedad, pero no a la muerte en sí misma. Todos sabemos que vamos a morir, pero es decisión nuestra aprovechar la vida para disfrutarla o sufrirla. —Le besó la coronilla—. Es normal que ahora estés triste, de hecho, debes expresar todo tu dolor, para que no te coma por dentro. Pero después, cuando la tormenta haya pasado, saldrá el sol y serás feliz otra vez. Y así será, créeme, porque es lo que tu madre desea con todo su corazón, desde el cielo —volvió a mirar al niño, con una bella sonrisa, para después ambos relajarse y respirar la paz del momento.

—Struan, ¿me prometes una cosa?

—¿El qué?

—¿Me prometes, bajo este precioso cielo azul, desde donde nos está observando tu querida madre, que serás el niño más feliz del mundo?

Struan asintió.

—Te lo prometo.

—¡Estupendo! —Ayla se incorporó, estiró los brazos, dio un largo bostezo y después se puso en pie—. Entonces, empecemos a practicar con las espadas.

—¡No es justo! —se quejó el niño, mirándola como si se sintiese traicionado.

—¿El qué? —respondió ella, sorprendida.

—Antes me has dicho que podía hacer lo que quisiera —Struan se cruzó de brazos e hizo un puchero.

—Bueno, vale —respondió Ayla—. Entonces, ¿qué quieres hacer ahora, aburrirte?

—Quiero echarme una siesta. Me ha entrado sueño.

Ayla rompió a reír, y su fresca risa contagió al pequeño.

—Bueno, pues échate una siesta, pero pequeñita.

El niño palmeó la hierba donde antes ella había estado echada.

—Tú, aquí —dijo mirándola muy serio—, conmigo.

Ayla sonrió echándose a su lado y volviendo a rodearlo entre sus brazos.

Suspiró cuando Struan la abrazó con fuerza y poco a poco se quedó dormido, relajando sus bracitos.

***

Cuando regresaron a la fortaleza, ya había entrado la tarde, pero el sol aún no se había puesto. Atravesaron los muros riendo y haciendo bromas. Struan lucía una sonrisa espléndida. Después de comer encontraron un panal y se atiborraron de miel. El zurrón de Ayla estaba rebosar y se moría de ganas de mostrárselo a Maery.

Cuando entraron en el patio de armas Lachlam salía de los establos y se topó con ellos.

Su corazón se llenó de amor al ver el alegre rostro de su hijo. El pequeño miraba a Ayla con total devoción y ella lucía una expresión de cariño. Eso le hizo soltar una risotada, a Ayla no le gustaban los niños, ni siquiera cuando ella era uno de ellos. Pero a Struan le había cogido cariño y él se alegraba de todo corazón. Había perdido a Ishbel muy pronto, pero Ayla ayudaría a superar la pena, con sus espaldas, su arco y Lobo. Sí, Struan volvía a sonreír, aunque la pena estuviera ahí.

No había miedo de que Struan rechazara a Ayla porque sintiera que quería reemplazar a su madre. Ayla era para Struan como una hermana mayor y la seguía con auténtico fervor.

Lachlam, sin pretenderlo conscientemente, se dejó llevar por sus propios pasos hasta ellos. Y la sonrisa que ella había lucido en su bello rostro, desapareció de repente, al encontrárselo de frente.

—Lachlam —dijo, insegura.

—Ayla.

Luego, inquieto, apartó la vista de ella y miró a su hijo.

—Struan, ¿qué tal ha ido el entrenamiento de hoy?

—No hemos hecho nada —el pequeño se encogió de hombros, pero seguía estando contento.

—¿Cómo es eso? —lo miró, fingiendo severidad—. ¿No has practicado con las espadas?

—Bueno, en realidad sí hemos hecho algo después de no hacer nada —Lachlam sonrió, pero su sonrisa se fue borrando de su rostro a medida que su hijo le explicaba—. Estábamos mirando al cielo cuando de pronto, pendiendo de un árbol vimos un panal repleto de miel.

—¿De verdad?

—¡Sí! —Struan amplió su sonrisa—. Ayla lleva su zurrón lleno de cera y miel, pero fui yo quien trepó allí ella para tirarlo abajo —la miró, contento—. Ayla, enséñale a padre toda la que hemos recolectado.

Ella miró al pequeño como si la hubiesen pillado haciendo algo malo.

—Ya veo —dijo el laird muy molesto—. Así que te has subido a un gran árbol.

—¡Uno enorme!

—Muy alto —siguió Lachlam mirando a Ayla, que respiraba profundamente por la nariz.

—¡Altísimo!

—Y no te has caído partiéndote el cuello, ni dejando sin heredero al clan de los McDonald, ¿verdad?

El niño titubeó al ver el enfado de su padre y darse cuenta de que en realidad estaba regañando a Ayla.

—No... Estoy bien. —Struan miró a su padre, contrito—. Aunque, casi me pican todas las abejas, pero soy más rápido que ellas y Lobo me ha ayudado a espantarlas.

Lachlam miró a Ayla y ladeó la cabeza con un deje de reproche, después regresó la vista a su hijo. No la regañaría delante de Struan, pero después tendrían una charla ellos dos.

—Ten más cuidado la próxima vez, ¿de acuerdo?

—Sí, padre.

—Molestar a las abejas es muy peligroso —dijo, revolviéndole el pelo.

—Pero estoy seguro de que Ayla las ha advertido de que no me hagan daño. Sabe hablar con todos los animales, ¿sabías eso?

—Sí, lo sabía —resopló—. Ayla parece hablar con todos y todo, menos con quien tiene que hablar en realidad.

Ella hizo una mueca.

—A lo mejor es que ya no hay nada que decir —se enfurruñó.

—Eso ya lo veremos. —Lachlam miró de nuevo a su hijo y le alborotó el cabello—. Anda, ve con la abuela, tengo que hablar con Ayla sobre unos asuntos.

—Adiós padre.

Cuando Struan hubo entrado en las cocinas, Ayla quedó frente a Lachlam, sin saber qué decir. Fue él quien rompió el silencio. Esperó una buena reprimenda, pero no fue así.

—Esta noche me gustaría que asistieras a cenar con la familia. —Por su tono de voz, Ayla supo que era una orden y no una invitación.

—Oh —no supo qué decir ante semejante cambio de actitud—. Yo…

—Por favor —la miró fijamente hasta que ella tuvo que asentir.

—Pero siguen sin gustarm…

Lachlam cerró los ojos, molesto.

—No me lleves la contraria otra vez —la cortó.

—No te llevo la contraria —apretó lo puños y lo miró, alzando el mentón.

—Asistirás —dijo como si la conversación se hubiera terminado, pero después añadió—: Y al terminar… me gustaría hablar contigo a solas.

Ayla lo miró con suspicacia.

—¿Sobre qué?

—Sobre temas que nos conciernen.

No se fiaba de él.

—Puede que después hablemos.

—Hablaremos —dijo Lachlam en un tono más rudo.

Odiaba profundamente recibir órdenes, pero esta vez guardó silencio y cedió. No supo muy bien por qué, pero capituló. Quizás ella también tenía cosas que decirle, como por ejemplo que no tardaría en marcharse.

—De acuerdo. Allí estaré.

—Bien, pues hasta esta noche.

Ayla se despidió con un ligero movimiento de cabeza y empezó a caminar, en la dirección por donde se había marchado Struan, cuando volvió a oír la voz de Lachlam.

—Por cierto —Ella se dio la vuelta y lo miró—. Procura no volver a poner en peligro a mi hijo.

Esta vez fue Ayla quien observó como Lachlam le daba la espalda. Mientras lo veía marchar su rostro iba tornándose escarlata de puro coraje.

—¡Bah! —dijo marchándose furiosa hacia las cocinas—, como si él no me desafiara a trepar al árbol más alto cuando era pequeña.

Apretó los puños y tomó aire para calmarse, pero no lo logró. Se dio la vuelta y la ira pareció menguar hasta desaparecer al ver que se dirigía a la capilla… para rezar por su difunta esposa.

Quizás Struan no fuera el único que necesitaba recordar a Ishbel y llorarla.

CAPÍTULO 32

Como cada tarde, antes de la caída del sol, Lachlam se dirigió a rezar por el alma de Ishbel. Siempre solía ir a la misma hora, pero este era un día especial.

Quería hablar con ella, como solían hacer siempre. Desde que se casaran y le entregara el tesoro de Santa Margarita, había honrado su promesa. Ishbel había sido su confidente y en ausencia de Ayla, su mejor amiga. Habían tenido un hijo, y su vida era apacible y feliz. Ahora que no estaba, sentía como si le faltara una parte de su propio cuerpo, la ausencia se percibía en cada rincón y, aun así, no era malo. Recordar a Ishbel, era algo bueno. Le gustaba imaginar qué diría o haría referente a cada problema que surgía. Qué habría dicho de la reforma de la cocina, de tener a los McDonald de Skye durante tanto tiempo… ¿qué habría dicho de su hermana Dairine y esa extraña actitud con Ayla? No se llevaban bien, y aunque Ishbel quería a Dairine porque era su hermana, sí es cierto que había sido siempre condescendiente con ella, como si viera que no podría cambiar su carácter por más que quisiera. Un carácter que no le gustaba contemplar cuando se lo mostraba a Ayla.

Sé por qué te enamoraste de Ayla, es difícil no amarla. Le había dicho Ishbel, justo después de su llegada.

—Bueno —dijo mirando a la cruz mientras su cuerpo descansaba en el banco junto al altar—, tú ganas. Le pediré que sea mi esposa.

Hizo una mueca de desagrado mientras se imaginaba que hablaba con Ishbel.

—Pero siempre fuiste una optimista —se burló—, te puedo asegurar que me rechazará, entonces me enfadaré, tendré que perseguirla, ella se enfadará más… Por Dios, es una chica complicada.

Podía imaginarse a Ishbel sonriendo y diciéndole que sí.

Pero tu sabrás como convencerla. Tú corazón te guiará. El corazón siempre sabe escoger las palabras para ablandar al ser amado. Habla con el corazón, Lachlam, y todo saldrá bien.

—Sí, haré eso, Ishbel. —Se sintió conmovido y en paz—. Tú siempre sabías qué hacer.

Cuando por fin se levantó y miró el techo de la pequeña capilla, se sintió en calma.

Con una sonrisa se dio la vuelta hasta descubrir que no estaba solo. En el último banco, arrodillada y con la cabeza agachada, se encontraba una silueta familiar. El corazón le brincó en el pecho al reconocerla. Llegó a pensar que se trataba de Ishbel, pero pronto supo que era Dairine.

Estaba tan absorto en sus pensamientos que no la había escuchado entrar, pero ahí estaba.

Caminó lentamente para sentarse a su lado. No se había sentido culpable al rechazar sus insinuaciones, ni tampoco las atenciones que ella le prodigaba y que él no había pedido. Trató de ser claro y no demasiado brusco.

Chasqueó la lengua al sentarse mientras ella permanecía de rodillas en el suelo, pero Dairine solía ofenderse con facilidad.

—Dairine, ¿estás bien? —preguntó interrumpiendo sus oraciones.

Ella giró ligeramente el rostro hacia él. Después de que sus ojos buscaran los suyos, Dairine se tapó el rostro con un pañuelo y emitió un lamento desgarrador. Indeciso, Lachlam posó su mano sobre el hombro en un gesto de consuelo.

—Oh, disculpad estas lágrimas, mi señor —dijo, secándoselas a toquecitos—. No soy

capaz de evitarlas. Aquí no.

—Todos seguimos llorando su pérdida.

Los labios de Dairine se tensaron casi en un gesto imperceptible. En su opinión, el laird podría haber llorado un poco más. De pronto, sollozó desconsolada.

—Yo… no sabría explicaros cómo me siento.

—No es necesario que lo hagas, Dairine. Me hago a la idea.

—Mucho me temo que no.

Volvió a sollozar y Lachlam no supo qué hacer en ese momento

—Era tu hermana, es comprensible.

—Os lo ruego, acompañadme. —Lo miró con súplica al tiempo que colocaba ambas manos sobre su rodilla. Cuando los ojos de Lachlam volaron a ese lugar donde lo tocaba, las manos de Dairine se apresuraron a sujetar las suyas. Las juntó como en un gesto de plegaria—. Acompañadme en mis oraciones.

No tuvo el valor de decirle que no.

Lachlam se arrodilló junto a ella y se santiguó, empezando una retahíla junto con ella.

Cuando hubieron terminado, Dairine lloraba, pero esta vez en silencio. Y sus palabras salieron claras antes de sentarse en le banco e instando a Lachlam a hacer lo mismo.

No pudo negarse.

—Mi dulce y amada hermana. Su pérdida es insustituible. —Esa última palabra causó en él una honda impresión, pues esperaba que el padre Liam apareciera en cualquier momento y así declarar sus intenciones de casarse con Ayla.

—Dairine.

—Sin embargo… —rompió a llorar de nuevo Dairine, y él empezó a sentirse muy incómodo.

—¿Qué ibais a decir? —la instó a hablar, pues ella había callado de repente, pero lo seguía mirando con esos ojos vidriosos y suplicantes.

—Oh, no sabría… —sollozó—. Oh, Lachlam, me preocupa tanto Struan. Ha perdido a su madre y es tan joven. Debe de estar desolado.

—Lo está. Pero es un McDonald, un luchador. Lo superará.

—Lachlam… —Dairine se acercó demasiado. Él intentó apartarse, pero fue demasiado tarde. Ella apoyó la cabeza en su hombro y él quedó inmóvil, sin saber qué hacer—. Oh, mi señor, me avergüenza tanto, pero…

—¿Qué? —le preguntó secamente, aunque ella no pareció darse cuenta de ello.

No tuvo tiempo de terminar la frase.

—Mi hermana no querría que él creciera sin una madre, y… yo soy tan parecida a ella…

Los ojos de Lachlam se agrandaron.

—Dairine…

—Quiero que os planteéis casaros conmigo. Las alianzas con los Ross, permanecerían intactas y…

Estaba tan anonadado por las palabras de su cuñada que no se fijó en que ella se levantaba ligeramente del banco para precipitar sus labios contra los de él.

Lachlam se quedó quieto, tan sorprendido que en un primer momento no pudo mover ni un solo músculo. Durante el tiempo que duró su asombro, la lengua de Dairine acarició la suya, y eso fue lo que lo hizo reaccionar.

Colocó las palmas de las manos en sus hombros y la apartó con delicadeza, pero firme.

—Dairine, discúlpame, pero esto no es adecuado —dijo, mirándola a los ojos con

reproche.

Entonces, ella rompió a llorar y se echó en sus brazos.

—Oh, perdonadme…

Sorprendido y al mismo tiempo confuso, no pudo hacer otra cosa que consolarla, mientras ella hundía la cabeza entre las manos, fingiéndose avergonzada.

—Lo lamento, Dairine —dijo, en voz baja, aún con el rostro muy cerca del suyo—. Pero no vuelvas a hacer esto jamás.

Se levantó para marcharse y cuando dio media vuelta, su corazón quedó en suspenso.

Sus ojos se cruzaron con los de Ayla.

—Maldita sea —se mordió la lengua al blasfemar en la iglesia.

Podía ver la sorpresa en el rostro de la joven, pero después apareció una fina línea en su frente y supo que se sentía traicionada.

Lo miraba fijamente, sin pestañear, con ojos encendidos. No dudaba de que, si aquel no fuera un lugar sagrado, su cuerpo estaría en peligro de sufrir alguna mutilación.

Lachlam abrió la boca para decirle que había sido un error, pero ella reaccionó. Parpadeó, se dio la vuelta y desapareció de su vista.

—Lachlam —Dairine lo agarró del brazo. Y él se soltó, pero no llegó a salir de la capilla. Pues el padre Liam entró con una sonrisa bailando en los labios.

—Me dijeron que querría verme, señor.

Dairine miró a ambos, y pensó que no le quedaba tiempo. Si Lachlam quería hablar con el padre Liam, Ayla debería morir esa misma noche.

CAPÍTULO 33

Ayla estaba tan enfadada que no sabía si quería matar a Lachlam o romper a llorar. Seguramente ambas cosas y todas a la vez.

—Mi señora, os esperan abajo para la cena —le dijo Amber.

—Ya lo sé. —La muchacha se encogió de hombros como si la hubieran golpeado. Ayla la miró unos instantes para disculparse—. Lo siento, es que estoy de muy mal humor.

No quiso hablar de ello, porque sabía que se echaría a llorar y bajar a cenar con Dairine presente con los ojos rojos, no entraba en sus planes.

—¿No vais a cambiaros? —preguntó tímida, Amber.

Ya lo había hecho, quiso decirle. Se había quitado el vestido para ponerse las calzas y la ropa vieja con la que había llegado. Su ropa de viaje, resistente y cómoda para el combate. Y sin duda habría uno cuando enfrentara a Lachlam y le dijera que partiría a la mañana siguiente, como lo harían también los McDonald de Skye.

Amber comprensiva, hizo una reverencia y la dejó sola en la habitación. En seguida se sintió culpable, pues Amber era una persona querida para ella, y debería confesarle sus planes. Aunque… quizás fuera mejor partir, sin más.

De pronto la puerta de la alcoba se abrió y Struan entró sin avisar.

—Oh, estás hermosa.

Ayla alzó una ceja.

—¿Eso crees?

—Sí, seguro que esta ropa te va muy bien para luchar.

—Tengo un cuchillo en la bota, ¿quieres verlo? —preguntó Ayla y sonrió al ver lo ojos llenos de fascinación de Struan.

—¡Sí!

Ella se lo mostro y sonrió por primera desde que se hubiera encontrado a esa arpía besando a Lachlam.

—¡Quiero una! ¿Puedes convencer a mi padre para que me de una de verdad?

Dudaba que ya pudiera convencer de nada a ese hombre insufrible, pero no quería desilusionar a Struan antes de marcharse.

—Veré qué puedo hacer.

—¿Bajamos a cenar? Me muero de hambre. Y creo que papá también —añadió—, está algo nervioso.

—¿Nervioso? —Ayla alzó una ceja.

—Más bien furioso —se encogió de hombros—, y no sé por qué. Los McDonald se marchan.

—Pensé que lo harían ayer —suspiró al recordar que no se fueron.

—Las mareas no ayudaron. Pero pronto los únicos McDonald que quedaremos en la isla, seremos nosotros.

—Yo no soy una McDonald —dijo Ayla alzando una ceja.

—Todavía —le dijo en niño.

—¿Todavía?

Struan soltó una risita como si supiera más de lo que estaba dispuesto a revelar.

—Vamos a cenar.

El pequeño la tomó de la mano y le pidió que fuera su acompañante. Accedió. Pero se prometió a sí misma que a la mañana siguiente se marcharía en el primer barco que zarpara a su casa.

Ya había tenido suficiente de todo. No pensaba quedarse para ver como Lachlam convertía a Dairine en su amante.

No estaba dispuesta a permanecer en esa isla ni un solo día más.

Maldito fuera Lachlam. ¡Era un traidor! Oh, esperaba que esta vez no tuviera la desfachatez de tratarla como si nada hubiera pasado, o de decirle que había malinterpretado las cosas. Mucho menos aceptaría que le dijera que todo había sido un error. Ella había visto con sus propios ojos ese "error" Había visto como Dairine se acercaba, cierto, pero él no había hecho nada por apartarla de su lado.

Se había quedado ahí, quieto, como un pasmarote, devolviéndole el beso a esa odiosa mujer. Oh, santo cielo, y ella que había pensado, por un momento, que la amaba. ¡Cuan equivocada había estado!

Solo pensar que había besado los mismos labios que le confesaban su amor bajo el tejo.

—¡Qué asco!

El niño frunció el ceño al entrar en el salón y mirar lo enfadada que estaba Ayla.

—¿Asco? Pero si todo lo que se prepara en las cocinas es exquisito.

—No me hagas caso.

—Estás de muy mal humor —le sonrió Struan—, papá dice que lo mejor que podemos hacer cuando una mujer está furiosa, es alejarse.

—Aprende la lección, Struan —dijo Ayla muy seria—. Tu padre no siempre tiene la razón, y a veces, ni siquiera ve el barrizal en el que se mete.

Struan alzó una ceja, un gesto que le recordó demasiado a Lachlam.

—Por favor, Ayla, —dijo Maery llegando a su lado, para escoltarla a la mesa—. ¿Qué haces vestida así?

—¿A que es perfecto? —dijo Struan—. Tiene un cuchillo en la bota.

—Se supone que es un secreto —lo regañó, cariñosa.

—Lo siento —se rio el niño.

—Cambia esa cara, con esas ropas y ese ceño fruncido, parece que vayas a comerte crudo a alguien. Y eso no puede ser.

—¿Quieres apostar, Maery?

La mujer hizo una mueca.

—Vamos, Ayla. Es una cena especial —se aventuró a decir la abuela—. Y creo que alguien tiene un regalo para ti. Apuesto a que Dairine se morirá de envidia.

—Me envidiará seguro, al parecer le gusta lo ajeno.

—¿Qué quieres decir? —Maery se quedó a su lado, mientras Struan fue hacia la mesa principal y saludó a su padre, que se puso en pie, esperándola.

No pasó por alto que a su lado estaba Dairine, intentando matarla con la mirada. Cuando Maery se dio cuenta, agregó:

—Parece que quiere matarte, no le des motivos.

—Créeme, ella es quien me ha dado motivos a mi para… —*Intentar asesinarla de la forma más cruel y despiadada que se me ocurra.* Se tragó esas últimas palabras, cuando se dio cuenta de que tanto la abuela como la doncella se miraban la una a la otra sin tener idea del chisme en cuestión.

—¿Para qué? —preguntó Maery, sabiendo que había pasado algo, pero no el que.

—Dejémoslo, o la cena va a enfriarse.

Dio un paso hacia delante, pero la mano de Maery se enredó en la suya.

—Lachlam quiere hablar contigo después de la cena y creo que…

—No importa, ni lo que creas, ni lo que él crea que voy a responderle.

—Ayla —Maery se sintió molesta y sorprendida por su actitud.

—Olvídalo —la miró con el entrecejo arrugado—. No pienso volver a caer en vuestros jueguecitos de alcahuetas.

—No sé que demonios te pasa, querida —dijo Maery—. Pero, te ruego te comportes como es debido o…

—¿O abandono la isla ahora mismo?

—¡Dios bendito, dame paciencia con esta muchacha, te lo suplico!

Cuando Ayla se acercó a la gran mesa del gran salón, todos enmudecieron. Quizás porque el laird hizo lo mismo y no pudo desviar la mirada de Ayla, mientras se acercaba a él. Struan quitó tensión al momento cuando corrió hacia ella y le abrazó la cintura.

—Me siento a tu lado —dijo como si no admitiera discusión.

Dairine apretó los dientes al ver lo mucho que parecía depender Struan de Ayla. Pero intentó disimular su rabia todo lo que pudo. Acto seguido se tapó la boca con la mano para ocultar una sonrisa. Miró a Lachlam de reojo, que estaba a su izquierda, pero él tenía toda su atención puesta en Ayla.

La miraba con una mezcla de deseo, admiración y disconformidad. Pareciera que fuera a partir de viaje de un momento a otro. Pero era imprevisible, y en esos momentos no sabía qué pensar.

Lo único cierto era que no esperó que asistiera de aquella manera. ¿En qué demonios estaría pensando? Ciertamente, antaño se había acostumbrado a verla vestida como un muchacho, pero, en contra de lo que todos pudieran pensar, a él le excitaba tanto como si fuera engalanada como una reina, o desnuda entre sus brazos. Cerró los ojos un breve instante. Las calzas apretadas a sus contorneadas piernas y la camisa blanca, atada a su estrecha cintura con un fajín, ensalzaba su esbelta figura y le marcaba las suaves formas de su silueta. El jubón negro sobre su torso, parecía resistente y Lachlam dudaba de que cosido en su interior no llevara alguna fina daga.

Ayla, no era muy alta, al menos no en comparación con él, pero sus carnes estaban prietas a causa de las largas caminatas y la práctica de esgrima, y sus curvas eran ligeramente pronunciadas. Cuando algunos de sus hombres la miraron como él lo hacía, tuvo que hacer esfuerzos para no entrar en cólera y lanzarlos a la primera ciénaga que encontrase. Miró a Struan, y el pequeño parecía feliz y la observaba con auténtico orgullo.

—Ayla, querida —la saludó Dairine—. Te veo… —hizo una pausa, durante la cual se mordió el labio inferior y luego soltó una risita—… te veo cómoda.

—Gracias, Dairine —respondió Ayla, sentándose a la mesa, cuando Lachlam le señaló un lugar a su lado. Struan se sentó a su izquierda—. Yo te veo muy feliz, luces una piel radiante. ¿A qué se debe?

—Oh, bueno —Dairine miró a Lachlam, que también tomó asiento como todos los demás, y dejó caer los párpados, apocada—. Digamos que cada día me levanto con el firme propósito de sonreír.

Ayla hizo un esfuerzo para no saltar sobre la mesa y arrancarle la cabellera leonada.

—Y haces bien, la risa es buena para la salud. Y dicen que alarga la vida —respondió Ayla, sonriendo también, aunque tan falsamente que Lachlam se revolvió incómodo—. ¿Qué tal esta tarde en la capilla, mi señor? ¿Ha escuchado el Señor vuestras plegarias?

Lachlam la fulminó con la mirada y Dairine tuvo el acierto de cerrar la boca.

—Por supuesto —respondió, escueto.

La miraba fijamente, con un brillo de advertencia que en su fuero interno la indignó. Sin embargo, no osó mostrar sus emociones y contempló la cena que empezaban a servirle.

Una doncella le sonrió y Ayla la reconoció de las cocinas, puso un cuenco de sopa frente a ella y una hogaza de pan recién hecho, la carne de res y aves vendrían después.

Ayla también seguiría sonriendo aún a riesgo de que le doliera cara al día siguiente.

Solo tienes que aguantar unas horas más y mañana, todo habrá terminado. Volverás a tu vida de siempre y te olvidarás de que Lachlam te ha traicionado por segunda vez.

Durante los minutos siguientes, la tensión se palpaba en el ambiente y para cuando sirvieron el faisán ya podía cortarse con un cuchillo. Dairine permanecía en segundo plano, discreta, pero a cada momento miraba a Lachlam y fingía sonrojarse. Ayla no apartaba los ojos del plato, sólo lo hacía cuando se interesaba por los comentarios de Struan o Maery. Lachlam no había probado bocado y la abuela no perdía detalle, intentando averiguar qué demonios había pasado para que todos se comportaran así.

Llegó el postre y Ethan, que también había permanecido en silencio, observando con diversión lo que estaba sucediendo a su alrededor, saboreó el delicioso pastel y profirió una sonora exclamación.

—¡Dios bendito, esta miel está riquísima! —De repente, todas las miradas se dirigieron a él. Y por extraño que pudiera parecer, el enorme guerrero se sintió intimidado— ¿He dicho algo malo? —preguntó, encogiéndose de hombros.

—No, Ethan —respondió Ayla.

Lachlam la miró con reproche y acto seguido, Struan sonrió de oreja a oreja.

—La miel la recogimos Ayla y yo, esta mañana.

—Pues hicisteis un buen trabajo —respondió el guerrero.

—Me subí a un árbol y tiré el panal de un puntapié. Casi me pican, pero el lobo de Ayla las espantó. Es rápido, como el viento.

Ethan miró al niño con el pecho inflado de puro orgullo.

—Eso es ser un auténtico guerrero de las Highlands. —Lo zarandeó con fuerza y el niño rio orgulloso— ¡Valiente muchacho!

—Si se me permite opinar —empezó a decir Dairine, mostrando un apocamiento que Ayla sabía que no sentía en absoluto—. Podría haber resultado fatal.

¡Y empieza la batalla!, se dijo Ayla para sí misma. Forzó una sonrisa y ladeó la cabeza como si fuera la más inocente de las doncellas.

Dairine, ante la mirada de todos, se corrigió.

—Oh, no quiero decir que Ayla no cuide bien del pequeño Struan.

—Gracias a Dios, estaba pensando que quizás deseaba su muerte —dijo Ayla con dulzura.

—Ayla —la reprendió Lachlam.

—Es solo que… —continuó Dairine—, ya hemos sufrido una desgracia y sería terrible que a mi querido sobrino le sucediera algo malo.

¡Iba a arrancarle la lengua a esa bruja!

La sonrisa de Ayla desapareció y en su lugar la miró, feroz. Pero lo que más la enfadó fue

lo que dijo Lachlam a continuación:

—Soy de la misma opinión.

Ayla lo miró fijamente, retándole.

—¿Y eso por qué?

Sí, Ayla se sentía culpable por no haber podido evitar que Struan cometiera semejante insensatez, pero creía firmemente que Lachlam estaba echándoselo en cara ante todos para humillarla, y así evitar el asunto de lo sucedido con su cuñada en la capilla. Pero si quería guerra, la tendría.

Oh, por supuesto que sí.

—Como dice Dairine —empezó a decir el laird—, un enjambre de abejas podría haber matado a mi hijo. Y cuando Struan está contigo, tú eres la responsable.

—Por supuesto —respondió ella—. Pero creo que a veces hay que tomar ciertos riesgos para conseguir lo que uno quiere, ¿no lo creéis, mi señor?

—¡Ayla! —bramó, levantándose de la mesa, furioso por su respuesta y su empecinamiento en hablarle en tono cortés.

—¿Qué? —respondió ella, levantándose también de forma violenta, ante la espantada mirada de todos los presentes—. Quizás el error es vuestro por dejar a vuestro hijo con alguien tan irresponsable. Algo que se puede solucionar fácilmente. ¡Me marcho!

—¡Ayla! —Esta vez la exclamación vino por parte de Maery, y cuando se escuchó un gritó fue el de Struan.

—¿Te marchas mañana? —la miró con sorpresa y rencor— ¿Cómo había podido ocultarle algo así? —¡Eres mala!

—Struan…

El niño salió corriendo y ella se levantó de la mesa, pero Lachlam la agarró del brazo, impidiendo que se marchara.

—Ayla, no puedes marcharte —le dijo Maery.

—Ya nada me retiene aquí —le respondió a ella, pero era la mirada de Lachalm la que estaba prendida a la suya—, y como tampoco pude hacer nada por vuestra señora, mañana mismo abandonaré esta isla para regresar a mi hogar.

—¡No lo voy a permitir! —bramó Lachlam.

—Vaaaya —empezó a decir mientras una extraña sonrisa nacía de sus labios. Una sonrisa que hizo temer a Lachlam lo peor—. No sabía que podíais darme órdenes, mi señor.

Lachlam dejó de agarrarla, pero ambos se miraban como si de un combate se tratara.

—No vine aquí por vos —lo trató con toda la formalidad que fue capaz delante de sus hombres—. Y está claro que tampoco me quedaré por vos —eso le dolió, pero Lachlam no dijo nada mientras ella terminaba de hablar—. Debí marcharme, pues está claro que este jamás fue mi hogar, ni lo será nunca. Pero me quedé por Struan, necesita afecto y consuelo. Pero… —miró a Dairine, que apenas pudo ocultar su sonrisa de triunfo—, ya veo que hay otras que pueden hacer eso. Así que me voy.

—No te atreverás. —La miró, temeroso de que cumpliera sus amenazas.

Pero eso no sucedería, estaba dispuesto a encerrarla en un calabozo hasta que entrara en razón.

Ayla cerró las manos en puños.

—Me atrevo porque puedo y así se me antoja.

—¡No me hables así!

—Oh, por favor, calma —intervino Dairine, fingiendo preocupación—. Deberíamos ser

un poco más agradables los unos con los otros, ¿no creéis?

Tanto Lachlam como Ayla, la fulminaron con la mirada.

—Estoy muy calmado —dijo Lachlam.

—Y a mí no me apetece ser agradable, y mucho menos contigo —contestó Ayla, mirándola directamente.

—¡Cielos! —exclamó, ofendida, para después mirar a Lachlam, buscando su apoyo—. Por favor, os lo suplico, mi señor. —Posó una mano sobre su antebrazo, provocando que Ayla ardiera por dentro y cerrara los ojos para no lanzarse sobre ella—. Aunque no os falta razón en reprender a esta joven tan insolente, no deberíais ser duro con ella.

—¿Qué? —jadeó Ayla, con una sonrisa cargada de sarcasmo.

Dairine la miró con lástima, como si le estuviese regalando la vida y siguió dirigiéndose a Lachlam.

—Estoy segura de que, aunque cometió un error imperdonable, que podría haberle costado la vida a vuestro hijo…

—Señora —parpadeó Ethan, sorprendió—, no vayamos tan lejos.

Pero Dairine lo ignoró.

—Aunque pudo haber desembocado en otra tragedia, —continuó diciendo—, estoy segura de que solo quería agradar a mi sobrino. Creo firmemente que es buena, e intenta cuidar de él lo mejor posible, al igual que sucedió con mi amada hermana.

—No necesito que me defiendas —le dijo, sin soportar tanta falsedad.

—Fue una lástima que no pudiera hacer nada por salvar a Ishbel.

Dairine se llevó un pañuelo a la cara y se secó unas lágrimas inexistentes ante la indignación de Ayla, que no podía creer que fuera tan ruin de decir semejante cosa ante todos.

Se escucharon murmullos en el salón. Con una sola frase, Dairine había conseguido que todos recordaran su fracaso, que Ayla no pudo salvarle la vida a Ishbel y que, a pesar de ello, seguía allí, en la isla, como si alguien la necesitara. Tampoco le pasó por alto que había estado esparciendo rumores sobre ella entre las gentes. Bruja, la llamaban algunos, seductora hechicera, la llamaban otros. No sería la primera vez que escuchara un cuchicheo acusándola de querer sustituir a Ishbel. ¡Maldita sea! Empezaba a estar harta de todo. Lo mejor sería marcharse y no regresar jamás.

—Oh, mi pobre y querida Ishbel… —continuó Dairine, consciente de que había ganado la batalla y dispuesta a pisotear todo lo posible a su enemiga—. Struan es lo único que me queda de ella... —Cuando vio cómo la miraban todos, fingió su expresión más abatida—. Oh, perdonadme. Lamento si he dicho algo inadecuado, no pretendía provocar una discusión, estamos en familia.

—¿En familia? —empezó a decir Ayla, al ver en el rostro de esa mujer la falsedad más absoluta—. Pues como esta no es mi familia, permitidme que me despida de todos vosotros. ¡Adiós!

—Ayla, por favor, quédate —la interrumpió Maery poniéndose también en pie.

Sabía que Ayla estaba a punto de cumplir con su palabra. Se marcharía y no regresaría y había muchos corazones que sufrirían por esa decisión.

—No, esta vez no me dejaré convencer.

Ayla dio media vuelta y Lachlam golpeó la mesa con el puño.

—¡Siéntate ahora mismo! —bramó.

—No, gracias.

—¡Te lo ordeno!

—Y yo os aconsejo que no me deis más órdenes, mi señor—. Ayla lo miró por encima del hombro, con tal frialdad, que todos los presentes enmudecieron.

—He dicho que te sientes —masculló, entre dientes.

Por supuesto, no obedeció.

Ignorándole, empezó a caminar hasta su alcoba, dispuesta a recoger sus cosas y marcharse de allí de una vez por todas. Pasaría la noche en el barco y mañana, zarparía cuando los comerciantes lo hicieran. Volvería a su verdadero hogar, al bosque de donde nunca debió salir.

Allí había gente que la quería, Duncan, Megan y sobre todo Ingrid, su madre. Ella curaría sus heridas.

Allí, lejos de Lachlam, volvería a sanar.

Nadie pareció respirar cuando Ayla desapareció del salón y todo quedó en absoluto silencio, hasta que el laird bramó tirando al suelo todo lo que estaba frente a él. Después, con grandes zancadas y bajo la mirada llena de odio de Dairine, fue en busca de Ayla.

CAPÍTULO 34

Ya nada la retenía, era ridículo seguir en aquel lugar. ¿Qué se había creído ese hombre, que podía mentirle, diciéndole que la amaba, y hacerle el amor para después, al día siguiente, besarse con otra mujer?

Pero Lachlam no estaba dispuesto a dejarla marchar. Abandonó el comedor, ante la sorpresa de todos los presentes y la siguió hasta sus aposentos.

—¡Ayla! —gritó, mientras la perseguía por las escaleras que daban al piso superior. Maldición, siempre había sido más rápida que él— ¡Ayla, he dicho que regreses ahora mismo!

La muchacha aceleró el paso, subiendo los escalones de dos en dos, luego corrió por el corredor y al llegar a sus aposentos, cerró la puerta de su alcoba de un portazo.

Pero Lachlam entró antes de que ella tuviera tiempo de atrancarla.

—¿Qué haces? —exclamó, cuando él empujó la madera y a ella también— ¡Márchate! ¿No ves que quiero estar sola? —Ayla lo miró con los puños apretados, después de que él casi la tirara al suelo del empujón que le dio la puerta.

—¡No puedes hacer tu santa voluntad! —bramó, tenso.

—¡Ja! Tú sólo observa con atención. —Se cruzó de brazos, irónica, mientras él cerraba de un portazo tras de sí.

—¡Debes quedarte y cumplir con tu deber!

—¿Mi deber? —Se señaló el pecho y lo miró, como si acabase de perder la cabeza—. ¿De qué deber me estás hablando?

—¡Tu hermano!

Ayla quedó muda. Entrecerró los ojos y pensó que al fin había perdido la cabeza.

—¿Mi hermano? —en verdad, no sabía qué quería decir Lachlam sacando de repente a Duncan en la conversación— ¿Qué sucede con Duncan? ¿Qué tiene que ver él en todo esto?

—Más de lo que crees —Lachlam intentó tranquilizarse, pero su cuerpo aún vibraba de la tensión y el enfado.

Llevaba semanas intentando decirle a Ayla que había recibido una carta del laird de los McLeod, aprobando su matrimonio. Y, aunque ese no era el mejor momento, debía decírselo, pues también sabía, por puño y letra del consejero real, que el rey David iría de visita a las islas.

Al parecer habían llegado a un acuerdo con Olav, el rey de Noruega. Le concedía reinar sobre las islas a cambio de una buena suma de dinero.

¡Oh! ¿Cómo era posible venderlos a cambio de unas monedas? Pero así era, y mucho se temía que, si el rey David llegaba antes de que se hubieran casado, se volvería a repetir la misma historia.

—¡Explícate!

—Le pedí permiso para casarme contigo, porque es la promesa que le hice a Ishbel.

Ella enmudeció por unos instantes.

—Ishbel… —dijo enfadada con ella por primera vez—, creo que nos arrancó la misma promesa a los dos…

—Porque sabía lo que podría ocurrir. Debo jurar lealtad y obediencia al rey, otra vez. Y no quiero casarme con nadie más que no seas tú.

Ayla explotó.

—¡Ja! —Alzó el puño y estuvo a punto de golpearle, luego se lo pensó mejor y le dio una

patada en la espinilla.

—¡Ayla!

Ella lo ignoró, mientras él se doblaba en dos para restregarse el golpe que le había dado con la bota.

—Esta tarde no parecía ser la única opción que tienes.

—Ayla, eso no fue lo que crees.

Ayla rompió a reír, pero fue una risa amarga.

—Es increíble lo mentiroso y ruin que puedes llegar a ser para manipularme, Lachlam. Pero no lo lograrás esta vez. Te guste o no, esta vez me marcho.

La mirada de Lachlam se ensombreció.

—¡Tú sólo te irás si yo lo decido!

Ayla pareció crecer un palmo al estirar el mentón hacia arriba.

—Deja de decir estupideces y déjame sola —arrastró las palabras entre dientes—. No quiero verte. —Lo miró como si fuera un loco desquiciado que únicamente merecía su compasión, una compasión que no tenía para traidores como él—. Como te acabo de decir, mañana mismo regreso con Duncan. De ti ya no me creo ni una sola palabra. —Dicho esto, le dio la espalda y caminó hacia el baúl, que descansaba a los pies de su cama.

Iba a sacar sus cosas para empacarlas, cuando él caminó hasta ella y la apartó de allí, agarrándola por los hombros y zarandeándola más bruscamente de lo que habría deseado.

—Te quedarás aquí —aseguró, con el rostro pegado al suyo.

—¿Es eso lo que quieres? —masculló Ayla, roja de ira.

—¿Acaso no es lo que acabo de decir? —respondió, contenido—. No me hagas perder la poca paciencia que me queda con preguntas estúpidas.

—Entonces, sólo quieres que me quede porque has decidido que haré lo que tú digas, ¿no es así?

Él abrió la boca y volvió a cerrarla antes de volver a hablar.

—No intentes manipularme. Sabes perfectamente qué he dicho y qué no he dicho. También sabes qué es lo que quiero.

—¿Con sinceridad? —lo miró con indiferencia—. No tengo la menor idea de lo que quieres, o de lo que piensas.

—¡Ayla! —bramó, exasperado—. ¡Sabes perfectamente que lo que más deseo es a ti!

—¿Qué? —gritó ella, zafándose de él al tiempo que sonreía con sarcasmo—. ¿Quieres que te demuestre lo voluble que puedes llegar a ser? Bien, ahí va: Ayla, te amo —lo imitó, enfureciéndolo por momentos—. ¡Ayla, no te metas en mis asuntos! Oh, bésame Dairine —hizo una mueca de deseo—: ¡Ayla, te casarás conmigo porque lo ordena tu hermano!

De todo lo que había dicho, solo una cosa lo sacó de quicio.

—¡Ella me besó a mí! —bramó.

—Ayla, jamás dejarás de ser una niña —continuó ella mofándose—. No hables de lo que desconoces, tu opinión me trae sin cuidado.

—¡Basta!

—¿Quién es el que manipula, Lachlam? —lo encaró. Por un momento sus bellos ojos brillaron por la intensidad de las lágrimas contenidas— ¿Quién es el que no sabe lo que quiere? ¿Quién es el cobarde que no lucha por lo que asegura amar?

—¡No puedes hablarme así! No cuando sabes que lo que digo es cierto, te amo. No luché por ti, pero ahora…

—Oh, ahora te casarás conmigo antes de que el rey pueda proponerte a otra como esposa.

Quizás le convenga mantener la influencia sobre los Ross, quizás Dairine caliente tu cama cuando él…

—¡No! Eso no sucederá.

Lo miró como si no lo creyera, pues en realidad no lo hacía.

—Me da igual, Lachalam —le dijo con frialdad—. Ya me has decepcionado demasiadas veces.

Eso desgarró el corazón del guerrero.

—Ayla, no puedes…

—No voy a casarme contigo, porque no quiero.

—Soy el laird…

Lo miró con una sonrisa que distaba mucho de demostrar su real estado de ánimo.

—¿El laird? —escupió, con desprecio—. Creo que me conoces lo suficiente para saber que no hay señor, ni rey, ni siquiera dios, que me impida decir lo que me venga en gana.

Dolido, retrocedió un paso.

—¡Eres una descarada!

—Sí, lo soy y, ¿quieres saber algo más? A esta descarada jamás le importó que lo fueras. Laird o no, no jamás quise tus riquezas, ni tu buen nombre, ni tu grandioso castillo, ni nada de lo que te rodea. —Su tono se fue calmándose, porque la pena se abrió paso entre la rabia—. A mí solo me importaba quién creía que eras, no lo que tenías. Pero me he dado cuenta de que he estado equivocada todos estos años. El hombre que creí conocer tan bien, a quien he amado tanto, no era real, estaba únicamente en mi cabeza. Lo creé yo. Empiezo a pensar que no fuiste un cobarde, simplemente, no me amabas lo suficiente. O tal vez jamás me quisiste, pero ahora ya me da igual, como tampoco me importa el hecho de que seas incapaz de entenderlo.

—¿Cómo… puedes decir algo así? —Lachlam sentía que su corazón se destruía por momentos.

—Porque realmente creo que la única verdad de todo esto es que ya nada, absolutamente nada, me retiene aquí.

Ayla lo miró con lástima. Había odiado al rey por obligarle a casarse, a Lachlam por no luchar por ella… se había vuelto loca de rabia y dolor por todos los obstáculos que pensó que habían impedido su amor. Pero ahora… ¿ahora? No había obstáculo alguno, Lachlam era libre para amar y casarse con quien quisiera, y se lo había pedido a ella. Le había hecho el amor, le había dicho que la amaba, y después… otro obstáculo: Dairine. El beso de Dairine que Lachlam no fue capaz de rechazar. Y más, y más obstáculos se interpondrían nuevamente en su camino, el rey, y quien sabe qué más. Pero ya no importaba.

—Me he cansado de luchar. El destino es un enemigo muy poderoso, Lachlam —le dijo Ayla—, y me he dado cuenta de que siempre ha estado en nuestra contra. Y esta vez soy yo quien se rinde. No lucharé nunca más por ti. Me voy.

Ya es suficiente, porque mi corazón no aguantará otra traición.

Se guardó sus últimas palabras al ver que Lachlam la miraba con los ojos muy abiertos, apenas pestañeaba. Su pecho, subía y bajaba y tenía los puños tan apretados que las venas de sus brazos a duras penas eran capaces de permitir que su sangre viajara por ellas.

—No vas a irte —aseguró, acercándose tanto a ella que ni el aire podía viajar entre ambos cuerpos—. Fuiste mía, serás mía y eres mía. Por eso debes quedarte.

Ayla clavó su fría mirada en él.

—No, Lachlam. —Esa farsa se tenía que acabar de una vez por todas—. No tengo ningún deber para contigo. Ni tampoco fui, ni soy, ni seré tuya jamás ¿Quieres saber por qué? —hizo

una pausa mientras las venas de la sien de Lachlam se hinchaban por momentos—. Porque soy mía. ¡Mía y de nadie más! —gritó — ¡Yo no tengo dueño!

Lachlam tomó aire. La agarró de nuevo por la cintura y acercó sus labios peligrosamente.

—¿De veras? —la retó, sabiendo el efecto que lograba en ella cuando la tocaba.

Ayla tragó saliva y asintió.

—No hay verdad más incuestionable —logró decir, aunque ciertamente, empezaba a dudar de nuevo. Él se dio cuenta y aprovechó la situación.

—Me basta una pulgada para demostrar que te equivocas.

Maldición, pensó Ayla, esa sí era una verdad irrefutable. Había aprendido a protegerse de él a cierta distancia, pero… estaba demasiado cerca ahora.

Sin embargo, esta vez no sucumbiría. No, después de ver con sus propios ojos como había besado a otra mujer.

Puso las palmas de las manos en su pecho y lo empujó, con suavidad, pero con la firmeza suficiente para hacerle entender que no lo quería cerca, que repelía su contacto.

Fue un error.

Ese rechazo provocó un contrataque que ella no pudo contener.

La cogió por las muñecas y las apartó de su pecho. Luego rodeó su cintura y la atrajo hacia sí, pegándola contra él, robándole el aliento.

—¡Suéltame! —siseó.

—Jamás.

La agarró por la nuca y acercó su boca a la suya.

—Eres mía porque yo soy tuyo, Ayla. Nos pertenecemos, porque ninguno podrá vivir jamás sin el otro.

El mentón de Ayla tembló, solo el instante antes de que él la besara con tal ímpetu, que perdió toda razón resistirse.

Lo amaba.

Lo deseaba.

Quizás no podía perdonarle, pero si que podía aceptar que su corazón siempre pertenecería a Lachlam McDonald.

Cedió al placer de beber de sus labios. Jadeó, y se dejó abrazar. Como si todo lo que acabara de decirle no hubiera significado nada, se supo una mentirosa, una traidora a sí misma, porque era incapaz de separarse de él.

Lo deseaba, ansiaba su cuerpo, su boca, sus caricias.

Esta vez fue Lachlam quién la separó de él. La empujó con tal fuerza que cayó de espaldas sobre el lecho. Ayla se quedó unos segundos paralizada, esperando a que él se lanzara sobre ella para cubrirla y ahogarla con su pasión. Pero eso no sucedió.

—Y ahora, ¿qué quieres? —le preguntó, con la respiración agitada.

Lachlam no parpadeó al recorrer su cuerpo con la mirada.

—Lo sabes perfectamente, y tú también lo deseas.

Cuando alzó ligeramente la cabeza en su dirección, vio lo que estaba sucediendo y se le secó la boca. Sin dejar de mirarla a los ojos, Lachlam empezó a desvestirse, lentamente. Hasta quedar completamente desnudo ante ella. Alto, fuerte, grande y poderoso.

Exigente.

Ayla entreabrió los labios y se los lamió de forma inconsciente, mientras apoyaba los codos sobre el colchón de lana y se arrastraba hasta que su cabeza chocó con el cabezal de madera labrada. Tomó aire y cuando lo expulsó, de sus labios se escapó un gemido.

Ese sensual sonido fue demasiado erótico para Lachlam. Completamente expuesto ante Ayla, se acercó a la cama, gateó hasta ella y la cubrió con la inmensidad de su cuerpo. Acercó la boca a su oído y pudo sentir el cosquilleo de su aliento, que le erizó todo el vello de su piel.

—Eres mía —pronunció esas palabras en tono amenazante, pero Ayla se estremeció de placer.

—No —gimió ella, aun resistiéndose a esa idea, pero deseando lo que, sabía, estaba a punto de suceder.

—Lo eres —aseguró—. Y siempre lo serás.

—Jamás seré de nadie —negó con la cabeza, sabiendo que aquella era la mentira más grande que había salido de sus labios.

—Después de lo que estoy a punto de hacerte, me lo repetirás el resto de los días de tu vida. —Ella siguió negando con la cabeza, mientras sus labios rozaban los de Lachlam a causa de los movimientos— Sí, Ayla. ¡Suplicarás!

Lo cierto era que no podía luchar más.

No quería luchar más.

Estaba claro que lo había intentado con todas sus fuerzas, pero su amor y su deseo por Lachlam superaban cualquier cosa. Lo único que necesitaba en esos momentos era que él hiciera cuando quisiera con ella. Si no podía resistirse a su enemigo, debería unirse a él.

Eso fue lo que hizo.

Alzó las manos y acarició su duro cuerpo. Gimió, al notar cómo sus músculos se tensaban a medida que sus manos navegaban por su piel. Podía incluso sentir en la yema de los dedos los latidos de su corazón, pugnando desbocado por escapar de su fuerte pecho. Se incorporó ligeramente para besar su clavícula, luego su hombro, y fue descendiendo por las pectorales hasta rozar un pezón con los labios.

Lachlam cerró los ojos, extasiado por su toque. La agarró por la nuca, para después acariciarle el cabello. Desató su trenza hasta dejar su larga cabellera cayéndole por la espalda. Apretó su nuca con más fuerza, atrayéndola contra su boca. La saboreó haciendo que gimiera de placer. Las manos de ella descendieron por todo su cuerpo, pero Lachlam no le permitió seguir haciendo eso, de haberlo hecho se habría derramado sobre ella en ese mismo momento.

Gruñó, mientras la aplastó contra el colchón con su peso. Sin demasiada delicadeza la agarró por las muñecas para que Ayla no pudiera seguir explorando su cuerpo desnudo. Colocó sus manos a cada lado de su cabeza.

—Estate quieta —ordenó.

Y ese decreto sí se cumplió, al menos a medias. Lachlam estaba entre sus piernas y ella era incapaz de flexionar las rodillas, moviendo sus caderas, buscando lo que sabía que le daría ese placer indescriptible.

Por lo demás, Ayla se quedó inmóvil, mientras él le quitaba el negro jubón y desgarraba su camisa, para liberar sus suaves y turgentes pechos.

Jadeó y se retorció, cuando una de sus grandes manos abarcó uno de ellos, al completo. Lo apretó, con delicadeza al principio, hasta que su corona se endureció y Lachlam lo pellizcó hasta hacerla arquearse contra su mano, con los ojos cerrados.

Sonrió al ver el placer en el rostro de Ayla. Agachó la cabeza y besó sus puntas, haciéndola retorcerse y jadear.

—Por favor… —una súplica. Ayla se escuchó y se mordió el labio para no decir nada más, para no traicionarse a sí misma.

Lachlam no respondió, estaba demasiado concentrado en centrar sus atenciones en el otro

pecho.

Ayla abrió los ojos y lo miró, exigente, pues él había abandonado su seno para seguir navegando por su piel. Cuando llegó al fajín, le rodeó la cintura hasta que se lo desató desde atrás.

—No seré delicado esta vez —advirtió—. Estoy dispuesto a demostrarte que eres mía, y que siempre lo serás. No hay nada que puedas hacer.

—Eso ya lo veremos —respondió ella, provocando una sonrisa lobuna en el bello rostro de Lachlam.

—Podrías decirme que pare —le sonrió esta vez con malicia.

—¿Y pararías?

—Por supuesto —le respondió—. Pero no me lo pedirás.

—Estás demasiado seguro.

—Lo estoy —volvió besar la piel desnuda entre sus pechos, luego un poco más abajo, sobre su ombligo—. Tú también sabes que, una vez que empiece, no querrás que pare. Te aseguro que serás mía por completo. Ya lo verás. Lo sentirás. Verás que no hay nada que no pueda obtener de ti, Ayla.

Llegó el turno a las calzas. Las abrió sin ningún miramiento, desgarrándolas por la cintura, para después bajárselas hasta las rodillas.

—Estoy furioso contigo, Ayla. —Ella abrió la boca, pero la mirada de Lachlam la hizo callar—. Nadie me ha hecho tanto daño con sus palabras, como me lo has hecho tú. Así que ahora… quiero que supliques —dijo, acariciando su ombligo, hasta llegar más abajo—: Quiero oírtelo decir.

Otro beso le erizó la piel y se arqueó echando la cabeza hacia atrás.

—Dímelo —le ordenó Lachlam—. Soy tuya. ¡Tuya, Lachlam!

En lugar de responder, empezó a contornear las caderas, intentando abrir las piernas para recibir el placer que sabía, él estaba a punto de darle. Pero Lachlam se lo impidió. Como ya empezaba a impacientarse, bajó su mano para ir en busca de su dura virilidad. Pero él la interceptó a tiempo.

—He dicho que te estés quieta —avisó, volviendo a colocar la mano en su sitio—. No me toques, o te ataré a la cama.

Ella abrió la boca, como si acabara de recibir la peor ofensa.

—Hazlo, si te atreves —lo retó con la mirada.

Pero cuando sus dedos abrieron su húmeda flor y pellizcaron su punto de placer, su insolencia se transformó en rendición y poco después en súplica.

—Aaaah —gimió, cuando la acariciaba por dentro— ¡No pares!

Lachlam sentía que se estaba volviendo loco por momentos. Ver su hermoso rostro, sonrojado, con los labios hinchados y esa expresión de éxtasis mientras danzaba bajo él, con la ropa desgarrada a su alrededor, lo excitó más de lo que jamás creyó que sucedería. Su virilidad estaba dura, palpitaba y exigía la cálida cavidad de Ayla. Necesitaba cubrirla, adentrarse en ella, hacerla suya. Esta vez no tenía por qué ser delicado. Esta vez podía tomarla como quisiera. Ella lo recibiría gustosa.

—Oh, estás tan mojada.

La besó con ímpetu, mientras seguía acariciándola. Sabía que estaba llegando al éxtasis, que pronto su placer se detonaría entre sus dedos.

Pero esta vez las cosas serían bien distintas.

Dejo de acariciarla justo en el momento en que ella empezó a temblar, buscando su

liberación.

Fue deliberadamente cruel, y pudo ver que ella sabía que lo había hecho apropósito.

—¡Lachlam!

Sonrió como un lobo.

—¿Sí?

—Qué… ¿por qué…? ¿Por qué te detienes? —Lo miró con reproche y súplica, a partes iguales.

Él trepó por su cuerpo hasta situarse entre sus piernas. Le respondió con un largo y húmedo beso que ella le devolvió con ambición. Abrió más las piernas, buscándolo, y él empujó sujetándola por los muslos, impidiendo que moviera las caderas.

—Dímelo —exigió, para después lamer sus labios, su barbilla, la nívea piel de su cuello, su oído—. Dime que me perteneces.

Ayla encontró la forma de no parar de moverse. Gemía contra su oído, mordía su cuello y frotaba su húmedo sexo contra su virilidad, que estaba tan dura que, sabía, estallaría de un momento a otro.

—Di que me perteneces. —Su tono de voz empezó a sonar como una súplica al no obtener respuesta alguna por parte de esa mujer tan bella como obstinada, que había desordenado su mundo entero.

En ese momento, las manos de Ayla bajaron por su espalda y cuando llegaron a sus glúteos, se los apretó para atraerlo más hacia sí. Luego alzó las rodillas, lo abrazó con los pies, entrelazándolos en su cintura, y encontró la manera de encajarse con ese cuerpo que tanto deseaba.

Lachlam no fue capaz de rehusar y fue ella quien lo poseyó, empujándolo hacia su interior, suavemente deslizándose hacia la plenitud que él le ofrecía. Echó el cuello hacia atrás, clavó sus uñas en su espalda y gritó, al sentirse colmada, satisfecha y llena de dicha.

—¡Me perteneces! —aulló, apretándolo más, llenándose de él. De su cuerpo, de su carne y de todo su ser.

Lachlam se rindió. No podría haber sido de otra manera.

—¡Ayla!

Retrocedió, y volvió a invadirla, con fuerza desmedida. Una y otra vez. Una y otra vez. Ayla tenía razón, siempre la tuvo. Era suyo, completamente suyo. Ayer, hoy, mañana y siempre.

Siguió atravesándola, duro, fuerte, severo y ella siguió recibiéndolo con gemidos de pasión. Estaba tan, húmeda, dispuesta. Tan abierta para él.

De pronto lo sintió, Lachlam miró su bello rostro, los parpadeos entrecerrados, los labios entreabiertos por los que salía el sonido más erótico que había escuchado jamás. Supo que no podía aguantar más, lo supo por cómo su sexo lo apretaba, por cómo sus ojos, azules y brillantes de exigencia y posesividad, lo miraban.

Notó como su espalda se arqueaba, como retorcía la cintura bajo su cuerpo, cada vez más rápido, acompasándose a sus embestidas. Aumentó el ritmo. Golpes secos que la hacían gritar exigiendo más. La asió con más fuerza para no parar ese golpeteo rítmico de carne contra carne.

—Oh, dioses… —apretó los dientes para no derramarse todavía.

Y fue entonces cuando un gemido desgarrador, parecido al de una gata en celo escapó de sus labios. Sus manos, delicadas, se aferraron a su espalda, clavando las uñas en su piel. Su boca se chochó con la suya y bebió de ella con fruición. Le metió la lengua, saboreando por completo su interior.

Ayla estiró el cuello, echando la cabeza hacia atrás y volvió a gritar cuando él mordió su

oreja.

Lachlam notó su placer, su explosión abrazando su miembro, estrangulándolo, succionándolo como un remolino marino se traga al más poderoso de los navíos. Y no pudo hacer otra cosa que rendirse a su embrujo.

—Ayla —gimió entre dientes, mientras la empalaba con más fuerza, una y otra vez, una y otra vez.

Ella, lejos de mostrar debilidad, lo miró a los ojos con reclamo y se apretó más contra él, clavándole las uñas, erigiéndole más, y más, y más. Al sentir su líquido cálido, derramándose en su vientre, se sintió completa. Eso aumentó su placer y gimió con tanta pasión que él capturó sus labios y se bebió su voz.

Compartieron ese placer, unidos completamente, con los cuerpos pegados y sudorosos, bailando la danza más antigua del mundo.

Hasta que tuvieron que detenerse para respirar.

—Oh, Señor…

Seguían abrazados, unidos en carne y alma, con las frentes pegadas la una a la otra, intentando acompasar sus respiraciones y los latidos de sus corazones, que pulsaban desbocados. Ambos cuerpos temblaban, tomaban el aliento el uno del otro, como si fuera lo único que desearan hacer en ese mundo que se empeñaba en separarlos.

Se miraron a los ojos un largo tiempo, jadeando, sin decir absolutamente nada y confesándolo todo. Se amaban, se necesitaban, el destino era suyo, como lo eran el uno del otro, aunque lo tuvieran todo en contra.

Ayla entendió que no podría detener lo que ya se había iniciado, a menos que se esforzara. Pero la rueda había empezado a girar y ya no se detendría. Por mucho que ella quisiera marcharse, abandonar esa locura de amor y pasión, no podría hacerlo ya. La idea de sentirse cautiva de él la enfadaba y al mismo tiempo la embargaba, embriagándola, haciendo que su mente no pensara con claridad.

¿Acaso no era lo que siempre había deseado? ¿No había querido, desde niña, pertenecer a Lachlam y que él perteneciera a ella, por siempre? Ciertamente, así había sido. Pero no tenía claro si deseaba depender de él así.

Jamás pensó que el amor sería de aquella manera. No quería a su cuerpo y a su mente dominados y obnubilados por un hombre del que no sabía si podía confiar.

Cerró los ojos y tomó aire, confundida y aliviada al mismo tiempo. Cuando lo exhaló, Lachlam pudo oír un suave gemido y un ligero temblor. Sin salir de su interior, la abrazó con fuerza, con brazos y piernas, y quedaron de lado, ella con la cara apoyada en su pecho y él con su coronilla cerca de los labios. La besó, una y otra vez, al tiempo que acariciaba su espalda con delicadeza.

No la dejaría marchar, no permitiría que le fuera arrebatada de nuevo.

Esta vez no cedería ante nadie.

La retendría, pasara lo que pasara.

Sus mentes pensaron muchas cosas, pero sus bocas no expulsaron ni una sola palabra más. Y nació de nuevo el deseo y dieron rienda suelta a toda su pasión, sin hablar con otra cosa que no fueran los labios y las manos, con besos, caricias y placer. Y así acabaron rendidos, en los brazos del otro, hasta que se encontraron con la más negra noche. Fue entonces cuando Ayla se despertó.

El amanecer estaba cerca.

Dolorida, y satisfecha por todo lo compartido, miró a Lachlam descansar agotado. Quizás

sumido en un sueño sin sueños.

CAPÍTULO 35

Ayla sintió el cálido abrazo de Lachalm cuando despertó. Su brazo descansaba alrededor de su cintura. Cerró los ojos para no dejar escapar las lágrimas. Tras una noche que no olvidaría jamás, no deseaba separarse de él. Pero lo hizo.

Se escabulló suavemente de entre su abrazo mientras el corazón se le iba rompiendo por momentos.

Ya estaba arrepentida nada más bajarse de la cama, pero apretó los párpados con fuerza para desechar la tentación de quedarse. Caminó de puntillas hasta el baúl. Sus ropas de muchacho habían quedado inservibles, él las había desgarrado, por lo que tuvo que ponerse un oscuro vestido de lana gruesa y una capa, mientras vigilaba a cada momento que él no abriera los ojos. Si lo hacía, de seguro no se podría marchar, y ya había tomado su decisión.

Una vez preparada, miró a Lachlam por última vez. Dormía profundamente en aquella cama, donde había deseado tantas noches en soledad sus besos y sus abrazos, y fue entonces cuando la pena la embargó. Sus ojos se empañaron y sintió cómo el pecho se le encogía. La expresión relajada que lucía su apuesto rostro, su cuerpo, tan poderoso, no cubierto del todo con una manta y sus cabellos rojos enmarañados sobre el almohadón, hicieron que sus rodillas flaquearan por unos instantes.

Vamos, Ayla. Muévete. Se reprendió a sí misma.

No podía permanecer más tiempo a su lado. Con él no se sentía libre, sino cautiva de su pasión. Y el miedo era ya insoportable. Empezaba a sentir dependencia hacia él y... ¿y si de nuevo la abandonaba? ¿Y si el rey decretaba otro matrimonio y los separaba?

Ella no era importante.

Por mucho que Duncan hubiese alentado su unión para emparentar los clanes, Ayla era una bastarda, hija de una mujer del norte que, a ojos del rey, carecía de valor. El pasado también le había demostrado que tampoco Lachlam la valoraba lo suficiente y que, llegado el momento, no lucharía por ella.

Oh, el honor, cuan ingrato podía llegar a ser.

Sí, era doloroso marcharse así, le amaba con todo su corazón, pero no padecería otro rechazo. Su herida no había sanado, seguía abierta y, aunque parecía haber dejado de sangrar, sabía bien que no podría soportar otro golpe. Acabaría desangrándose y muriendo de pena. Y no estaba dispuesta a permitirlo. No de nuevo.

Pensó en Maery y en el pequeño Struan, en Amber y Ethan, y en todos los McDonald que sí la apreciaban. Pero no se quedaría. Era injusto partir sin despedirse de todos ellos, pero era lo mejor. Echaría terriblemente de menos a Struan, a quién había aprendido a querer con toda su alma. Era un niño tan inteligente y tan especial, que se haría muchas preguntas. Lo iba a echar tanto de menos…

Sigilosa, recorrió el pasadizo que pocos conocían y que comunicaba directamente con las caballerizas. Una vez se halló en extramuros, Lobo se dejó ver, pero al instarle a acompañarla hasta el muelle, el animal se quedó parado junto a un árbol.

—Lobo, ¿qué haces? —lo miró incrédula. ¿Iba a abandonarla? ¿Por qué?

Apretó los puños y los dientes y herida se dio media vuelta.

—Haz lo que te plazca —masculló entre dientes, pero estaba convencida de que finalmente Lobo transigiría e iría con ella. Aún quedaba una hora para el amanecer, cuando

empezara el trajín en el muelle, él iría. Seguro.

O no.

Pronto entendió la reticencia de su amigo, era la mala mar la que impedía que ningún barco zarpase. Distinguió a lo lejos a un pescador trabajando en sus redes y se encaminó hacia él.

—Señora —el anciano intentó ponerse en pie al reconocerla, pero Ayla negó con la cabeza.

—No hace falta que se levante —dijo, cuando llegó hasta él—, sólo quería preguntarle algo.

—Vos diréis, señora.

—¿Cuándo cree que se calmará el tiempo? —preguntó, mientras se agarraba la capucha para que su capa no se agitase mientras miraba el fuerte oleaje que golpeaba las rocas—. Entiendo que no zarpará ningún barco hasta que amaine este temporal.

El anciano negó con la cabeza.

—Me temo que la mar está demasiado inquieta como para que se le pase el enfado en menos de una semana.

—Oh, es demasiado tiempo—. Ayla suspiró, frustrada, y el anciano la miró con curiosidad.

—¿Acaso pensáis marcharos de la isla, señora? —le preguntó no sin cierta sorpresa.

—Así es. Ya he cumplido mi misión y nada me retiene aquí —mintió, pues quien la retenía era su propio corazón, a quien no estaba dispuesta a escuchar. El anciano pareció comprender, y asintió, enigmático.

—Os conozco, sois la völva de la isla de los McLeod —aseveró, mirándola con reverencia. Ayla quedó sorprendida de que utilizara esa palabra de las gentes del norte para referirse a ella como curandera o mujer sabia, pero antes de que pudiera responderle, él continuó —: Sé que hicisteis cuanto estuvo en vuestra mano para salvar a nuestra señora, Ishbel.

—Cielos, aún me reprocho no haber sido capaz.

—No lo hagáis por más tiempo, señora —manifestó el anciano—. Es cosa del destino. Y ese mismo destino está empecinado en reteneros aquí, por alguna razón. Si apreciáis un buen consejo: quedaos y averiguadlo, señora.

—No puedo hacer otra cosa si el tiempo me impide partir, ¿verdad, buen hombre? —dijo, con cierta tristeza.

—Recordad, es el destino.

—Exploraré la isla, entonces.

—Al sureste encontraréis un pequeño asentamiento. Son gentes del norte, pero hace tiempo que dejaron de adorar a los dioses paganos. O eso quieren hacer creer.

—No se preocupe, no me importa a qué dios recen.

Aunque quiero estar sola. No dijo esto último, una mujer sola siempre era un blanco fácil.

—Lo sé, señora —observó el hombre, mirándola fijamente—. Aunque… —hizo una breve pausa, como si se pensase si decir o no lo siguiente. Finalmente, se animó a hacerlo—. Os aconsejo que evitéis la parte sur del bosque.

—¿Por qué? —Ayla sabía que el anciano se refería a más allá de donde se alzaba el gran tejo negro, pero no se lo dijo. Además, parecía alentarla con sus ojos azules y enigmáticos a que lo hiciera, como si supiera que, si le aconsejaba no ir, haría lo contrario. Por supuesto, no se equivocaba.

—Es… bueno, dicen que está embrujado. —El anciano frunció el ceño y pareció querer

decir algo más, pero no lo hizo—. En cualquier caso, os aconsejo prudencia. Hay quien dice que allí los moran duendes que no suelen ser agradables.

—Gracias por el consejo, buen señor.

Ayla iba a marcharse, cuando el hombre habló de nuevo.

—Regresad en una semana si es que no habéis cambiado de opinión. El tiempo habrá mejorado.

—Nos veremos entonces, anciano.

Ayla abandonó el muelle y empezó a caminar hacia el bosque evitando la fortaleza y los terrenos de cultivo. Al vislumbrarlo, aceleró el paso y nada más adentrarse en su espesura, evitó el sendero principal. Sabía que Lachlam la buscaría por allí y a esas horas ya habría despertado. Mientras esquivaba los árboles recubiertos de musgo por el lado norte de sus cortezas, Lobo no tardó en aparecer, y se puso a trotar frente a ella, buscando el mejor camino.

—Menudo rufián estás hecho —le recriminó, acelerando el paso—. ¿Habrías permitido que me marchara sin ti? —El animal la miró con esos ojos color ámbar que parecían saberlo todo.

Recordad, es el destino, pareció decirle, tal y como acababa de decirle el anciano pescador.

Luego, Lobo regresó la vista al camino y la ignoró.

***

—Ahora —dijo Dairine—. Por eso te quedaste en la isla. Acaba con ella como me prometiste.

Desde lo alto de la colina, Dairine miraba con rabia a Braden McDonald, que no estaba de mejor humor.

—Sé lo que te prometí…

Dudaba y con sus dudas ella se enfurecía más. Pero él quería ser cauto. Odiaba a Lachlam, pero despertar su furia…

—Ahora está sola —instó ella.

—Sí —respondió, pensativo. No podía creerse que después de que sus hombres intentaran acabar con ella, hubiera sido tan estúpida de salir de noche y sin escolta—. Va con su lobo.

—No es nada que una flecha no pueda matar.

Lo miró con intensidad. El viento se había elevado, la capa golpeaba su cuerpo insistentemente, mientras luchaba para que la capucha permaneciera en su sitio. Braden entrecerró los ojos, vacilando y calculando las probabilidades de que su plan saliera bien.

—De acuerdo —le dijo a Dairine que cambió su expresión de inmediato.

Su sonrisa fue radiante.

Por fin se libraría de ella.

La odiaba, con todo su corazón. Y esa misma noche tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no entrar en la alcoba y matarla. Escuchó durante un tiempo los gritos de ambos, Lachlam y Ayla, entregados a la pasión, ciegos y sordos a todo lo que no fueran ellos dos amándose.

Era una ramera que había osado tocar lo que era suyo, y merecía morir.

La detestó antes incluso de saber que era una amenaza tan real. Siempre pensó que Lachlam se había enamorado de su hermana y que de alguna manera convenció al rey David de que fuera Ishbel y no ella quien se casara con él, pero más tarde supo la verdad.

Lachlam jamás había dejado de amar a Ayla, como su hermana tampoco dejó de amar a ese idiota que se atrevió a desafiar la voluntad de su padre y la del mismísimo rey de Escocia. Por supuesto, los estorbos terminaban bajo tierra. Y ahora sabía que Ishbel había enterrado su corazón con su antiguo amor, y que Lachlam siempre había amado a esa muchacha de ojos de hielo.

—Mátala antes de que salga el sol —dijo, y Braden asintió.

Empezaba a clarear, y si esperaban más tiempo, puede que el fin de la noche no cubriera sus actos.

***

Ayla llevaba caminando por el bosque más de dos horas, pero sentía que no había avanzado. Si no iban a zarpar aquella mañana, quería estar lejos de la fortaleza, lejos de Lachlam. Si volvía, sucumbiría, y tal vez no se marchara jamás.

Casi todo en derredor le parecía igual, como si estuviera dando círculos. Era misterioso e infundía respeto, pero al mismo tiempo le resultaba fascinante. El lugar era casi intransitable, tenía que reconocer que pocas veces había visitado un bosque así. En las islas eran escasos y abundaba el pasto y las grandes extensiones por donde surcaban riachuelos que iban en busca de los lagos o el mar. Pero allí, parecía que aún quedaban reductos de tiempos pasados. La magia se podía incluso respirar.

Lobo estaba tranquilo, incluso feliz, como si supiera exactamente dónde estaba y a dónde quería ir y, aunque normalmente le gustaba avanzar por los senderos que le facilitaban el trote, no se le daba tampoco mal ir saltando de helecho en helecho. Ayla no temía perderse, aunque era casi imposible ver la posición del sol debido a la espesura, sabía perfectamente donde estaba por la posición de las hojas, que apuntaban siempre sus caras hacia la luz, y sobre todo por el musgo, que crecía en la cara norte de las lisas piedras o de las cortezas de los troncos. La cantidad de plantas que allí crecían la mantenían entretenida y fascinada. Había por supuesto dedaleras, pero también encontró numerosas orquídeas de vivos colores y extrañas formas. Junto a un pequeño arroyo que surgía de forma asombrosa de entre dos enormes piedras, se agachó a observar las trenzas de damas, de color claro. Las observó con detenimiento, pero las dejó en su lugar y continuó avanzando.

Pasado un tiempo, algo la hizo ponerse en alerta. No sabía exactamente el qué, tal vez una pequeña variación de las hierbas, o las ramas de aquel sauce, colocadas en una extraña posición… Fue Lobo quien la alertó con un gruñido, antes de poner el pie donde no debía.

De repente, al rozar su capa con una fina cuerda, una rama se desató y dio un latigazo en el aire, provocando un chasquido que la obligó a dar un respingo.

Alguien había colocado una trampa de lazo, demasiado grande para un conejo u zorro. Se acercó para observarlo y vio que la cuerda era fuerte, y reconoció el trenzado. La cogió y vio que aquello podría incluso haber capturado a un oso. Era más que evidente que alguien no quería a ningún extraño en su bosque. Sintió la tentación de dibujar una sonrisa, pues ella misma habría actuado de igual forma en el Bosque Prohibido de la isla de Duncan, donde su madre tenía su cabaña, pero miró en derredor con el ceño fruncido y cogió el arco que tenía a la espalda.

Lobo se puso en guardia. Erizó el pelo del lomo, haciendo que pareciera tener el doble de

su tamaño.

Y entonces lo supo.

No estaba sola.

Una sombra, más bien un encapuchado, se dejó ver desde lo alto del sauce. Ayla abrió mucho los ojos pero fue incapaz de reconocerla. A quien sí reconoció fue al hombre, que junto a tres más, avanzaban hacia ella, con la espalda en la mano.

CAPÍTULO 36

—Braden McDonald —Ayla se llevó la mano a la espalda para sacar una flecha del carcaj. Tensó su arco y achicó los ojos.

Presentía el peligro en la expresión de ese McDonald, y los hombres que lo acompañaban no estaban allí para protegerla, sino para matarla.

—¿Ayla McLeod? —dijo, con una sonrisa ladina—. ¡Con esas ropas, pareces solo una niña!

Ella frunció el ceño, molesta, pero no se dejó engatusar por su desprecio.

—Márchate por donde has venido, o la niña que tienes ante tus ojos no dudará en atravesarte el cuello con una de sus flechas.

Ayla seguía tensando su arco, guiñó el ojo izquierdo y apuntó a Braden, mientras el lobo la protegía con su ímpetu. Pero al igual que ella, el McDonald no estaba solo. Tres de sus mejores guerreros iban con él y aunque tenía flechas suficientes, no sería lo suficientemente rápida como para acabar con todos ellos si atacaban al mismo tiempo.

Por su parte, Braden sonreía con altanería. Sabía que llevaba las de ganar. Cierto que había traído a pocos hombres, pero no podía permitirse llevar más. ¿Qué pasaría si se corría la voz de que el propio laird McDonald de Skye había matado a la amante de su señor? No, ahí estaban sólo sus guerreros más fieles, que también eran los más diestros. Sería más que suficiente.

—¿Lo hacemos ya? —preguntó August, su mejor hombre.

—Antes, divirtámonos un poco —sonrió Braden, sagaz.

—¿A qué has venido? —exigió Ayla, apuntando a unos y a otros, tras la protección de Lobo.

Braden soltó una carcajada, mientras sujetaba la espada con firmeza y abría los brazos como si fuera obvio, y como si no le importara lo más mínimo que Ayla le estuviera apuntando con una flecha.

—He venido a matarte, por supuesto.

Eso era más que obvio, pero no era lo que ella quería saber.

—¿Por orden de quién? —demandó, tensando más la cuerda del arco.

—No necesito órdenes de nadie para hacer mi voluntad —respondió Braden, pero Ayla sabía que mentía. Estaba segura de que la idea de acabar con su vida no partía de ese hombre.

Era evidente que había molestado a alguien, pero no sabía muy bien a quien. Estaba dispuesta a averiguarlo.

—¿Fuiste tú quien enviaste a tus hombres a matarme en el bosque?

—No eran mis hombres —le dijo con sinceridad—, solo mercenarios a sueldo. Al parecer no valían lo que me costaron. Pero he decidido acabar yo mismo el trabajo que encargué.

Lobo gruñó, dejándole claro que no le parecía bien. El animal alzaba los belfos para mostrar unos dientes blancos que brillaban como cuchillas. Sus gruñidos eran aterradores y detuvieron el avance del McDonald.

Ayla siguió tensando el arco.

—Oh, eres tan valiente —Braden se mofó del animal, mirándolo como si fuera un cachorrito indefenso—. Lamento tener que matarte. Pero una promesa es una promesa.

Ayla entendió enseguida que esas últimas palabras significaban que había prometido su

muerte a alguien, quizás… Su mente daba vueltas a la misma sospecha y, de repente…

¡Dairine!

Sus ojos se abrieron como platos.

—¡Sois amantes! —exclamó—. Ella te ha pedido que me mates —negó con la cabeza, como si no encontrara sentido a todo aquello—. ¿Quiere matarme para quitarme de en medio?, ¿para quedarse con Lachlam?, ¿o acaso piensa que maté a Ishbel, como lleva insinuando desde hace tiempo?

La risotada de Braden se extendió a sus hombres.

—¡Oh, Señor! No seas tan ingenua, niña —le dijo, sonriente—. Quien envenenó a la pobre y dulce Ishbel, fue Dairine, su propia hermana.

Ayla incrédula, totalmente anonadada, bajó el arco.

—No puede ser... Mientes.

—¿Por qué iba a mentir a una mujer que está a punto de morir? —miró a sus hombres, que la rodearon, y Ayla volvió a alzar el arco.

—¿Es cierto? —preguntó, dando vueltas sobre sus talones para no perder de vista a ninguno de ellos.

—Lo es. Quería a Lachlam —dijo Braden llanamente.

—¿Y por qué la ayudas?

—Por dinero, poder, influencias… ya sabes —empezó a decirle a Ayla—. Dairine estuvo un tiempo en la corte, es una mujer muy sagaz, maneja muy bien el poder y tiene una gran habilidad para reunir riqueza. Su dinero es el que me permitió pagar la deuda con Lachlam. Dinero que recuperaré una vez te mate y ella se case con el señor de esta isla.

Ayla negó con la cabeza. Lobo gruñó a los hombres que se acercaban, uno con un puñal en la mano, los otros dos con espadas. Y finalmente frente a ellos, Braden tomó la empuñadura con las dos manos, dejando su escudo en el suelo.

—Ella fue quien avisó al rey de la inminente muerte de su hermana —continuó—. Por eso David está de camino, llegará en cuestión de días, y entonces… Dairine se casará con Lachlam. Porque el rey es incapaz de negarle nada a la mujer que lo agasaja como él quiere.

Ayla quedó desconcertada. No sabía si estaba insinuando un soborno o bien que era su amante.

—Pues lamento desbaratar vuestros planes —dijo, apretando el arco con fuerza y apuntándole al corazón—, pero ahora que sé que Dairine fue capaz de acabar con Ishbel, por su propia ambición, siento que no puedo dejaros con vida.

La risotada de Braden se cortó en seco cuando la flecha de Ayla salió disparada y acertó de lleno en el cráneo de uno de sus hombres.

La sonrisa que Ayla dibujó fue de triunfo y se ensanchó cuando Lobo atacó sin piedad a otro de sus atacantes, haciendo que cayera al suelo y aullara de dolor.

—¡Maldita perra!

Braden atacó y Ayla se dispuso a soltar el arco para coger la espada del hombre que había caído.

El entrechocar de espadas empezaron a escucharse en mitad del bosque.

—¿Vas a luchar contra mí, Ayla McLeod? —la miró con mofa, mientras ella fruncía el ceño, fijándose en su cuerpo y su mirada, para predecir sus futuros movimientos.

—Si no hay más remedio —respondió, concentrada.

Braden la miró con desprecio.

—No eres rival para mí, niña.

—Eso ya lo veremos.

Se lanzó hacia delante, pero no a ciegas. Tanteaba para predecir sus golpes. Estudiar a su rival era prioritario para poder salir indemne. Utilizaría todas las técnicas que su hermano Duncan le había enseñado y unidas a su intuición, no fallaría. No iba a morir en ese bosque.

Ayla atacó sin sobre aviso. Pero él esquivó el ataque, por algo Braden McDonald era el laird de su clan. Cuando ella atacó otra vez, él se hizo a un lado y le devolvió el embate. Por fortuna, tuvo los suficientes reflejos como para protegerse con el escudo que él mismo había dejado abandonado.

Lobo le había desgarrado el brazo a uno de esos hombres, dejándolo inservible, pero ahora se enfrentaba al tercer y último esbirro de Braden, mientras ella se ocupaba del traidor.

De pronto, se escuchó un grito de dolor y el laird de Skye supo que tenía que acabar pronto con esa chiquilla, antes de que su lobo se abalanzara sobre él.

—¡Maldita! —Braden era muy corpulento y el golpe que absorbió su antebrazo la hizo caer de rodillas.

El tercer hombre enmudeció. Braden sabía que se le acababa el tiempo cuando Lobo empezó a gruñir. Vio como se desarrollaba el combate, encontrando la forma de hallar un hueco y atacar también.

Pero el McDonald cambió su guardia y contraatacó. Ayla se puso en pie y alzó su espada, logrando desviar la trayectoria de la afilada hoja, que resbaló por la suya con un agudo sonido y soltando chispas en el acero, hasta saltar con la guarda y rozarle el antebrazo.

Se puso la mano sobre la herida y maldijo: Le acababa de hacer un corte que dolía como mil demonios. Si no hubiera sido por la guarda, le habría arrancado la mano.

—Maldición —se dijo a sí misma, mientras pensaba cómo centrarse, al tiempo que retrocedía. Guardar las distancias con Braden era un error, ella necesitaba entrar en su guardia para tener ventaja, pues era más pequeña que él. Pero, ¿cómo hacerlo?

—Será mejor que te rindas, niña —dijo Braden, confiado—. No hay motivo para que sufras una muerte dolorosa. Prometo que te cortaré la cabeza de un solo tajo. Será rápido e indoloro.

Lobo parecía que le entendió cuando lanzó un gruñido feroz. Sus mandíbulas chasquearon con toda su furia.

Pero Braden seguía sonriendo. Era evidente que estaba jugando con ella como lo haría el gato con un ratón pequeño y desvalido. Pero una vez David venció a Goliat, y eso era lo que iba a suceder.

Centrada, Ayla observó su actitud relajada. Bien, utilizaría su exceso de confianza, sólo tenía que esperar a que cometiera un error.

Cambió la guardia, adelantando la pierna izquierda esta vez y subió más el escudo. Braden caminó en círculos a su alrededor, riendo.

Y ese fue el momento en que Ayla se decidió a atacar. Sin dejar de mirarle a los ojos, profirió un grito desgarrador y alzó la espada para acometer por el flanco derecho.

Braden, sorprendido en un primer momento, reaccionó a tiempo de alzar su escudo. Pero Ayla no lo golpeó por ese lado, sino que, haciendo un amago, se agachó, apoyó el codo en el suelo y realizó un barrido con los pies. El golpe en el interior de las rodillas que ejecutó con el empeine fue certero y el movimiento tan rápido y engañoso, que Braden no lo esperó. Trastrabilló, cayendo de espadas sobre el suelo de forma estrepitosa, mientras su espada se le escurría de la mano y el escudo le hacía doblar el brazo hasta dejárselo en una incómoda y dolorosa posición.

—¡Maldita seas! —gritó, con los ojos inyectados en sangre de la rabia que sentía al haber sido derribado por esa mujer.

Y esta vez sí, la espada de Ayla cortó el aire con su hoja, emitiendo un sonido parecido al canto de un ser mágico, para acabar deteniéndose a escasos centímetros del cuello de su oponente.

—¿Es todo lo que sabes hacer con la espada, Braden McDonald? —dijo, altanera—. Pues vaya decepción.

Furioso, el laird se incorporó y al instante reveló el puñado de tierra que había tomado con su mano. El puño cerrado se dirigió hacia su cara y, al abrirlo, la tierra se precipitó hacia sus ojos. Ayla quedó cegada por un momento. Un solo instante que Braden aprovechó para clavarle el cuchillo en el vientre.

Los labios de Ayla se entrecerraron mientras sus manos volaron a la hoja que tenía incrustada en el abdomen.

—No —gimió, al ver como la sangre empezaba a manar, empapando su ropa.

La risa eufórica y malvada de ese demonio cortó el aire, pero al momento se escuchó solo un chasquido de los dientes de Lobo.

Ayla cayó de rodillas mientras una sombra blanca atravesaba los árboles y de una dentellada le sesgaba el cuello a su enemigo.

Braden cayó frente a ella y Lobo la miró con el hocico ensangrentado. Luego vio como el animal giraba su enorme cabeza hacia la derecha. Uno de los hombres, herido en un brazo, se acababa de poner en pie y había empezado a huir, aterrado ante la mirada ambarina del animal.

Pero Lobo no lo persiguió, se quedó junto a su amiga que, aún de rodillas, intentaba aguantar el dolor y permanecer consciente. Pero su cuerpo no le respondió y los gimoteos de Lobo acompañaron su caída cuando su espalda chocó contra la húmeda hierba. Se quedó mirando las verdes hojas moverse a merced del viento y después, la silueta de una mujer apareció ante ella.

—Dairine… —cerró los ojos llena de rabia porque quería vivir. Había tantas cosas que quería decir, que quería hacer con Lachlam…

Expulsó el aire de sus pulmones y luego…

Silencio.

CAPÍTULO 37

El cuerpo de Ayla se meció. Sintió un dolor agudo y punzante e intentó abrir los ojos para entender qué estaba pasando.

Una camilla. Alguien la arrastraba en una improvisada camilla hecha de leños, una áspera tela y helechos frescos.

Gimió cuando su cabeza intentó alzarse para ver a qué venía tanto dolor. Su vientre estaba envuelto en una tela que un día fue blanca y ahora era de color carmesí.

El vaivén cesó, y su cuerpo se inclinó hacia atrás. Respiró con dificultad, cuando de nuevo la mujer encapuchada se inclinó sobre ella.

—Veo que finalmente te has atrevido a entrar en mi bosque —dijo quitándose la capucha de la capa.

Freya.

No era Dairine, sino Freya, la vikinga que habitaba en el bosque y que ya le había salvado la vida en otra ocasión.

Abrió los labios, pero no pudo pronunciar una palabra coherente. Casi gimotea de frustración y dolor.

—No te preocupes, Ayla —le dijo, acariciando su antebrazo—. Es una herida fea y aparatosa, pero limpia. Si logras sobrevivir a la fiebre, esta tragedia solo te hará más fuerte.

Freya le dio un sorbo de agua y volvió a recostarla. Tal como se imaginó, la mujer había improvisado una camilla y siguió arrastrándola por el espeso bosque.

Podía escuchar los pasos de Lobo sobre las hojas, a su lado, jadeando y olisqueándola a cada instante, hasta que de nuevo cayó en brazos de la inconsciencia.

Cuando volvió a despertar, lo hizo con una sed terrible.

—Agua —suplicó. Y gracias a los dioses sus ruegos fueron escuchados.

De nuevo, Freya se agachó a su lado.

Ya no estaban en el bosque, miró las altas bigas, de la cabaña. No dormía tampoco en el suelo, sino sobre un delgado colchón de paja. Había una chimenea en el centro de la habitación, encendida con algo oliendo maravillosamente bien dentro de la olla.

—Por fin te has despertado. —Ayla bebió, hasta que Freya le retiró el vaso de barro—. Suficiente por ahora.

—¿Dónde estoy? —su voz sonó áspera.

—En lo que llamo mi hogar. Al menos de momento, hasta que mi padre me encuentre. Pero esa es otra historia.

—¿Estamos en el bosque de las ánimas?

—Más allá del tejo negro —le sonrió—. Bienvenida, las últimas veces te quedaste a las puertas.

Lobo gimoteó a su lado y le tocó la cara con el hocico. Ayla hizo un esfuerzo para acariciarle.

—Es un compañero fiel, se ha quedado día y noche velándote. —Lo miró alzando una ceja—. Nos hemos hecho buenos amigos.

Lobo no parecía estar del todo de acuerdo, pero la mujer pareció contenerlo con una sola mirada, algo muy extraño, lo que hizo que Ayla frunciera el ceño, de pronto inquieta, sintiéndose amenazada.

—¿No le caes bien?

Freya se encogió de hombros.

—¿Importa?

—No le caen bien las malas personas.

Soltó una risotada ante las palabras de Ayla.

—Vaya, si cargarte hasta aquí arrastrando tu peso muerto para salvarte la vida es ser mala persona… creo que subestimas el poder de Lobo de juzgar a la gente.

Ayla se tranquilizó.

—Es posible.

De todas formas, deslizó la mano hacia su cintura, para ver si tenía su puñal. Se dio cuenta de que no estaba, además, solo llevaba una liviana camisola.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

—Dos días, y no son suficientes. —Freya se fue a llenar un cuenco que se apresuró a ofrecer a Ayla, después de reincorporarla levemente—. Lo mejor será que comas algo y descanses.

—La herida… —gimió Ayla.

—Ningún órgano ha sido tocado, has tenido mucha suerte.

—¿Y los hombres que me atacaron?

Freya sonrió de medio lado.

—Ellos no tuvieron tanta suerte.

—Lachlam los encontrará.

Por la cara de indiferencia que puso la mujer, supo que no los encontraría.

—No te preocupes por ellos. Nadie encontrará nada, y Lachlam… no te encontrará aquí si no lo deseas.

Tomó el caldo a sorbos y agotada volvió a echarse.

—Gracias —dijo finalmente y se dio cuenta que la sonrisa de Freya esta vez era genuina.

—No hay de qué.

La arropó y al inclinarse pudo ver la fíbula danesa sosteniendo su pequeña capa. Observó a Freya con más detenimiento.

—Eres una mujer extraña.

Vestía como un hombre, y sus ropajes, en su totalidad, estaban confeccionados con pieles. Llevaba una camisa de ante teñida de blanco y una capa corta de piel de zorro. Los pantalones también de piel, dejaban ver unas piernas largas y esbeltas. Las botas altas de vellón, iban atadas con unas tiras de cuero rodeando sus pantorrillas. Le pareció hermosa, pero al mismo tiempo oscura, algo tenebroso moraba en ella, sin embargo, ya no se sintió en peligro.

Sus cabellos eran tan rubios que hasta algunos mechones parecían blancos. Los llevaba trenzados desde la coronilla hasta la nuca, allí atados y trenzados de nuevo hasta casi rozar sus nalgas. La larga trenza se movía tras ella como un látigo cada vez que se desplazaba. Sus ojos eran azules, con un ligero tono verdoso y algo rasgados. Los párpados delineados de negro le daban profundidad a su mirada. Era evidente que se los pintaba así para infundir temor. Ayla recordó el tiempo en que ella también se maquillaba igual, imitando a su madre, Ingrid, y constató que se trataba de una mujer del norte, aunque le había hablado en gaélico.

—Por cierto —habló Ayla mientras el sueño la vencía—. No sabía que este era tu bosque. De ser así, te habría pedido permiso antes de entrar.

La mujer ladeó la cabeza como un águila, observándola con fijeza. No tardó en sonreírle y sentarse a su lado, esperando a que dejara de ser cabezota y descansara.

—No tenías forma de hacerlo —eximió—. Acepto tus disculpas.

—No me he disculpado —aclaró Ayla, con los párpados pesados. Y la mujer empezó a dibujar una sonrisa que mostró unos dientes blancos y bien alineados.

Oh, claro que se había disculpado, pero a veces no hacían falta palabras para ello.

—Me caes bien —concluyó Freya.

—Tú me caes bien desde que me salvaste la vida.

—¿La primera vez, o esta segunda?

Ayla sonrió.

—La primera, creo.

Freya le dio un toquecito en la mano en un gesto amigable.

—No has tocado mis flores. Y eres una völva. Siempre serás bienvenida.

Ayla sonrió también, era la segunda vez en el día que la definían como tal.

—Tus flores son hermosas, pero no creo tener conocimientos suficientes para saber sus usos. Y no las he tocado porque no era necesario.

—Tu humildad lo corrobora. Además, aprendiste de tu madre, que es una *seikona*.

Ayla la miró, esta vez con asombro.

—¿Qué sabes de mi madre?

Su sonrisa la delató. ¿La conocía? Era evidente que sí.

Las völvas eran mujeres con ciertos poderes de sanación, predicción, y sabían leer las runas, pero las seikonas ya tenían un grado de magia más reconocido y gozaban de más experiencia. En efecto, Ingrid era una seikona, aunque los celtas solían llamarla bruja. Ayla, en cambio, jamás se consideró a sí misma nada de todo eso. Era únicamente una aprendiz.

—Nos conocimos en la tierra de mi padre, en Irlanda.

—¿Ella te enseñó…?

Freya negó con la cabeza.

—Todo lo que sé, lo aprendí de mi tía, ella es verdaderamente extraordinaria.

—Tú también lo pareces.

Freya aceptó el cumplido.

—¿Qué tal tus conocimientos, chica salvaje?

—Créeme —respondió —, no tengo tantos conocimientos como para gozar del estatus de völva. Ni me he criado en las costumbres nórdicas, o al menos no en todas, he de reconocer que muy a mi pesar.

—Yo digo que sí eres una völva —zanjó la mujer—. Pero también sé que, si lo reconocieras abiertamente, te acusarían de brujería.

Ayla suspiró, ya casi sin fuerzas. Ella tenía razón, quizás en las islas, todavía no. Pero más allá la gente empezaba a tener miedo del poder de las mujeres como ellas.

—Son tiempos difíciles —dijo Freya—, está bien tener la protección de un gran señor. —Pareció decirlo con cierto resquemor, pero no dirigido a Ayla sino a algún suceso de su pasado —. Y ahora descansa amiga mía, un sueño reparador es lo que necesitas.

Dicho esto, Ayla se quedó dormida, con el aliento de Lobo junto a su oído y la mirada de Freya pendiente de que su pulso permaneciera fuerte.

—Eres demasiado importante para algunas personas que admiro —dijo Freya en un susurro—, así que no te mueras.

***

—¡No es posible que haya desaparecido! —Lachlam gritaba como una fiera enjaulada.

Ayla llevaba ya cuatro días sin dar señales de vida y Lachlam no podía estar más desquiciado. En aquellos momentos se desquitaba con la espada, pero Ethan respondía a los embates con auténtico brío. Poco podía hacer por su dolor y desesperación, salvo buscar por toda la isla a la muchacha, pero mucho se temía que esta no quería ser encontrada.

—Quizás se marchara.

—¿Con ese temporal? —Lachlam volvió a arremeter contra Ethan.

—Es una experta navegante.

—Su hermano dice que no llegó a la isla.

—Debe estar buscándola.

Lachlam apretó los labios. No, qué va. Duncan no la buscaba y menos después de contarle qué había pasado.

—Le he propuesto matrimonio y ha huido. —La respuesta del laird McDonald, fue escueta.

—Pues se esconderá de ti hasta que su herida sane, o hasta que entienda que no puede seguir huyendo eternamente. Paciencia.

—¡Paciencia! —gritó Lachlam a su amigo—. ¡¿Eso es lo único que se te ocurre decirme?! ¡¿Que tenga paciencia?!

Cualquiera que lo viera en esos momentos, sabría que la paciencia no era su fuerte.

Otro ataque que, Lachlam cegado por la rabia hizo sin concentrarse, a Ethan le fue muy fácil esquivarlo.

—Concéntrate, mi señor —le dijo burlón—. Así no es divertido.

Sí, estaba desconcentrado. A decir verdad, llevaba en ese estado desde que besó a Ayla en las almenas. Cuando falló de nuevo, su amigo dejó caer los brazos que sostenían espada y escudo, y clamó al cielo.

—¡Me estoy aburriendo! —gritó, para luego mirar a su laird con reproche—. En estos momentos no corre sangre por tus venas, sino whisky.

Lachlam le lanzó el escudo y Ethan, tras esquivarlo, puso los ojos en blanco.

—Nada se sabe de ella —dijo, caminando hacia una de las esquinas del patio de armas. Apoyó su espada en la pared y se sentó en un banco—. Y tú tan tranquilo, pensé que sentías cariño por Ayla.

—Oh, le tengo mucho cariño a la dama —se encogió de hombros—, pero pienso como su hermano Duncan, que se está escondiendo de vos. Cuando tome una decisión, volverá.

—Te juro que eso me está matando —dijo Lachlam deseando con todas sus fuerzas que su amigo tuviera razón.

Se secó el sudor de la frente con el antebrazo

—No puede haber ido muy lejos, esto es una maldita isla. —Ethan se sentó a su lado. No parecía preocupado en absoluto—. En ningún caso habrá podido abandonarla sin ahogarse en el mar.

Cierto. El océano seguía tan colérico como el estado de ánimo de Lachlam.

—Pero la he buscado por todas partes, he peinado mis tierras, pero no he hallado ni rastro.

—No, no lo has hecho.

—¿A qué te refieres?

—A que no la has buscado en todos los lugares posibles.

—Ah, ¿no?

—No. Tus hombres no se atreven a pasar más allá del tejo negro.

—Es… peligroso —respondió—. Nadie en su sano juicio se adentraría en él.

—Ayla no es nadie —respondió Ethan—. Y al igual que yo, tampoco creo que esté en su sano juicio.

—¿Tú crees que se habrá atrevido a…?

—Estamos hablando de Ayla, no de cualquier otra mujer.

Lachlam apoyó la espalda en la pared, y suspiró.

—Es lo que más me gusta de ella, y también lo que más odio.

—Dicen las malas lenguas que allí vive una bruja poderosa a la que nadie puede tocar. ¿No te suena esta historia? —lo dijo con cierta mofa, pero con un deje de temor en la mirada. Ethan no temía a nada ni a nadie, sólo sentía un profundo respeto por las costumbres paganas y sus antiguos dioses. Y ese lugar estaba plagado de todo eso.

Sí, por supuesto que Lachlam sabía muy bien quién residía en aquel bosque. Alguien que llevaba escondido mucho tiempo y que él mismo se había comprometido a ocultar. Sólo Ethan conocía algunos detalles, pero no todos.

En cuanto al pueblo, corrían de boca en boca historias pavorosas sobre aquel lugar en concreto, pero sólo él sabía que no eran más que rumores que servían para mantener oculto el secreto. Puede que Ayla, que era una imprudente, no tendría reparos en ocultarse allí. Lo que no sabía esa niña malcriada era que, posiblemente, corría peligro. Freya era imprevisible y la vida de Ayla dependía de que esa bruja medio vikinga, medio irlandesa hubiese tenido un buen día.

—Quizás debería pedirle ayuda a Freya, ella debe saber donde se esconde Ayla.

—¿Y de verdad quieres encontrarla antes de que sane sus heridas?

—¡No tiene heridas! —gritó—. Solo es terca como una mula. Podría estar aquí, entre mis brazos, convirtiéndose en mi esposa. ¡Pero no! Prefiere hacerse la difícil.

Ethan hizo una mueca y guardó silencio hasta que la respiración de Lachlam volvió a tranquilizarse.

—¡Maldición! —exclamó, poniéndose en pie.

—Sí, maldición —se mofó Ethan.

—Tendré que darle tiempo, ¿verdad?

Ethan asintió.

—Pues… yo de ti me andaría con ojo si quieres recuperarla. Por muy laird que seas, ambos sabemos que esa mujer tiene serios problemas con la autoridad. No puedes obligarla a nada.

—Pero… David está a punto de llegar, no puedo arriesgarme… —calló de pronto. Como el rey se atreviera a imponerle otro matrimonio, era muy probable que él mismo lo ensartara en una pica.

—Esperemos entre en razón antes de que el mar se calme y llegue el rey.

—Es una cabezota —refunfuñó Lachlam—. En el bosque de las ánimas… ¿qué tiene en la cabeza?

Ethan se santiguó, muy en serio.

—De veras, que esa mujer me fascina. Es capaz de volverte loco, enfrentarse al rey… y puede que hasta de hacer tratos con el mismísimo diablo.

—Que haga los tratos que quiera con el diablo, por ella descendería hasta los infiernos con tal de recuperarla —dijo Lachlam, aun a sabiendas que le daría tiempo para que entendiera que los dos estaban condenados.

No podían vivir el uno sin el otro. Ella debería darse cuenta, y con todo su corazón deseó

que lo hiciera más pronto que tarde.

CAPÍTULO 38

Aunque las noches seguían siendo una tortura, al menos hasta caer rendida al sueño, las dos semanas que Ayla permaneció convaleciente transcurrieron de forma apacible. No tardó en congeniar con Freya. Ambas disfrutaban de su mutua compañía.

—Me alegro de que cada día estés más fuerte —le dijo al ver que se levantaba de la cama y salía al exterior.

Ayla se sentó en un banquito de madera, justo como el que tenía su madre en casa.

Miró los árboles creciendo altos a los pocos metros de la cabaña: ahí escondidas en el espeso bosque, era poco probable que alguien las encontrara. Se había dado cuenta que el sendero no estaba marcado y es que Freya solía tomar varias direcciones para no delatar donde se encontraba su hogar. Se quedó allí, viendo como la mujer partía leña con un hacha.

Tenía que reconocer que era todo un misterio. Era inteligente, sabía contar historias y desde luego, conocía a su madre, de la que habló largo y tendido.

Ayla y Freya eran muy afines, compartían ideas y aficiones y también sabían darle su espacio la una a la otra.

Freya solía dejarla sola cuando iba de caza, pero esperaba que eso cambiara pronto. Miró el bastón que la ayudaba a caminar y se tocó la herida en el vientre, ya le dolía menos. Estar ahí era agradable. A pesar del mal tiempo, se bañaron en el pequeño riachuelo que surcaba el bosque y, aunque la mayoría de las veces lo hacían en silencio, al caer la noche solían compartir buenas charlas junto al fuego con una jarra de hidromiel.

Freya casi siempre sonreía. Irradiaba simpatía y se la veía feliz en el bosque. No era para nada, como se la había imaginado la primera vez que la vio.

Una podría acostumbrarse a vivir en esa cabaña, un lugar ordenado y pulcro, donde también recolectaba hierbas. No era exactamente una völva, más bien tenía los conocimientos suficientes para no caer enferma o para paliar los dolores de los días de cada luna. Y sí, parecía ser una gran guerrera, debido a la hermosa colección de armas de todo tipo que exponía en un lugar privilegiado de su cabaña. Sin duda el hacha era su favorita, y por como veía que la estaba utilizando, también debía ser toda una experta en su dominio. Pero para Ayla, el arma más fascinante que poseía Freya, estaba expuesta sobre unas ricas telas, con una hermosa hoja de dos filos, de poco más de dos codos de largo y con una empuñadura preciosa. No se atrevió a tocarla, pero parecía muy pesada y llevaba una runa de protección gravada en la hoja.

—Bilimadur —le había dicho, Freya.

Ayla, había quedado fascinada.

—¿Cómo dices?

—Es el nombre de mi espada. Significa extranjero.

Ayla regresó la mirada a Bilimadur. Recordó que ella siempre había deseado llamar así a su primera espada, la que Duncan le prometió. Puede que Freya, al igual que a ella le sucedía a veces, se sintiera una extranjera.

—Es preciosa.

—Puedes tocarla.

Ayla simplemente había negado con la cabeza. Una espada era algo muy personal.

Ese mismo día, más tarde, Ayla se sentó en la mesa del interior y cortó las verduras que la misma Freya había cultivado en un lugar secreto del bosque, no muy lejos de allí. Que todos

temieran ese lugar, tenía sus ventajas. No había ladrones de los que proteger la huerta.

Se sirvió una infusión y mientras pasaban la tarde, Ayla observó a su nueva amiga. Freya cambiaba el listón de cuero del borde de un escudo noruego. Era circular, azul y ocre, de madera y perfectamente alistonado. Lucía grabado en el umbo de hierro las mismas runas que había grabadas en la hoja de Bilimadur. Ayla se dio cuenta de que estaba algo abollado, lo que le indicó que había sido usado.

Siguió mirándola hacer su trabajo, mientras se calentaba las palmas de las manos con el sencillo tazón de barro cocido y a su nariz llegaba el aroma de la corteza de sauce.

Freya parecía relajada con su tarea y, aunque casi siempre se mostraba afable, Ayla sabía que algo la inquietaba de forma constante. No quiso preguntar, respetaba su silencio y tampoco había nacido en ellas la confianza suficiente, pero su cuerpo y sus ojos hablaban por ella. Siempre vigilante, siempre en guardia. Estaba tensa incluso cuando dormía. Esa mujer se estaba escondiendo. Y quien se esconde, es porque no desea ser encontrado y dar la menor información era crucial para eso. Ayla lo comprendía.

El viento empezó a aullar con fuerza, la contraventana de madera golpeó con nervio el marco y volvió a abrirse. Ayla se la quedó mirando.

—Si soy sincera, no sé si quiero que se calme el tiempo.

Freya la miró, como si pudiera leer su corazón. Y así era, en verdad.

—Creo que tu interior está tan agitado como este temporal, que no da avisos de querer amainar.

—Estás haciendo trampa —la miró, suspicaz—. No sé por qué, pero lo sabes absolutamente todo.

—Sé y no sé —se encogió de hombros, Freya.

—Sobre mi relación con Lachlam —aclaró, Ayla.

—Eso no tiene mérito —dijo, restándole importancia—. Simplemente os vi aquella noche, bajo el venerable anciano. Y antes… yo sabía de ti, por el propio Lachlam y por Ishbel.

Su mención le entristeció el corazón.

—Era una gran mujer.

—Como tú —le sonrió Freya—. Pero no te preocupes por ella, está en paz y solo se sentiría molesta por una cosa.

—¿Cuál? —Quiso saber Ayla.

Freya la miró alzando una ceja.

—Vuestra testarudez —después puso los ojos en blanco y se echó a reír.

Ayla refunfuñó algo y desvió la mirada. Sabía a qué se refería, pero… no podía quedarse con Lachlam… ¿no?

—Así que te contaron sobre mí.

Freya asintió.

—Pero también hablan las gentes, Maery, las doncellas… Créeme, las habladurías no entienden de fronteras.

—Ahora sí me quedo más tranquila —ironizó, frustrada.

—Ayla —empezó a decir Freya, dejando su escudo a un lado para apoyar las manos en las rodillas y prestarle su total atención—, no te conozco demasiado, pero sí lo suficiente como para darme cuenta de que estás muy enamorada.

—¿En serio? —rezongó, dando un sorbo a su infusión. De pronto, empezaron a temblarle las manos y se odió por ello.

—Creo que… —Freya colocó la mano en la barbilla y se la frotó, pensándose bien lo que

estaba a punto de decir—. Bueno, no soy un ejemplo viviente en cuanto a enfrentarse al destino, pero tú pareces distinta.

—¿Qué quieres decir?

—Me refiero a que no creo que nunca nadie pueda obligarte a nada que no quieras hacer, pero también a que huir, en tus circunstancias, sólo complica las cosas.

—Jamás he huido de nadie, pero…

—De veras —la cortó—, no soy capaz de entenderte puesto que jamás me he visto en tu situación, pero no pareces una cobarde, Ayla.

—¿No has huido nunca? —preguntó, incrédula.

Freya hizo una mueca.

—No por amor, al menos.

—Tienes razón —se rindió—. Exijo valentía en Lachlam y yo ahora mismo parezco una cobarde.

—Yo no he dicho eso. Sólo que intentas protegerte. Pero la herida sigue ahí, y no cerrará hasta que zanjes el asunto con él.

Ayla gimió de forma inconsciente. Freya tenía razón, pero era tan complicado…

—Pensaba que no, que ya todo estaba casi arreglado entre nosotros pero… —Si Lachlam no hubiese besado a Dairine… —He de reconocer que, aunque lo he intentado con todas mis fuerzas, aún le guardo rencor por lo que sucedió en el pasado.

—El rencor sólo nos envenena. Es un error vivir así, Ayla. No porque la otra persona no lo merezca, sino por ti misma.

—Vaya —suspiró—. Precisamente intento alejarme de él para no emponzoñarme más.

—No soy la persona más indicada para dar consejos, sólo puedo decirte que te dejes guiar por el corazón.

Ayla perdió la vista en la nada, hasta que finalmente volvió a mirar a Freya, con los ojos cristalinos.

—Entendí, años atrás, que se viera obligado a casarse con Ishbel Ross por orden del rey pero… —tragó saliva y también se tragó las lágrimas que amenazaban con escapar—. Pensé que habría luchado más por mí. No lo hizo y solo tras la muerte de Ishbel logré perdonarle, al entender que no tenía otra opción. No obstante…

—¿Qué? —quiso saber Freya.

—Ahora pensaba que al fin sería distinto.

—¿Y no lo es?

—No. Creí que las circunstancias habían cambiado. Creí que tal vez tendríamos una oportunidad. Incluso me confesó que me amaba. Hasta que besó a otra mujer.

Freya la miró con incredulidad.

—Es cierto —dijo Ayla a la defensiva al ver que no la creía.

—No he visto a Lachlam interesado en una mujer, jamás —sentenció—. Luego te conocí y me di cuenta, al veros juntos, que es porque te estaba esperando. Así que no, no te creo.

Ayla apretó los labios, enfadada.

—No es ningún santo ¿sabes?

A Freya se le escapó una risita.

—Hablo en serio, Freya —volvió a decir—. No quiero volver a verle.

Su expresión se tornó triste, cerró los ojos y siguió escuchando el temporal que se desataba afuera.

—Cuando esté mejor, volveré a casa —habló de nuevo—. A mi verdadero hogar, junto a

mi hermano. Lachlam solo será un recuerdo.

Hubiera podido calmarse si Freya no hubiera puesto los ojos en blanco.

—Si tú lo dices.

—Lo digo —respondió, secamente—. Él… tiene demasiada influencia sobre mí.

Freya suspiró. No quiso decirle que esa influencia de la que hablaba era únicamente amor, y que su corazón no sanaría huyendo de él. Pero, ¿quién era ella para hablar del amor? Nadie y pretendía seguir así el resto de su vida. No estaba dispuesta a perder la libertad de la que gozaba, para estar a la sombra de un hombre. Ella había nacido para algo más. Era una *embla*, una hija del olmo. Y la sangre era el único camino que deseaba surcar.

***

Esa misma noche, Lachlam subió a su alcoba después de beber en el gran salón con sus hombres. Estaba borracho, pero no lo suficiente como para no caerse mientras ascendía los escalones hacia el piso superior o no pensar con claridad. Empujó la puerta y caminó hacia la chimenea y, una vez allí, empezó a desvestirse al resguardo de las llamas. Cuando iba a quitarse la aguja del tartán sintió una mirada clavada en su nuca. Se dio la vuelta y lo que vio, o más bien a quién vio, lo dejó perplejo.

Por un momento pensó que estaría soñando, o viendo un alma en pena. Porque esa persona no podía estar allí, era imposible. Ishbel, su esposa, era quién lo esperaba de pie, junto a su cama, en el lado izquierdo, donde ella solía dormir. El corazón se le saltó un latido y sintió que a sus pulmones les faltaba el aire.

Su figura era casi etérea, elegante y delicada. Tenía las manos entrelazadas, iba descalza y vestía una fina bata sobre una camisola, los cabellos sueltos y rubios como el sol, caían sobre sus hombros y sus ojos…

Movió la cabeza de un lado a otro al darse cuenta de que esa mirada no era la de Ishbel.

—Dairine —dijo, al fin— ¿Qué haces aquí? ¿Por qué llevas la ropa de cama de mi esposa?

La mujer se llevó las delicadas manos a la cara y se tapó la boca para amortiguar un sollozo.

—Oh, perdonadme, mi señor… —Lachlam se habría enfadado ante semejante atrevimiento, si no fuera porque el rostro de esa mujer expresó dolor y arrepentimiento. Y porque ya tenía suficientes problemas como para iniciar otra contienda.

—Estás disculpada. Pero responde, ¿qué es lo que pretendes, Dairine?

La dama se sentó en la cama, como si sus rodillas no pudieran sostenerla por más tiempo, y empezó a sollozar.

—¡Dairine! —exclamó, sin saber si debía indignarse o preocuparse.

—No podía dormir y se me ocurrió que… Oh, lo siento, me siento tan… ridícula.

Ese fue el único momento desde la desaparición de Ayla en el que Lachlam se alegró de que no estuviera en el castillo. Si hubiese llegado a ver a Ishbel en su alcoba y así vestida… Resopló, al tiempo que caminaba hacia ella para detenerse en el centro de la habitación.

—Dime, ¿por qué no puedes dormir? —usó un tono más pausado— ¿Ha sucedido algo que deba preocuparme?

Ella alzó la mirada hacia él y, una vez más tuvo esa sensación. Sólo hacía falta mirarla a los ojos para darse cuenta de que nada tenía que ver con su esposa. Su mirada era dura, calculadora, a pesar de que sus lágrimas mostraban todo lo contrario.

—Lachlam, después de… oh, no sé cómo explicarme.

—Inténtalo.

—Verás, Lachlam. —Se puso en pie y empezó a caminar hacia él mientras se enjugaba el rostro. Las llamas del hogar se reflejaban en su bata de finos bordados, dando la impresión de que se trataba una serpiente que reptaba hacia él. Todos sus sentidos se pusieron en alerta cuando ella estuvo ya a escasa distancia. Supo que era peligrosa cuando dijo lo siguiente—: Desde que me besaste en la capilla yo…

—Yo no te besé, Dairine —la interrumpió, con dureza—. Fuiste tú quien lo hizo, y me creaste un problema que ahora intento solucionar.

—¿Cómo? Oh, no… —de nuevo esa expresión de víctima asomó en su mirar, desconcertándolo—. Yo pensé que…

—Pensaste lo que no era —volvió a interrumpirla.

—Pues disculpadme, mi señor, no fue mi intención incomodaros. —De nuevo esa expresión de víctima que esta vez sí molestó a Lachlam. Y así se lo hizo saber.

—Dime a qué has venido y luego márchate, estoy cansado.

—Mi señor, ya sé que no me amáis como amasteis a mi hermana pero… os confieso que… —hizo una pausa y se corrigió. Debía ser cauta, pero directa, él estaba demasiado tenso—. He pensado que podríais tomarme como esposa.

—¿Cómo? —preguntó, desconcertado. Eso sí que no se lo esperaba.

—No os será difícil acostumbraros a mí, debido a mi gran parecido con Ishbel.

—Créeme, Dairine, no os parecéis en nada.

—En cualquier caso, vuestro hijo, Struan, es también mi sobrino.

—¿Y qué? —Lachlam empezaba a perder la paciencia.

—Necesita una madre amorosa y responsable que lo guie hasta que se convierta en el laird de los McDonald. Y estoy segura de que el rey David no se opondría, los McDonald y Ross quedarían unidos de nuevo y… Y yo… yo os amo, mi señor.

Lacham suspiró. No era plato de buen gusto rechazar a una mujer que decía estar enamorada, mucho menos a una como Dairine. Pero no volvería a caer en la trampa de un matrimonio sin amor. Estaba dispuesto a recuperar a Ayla y se casaría con ella, enfrentándose a viento y marea si era necesario. Cuanto antes lo supiera Dairine, mejor para todos.

—Lo siento, pero eso no va a suceder.

—Pero…

—No me casaré contigo, Dairine. Me casaré con Ayla. Y ahora, te ruego que abandones mi alcoba, deseo estar solo.

—Os ruego que lo meditéis, mi señor.

—No hay nada que meditar. He hablado y esta es mi voluntad. Márchate ya.

Dairine asintió, apocada, y cuando se dio la vuelta para marcharse apretó los labios, cambiando por completo su expresión. No se enfrentaría a él. Ya habría tiempo para eso. Era imperante seguir fingiendo para ganarse su confianza y después, cuando estuviera atrapado en la tela de araña que llevaba meses tejiendo, solo entonces, acabaría con él y con todo su clan.

Lo que era una verdad irrefutable era que se casarían, quisiera o no.

El rey iba a llegar, y David no le negaría nada. Además ¿Cuál era la alternativa? ¿casarse con Ayla?

Ayla estaba muerta. Aunque el silencio de Braden la preocupaba. Que se fuera sin avisar la molestó, pero ya pasaría cuentas con él una vez se convirtiera en la señora de los McDonald.

Sí, esperaría. Con la llegada del rey David, Lachlam hincaría la rodilla de nuevo. No

podría negarse.

Y con una sonrisa victoriosa, Dairine abandonó la que estaba convencida que acabaría siendo su alcoba conyugal.

CAPÍTULO 39

Lachlam no podía dormir. No dejaba de pensar en los posibles lugares donde Ayla podría haberse escondido. La necesitaba, la añoraba, y temía por su seguridad. Cuando ya llevaba varias horas dando vueltas en el lecho y vio despuntar el alba, ya no pudo soportarlo más y salió de la fortaleza en su busca.

Bajó a los establos y él mismo ensilló su caballo. Aunque el brioso animal estaba también inquieto ante la fuerte tormenta que se acababa de desatar. Cuando al fin lo montó, salió al galope tendido de la fortaleza, dispuesto a adentrarse en el bosque.

Los árboles corrían raudos a su alrededor y sus espesas copas se agitaban ante la fuerte tormenta, que había empezado antes de la salida del sol, el cual podría verse en el cielo si no fuera por aquellas nubes negras.

El viento aullaba como si fuera una jauría de sabuesos tras un zorro que, esquivo, ha logrado despistarles. La fuerte lluvia caía sobre él como los cabellos de una cruel diosa pagana, empapando todo su cuerpo y también su alma, encabritada por la marcha de Ayla.

Sí, entendía cómo debió sentirse cinco años atrás, después de que él la rechazase. Pero no la perdería de nuevo. Sabía que no había salido de la isla. Y cuando tampoco tuvo noticias de Freya durante esas semanas, ató cabos. Quizás se escondían juntas. ¿Era tan descabellado? No más que pensar que había salido de la isla con el temporal de aquel día. El mar no dio tregua, golpeando con sus fuertes puños de agua y espuma los altos acantilados que ya no parecían gigantes, sino paredes enclenques luchando contra el poder del vasto océano. Durante esas semanas el salitre se había impregnado en los muros de su castillo, en telas, tapices y cortinajes y hasta el fuego olía a mar.

El corazón de Lachlam también sentía la picazón de la sal sobre la herida. Parte de su enfado y desesperación era consigo mismo, y parte con el hecho de no haber dado con ella aún. Parecía habérsela tragado la tierra y sólo deseaba que no hubiera sido tan temeraria como para lanzarse a la mar en un bote. Pero por fortuna Thomas, el pescador, lo sacó de dudas esa misma mañana y también Ethan le dio una idea.

Si se había adentrado en el bosque, más allá del gran tejo negro, daría con ella. La buscaría en aquel lugar maldito y encantado hasta que la encontrara y después la traería a rastras para desposarla, quisiera o no. La obligaría, si era necesario.

En lo más recóndito del bosque se encontraba la cabaña abandonada de un viejo leñador y su familia, un lugar maldito, según las gentes de la isla. Muchas historias se contaban sobre aquel lugar: que sus antiguos moradores la abandonaron porque se escuchaban los susurros del diablo, y que hasta vieron sobre su tejado a un macho cabrío. Sí, ¿acaso no era ese lugar el elegido por Freya para plantar su hogar?

Sólo Lachlan y Ethan sabían la verdad del escondite de Freya. Conociendo a Ayla, sabía también que solo ella habría escogido ese lugar para ocultarse, donde nadie la buscaría. Y nadie conocía mejor a Ayla que Lachlam McDonald.

Tras cabalgar durante más de media hora, vislumbró al fin la pequeña construcción. Se alzaba, tímida, sobre un minúsculo claro. No era muy grande y estaba hecha de piedra. El musgo se aferraba a ella por la cara norte y sobre el techo de paja crecían altas las hierbas, protegiéndola del frío. Una tenue luz podía distinguirse a través de las contraventanas cerradas y una débil columna de humo salía de la estrecha chimenea.

Frenó al caballo con el peso de su cuerpo y desmontó de un ágil salto. Apretó los puños y con grandes zancadas se abalanzó sobre la puerta, que abrió de par en par de una patada.

Ayla se había despertado temprano y acababa de colocar un pequeño caldero en el trípode del hogar para poner agua a calentar y así lavarse las heridas. Por fortuna, no pesaba demasiado o Freya le hubiera regañado como lo haría una abuela cascarrabias.

De pronto, la puerta de la entrada se abrió, provocando un gran estruendo. De súbito, entró un fuerte vendaval, que lo agitó todo, incluso enmarañando sus cabellos.

Cuando se dio la vuelta con rapidez, el caldero se le resbaló y las salpicaduras le quemaron en el dorso de la mano. Pero no sintió dolor alguno pues, al descubrir a Lachlam bajo el marco de la puerta, con los árboles del bosque agitándose tras su enorme silueta se le heló hasta la sangre de las venas.

En un rápido movimiento, Freya apartó la cortina que separaba la estancia principal de la minúscula despensa donde estaba ordenando sus enseres. Salió con una daga que se sacó del cinto, se colocó tras él, con la hoja destellando en su cuello. Lobo, a su vez, se puso frente a ambos con el pelo completamente erizado y la cabeza gacha, en un gesto de clara amenaza.

Lachlam ni se inmutó.

Sus ojos seguían clavados en Ayla. Hasta que ella reaccionó y con un gesto de su mano y una mirada de súplica le pidió a su amiga que dejase de amenazarlo con su arma. Pero no era necesario, ya la había bajado al ver de quien se trataba.

—No esperaba una entrada tan dramática, Lachlam.

Él miró a Freya con enfado. No estaba para bromas. Pero la joven lo ignoró. Caminó hasta encarar al laird de los McDonald.

—La próxima vez no irrumpáis de este modo en mi cabaña, señor —lo dijo en tono neutro, pero con un brillo de rebeldía y crueldad en sus ojos verdes. Luego miró a Ayla y su expresión se suavizó—. Iré al bosque a danzar bajo la lluvia —dijo, burlona—, el tiempo suficiente como para que os reconciliéis y prometáis portaros bien el resto de vuestra vida.

Lachlam se inclinó sobre ella y el gruñido de Lobo se volvió más intenso. Pero Freya no perdió su sonrisa en ningún momento.

—Te olvidas de que estas son mis tierras —dijo Lachlam.

—Y tú, que puedo conjurar a los dioses para que se aplane el mar y Ayla pueda largarse.

Lachlam apretó los puños ante lo que estaba claro, era una chanza para enfurecerlo.

—Vamos, Lobo —dijo Freya—, dejemos que papá y mamá hablen.

Freya se puso una capa larga sobre sus atuendos de pieles. Estaría bien a pesar de que la lluvia seguía cayendo.

Ayla tragó saliva y sólo cuando Freya y el animal hubieron salido y cerrado la puerta tras de sí, miró nuevamente a Lachlam. Su expresión se tornó dura, o eso quiso emitir, pero lo cierto era que se estaba deshaciendo por dentro.

—¿A qué has venido?

Era una pregunta absurda. Ambos sabían a qué había venido. Lachlam, por supuesto, no respondió, al menos no con palabras. Pero por cómo la miraba, era más que evidente él por qué.

—He venido a por ti.

Ella entrecerró los ojos.

—Pues no te resultará tan fácil como abrir esa puerta de un puntapié. —O eso esperaba porque, al observarlo mejor, tuvo que tragar saliva, su corazón se saltó un latido y sus pulmones

se olvidaron de respirar.

Llevaba el tartán casi deshecho y estaba completamente empapado. Su camisa entreabierta dejaba ver su pecho, cubierto de suave y rojizo vello. Sus pectorales subían y bajaban con cada bocanada de aire, con potencia y contención. Una contención que no duraría demasiado, ambos lo sabían.

Llevaba los cabellos pegados a su rostro y cuello y por estar mojados, lucían un tono más oscuro, aunque el brillo de la humedad potenciado por las llamas de la chimenea, hacían que parecieran atesorar los destellos que expulsaría el sol durante una tormenta solar. Las gotas de agua recorrían su rostro y se despeñaban por su barbilla, nariz e incluso caían de sus pestañas. Tenía los labios apretados, el ceño fruncido y las manos cerradas en puños. Las venas de sus antebrazos se marcaban, hinchadas, dando fe de su estado de furia contenida.

A Ayla se le secó la boca.

—Será mejor que te acerques al fuego o enfermarás —lo miró de reojo mientras él se acercaba y ella tomaba una toalla de lino y se la tendía.

Lachlam, en silencio, se secó la cara y restregó el paño por sus cabellos.

Podría jurar que jamás lo había visto tan enfadado, sus ojos relucían como brasas.

Empezaron a temblarle las rodillas y se odió a sí misma, una vez más, por no poder dominarse, por tener la certeza de que ese hombre podía y, haría cuanto quisiera con su cuerpo y con su alma. Y lo peor de todo, dominaría de nuevo a su corazón, si no lo evitaba.

Sin embargo, nunca, jamás se lo pondría fácil.

—¿Qué pretendes hacer? —preguntó, aguantando su mirada.

—Llevarte a casa —dijo sin más.

—Mi casa… —No pudo terminar.

—¡He venido por ti! —bramó y, con dos grandes zancadas, se acercó a ella tanto, que se vio obligada a retroceder hasta que su espalda se fundió con la pared de piedra, junto a la chimenea.

—¿Y por qué? —lo enfrentó con los puños apretados— ¿Acaso ya te has cansado de que Dairine caliente tu cama?

Él abrió los ojos para responder a su desplante, pero volvió a cerrarlos y la miró con dolor en el corazón.

—Ayla, nadie más que tú ha estado en mi cama desde que Ishbel murió.

Ella desvió la mirada avergonzada, pero él no se lo permitió. La tomó de ambos brazos y la sacudió hasta que vio su mueva de dolor.

—¿Qué? —preguntó, preocupado.

Entonces vio como se miraba el vientre y sus manos lo presionaban.

—¿Estás herida? —Se horrorizó—. Buscó con la mirada un lugar donde sentarla y la alzó en brazos, llevándola al camastro.

—¿Qué demonios estás haciendo? —jadeó ella, pero Lachlam no respondió.

Pronto el miedo se abrió paso en él. Estaba herida, Ayla estaba herida ¿cómo había podido ocurrir?

—¿Quién ha hecho esto? —inquirió, furioso y preocupado.

—Braden.

Los labios de Lachlam se separaron, pero no salió ningún reproche de su boca. Al ver que guardaba silencio, Ayla empezó a contarle lo que había sucedido. Pero sin pruebas, fue incapaz de decirle que Dairine había sido la culpable de la muerte de Ishbel. Ese era un asunto que ella misma iba a resolver con esa arpía. Si ahora se lo contaba a Lachlam, su temor era que no la

creyera, que le dijera que solo la acusaba por celos. ¡Celos! Se indignó. No acusaba a esa zorra por celos, iba a despellejarla viva por haber matado a su propia hermana, y solo para qué, para quedarse con Lachlam. ¡Su Lachlam!

—Ayla —de pronto toda su furia se volvió ternura— ¿Él está…?

—Muerto —zanjó—. Es lo único que tienes que saber.

Lachlam no estaba del todo de acuerdo, pero si Braden había intentado matarla… que se fuera al infierno. Se alegraba de no tener que salir en ese mismo momento para acabar con su vida.

—¿Fuiste tú?

Ella alzó el mentón y lo miró sin remordimientos.

—Fue Lobo.

—Como no, ese chucho.

Ayla pellizcó con fuerza el brazo de Lachlam para castigarle y él la miró apretando los labios.

—Siempre dije que era peligroso.

—Protector.

Entonces Ayla lo vio sonreír.

—Nunca me he alegrado tanto de que tengas ese chucho a tu lado.

Por alguna razón que no llegó a comprender, los ojos de Ayla se llenaron de lágrimas. ¿En verdad no le importaba que hubiera matado a su fiel vasallo? Aunque visto como se habían sucedido los acontecimientos, de fiel tenía poco.

—También es quien nos acorraló la primera vez en el bosque. En esa ocasión contrató mercenarios, pero en esta… eran McDonald. Los reconocí. Sus mejores guerreros.

—Dios —Lachlam cerró los ojos.

¿Como era posible que hubiera estado tan ciego con Braden?

—¿Por qué? —no lo comprendía—. ¿Por qué quería verte muerta?

—Por Dairine —le dijo. Puede que no estuviera preparado para saber que había matado a su esposa, pero sí cuales eran los motivos de Braden para deshacer de ella—. Dairine quiere ser la nueva señora de los McDonald, y Braden también lo deseaba, pues así saldaba su deuda.

—¿Deuda?

—Fue ella quien le prestó el dinero y él a cambio solo tenía que matarme. Luego se repartirían el tesoro de Santa Margarita que escondes.

Lachlam abrió los ojos, incrédulo y una risa amarga se escapó de sus labios.

—El tesoro… el tesoro no existe más allá… —se calló, era un secreto que solo concernía a los señores del clan McDonald y Ayla aún no era su esposa.

Entonces, la expresión de Lachlam cambió, como si llevara el peso del mundo sobre sus hombros.

—Voy a ocuparme de Dairine cuando volvamos, pero sin pruebas…

Ella asintió.

—No, no tengo pruebas.

—¿Y pruebas de que hayas matado a Braden?

—Lobo lo mató.

—Me refiero al cadáver.

—Freya dice que jamás lo encontrarán, y la creo.

—Que así sea.

Lachlam la contempló en silencio, pero ella le rehuía la mirada hasta que finalmente tomó

el mentón entre sus dedos.

—Mírame —ella lo hizo a regañadientes—. ¿Podrás cabalgar?

—¿Para qué? —frunció el ceño—. No me iré contigo.

Lachlam meneó la cabeza.

—Mira que eres obstinada.

—No soy obstinada, simplemente no quiero estar contigo. Tú… tú…

—¿Yo qué?

—Eres un veneno para mi corazón —espetó—. Estaré mejor sin ti. —Los ojos empezaron a escocerle—. No quiero quedarme y descubrir que me engañas con otra, ni sentir que la vida se me escapa cuando el rey te obligue a casarte de nuevo.

—No me casaré con otra.

—¿No lo entiendes? ¡Si vuelves a dejarme, no podré sobrevivir!

—¿Qué?

—Márchate, te lo ruego. Y déjame en paz—. Su voz escapó temblorosa de su garganta y, de pronto, las lágrimas empezaron a surcar su rostro sin control. Sin embargo, fueron de rabia y de indignación hacia sí misma, por desear todo lo contrario a lo que acababa de asegurar.

—No puedo dejarte, te amo Ayla.

—¡Pues no deberías! Ni yo tampoco —dijo con la voz entrecortada—. Debo olvidarte, Lachlam.

—Eso es del todo imposible —afirmó, acariciándole el cabello.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque yo tampoco he podido dejar de amarte.

Estaba tan cerca… Cerró los ojos y sacudió la cabeza.

—No te creo.

—Me da igual, Ayla, eso no cambia la verdad. No escaparás más. No puedes, como tampoco yo puedo huir de lo que siento.

En ese momento, algo se rompió en su interior.

Las lágrimas ya brotaban como una fuente, tantas veces retenidas y los sollozos escapaban, traidores, de su garganta. Lachlam tenía razón. No podría escapar jamás de él. Lo había intentado por todos los medios posibles, pero no pudo. Nunca sería capaz. Estaba condenada a amarle.

Rompió a llorar y, rendida, dejó caer su cabeza sobre su fuerte pecho, agotada y exhausta de tanto luchar consigo misma. Sin querer, buscó su consuelo. El llanto era desgarrador y a duras penas podía respirar.

Lachlam, con el corazón martilleándole fuerte en el pecho poco a poco la fue rodeando con los brazos, hasta estrecharla contra sí. La abrazó con cuidado de no cañarla, mientras sus gemidos se ahogaban contra él y sus lágrimas se entremezclaban con las gotas de lluvia que aún bañaban su pecho. Fue verdaderamente consciente en ese mismo instante de todo el daño que le había causado. En ese momento pudo sentirlo como suyo propio y también de sus párpados escapó, rebelde, el agua de la tristeza.

Lloró con ella, sabiendo que ambos necesitaban ese desahogo.

Ahora lo comprendía.

Ahora podía entender Lachlam su altiva mirada cuando se acercaba a ella, sus ojos fríos que no habían querido expresar otra cosa más que el miedo a no poder rechazarlo, cuando eso era lo que quería, para protegerse a sí misma. Entendió el ligero temblor de su barbilla cuando se acercaba, la forma en que entrelazaba las manos o cómo retorcía la tela del vestido con los dedos.

Ahora lo entendía todo.

Ayla lloró y lloró en brazos de Lachlam todo cuanto pudo y más. Los fuertes brazos la rodeaban y la sostenían, protectores. Su voz, suave y cálida, susurraba palabras de consuelo, promesas de futuro, uniéndose a ella.

Lachlam le acarició el pelo con sus manos, y los labios bebieron sus lágrimas.

Y cuando sus ojos no fueron capaces de derramar más lágrimas, Lachlam colocó con delicadeza los dedos en su barbilla y la instó a alzar el mentón. Quería tener su mirada cosida a la suya cuando le dijera lo siguiente:

—Ayla, lo siento muchísimo. —A pesar de que sus ojos no mentían, ella negó con la cabeza. Seguía sin querer creerle—. Lo siento muchísimo, Ayla. Muchísimo —repitió.

Estuvieron un tiempo más enlazados, sobre el camastro, ella apoyada en él, hasta que sus bocas se buscaron. Con lentitud y suavidad, temerosos ante la idea de volver a sufrir pero con la firme seguridad y el conformismo de que era inevitable, unieron sus labios en un beso largo y sentido. Un beso dulce, cálido y tierno. Ayla lo exploró con la lengua y él buceó en su boca. Se separó unos segundos para colmarse de su imagen. Necesitaba embriagarse de toda ella, con los ojos, con su tacto, con todos sus sentidos.

Tenía los párpados enrojecidos y la nariz y los labios hinchados. El rostro todavía húmedo y el cabello revuelto. Estiró la mano y se lo peinó con los dedos, con delicadeza, como lo que en verdad era, el más hermoso y valioso de sus tesoros. Sus iris, azules como el cielo en verano, lo miraban entre tanto con anhelo y por vez primera Lachlam pudo ver su vulnerabilidad.

Tomó aire, negó con la cabeza y lo expulsó lentamente.

—Mi pequeña, cuanto has sufrido por mi causa.

Ella tomó aire también y lo expulsó con suavidad. Luego asintió con aceptación.

¿De qué servía ya el orgullo, el rencor o echarse algo en cara el uno al otro? ¿De qué serviría nada de todo eso, cuando él tenía razón?

Había sufrido por su culpa, más que por ninguna otra persona. Era realmente irónico que, a pesar de ello, lo amara por encima de todas las cosas. Lamentaba que él la hubiese visto llorar de ese modo. Pero cuánto mejor, pues la contención que había mantenido los últimos cinco años había sido lo más duro que había hecho en la vida. Y estaba ya cansada, muy cansada de luchar y de fingir.

—La vida se trata de eso, ¿no crees? De luchar y rendirse…

—Y de amar, Ayla. Lo más importante en esta vida son las personas a quienes amamos.

Ayla recordó la conversación que mantuvo con Struan. Sufrir era inevitable, pero vivir y ser feliz era una obligación. Un derecho. Agarrar los pequeños instantes de dicha con fuerza e intentar retenerlos el mayor tiempo posible, antes de que se escapen de entre los dedos, como el agua de un arroyo. Porque tarde o temprano, todo se acaba. Todo tiene un principio y un fin.

—¿Y qué pasará si mañana vuelves a dejarme? —Su corazón se agitó, una vez más. Era el miedo, que daba sus últimos coletazos.

—Eso no va a suceder —le aseguró.

—¿Y si nos obligan a separarnos?

—No lo permitiré.

Ella lo miró sin terminar de creerle. ¿De verdad, llegado el momento se opondría al rey, por ella?

—Te lo juro. —La miró a los ojos.

—¿Es una promesa?

—Es una promesa.

Ayla asintió.

—De acuerdo —respondió.

Y una preciosa sonrisa se formó en el rostro masculino. Después, esos mismos labios la besaron con tanta fuerza que casi la ahogó. Ella curvó los labios hacia arriba, con timidez, empezaba a sentirse feliz, pero había llorado tanto que los músculos de su rostro aún no le permitían sonreír con plenitud.

—¿Sabes que eres preciosa? —le dijo, mirándola con devoción—. Cuando sonríes, eres como el sol, que lo ilumina todo tras un día de tormenta.

—Tú eres mi tormenta, Lachlam. Pero tienes razón, también eres la causa de que en mi corazón asome la luz del sol.

—Cásate conmigo, Ayla.

Esta vez ella no vaciló.

Sí, me casaré contigo.

La besó con ímpetu y ella respondió de igual forma.

CAPÍTULO 40

Se rindió al deseo y la necesidad que despertó en su cuerpo se volvió insoportable. Lo quería cerca, necesitaba su calor, su dureza, beber de su boca y llenarse con su amplitud. Quería su fuerza y su vigor dentro de ella. Se aferró a sus hombros, pero sin querer, hizo un mal movimiento y sintió una punzada de dolor en la herida, que empezaba a cicatrizar.

—Ayla… —la besó con ternura—. Debemos ser cuidadosos.

—Estoy bien —asintió, convencida.

Él la miró unos instantes, preocupado.

—No te vayas nunca más, Ayla —dijo, antes de besarla nuevamente, con delicadeza.

Pero Ayla no quería ser delicada. No dejó que él la cubriera con su cuerpo, sino que fue ella quien se colocó sobre él, gateando hasta que Lachlam quedó con la espalda pegada en las mullidas pieles del lecho.

Con Ayla a horcajadas, tomó aire para embriagarse de su belleza. Llevaba un sencillo vestido color ocre, que se sacó ella misma por la cabeza quedándose únicamente con una fina camisola blanca. Con el gesto, se despeinó, y él aguantó la respiración. Se le marcaban los pezones a través de la suave tela y las sinuosas curvas de sus caderas y cintura, resaltaban a contraluz sobre las llamas de la chimenea. Sus cabellos sueltos se desparramaban como una cascada sobre su hombro izquierdo, algunos mechones cruzaban su rostro y Lachlam podía ver cuan rápido respiraba por cómo revoloteaban sobre sus labios. Alzó las manos y las colocó en sus muslos. Bajo la tela, fue acariciando su piel, ascendiendo por las caderas, por la estrecha cintura hasta llegar a los senos, suaves y turgentes. Los abarcó con cada una de sus palmas, los apretó y le pellizcó los pezones con suavidad. Para entonces, Ayla ya había echado la cabeza hacia atrás y se movía, sinuosa, sobre él, al tiempo que jadeaba sin control.

—Oh, pequeña, eres tan... dulce…

—No soy dulce —dijo, clavando sus ojos de loba en los suyos—, pero tú sí. Y tengo hambre.

Abandonó sus pechos y con su ayuda, le sacó también la camisola. Acarició la cicatriz, con cuidado.

—¿Te duele?

—No mucho —respondió ella, cogiendo sus manos y dirigiéndolas hacia sus senos. Los acarició, reverente.

Su cuerpo suave, de piel nívea y desnudo, expuesto ante él, le hizo creer que moriría de pasión en ese mismo instante.

—Deseo quitarte la ropa —dijo Ayla, mirándolo a los ojos. Luego se mordió el labio inferior, golosa, y Lachlam creyó que se derramaría en ese mismo instante.

No respondió, de nada le habría servido. Se quedó quieto mientras ella se inclinaba sobre él. Estaba fascinado por su curiosa expresión mientras iba explorando su cuerpo. Le desató con sus dedos finos y hábiles la aguja del tartán, que lanzó al suelo y después fue poco a poco deslazando el cuello de su camisa. Cuando se la abrió, sus ojos lamieron la piel desnuda de su torso. Sus suaves manos acariciaron su piel, lentamente, deteniéndose en cada cicatriz, en sus pezones, y fueron bajando más abajo. Le quitó la falda y gimió al ver liberado su enhiesto miembro, orgulloso ante ella y por ella. Lachlam se sintió morir de deseo cuando vio cómo se lamía los labios. Cuando lo tomó con sus manos, apretó la mandíbula y gruñó.

—Vas a matarme, Ayla.

Ella sonrió.

—No pretendo tal cosa. Sólo voy a hacerte mío.

—Ya lo soy. Dios sabe que eres mi única dueña.

Empezó a masajear su miembro, lentamente, con una mano, mientras con la otra acariciaba sus genitales. Lachlam cerró los párpados con fuerza y estiró el cuello. Cuando de pronto, notó la humedad de su boca sobre su glande y los abrió, sorprendido.

—¡Ayla! —jadeó cuando vio como lamía su miembro—. Por favor no hag… ¡Aaah!

Cielos, lo acariciaba con la lengua mientras le miraba a los ojos, posesiva. Era la imagen más erótica que había visto jamás. Los labios de Ayla, rojos e hinchados como fresas, su lengua, rodeando, lamiendo su miembro. Se volvería loco si no la obligaba a detenerse.

—Te gusta —aseguró, con voz ronca, para después introducírselo en la boca hasta la empuñadura.

—Oh, sí… demasiado, pero... ¡Aaah!

Lamió, chupó y succionó, mientras él se retorcía de placer. Empezó a mover las caderas, acompañando los movimientos de su cálida boca. La agarró del pelo y ella gimió. La vibración de ese sonido sobre su miembro le provocó tal placer que a punto estuvo de derramarse.

—Para, Ayla, te… te lo ruego —jadeó, pues a penas podía mediar palabra.

Pero Ayla no quería detenerse, se sentía poderosa. No tenía la menor idea de cómo se le había ocurrido hacer algo así, nadie se había explicado, sólo sabía que necesitaba hacerlo, que lo deseaba más que a nada en el mundo, que la excitaba y la llenaba de dicha ver cómo él gozaba.

No obstante, la detuvo, cerrando los puños en su melena.

—No sigas, o… o me derramaré en tu boca.

Ella lo miró a los ojos y ladeó la cabeza, curiosa.

—No me importa —respondió—, es más, me gustaría tanto que…

—No, no… —gimió él, mintiendo ante sus propios deseos.

—Pero…

—No.

Ayla obedeció a regañadientes, pero reptó sobre él hasta alcanzar de nuevo su boca. Lo besó con sensualidad mientras se sentaba sobre su miembro y empezaba a frotarse contra él. Lachlam la asió por las nalgas y guio su miembro hasta su suave y húmeda apertura. Ella abandonó sus labios y colocó recta la espalda. Cogió su miembro con una mano, estiró las rodillas y se ensambló en él, poco a poco. Esa visión era tan apasionada, que tuvo que gritar. Luego vio, extasiado, como ella iba introduciéndose su miembro lentamente, mientras iba doblando de nuevo las rodillas para acabar sentada sobre sus caderas. Cuando su dureza quedó totalmente engullida por su suave vientre, la oyó expulsar un hondo gemido que lo desquició.

—Dios, Ayla… Oh, santo cielo…

Con una sonrisa de satisfacción, empezó a moverse sobre él. Lahlam no podía apartar los ojos de esa mujer. Era tan hermosa, tan salvaje, parecía un ser mágico surgido de las entrañas de la tierra. Su piel blanca como la luz de luna era perfecta, suave y caliente, sólo la cicatriz la empañaba. Iría con cuidado. Las caderas femeninas bailaban lentamente sobre él, la danza más bella y sensual que conocería jamás y sus pechos temblaban mientras sus pezones sobresalían de entre los rubios mechones.

Acarició sus nalgas y se incorporó hasta quedar sentado, ella sobre él. La quería cerca, completamente cerca. Ayla entendió, echó las piernas hacia delante y quedaron abrazados y entrelazados, el uno contra el otro, de frente.

La besó, bebiendo de su boca. Luego, ella estiró el cuello hacia atrás, exponiendo su garganta, mientras se movía sobre él.

—Me gusta cabalgarte —dijo, con los ojos entornados.

—Hazlo, no te detengas.

La agarró por las nalgas y acompañó con las manos sus embates. Le apartó la melena, que cayó tras su espalda. Besó su cuello, mordió su oreja y regresó a sus labios. Sus manos eran incapaces de abarcar todo lo que deseaban tocar. Ayla se movía un poco más rápido. Él podía notar cómo las paredes de su cueva se contraían, abrazándolo, succionándolo, haciéndolo entrar y salir de ella. De su garganta escapó un grito que él acalló con un beso. Notó como Ayla obtenía su placer, mientras él intentaba por todos los medios no alcanzarla. Porque quería darle más. Toda la noche. Sin pausa. Permitió, con los dientes apretados, que ella siguiera moviéndose hasta acabar exhausta.

La abrazó, aún duro en su interior mientras ella, laxa, jadeaba. Su piel estaba perlada de sudor y su sexo tan caliente que podría competir con la boca de un volcán. Buscó de nuevo sus labios y los lamió. Succionó su lengua, besó sus mejillas y ella echó el cuello hacia atrás, ofreciéndose por completo.

—Ayla… oh, mi Ayla…

—Quiero más, Lachlam.

—Lo sé. Y obtendrás todo lo que quieras de mí. Siempre.

Se tumbó hacia atrás con Ayla encima. Luego dio una vuelta sobre sí mismo y se colocó sobre ella. Ayla lo miraba a los ojos, el deseo podía verse en su iris, esta vez de un color azul oscuro, casi como un abismo. Seguía respirando con fuerza y con cada bocanada de aire expulsaba un débil gemido. Su rostro mostraba anhelo, exigencia y su cuerpo reclamaba lo que era suyo.

Lo obtuvo.

Empezó a moverse, al principio con lentitud. Ayla gemía, y le clavaba las uñas en sus nalgas, exigente. Ante cada acometida, ella dejaba escapar un grito. Alzó las rodillas y lo abrazó con los pies.

—Llénam e, Lachlam. ¡No pares!

Aumentó el ritmo, embistiendo con fuerza. Los senos femeninos se movían con cada acometida y su cuerpo se retorcía, se arqueaba, buscando su propio placer, sin ser del todo consciente del que le estaba regalando a él. Dios, era magnífica, maravillosa. Sus ojos de loba no se apartaban de los suyos. Su mirada era adictiva. De nuevo, se dio cuenta de que estaba llegando al orgasmo. Estaba más húmeda, más estrecha y sus pupilas se dilataron. Lachlam disfrutó de los gritos de placer de su pequeña valquiria, hasta que él también encontró lo que buscaba.

Unidos en el gozo, gritaron y jadearon hasta que sus cuerpos se quedaron quietos, pegados el uno con el otro.

Lachlam se colocó de lado, y ella apoyó la cabeza sobre su pecho. Entonces, la acunó en sus brazos.

—Ayla.

—¿Qué? —preguntó.

—Te quiero. Más que a mi propia vida.

Ayla cerró los ojos también, y sintió cómo una dulce sensación se liberaba de su pecho para expandirse por todo su cuerpo.

Tardó en responder, pero finalmente lo hizo.

—Yo también te quiero.

Lo que les deparaba el futuro era incierto. Pero lucharía con uñas y dientes por lo que acababan de compartir, por lo que era suyo. Y si alguien osara arrebatárselo, fuera rey, campesino, pescador o mendigo, se las tendría que ver con la loba de las Highlands.

CAPÍTULO 41

Ayla despertó entre los brazos de Lachlam. Sin embargo, aquella mañana al abrir los ojos se notó distinta a su lado; una sensación que nunca antes había sentido. ¿Sería felicidad? Sin duda, pero también calma, paz, calidez y una extraña pulsión en el pecho, que se expandió por todo su cuerpo, haciéndola gemir.

Plenitud; esa era la definición. Pero también había algo más: La ausencia de miedo y la confianza en que todo iba a salir bien.

Sonrió y se acurrucó, pegando su espalda aún más contra el duro y cálido cuerpo de su amado. Mientras acariciaba los antebrazos que la rodeaban y los besaba suavemente, cerró los ojos deseando que ese momento fuera eterno. Estaban desnudos y la piel caliente y suave del highlander le hizo recordar lo que habían hecho esa misma noche. Entonces, notó como sus mejillas se encendían, de seguro, se habría puesto colorada como una manzana madura. Cielos, a estas alturas no debería ruborizarse así, pero el calor en su bajo vientre la embargó nuevamente y volvió a gemir para expulsar esa tensión.

Notó a Lachlam moverse, luego sintió sus labios posarse en su hombro derecho, y después, cómo le apartaba el pelo de la nuca y se la besaba, mordisqueaba y lamía. Ayla echó la cabeza hacia atrás y sin pretenderlo, cuando él le mordió la oreja, soltó una risita.

—Buenos días, mi linda dama —rezongó él, buscando su pecho con las manos. —¿Qué te hace tanta gracia?

—¿Linda dama? —se mofó, riendo de nuevo.

—¿Pequeña fierecilla, mejor? —la besó esta vez en el cuello y ella soltó una carcajada.

—¡Me haces cosquillas!

—¿Cosquillas? —respondió, divertido, cuando de repente le hizo cosquillas de verdad, pero con sumo cuidado de no rozar la cicatriz.

Ella empezó a reír sin pausa y él gruñó, apresándola con sus fuertes brazos.

—Dios, me excitas tanto cuando te ríes —y la vibración de su voz junto con su aliento cálido, hicieron que se le erizara el vello de pura excitación. Cuando Lachlam empezó a mover las caderas tras ella, rozando su virilidad contra su trasero, Ayla volvió a sentir esa acuciante necesidad.

Se dio la vuelta y lo encaró. Entonces, la sensación de calidez volvió a inflamarla cuando lo miró a la cara. Era tan guapo que hasta se le empañaban los ojos con solo verle. Sus cabellos rojos estaban enmarañados y un mechón le caía por la frente y le cruzaba el rostro, tan bello como el de un arcángel. Sus ojos azules parecían contener el cielo entero y la miraban con devoción y pasión. Le apartó el pelo de la cara y acercó los labios a los suyos. Ambos se fundieron de nuevo en un abrazo, se cubrieron de besos húmedos y pronto los jadeos y la pasión le quitaron protagonismo a la ternura inicial.

El sonido de la puerta de la cabaña abriéndose los interrumpió, haciendo que se quedaran quietos. Acto seguido, Lobo entró, trotó hacia ellos y empezó a lamer sus rostros.

—¡Oh, Lobo! —se quejó Ayla, colocando la mano en su cuello peludo, para apartarlo. Lachlam gruñó y la muchacha volvió a reír—. ¡Aparta, eres muy inoportuno!

Se escuchó un carraspeo en la cocina y Lobo los dejó para mirar en esa dirección.

—Lobo, deja a estos dos y ven aquí. He preparado un almuerzo exquisito, ya es medio día —oyeron la voz de Freya y ambos rieron por lo bajo. La norteña no le hablaba únicamente a

Lobo. Les estaba recriminando el haber pasado casi medio día rezongando.

—Cielos —dijo Ayla, entre susurros—, ¿cuánto tiempo hemos dormido?

—Me temo que no habéis hecho tal cosa —oyeron a Freya de nuevo, y Ayla se mordió el labio, mientras Lachlam le besaba la nariz, sonriente.

—Enseguida vamos —dijo ella, en voz alta, tremendamente avergonzada.

—Podéis seguir ocupando mis pieles el tiempo que gustéis, pero según tengo entendido, en vuestro castillo el lecho es más cómodo y lujoso.

Después de vestirse de forma apresurada, Ayla y Lachlam salieron por la puerta. Un sol radiante los cegó y ambos respiraron el aire fresco del mediodía. Lobo salió de nuevo a su encuentro, trotando alegremente. Lamió la mano de Ayla y se rozó en las rodillas de Lachlam.

—¿Será que le empiezo a gustar? —le preguntó a Ayla.

—Me temo que sólo quiere marcarte con su olor.

—Vaya… Supongo que el ser tuyo también incluye que pertenezco a ese bicho peludo.

Lobo se echó bajo un árbol y miró fijamente a Lachlam.

—Creo que te está dando la razón.

—Supongo que vais a abandonarme —Freya se dejó ver después de rodear la cabaña y alejarse de la parte trasera donde estaba cortando algo de leña.

—Creo que ya te hemos molestado demasiado —dijo Lachlam.

—No molestarías jamás, —le respondió Freya, sabiendo que él había hecho mucho por ella, ocultándola cuando se lo pidió—. Y tú tampoco, Ayla.

Las mejillas de Ayla se ruborizaron con gratitud.

—Muchas gracias, Freya. Me salvaste la vida.

Freya solo asintió y se dejó abrazar cuando su nueva amiga la rodeó entre sus brazos.

—Es hora de que volvamos a la fortaleza, hay asuntos que tratar.

Ayla lo miró de reojo por un instante. No sabía si esos asuntos incluían su boda, o bien buscar pruebas para acusar a Dairine, pero sea como fuere, sí que tenían cosas importantes que hacer.

—Gracias por cuidar de Ayla todo este tiempo —dijo, con sinceridad—. No te olvides de nosotros, y acude a nuestra puerta siempre que lo necesites.

Al ver que se estaba poniendo sentimental, Freya hizo un gesto con la mano, como si no diera importancia a nada de lo que le había dicho. Después gruñó y los animó a marcharse.

—Ya le empiezas a gustar —le dijo Ayla, en un susurro.

—Gracias a Dios —exclamó él—. Nadie debería llevarse mal con esa mujer, créeme.

A Ayla le vino un aroma exquisito y se fijó en que Freya estaba preparando un par de liebres, que se asaban al fuego. Se llevó avergonzada las manos al vientre, después de que le rugieran las tripas.

—Venid —dijo la mujer, haciendo un gesto con la mano—, de seguro estáis muertos de hambre después de tanto ejercicio.

Ayla la miró ruborizada mientras ella y Lachlam se acercaban.

Comieron los tres entre risas, compartiendo anécdotas y olvidando por unos momentos todo lo malo que les había pasado y las consecuencias que podrían llegar a tener sus acciones.

Poco después, mientras Ayla dejaba el plato sobre el tocón, se dio la vuelta, viendo claramente que, a varios metros, Freya y Lachlam estaba tramando algo.

—Debo revisar unas trampas —dijo Freya a Ayla, después su mirada se perdió de nuevo

en Lachlam—. Nos vemos pronto —le dijo.

Cuando estuvieron a solas, Ayla miró con cierta preocupación a Lachlam.

—¿Me dirás que está pasando? —Pero él, lejos de responder, la tomó de la mano, la acercó a sus labios y se la besó—. ¿Qué os traéis entre manos?

—Nada que deba preocuparte.

Le besó los nudillos y después le robó un beso de sus labios.

—Lachlam…

—Después de comer, quiero llevarte a un lugar especial —le dijo, apartando de su rostro un cabello rebelde, que se movía con la suave brisa.

—¿Adónde? —preguntó ella, curiosa.

Lachlam sonrió, pero no respondió. Solo la besó con ternura.

***

Tras la comida, Lachlam la asió por la cintura y la montó en su caballo. Después, en un salto ágil y rápido, se colocó tras ella y la abrazó desde atrás.

—¿Adónde me llevas, Lachlam? —rio Ayla, complacida de sentir el calor del cuerpo de Lachlam en su espalda.

—Sssh —respondió y, apretando los flancos de su montura, el animal empezó un suave trote.

Pronto dejaron atrás el bosque y las suaves colinas de la isla se dibujaron ante sus ojos. Los asaltaron colores verdes y ocres, que se fundían en los límites de la tierra con el azul del mar. Tal belleza quitaba la respiración a cualquiera. Galoparon unos minutos más, hasta que Lachlam viró a la derecha y, tras una colina se dejó ver uno de los lugares más hermosos que Ayla había visto jamás.

Bajando por la ladera sur de un pequeño otero, aparecieron como por arte de magia las aguas de un riachuelo, que caían reposadas sobre un pequeño lago, o más bien una poza de color azul turquesa, para después seguir su camino por el lecho de piedras blancas y calcáreas en dirección al mar. El surco del agua, a lo lejos, brillaba como si fuera de plata.

Los ojos de Ayla se agrandaron.

—¡Es… precioso!

Lachlam sonrió, satisfecho, y besó su cuello.

—Lo es, pero no tanto como tú.

Desmontó, alzó los brazos y asió a Ayla por la cintura. Cuando ella colocó los pies en el suelo, volvió a hablar.

—Dicen que, en este mismo lugar, un joven campesino se enamoró de una bella dama de ojos azules, que solía peinar sus largos cabellos de plata sentada, sobre esta piedra, mientras le cantaba a las flores. El muchacho, ciego de pasión, robó una esmeralda a su señor para entregársela a su amada, en promesa de amor eterno. La mujer la aceptó gustosa y juntos quedaron a vivir aquí. Pero el viejo laird, un hombre justo pero también cruel, los descubrió. El campesino murió atravesado por la espada de su señor y la dama rompió en un llanto tan amargo que duró siete días y siete noches. Sus lágrimas llenaron esta poza y de sus cabellos plateados brotó el riachuelo. Después se sumergió con la esmeralda, dándole este color al agua de la poza, y no volvió a salir de aquí jamás, llevándose también el cuerpo y el alma de su amado.

Ayla miró a Lachlam con ojos afligidos.

—Es una historia muy triste.

—¿Eso crees?

—Claro, acabó muy mal para los amantes.

—Te equivocas —respondió, Lachlam—. Ella era un ser mágico, un hada que con su llanto creó este bello lugar, dándole agua dulce a estas tierras y con la sangre de su amor, las hizo fértiles.

—¿El campesino se convirtió también en un ser mágico?

—Nadie lo sabe —respondió, enigmático—, pero es aquí, desde entonces, el lugar en que los enamorados se juran amor eterno. Los días en que luce el sol y el rio se vuelve de plata, es cuando el hada de cabellos de plata y su campesino les dan su bendición.

Ayla miró en derredor, viendo ahora el paisaje de forma distinta. El agua caía suavemente, lamiendo las rocas lisas. Su rumor era como un canto embriagador. El viento soplaba con suavidad, haciendo que las hojas del pequeño sotobosque de álamos que los rodeaba, murmuraran. Algunas de ellas, las más enrojecidas por el otoño, caían bailando entre ambos.

Lachlam le acarició las mejillas y sus miradas se cosieron.

—Aquí y ahora, me prometo a ti, Ayla. —El highlander habló con solemnidad, y ella sintió como su corazón empezaba a latir con brío—. Mi palabra queda sellada ante la magia de este lugar sagrado y le dará el poder para que nada ni nadie la quebrante.

Ayla parpadeó, emocionada. Pero no tuvo tiempo de responder. Lachlam acercó su boca a la suya y besó sus labios, con ternura. Pronto, esa ternura se transformó en ímpetu, mientras el viento hacía danzar sus melenas con las hojas del otoño. Cuando el beso acabó, Ayla se abrazó a él. Pero Lachlam, lejos de devolverle el abrazo, la apartó ligeramente y la miró con seriedad. Ayla no entendió el gesto y empezó a preocuparse.

—¿Por qué tanto misterio? ¿Qué sucede?

—Sucede… —Estaba muy emocionado y se le quebró la voz—. Que tengo ante mí al ser más hermoso que ha alumbrado nunca el sol—. Tragó saliva, antes de continuar—. Ayla McLeod, ¿quieres casarte conmigo aquí y ahora?

Ayla se olvidó de respirar. Faltaba poco para que el sol besara el horizonte y en esos momentos el tono anaranjado del atardecer lamía el rostro de Lachlam, tornándolo aún más hermoso. Sus cabellos de fuego parecían fulgurar y sus ojos lucían un brillo de exacerbada pasión. Se le empañaron los ojos y se esforzó en no pestañear para no derramar más lágrimas.

—Sí, Lachlam —logró responder, con voz entrecortada—. Me casaré contigo en este mismo instante.

El rostro del highlander cambió de súbito, y sonrió de forma tan magnífica que Ayla quedó deslumbrada. La besó con pasión, mientras el agua del arroyo los acompañaba en un suave murmullo, como si le cantara a los amantes, como si les estuviera dando su bendición. Por las mejillas de la joven empezaron a caer las lágrimas y Lachlam se las besó, una a una.

—No llores, amor mío. Hoy no, por favor.

Ella sonrió, secándoselas.

—Lloro de felicidad—. Luego miró alrededor—. Pero…

—¿Pero? —preguntó inquieto, Lachlam.

—¿Cómo vamos a casarnos? No entiendo… Aquí no hay nadie y yo… —se miró el vestido viejo, y se sintió avergonzada. Nunca había sido presumida, pero quería que el día de su boda fuera especial. Si lo hubiera sabido…

Él entendió sus dudas y vio la necesidad de aclarárselo.

—No te preocupes, muy pronto nos casaremos por la Iglesia, ante Dios y festejaremos

durante días. Además, me gustaría que tu familia asistiese al enlace y eso llevará tiempo. Pero es que no lo soporto más, Ayla. Quiero sellar nuestro amor ya mismo. No puedo, no podemos esperar más. Me comprendes, ¿verdad?

—Oh —Ayla gimió, estaba intentando no sollozar, a pesar de que las lágrimas ya caían a borbotones.

—Mi amor, no llores, te prometo que pronto nos casaremos ante Dios. Para mí es igual de válido este matrimonio. Es una promesa.

—Yo… —Ayla no sabía cómo decirle lo feliz que se sentía. Pero es que no le salían las palabras.

—Ayla… —Lachlam secaba sus lágrimas, y la miraba preocupado—. Por favor no llores más.

—Sí —logró decir y tras secarse las lágrimas de un manotazo, sonrió—. Es precioso, es el mejor lugar que podrías haber escogido. Soy muy feliz, Lachlam. Muy feliz.

Se abrazaron, hasta que tras ellos se escuchó un resoplido.

—¡Venga, que no tenemos todo el día! —Fue Freya quien habló, con tono de impaciencia. Cuando ambos miraron hacia ella, la vieron sonriendo de oreja a oreja.

—Un momento —empezó a decir, Ayla—. ¿Tú sabías…? —miró a Lachlam—. ¿Cuándo…? —volteó el rostro hacia Freya, interrogante.

—Esta mañana, cuando dormías como una osa en invierno —aclaró él.

—Fue fácil organizarlo —rio ella—. No te habrías despertado ni un con cien tambores norteños anunciando una invasión.

—¡Me hicisteis creer que no os soportabais! —gimió, Ayla.

—Y no soporto a este oso pelirrojo, mucho menos a su insufrible amigo, ese príncipe sureño engreído. Pero confabulamos esta vez por una buena causa —explicó Freya—. Y ahora, sígueme —le dijo, tomándola de la mano y apartándola de Lachlam—. Es importante que el novio aguarde a que su futura esposa luzca como la mismísima diosa Dana. Porque no vas a casarte con esos harapos, ¿verdad?

Freya llevó a Ayla tras una roca, donde había preparado un precioso manto con pétalos de flores silvestres.

—Pero… ¿Qué es esto…?

—Nada, y vístete, rápido antes de que se ponga el sol—. Sacó de su bolsa un sencillo pero bonito vestido de color blanco, como la luna. Se lo entregó con seriedad—. Póntelo, es importante.

—¡Freya! —exclamó, Ayla, al ver que era una prenda preciosa—. Es… ¿es tuyo?

—De mi madre —dijo, con un deje de melancolía—. Estará encantada de que lo luzcas tú, ya que yo… intentaré no casarme nunca.

—Pero… es demasiado…

—Rápido —la instó—. Después tendré que hacer algo con este pelo tan revuelto.

Lachlam aguardaba nervioso junto al arroyo la llegada de Ayla, al tiempo que su corazón latía desbocado, como si quisiera escapar de su pecho. Al fin había llegado el momento. Ayla y él quedarían unidos para siempre. Era una promesa, aunque no era un enlace oficial, para ambos sí lo sería y nadie, ni siquiera el rey podría romperlo. Estaba decidido y no volvería a cometer el mismo error. Esta vez sí lucharía por Ayla, con uñas y dientes. Daría hasta la última gota de su sangre ante ese juramento.

Pero al verla aparecer entre el pequeño sotobosque de álamos, se le secó la boca, su mente quedó en blanco y se olvidó de todo, incluso su corazón pareció olvidarse de latir.

Estaba preciosa, tan bonita, que se le antojó un ser divino, una elfa etérea, que parecía avanzar flotando hacia él sobre las hojas secas, como si fuera la hija de la luna.

Vestía de blanco, con una sencilla túnica holgada que arrastraba una pequeña cola. Las mangas anchas desde los codos rozarían el suelo si sus manos no estuvieran a la altura de su vientre, sosteniendo un sencillo ramillete de flores azules. Un bonito cinturón, engastado en conchas de nácar, se ajustaba a sus caderas y brillaba con la luz del ya tibio sol, a cada paso que daba. La mitad de su melena estaban recogida y trenzada a los lados hasta acabar en un pequeño rodete que descansaba en la nuca. El resto de sus cabellos caía en cascada por su espalda y hombros, como hilos de oro y plata, formando bellos caracoles. Sobre su cabeza descansaba una bonita corona de flores azules y blancas. La luz del atardecer besaba su silueta, dándole un aspecto mágico.

Se acercó a él con pasos lentos. Esforzándose en no llorar, aunque tenía los ojos empañados y las pestañas húmedas a causa de la emoción. Lobo la custodiaba y Freya, que ya se había colocado con discreción junto a Lachlam, aguardaba junto a él su llegada.

Cuando los alcanzó a ambos, miró al laird McDonald con un amor que habría sido imposible explicar con palabras. Se cogieron de la mano y Freya les sonrió a ambos.

—En estos momentos, ante la naturaleza y ante los dioses que creéis paganos, me presento como testigo de la unión de vuestras almas: Lachlam, laird de los McDonald, y Ayla McLeod, también hija del fresno. —Freya habló con ceremonia, luego se agachó y cogió su espada, que hasta ahora había descansado a sus pies. Cuando se alzó con ella en mano, ambos pudieron ver sobre su hoja resplandeciente dos anillos de madera de tejo, con pequeñas ramitas entrelazadas. Le ofreció uno a Lachlam y él cogió la mano de Ayla para ponérselo en el dedo corazón.

—Seré tuyo, y tú serás mía, hasta que la muerte nos separe.

Ella se miró el dorso de la mano, emocionada. Lo acarició, reverente. Era un trabajo sencillo, pero con muchísimo significado. Bajo el influjo de ese árbol, se unieron por vez primera. Alzó la vista hacia él y asintió. Luego cogió el de Lachlam y lo puso en su dedo.

—Seré tuya y tú serás mío —aseguró, emocionada—. Pero ni siquiera la muerte osará separarnos. Que vengan los cuervos y lo anuncien a su señor. Esta es mi promesa.

Lachlam se inclinó y besó la punta de su nariz.

—Por siempre, Ayla.

—Por siempre, Lachlam.

—Y ahora —empezó a decir Freya—. Ofrecedme vuestras manos.

Ayla y Lachlam le dieron las manos, Ayla la izquierda y Lachlam la derecha. Freya sacó una afilada daga de su cinto, cogió la mano de Lachlam y le hizo un pequeño corte en la palma, del cual brotó una gota de sangre. Ayla le ofreció también la suya y Freya hizo lo propio.

—Lachlam y Ayla —dijo, mirándolos con seriedad—, quedáis ahora unidos en la sangre y en el espíritu y bajo esta fuerte promesa y ante los dioses, declaro que nadie podrá romperla.

—Que nadie pueda romperla —respondieron ambos, al unísono.

Y justo en el instante en que ambos se cogieron de la mano, uniendo su sangre, el sol desapareció tras la línea que unía el cielo y el mar. La luna, que había asomado ya su faz, enrojeció reflectada por los rayos solares que aún la besaban. Y fue en ese instante mágico en el que ambos astros quedaron unidos por la luz, cuando Ayla y Lachlam unieron también sus labios.

CAPÍTULO 42

La luna se alzaba ya blanca y llena, custodiada por las pocas estrellas que no se dejaban intimidar por su resplandor. Su rostro argénteo se reflejaba, orgulloso, en las aguas de la poza, que en esos momentos parecían de cobalto al ser acariciadas por el cielo.

El viento había dejado de soplar mientras los dos amantes se abrazaban junto a la poza, y miles de luciérnagas alzaron el vuelo, escapando del lecho que había sido para ellas las altas hierbas, uniéndose en un prodigioso ritual de apareamiento.

Ayla miró en derredor, extasiada. Las pequeñas luces amarillas se reflejaban en sus iris.

—Es el espectáculo más hermoso que he visto jamás. Es como si más estrellas ascendieran al cielo, para unirse a sus hermanas en la eternidad.

Lachlam la asió por la cintura y la atrajo hacia sí.

—Discrepo —respondió, acariciándola por encima del vestido—. Lo más hermoso que he visto jamás es tu piel, tus ojos, tu boca…

Besó sus labios mientras, con hábiles manos, le desataba el cinturón que descansaba en sus caderas. Con cuidado, se agachó y lo depositó sobre una roca lisa.

—¿Crees que el hada del agua y su amante se enfadarían si nos adentramos en sus aguas? —le preguntó, mientras le acariciaba la piel por debajo del vestido, al tiempo que se lo iba subiendo, despacio, sin prisa. Cuando se lo sacó por la cabeza, y vio su bella silueta desnuda, bañada por la luz plateada de la princesa de la noche, con sus largos cabellos cayendo sobre sus hombros, no pudo evitar gemir de excitación. Se agachó para colocar la valiosa prenda junto al cinturón de nácar y cuando se incorporó de nuevo, su mano acarició a su amada.

Ayla cerró los ojos un momento para sentir el toque de su esposo sobre su cuerpo, hasta llegar a sus senos. Gimió, cuando percibió sus labios, húmedos y cálidos, lamiendo un pezón, y luego otro.

—No he conocido nada más dulce y salvaje que tú, Ayla.

Sus manos abandonaron su piel, y Ayla abrió los ojos para descubrir que él ya había empezado a desnudarse. Observó, golosa, cómo se desataba el tartán y lo dejaba caer al suelo sin los miramientos que había tenido con su vestido. Luego se quitó la camisa, y esta quedó enmarañada sobre a la otra prenda. Para cuando se sacó las botas, el cuerpo impresionante del highlander, también era besado por la luz argentina del satélite que los acogía.

Ayla extendió una mano y acarició su piel con la punta de los dedos. Empezó por el hombro, fue bajando por el brazo y desvió la trayectoria hacia sus fuertes pectorales. Rozó un pezón, luego otro, y bajó, trazando una línea invisible con su dedo índice hacia abajo. Se mordió el labio inferior, ávida, cuando sus dedos rozaron las crestas de sus abdominales y… al llegar a su orgulloso miembro, que palpitaba, duro, únicamente para ella, se pasó la lengua por el labio superior al tiempo que lo envolvía con su cálida palma.

Pero no tuvo tiempo de complacer su deseo más inmediato, que era capturarlo con la boca, como ya había hecho la pasada noche, pues Lachlam le apartó la mano con delicadeza para después alzarla en volandas. Mientras él caminaba hacia el pequeño lago, Ayla se abrazaba a su cuello.

Sin dejar de mirarla a los ojos, que parecían reflejar las estrellas del firmamento, él se fue introduciendo en el agua. Pronto, el líquido elemento los envolvió. Ayla abrió la boca, sorprendida.

—¡Está caliente! —exclamó, asombrada.

Lachlam sonrió como un adolescente endiablado.

—Has sido tú.

—Es… es maravilloso.

La sorpresa en los ojos de Ayla lo emocionó. Vio como extendía el brazo izquierdo para acariciar la superficie con sus dedos, creando unas perfectas ondas, y sintió celos del agua.

—Tú eres maravillosa —respondió, para capturar instantes después sus labios.

La atrajo hacia sí, sintiendo su suave piel contra la suya y ella abrió las piernas para rodear con ellas su cintura. Era tan fácil, él no tenía ni que sostenerla, flotaba en el agua junto a él, que permanecía en pie. El líquido elemento les cubría hasta los hombros. La mano de Lachlam buscó el sexo de Ayla, abriendo sus húmedos pétalos. Ella gimió y, con las manos de nuevo entrelazadas en su cuello, arqueó la espalda y echó la cabeza hacia atrás. Notó como sus dedos pellizcaban su punto de placer, luego como introducía uno y luego otro, para sacarlos lentamente, frotándola, acariciándola, arrancándole suspiros y gemidos.

—Oh, Ayla…

Acercó la boca a su piel y capturó un seno con los labios. Chupó su pezón endurecido, mientras se deleitaba con los gemidos de su mujer. Ella se movía con sensualidad, bailando con él y con las aguas que, tras ellos, susurraban al caer en el pequeño lago, en un canto embriagador. Su rostro lucía en éxtasis mientras la rozaba. Era una visión tan erótica que la necesitó en ese mismo instante. Sentía que estaba a punto de estallar, lo sabía por el pulso cada vez más acelerado de su sexo contra sus dedos, por el aumento de sus gemidos, por cómo empezaba a contraerse y a expandir su suave cueva.

Por eso, Lachlam dejó de acariciarla, y cuando eso sucedió, en el rostro de Ayla se dibujó una expresión de protesta que él acalló asiéndola por las nalgas para estirarla hacia sí.

La estocada fue rápida e inesperada para Ayla, pero justo en ese instante, apreció una oleada de placer, embargándola, llenándola completamente, obligándola a emitir un hondo grito.

—Oh, sí, pequeña —gruñó Lachlam, saliendo de ella para volver a entrar con potencia—. Siénteme. Acógeme en tu seno.

Ayla, completamente abierta para él, apretó las pantorrillas contra su trasero y se pegó cuanto pudo a su cuerpo para recibirle. Él tenía una mano en su nalga para guiarla en los movimientos que intentaba acompasar con él. El otro brazo la rodeaba hasta abrir la mano en su nuca. Sus frentes estaban unidas mientras él la penetraba despacio, pero con ímpetu y fuerza al final de la estocada. Su dureza y amplitud la llenaban de tal manera que pensó que enloquecería. Lo abrazó con fuerza y besó sus labios, su cuello, y mordisqueó su oreja. Gimió contra su piel y la vibración de su voz provocó que él se excitara aún más.

—No pares —jadeó Ayla, pues su necesidad estaba a punto de estallar nuevamente— ¡Más rápido! Oh, Lachlam… ¡Oh, cielos!

Obedeció a su esposa. Aumentó el ritmo y con cada penetración ella soltaba un pequeño grito. La miró, embriagado por la pasión y bebió de su imagen como un sediento. Realmente era como una diosa pagana, una loba blanca, bella y salvaje. Expresiva y sin pudor alguno. Consciente y orgullosa de su carisma, sin ninguna presunción, y generosa a la hora de compartir el máximo placer con su amante. Jamás había conocido mujer igual, y estaba seguro de que no existía. Sus jadeos, que se repetían con cada estocada, eran pura música y sus ojos, llenos de misterio, lo miraban con adoración y exigencia. Lejos quedaba ya su mirada airada y fría porque ese azul lucía ahora como las llamaradas de una aurora boreal. Sus manos delicadas, en esos momentos le arañaban la espalda, exigentes y sus labios entreabiertos eran como la tentación que

da paso a una perdición de la que el más cuerdo de los hombres estaría dispuesto a aceptar. Sí, pensó Lachlam, mientras sentía los latidos del éxtasis en su miembro, se condenaría a los infiernos por un solo beso suyo.

—Ayla… —dijo, con voz entrecortada—. Te amo—. La miró a los ojos mientras el placer lo embargaba, a punto de estallar— ¡Te amo, Ayla! —gritó, mientras se vaciaba.

Ella jadeaba, lamía sus labios, acariciaba su cuerpo al tiempo que notaba cómo su cálido néctar la empapaba, volviendo las acometidas de Lachlam más resbaladizas y placenteras.

—Te amo, Lachlam —gimió, apretándose más contra él, moviendo sus caderas para alcanzar el placer, a cada momento más y más intenso—. ¡Te amo!

Igualmente ella culminó y fue maravilloso. La fuerza de las acometidas de Lachlam contrastaba con las caricias suaves de las cálidas aguas, que con el movimiento de los amantes formaban pequeños remolinos que los envolvían en limpias y tibias caricias.

Se abrazaron con fuerza unos instantes. Respiraban entrecortadamente y sus corazones latían al unísono, como un solitario tambor. Sus pieles ardían y sus manos temblaban mientras se afanaban en no perder el tacto.

Se quedaron en esa posición durante un largo tiempo, disfrutando el uno del otro. Sin rencor, sin dolor y por primera vez, juntos con esperanzas en lo que les deparaba el destino.

Horas después, ya fuera del agua, Ayla permanecía con la mejilla pegada a su pecho, relajada, escuchando los latidos de su corazón, mientras se aferraba al cuerpo de Lachlam como un náufrago a la balsa que lo mantendrá a flote y a salvo del temporal que sabía, se avecinaba.

Pero algo había cambiado. La decisión de no separarse de él, jamás. No iba a consentirlo, ni él tampoco. Era suyo, ella era suya, se pertenecían como las raíces de un árbol a la tierra.

Regresaron los besos, las caricias y la pasión, para volver a quedar exhaustos, gimiendo el uno sobre el otro, con las miradas cosidas y los cuerpos unidos en el goce.

Lachlam fue el primero en romper el hechizo, muy a su pesar.

Estaban sobre unas pieles que Freya había dejado preparadas para ellos la pasada tarde. La norteña no había dejado al azar ningún detalle. Flores, pieles, incluso vino y algunas bayas silvestres. Se encontraban justo detrás de la enorme roca, resguardados del viento. Arriba de ella, descendía la sutil cascada. Yacían junto a una pequeña hoguera de la cual sólo quedaban las brasas pero que aún calentaba sus cuerpos desnudos.

Ayla sonreía, con la nuca apoyada en el brazo de Lachlam. Miraba hacia las estrellas. La luna había viajado por el firmamento, y en el lado opuesto de la bóveda celeste empezaba a asomar ya la aurora con su séquito violáceo, anunciando que pronto asomaría su rey por el este.

—Es el momento de regresar —suspiró Lachlam, que no miraba arriba, sino a su izquierda, donde estaba la más brillante estrella.

De forma distraída acariciaba sus cabellos que, completamente enmarañados, se extendían por su brazo, enredándose con sus dedos. Fue bajando por uno de los mechones que descansaba sobre el hombro femenino, hasta llegar al montículo rosado de su aureola. Lo pulso suavemente con el dedo índice y Ayla apretó los muslos.

—Hmmm —gimió, volviéndose hacia él—. No quiero irme de aquí, jamás—. Hizo un puchero encantador que él borró con su boca.

El beso se volvió exigente. Ayla empezó a mover la cintura, las caderas y a gemir, a modo de reclamo.

—Oh, me lo pones tan, tan difícil…

Ayla detuvo el beso, pero miró a Lachlam con aceptación.

—De acuerdo —capituló—, tú ganas.

Lachlam se giró y se golpeó la espalda con las pieles, mientras resoplaba de pura frustración.

—No gano nada, créeme.

—Te creo—. Fue ella quien se colocó sobre él, y besó sus labios, luego su nariz, y después su fuerte mentón—. Pero también sé que las guerras se ganan desde la perspectiva y siento que hemos vencido, al fin, nuestra primera batalla.

Lachlam miró a su ya esposa, con orgullo.

—Ayla —empezó a decir, de pronto frunciendo el ceño.

—¿Sí? —respondió, algo temerosa por su súbito cambio de humor.

—Me temo que he sido muy injusto contigo—. Ayla abrió la boca para responder, pero él la interrumpió, posando el dedo índice en sus labios—. Escúchame, por favor. Necesito decirte algo.

—De acuerdo, habla.

—Eres… —quedó pensativo unos segundos—. Eres distinta a todas las mujeres que he conocido.

—¿Y es eso malo, o bueno?

—Bueno, Ayla —asintió, convencido—. No sé como he sido tan estúpido de no verlo antes.

—Pero soy irrespetuosa, cabezota, salvaje y…

—Disciplinada, responsable, sacrificada, valiente y con un gran corazón —la interrumpió él, severo y al mismo tiempo, reverente—. Lo que erróneamente me parecieron defectos, resultó que no lo eran. Y por eso te pido disculpas. He sido un idiota.

—No, Lachlam —negó con la cabeza, enérgicamente—. Tú tenías razón, cargas sobre tus hombros la responsabilidad de todo un clan, y yo siempre he hecho lo que he querido. Perdóname tú a mi, por no haber sabido entenderte ni comprender tu sacrificio. Te casaste con Ishbel porque no tenías opción, y viendo las cosas desde la distancia, me alegro mucho de que te haya tenido, era una buena mujer y te dio un hijo maravilloso y sé, estoy convencida de que la sigues queriendo—. Lachlam abrió la boca para decir algo, pero esta vez fue ella quien posó el dedo sobre sus labios—. No es malo haberla querido y seguir queriéndola. Aunque al principio fue doloroso para mí, ahora puedo ver que te hace noble y eso es lo que me enamoró de ti. Así que, por favor, te ruego que me perdones a mi también.

Lachlam la miró con el orgullo impregnando su rostro.

—Ayla —empezó a decir—. Prométeme algo.

—Lo que sea, te lo prometo.

—Prométeme que, a partir de este momento, solucionaremos cualquier problema sin discutir.

—No sé —rezongó ella, con un deje de burla en su mirar—. Recuerda que soy una salvaje.

—Prométemelo, Ayla —la miró con seriedad—. Prométeme que lo hablaremos todo antes de enfadarnos. Cuando te marchaste hace unas semanas… —cerró los ojos—. Dios, Ayla, pensé que iba a morir. No sabía si habías tomado un bote hacia la isla de tu hermano, o si Freya…

—Te lo prometo —dijo, acariciando su rostro.

—Bien —asintió Lachlam—, porque ahora se acerca la batalla decisiva.

—¿Una más? —rio Ayla.

—Sí. La de hablar con tu hermano.

Ayla rompió a reír. Luego besó a Lachlam largo y tendido. No pudieron hacer otra cosa que amarse hasta que asomara el sol.

Lamentablemente, no solo quedaba una batalla más que librar, quedaban varias y la más temida de todas se presentó a las puertas de la fortaleza, cuando ellos acababan de ascender a la cima de la colina.

Desde ahí pudieron ver el mar, plagado de barcos que entraban en la bahía.

Lachlam contuvo el aliento y rodeó con más fuerza a Ayla, que montaba frente a él en su caballo.

—El rey David está aquí, Lachlam —le dijo, sin atreverse a dar la vuelta para mirarle.

—Y parece que no es el único.

El tono ominoso con que el guerrero habló, le hizo saber a Ayla, que no eran buenas noticias.

CAPÍTULO 43

David I de Escocia atravesó el puente levadizo hasta entrar en el patio de armas de la fortaleza McDonald. Lachlam a duras penas tuvo tiempo de desmontar de su caballo y formar junto a sus guerreros para recibir al rey.

Le ordenó a Ayla que se metiera dentro, no deseaba que su presencia pudiera captar la atención del rey, y mucho menos del temible hermano de Braden. Aunque Lachlam siempre había considerado a Alastair un hombre justo, también era irascible y terco. Si había venido a buscar a su hermano, nadie era mejor rastreador que él. Si Freya había escondido el cuerpo de Braden, esperaba que lo hubiera hecho en alta mar, o en una tumba muy profunda. Ante la desaparición y contando con la amistad del rey Olav de noruega, a Alastair no le supondría ningún esfuerzo ser nombrado laird de los McDonald de Skye. Y Lachlam temía que su carácter irascible, hiciera que tenerlo como señor, le llevara más problemas que beneficios.

Lachlam contuvo el aliento cuando el rey pasó el portón junto a sus fieles guerreros. Por supuesto, que Alastair lo acompañaba de cerca.

El rey sonreía, Alastair no.

David se acercó al centro del patio y lo hizo montado sobre un espléndido corcel blanco que braceaba, elegante y movía sus rizadas crines al tiempo que cabeceaba, inquieto ante el ruido de las armaduras. Era un hombre de mediana edad, con una barba algo clara que le daba el aspecto de un sabio. Y lo era, como también inteligente y muy perspicaz: diestro en el arte de la política y de muy buenos modales, influidos por la cultura normanda, donde pasó la mayor parte de su adultez. Así mismo, entendía las necesidades y la bravura de las gentes que poblaban su reino, también las de más al norte y por eso sabía que era imperante unir a los clanes rivales con acuerdos matrimoniales. Se preparaba para cuando las islas cayeran nuevamente bajo su influencia y Olav de Noruega se convirtiera en alguien ajeno a ellos, y no solo ese rey lejano que se interponía entre él y sus deseos. Ser dueño de toda Escocia, islas incluidas. Quería conformar una nación fuerte y estable, y era muy probable que lo lograra.

Sonrió afable. Puede que no tuviera el título de rey de las islas, pero su influencia seguía siendo notoria. Por eso, Lachlam era perfectamente consciente de que le sería difícil inclinar la balanza a su favor, si en verdad estaba empecinado de que la unión de los McDonald con los Ross era lo que más le convenía a sus planes.

Antes de que el rey desmontara o saludara afable, la mirada de Lachlam se debió hacia Alastair. Él no sonreía, ni siquiera mostraba emoción alguna en el rostro. Varios caballeros desmontaron antes que el rey para cubrirlo en caso se ataque, más una costumbre que una preocupación real. Alastair también lo hizo y el gigante les sacaba a todos como mínimo, una cabeza.

Su torso estaba al descubierto, no llevaba camisa alguna, solo la banda de su kilt cubría el pecho cincelado. Sus poderosos brazos estaban adornados con cintas de cuero y sus cabellos, largos hasta más allá del pecho, se adornaban con pequeñas trenzas. Tres para ser exactos. Sus amigos vikingos lo llamaban el de la bella cabellera, y las trenzas que llevaba más que un ritual de buena suerte para el destino, significaban la victoria sobre el mismo. Debería haber muerto tres veces, pero tres veces sobrevivió. Y Lachlam pensaba que podría hacerlo muchas más. Debías ser verdaderamente un dios para vencer a Alastair McDonald.

—¡Querido amigo! —Las palabras del rey borraron a su vasallo de la mente.

La mirada de Lachlam se centró en el rey David, y su mente elucubró todas las formas posibles de hacer su voluntad sin doblegar al capricho de un monarca que ya no era el suyo.

—Majestad —Lachlam inclinó levemente la cabeza en señal de respeto, pero no hizo ademán de nada más.

Antes de poder iniciar una conversación, Struan se apresuró a descender los escalones que daban al salón y por fin Ethan llegó a su lado.

—¿Dónde te habías metido? —le preguntó a su amigo entre dientes.

—Después te lo cuento.

Por su mirada no era nada bueno, pero con el rey frente a ellos, no podían seguir hablando.

David se acercó a abrazar a Lachalm, como si fueran viejos amigos. No era idiota, sabía que en aquellas tierras era poco más que un embajador, pero con Olav inmerso en su guerra civil, tal y como le había informado Alastair McDonald, era cuestión de tiempo que gobernara sobre las islas.

—De haber sabido de su inminente llegada, le hubiéramos proporcionado un agasajo mayor —se apresuró a decir Lachlam.

—Lo que tengas bien a ofrecerme, me complacerá. No lo dudo.

David estaba conciliador. Miró en derredor buscando algo o a alguien.

—¿Puedo ayudaros en algo?

El rey asintió.

—¿Donde está la bella dama Dairine? —preguntó David sin perder su sonrisa—. Es en parte por ella que he hecho un viaje tan largo.

Lachlam se tensó y Ethan intentó que no se le notara su desconcierto.

—No lo entiendo, majestad.

—Oh, ella me escribió. —Por supuesto, se dijo Lachlam—. Mis más sinceras condolencias por la muerte de su esposa.

Lachlam guardó la compostura a pesar de que el temor que sentía le heló las entrañas. ¿A eso había venido? ¿A darle el pésame e imponerle un nuevo matrimonio? No lo aceptaría, antes lo expulsaría de su isla. Sus tierras eran noruegas, no iba a concederle poder alguno como hizo erróneamente en el pasado.

***

Dairine caminaba por su habitación hecha una furia.

Acababa de ver con sus propios ojos como el rey David desmontaba de su corcel.

No podía decirse que no estuviera entusiasmada, seguía teniendo posibilidades de convertirse en la esposa de Lachlam. A pesar de esa maldita bruja.

Esa muchacha salvaje había logrado seducir al laird, y habían llegado hacía apenas una hora. Dairine desconocía el por qué de su ausencia, pero Lachlam se había marchado y no había vuelto hasta encontrarla.

Oh, maldición, y ella que creyó que se había ahogado en el mar. Pero al parecer Braden era un completo inútil.

Se frotó las manos, nerviosa. ¿Dónde demonios estaría ese hombre? Le había enviado una nota hacía dos semanas, cuando no hubo ni rastro de él. Pero no había recibido más

respuesta que la de su hermano menor, Boyld sobre que Braden no estaba en Skye.

—¿Dónde demonios te has metido? —Era imposible que se hubiera pasado casi tres semanas más escondido, dando caza a esa mujer, sin que ella supiera noticias suyas. Pero… Ayla había regresado a la fortaleza y Braden no.

Abrió los ojos con un temor súbito. ¿Y si esa mujer había sido la que acabara primero con su vida? No, imposible. No sería capaz de matar a un laird.

Además, Braden le había dicho que se había llevado a sus mejores hombres. Ayla McLedod sería incapaz de acabar con los bien entrenados guerreros de su amante.

Releyó la carta de Boyld y se le fue formando un nudo en la garganta. El temor la paralizaba.

Mi señora, Dairine, espero esta carta os encuentre bien.

Sobre mi hermano, deciros que no se encuentra con nosotros, por lo que no puedo entregarle vuestras cartas. Quien sí ha llegado y ha tomado el mando de nuestras tierras es Alastair. Mi hermano ha llegado de un largo viaje desde Noruega y pronto estaremos en presencia de nuestro señor Lachlam, pues las noticias son importantes para todos los habitantes de las islas.

¿Alastair? Ese hombre le daba miedo. La había odiado desde siempre, aunque jamás se había atrevido a decirlo frente a su hermano mayor. De todos los hombres que había conocido a lo largo de su vida, él sin duda era el menos manipulable de todos. Incluso Lachlam le daba el beneficio de la duda a todas sus mentiras.

Pero Alastair… quizás supiera que ella misma había mandado matar a su esposo, a su antiguo mentor. De ser así… no habría nada que pudiera hacer para salvar su piel. Alastair era amigo de Olav, pero era un secreto a voces que prefería que las islas quedarán bajo dominio escocés. Era David a quien consideraba su rey, y por eso Dairine tenía miedo. ¿A quién elegiría favorecer el rey, a ella o a Alastair? Sin duda a ese gigante de mirada endemoniada.

Se asomó de nuevo a la ventana y observó a su majestad, y después sus ojos se desviaron hacia el hermano de Braden. No veía al pusilánime de Boyld por ningún lado, pero Alastair destacaría entre un ejército.

Sus manos se pusieron a temblar, sin que pudiera evitarlo.

No querría descubrir como era ser objeto de la ciega ira de ese hombre, y mucho menos después de que hubiera estado tanto tiempo entre vikingos. A pesar de sus ojos negros y su cabello oscuro, podría pasar por uno de ellos solo por su fiereza, agresividad e intransigencia.

Ya no solo temblaron sus manos, lo hizo su cuerpo, de la cabeza a los pies. Al mismo tiempo estrujó la carta.

Se sentó en la cama de su habitación, alejándose de las ventanas, e intentando no llamar la atención hasta poder ver al rey en privado. Aunque era una tontería. Debería bajar de inmediato y ofrecerle sus respetos para ganarse su simpatía.

Sí, se apresuraría a saludar al rey, y se alejaría lo máximo posible de Alastair.

Dejaría que sus lágrimas manipularan al monarca para que le diera lo que quería: ser la esposa de Lachlam McDonald. Y a la vez, se escondería del gigante de Skye y rezaría para que no se interpusiera en sus planes, porque sino…

Apareció una malévola sonrisa bailando en sus labios, y el temblor de su cuerpo desapareció como por arte de magia.

Alastair era un formidable guerrero, pero hasta el más fiero de los hombres, podía caer

ante un veneno letal.

Solo tenía que ser lista, tan lista como lo fue cuando envenenó a su hermana.

CAPÍTULO 44

Ayla se asomó discretamente a la ventana, junto con Amber. Desde allí podían observar el recibimiento del rey. Deseaba pasar desapercibida, no quería causarle problemas a Lachlam.

Sin duda esperaba que su "esposo", se sonrojó al pensar que era suyo, querría hablar con el rey David sobre su boda pagana, o quizás obtener un rápido permiso para casarse con ella antes de que al regente se le ocurriera proponerle como esposa a otra hija de una ilustre familia.

Desde su posición, Ayla podía observar mejor las reacciones de todos para sacar algo en claro. Maery y Dairine, habían bajado para recibir al rey, y aguardaban tras los hombres.

—Mmm… —El sonido de Amber, llamó la atención de Ayla.

—¿Qué?

—Fijaos como mira Dairine a Alastair McDonald.

Ella hizo lo que le pedía. Había más que fuego en aquella mirada. Ese hombre era peligroso, quizás si estuvieran a solas, podría envolver sin titubear, el cuello de Dairine con esas manazas.

—Es curioso —dijo Amber—, con su hermano Braden se llevaban muy bien.

Ayla asintió, sin querer revelar que se llevaban más que bien.

—Quizás los hermanos sean muy distintos.

—¡Lo son! —rio Amber—. Son tres. Boyd es un chico maravilloso. Bueno, no es un chico, es un hombre, solo le lleva cinco años al hermano mayor, pero… a mi parecer debería haber optado por la iglesia.

—¿De veras?

—Es un santo.

Al parecer a Amber le caía muy bien el joven.

—Pues su otro hermano desde aquí no parece un santo.

—Es guapo como un arcángel, con esa cabellera, pero sus ojos… —tragó saliva—. No, Alastair no tiene nada de santo, es un guerrero, y aunque muchos dicen que justo, lo cierto es que es implacable. Decapitó el mismo al laird McClean, y dejó que su esposa y su hija miraran.

—Oh, Dios mío.

Amber asintió.

—¿Y el rey no hizo nada? —preguntó Ayla.

—Eran tiempos de guerra.

Miró de nuevo al guerrero y negó con la cabeza. Desde luego, no iba a permitir que separara la cabeza de Lachlam de su cuerpo.

Miró a su esposo y vio como el rey posaba una mano sobre la cabeza de Struan.

—¿Vuestro heredero?

—Así es, Majestad. Él es Struan, mi hijo —miró al pequeño, muy serio.

El niño lo miró con curiosidad.

—Sois muy alto, tal y como imaginé —dijo el niño.

Todos centraron su atención en Struan y el rey soltó una sonora carcajada.

—¿Lo soy? —inquirió.

—Así es —aseguró el pequeño, muy serio—. Y tenéis un caballo magnífico.

—Un caballo digno de un rey. Pronto tu podrás montar uno igual.

—Ya lo hago, mi padre me deja —miró a Lachlam orgulloso de no montar sobre un pony

—, y también manejo la espada y Ayla me enseñó a tirar con el arco. Practicamos cada mañan…

—Struan —le calló su padre, pero el rey ya había entendido que ese niño, a pesar de su corta edad, se estaba formando para liderar.

—Bien, bien… —No preguntó quien era Ayla, pero su nombre resonaba en algún lugar de su mente. Refrescaría su memoria durante la cena, mientras sus consejeros le ayudaban a tejer planes para afianzar el poder.

—Veo que no llegáis solo.

Alastair se adelantó.

—Así es, mi señor —como corresponde, Alastair bajó la cabeza ante Lachlam.

—Sed bienvenido —miró al guerrero con fijeza y añadió—: Veo que vuestro hermano os ha enviado a vos.

Alastair no movió ni un solo músculo, pero tomó nota de sus palabras.

—No ha podido asistir, porque no lo he visto.

Lachlam fingió extrañeza.

—Al parecer —le dijo al rey—. Braden… ha desaparecido.

Se hizo el silencio y de pronto pareció que cada uno de ellos, estaba en territorio enemigo.

***

Más tarde en el banquete de la noche que Maery se había apresurado a improvisar, los ánimos parecían más calmados. Alastair no había insinuado que quizás los hombres de Lachlam tuvieran algo que ver con la desaparición de su hermano. El rey tampoco había insinuado que Lachlam debía volver a casarse con alguien de su elección. Y Ayla no había hecho absolutamente nada para insinuar que ella era la nueva señora McDonald. Quien sí se había insinuado al rey, sin duda había sido Dairine.

La belleza de cabellos dorados tenía un siniestro plan.

Un sudor frío le recorrió la espalda, cuando Alastair se la quedó mirando desde el otro extremo de la mesa. Sus ojos oscuros y siniestros le hicieron tragar con fuerza mientras intentaba concentrarse en la conversación del rey.

—Lamento tu reciente pérdida, Lachlam McDdonald —declaró mientras tomaba un pedazo de pollo asado que estaba sobre la tabla frente a él, en la mesa.

El laird asintió.

—Gracias, majestad.

—Ishbel Ross fue una gran dama. Te va a costar substituirla.

Mientras lo decía, los ojos del monarca se clavaron en Dairine, que le sonrió, agradecida por sus palabras.

—Mi hermana fue una gran esposa, por supuesto que le costará substituirla.

—Y no obstante… —el rey arrastró las palabras—. Un hombre no puede estar sin una esposa que ponga orden a su hogar. ¿No está de acuerdo, lady Dairine?

—Por supuesto.

Ayla apretó el vaso de vino que tenía entre las manos. No quiso sentarse junto a Lachlam en la mesa, por más que él se lo pidió. Con Dairine tan cerca, no sabía si podría controlarse.

¿Cómo podía hacerlo Lachlam? ¡Esa mujer había matado a su esposa!

Haré que pague, Ayla.

Y ella confiaba en Lachlam. Tenía un plan, estaba segura.

De momento, debían esforzarse en encontrar pruebas que la inculparan. Dairine no podía salirse con la suya.

—No os inquietéis, cuando dentro de poco, Olav me traspase estas tierras y yo sea su regente, os honraré con privilegios por haber sido tan fiel con mis empresas, Lachlam McDonald. Al igual que lo haré con Alastair —el rey levantó una copa hacia el guerrero.

Lachlam supo que de seguro Alastair sería su favorito entre todos sus guerreros. Pero al saberse que Braden estaba muerto, pasaría a ser laird, y el poder que eso conllevaba para un hombre ambicioso como el que tenía sentado a su mesa, podía ser un peligro.

—Os buscaré una nueva esposa para que os dé más hijos.

Si esa declaración molestó u preocupó a Lachlam, no lo expresó, y simplemente agradeció con un movimiento de cabeza sus palabras. Pero sus ojos buscaron los de Ayla, para tranquilizarla, o para tranquilizarse a sí mismo.

Y en ese momento se dio cuenta de que ella ya no estaba.

***

—¡Mamá!

Ingrid abrazó a Ayla con fuerza.

—Hija… —le dijo con cariño. El rostro angelado de Ingrid se iluminó con una sonrisa al ver a Ayla de nuevo.

—¿Cuándo has llegado?

—Hoy mismo —dijo su madre—. El rey quiso pararse en tierras de tu hermano, y yo aproveché y me fui con ellos.

Freya se quitó la capucha al entrar en las cocinas, sorprendiendo a Ayla.

—Corría el rumor que habías desaparecido —dijo Ingrid, mirándola—, así que fui a ver primero a Freya para que me dijera donde te escondías. Si llego a saber que estabas aquí…

Freya se quitó la capa, e Ingrid hizo lo mismo. Se sentaron junto al fuego y todas hablaron precipitadamente y en voz queda sobre lo que había ocurrido en esos últimos meses.

—Freya me ha puesto al corriente.

—¿Y de lo de Braden?

Ingrid asintió, y Ayla vio como los ojos de su madre parecían refulgir. Se alegraba de tenerla siempre de su lado. Era una mujer peligrosa, aunque por suerte era justa.

—¿Y qué hay de Dairine? —preguntó su madre.

Ayla apretó los puños y miró a Freya.

—Está sentada junto al rey, entreteniéndolo con sus sonrisas. Cuando pienso en lo que le hizo a su propia hermana…

Ingrid asintió y Freya miró las llamas de la chimenea.

—Sí, pero no podemos acusarla sin pruebas.

Igrid convino con la otra vikinga.

—No, pero… ¿quién dice que vamos a acusarla?

Ayla vio la determinación en los ojos de su madre, pero la ignoró. Era inútil preguntar algo que ella aún no quería revelar.

—Luego está el problema de Braden. Su hermano está aquí —dijo Ayla.

Eso sí que preocupó a la curandera.

—Lo sé, y Alastair no es un hombre con el que se pueda jugar. No se le puede esconder

nada. Esos ojos… —susurró Ingrid—, lo ven todo.

Ayla tragó saliva.

Hablas como si tuviera un pacto con Odín.

—Más bien con Loki. No te fíes de él, nunca se sabe lo que piensa, es un dios del engaño.

Freya miró a las dos mujeres mientras extendía de nuevo las manos hacia el fuego. Vio danzar las llamas y no se sintió tan insegura y frágil como antes de partir de su cabaña. Quizás porque no estaba sola, ahora eran tres. E Ingrid había portado buenas noticias de su hogar. Su padre, Valadir, la dejaba libre. No tendría que casarse, no hacía falta que se escondiera y, sin embargo, no quería regresar a Irlanda.

—Pase lo que pase —dijo Ingrid, que era la más sabia de las tres por su experiencia—, no consentiremos que los crímenes de esa arpía queden sin castigo.

***

El banquete transcurrió con relativa normalidad y sin incidentes a pesar de que las reservas de whisky y vino se vieron seriamente afectadas y algunas doncellas tuvieron que esquivar a algunos hombres algo impertinentes. Maery, previsora, tenía varios faisanes y tres corderos preparados y con el resto improvisaron con platos típicos de la isla y verduras del huerto. El rey parecía animado mientras hablaba con Lachlam y los nobles que había traído con su séquito.

Alastair había permanecido apartado. Estaba más interesado en Dairine, que nada de lo que ahí se dijera. Ella se sintió al principio inquieta, pero no podía tenerle miedo, debía ponerle remedio a esa situación. Por eso decidió que lo mejor era enfrentarse a él. Quizás los años transcurridos en la corte del rey Olav lo habían vuelto más crédulo a los ardides de las mujeres.

—Alastair —dijo Dairine, sentándose a su lado en el gran banco—. Lamento no haberte saludado como es debido.

Alastair cerró los ojos mirando al frente, y luego como si fuera la mayor de las molestias clavó sus ojos negros en ella. Eso la hizo estremecer, una mujer podía mirar los infiernos desde esas dos ventanas. Tragó saliva.

—Dairine…

La voz de Alastair era tan ronca como la recordaba, reverberaba en tu pecho, te llegaba al alma.

—¿Cuándo llegaste a Skye?

—¿Dónde está mi hermano? —contestó con otra pregunta que Dairine no estaba dispuesta a contestar, no sin evasivas.

—No sé donde está, pensé que…

—Mientes —la cortó, sin alterarse lo más mínimo.

—¿Cómo lo sabes? —dijo ofendida y alzando la barbilla.

—Lo sé.

—No, no es posible que un hombre sepa cuando alguien miente. Tú me tienes inquina y no me soportas. Sabes que tu hermano y yo somos muy amigos y no lo soport…

—Te abres de piernas para él, de vez en cuando, nada más —dijo Alastair, tomando un trago de su vaso de vino—. Nada puede importarme menos. Lo que mi hermano haga con su ramera, me trae sin cuidado.

—¿Cómo te atreves? —le espetó fulminándolo con la mirada.

Alastair suspiró. Parecía el más puro ejemplo de la paciencia, sino fuera de nuevo por sus ojos. Ladeó la cabeza y la enfrentó de nuevo, poniendo el vaso sobre la mesa y lamiéndose los restos del vino de su perfecto labio inferior.

Dairine tragó saliva.

Era tan hermoso como letal.

—No sé donde esta Braden.

Él asintió.

—Te creo, pero… sí sabes por qué motivo ha desaparecido.

Ella se revolvió y después de varios segundos intentando no echar la cena por la boca, carraspeó y cambió de actitud.

—Querido Alastair —tomó la jarra de vino y su vaso para servirle hasta el borde. Lo miró a los ojos, con un acopio de valor que no sabía que tenía—. No sé donde está, pero no le gustaría que tú y yo nos lleváramos mal.

Le tocó el hombro desnudo, y por un segundo Dairine miró esa piel bronceada a pesar de ser invierno, esos músculos fuertes y las crestas que sobresalían bajo la banda del kilt. Era un hombre digno de admirar, lástima que fuera… un demonio.

—Dairine —Alastair se inclinó sobre ella, haciendo que luchara contra el instinto de echar a correr.

—¿Sí?

—Si vuelves a tocarme, te cortaré la mano y la echaré a los perros.

Ella se puso blanca como la cal.

—Yo… yo… —La mano de Dairine se apartó de su cálida piel.

—Y ahora… —le dijo el guerrero, con una calma que no debía sentir—. Corre.

Dairine se puso en pie, y fue muy consciente de como Alastair McDonald se volvía hacia la chimenea y la ignoraba. Vio como su mano cogía el vaso de vino que ella le había ofrecido y… sonrió.

Tomó sus faldas y echó a correr.

Si soltaba una carcajada de triunfo en mitad del salón, era probable que la culparan a ella cuando, a la mañana siguiente, Alastair McDonald apareciera muerto.

CAPÍTULO 45

A pesar de que Ayla pidió ayuda para acomodar a su madre y a Freya en el castillo, ambas se negaron educadamente. Dormirían bajo las estrellas, y compartirían sus andanzas. Las dos tenían mucho de qué hablar todavía. Freya quería saber acerca de sus padres y hermanos, y de como Ingrid había ayudado a la esposa de un gran señor que sufría una extraña dolencia en las articulaciones.

Ayla se quedó con ellas el tiempo suficiente como para que el castillo se fuera quedando en silencio.

Los hombres del rey habían acampado fuera en sus tiendas de campaña, como era costumbre. Echó un vistazo al séquito antes de abrir la puerta de la torre y bajar las escaleras hacia la habitación de Lachlam, a quien no había visto desde la cena. Seguramente seguiría reunido con el rey.

Lo esperó en su alcoba, pues era menester que el rey ocupara los aposentos del señor del castillo. Así que, si estaba en lo cierto y Lachlam la echaba de menos, acudiría a ella.

Sonrió al escuchar sus pasos pesados en la escalera.

Apareció tiempo después. Ella había tenido tiempo de cambiarse y asearse un poco y en esos momentos se estaba cepillando los cabellos junto al calor de la chimenea, sentada en una silla, donde sus brazos y patas estaban bellamente labrados como las garras de un león.

Cuando Lachlam entró, lo recibió con una bella sonrisa que iluminó sus ojos de cielo. Él se detuvo varios segundos para contemplarla desde el umbral. Poco después, cerró lentamente la puerta tras de sí.

Percibió un cambio realmente notable en ella. Lucía más alegre y expresiva, sus ojos eran ahora cálidos y se iluminaban cuando sus preciosos y llenos labios se curvaban hacia arriba. La confianza había regresado a todos y cada uno de sus gestos. La Ayla que Lachlam conoció desde que era una niña, y que había desaparecido tras la ruptura, al fin había regresado.

—¿Por qué será que eres tan hermosa?

—Tal vez porque me iluminas con tus ojos —dijo, encogiéndose de hombros.

—Vaya… —sonrió divertido por sus palabras.

—Tu amor me hace brillar. No es mérito mío.

Lachlam asintió, ante la sincera respuesta.

Pero la expresión del highlander varió.

Lachlam volvía a lucir ese gesto de preocupación que Ayla recordaba, años atrás, cuando el rey anunció su matrimonio con Ishbel Ross. De nuevo, esa extraña desazón coincidía con la venida del rey. Puede que el monarca no hubiese llegado con buenas noticias para ambos. Eso la preocupó y él se dio cuenta por cómo arrugó ligeramente su bello entrecejo.

—Lachlam, ¿va todo bien? —la oyó decir, mientras la veía colocar el cepillo de cedras de jabalí junto a una pequeña mesita, junto a la silla. Mientras tanto, él se acercó a la chimenea y empezó a desatarse la fíbula con la mirada perdida en las llamas.

Suspiró, antes de responder.

—Con el rey, parece que sí. Mañana tendré una audiencia con él. Pero…

—¿Pero?

—Ethan me ha dicho que se ha encontrado un cadáver en el mar. Parece Braden McDonald.

—Dios mío —Ayla tomó aire que pareció quemarle los pulmones. Paseó la mirada por la habitación y luego se sentó, como si no tuviera a donde huir.

Las manos de Lachlam se posaron en sus hombros.

—Ayla, todo estará bien. Estaba desnudo y nadie lo ha reconocido.

—Entonces ¿como sabes…?

—Por el tatuaje de su espalda y por el color de su cabello. Del rostro, hay poco que reconocer —hizo una mueca—, es un milagro que haya aparecido en la playa.

—Freya lo tiró al mar —dijo, especulando la respuesta evidente, puesto que la hechicera jamás le había hablado de qué había hecho exactamente.

—Llevaba unas cuerdas atadas a los tobillos.

—¿Lo hundió con un peso?

Lachlam asintió.

—Desgraciadamente la cuerda se rompió y el cadáver llegó a la costa.

—¿Solo? —preguntó, sabiendo que había más—. Me atacaron tres de sus mejores soldados. Aunque sé que uno escapó herido. Creo recordar que se llamaba… ¿August?

—Sí, August es su mano derecha.

—Su clan no se quedará de brazos cruzados.

—Sin duda, Alastair los echa en falta —aseveró Lachlam.

—Ese hombre me da escalofríos.

A Lachlam le hubiera gustado decir que no era lo que aparentaba, pero no había hombre más temible e impredecible que él. No solo en Skye, sino que supuso que en toda Escocia.

—¿Sabes qué vamos a hacer ahora? —le dijo acariciando su mejilla e inclinándose para besarle la frente—. Vamos a olvidarnos de todo y de todos.

Ayla volvió a respirar.

—De acuerdo —asintió con un brillo de deseo refulgiendo en sus iris azules.

Lachlam se agachó, y se arrodilló frente a ella y, aun así, seguía siendo más alto.

—Para empezar, voy a hacer que todas tus preocupaciones desaparezcan.

Ella sonrió.

—¿Y cómo?

—Voy a hacerte gritar hasta que te quedes sin voz.

—¿Aquí y ahora? —dijo, mordiéndose el labio.

—Aquí, en el suelo, en el lecho… No habrá lugar donde no te arranque gritos y gemidos durante toda esta espléndida noche.

Colocó las manos en sus rodillas y le abrió las piernas, lentamente, hasta descubrir su húmeda cueva. Pero no osaría tocarla, aún no.

Alzó la vista y se topó con sus ojos, mientras empezaba a subirle la camisola, al tiempo que le acariciaba la piel. Cuando la prenda quedó enredada en su estrecha cintura, descendió los párpados para acariciar con los ojos su sexo, húmedo y brillante. Una vez más, los alzó, cosiendo su mirada a la suya.

—Quiero que todo el castillo y sus habitantes sepan quién yace conmigo ahora y quién yacerá en mi lecho lo que me quede de vida.

Ayla soltó un jadeo y él empezó a acariciar sus piernas. Rozó el interior de sus muslos y ella gimió cuando lo dedos de su amante abrieron sus pétalos, húmedos y rosados, con suavidad.

—Deseo tanto beber de ti, Ayla —susurró, frotando su clítoris, sin dejar de mirarla, fascinado—. Tu rostro es aún más bello cuando te doy placer. Oh, si te vieras, amor mío —sus dedos recorrían la alargada apertura, de arriba abajo y Ayla únicamente podía concentrarse en

respirar.

De forma inconsciente, echó el trasero más hacia delante y Lachlam le abrió aún más las piernas. Era tan expresiva, tan auténtica y tan salvaje… Sus mejillas y el puente de su nariz lucían rojos, como sus labios, gruesos, hinchados y entreabiertos. Le introdujo un dedo, luego dos y frotó su interior mientras le apretaba su húmedo punto de placer con el pulgar y trazaba círculos sobre él.

Ayla gimió, sorprendida ante las sensaciones placenteras que solo su highlander sabía darle. Lachlam la acariciaba con maestría, conocedor de sus puntos más sensibles.

—¡Oh! —exclamó, cuando notó una sutil oleada, naciendo en su vientre—. Aaaah. —Echó la cabeza hacia atrás, cuando él pellizcó el clítoris.

—Te gusta, ¿verdad?

—Oh, sí… —su respiración era a cada punto más intensa— ¡Lachlam!

—Eres el ser más mágico que pisará jamás esta tierra —le dijo, frotándola con delicadeza —. Estás tan húmeda, eres tan estrecha y tus paredes tan resbaladizas.

Sus dedos le estaban arrancando un tortuoso placer. Él la miraba a los ojos y podía ver lo expresiva que era. No tenía pudor en mostrar cuanto disfrutaba.

—¡Lachlam! —jadeó, mirándolo con interrogación.

—¿Sí, mi amor? —preguntó, moviendo los dos dedos en su interior, sabiendo que rozaba un punto que la estaba matando en vida.

—Oh… ¡Aaaaah!

—Sí, pequeña, disfruta… cierra los ojos y siente cómo te acaricio, cómo el ardor va en aumento…

—Aaaaah.

Sintió su orgasmo en los dedos. Sus tibias paredes, animadas por la sangre que las recorría, se convulsionaron, señalando el latido de su acelerado corazón. No dejó de acariciarla frotándola más suavemente, hasta que todo acabó.

Ayla lo miraba, extenuada, con los codos apoyados en los brazos de la silla. Estaba despeinada, sus cabellos caían enmarañados sobre sus hombros y sus ojos brillaban colmados. Jadeaba y cada vez que sus pulmones se inflaban para después expulsar el aire, se le escapaba un gemido.

—¿Crees que he terminado? —le preguntó, alzando una deja, mirándola de forma endiablada.

Ayla volvió a gemir cuando él la asió por las nalgas y colocó su trasero aún más al borde de la silla. Ella estiró las piernas, poniendo los pies de puntillas en el suelo, para no caer hacia adelante.

—Quítate la camisola —ordenó, mirándola con una dureza que en realidad prometía más delicias—. Te quiero totalmente desnuda ante mí. Hoy voy a disfrutarte. Lameré, chuparé, morderé cada centímetro de tu piel hasta quedar saciado.

Ayla tragó sálica y, como pudo, obedeció; se sacó la camisola y quedó a expensas de él quien, aún arrodillado, la abrió aún más de piernas.

—Voy… a caerme —jadeó.

—Yo te sostendré.

Asintió, mientras él se acomodaba entre sus piernas.

—Oh, Ayla —dijo, acercando la boca a su hinchada y palpitante vulva—. Quiero oírte gritar.

Sopló sobre su sexo y ella echó la cabeza hacia atrás. Cuando notó su lengua sobre su

sensibilidad, soltó un hondo gemido parecido al de una gata montesa al ser cubierta por su macho. Él lamió, chupó y succionó su punto de placer mientras ella se retorcía bajo su toque. Intentaba mantener la espalda arqueada mientras el interior de sus rodillas descansaba sobre los fuertes hombros de su amado. Lachlam le estaba dando un placer tan exquisito que, si no se detenía, acabaría cayendo de la silla.

—Oh… —apretó los dientes cuando él, mientras lamía, le introducía un dedo, y luego otro.

Sentía que estaba a punto de estallar nuevamente. No se había recuperado de la primera oleada y estaba a punto de alcanzar la segunda. Cuando finalmente llegó, fue más intensa que la anterior, como una poderosa marejada chocando contra los altos acantilados, desquebrajándolos. Ayla gritó de tal forma, que Lachlam no pudo soportarlo más.

Subió sus manos hasta que le rodearon la cintura. Luego tiró hacia abajo y Ayla se deslizó desde la silla hasta el suelo, quedando con la espalda sobre la mullida alfombra, frente al fuego de la chimenea. Lachlam no se había desvestido, pero no tenía paciencia para eso. Se colocó sobre ella, cubriéndola completamente con la inmensidad de su cuerpo, y se alzó la falta. Con las rodillas se hizo un hueco entre sus piernas y de una rápida estocada, la asedió.

Ayla gritó en el justo instante en que se sentía completa. Aún notaba oleadas del anterior orgasmo, y la penetración de Lachlam hizo que toda su piel vibrase como cuando un rayo golpea la tierra, haciéndola estremecer. Protestó ante su retirada, pero lo recibió, completamente abierta, de nuevo.

—Oh, Lachlam —jadeó, mientras él gruñía sobre ella, al tiempo que la empalaba, una y otra vez, una y otra vez.

—No… ¡no pares!

—Jamás —respondió, entre jadeos.

—¡Más rápido! —gemía Ayla—. ¡Más… más fuerte! Lachlam…

—Ayla… —gruñó, cuando empezó a sentir su húmeda cueva, contrayéndose en un nuevo orgasmo—. Estás… caliente…

—Aaaah… ¡Aaaah!

—Estás… muy… caliente… Ayla…

Sentía como sus uñas se clavaban en sus nalgas, como su cuerpo se retorcía de placer debajo del suyo y como sus gritos se acompasaban con el ritmo de sus acometidas.

—Me quemas, Ayla.

—¡No pares!

Lo sintió tan vehemente, que no fue capaz de contenerse. Lachlam se vació en ella, en una descarga tan intensa que lo dejó exhausto.

La besó con ardor, mientras los últimos espasmos lo hacían morir en vida.

Ayla ya no se movía, sólo podía respirar, y temblar mientras el fuego la recorría de arriba abajo.

—Lachlam… —logró decir, mientras se aferraba a su cuerpo, fuerte y vibrante—. Oh, te amo tanto que…

—Te amo, Ayla.

Aún en su interior, continuó besándola, lamiendo su piel, acariciando sus cabellos, que fulguraban a la luz de las llamas, como si ellos mismos fueran una hoguera.

Sus corazones se calmaron lo suficiente como para que ambos pudieran volver a respirar.

Ayla estaba saciada y somnolienta, cerró los ojos e iba a quedarse en brazos de Morfeo, cuando unos fuertes golpes en la puerta los sobresaltaron.

—¡Mi señor! —gritó un soldado.
—¿Qué ocurre?
Lachlam fue hacia la puerta y la abrió de un tirón, como Dios lo trajo al mundo.
—Mi señor —el soldado parecía desesperado—. Es Alastair McDonald… Se muere.

CAPÍTULO 46

Ayla saltó de la cama y en menos de un minuto se había vestido y estaba dispuesta a atender al enfermo.

—Ayla… —Lachlam la llamó, pero ella ya había salido de la habitación rumbo a la sala de guardas, donde Alastair había decidido pasar la noche.

Dos soldados esperaban fuera y no se interpusieron en su camino cuando ella empujó la puerta de la casa adosada a la muralla.

Lo primero que vio fue a su madre, Ingrid, inclinada sobre el guerrero. El camastro estaba contra la pared y los pies de Alastair sobresalían de él, debido a su altura.

—¿Cómo está? —preguntó a su madre, pero fue Freya quien contestó.

—No demasiado bien.

—Ha vomitado todo lo que tenía en el estómago, después de que le diera a beber un purgante. —Ingrid le hablaba a su hija, pero seguía con la mirada fija en el guerrero—. No sé si hemos llegado a tiempo.

—¿Veneno? —preguntó, acercándose.

Ingrid tomó la mano de Alastair y le enseñó las uñas que se estaban volviendo de un intenso color morado.

—¿Hay remedio?

Ingrid asintió, mirando por encima del hombro la pequeña mesa junto a la chimenea, repleta de hierbas que tanto Freya, como Ingrid siempre llevaban en su zurrón.

—Por sus síntomas, hemos preparado el antídoto —dijo Ingrid—, pero no sabremos si funciona hasta que mejore.

—O no lo haga —añadió Freya.

—Sea como sea, tenemos que esperar.

Ayla asintió ante las palabras de su madre.

—Si mañana sigue vivo, querrá decir que ha funcionado —dijo Ayla con convicción y deseando que así fuera.

Alastair era un hombre temible, el hermano de Braden McDonald al que habían asesinado, era más que probable que si llegara a sobrevivir, pediría su cabeza al enterarse de quien lo mató.

Sí, pensó Ayla mirándolo con fijeza, que viviera solo le traería problemas, pero su corazón oraba por él en esos momentos.

Dedicó una oración a Alastair. Freya por su parte, miraba las plantas y raíces que Ingrid había esparcido sobre la mesa para preparar el antídoto.

—Creo que es el mismo veneno que mató a Ishbel —dijo Freya en un susurro, pero las otras dos mujeres la escucharon.

—¿Quién crees que ha podido ser?

Freya alzó una ceja.

—¿Tenemos que contestar a eso?

No hacía falta decir en voz alta el nombre de la causante.

Dairine.

Las tres guardaron silencio, mirándose la una a la otra. Una vez más no tenían pruebas, pero como había dicho su madre, ¿las necesitaban?

—Hay que ser precavidas. Ahora no tiene a Braden McDonald para que mate por ella. —La voz de Freya se escuchó alta y clara—. Así que utilizará veneno para librarse de quien sea un estorbo para ella.

—¿Pero por qué matar a Alastair McDonald? —se preguntó Ayla— ¿Tan mala era su relación?

Lo pensó detenidamente, se había fijado muy poco en ellos durante la cena, por lo que, si había un problema, quizás no fuera tan evidente.

—Esa mujer tiene tantos amigos, como enemigos —se expresó Freya—, quizás Braden era tan amigo, como enemigo sea Alastair.

—¿Crees que es posible que Alastair supiera de todas las fechorías que tanto su hermano, como Dairine, cometieron?

—Quizás lo sepa y no le importe lo más mínimo —le contestó Freya cruzándose de brazos y observando al gigante que agonizaba en la cama—. A los hombres suele importarles bastante poco los crímenes que cometan otros contra los más débiles, a no ser que les afecten a ellos.

Ingrid asintió. La hechicera tenía razón.

—Debemos ser precavidas.

—Vigilaremos lo que bebemos —le dijo Ayla a las demás—, y encontraremos la forma de desenmascararla, o sacarla de aquí.

Mientras hablaba, se dio la vuelta y se dirigió a la puerta de la habitación.

—Hay que avisar a Lachlam —dijo para después pararse y de nuevo centrar su atención en su amiga—. Freya —la llamó.

—¿Sí?

—Han encontrado el cadáver de Braden McDonald.

La hechicera se tensó.

—¿Cómo…?

—Las cuerdas que le ataste a los tobillos se partieron, y acabó en la orilla.

—Maldición —se quejó ella llevándose las manos a la cabeza.

—Pero no te preocupes, nadie lo ha identificado todavía. Pero Lachlam se niega a darle una tumba sin nombre. Al final quiere que se sepa la verdad.

Freya resopló, mientras Ingrid guardaba silencio.

—¿La verdad? La verdad es que matamos a ese hombre y yo me deshice de él, olvidando que alguien vendría a buscarle —dijo en un susurro que todas pudieron escuchar.

Miró como el pecho del hombre subía y bajaba con dificultad. Si sobrevivía, buscaría al culpable y clamaría venganza. Freya no temía por ella, sino por Ayla. No era posible que ahora que estaba tan cerca de su felicidad viniera alguien y se la arrebatara de nuevo. Llegado el momento… tenía muy claro lo que iba a hacer.

—Ya pensaremos en ello mañana —La voz de Ingrid se escuchó cansada—. Ahora id a descansar, mientras yo voy a la cocina a buscar paños y agua fresca. Es posible que tenga fiebre.

—Yo me quedaré —dijo Freya—, haré guardia para ver si hay cambios.

Ingrid asintió, e iba a salir de la habitación junto con su hija, cuando Ayla retrocedió un paso y se lo pensó mejor.

Siguió a su madre con la mirada. Parecía tener el peso del mundo sobre los hombros. Sabía cuanto la afectaba no poder evitar una muerte.

—Freya. —Miró por última vez a su amiga antes de salir—. Los problemas de uno en uno. —La hechicera sonrió a su pesar—. Primero ocupémonos de que Alastair McDonald

sobreviva, y después pasemos a encargarnos de Dairine.

—Yo diría que lo primero es encargarse de que Dairine no envenene a nadie más —dijo Freya, alzando una ceja.

—Eso sería muy sensato.

—Y mientras me encargo de que el gigante no se mura… pensaré en como intentar ocultar que matamos a su hermano.

Ayla no respondió a las palabras de la hechicera, pero asintió derrotada. Los problemas de uno en uno, pero… ¿y cuando había tantos?

—Sí —dijo finalmente—, luchemos en diferentes frentes.

Pensativa, Ayla cerró la puerta tras de sí.

Freya se quedó sola en la habitación y miró al formidable guerrero. Una cama demasiado pequeña para un cuerpo tan grande. Tenía posibilidades de sobrevivir. Un hombre con estatura normal estaría muerto, pero la cantidad de veneno para acabar con un alguien tan grande…

Suspiró y se volvió para mirar el fuego. Haría la primera guardia de la noche.

Las llamas calentaron su rostro. Y como su mirada estaba fija en esa danza, no vio como Alastair McDonald abría los ojos.

No estaba inconsciente, ni dormido. Uno podía obtener mucha información haciéndose el indefenso y escuchando con atención. Uno podía descubrir muchas cosas, como por ejemplo quien había matado a su hermano.

Bien, solo tenía que sobrevivir para hacer justicia.

***

Cuando Ayla cruzó el patio de armas y fue directa a la cocina para hablar con su madre, vio por la puerta abierta que daba a ellas, como dos figuras hablaban con gesto severo. Lachlam mantenía una conversación con Ingrid y estaba convencida de que hablaban del estado de Alastair.

Respiró hondo e iba a reanudar la marcha cuando alguien la llamó.

—¿Ayla?

La voz familiar de la mujer, le puso los pelos de punta.

Se volvió hacia ella y sus cabellos parecieron destellar cuando se acercó a la luz de una antorcha.

—¿Ya se ha muerto? —preguntó, sin molestarse ya en fingir preocupación.

Ayla la miró con rabia.

—No, Dairine. No está muerto.

—¡Oh! —No escondía ni de lejos, el regocijo que sentía al saber a Alastair en este estado.

—Tendrás que esforzarte más la próxima vez —respondió Ayla.

Una risa incontenible se le escapó a la beldad de cabellos dorados, mientras apartaba la mirada de aquella chica a la que consideraba un estorbo para sus planes.

—Ayla, ¿me crees capaz de hacer algo así?

—Sé de lo que eres capaz, Dairine —apretó los puños, dio un paso hacia ella y por primera vez pudo ver como le cambiaba la expresión. La vio cejar en sus burlas y en su rostro se reflejó una punzada de terror—. No voy a permitir que te salgas con la tuya.

Pero lejos de retroceder, Daerine se recuperó y dio un paso hacia ella.

—¿Cómo lo impedirás?

—Te desenmascararemos.

—¿Con qué pruebas? —sonrió—. No tienes nada —aseguró, volviendo a estirar la comisura de sus labios—. Me tienes ojeriza desde que llegaste, eso le he dicho al rey. Eres una mujer siniestra, como las otras dos brujas que andan por aquí. Un par de palabras más y convenceré a su majestad del peligro que eres, de lo que le hiciste a Ishbel…

No vio venir la mano que se estrelló contra su rostro.

Dairine la miró, conmocionada.

—La próxima vez que insinúes algo así, te sacaré la lengua con unas tenazas y te la cortaré —amenazó Ayla—. No vas a salirte con la suya. El rey y todos lo McDonald sabrán que eres una asesina. Mataste a Ishbel y ahora has intentado envenenar a Alastair.

—Pruébalo —respondió, con los ojos abiertos por la rabia—. No podrás y como te he dicho, ya he prevenido al rey del odio que me tienes.

—No puedo decir que no te odie, pero sí te digo que no te saldrás con la tuya. Por fortuna, mi madre está aquí —la miró con una sonrisa en la cara—. Puede que ni Freya, ni yo tengamos los conocimientos necesarios como para curar a Alastair, estando en semejante estado, pero mi madre… —Ayla soltó una carcajada—, mañana estará rebosante de vida y, entonces, quizás pueda decirnos quien lo envenenó.

Dairine guardó silencio por un instante. Su mente voló a toda velocidad. Era imposible que Alastair se hubiera dado cuenta del veneno que echó al servirle la copa de vino. Aunque tampoco dudaba de que quizás la acusaría sin pruebas. Era un hombre que no carecía de enemigos, pero… ¿alguno tan valiente como para atreverse a quitárselo de en medio?

Optó por la estrategia que siempre le funcionaba.

—¿Veneno? —dijo Dairine como si le pareciera absurdo.

—Veneno, el mismo que mató a tu hermana —sentenció Ayla—, así que si consigue decirnos quien ha sido, también sabremos quien mató a Ishbel.

La expresión en el rostro de Dairine mudó.

—¡No me calumniaras! —gritó, fuera de sí. Aunque lo que realmente quería decir es que no iba a permitir que la atraparan—. Quien envenenó a Ishbel, fuiste tú, maldita bruja. ¡Quieres quedarte con Lachlam, pero no te lo voy a permitir!

—Tranquilízate, Dairine —le dijo Ayla—. Yo que tú, aprovecharía la oscuridad de la noche para huir y no volver jamás.

La dejó sola, como si ya hubiera tenido suficiente de su endemoniada presencia. Entró en las cocinas donde estaba Lachlam y su madre.

Dairine pateó el suelo y rugió como un animal herido.

No era posible que perdiera la batalla.

Corrió hacia la puerta que daba a los establos y los atravesó hasta las dependencias de los guardias. Algunos estaban fuera, alrededor de una improvisada hoguera.

—Buscó a un hombre…

El hombre fornido con una cicatriz que le recorría el cuello, la miró.

—¿Te sirvo yo, preciosa?

Dairine se quitó la capucha y los presentes tragaron saliva.

—Perdonadme, mi señora —todos guardaban respeto a Dairine, pues todos sabían que era la amante del laird. Quien pagó sus salarios cuando a Braden McDonald se le torcieron las cosas.

—Ve a buscar a August, deprisa.

No tardó en hacerlo, y el fiel guerrero de Braden apareció ante ella. Dairine se fijó en que

tenía un brazo vendado, una herida causada por el mordisco de ese maldito lobo. Le hizo un gesto con la mano y el hombre la siguió hacia las sombras cuando ella decidió apartarse un poco.

—No pueden verme por aquí —le dijo él, agarrándola del brazo, como si no fuera una dama—. Esas dos podrían reconocerme.

—No lo harían si te hubieras marchado como te dije.

Él se ofendió.

—Estaba herido, era imposible que me hubiera arrastrado hasta un barco sin levantar sospechas.

Dairine avanzó un paso y lo enfrentó.

—Deberías tener en cuenta una cosa: Si yo no te hubiera encontrado y curado las heridas, te aseguro que no habrías sobrevivido, así que me debes no solo lealtad, sino también la vida.

El guerrero apretó los puños, no parecía muy convencido de ello.

—Estar cerca de vos, es peligroso. —*Vos sois peligrosa*, quiso agregar, pero no lo hizo. Miró a su alrededor y los otros soldados fueron discretos, marchándose al interior de la sala que ocupaban como dormitorio—. A los pocos hombres del laird que han venido con Alastair, les he pedido que digan que he llegado con ellos y que me marché hace semanas.

Si las mujeres no lograban reconocerlo, tendría una coartada para no ser sospechoso.

—Haz lo que te parezca —le dijo Dairine—, pero tienes una deuda conmigo y me la voy a cobrar.

Eso no le gustó nada al soldado, pero no tuvo más remedio que callar.

—¿Qué deseáis?

—Que acabes lo que empezó Braden, pero no seas tan estúpido de morirte tú también.

—¿Por qué tengo que ser yo? —espetó, temiendo que se buscaría más problemas, cuando apenas había sobrevivido por los pelos—. Podéis envenenarla.

Dairine lo fulminó con la mirada.

—Eres un inútil. Haberla matado cuando teníais ventaja sobre ella y estaba sola en el bosque.

—Es más peligrosa de lo que creéis.

—Mátala —le exigió, susurrando como una serpiente—. No te resultará difícil clavarle una espada en el pecho, es sólo una mujer.

—Señora…

—¡Basta! —lo cortó, avasalladora—. Llévate a tus hombres a ese bosque maldito cuando ella vaya a buscar hierbas para hacer sus pócimas. Sin duda, intentará salvarle la vida a ese gigante de Alastair. Cuando salga de la fortaleza, id tras ella.

Su tono no dejaba lugar para discusión alguna.

El hombre agachó la cabeza, muerto su señor, esa mujer seguía teniendo poder sobre los McDonald, fueran de la isla de Skye o de Uist.

—De acuerdo, lo haré.

La expresión de triunfo de Dairine podría haber cegado al mismo sol.

—Entonces, estamos de acuerdo. Mata a Ayla McLeod y yo te daré tu parte del tesoro de Santa Margarita, ahora que Braden no está. —Alzó una mano para acariciarle el rostro—, nadie tiene por qué sospechar de ti.

Dicho esto, se apresuró a cubrir su cabeza con la capucha de la capa y volvió a sus aposentos.

Las palabras de Dairine eran ciertas. Nadie tenía por qué sospechar de los fieles hombres de Braden pero…, una silueta se movió entre las sombras, la misma que había seguido aquella

noche a Dairine, escaleras abajo, hasta presenciar la conversación con Ayla y con ese hombre quien ya había intentado deshacerse de ella.

Sus secretos no estaban a salvo.

Los de ninguno.

CAPÍTULO 47

Al parecer la muerte no estaba dispuesta a llevarse a Alastair McDonald, al menos no todavía. Pero Ayla sospechaba que, si Dairine seguía cerca, era una amenaza para el guerrero. De momento, se encargarían de que el gigante siguiera respirando, no podían hacer más.

El rey había sugerido salir de cacería, pero el tiempo aquella mañana no acompañó y para cuando horas después lució el sol, Dairine lo había entretenido con historias y juegos de ajedrez frente al fuego.

Intentando que Alastair mejorara, las tres mujeres habían partido hacia el bosque: en la cabaña Freya guardaba remedios que podrían serles útiles. Pero se habían negado a dejar al guerrero a su suerte, por lo que Maery y Amber habían prometido turnarse, aunque ninguna de las dos sabía quien era la causante del mal que acechaba a Alastair.

Pasaron la mañana en el bosque y deshicieron el camino a casa, bien entrada la tarde.

Ingrid se había rezagado pues había decidido hacer una ofrenda a los dioses para propiciar una pronta recuperación del enfermo. Freya y Ayla, decidieron seguir el camino de vuelta a la fortaleza para no preocupar a Lachlam.

Cayó la noche. Llevaban un rato caminando entre la oscuridad del bosque, siguiendo el sendero principal. Lobo iba con ellas, un poco más retrasado. A veces se adentraba entre los árboles, pero después regresaba y se dejaba ver.

Avanzaban en silencio, escuchando todo en derredor. El bosque no estaba callado, las aves nocturnas cantaban para delimitar sus territorios y a veces algún roedor hacía agitar los helechos. Freya siempre parecía estar en estado de alerta, miraba a todas partes, sin perder detalle. Ayla estaba más relajada porque Lobo no había dado señales que le indicaran que estaban en peligro, hasta que Freya posó la mano en su hombro, haciendo que se detuviera.

—¿Qué pas…?

La hechicera se llevó el índice a los labios, haciéndola callar.

Ayla miró a Lobo, y esta vez sí lo vio con la mirada clavada hacia un punto fijo, en el sendero, frente a ellas. Acababa de detectar algo y de repente, agachó la cabeza y el pelo de su lomo se erizó, haciendo que pareciera el doble de grande de lo que era.

Freya la instó con un gesto a salirse del sendero. Puso su mano en la empuñadora de su espada cuando se agacharon para ocultarse tras unos arbustos, pero no la desenvainó. Ambas aguardaron un buen rato hasta que empezaron a escucharse los cascos de unos caballos al paso.

—¿Qué demonios…? —susurró Freya.

No tardaron en aparecer ante sus ojos cinco guerreros con los colores de los McDonald de Skye.

Ayla reconoció de inmediato a uno de ellos y miró a Freya para entender si ella había hecho lo mismo. Cuando le devolvió la mirada y asintió, fue consciente de que así era.

—Es el bastardo que logró huir. August —dijo Ayla en voz queda.

—Han venido a terminar su trabajo.

Freya asintió.

—Esperemos que pasen de largo —le dijo, pero cuando pasaron junto a ellas, los caballos bajaron el ritmo hasta detenerse.

August había levantado el puño y miraba alrededor, buscándolas.

Ayla se dio cuenta de que Lobo había gruñido y respiró hondo mientras esperaba que

ellos continuaran, pero no sucedió. August McDonald desmontó de su caballo, y desenvainó la espada.

—Maldición.

Freya no era de las que se negaban un buen combate.

—Acabemos con esto de una vez.

Ayla tiró de la manga de su vestido para persuadirla, pero fue inútil. La vikinga entendía que era momento de enfrentarse a ellos y terminar de una vez por todas. Como también tomó la determinación de acabar con Dairine cuando la encontrara desprevenida. No eran los fuertes los que sobrevivían, sino los inteligentes, los que sabían cuando atacar y cuando retirarse. Y ahora había llegado el momento de luchar.

Freya desenvainó su espada despacio, ocultándola entre las ramas de un helecho para que ningún reflejo de la luna en su hoja delatara su posición.

Lobo gruñía, pero tan bajo que casi era inaudible.

Ayla, por su parte, temió que saltara hacia los soldados McDonald que acompañaban a ese bastardo que había intentado matarla. No iba a permitir que a Lobo le hicieran algún daño, así que tomó la iniciativa.

Despacio, Ayla se puso en posición. Alzó el codo, sacó una flecha de su carcaj, tensó el arco y relajó los dedos. La flecha se deslizó suavemente y, tras navegar por el aire con un siseo, atravesó el cuello del guerrero que iba más retrasado.

El hombre cayó de su montura como si de un fardo se tratase. Entonces empezaron los gritos, las prisas por desmontar y ocultarse. Vio a August agacharse y correr hacia los árboles, buscando un refugio que lo salvara de las flechas certeras de Ayla.

—¡Maldita bruja! —gritó, mientras se escondía— ¡Esta vez acabaremos contigo!

—No lo creo —susurró Ayla, que no delató su posición.

Volvió a tensar el arco y apuntar.

Un jadeo agónico se escapó de la boca del segundo soldado al que derribó sin demasiado esfuerzo. Bajo la luz de la luna, las ramas y el manto de helechos se mecían con los movimientos de los soldados, de una manera ominosa.

—¡Súbelo al caballo! —exclamó un soldado a otro. Ayla se dio cuenta de que no le había atravesado el corazón, sino simplemente la flecha se había clavado en su hombro.

El hombre resopló, pero hizo lo que le ordenaban.

Entonces, Freya aprovechó para salir de entre las sombras. Se colocó tras él, le tapó la boca para que no pudiera gritar.

Con un imperceptible sonido, la hoja se deslizó sobre su cuello, cortándoselo de un tajo. El guerrero cayó al suelo entre un borboteo de sangre, mientras Freya presurosa, retrocedía dos pasos y se escondía tras el tronco de un viejo árbol.

—Uno menos —le dijo, por señas a Ayla, quien no se lo pensó, y disparó su siguiente flecha.

Cuando el tercero asomó su cabeza y Ayla le segó la vida, los otros dos se dieron cuenta de donde se encontraban situadas. Con rapidez y viendo que se iban acercando, las mujeres tuvieron a bien ocultarse de nuevo.

—¡Malditas brujas! —gritó August, desquiciado, al ver a sus tres guerreros en el suelo, desangrándose.

Ayla y Freya permanecieron ocultas mientras esos dos inútiles seguían dando vueltas, buscándolas.

—Están entre los árboles —dijo el más joven.

Ayla rezó para que Lobo no se precipitara contra ellos. El animal de repente había desaparecido de su campo de visión, pero estaba segura de que seguía ahí, al acecho, buscando el momento más propicio para el ataque.

El bosque quedó en silencio, como si ninguna alma humana morara dentro de sus límites. Pero de pronto, ocurrió lo impensable.

—¡Ayla! ¡Ayla!

El rostro de esta se puso blanco como la cera, perdió todo el color al darse cuenta de quien la llamaba. Miró en dirección a Freya para que le dijera que solo eran imaginaciones suyas, un espejismo. Porque… Struan no podía estar ahí. No en medio de la refriega.

No supo de donde venía su voz alterada, hasta que volvió a gritar. El pequeño apareció corriendo por el camino, delatando su posición.

Cuando los dos hombres miraron en esa dirección, Ayla sintió que se atragantaba con su propio corazón.

¡Struan! Quiso gritar. Acababa de pararse en mitad del sendero, arrastrando una espada y con un enorme escudo atado a la espalda.

—¿Qué demonios…? —Ayla empezó a entrar en pánico.

No podían arremeter contra Struan, era el hijo de su señor. ¡No se atreverían!

Pero por como August salió disparado en su dirección, Ayla supo que según quien ganara la batalla, las muertes quedarían silenciadas en ese bosque.

Ayla no podía permitir que Lachlam perdiera a su mujer y también a su hijo, debía hacer algo.

Antes de que August lo capturara, pues esa era su clara intención, Ayla salió de su escondite.

—¡Alto! —gritó, sabiendo que era a ella a quien buscaban.

Pero si Ayla no iba a permitir que Struan sufriera ningún daño, Freya no permitiría que nada malo le ocurriera a Ayla. La apreciaba sinceramente, como hija de su mentora, y como igual. No podía morir. No ahora que su felicidad estaba tan cerca.

Así que la hechicera corrió como lo haría un alma desesperada y saltó sobre el otro hombre, desde un lugar más elevado al haber trepado a unas rocas. Cuando se dejó caer el soldado rugió, alertando a August que se había detenido antes de llegar a Struan.

Cuando Ayla empezó a correr hacia el niño, se dio cuenta de que, aunque August llegara antes, no podría tocarlo. No, si no quería que le ocurriera lo mismo que a su señor.

Lobo había salido del bosque. Alcanzó a Struan y esperó a Ayla con sus dientes descubiertos, hasta que ambos se interpusieron entre August y su objetivo.

—¿Qué demonios piensas hacer?

La mirada del hombre era de pura rabia.

—¡Matarte! —respondió—. Tú y tu maldito perro matasteis a nuestro laird, es justo que os devolvamos el favor.

Ayla dejó caer el arco y las flechas y desenvainó su espada.

—¿Un cuerpo a cuerpo, mujer? —se burló August—. No seas ridícula.

Ayla recordó todo lo aprendido con su hermano, y también aprovechó la ventaja de que todos la subestimaran.

—Quédate aquí con Lobo, Struan —dijo, ignorando a August—. Todo saldrá bien.

El niño asintió, golpeando su escudo con la espada de madera.

—¡Empecemos, bruja!

Ayla no se hizo de rogar, avanzó con grandes zancadas, cubriendo la distancia que los

separaba. El primer golpe fue tan fuerte que August por poco se caer de espaldas. Sentirte tan endeble frente a una mujer lo enfureció, y empezó a cortar el aire con el filo, pero Ayla era demasiado rápida.

A su lado Freya seguía esquivando la hoja afilada del soldado con quien le había tocado luchar. Pero a diferencia de August, el hombre no tenía velocidad, ni temple y Freya se dispuso a terminar aquello con rapidez.

A fin de que quitarle su espada Freya, de un solo tajo, sesgó la muñeca de su contrincante. La mano cayó al suelo, junto con la espada que aferraba.

El pobre desgraciado cayó de rodillas entre alaridos, al tiempo que, con la mano que le quedaba, se apretaba el muñón del cual salía sangre a borbotones.

La norteña se dio la vuelta, observándole desde su altura, pues el soldado yacía a sus pies, gritando y llorando la pérdida de su miembro.

Ayla pudo ver como palideció el rostro de August.

—Cinco hombres contra dos mujeres, y de nuevo el resultado ha terminado muy mal para ti —dijo, con una sonrisa de medio lado.

—Maldita —rugió August entre dientes, pero nadie podía decirle que eso no era cierto.

Soltó un golpe contra la espada de Ayla y esta se vio obligada a retroceder.

—¡Ayla! —gritó Struan—, por favor no te mueras.

—No tengo la más mínima intención.

August la miró con furia.

—Podéis vencerme, o no. Pero estáis loca si pensáis que ella no os dará caza.

Ayla apretó los labios, sabía a quien se refería.

—Iré con cuidado con lo que beba o coma —Se lanzó hacia delante para clavarle la espada en el costado, pero August esquivó el golpe—. No creo que pueda superarme con una espada.

—El veneno siempre ha sido más efectivo para ella —dijo August—. Pero sois tan lista. No se atrevía a daros de beber nada que pudierais oler primero.

—Y por eso os ha enviado a vos, ¿no es así?

August soltó una risa cavernosa, y volvió a atacar.

—¡Debéis morir! —rugió, lanzándose sobre ella.

Ayla esquivó el golpe, haciendo rotar su espada cuando el soldado golpeó su hoja. El embate arrancó la espada de la mano de Ayla, o eso creyó August, pero en realidad… Ayla llevó las manos a su espalda, donde su cinto mantenía sujeta la vaina de una daga. La deslizó sin ceremonias y adelantando la pierna derecha, estiró el brazo hasta clavarle la hoja en el costado. El brillante cero atravesó piel, cartílago y llegó al hueso de las costillas.

—¡Maldita! —gimió August, que retrocedió con la mano en su costado, sujetando la daga que Ayla le había clavado, por la empuñadura.

Se la sacó y la miró, incrédulo. Después, sus ojos fueron los que se clavaron en ella. Lobo empezó a aullar. No era una advertencia, era un canto de victoria.

Cuando August cayó de rodillas y sus ojos se pusieron en blanco, supo que todo había acabado.

El cuerpo inerte se desplomó.

Freya observaba a Ayla con una expresión de orgullo. Después desplazó su mirada por todo el panorama desolador que las rodeaba.

Muerte y sangre por doquier.

—Vaya… —dijo, poniéndose la espada al hombro, mientras de sus labios nacía una

sonrisa siniestra—. Eres fantástica, chica.

Pero la placidez no regresó al bosque. El hombre de quien se había encargado Freya seguía gritando, retorciéndose en el suelo.

—¡Malditas perras! ¡Os mataré! Os juro…

Freya puso los ojos en blanco y dando media vuelta con la espada surcando un medio círculo, le sesgó el cuello de un tajo y su cabeza voló por los aires hasta caer al suelo y rodar dos o tres codos.

Ayla abrió la boca, pero enseguida la cerró.

—Dioses, no había otra forma de que se callara —se disculpó.

Ayla miró a Lobo y luego volvió sus ojos hacia ella, con una expresión de reproche.

—Ahora no tenemos quien le diga al rey qué ha pasado aquí.

—Mejor así —se apresuró a decir Freya—, es muy probable que hubieran cambiado la historia. —Negó con la cabeza—. Creo que no eres consciente de lo manipuladora que puede llegar a ser Dairine.

—Créeme, lo sé —Muy a su pesar, tenía razón.

—Bueno… —las dos mujeres se volvieron para mirar atrás, a sus espaldas. Lobo ladeó la cabeza para observar a Struan.

A Ayla le faltó tiempo para ir a abrazarlo. Lo sostuvo entre sus brazos a varios palmos del suelo.

—Suéltame, no soy un niño.

Ella lo ignoró y lo abrazó con más fuerza.

—No importa. Niño o no, me has dado un susto de muerte.

El niño le acarició la mejilla a Ayla, como si él fuera la persona adulta dispuesto a consolarla.

—Yo también me asusté cuando vi que el soldado malo venía a por ti.

Así era, iba a por ella, pero… ¿cómo lo sabía Struan? Ya hablaría con él a su debido tiempo.

—¿Volvemos a casa? —insistió el pequeño—. Hay algo que quiero contarle al rey —dijo Struan.

—¿Al rey?

La conversación quedó interrumpida cuando Ayla, tras escuchar los cascos de unos caballos, acercándose, se levantó y avanzó a grandes pasos en su dirección.

—Maldición, ¡vienen más! —exclamó Freya,

Las dos chicas y Lobo, se colocaron frente al niño para protegerlo. Sólo cuando estuvieron más cerca, Ayla reconoció la figura de su esposo. Su corazón, que latía desbocado, pareció relajarse ante esa visión.

—¡Ayla! —gritó Lachlam al verla.

Las mujeres suspiraron aliviadas y apoyaron sus espadas.

Junto a él iba Ethan, además de seis de sus mejores hombres.

—¿Qué diablos…? —empezó a decir el lowlander, al ver la sangría que las rodeaba.

Había cinco hombres muertos y tanto Ayla como Freya parecían haberse bañado en sangre.

De los labios del impetuoso guerrero surgió una risa plagada de orgullo.

—Recordadme que jamás os lleve la contraria, mis hermosas… y letales damas.

Freya alzó una ceja e inclinó la cabeza, aceptando el cumplido.

—¡Lachlam! —Ayla, corrió hacia él.

Cuando el highlander desmontó, se fundieron en un sentido abrazo mientras los demás miraban a su alrededor, asombrados.

—¿Los habéis vencido vosotras dos solas? —preguntó Ethan con un silbido posterior.

—Sí, esta vez, Lobo y yo solo hemos mirado —intervino el pequeño Struan, abrazado al pelaje blanco de su amigo de cuatro patas y viendo, feliz, como su padre y Ayla se abrazaban.

—Me estás quitando muchos años de vida, niña. —Lachlam tomó su cabeza entre las manos y buscó sus labios, a los que ella se entregó gustosa.

Al tiempo, Ayla alzó la vista para mirar a Lachlam con un profundo amor, y alivio.

—¿Cómo sabías que estaba aquí? —preguntó Ayla.

—No lo sabíamos.

La mirada de su esposo recayó en su hijo, que pareció volverse pequeño.

—¿Struan? —preguntó Ayla, interrogante.

—Es que oí como ordenaban a August matar a Ayla, entonces estuve vigilándolo y cuando salió con sus hombres… fui tras ellos.

—¿A caballo?

El niño se encogió de hombros.

—Sí, hasta que me caí.

—¿Te caist…? —Lachlam se llevó una mano a la frente, pidiendo paciencia. Y Ayla una al corazón, dando gracias a Dios de que el pequeño hubiera esquivado a la parca.

—Sí —dijo con orgullo—, pero ya estaba muy cerca, así que tomé el escudo y la espada y vine corriendo a salvar a Ayla —golpeó con orgullo su escudo y Lachlam miró al cielo pidiendo paciencia.

—¿Y a todo esto, de donde has sacado ese escudo?

—Lo robé de la armería. —Lachlam volvió a gruñir—. Lo he usado bien, papá.

—Cielos… —dijo su padre, cerrando los ojos y pinzándose el puente de la nariz.

—Lo siento mucho, Ayla —se disculpó Struan, mirándola mientras hacía un puchero—. Pero no me podía quedar de brazos cruzados cuando me enteré de sus intenciones.

Lachlam seguía sin querer abrir los ojos.

—No le quites mérito al muchacho —Ethan, se dirigió a su amigo.

—Todavía no comprendo cómo has podido cargar con eso hasta aquí, enano —dijo Freya, revolviéndole el pelo.

Cuando Lachlam se acercó a Struan, Ayla contuvo el aliento, pero este solo se arrodilló a su lado para darle un fuerte abrazo. Algo cálido empezó a esparcirse por el interior de su pecho. Amor.

—Y ahora —gritó Ethan, captando la atención de todos—, ¿qué tal si volvemos antes de que el rey se pregunte donde demonios está todo el mundo?

Freya meneó la cabeza, mientras Struan soltaba una carcajada.

—Vámonos —Ethan alzó al niño sobre su montura y este gritó entusiasmado.

—¿Vamos a correr como el viento? —preguntó el pequeño.

—Mejor andar despacio con esta escasa luz, ya nos podremos partir el cuello otro día.

—¡Ethan! —gritaron al unísono Lachlam y Ayla.

CAPÍTULO 48

Todos marcharon hacia la fortaleza, pero Ayla y Lachlam decidieron retrasarse para permanecer un tiempo a solas.

—¿Estás bien? —El highlander la miró de arriba abajo, con preocupación—. ¿Estás herida?

—La sangre no es mía, no te preocupes —respondió, sonriente, mientras sacaba la daga del costado de August y limpiaba su hoja con el kilt del muerto.

—¡Sí, estás herida! —exclamó, viendo una mancha de sangre en la manga de la camisa de Ayla.

—Sólo es un rasguño —respondió, quitándole importancia.

La abrazó con fuerza, hundiendo el rostro en su melena.

—Tuve un mal presentimiento y no me equivocaba.

—No es nada, Lachlam —se quejó—. Estoy bien.

La besó con ardor y ella correspondió de igual forma.

—Si no me atraviesa una espada, tú acabarás matándome de un disgusto —dijo, apoyando la frente contra la suya—. Si te llegara a pasar algo…

Se abrazaron de nuevo y pronto sus corazones empezaron a latir desbocados, al tiempo que su sangre comenzaba a arder. Los besos se tornaron húmedos y las caricias insistentes.

—Vamos —dijo, cogiéndola de la mano—. Cerca de aquí pasa un riachuelo. Necesitas lavarte esta herida antes de que se emponzoñe.

Lachlam ató a su caballo a la rama de un árbol y sin soltar la mano de Ayla, caminaron varios metros hasta que, guiados por el sonido del agua, dieron con el arroyo.

Se acercaron a la orilla y la hizo sentarse en la pequeña playa de pequeñas piedras.

Sin decir nada, Lachlam empezó a quitarle la camisa con cuidado.

—Ayla —dijo al fin, cuando al estirar la tela, la herida sangró un poco—. No voy a permitir que vuelvas a marcharte sola, ¿me has oído?

—¿Para qué pierdes el tiempo intentando que te escuche? Sabes que no pienso hacerte caso.

Él la miró con preocupación. Pero no la regañó. Habían acordado no volver a discutir, además, a estas alturas conocía bien a Ayla como para saber que llevarle la contraria era del todo inútil.

—No tienes remedio, ¿verdad?

—Me temo que tendrás que aprender a vivir con ello.

—Me temo que sí —resopló, vencido.

Mojó un paño con el agua corriente. Luego descubrió del todo su brazo izquierdo y empezó a dar pequeños toquecitos sobre la herida. Mientras tanto, Ayla lo miraba, divertida.

—¿Qué te hace tanta gracia, niña?

—Sólo me resulta curioso —respondió.

—¿El qué?

—Lo que estás haciendo —aclaró—. Es algo que llevo soñando hacer desde niña.

—¿Que un enemigo te corte en el brazo con una espada? ¿Este es tu gran sueño de la niñez?

—No, tonto. —Le dio un golpecito amistoso en el hombro—. Aunque luchar en una

contienda y vencer, por supuesto, siempre fue algo que pensé que me gustaría vivir, ciertamente.

—¿Y ha resultado ser de tu agrado el que casi te maten por tercera vez y la posibilidad de matarme a mi de preocupación?

—Bueno —se encogió de hombros—. Ha sido… excitante.

—¿Excitante? —estaba indignado— ¿¡Excitante!?

—Sí. Y además, me siento aún más segura de mis capacidades. —Lachlam resopló, mientras ella seguía hablando—. Ahora me doy cuenta de que puedo sacar fuerzas de donde no las hay y salir victoriosa de cualquier situación a la que me enfrente. Pero si he de ser sincera, no podría asegurarte que quisiera repetirlo.

—¡Jesús! ¡Cuanto me alegro! —clamó al cielo con los ojos, aliviado.

—Aún así, deseo seguir entrenando con la espada. Por si acaso tenga que defenderte alguna que otra vez.

—¿A mí? ¿Defenderme a mi de quién?

—De cualquiera que intente hacerte daño —dijo, esta vez muy seria—. A ti, a Struan y a todos los McDonald. Lachlam, daría mi vida por las personas que amo. No lo olvides nunca.

En ese momento, Lachlam se dio cuenta de la gran mujer que tenía ante él. Una chica impulsiva, sí. Cabezota, también. Pero leal, valiente y extremadamente protectora. Como una loba, que cuida de su manada.

—Estoy muy orgulloso de ti, mi loba de las Highlands —dijo, mirándola con intensidad —. Gracias por proteger a Struan. Gracias por cuidar de todos nosotros.

—Sólo he cumplido con mi deber —respondió, mientras notaba cómo se le empañaban los ojos a causa de la emoción. Jamás olvidaría las palabras que Lachlam acababa de decirle. Él se dio cuenta y le dio un ligero beso en los labios para después volver a centrarse en su herida.

—Por cierto —empezó a decir—. No me has dicho qué es lo que llevas tantos años soñando, desde que eras una niña.

—Curarte las heridas —respondió—. Soñaba que, algún día, cuando fuera tu esposa y tú regresases de la guerra, ensangrentado y lleno de cortes, sería yo quien te curaría.

—¿Sabes? No hay nadie como tú, Ayla.

—Siempre he sabido que era distinta, y eso a veces me ha acarreado problemas—asintió —. Pero ya lo sabías cuando te enamoraste de mí.

Lachlam la miró fijamente, y le acarició el rostro, antes de añadir:

—Ayla, me enamoré de ti precisamente por eso.

El laird se sacó un pequeño pellejo del *sporran* y le quitó el tapón con los dientes. Luego vertió un chorro de whisky en la herida y Ayla se quejó. Pero luego sonrió cuando Lachlam la besó.

—¡Oh! Ya no me duele nada —dijo—. ¡Ya estoy perfecta para luchar de nuevo!

Volvió a sonreír cuando él la besó en el hombro.

—Besaré y curaré todas tus heridas—. Con el dedo encontró un moretón, cerca de la clavícula y posó los labios sobre él—. Siempre.

—¡Ay! —gimió Ayla, divertida.

—¿Qué sucede?

—También me duele aquí —se señaló el nacimiento del cuello y él allí la besó—. Y aquí —se señaló justo debajo del lóbulo de la oreja y Lachlam, sonriendo, posó sus labios en ese lugar.

—Creo que sé con exactitud todos y cada uno de los sitios donde he de besarte —le dijo.

—¿Ah, sí?

—Sí.

Besó su mano, el interior de su codo, su pecho. Le quitó la camisa por el otro lado y esta cayó al suelo.

—Oh, señor… creo que me duele todo el cuerpo —dijo, mordiéndose el labio inferior, mientras también iba desnudándolo a él.

Cuando ambos se pusieron en pie y se hubieron despojado de sus ropas, se quedaron uno frente al otro, mirándose a los ojos.

—Eres el ser más maravilloso y excitante que he conocido nunca —dijo, acariciando su tibia piel mientras ella gemía, estremecida.

Luego la cogió de la mano y la atrajo hacia sí. La besó, abrazándola con fuerza, quería sentirla más cerca, fundirse con ella para siempre.

Ayla le devolvió el beso con pasión, alzando la rodilla izquierda para pegarse más a su cuerpo. Pudo notar su dura virilidad, rozando su vientre y gimió, extasiada.

—Oh, Lachlam… me enciendes.

—Tú también a mí —jadeó—. Sin embargo, sólo tú aplacas mi ardor.

La cogió por las nalgas y la alzó. Después caminó hacia el arroyo con los brazos de Ayla rodeando su cuello y las largas piernas enredadas en su cintura.

Afortunadamente en aquel lugar se abría el meandro en una pequeña playa de piedras diminutas que no eran resbaladizas, por lo que pudo avanzar por ella sin dificultad hasta adentrarse en el agua. El arroyo no era muy profundo, tampoco cubría demasiado, ni siquiera llegaba a mojar sus caderas y la corriente no era intensa en aquel recodo.

Depositó a Ayla el agua y ella, con una sonrisa pícara, se alejó de él, nadando de espaldas mientas con las manos y los pies lo salpicaba adrede.

Ante su encantadora risa, él se zambulló para perseguirla.

Ayla chapoteó, se dio la vuelta para huir de él y empezó a bracear. Pero no llegó muy lejos. Pronto él la alcanzó, abrazándola desde atrás. Aprisionándola.

—¡Brrr! ¡Está fría! —dijo, dándose la vuelta para besarle. Jugaron con sus lenguas y él gimió contra su boca.

—No tanto —respondió, con voz ronca—. Ya empieza a calentarse. —Acarició un suave seno y le pellizcó el pezón—. Eres tan sensual.

Ayla le acarició la piel, fascinada. Los brazos, los pectorales, las abdominales. Cuando sus manos llegaron a su miembro, empezó a masajearlo con lentitud.

—Qué caliente y duro estás —ronroneó contra su boca, muerta de deseo.

—Es por tu culpa.

La cogió por la cintura y la obligó a darse la vuelta. La asió por las nalgas y se las acarició, con reverencia, ascendiendo por su espalda para, después de navegar por los costados, agarrar sus pechos. Ella gimió, al sentir cómo le apretaba los pezones. Estiró el cuello hacia atrás y buscó su boca. La encontró. Lachlam la besó, mientras movía sus caderas detrás de ella, frotando su enhiesta virilidad, en busca de su dulce y cálida apertura.

—Oh, pequeña… me vuelves loco —no paraba de moverse.

Abandonó un seno y fue bajando por su costado, por su cintura, por su cadera hasta que le apretó un glúteo.

—Aaah —gimió ella, al sentir cómo él abría su sexo, desde atrás.

—Ayla… Oh, mi Ayla—. Le metió un dedo y luego otro.

—Lachlam…

—Estás tan cálida y eres tan acogedora.

Cuando su mano abandonó su sexo, ella emitió un gemido de protesta que interrumpió al notar cómo con sus manos volvían a colocarse en sus glúteos. A continuación, sintió cómo él guiaba su miembro hacia su apertura.

—Oh, sí… ¡Entra!

La torturó, frotándose contra ella, varios segundos, mientras su fuerte respiración hacía que la piel de su nuca se erizase, excitada.

—Lachlam —suplicó, apretándose contra él—. No seas cruel… ¡Entra en mí!

No hizo falta decir más.

En una rápida estocada que ella no pudo prever, él la empaló con fuerza. Ayla gritó en ese justo instante, mientras arqueaba su espalda y dejaba que se acomodase en su vientre. Cuando lo sintió retirarse, volvió a apretarse contra él, buscándolo, reclamándolo.

Lachlam la mantenía agarrada por la cintura mientras la invadía y se retiraba, así, una y otra vez.

—Oh, mi pequeña guerrera… —gruñó, sintiendo su resbaladizo interior para volver a entrar—. Estás tan caliente y estrecha…

La penetró con fuerza, a un ritmo excitante que iba creciendo por momentos. Ayla podía sentir su fuerte respiración contra su oído. Los gruñidos que emitía cuando la golpeaba con su miembro en lo más hondo de su ser la enajenaban. El sonido del agua cuando ambos cuerpos chocaban era embriagador.

—¡Más rápido!

—Sí, Ayla...

—¡Más fuerte! Oh, Lachlam.

Aumentó el ritmo de sus acometidas. Una de sus manos se deslizó por su vientre, duro y plano, hasta llegar a los rizos de su feminidad. Se pegó más contra ella y abrió sus cálidos pétalos. Ayla abrió más las piernas para facilitar su toque.

—Oh, Lachlam… —jadeó, cuando él apretó su clítoris. Lo pellizcó varias veces y ella sintió cómo si un rayo la atravesara.

Su grito resonó en todo el bosque.

—Eres tan salvaje —gruñó él, sin dejar de frotarla, sin dejar de penetrarla.

—Aaaaah.

Notó su orgasmo y sólo entonces disminuyó el ritmo de sus acometidas. Quería sentirla mejor, adentrarse más despacio, disfrutar con ella del dulce tormento.

—Aaaah. ¡ Lachlam! ¡No te detengas! Oh, sí… ¡Sí!

Estaba resbaladiza y su sexo pulsaba contra su miembro. Después de tres acometidas más, se vació en su interior, en un intenso orgasmo que lo obligó a abrazarla con fuerza.

Estuvo varios segundos quieto, besando su cuello, mordisqueando su oreja, sin salir de ella, mientras con las manos le frotaba los pechos. Ayla jadeaba, su piel ardía y su voz se entremezclaba con sus respiros.

Cuando ambos empezaron a inhalar con relativa normalidad, él salió de su vientre y ella se dio la vuelta.

Se aferró a él, con fuerza, hundiendo el rostro en su pecho.

Hacía tiempo que se había dado cuenta de que no podría vivir sin él. Acababan de vivir otro momento sublime, lleno de pasión y sus corazones habían latido de nuevo al unísono pero, ¿y si de súbito todo se torcía?

—Oh, Lachlam —dijo, para después mirarle con aprensión—. ¿Y si el rey finalmente no aprueba nuestra unión? ¿Qué haremos, Lachlam?

Él la miró con absoluta convicción.

—Entonces, lucharemos por lo que nos pertenece a ambos.

—Tú me perteneces y yo te pertenezco —afirmó, con rotundidad, Ayla.

—Y nada ni nadie volverá a separarnos. Ya sea rey o Dios.

Cuando saciados de amor, Lachlam y Ayla regresaron a la fortaleza, no esperaban encontrarse semejante desaguisado.

CAPÍTULO 49

El rey exigía respuestas en esa mañana donde el sol había decidido asomarse para ver qué estaba sucediendo en la fortaleza McDonald.

Cuando Lachlam y Ayla llegaron, vieron a una veintena de soldados apostados junto la pared de piedra. Era evidente que uno solo podría entrar con el beneplácito del rey, e indudablemente solo saldría con su permiso.

—Majestad, ¿qué está ocurriendo aquí? —preguntó el laird, después de que el gentío se apartara a su paso y entrara junto a Ayla, en gran salón.

—¡Fue ella! ¡Fue ella! —gritó Dairine, al verlos aparecer—. Ella envenenó a Ishbel, mi pobre hermana, para quedarse con su esposo.

Ayla la miró como si se hubiera vuelto loca, y la ira se reflejó en el rostro y los ojos de Lachlam.

—¡¿Qué demonios está pasando aquí?! —rugió el laird. Y hasta el rey guardó silencio, esperando ver cómo se desarrollaba la escena.

Ayla bajó los escasos peldaños y se colocó en el centro. Junto a la chimenea, pudo ver como Maery y Amber la miraban con preocupación, pero no eran las únicas. Los que habían intervenido en el bosque estaban ahí, en presencia de un laird furioso y un rey que iba a perder la paciencia de un momento a otro.

Freya, a su izquierda, miró a Ayla negando con la cabeza, como si quisiera advertirle de que guardara silencio. Lejos de callar, Ayla avanzó hacia ella, pero un soldado la detuvo estirando el brazo y mirándola para que no diera un paso más. Como a Lachlam no le gustó, lo golpeó con dureza, apartándolo de su esposa.

A pesar del golpe recibido, no hubo respuesta por parte del hombre, pues el rey así se lo ordenó con una dura mirada.

Esa mañana, había más soldados en el salón que en el patio. Los McDonald de la isla y los de Skye se entremezclaban y los hombres del rey estiraban el cuello para no perder detalle.

—Majestad —volvió a decir Dairine, gimoteando—. Debéis hacer justicia.

El rey la miró con parsimonia, y al ver que nadie decía nada, Dairine, cegada por la rabia, se abalanzó contra Ayla. Para su sorpresa, estaba tan desquiciada que consiguió derribarla.

—¡Señoras! —gritó el rey poniéndose en pie mientras las mujeres peleaban en el suelo. Lachlam rugió y fue hacia ellas, pero el rey fue quien dio la orden— ¡Separadlas!

Los soldados obedecieron. Lachlam se precipitó hacia ellos, que ya sujetaban a su esposa, para apartarlos de un empujón. Después de comprobar con un rápido vistazo que no había resultado herida, la protegió con su abrazo al tiempo que miraba al rey, furioso.

—Laird McDonald… —advirtió el monarca.

Pero Lachlam no estaba dispuesto a ceder.

—No consentiré esto en mi propia casa —miró a David, que enseguida alzó la barbilla, consciente de que McDonald sería capaz de atentar contra su vida para salvar a esa mujer. Al parecer, los rumores eran ciertos. El laird la había elegido para calentar su lecho, y quizás… su corazón.

—¿Me desafiáis? ¿Por una mujer? —Sonrió el rey—. Entonces sí es posible lo que dice lady Dairine. Os ha embrujado.

—No estoy más embrujado que cualquier hombre que está dispuesto a luchar por su

esposa.

Dairine se llevó una mano a la boca, espantada.

—¡Mientes! —le dijo, cuando sus ojos se inundaron de lágrimas. Se sacudió a los soldados de encima y volvió a gritar—. ¡Mientes! ¡No te has casado con ella!

—Eso no es cierto —las miradas se volvieron hacia Freya, mientras Lachlam y Ayla se abrazaban—. Yo fui testigo de su unión, y el padre Lias está enterado.

El pobre anciano, que había permanecido callado hasta el momento, avanzó un paso, bajo la atenta mirada de los presentes. Levantó una mano para hablar.

—Por un rito pagano, me temo —dijo—. Un asunto que pensamos reparar de inmediato.

El rey seguía guardando silencio, esperando saber que más secretos iba a descubrir esa mañana.

—Así pues, ya estabais casados a mi llegada. —No era una pregunta, más bien una afirmación.

Lachlam asintió, estrechando más la cintura de Ayla y pegándola a su costado, como si no la tuviera lo suficientemente cerca.

—Pero majestad —gimoteó Dairine—. Eso no quita que ella matara a mi hermana. —Lanzó un dedo acusador contra Ayla— ¿Qué importa que sea la esposa de Lachlam?

El rey la miró como si fuera estúpida.

—Me consta que el laird es un hombre cabal. No creo probable que se casara con la asesina de su esposa.

—¡Pero ella lo mató!

—¡Dairine! —rugió Lachlam, perdiendo la paciencia—. Ya basta.

—¿Veis? —dijo, con los ojos abiertos sin enfocar la mirada—. Lo ha puesto contra mí. Yo, que siempre estuve al lado de mi hermana, cuidándola, dándole de comer… estaba siempre pendiente de ella. La quería, y esa bruja me la arrebató. ¡Es una bruja embaucadora!

El rey no respondió.

—Sabes que eso no es cierto —dijo Ayla, entre dientes. Jamás había odiado tanto a alguien—. Tú mataste a tu propia hermana para casarte con Lachlam.

—¡Miente! ¡Esa bruja está mintiendo!

El rey pidió silencio para reflexionar. Miró a unos y a otros, y el único que parecía seguro de que nada le iba a pasar a Ayla, era Lachlam. Si alguien la tocaba era capaz de arrojar por el acantilado a todos los hombres del rey, David incluido.

—Creo poder decir sinceramente, que nunca he tenido motivos para dudar de vos, lady Dairine.

—Oh, gracias majest…

El rey levantó la mano y la hizo callar.

—No obstante, cuando uno de mis más fieles guerreros fue envenenado —sin duda, hablaba de Alastair a quien Dairine esperaba que no le quedara mucho tiempo de vida—, entonces empecé a pensar en quien tendría tales conocimientos para poder hacerlo sin levantar sospechas.

—¡Ella! —gritó de nuevo, Dairine, señalándola.

Por haber vuelto a interrumpir al rey, un soltado le cruzó la cara y la hizo caer al suelo. No hubo compasión alguna en los ojos de David, ni en nadie del salón. Por muchos, ella ya había sido juzgada y declarada culpable.

—¿Y vos no, lady Dairine? —preguntó el rey.

—Yo, no…

—¿No tendríais motivos para libraros de Alastair McDonald?

Dairine tragó saliva.

—Él no es mi enemigo.

—Creo que Alastair no piensa lo mismo —el rey achicó los ojos, juzgándola—. Cuando disuadió a su hermano de convertirse en vuestro amante, ¿no le cogisteis ojeriza? ¿No insististeis a Braden para que lo enviara lejos?

Dairine boqueó como un pez fuera del agua. ¿Cómo podía decir frente a todos esas cosas tan horribles?

—Alastair deseaba ser laird, hubiera sido capaz de cualquier cosa, incluso de matar a Braden por conseguirlo. Sólo intentaba proteger a mi laird —respondió Dairine, sin ser consciente de que acababa de inclinar la balanza en su contra.

El rey la miró furioso, y por primera vez todos lo notaron.

—¡No he visto persona menos ambiciosa que Alastair McDonald! —bramó—. Es un diplomático excelente que media entre el rey de Noruega y yo. Sus viajes son legendarios, ¿por qué iba a querer ser laird, cuando eso le quitaría la libertad de ausentarse cuando quisiera?

Dairine miró al rey, con ojos suplicantes.

—Majestad yo…

—¡Por lo tanto! —rugió el rey, inclinándose hacia delante y alzando ambas cejas—, si mentís en esto, también es seguro que podéis mentir en otras cosas, como que vos no envenenasteis a vuestra propia hermana.

—¡No fui yo! —clamó, desesperada— ¡Fue Ayla! ¿Cómo podría saber yo de venenos y…?

—Miente —la voz de Freya fue apenas un susurro, pero cuando habló captó la atención del rey, que hizo un movimiento con la mano para que se acercara.

—¿Miente? —le preguntó, ya cuando ella estaba frente a él.

Freya posó sus ojos glaciales sobre Dairine que, aún de rodillas, la fulminó con la mirada.

—No te atreverás o… —le susurró, maligna—, o tú también caerás.

Era evidente que Dairine sabía que ella y Ayla se habían desecho de Braden cuando trató de matarlas. Era también probable que se hubiera enterado de que se había encontrado el cadáver del laird de Skye. Y eso jugaba en contra de Freya y Ayla. Pero la hechicera tenía claro que no permitiría que su amiga sufriera un revés más del destino.

Dirigiendo una mirada de desdén a Dairine, Freya le habló al rey.

—Yo la instruí en el arte de los remedios para sanar. —Hubo un murmullo en el salón, porque pocos sabían que lady Dairine había tenido a su llegada relación con la hechicera del bosque—. Pero ella siempre prefirió saber acerca de venenos y pócimas de amor.

El rey alzó una ceja y otro murmullo se esparció por el salón.

—Así pues, ¿supiste desde el principio que Dairine envenenó a su propia hermana?

—No hay pruebas de ello —se lamentó, Freya.

—¿Lo veis? —debatió Dairine, llorando— ¿Cómo iba a envenenar yo a mi querida hermana? —Puede que los McDonald afines a Dairine hubieran visto una cara menos amable de la hermana de su señora, pero… de ahí a tener la certeza de que se hubiera desecho de Ishbel, cuando la cuidaba con tanta dedicación…

Lachlam apretó los puños al darse cuenta de que no había solución. Dairine había logrado sembrar la duda y, si la condenaban, esas dudas se quedarían entre la gente del clan, y eso supondría que algunos no lo vieran como el laird justo que era.

El rey David miró a Lachlam, quien parecía haber tomado una decisión.

—Aunque no hay pruebas, cabe la posibilidad —dijo finalmente, Lachlam.

Dairine abrió los ojos con temor.

—Lachlam…

—Ya veo —dijo el rey—. Entonces, laird McDonald… ¿Cómo impartirás justicia?

Lachlam fulminó a Dairine con la mirada.

—Por favor, Lachlam… —Se acercó a él y todo el cuerpo de Ayla se tensó por el miedo a que él la creyera. Pero Lachlam no era tan tonto, y después de lo que había pasado en el bosque con los hombres de Braden…

—Desaparecerás de mis tierras a primera luz del alba.

—¡Lachlam! —Dairine suplicó su perdón de rodillas—. No me apartes de tu lado. Este ha sido mi hogar en los últimos años y…

—Te irás —dijo tajante, haciéndola callar.

—No hay más que hablar, nada te ata aquí. Te irás, y no volverás jamás a poner un pie en esta isla.

Ayla apretó los puños. ¿Cómo era posible que se fuera sin recibir su castigo? Miró a Lachlam desconcertada, pero él negó con la cabeza. Era mejor así. No podía arriesgarse a una rebelión. Con Dairine lejos de sus vidas, podrían empezar de nuevo, casarse y ser felices, aunque su venganza quedara reducida a la nada.

—Lachlam —lloró ruidosamente, Dairine—, te lo suplico…

—No puedo probar que hayas matado a Ishbel, pero en mi corazón sé que existe tal posibilidad, así que márchate mañana y no vuelvas… —la miró con severidad—. O haré que tengas una muerte tan agónica como la que le diste a mi esposa.

—Te han engañado —lloró Dairine—. Soy yo, la mano amiga que siempre te ha apoyado en todo.

—¡Basta! —Rugió Ayla—. Ya basta.

Al rey también le pareció que era suficiente.

—Por favor, retírate a descansar, creo que ya hemos tenido suficiente de tus llantos. —Y con una mirada y un leve asentimiento ordenó a uno de sus soldados que se la llevara fuera del salón.

Dairine no dejó de llorar, ni de proclamar su inocencia frente a las perversiones de las brujas que ella pregonaba le habían quitado la dignidad y a su hermana, mientras la arrastraban fuera de la presencia del rey.

Freya miró a Ayla, y respiró hondo.

Dairine saldría de sus vidas, pero para la hechicera, el castigo no era proporcionado al pecado cometido.

—Así pues —dijo el rey—, ¿creéis que Ayla McLeod hizo todo lo que pudo para salvar a vuestra esposa? —se dirigió a Lachlam.

—Lo sé.

—¿A pesar de que ahora ocupa vuestro corazón?

—Siempre lo ocupó —los presentes apartaron la mirada y Ayla agachó la cabeza, no porque hubiera hecho algo malo, sino por la pena de saber que, si Ishbel no estuviera muerta, ella no tendría una oportunidad con Lachlam. Y aún así… habría dado lo que fuera por haberla salvado.

—Era una gran mujer, hice lo que pude… —A Ayla se le quebró la voz, pero Freya retomó su discurso.

—Hizo todo lo que pudo para salvarla, como yo, pero… no pudimos. Ni siquiera Ingrid

hubiera podido.

—Oh, Ingrid… —el rey asintió, como si supiera de quien estaban hablando. Como si de pronto, recordara algo.

De pronto, se giró para que el hombre que había permanecido oculto entre las sombras, se acercara.

—¿Ella fue la mujer que os salvó la vida? —le preguntó.

Todos ahogaron una exclamación, incluida Freya, cuando vieron como el gigante de los McDonald de Skye, avanzaba con paso pausado hasta sentarse en la mesa, junto al rey.

Lucía mucho mejor que la última vez que lo vio. Si hubiera creído en los milagros, aseguraría de que Ingrid había hecho uno.

Los ojos del formidable guerrero se encontraron con los suyos y Freya sintió como se le ralentizaba el corazón para que luego este galopara a toda velocidad hacia un futuro incierto.

—Así es, mi señor. Esa mujer me dio el remedio que me sanó —dijo, hablando de Ingrid.

Por como había avanzado hacia el rey para tomar asiento a su lado, todos pudieron ver claramente que no había recuperado todas sus fuerzas. Aún así, su presencia era intimidante.

—Una proeza extraordinaria —dijo David.

—Lo es —respondió Alastair—. No puedo asegurar quien vertió veneno en mi copa, pero si sé que las mujeres que habitan esta fortaleza están muy versadas en el arte de remedios y… venenos.

Miró a Freya con tal intensidad que ella parpadeó, incrédula. ¿La estaría culpando de haber estado tan cerca de la muerte? No. Pronto quedó claro que el rencor con que la miraba, nada tenía que ver con su propio envenenamiento.

—No tengo ninguna duda de que Freya, Ayla o Dairine pudieran haber preparado el veneno contra mi vida —dijo.

Entonces, Lachlam dio un paso al frente, furioso.

—¡No hay motivo para pensar que Ayla o Freya atentaran contra tu vida! —bramó.

—Yo creo que sí —insistió el de Skye.

Ayla lo miró, confundida.

—¿Qué motivo podríamos tener Freya o yo par…?

El gigante la interrumpió.

—Quizás intentarais deshaceros de mí, antes de que descubriera que… habíais matado a mi propio hermano.

Las dos mujeres tragaron saliva. El salón se llenó de susurros y voces horrorizadas.

—¿Sabéis cierto que vuestro hermano está muerto? —preguntó el rey, entrecerrando los ojos.

Alastair asintió, pero seguía con la mirada fija en Freya.

—Lo está —se inclinó hacia delante. Un rictus cruel se dibujó en su rostro y sus ojos… cualquiera podría decir que eran los propios ojos del demonio— ¿No es así hechicera?

CAPÍTULO 50

—¿Está en verdad Braden McDonald, muerto? —El rey lanzó la pregunta sin mirar a nadie en concreto y a todos a la vez.

Por supuesto que lo estaba, se dijo Freya. Ella lo sabía mejor que nadie, pero si Alastair también se había enterado, solo podía deberse a que había estado consciente cuando hablaron de ello en la sala de guarda, mientras lo atendían junto a Ingrid.

—¿Se ha encontrado el cadáver de mi hermano, laird McDonald? —Alastair miró a Lachlam, esperando a que contestara.

—Así es —dijo, sin poder ocultar la verdad—. Hemos encontrado el cadáver de tu hermano en la orilla. Quizás se fue a pescar y se ahogó en alta mar.

—Ya veo —el rey David se rascó la barbilla.

—Algo que podría ser muy lógico si no tuviera los tobillos atados —debatió Alastair.

Ayla miró a Freya, y esta intentó permanecer impasible. Fue entonces cuando el gitante se levantó y todo el mundo tembló ante su ira.

—¡Quiero justicia! —bramó—. Es lo lógico—. Sus ojos oscuros barrieron a todos los presentes, hasta que se detuvo en dos personas—. Sé que Ayla y Freya mataron a mi hermano, y exijo que una de ellas pague un precio.

—¡Eso no va a suceder! —exclamó Lachlam, haciendo que todos los presentes temieran un cruel enfrentamiento.

Ayla tomó el codo de su esposo.

—Lachlam por favor…

—¡Fui yo! —gritó Freya, dando un paso hacia delante.

Alastair no lo había dudado ni un segundo. La miró fijamente, y ella alzó la barbilla.

—¿Vos? —la pregunta del rey se dejó oír.

Freya asintió.

—Lo hice cuando intentó matar a Ayla por orden de Dairine, su amante. No tuvimos más remedio que defendernos. —Ayla dio también un paso al frente, pero la mirada de Freya y su brazo alzado para que no interviniera le impidieron avanzar más—. No podía permitir que matara a la señora de los McDonald.

—Freya… —los ojos de Ayla se llenaron de lágrimas ante la lealtad de su amiga.

—¿Así pues, confesáis haber matado a uno de los señores de Skye? —el rey entrecerró los ojos cuando ella asintió—. ¿Sabes que el castigo por ello es la muerte?

Freya miró al rey y asintió, al tiempo que su mirada se desviaba hacia Alastair, que volvía a estar sentado. Su fuerte mano se acariciaba la barbilla, pensativo. Freya tragó saliva y sintió por primera vez que había llegado a una encrucijada de la que sería difícil escapar. Pero Ayla había hecho mucho por Ishbel, por Struan, por ella.

—Fui yo —volvió a decir—. Lo confieso.

—¡Freya!

—Entonces —dijo el rey, mirando a Lachalm—, es vuestro deber hacer justicia y satisfacer a Alastair.

Lachlam se quedó en silencio, rígido y frustrado porque sabía que Alastair exigiría la cabeza de Freya. Era lo mínimo después de que esta hubiera confesado matar a su hermano.

—Aceptaré el castigo —Freya bajó la cabeza, pero Alastair la alzó.

—Demasiado poco castigo por haber matado a un laird.

Freya lo miró con odio.

—¿La muerte os parece demasiado poco castigo? —preguntó, desconcertada.

Él gigante asintió.

—Me complacería más que vivierais y reflexionarais a diario sobre por qué no se puede matar a un hombre que vela por todo un clan. —Se inclinó hacia delante y de nuevo esa mirada oscura la hizo temblar—. Quiero una satisfacción.

Ayla corrió hacia Freya y la tomó de la mano, mientras Lachlam se acercaba al rey y a Alastair.

—Podríamos llegar a un acuerdo —sugirió Lachlam. Al fin y al cabo, Alastair era su vasallo, al igual que él lo sería pronto de David cuando Olav renunciara de una vez por todas a su dominio sobre las islas.

—¿Qué clase de acuerdo? —preguntó Alastair.

—Os compro su libertad, diez años sin impuestos.

La gente ahogó una exclamación. Eso era mucho oro para que Alasatir no lo considerara.

El gigante alzó las cejas y Lachlam supo que estaba interesado en la oferta.

—¿Diez años libres de impuestos?

Lachlam asintió mientras Ayla apretaba con fuerza la mano de Freya, que se mostró impasible.

—Entonces sea —dijo Alastair.

Lachlam sabía del poco aprecio que el gigante tenía por Braden y le resultó extraño que se sintiera tan molesto y ofendido por su muerte, cuando era más una bendición que una tragedia. Aún así no podía permitir que Freya pagara las consecuencias de algo que no había hecho. Pues Lachlam sabía que las dentelladas de Lobo estaban en el cuello del laird de Skye, y el lobo, era de su esposa.

—Freya no morirá —dijo Alastair, mirándola con fijeza—, pero tendrá su castigo.

—¡Diez años! —rugió Lachlam—, y ella vivirá y la dejaréis en paz.

—Vivirá, pero… no pienso dejarla en paz. —Los dos hombres se retaron con la mirada —. Braden está muerto, no puedes simplemente pagar un precio para que su asesina no sufra las consecuencias.

—¿Y qué propones? —preguntó Lachlam.

—Me la llevaré.

—¿Qué? —Freya abrió la boca para decir algo más, pero no le salieron las palabras.

—Será mi esposa y yo me encargaré de que se arrepienta de lo que hizo.

—¡Prefiero morir! —gritó Freya.

Alastair soltó una risa ronca, parecía de mucho mejor humor.

—Eso, mi bella hechicera… se puede arreglar.

Lachlam alzó una mano para que su amiga no interviniera y finalmente dijo.

—Que así sea.

—¡No! —Freya pateó el suelo y Ayla miró a Lachlam como si se hubiera vuelto loco—. No voy a casarme con ese… ese…

—¿Sí? —se burló Alastair—. ¿Qué soy?

—Un bárbaro sin alma. ¿Creéis que no sé quién sois? Un saqueador, un…

—Duras palabras viniendo de una mujer cuyo padre es vikingo, y que legitimó la obtención de sus tierras obligando a vuestra madre a casarse con un pagano.

Freya enmudeció.

¿Cómo demonios sabían quién era ella?

—Os casareis conmigo, Freya. Porque es mi venganza, y porque a mí me da la gana. —Dicho esto miró a Lachlam, retándolo a que dijera algo, pero él solo asintió.

—Se casará con vos, pero no le haréis ningún año.

—¡No! ¡Lachlam! —Freya lo miraba como si la hubiera traicionado.

—Es eso o la muerte.

Freya apretó los labios. Sabía que el gigante exigiría su cabeza, pero casarse con él… para estar a su merced, para que la torturara a placer… No podría soportarlo, pero había formas de evitarlo.

Escaparía.

Escaparía como había escapado de su padre y del matrimonio que le habían impuesto en Irlanda.

Lachlam se sintió aliviado cuando vio que Freya claudicaba.

—Os exigiré, como vuestro señor, cumplir vuestra palabra —dijo, mirando a Alastair—. La trataréis con respeto…

Alastair agrandó su sonrisa al ver que había conseguido lo que quería.

—La trataré con el respeto con el que trataría a mi esposa, de haber sido otra.

Freya hundió los hombros. Eso no la tranquilizaba.

—No la golpeareis.

—A menos que se lo merezca —otra vez esa mirada y ese regocijo en el gigante. Freya supuso que a causa de las imágenes que acudían a su mente cuando pensaba en tenerla a su merced y castigarla.

—No la torturaréis, y tampoco la arrastraréis por medio mundo. Si decidís no ser laird, la dejaréis en vuestra isla o permitiréis que venga aquí.

Alastair miró con fijeza a su señor. Hubo un largo minuto de silencio, pues no parecía estar de acuerdo con aquellas exigencias. No obstante, finalmente asintió.

—De acuerdo. No la arrastraré en mis viajes, quedará en la protección de mi castillo, o en el vuestro. Y no la golpearé… —sus ojos se desviaron hacia ella—, al menos no cuando no se lo merezca.

Freya tragó saliva.

Había matado a su hermano, estaba segura de que ese hombre pensaba que se merecía ser golpeada cada día de su vida. Pero… aceptaría ese matrimonio.

Al fin y al cabo, no pensaba quedarse lo suficiente como para consumarlo.

—Acepto —dijo Freya.

—Bien —se regocijó Alastair—, yo también acepto.

El rey se sintió complacido por ello y Lachlam suspiró aliviado.

—Entonces, bien está lo que bien acaba, ¿no es así? —dijo David, que no pensaba que nadie fuera a contradecirlo—. Y ahora… —añadió, mirando a Lachlam—, me gustaría ser testigo de honor de vuestra boda, laird McDonald.

Ayla sintió que las rodillas le fallaban, pero Lachlam estuvo a su lado en un suspiro. Al fin habían conseguido lo que tanto habían deseado. Al fin verían cumplido su sueño.

Se miraron a los ojos y juntaron sus frentes por un instante, con los corazones latiendo tan fuerte que pensaron que todos los presentes podrían escucharlos.

—Será un honor, majestad.

CAPÍTULO 51

La vida es curiosa, a veces.

No se supo como se pasó de un día lúgubre a una festividad semejante. Quizás porque el rey era un gran amante de las fiestas y más si esta se celebraba por un motivo tan curioso como una boda por amor.

Evidentemente no todos estaban felices, Dairine observaba los preparativos con los ojos cargados de odio, intentando elucubrar planes que le permitieran deshacerse de su oponente antes de que se celebrara la dichosa unión. Pero, para su desgracia, estaba demasiado vigilada.

Como si estuviera poseída, miraba desquiciada como las mujeres, que había considerado fieles a ella, se afanaban para decorar la capilla con flores silvestres. Dairine miraba los preparativos con los puños tan apretados que se le habían puesto blancos los nudillos. Sus iris azules refulgían odio y rabia y unas venas enrojecidas rodeaban sus pupilas y abarcaban todo el globo ocupar.

Poco tiempo después, llegada la tarde, las campanas de la capilla resonaron, anunciando el inicio de la ceremonia.

El mismo rey David fue el padrino de bodas. La ceremonia transcurrió como si ambos estuvieran en un castillo de nubes, apenas escuchaban los murmullos, las palabras del padre Lias se perdían en un eco lejano. Ayla solo tenía ojos para Lachlam, y él para ella.

Las gentes estaban felices, habían aceptado que la vida continuaba y, aunque habían amado a Ishbel, era hora de abrir sus corazones a una nueva señora.

—Yo os declaro, marido y mujer.

Cuando la pareja, aún en el altar, se dio la vuelta para mirar a los invitados, todos estallaron en vítores y no precisamente silenciosos cuando el laird besó a la novia, dejándola sin aliento. El rey aplaudió como el que más, y Alastair lo hizo como si le costara la vida, pero su sonrisa ladeada demostraba que no se lo estaba pasando del todo mal.

Struan, con un bonito ramillete de cardos silvestres en las manos que previamente Maery había preparado, pelando sus tallos de púas, se acercó a Ayla y se lo entregó, ceremonioso.

—Gracias, Struan —dijo Ayla, y él niño le correspondió con una sonrisa amplia—. Son muy bonitas.

—Tú eres más bonita, Ayla —respondió el niño.

Entonces, ella se agachó y lo recibió con un abrazo.

—Gracias —le dijo de nuevo, ante la emocionada mirada de Lachlam—. Eres un niño maravilloso.

El pequeño se separó ligeramente de ella para decir:

—Ahora que eres la esposa de mi padre, jamás volverás a marcharte, ¿verdad?

—No, Struan. —Lo miró con solemnidad poniéndose a su altura.

—Bien, porque quiero que te quedes para siempre con nosotros, Ayla.

—Eso ya te lo prometí una vez y pienso cumplir mi promesa. —Besó al niño en la mejilla y se puso en pie para recibir a Maery.

—Oh, hacéis tan buena pareja —dijo la abuela, mirándolos a los dos—. Lachlam, cuida mucho de Ayla.

—Por supuesto.

—Y tú, querida —colocó las manos en sus hombros, afectuosa—. ¡Al fin! ¡Al fin eres

una McDonald! —Mientras Ayla reía, Maery intentaba no llorar de la emoción—. Siempre supe que acabarías siendo la señora de esta fortaleza. Desde que correteabas descalza por los pasadizos del castillo, aun pensando que nadie te veía, yo ya lo pude ver. Y estoy tan feliz…

—Abuela… —La abrazó con fuerza y la mujer le cubrió las mejillas de besos.

—Gracias, Maery. Tus palabras significan mucho para mí.

Todos festejaron la felicidad de los señores y, aunque Ayla había visto a sus seres queridos durante la ceremonia, su madre y Freya, habían desaparecido.

No fue hasta que todos los invitados entraron en el salón para el gran banquete que se había preparado para la cena, que Ayla decidió ir en su busca.

Aprovechó que Lachlam estaba hablando con Ethan para ausentarse.

—Si me disculpáis…

Lachlam la miró con extrañeza, pero ella se puso de puntillas para besar su mejilla.

—Enseguida vuelvo.

Ethan rio de buena gana, al ver el ceño fruncido de Lachlam.

—No tardes.

—¡Oh Señor! —exclamó el lowlander—. Serás un marido terrible, celoso y posesivo.

Lachlam fulminó a su amigo con la mirada, que alzó las manos en señal de rendición y Ayla aprovechó para marcharse de allí e ir en busca de su madre y su amiga. Por supuesto, no estaba equivocada. Las había visto desaparecer hacia las cocinas, y cuando fue hasta allí, las encontró en un rincón, recogiendo algunos enseres para…

—¿A dónde vas? —preguntó sorprendida al ver que Freya cerraba el zurrón y la miraba como si la hubieran pillado con las manos en la masa.

Ingrid suspiró y miró a Freya como miraría a su propia hija. No había reproche, simplemente la esperanza de que estuviera bien.

—No voy a casarme con ese ogro.

—Pero… —Ayla parpadeó—. Pero Lachlam…

Ayla intentó imaginarse las consecuencias que tendría la huida de Freya. No se casaría con ese gigante, lo cual estaba bien. ¿Quién querría casarse con un hombre que había prometido golpearla solo cuando se lo mereciera? Por muy fuerte que fuera su amiga, un golpe de ese demonio podía acabar con ella.

Ayla se acercó y tomó sus manos.

—Cuenta conmigo.

Freya se echó a sus brazos.

—Gracias.

—Todo saldrá bien.

Ayla miró a su amiga con una bonita sonrisa en los labios y ella se la devolvió, aunque en el fondo ambas sabían que no estaban siendo sinceras con respecto al futuro que le aguardaba a Freya.

—¿Qué necesitas?

Las tres mujeres conspiraron para proporcionarle una vía de escape a la hechicera. Comida, una barcaza, y la protección de su hermano Duncan. Ayla estaba convencida de que no se negaría a ayudar.

Y mientras terminaban sus planes entre susurros, cerca de la despensa, Alastair McDonald miraba la escena de brazos cruzados, sonriendo genuinamente por primera vez en

mucho tiempo. Casarse con esa mujer sería todo un desafío.

Minutos después, Ayla junto con Ingrid, volvieron al salón donde la celebración estaba bastante avanzada.

El rey David permaneció sentado la mayor parte del tiempo, con una buena copa en la mano y la presencia de Dairine a su lado. A pesar de la reprimenda del rey, y de las serias dudas sobre su inocencia, David había decidido ser condescendiente. Ella era rica, y quizás necesitara de su dinero. Es más, ahora que era viuda y que era evidente que Lachlam no se casaría con ella, podría concertar un matrimonio que le proporcionara una nueva alianza, que hiciera caer la balanza hacia su costado y no al del rey Olav. Se esperaba que esos años fueran decisivos. Cuando se convirtiera en señor de las Hébridas, necesitaba a la población de su lado, al igual que había necesitado la del norte de Escocia.

—No pongáis esa cara, lady Dairine —le dijo el rey—, podría haber sido peor.

Ella intentó no mirarlo con encono, pero le fue difícil.

De repente, ante el asombro de los presentes, el monarca se puso en pie sin dificultad y alzó la copa en alto.

Todos, sin excepción, aguardaron las palabras de su rey.

—Hoy es un día feliz para todos nosotros —empezó a decir—. Porque Lachlam y Ayla McDonald se han unido en sagrado matrimonio —exclamó, y ambos se pusieron en pie, secundándolo.

Lachlam, en medio del salón, tomó la mano de su esposa y se la besó con dulzura.

Ayla lo miró con todo el amor que sus ojos podían expresar. El rey, después de observar a la feliz pareja, orgulloso, fue a abrir la boca para hablar del próximo enlace, pero se dio cuenta de que ni la belleza rubia, ni su fiel guerrero Alastair estaban presentes.

Algo contrariado, brindó de nuevo por los esposos y se sentó, intentando ignorar el mal humor de Dairine.

No tuvo que hacerlo mucho tiempo, pues la mujer se disculpó al cabo de unos instantes, incapaz de soportar la felicidad de Lachlam y Ayla, y mucho menos la insinuación por parte del monarca, de que lo mejor era casarse de nuevo.

Dairine se acercó a la chimenea, desde donde podía observar a todos los presentes. Había esquivado la muerte por los pelos. Que Lachlam hubiera dudado al condenarla, le había ahorrado tener que suplicar al rey David por su vida. Con sinceridad, no podía asegurar que este la hubiera preferido a ella, frente a uno de los guerreros que podían hacer realidad convertirse en rey nominal de las islas.

—Tú —le dijo de muy malos modos a un copero—, dame más vino.

El joven obedeció y Dairine siguió observando a los nobles que habían llegado con el rey. ¿Cuál de ellos tenía suficiente poder como para proporcionarle una vida cómoda? No hablaba de dinero, sino de un hombre capaz de dejarse engatusar y hacer todo lo que ella decía.

Su mirada saltó de uno en uno, y cuanto más avanzaba la noche, más se enfurecía, porque no encontraba ninguno que la satisficiera. Al menos no para alcanzar sus planes.

—¡Más vino! —rugió.

Enseguida se le llenó la copa y se la bebió de un trago.

—¡Puaj! —hizo una mueca de disgusto. El vino cada vez era más dulzón. Quizás las bodegas de Lachlam no eran tan espléndidas después de todo.

No fue hasta la segunda vez que le llenaron la copa y la apuró de un trago, evitando ese

regusto en el paladar, que se dio cuenta de quién le estaba sirviendo el vino.

—Ingrid —Dairine palideció.

—Mi señora —le sonrió. Una sonrisa radiante de dientes blancos y parejos—. ¿Habéis bebido suficiente?

—Yo… yo…

Dairine sintió como su corazón se aceleraba al ver los ojos de aquella mujer. Puede que ella hubiera tenido un gran respeto hacia Freya, pero sin duda la más temible hechicera era Ingrid. Sus conocimientos no tenían parangón, por eso el mismísimo rey de Irlanda y sus señores, muchos de ascendencia vikinga, contaban con sus favores.

Palideció aún más cuando Ingrid se inclinó lo suficiente para derramar algunas palabras en su oído.

—La primera copa era de parte de Freya —sonrió con dulzura—. Lamenta no haberse podido quedar para asistir a tu funeral, pero… tiene otros planes más urgentes. La segunda, os la habéis bebido a mi salud. —Mientras su voz se volvía cada vez más melosa, Dairine empezó a sudar.

—¿Qué… qué habéis hecho? —jadeó, llevándose las manos al cuello, reconociendo de pronto el sabor dulzón del vino.

—Oh… ¿lo reconocéis? —preguntó, mientras los ojos de Dairine se agrandaban, de puro terror—. Espero que sí. Es dedalera, la bebida que tan alegremente le ofrecisteis a vuestra hermana, día tras día. Oh sí, estoy segura de que recordáis esas bonitas flores silvestres, de olor dulzón. Unas campanillas rosadas que colocabais sobre su bandeja, para adornarla—. Con esas palabras le dejó claro que sabía como había estado envenenando a Ishbel, y no tenía la más mínima duda que, de haber llegado antes a las tierras McDonald, Ishbel seguiría con vida, y ella ya habría sido ajusticiada.

—No os habéis atrevido… —jadeó, aterrada.

—¿A qué? —Preguntó, aún con su falsa sonrisa—. ¿A daros de beber algo tan dulce y delicioso? Por supuesto que sí. Es más, creo que podría llenaros una tercera vez la copa en su recuerdo.

Dairine miró la copa que estaba en su mano. De pronto, los sonidos del lugar se le antojaron estridentes, pero los tambores empezaron a sonar, ahogándolos. Retrocedió hasta el centro del salón, y dio una vuelta sobre sí misma. No eran tambores, eran los sonidos de su propio corazón.

Se llevó una mano a la garganta y buscó a Ingrid.

—No, no… —abrió los ojos, presa del pánico— ¡No me hagas esto!

Pero Ingrid ya había desaparecido, dejándola sola con el veneno que rugía por sus venas.

Puede que Alastair hubiera sobrevivido, pero ella era menuda, y el veneno de la madre de Ayla, mucho más concentrado.

Las mejillas de Dairine empezaron a ponerse del color de la grana. Sus ojos palpitaron, llenándose de pequeñas venas rodeando sus globos oculares que parecían salírsele de las órbitas de puro terror.

Con los puños apretados empezó a dar vueltas sobre sí misma, como si buscara al mismo diablo que venía a buscarla.

—¡Noo! —gritó, enmudeciendo a todos los presentes.

—Dairine —Lachlam se acercó a ella y esta se derrumbó en sus brazos.

La puso en el suelo cuando empezó a convulsionar. Todo su cuerpo se puso rígido e intentó decir unas últimas palabras, pero fue incapaz.

Murió con la mirada puesta en él y el silencio reinó en el salón hasta que empezaron los gritos. Algunas mujeres lloraron, pero Ingrid se acercó a Ayla y tomó la mano de su hija.

—Quizás sea mejor que me marche con Freya —le sonrió.

Ayla la miró con estupor.

—Mamá…

—Y nos llevaremos a Lobo de viaje —asintió convencida—, creo que lo vamos a necesitar. —Ingrid no contestó, dejó caer un beso cálido en su mejilla, para después acariciarla con ternura—. Volveremos para celebrar el día de la cosecha. Mientras tanto, sé feliz.

Ayla tragó saliva cuando vio que su madre retrocedía un paso para alejarse.

—Mamá ¿qué has hecho?

—Te quiero hija.

Ayla miró el cuerpo presente de Dairine, y después a su madre.

—Yo también te quiero mamá.

CAPÍTULO 52

Freya se echó la capucha negra sobre la cabeza, pues sus cabellos dorados bajo la hermosa luz de la luna eran como un faro.

Se deslizó cerca del muro de piedra, y después echó a correr por el camino que descendía hacia el muelle.

Odiaba tener que marcharse, pero ya había escapado una vez de un matrimonio que le habría supuesto la muerte en vida y ahora, podía volver a hacerlo.

Corrió con la bolsa de cuero golpeando su espalda, hasta que llegó al muelle. Se deslizó entre las escasas cabañas junto al mar. Apoyó la espalda contra la fría roca y respiró hondo. Había poco movimiento en las aguas y aún menos entre los toneles y cabañas de madera más al este, aquellas que usaban como almacén para la carga y descarga antes de llevarlo todo a la fortaleza o zarpar para el intercambio con las demás islas.

Solo tenía que tomar la pequeña barca y huir. Duncan McDonald le daría cobijo en sus bosques, y pronto Ingrid se reuniría con ella.

Lástima que el destino tuviera otros planes.

—¡Ah!

Se le escapó todo el aire de los pulmones cuando dio un paso hacia la plataforma de madera, donde estaba atada la barca que iba a tomar. Unas enormes manos rodearon su cintura, sorprendiéndola de improviso. La bolsa cayó sobre el suelo húmedo, y fue incapaz de liberarse por más que lo intentó.

—Oh, hechicera… —Alastair arrastró las palabras, haciendo sonar su voz grave y derramando su aliento contra el cuello de la muchacha.

Freya podía sentir como el abrazo no le permitía respirar. Tenía apoyada la espalda contra el pecho del guerrero, y él era tan alto, que estaba convencida de que si alzaba la cabeza vería su expresión burlona.

—Suéltame, o…

—O, ¿qué? —volvió a ronronear.

Esta vez Alastair deslizó las palmas de sus manos sobre el tosco vestido de lana, acariciando su cintura y ejerciendo la suficiente presión como para darle la vuelta entre sus manos y mirarla a los ojos. Unos ojos azules que parecían refulgir bajo la luz de la luna.

—Te lo advierto —dijo Freya.

Una risa ronca la avisó de que el guerrero consideraba que no era rival para él. Pero ella sabía que podía hacer que se arrepintiera de pensarlo. No sería la primera vez que un hombre la subestimaba.

Las manos de Freya empujaban el fornido pecho del guerrero que la alzó del suelo antes de que pudiera seguir hablando. Sus cabezas quedaron a la misma altura, pero simplemente porque los pies de Freya colgaban agitándose frenéticos.

—¡Suéltame!

La carcajada la enervó y antes de que Alastair supiera qué estaba haciendo, tomó el puñal de su cintura y lo llevó hasta su cuello.

La afilada hoja le arañó la piel y al menos lo hizo dejar de sonreír.

—¿Ya no te burlas?

Alastair soltó una especie de gruñido. No estaba contento.

—Suelta ese juguete.

Pero lejos de hacerlo, Freya apretó un poco más la hoja contra el cuello, haciéndolo sangrar. Alastair siseó, pero no la soltó, ni apartó la mirada.

—Te mataré si no me sueltas.

—Ya lo hubieras hecho de haber querido.

En eso estaban de acuerdo. Aunque era un bárbaro estúpido y arrogante, Freya no quería matarlo. No tenía razón para ello. Sí, había matado a su hermano, y era muy probable que quisiera verla muerta, o peor, a su merced para vengarse. Pero lo único que había hecho de momento es quitarle de encima al verdugo del rey, y proponerle matrimonio. Un matrimonio forzado, al fin y al cabo, pero una salida en dirección contraria a la muerte.

—No voy a casarme contigo —le espetó.

—Oh —él alzó las cejas sorprendido—. ¿Por qué? Soy una opción de lo más ventajosa.

Ella se retorció contra su pecho, pero Alastair no la soltó, ni ella apretó más el filo contra su cuello.

—Para mí, no sois más que un gigante insufrible.

Bajó la mirada hacia los pies colgantes de Freya y asintió.

—Sí, sois muy pequeñita, aunque increíblemente fuerte. —Eso pareció agradarle—. Oh, voy a disfrutar tanto jugando con vos.

Otro grito, esta vez de rabia, hizo que Freya se sacudiera con más violencia y alzara el cuchillo para clavárselo en el hombro.

Alastair no le dio oportunidad.

Tomó su muñeca y se la retorció hasta que la daga cayó al suelo con un destello plateado.

—¡Maldito seas! —gritó, intentando huir de él.

Pero Alastair la agarró de nuevo por la cintura y la atrajo hacia ella. Alzándola contra él, sus brazos rodearon las delicadas costillas.

Apretó y apretó, hasta que sus gritos se convirtieron en un gemido lastimero.

Freya abrió grandes los ojos y se quedó muy quieta.

Era tan fuerte… mucho más fuerte de lo que debería ser un hombre. Si él quisiera le partiría las costillas con un simple abrazo, y lo peor es que Freya pensaba que era consciente de ello.

—Y ahora… —se acercó tanto a su rostro que Freya pudo sentir su cálido aliento en la mejilla—. ¿Vais a escucharme?

—¿Qué tengo que escuchar? —preguntó, casi sin aire.

Él aflojó un poco su abrazo y asintió complacido.

—Escucharеis las normas que imperarán en nuestro matrimonio.

—No voy a… —empezó a decir, hasta que de nuevo se quedó sin aire.

—Primero —dijo Alastair, como si no le importara que la falta de aire quemara los pulmones de su prometida—, cuando yo diga que vengas… vendrás.

—Yo, no…

—Cuando yo diga que calles —acercó su boca un poco mas a su oído para que no se perdiera nada—, callarás. Y cuando te diga que es suficiente, pararás. Hay más normas, pero todas se pueden resumir en una. —La miró a los ojos y guardó silencio hasta que ella lo miró—: Cuando te ordene algo, lo harás.

La vio apretar los dientes y gruñir, retorciéndose de nuevo.

—No lo haré. No te obedeceré, ni tampoco…

Él alzó una ceja, sabiendo lo que la preocupaba de verdad.

—¿Sí?

—No calentaré tu cama.

Él puso los ojos en blanco, pero para total sorpresa de Freya, la soltó sin miramientos y ella cayó sobre la arena húmeda. Abrió la boca para llenar sus pulmones de aire, y lo miró desde abajo, maravillándose de lo enorme que era.

—Verás, mi pequeña valkiria —se acuclilló para que el sonido de las olas no se llevara sus palabras y Freya pudiera escucharlas bien—. Tengo tantas mujeres peleándose por calentar mi cama, que dudo que tenga tiempo para ti.

Ella abrió la boca de nuevo para decir algo, pero no lo consiguió.

—Aunque… —dijo Alastair, como si no le preocupara—, si tan desesperada te encuentras, puedes suplicar mis atenciones y te daré algo de calor. Si te portas bien, claro está.

¡Maldito arrogante!

Freya alzó una pierna para darle una patada en el pecho, lamentablemente, una vez más subestimó su fuerza.

Con una sonrisa de triunfo, Alastair se levantó, arrastrándola con él. Freya colgó bocabajo de uno de sus tobillos. Intentó con desesperación subirse las faldas y se sintió verdaderamente aliviada de haberse puesto unos pantalones de cuero bajo el vestido.

—¡Suéltame! ¡Ahora!

Alastair lo hizo con una risotada orgullosa, y observó como ella se arrastraba sobre su propio trasero para alejarse de él.

—Te odio.

—No es cierto, no me conoces tanto como para hacerlo —se mofó—, pero lo harás. Te lo juro. —Su expresión cambió, fue más dura, más siniestra—. Y ahora nos marcharemos a nuestro nuevo hogar, sin gritos, lamentos, ni hacer ruidos desagradables. Me gusta el silencio y no soporto a las mujeres lloronas. Tenlo presente cuando quieras poner a prueba mi paciencia.

—Yo no lloro, animal.

—Mmm… esa boca. Tengo tanto que enseñarle. Tu padre ya me advirtió que no me lo pondrías fácil, pero… siempre me han gustado los retos.

—¿Mi padre? —Freya no pudo añadir nada más, no cuando la visión del poderoso Valadir Ericsson apareció en su mente, burlón e intransigente.

No era posible que su padre conociera al gigante, que…

—Tengo un mensaje de su parte.

Oh, sí, era posible.

—¿Cuál?

—Los matrimonios sirven para forjar alianzas. Da igual con que aliado de tu padre te cases, siempre y cuando él consiga la suya.

Tomó aire, profundamente porque creía que se iba a desmayar. Su padre siempre conseguía lo que se proponía. Y sí quería una alianza con el rey David, aún la ansiaba aún más con Olav.

—Tú… No viniste a por tu hermano, ¿verdad? —preguntó, atando cabos.

Alastair asintió.

—Ni siquiera sabía que había desaparecido.

—¿Cómo es posible?

—En momentos inciertos, te sorprenderías lo que los hombres pueden hacer para proteger a los seres que aman.

Freya frunció el ceño, ¿de que seres queridos estaba hablando? ¿Su padre le había

amenazado? ¿Acaso el propio Alastair había buscado una alianza más allá de las Hébridas y su padre se la había concedido?

No formuló ninguna de esas preguntas. No pudo, pues el gigante la tomó de la muñeca y tiró de ella con fuerza. Freya se vio agitándose a dos metros del suelo, mientras colgaba del hombro del guerrero.

—¡Suéltame!

Cuando intentó gritar de nuevo, la fuerte mano de Alastair se estrelló contra su trasero, haciendo que se callara de golpe.

—¡Nos vamos!

Después de escuchar el fuerte rugido de sus guerreros en el muelle, se dio cuenta de que no se lo decía a ella.

CAPÍTULO 53

Semanas después, el rey ya se había marchado de la isla, Ayla se había acostumbrado a las rutinas de ser la señora de los McDonald, y Lachlam parecía tan feliz como ella.

Esa noche, Ayla entró en la alcoba riendo, mientras Lachlam la perseguía por el corredor. Al llegar a la puerta, ella no intentó cerrarla, sino que se apartó con una sonrisa y mirando fijamente esos ojos encendidos por la pasión.

—Mi tesoro —gimió contra la boca de Ayla cuando consiguió alcanzarla.

—Lo que tenemos entre tú y yo, sí que es un tesoro —le recordó Ayla—. El tesoro de Santa Margarita.

Lachlam acarició la nariz contra la suya. Desde hacía generaciones, cuando la reina consorte de Malcom III, Margarita, pasó algunos días en las islas, quedó maravillada por el profundo amor que los señores McDonald se procesaban. Ese día, la que poco después sería nombrada santa, declaró que la alegría y júbilo de encontrar a una persona confiable, por la que luchar y desvivirte por su felicidad, era más que un tesoro.

Desde ese entonces, los esposos de la casa McDonald, en honor a sus bellas palabras, se hicieron un juramento a puerta cerrada. El de respetarse y confiar, luchar contra todo, por la felicidad del otro. Esos juramentos se habían ido repitiendo y con el paso de los años, el tesoro de Santa Margarita quedó envuelto en el misterio. No eran pocos los que creían que era un tesoro escondido que hacía poderosos a los McDonald, y los lairds juiciosos, se cuidaron mucho de no descubrir el malentendido.

Puede que Lachlam e Ishbel no se hubieran amado con la pasión de dos amantes, pero sí se habían querido y respetado, e Ishbel había hecho honor a su promesa, haciendo todo lo posible para que su esposo consiguiera su felicidad cuando ella faltara. Él habría hecho lo mismo, pues nunca faltó la complicidad de dos amigos sinceros en ese matrimonio.

Lachlam la abrazó con fuerza y besó sus largos cabellos.

—Al fin un poco de paz.

—No pensé que el rey David se quedara tanto.

—Le gusta pasearse por las tierras que cree suyas —refunfuñó Lachlam, buscando sus labios.

—¿Crees que la próxima vez que David venga, sea nuestro legitimo rey?

—Por lo que me contó Alastair, es más que probable. Olav quiere deshacerse de sus tierras lejanas por un buen precio.

Ayla cambió su expresión, no por la mención del rey noruego, sino por la de Alastair.

—¿Crees que trata bien a Freya?

Él asintió sin dudarlo.

—Lo hará —y Ayla pudo ver en sus ojos que no mentía—. No es como Braden.

—¿Estás seguro?

—Oh, puedo asegurártelo. Alastair es… bueno —se quejó—. No quiero hablar del nuevo laird de los McDonald de Skye, pero te aseguro que su nueva señora no corre ningún peligro.

Al ver que lo decía con tanta seguridad, se relajó y suspiró.

—Creo que voy a tener fe ciega en que lo que me dices es verdad.

Él gruñó, abrazándola con más fuerza hasta que intentó morderle el hombro. Ayla se escapó y Lachlam volvió a atraparla.

—Me haces cosquillas —jadeó sofocada, cuando él la atrapó, asiéndola por la cintura para después besar y lamer su cuello.

—Oh, esposa… me aceleras el corazón —gruñó, tras morder el lóbulo de su oreja.

Las manos diestras de Lachlam fueron desabrochando el vestido de Ayla por la espalda. Ella se inclinó, rehuyendo juguetona sus atenciones. Se dio la vuelta entre sus brazos, con el vestido a medio caer. Rodeó el cuello de su esposo con los brazos, al tiempo que soltaba una risita encantadora.

—Oh, esposo. —Lo besó con pasión.

Lachlam la alzó en volandas y con el pie cerró la puerta de la alcoba. Caminó con ella en brazos hasta que la depositó en el lecho, quizás no con toda la delicadeza esperada.

—No me hagas esperar —exigió, mientras lo veía desnudarse frente a ella.

—Jamás haría tal cosa, esposa.

Dejó caer sus ropas y ella se lamió los labios al ver su enhiesta virilidad palpitando con urgencia. Se apoyó sobre los codos para después incorporarse. Así fue más fácil deshacerse del vestido. Lo hizo lentamente, mirándolo con picardía mientras la tela se iba deslizando sobre la blanca camisola interior.

Cuando se lo hubo quitado, se tendió de nuevo y extendió los brazos.

—Ven a mí —ordenó y él obedeció.

Gateó por el lecho hasta colocarse sobre ella. Ayla aún llevaba la fina camisa blanca por donde asomaban sus pezones inhiestos. Los ojos de Lachlam volaron hacia aquellos montículos que tanto le gustaban. Pero no se atrevió a tocarlos. Todavía no. Deseaba hacer otras cosas antes de perder por completo el control.

Lachlam le acarició las pantorrillas, subiendo por sus muslos níveos hasta alcanzar las caderas. Allí la liviana camisola cubría su sexo, que con delicadeza él empezó a descubrir, subiendo el fino hilo, más y más arriba.

La miró a los ojos por un instante, mientras veía sin pudor como quedaba descubierta frente a él.

—Eres tan suave —gimió, mientras iba repartiendo besos por su piel de luna—. Eres tan dulce…

Mordisqueó la sensible piel de su vientre, y luego más arriba. Lamió su ombligo, ascendió por sus senos y ahora sí, capturó un pezón justo después de lanzarle una mirada salvaje.

Ayla se retorció mientras él succionaba, lamía, besaba.

—Me vuelves loca.

Él ronroneó como un gato y alzó la cabeza para responder algo, que se perdió en su mente al contemplar la belleza de sus ojos. Las manos de Lachlam siguieron acariciando sus pechos mientras su boca poseía la de ella. Amasó sus senos haciéndola gimotear, presa del placer exquisito que siempre la asolaba con esos movimientos.

Cuando acabó la tregua, Lachlam se abrió camino entre sus piernas.

La camisola quedó olvidada en el suelo y después de un rápido movimiento se colocó sobre ella, apoyando los codos a cada lado de la cabeza de su amada para contemplarla como el mayor de sus tesoros.

La miró con intensidad, atrapándola con su cuerpo.

—Mi esposa —paladeó esas dos palabras, mientras ella se abría para él—. No quiero, ni puedo aguardar más.

—Entra en mí, esposo.

Sintió como su dureza y su anchura abrían sus húmedos pétalos, lentamente. Gimió al

notar su calidez, invadiéndola.

—Lachlam —jadeó, clavando las uñas en su espalda—. Me haces sentir tan dichosa…

La besó, mientras se movía en su interior, quedamente, pero con precisión.

Movió las caderas, al compás con la suave penetración de él. Lachlam se contuvo, fue despacio, esperando darle el máximo placer. La sentía cada vez más cálida, era puro fuego, un calor húmedo que no podía compararse con nada.

Las manos de Ayla ascendieron por su espalda, para después descender, dejando un suave dolor con el filo de sus uñas. Se retorció buscando su mirada. Los bellos ojos azules lo contemplaban con una calidez que le llegaba al corazón.

Estiró los labios en una suave sonrisa, labios rojos e hinchados, que enloquecieron al highlander.

Cuando volvió a empujar con convicción estos se entreabrieron y expulsaron pequeños suspiros de placer cada vez que su miembro invadía su húmeda cavidad.

—Mmmm… —gimió ella—, por favor, más rápido.

Sus súplicas conmovieron a Lachlam, que empujó con más entusiasmo, clavándose en ella a un ritmo que solo hacía aumentar sus gritos.

Se apoyó sobre las palmas de sus manos, martilleando con sus caderas y observando como Ayla se dejaba llevar.

—Eres tan hermosa… —le susurró.

Entregada al placer, no abrió los ojos. Se arqueó y retorció buscándolo en la oscuridad.

Lachlam la veneró, lamiendo su boca, bebiendo de ella, paladeándola, mientras sus movimientos se volvían más intensos a cada momento.

Pronto notó cómo ella gemía con más intensidad, cómo su cintura y sus cadenas bailaban bajo las suyas, a cada punto más frenéticas. Su sexo se estrechaba y sus piernas se alzaban para rodearlo por la cintura, haciendo que llegara más hondo, cada vez más y más profundo.

—Oh, Lachlam… —gritó su nombre y volvió a apretarlo entre sus piernas.

Él aumentó el ritmo y empezó a penetrarla con más fuerza. No sabía donde empezaba él, ni donde acababa ella.

Le acarició los muslos, alzando más sus piernas. Nunca estaría lo suficientemente dentro, nunca lograría marcarla como deseaba. Pero se conformaría con saber que ella lo amaba, tanto como él la amaba a ella. Se habían hecho el juramento de Santa Margarita, y por Dios y todos los santos que pensaba cumplirlo. Se dedicaría en cuerpo y alma a superar todos los obstáculos y buscar su más absoluta felicidad.

Oyó su gritó en el justo instante en que una oleada de placer la poseía.

Lachlam, también se dejó ir. Derramó su esencia en su interior, marcándola y haciéndola suya. Ambos se deshicieron en un dulce y tortuoso placer que fue acompañado por sus gemidos y las suaves caricias que vinieron después.

Rodaron por el lecho, aun besándose, acariciándose y sintiendo la dicha, uno en brazos del otro.

—Jamás me cansaré de ti —dijo Lachlam.

—Eso espero —Ayla rio burlona, pero al instante le acarició el rostro, quedándose prendada de su mirada.

No había mejor momento que ese, entre sus brazos, viendo en sus ojos cuanto la amaba, y pudiendo decírselo sin traba alguna.

—Te amo, Lachlam.

—No más que yo a ti, mi señora.

FIN

NOTA DE LA AUTORA

Mis queridas brillis,

Espero que Ayla y Lachlam os hayan enamorado. Lo reconozco, siento debilidad por esta pareja, sin embargo, Ayla y su lobo me tienen robado el corazón. Ella es valiente, impetuosa: una mujer que sabe lo que quiere y que está dispuesta a luchar por ello.

Pero ¿qué me decís de nuestro gigante pelirrojo, Lachlam McDonald? Un hombre noble y rudo, forjado en las duras y al mismo tiempo hermosas islas Hébridas. Tuve el inmenso placer de recorrerlas hace unos meses y os puedo asegurar que contienen magia. Ellas son el escenario perfecto para esta historia llena de aventuras, intrigas, asesinatos, luchas… y amor, mucho, mucho amor.

¿Qué opináis de Freya y Alastair?

He de reconocer que estos dos personajes me apasionan y os aseguro que os harán vibrar en su próxima historia. Alastair os va a sorprender y os enamoraréis irremediablemente de él y de su rudeza, pero Freya, toda una valquiria, no se lo pondrá nada fácil y entre ellos saltarán chispas. Espero poder deleitaros pronto con su novela, donde los vikingos tendrán un papel muy importante. ¿Y quién puede resistirse a una novela de vikingos? Yo no, desde luego.

Pero, ¿cuándo podréis leerla? No lo sé todavía, pero si queréis estar informadas de todas mis novedades, no os olvidéis de seguir mi perfil en **Amazon,** y sobre todo, pasaros por el grupo de Facebook de "**Las chicas brilli brilli de la Juani**"! Donde os esperan muchas risas.

Y antes de despedirme, si aún no conocéis la historia de Duncan, el hermano de Ayla y la dulce Megan, dejadme que os la recomiende: Mi señor de las Highlands.

Os quiere,
vuestra Kate.